

«Conciencia plena»: el último Juan Ramón

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

La obra poética de Juan Ramón Jiménez es un permanente itinerario en pos de un orden que nunca fue definitivo. Desde que en 1922 se publica la *Segunda antología poética* —junto a los *Veinte poemas de amor...* de Neruda y el *Romancero gitano* de Lorca, el libro más leído e influyente de la poesía hispánica de nuestro siglo—, la lírica del escritor vivió en permanente trance de depuración y reconstrucción: unas veces porque se concibió con la provisionalidad de una «obra en marcha», en forma de «cuadernos» como los que recogieron su creación entre 1925 y 1935; otras veces porque se sucedieron una suerte de atractivos diseños de constelaciones de unas posibles obras completas; otras aun, porque los poemas se agruparon y reagruparon en libros distintos que, más de una vez, no pasaban de ser un esbozo apresuradamente garabateado en un papel. Tales son los destinos de la mejor parte de la poesía moderna: por un lado, vivir en estado de indeterminación dispositiva y como en espera o en pos de aquel Libro único que soñó Mallarmé; por otro, surgir estrechamente imbricada en la reflexión autocrítica y crítica porque no hay gran poeta —piénsese, si no, en Valéry, en Rilke, en Eliot, en Pessoa— que sea un creador inocente.

Reconocer tales cosas y, sobre todo, la solitaria grandeza de la empresa de Juan Ramón Jiménez no ha sido fácil entre nosotros y algún día habrá que escribir la larga historia de un desvío y hasta menoscabo: la negativa actitud de José María Castellet en su antología *Veinte años de poesía española (1939-1959)* nos proporciona una pauta generacional que no siempre fue universal (si pensamos en la atención que tributa a Juan Ramón el poeta Ángel González), pero que sólo contradecía entonces la fide-



FRANCISCO SOLÉ

dad estudiosa de Ricardo Gullón y algún otro. Sin embargo, el regreso pleno del poeta a los favores de la crítica académica fue cosa de los años setenta (pienso en las excelentes monografías de un británico, Richard A. Cardwell, y un francés, Gilbert Azam, que se sumaron a la inteligente devoción de un joven poeta y filólogo español, Ignacio Prat). En las vísperas del centenario de 1981 se multiplicaron ya los síntomas gozosos: veía la luz la importante tesis doctoral de Javier Blasco y, sobre todo, se comenzaba a editar al poeta del único modo posible, es decir, reconstruyendo sus proyectos, colacionando sus múltiples variantes, atendiendo a aquella suerte de comeción de reorganizar y reescribir todo lo que, al fin y a la postre, era la raíz de su propia poética. Hubo hitos muy señalados en el empeño: los más originales correspondieron a los desaparecidos Antonio Sánchez Romeralo (entre *Leyenda*, 1978, e *Ideología*, 1990) y Ángel Crespo (*Guerra en España*, 1985) y los más sistemáticos, a la excelente

edición de obras escogidas en tomos sueltos editada por Taurus entre 1981 y 1983, con prefacios de los mejores estudiosos.

El último Juan Ramón Jiménez

A este rango de empeños corresponde ahora el notabilísimo de Alfonso Alegre Heitzmann que ha impreso Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores en su bella y escogida colección de poesía. *Lírica de una Atlántida* fue el último proyecto de Juan Ramón Jiménez e integra cuatro libros: *En el otro costado* ya había sido editado por Aurora de Albornoz en 1974 (y su parte más significativa, *Espacio*, por la misma poeta y estudiosa en 1982); *Una colina meridiana* era casi desconocido, como *De ríos que se van*, el último libro del conjunto, mientras que el tercer componente, *Dios deseado y deseante. Animal de fondo*, fue dado a conocer por el propio poeta y luego por Antonio Sánchez Barbudo en una edición de 1964, hace tiempo agotada. Seguramente, importa menos añadir al acervo conocido del poeta unos centenares de versos y un buen número de variantes que el propósito que ha inspirado el laborioso proyecto de Alegre Heitzmann, muy presente en su certero prefacio y en la redacción de sus notas a los poemas (excelente idea, por cierto, agruparlas al final y en forma de comentario global a cada composición): resaltar la continuidad y la unidad de una obra que, a despecho de las vacilaciones y de las reiteraciones, se concibe con el ar-

monioso ritmo de una respiración, con la viva tensión de una iluminación. El poeta, como subraya su editor, ya no espera de la inteligencia y de la intuición el hallazgo de la palabra precisa («Inteligencia, dame / el nombre exacto de las cosas...», escribió en 1918). La nueva poesía es revelación, encuentro afortunado con la expresión, estallido de luz y comprensión que precede al silencio.

Lo dice en el prólogo en prosa a *Dios deseado y deseante* al hablar de que es «lo místico panteísta la forma suprema de lo bello para mí» (Juan Ramón asoció siempre la totalización al uso del artículo neutro más adjetivo). Así se entiende su dios con minúscula: sustancia de lo creado y sustancia del yo, a la vez. O, como dice el mismo prefacio, «hoy concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también al mismo tiempo». Ya no es un mero afán de nombrar con plenitud, como le sucedía al mar del *Diario de un poeta recién casado*, siempre esforzado meritorio de su propio nombre. Un poema como «El nombre conseguido de los nombres», en *Dios deseado y deseante*, explica muy bien que la nueva onomástica de plenitud es asunto de coincidencia de dos creaciones —la verbal y la física—, de dos dioses —el yo y lo otro— que funden sus respectivas órbitas, sin duda que más allá del lenguaje mismo: «Si yo, por tí, he creado un mundo para tí, / dios, tú tenías seguro que venir a él». Y antes, en



En este número

Artículos de	
José-Carlos Mainer	1-2
Román Gubern	3
Ignacio Sotelo	4-5
Javier Tusell	6-7
Manuel García Doncel	8-9
José Jiménez	10-11-12

SUMARIO en página 2



«Conciencia plena»: el último Juan Ramón

«Libre de libros» («Cementerio de Arlington», *En el otro costado*): «¡La vida, la viva vida / de un ascua sin consumirme! / ¡Que yo lo aspirara todo / en mi combustión sublime!». O en la atrevida metáfora de «Con la fe de la luz dentro» («De mi ser natural», *En el otro costado*): «Yo era, soy tu padre, mundo; / tú, mundo, eres padre mío. / Ahora somos los dos padres; / ahora somos los dos hijos».

Quizá por eso —que, en el fondo, es conciencia de las limitaciones del lenguaje— en todo este libro abundan las troquelaciones léxicas de expresividad sintética, fusiones casi explosivas, como esa «circumbre» que aparece en la sección «Ciudades», o «rosadiamante» en «Mar arriba», al lado de «perros nubes» o «niñodiós» (el poeta, nacido el 24 de diciembre, solía llamarse así). Y el ritmo dominante de todo el volumen es el vaivén de la paradoja, o incluso del juego fonético («más allá que yo»): las señas de un conceptismo intelectual. Puede que más de trescientas páginas dominadas

por la misma tensión de experiencia cansen al lector que se preguntará si los frutos del empeño valen tan largo viaje. No será el primero en sentir esa fatiga. Cuando Ramón Gómez de la Serna escribía en 1935 su inolvidable «Ensayo sobre lo cursi» echaba de menos aquella «intimidad presupuesta que brota de las cortinas amarillas, de los canapés y de las vitrinas en donde sólo hay abanicos que fueron descotes» —los versos de su juventud mogueña— y lamentaba que, a la fecha, «ha querido algebrizar en elegancia intachable, en rayas sin ecos lo que había encontrado como nadie». El dictamen del áspero Luis Cernuda fue más duro: «Jiménez rara vez ha mostrado curiosidad intelectual por sorprender lo que haya bajo la apariencia; ese atenerse a sus impresiones, ese conocer por sensaciones le bastó siempre. Es quizá el único escritor español de su tiempo para quien intelecto, pensamiento, razón, fueron nombres y nada más».

En fuga raudal

¿«Inteligencia» o «impresionismo intelectual»? Lo admirable es que, para el poeta, aquel itinerario obedecía a una temprana decisión de 1915, un destino manifiesto que cobró forma en su «baja de Francia». La expresión, que manifestaba su afán de superación del simbolismo, se usó por vez primera en la *Antología* de Gerardo Diego (1932) y se argumentó ampliamente en la «Carta a Luis Cernuda» (*El Hijo pródigo*, 1943): allí señaló cómo causó baja en la devoción de la poesía francesa y se dio de alta en la inglesa y alemana. Quería decir que prefería una lírica transida de trascendencia y que sus hermanos eran los que la habían buscado en los fértiles inicios del siglo XIX. Pero cuando leemos «Brot und Wein» de Hölderlin, o la «Ode on a Grecian Urn» de Keats, advertimos que, a menudo, la mística panteísta y rigurosamente laica de Juan Ramón queda algo corta de ambición filosófica, algo repetitiva de moldes conceptuales, demasiado constreñida a la fusión con una naturaleza que tiene la limpidez —y la imprecisión— de una acuarela. Aunque lo mejor se halle en el sentimiento de lo natural, cuando no lo encelaja el exceso de metafísica: en nuestro

caso, los olmos de Riverdale y sus hojas caídas son más convincentes que las imágenes del mar visto de nuevo... Y puede que algunos de los momentos más inolvidables de *Lírica de una Atlántida* anden en las formas casi gnósticas que toman el aire de canciones: pienso en «Los pájaros de yo sé dónde», de la sección «En vaso de yedra», de *En el otro costado*.

Pero lo que vale es la descripción del camino que intenta conducir a la experiencia unitiva. Si no hubiera sido así, si la poesía no revelara, en el fondo, su condición última de fracaso filosófico, Juan Ramón Jiménez no sería poeta. El lector que haya tenido la fortuna de conocer previamente *Espacio* (tres estrofas) podrá leerlo ahora en el contexto del vasto esfuerzo al que pertenece. Y el que ya lo haya leído, lo reconocerá con gratitud entre los otros poemas como uno de los logros mayores de la lírica del siglo XX. Las dos claves del poema son contradictorias entre sí, como todo Juan Ramón. El poema se edifica sobre la linealidad, la libre y elástica extensión de su desarrollo, que se concibió a partir de la imagen de los cayos de la Florida que se pierden en el mar como una infinita línea de puntos: por eso, de modo natural, la prosa acabó por ser la forma del poema. Pero, a la par, el texto quiere ser simultaneidad, encuentro: lo que en términos geométricos se expresaría como esfuerzo por lo concéntrico. Lo explica muy bien una expresión musical en su principio: «No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin». Fuga: esto es, reiteración de un mismo tema en las distintas voces. O como exclama en otra

ocasión (que se escapó al sutil escrutinio de Francisco Rico acerca de la imagen del microcosmos en las letras hispánicas): no hay cosmos, sino «cosmillos» unidos.

El niño como metáfora

Espacio arranca de una experiencia histórica —la guerra, el exilio— como toda la *Lírica de una Atlántida* (su editor subraya oportunamente el significado de «Réquiem de vivos y muertos» como inicio invariable de la sección «Punto de partida»), pero busca ser una experiencia de integración, de revelación en el tiempo para anular el tiempo: el perro que ladra en el monturrio de Moguer es el mismo que lo hace en una calle de Madrid o en una playa de la Florida, archiperro —diría un semiótico— que siempre ladra al sol que huye, y que también es el mismo que en «En igualdad segura de expresión», «ladra a mi conciencia». «Él siente (yo lo siento) que le hago / la caricia que espera un perro desde siempre, / la caricia tranquila del callado / en igualdad segura de expresión».

Perros o niños: misteriosos, confiados testigos del milagro. Desde el tren que le llevaba a Cádiz, en *Diario de un poeta recién casado*, el poeta vio a un niño que lloraba y reía al mismo tiempo y que «va a la aurora / con su joya secreta»; ahora, en «Niño último», de los *Romances de Coral Gables*, «el niño es toda la jente, / el niño soy yo de niño, / el niño soy yo de viejo, / niño encontrado y perdido»... Lo fue siempre, para su bien, Juan Ramón Jiménez. □

Qué es

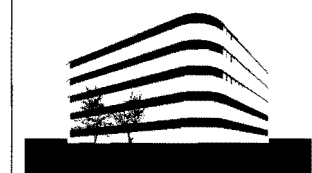
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Conciencia plena»: el último Juan Ramón», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Lírica de una Atlántida</i> , de Juan Ramón Jiménez	1-2
«Horizontes del cine latinoamericano», por Román Gubern, sobre <i>Tierra en trance. El cine latinoamericano en 100 películas</i> , de Alberto Elena y Marina Díaz López	3
«Diálogo entre dos culturas incomunicadas», por Ignacio Sotelo, sobre <i>Ce qui nous fait penser. La nature et la règle</i> , de Jean-Pierre Changeux y Paul Ricœur	4-5
«Comprender la política», por Javier Tusell, sobre <i>La Politique est-elle intelligible?</i> , de René Rémond	6-7
«Darwin, azar, dolor, cultura y Creador», por Manuel García Doncel, sobre <i>Evolutionary and Molecular Biology: Scientific Perspectives on Divine Action</i> , de R. J. Russell, W. R. Stoeger y F. J. Ayala (eds.)	8-9
«El arte en la maleta», por José Jiménez, sobre <i>Joseph Cornell/Marcel Duchamp... in resonance</i> , de autores varios	10-11-12

Horizontes del cine latinoamericano

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Angeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Actualmente es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya facultad de Ciencias de la Comunicación ha sido decano. Ha sido presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

Cuando uno frecuenta los ambientes académicos de América Latina, suele sorprenderse de lo bien informados que están acerca de los pormenores de la vida cultural española, en contraste con la gran ignorancia que los españoles generalmente exhibimos acerca de sus realidades culturales. Esta vergonzosa asimetría, que no es más que un efecto añadido de la dominación cultural del Primer Mundo sobre los mercados mediáticos, revela a las claras las interesadas limitaciones que caracterizan al cacareado fenómeno de la globalización en el campo de la cultura. Y si esto ocurre en el ámbito de la considerada «alta cultura» —la literatura, las artes plásticas—, aparece agravado en el ámbito de los medios de comunicación masivos con base popular, como el cine, aunque es de rigor conceder que las telenovelas procedentes de México, Brasil y Venezuela han conquistado derecho de ciudadanía en España y en otros países europeos.

Valga este preámbulo para presentar un libro tan necesario como *Tierra en trance*, que une a la información con pretensión didáctica una reflexión colectiva y polifónica, urdida por quince colaboradores procedentes de cinco países: Argentina, Brasil, Colombia, España y México. Su aportación grupal viene a paliar, en alguna medida, la ignorancia generalizada que existe entre nosotros de una cultura audiovisual muy viva, con una base lingüística común, pero demasiado alejada e ignorada de los públicos españoles. Y ello a pesar de que sucesivos exilios políticos y profesionales insertaron en las industrias de aquel continente a numerosos profesionales de nuestro país, el más conocido de los cuales fue Luis Buñuel, quien cultivó brillantemente en el cine mexicano sus géneros más populares (melodramas, comedias) para subvertir desde su interior su ideología conservadora. Y con el cine azteca colaboraron también Max Aub, Juan Larrea y Manuel Altolaguirre, por citar unos pocos, mientras que en el argentino colaboró Alejandro Casona, Margarita Xirgu o el gran escenógrafo Gori Muñoz. Por no mencionar, en el capítulo del «star-system», las colaboraciones de nuestras Sara Montiel y Amparo Rivelles en aquellas industrias.

Durante la etapa en que Pilar Miró estuvo al frente de Televisión Española, esta institución tejió una interesante política de coproducciones con las cinematografías de América Latina. Pero ni aquella iniciativa, ni algunos grandes éxitos comerciales recientes —*Como agua para chocolate* (1991) de Alfonso Arau y basado en la novela de Laura Esquivel, *Fresa y chocolate* (1993) de Tomás Gutiérrez Alea y *Estación Central de Brasil* (1997) de Walter Salles, jr.— han desbloqueado verdaderamente la difusión del cine latinoamericano en nuestras pantallas.

Al abordar el estudio de las cinematografías de aquel continente, surge la pregunta de si los métodos y parámetros aplicados a la historiografía de las cinematografías de países occidentales e industrializados son igual-



Fresa y Chocolate, de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío (1993).



El callejón de los milagros, de Jorge Fons (1994).

mente aplicables, de un modo mimético, a aquellos países en vías de desarrollo y con trayectorias históricas tan distintas. En aquellos países, el avasallador dominio de Hollywood ha sido más intenso todavía que en Europa, de manera que las cuestiones de la dependencia y de la identidad cultural se plantearon con mayor contundencia. La estrategia de Hollywood, con sus versiones multilingües en los primeros años del cine sonoro, resultó más opresiva para aquellos países, que no disponían de industrias alternativas, que para los países europeos. Pero fueron precisamente la diversidad lingüística y las tradiciones culturales locales las que espolearían el desarrollo de algunas cinematografías en el hemisferio y contribuirían a forjar una conciencia continental unificada por su antagonismo con el Norte.

Géneros locales específicos

La cartografía de sus géneros demostró pronto su identidad cultural diferenciada. Pues si el continente careció de un cine de vanguardia como el cultivado en Europa —con la sorprendente excepción brasileña de *Limite* (1930) de Mário Peixoto, que no consiguió estrenarse—, alumbró en cambio unos géneros locales muy específicos. Así, el cine mexicano dio vida a un filón indigenista, iniciado con *Janitzio* (1933) de Carlos Navarro y prolongado por los films de Emilio Fernández desde 1943. Y creó con *Allá en el Rancho Grande* (1936), de Fernando de Fuentes, la «comedia ranchera», ubicada en un universo agrario aconflitivo y feliz. Y con *Santa* (1931), basada en la novela naturalista de Federico Gamboa, inició el género protagonizado por prostitutas, en el que, como señala con pertinencia Eduardo de la Vega en este libro, la prostitución era presentada como «modus vivendi» y como vía de expiación de los pecados. El cine argentino alumbró en cambio el «melodrama tanguero», con obligado componente musical, y el brasileño la «chanchada», comedia musical de inspiración carnavalesca, mientras la temática del «sertão», que tan importante resultaría en las películas de Glauber Rocha de los años sesenta, fue introducida con *O Cangaceiro* (1953), de Victor Lima Barreto.

Habría que esperar hasta mediados los años cincuenta para que apareciesen en el continente muestras de cosmopolitismo estético, vinculadas a los estilos de los cines europeos, como resultó visible en *La casa del ángel* (1957), del argentino Leopoldo Torre- Nilsson, quien precisamente por esta razón concitó bastantes críticas negativas.

Los géneros locales del cine latinoamericano engendraron, inevitablemente, un nuevo «star-system», que alcanzó a veces difusión internacional. Carlos Gardel había sido utilizado por productoras norteamer-



Estación Central de Brasil, de Walter Salles, jr. (1997).

canas antes de su prematura muerte, pero en Argentina surgió Libertad Lamarque, mientras la carrera de Eva Duarte se truncó por su relación con Juan Domingo Perón, quien hizo prohibir *La pródiga* (1945), de la que era protagonista. En México descollaron los cómicos Cantinflas y Tin Tan, además del actor y cantante Jorge Negrete, María Félix, Pedro Armendáriz y una Dolores del Río rescatada de Hollywood. Carmen Miranda emigró en cambio desde Río a California y la cubana Ninón Sevilla se convirtió en figura de culto.

A través de la perspicaz radiografía colectiva de *Tierra en trance* se descubren también los diversos factores políticos que han activado a veces a aquellas cinematografías. En 1942 Lucas Demare fundó, con el enorme éxito que acogió *La guerra gaucha*, el cine patriótico de masas, glosando con aliento épico la lucha contra los españoles. Y al año siguiente, en México, apareció el embrión de un cine obrerista con *Distinto amanecer*, de Julio Bracho, escrito con la colaboración de Max Aub. Dos directores significativos del cine azteca fueron miembros del Partido Comunista Mexicano, Alejandro Galindo y Roberto Gavaldón, autor el primero de *Refugiados en Madrid* (1938), ambientada en la guerra de España. La influencia del neorrealismo italiano activó un cine de desgarrada temática social, al que pertenecieron *Los olvidados* (1950) de Luis Buñuel, y *Rafces* (1953), un alegato indigenista de Benito Alazraki. En Argentina Hugo del Carril dirigió

Las aguas bajan turbias/El infierno verde (1951), ambientado en el trabajo de los jornaleros en los yerbatales del noreste argentino y basado en la novela *El río oscuro*, del escritor comunista Alfredo Varela, que estuvo preso durante la filmación. Y en Brasil rodó Nelson Pereira Dos Santos su implacable *Rio, quarenta graus* (1953).

Preocupación social y regeneración estética

El renovador cine de los años sesenta, denominado genéricamente Nuevo Cine Latinoamericano —impulsado sobre todo desde Brasil y Cuba— conservó en muchos casos la preocupación social, aunque fue muy sensible a la regeneración estética y formal que procedía de Europa, especialmente de la «nueva ola» francesa. Y por eso pudo hablarse también de una «nueva ola» argentina. Pero la sensibilidad política estuvo presente en la mayor parte de las producciones significativas de este período, legando algunos monumentos tan insólitos como *La hora de los hornos* (1968), de Fernando Solanas, un apabullante manifiesto peronista de cuatro horas y media, rodado en la clandestinidad y exhibido entonces sólo en el extranjero. La experiencia cinematográfica de la Unidad Popular chilena sería decapitada en 1973 por el golpe de estado del general Augusto Pinochet.

A través de las páginas de *Tierra en trance* se detecta la variedad y riqueza del moderno cine latinoamericano, superviviente de numerosas crisis económicas y políticas. Mientras surge un embrionario cine haitiano con *L'homme sur les quais* (1993), de Raoul Peck, el cine argentino conquista un Oscar con *La historia oficial* (1984), *Estación Central de Brasil* acapara varios premios en el festival de Berlín y el mexicano Arturo Ripstein, cabal heredero de la poética de Buñuel, conquista los mercados internacionales. En esta situación, *Tierra en trance* se convierte en una guía luminosa y oportuna para entender el trayecto y los horizontes de aquellas cinematografías demasiado ignoradas, tan próximas a nuestra cultura. □

RESUMEN

Román Gubern saluda la aparición de un libro sobre el cine latinoamericano que es una reflexión colectiva y polifónica y que viene a paliar la ignorancia bastante generalizada que se tiene en España sobre una cultura audiovisual muy viva que, pese a utilizar el mismo idioma, está muy alejada de los públicos españoles. El

comentarista recuerda cómo este cine acogió en el pasado el trabajo de exiliados españoles (Luis Buñuel, desde luego) y cómo, en el presente, la industria cinematográfica española está colaborando con la de aquellos países. Todo ello por muy positivo que sea no ha desbloqueado la exhibición de aquel cine en las pantallas españolas.

Alberto Elena y Marina Díaz López

Tierra en trance. El cine latinoamericano en 100 películas

Alianza Editorial, Madrid, 1999. 446 páginas. 1.400 pesetas. ISBN: 84-206-3868-4.

Diálogo entre dos culturas incomunicadas

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia; desde 1973, catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran Sociología de América latina, Del leninismo al estalinismo y El socialismo democrático.

La incompreensión que muestra la cultura científica respecto a la filosófica y humanística, y a la inversa, encerradas ambas en compartimentos estancos a los que sólo tienen acceso los especialistas, es queja que se oye cada vez con más frecuencia. Al igual que las disciplinas científicas, la filosofía y demás humanidades sufren de fragmentación, con un ámbito de influencia constreñido a los profesionales del gremio: el filósofo, cuando no hace simplemente historia de su saber, actúa como un «especialista de la generalización», valga la paradoja, sobre cuestiones cada vez más restringidas. Pero, pese a que se insista en la gravedad de esta incomunicación y se expresen los mejores deseos para superarla, el hecho es que va en aumento la sima que separa ambas culturas.

El libro que comentamos supone un esfuerzo muy digno por restablecer la comunicación, llevado a cabo por un científico y un filósofo en la cúspide del prestigio. Claro que, tenida en cuenta la diversidad de las ciencias y, sobre todo, de las filosofías —lo verdaderamente llamativo es la enorme variedad de lo que se entiende por filosofía—, la relación entre ambas culturas se presenta de manera muy diferente según sea la ciencia de la que se parta —en los siglos XVIII y XIX la filosofía se ocupaba predominantemente de la física— y, sobre todo, desde qué filosofía se produzca el encuentro con la ciencia. El diálogo emprendido en esta ocasión está predeterminado, y en cierto modo viene incluso mediatizado, por las disciplinas desde las que se argumenta, por un lado, la biología, en concreto la neurociencia, y, por otro, la filosofía «reflexiva, fenomenológica y hermenéutica», los tres adjetivos con los que Paul Ricoeur al comienzo del debate designa a su filosofía. El que éste quede localizado en la biología, que en el umbral del siglo XXI ocupa la posición de vanguardia que en los primeros decenios del XX desempeñaba todavía la física, y en una filosofía que, sin cerrarse al conocimiento científico, no deja por ello de cuidarse de su propia autonomía, es lo que proporciona al libro un interés muy especial.

La forma elegida para comunicar es la conversación amistosa, el diálogo, el género que surge precisamente cuando empieza la bifurcación, y la filosofía deja de ocuparse del cosmos para centrarse en el hombre. Ahora bien, el diálogo, como género filosófico, es obra de un pensador que lo construye engarzando las cuestiones de modo que «dialécticamente», es decir, en el proceso de la conversación, se consiga avanzar en el conocimiento, aunque sólo sea eliminando las falsas respuestas. Al diálogo platónico —obra de un autor, pero imaginando lo que dirían personajes reales ante una determinada cuestión— lo reemplaza la prosa aristotélica que hila los argumentos sin necesidad de atribuirlos a personas concretas. Aunque luego no haya sido demasiado frecuente —tuvo en el Renacimiento un momento de especial esplendor— el diálogo ha permanecido hasta nuestros días. Entre otros muchos, recuerdo uno de J. M. Jauch¹ en el que para exponer la teoría general de la relatividad y la de los cuantos recurre a los mismos personajes que intervienen en el que escribió Galileo sobre los dos principales sistemas del mundo².

La conversación entre el filósofo y el científico, al no estar escrita por un tercero que pondría los argumentos en boca de cada uno, ni siquiera contar con un moderador que ordene el debate, planteando problemas a ambos contendientes, más que de un diálogo, «stricto sensu», parece tratarse más bien de las actas de una conversación grabada, sin que nada se nos diga de cómo se han elaborado. Para una cabal intelección del texto se echan de menos informaciones más precisas en torno a cómo se llevó a cabo el proyecto: ¿se discutió previamente un guión, enumerando los temas a tratar?; una vez trasladada al papel la conversación grabada, ¿se corrigió el texto, tras cada sesión, o sólo, al final?; o, como parece más probable, en ambas ocasiones. La revisión última, ¿la hizo cada interlocutor por separado, o conjuntamente? Las abundantes ilustraciones parecen haber sido seleccionadas por Changeux y supongo que él ha escrito los comentarios que las acompañan, pero de todo esto tampoco se dice nada.

Formas posibles de intercomunicación

Básicamente la obra consiste en que un neurocientífico presenta a un filósofo para su crítica un programa sobre las formas posibles y deseables de intercomunicación de su propia disciplina con otras ciencias humanas, en primer lugar con la filosofía, con el fin de confeccionar en un futuro no muy lejano una «teoría neuronal de la conciencia» que, al mostrar empíricamente el engranaje entre ambas dimensiones, haya superado la diferencia entre lo cerebral y lo psíquico, de modo que quepa formular unas reglas universales de comportamiento, si se quiere una moral natural, que estén basadas en un conocimiento científico de lo que es el hombre como parte integrante de la naturaleza. Desde el estudio del sistema nervioso y, en especial, del cerebro se pretende dar cuenta de las funciones que se consideran más específicamente humanas, el pensamiento, el sentimiento y hasta el sentido moral.

Se continúa así el proceso de trasladar a la ciencia cuestiones que han sido exclusivas de la filosofía. No en vano, todas las ciencias se han desprendido en algún momento del tronco común de la filosofía. La ciencia ha arrebatado a la filosofía el estudio de la naturaleza, y nadie se atrevería hoy a escribir una cosmología que no fuese una generalización divulgadora de los conocimientos que aporta la ciencia. En los últimos decenios, con el desarrollo vertiginoso de la neurociencia, parece que le ha llegado el turno a las últimas disciplinas filosóficas que en el ámbito de la conciencia pretenden todavía mantener su autonomía, en particular, aquellas que se ocupan de la cuestión epistemológica —cómo conozco y dónde cabe establecer los límites del conocer— y del comportamiento humano, en especial, la ética —qué debo hacer, cómo nos debemos comportar, individual y colectivamente—, cuestiones que la filosofía considera propias, al asegurarle un último refugio.

De los tres temas de la filosofía tradicional, Dios, hombre y mundo, el primero ha sido expulsado al abismo de la teología, es decir, a un saber que se considera todavía más incierto y controvertible que la filosofía misma. Paul Ricoeur, un hombre religioso, abierto al mensaje bíblico, aunque sin adscribirse a una determinada confesión —«no soy católico y tengo mis dificultades con algunas enseñanzas tradicionales, no sólo de la Reforma, sino de la Iglesia cristiana en general» (pág. 302)—, ha procurado a lo largo de su extensa obra mantener por completo

desconectada su reflexión filosófica de su experiencia religiosa y, fiel a sí mismo, tampoco en esta ocasión ha estado dispuesto a entrar en una crítica superficial del Vaticano, aunque manifieste su desacuerdo (pág. 291) y, menos aún, de la religión, por mucho que Jean-Pierre Changeux, que se confiesa un antiguo creyente que la ciencia y su maestro Jacques Monod han convertido a un ateísmo «científico», se empeñe al final del libro en que la discusión desemboque en si cabe considerar a la religión fuente de violencia. Tema de indudable interés³ y enormemente dramático para el hombre religioso, pero que no se puede despachar con la simplicidad de que da muestra el científico. En el prólogo del libro, *Uno mismo como un otro*, Paul Ricoeur afirma que se ha esforzado siempre en argumentar de modo que no roce las convicciones religiosas o agnósticas de sus lectores. «Se observará que este ascetismo del argumento, que marca, creo, toda mi obra filosófica, conduce a un tipo de filosofía en la que está ausente el nombrar a Dios y en la que la cuestión de Dios, en tanto que cuestión filosófica, se mantiene en una contención que puede decirse agnóstica»⁴. El afán de marcar distancias respecto a la teología distingue hoy a todas las filosofías, incluso a las que hacen los creyentes. Lévinas no se quiere un pensador judío, como Ricoeur un cristiano, sino que ambos pretenden ser tan sólo filósofos, aparte de que uno sea judío y el otro cristiano. Su fe religiosa no tiene por qué reforzar o disminuir el valor de sus argumentos. Hay que dejar constancia del hecho, hartamente significativo, de que en un diálogo entre el científico ateo y el filósofo creyente ha desaparecido en este último la disposición a reanudar la vieja polémica entre religión y ciencia. En cuanto al estudio del «mundo», hace ya mucho tiempo que es patrimonio indiscutible de la ciencia, sin que la filosofía se atreva a intervenir. Y ahora es la neurociencia la que amenaza con arrebatarse a la filosofía su último reducto, la esfera más específica del ser humano, aquella que constituye su capacidad creadora, si se quiere, con un término hartamente ambiguo, la dimensión espiritual que le permite formular la pregunta por el sentido.

¿Cómo reacciona el filósofo ante tamaña amenaza de aniquilación? El ataque, ciertamente, no es nuevo. La filosofía lleva más de un siglo discutiendo la fecha y las consecuencias de su defunción. Pero ello no ha impedido que haya resucitado cada vez que ha creído descubrir una metodología propia: la hermenéutica que aporta Wilhelm Dilthey al diferenciar la «comprensión» de la mera «explicación» científica, el «intuicionismo» de Henri Bergson, la «razón vital» de Ortega, pero sobre todo la fenomenología de Edmund Husserl que no ha cesado de dar sus frutos en filosofías tan dispares como la de Martin Heidegger o la del mismo Paul Ricoeur. Desde la perspectiva de la ciencia, en cambio, lo que llama la atención no es el afán de engullirse a la filosofía, aunque esta vez sea con buenos modales, buscando su cooperación, ya que es un propósito que cuenta con una larga historia. Changeux menciona a Auguste Comte, como precursor de su afán de establecer una «moral científica» (pág. 23) y, en efecto, la filosofía que propone reproduce los postulados fundamentales del positivismo. Así como en los últimos cien años la «metafísica» varias veces ha renacido de las cenizas, el positivismo, en el sentido más amplio, entendido como la filosofía que no admite otro conocimiento que el científico, no ha dejado nunca de estar presente, en un primer o en un segundo plano. Lo sorprendente y novedoso es que un científico, buen conocedor de la historia de la filosofía —queda de manifiesto en la distinta interpretación que ambos hacen de

la *Ética* de Spinoza—, amigo del arte y de las humanidades, a la hora de discutir su programa apele a la cooperación crítica de la filosofía. Y extraña esta actitud, porque al científico, obsesionado tan sólo por el reconocimiento de los colegas, le suele importar un bledo lo que el filósofo pueda decir sobre sus ideas y proyectos. Y bien sabe Changeux que filosofar no es una actividad que aporte prestigio en la comunidad científica, aunque ayude a llegar al gran público. Ello explica que la comunicación entre ciencia y filosofía, cuando raramente se produce, es casi siempre por iniciativa del filósofo, la parte más débil, y dada la dificultad, mejor diría la imposibilidad, de dominar distintas disciplinas, a menudo lo hace desde conocimientos bastante rudimentarios del hacer científico.

Capitulación de la filosofía

En suma, el interés de la obra que comentamos radica en que muestra algo que pocas veces presenciamos: a iniciativa del científico, ambos salen de su caparazón y tratan de entenderse, pese a que desde un principio quede claro que no es probable que se llegue a un acuerdo, al implicar este entendimiento una capitulación de la filosofía. Paul Ricoeur formula desde el comienzo la que va a ser la conclusión final: «mi tesis inicial es que los discursos tenidos de un lado y del otro provienen de dos perspectivas heterogéneas, es decir, no reductibles la una a la otra, ni derivables la una de la otra» (pág. 25). Tesis que con algunas concesiones —llega a admitir que la ruptura no sea tal vez entre la psicología y la neurociencia, sino entre la psicología, como ciencia, y la experiencia fenomenológica (pág. 136)— es la que mantiene a lo largo de todo el debate: hay que diferenciar lo neuronal de lo psíquico y, además, un mejor conocimiento de cómo funciona el cerebro no tiene visos de resolver la cuestión ética del comportamiento.

Ante el empeño que alimenta la ciencia, o la filosofía que se identifica con ella, de agrupar todos los saberes —no se olvide que es una vieja aspiración de la filosofía en los tiempos en que se sentía fuerte—, Ricoeur apuesta por la autonomía metodológica de cada disciplina, y en particular por la de la filosofía tal como él la concibe. Si la especulación filosófica en el campo del conocimiento objetivo no puede sustituir a la ciencia, ésta tampoco debe modelar a su imagen y semejanza las demás esferas del saber. «El reproche que haría otra vez a su proyecto científico es el federar todas las disciplinas ajenas bajo la bandera de la neurobiología, sin tener en cuenta la variedad de los respectivos referentes de estas ciencias, ni la de sus programas científicos, en vez de dejar a la interdisciplinariedad el trabajo de la puesta en sinergia de estas ciencias, de modo que cada una pueda luchar por la hegemonía» (pág. 197). «Ergo», señor Changeux, no parece probable, ni menos deseable, que su programa sea factible.

Por su parte, el neurocientífico se esfuerza en mostrar que suponer una quiebra entre el discurso biológico y el psíquico, además de anticuado, resulta peligroso, al abrir de par en par las puertas a lo irracional. Changeux está convencido de que pretender separar las ciencias de la vida de las ciencias del hombre y de la sociedad puede terminar incluso en una catástrofe. El futuro está en la interconexión de las ciencias neuronales con las demás ciencias humanas, tanto porque sólo así cabe avanzar en el conocimiento —véanse los progresos realizados estos últimos decenios en la biosociología— como

Viene de la página anterior



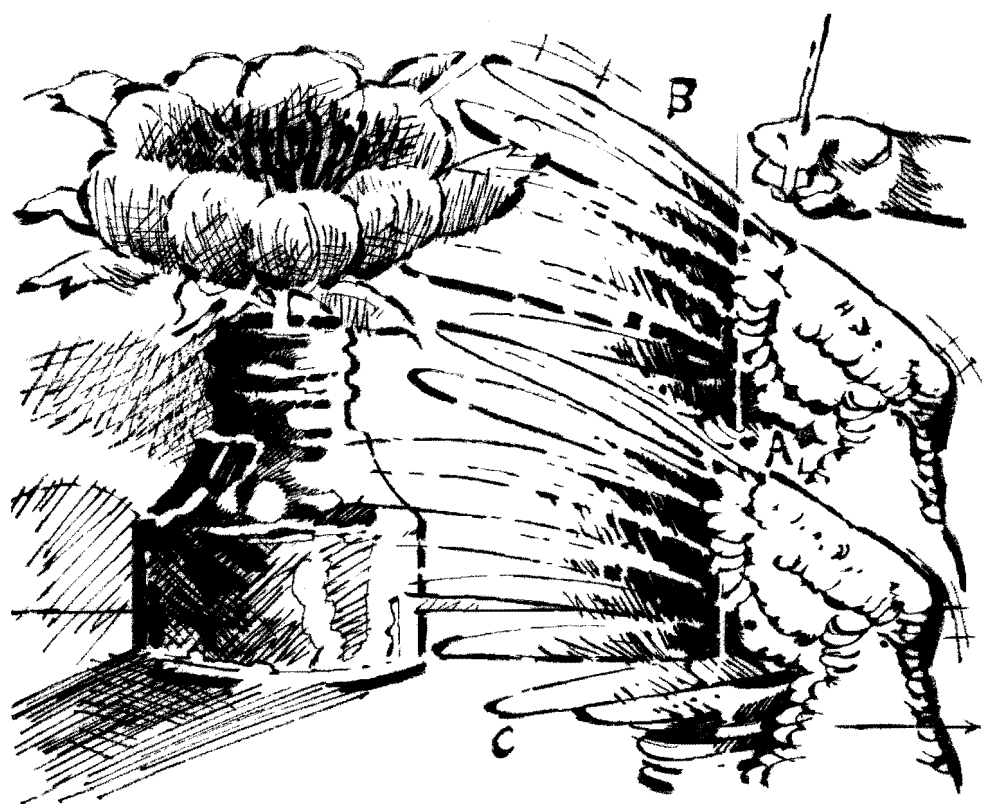
porque estos saberes, ganados con un mejor conocimiento de la naturaleza humana, pueden impedir un proceso de autodestrucción de la especie. Desde que Paul Broca estableció en 1861 la primera correlación entre una lesión de la parte media del lóbulo frontal del hemisferio izquierdo y la pérdida del habla (afasia), nuevas técnicas —la cámara de positrones y la resonancia magnética funcional permiten observar las modificaciones cerebrales de los estados anímicos, o incluso los últimos desarrollos de la electroencefalografía, técnicas que hacen posible interpretar las imágenes de los estados mentales, o el hecho mismo de que las drogas (la química) modifiquen nuestra vivencias— ponen en entredicho cualquier tipo de ruptura entre el plano neuronal y el psíquico.

Evidencia empírica

Nadie se atreve hoy a negar la evidencia empírica de una relación entre lo cerebral y lo psíquico y, desde luego, Ricoeur no lo niega; lo que cuestiona es que esta relación sea de causalidad. «Tal complejo neuronal produce tales efectos mentales. A la causalidad efectiva, que usted reivindica, yo opongo la causalidad substrato», concepto que Ricoeur propone para impedir que se salte de la semántica a la ontología, y si, además, se vincula al de indicación, «entonces cabría decir que el cerebro es el substrato del pensamiento, tomado en el sentido más amplio, y el pensamiento la indicación de una estructura neuronal subyacente». Lo decisivo, en todo caso, es que «el substrato y la indicación constituirían las dos caras de una correlación de doble entrada» (pág. 61). Maravilla cómo el filósofo, sin la menor base empírica, imagina, es su fuerte, una solución que reconcilia aparentemente los datos de la neurociencia con el afán previo de mantener separados el ámbito de lo cerebral de la esfera de lo psíquico-vivido. Todo filósofo que no quiera cerrarse a la transcendencia, por grandes que hayan sido los descalabros sufridos, sigue apostando por mantener la diferencia entre lo material y lo espiritual.

Jean-Pierre Changeux hubiera podido sacar a colación el fracaso de otro filósofo, también de enorme prestigio en su tiempo, Henri Bergson, que a finales del siglo pasado⁵ reacciona ante un mismo cientificismo positivista que trataba de integrar la lógica, la ética y la estética en una psicología científica que aplica los métodos de experimentación y observación de las ciencias naturales (psicofisiología y psicofísica). Partiendo de la experiencia incontrovertible de la libertad, Bergson postula zonas de la realidad, cuyo conocimiento sobrepasaría las posibilidades de la ciencia, y no podría ser más que filosófico. En *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo y el espíritu* se esfuerza en mostrar que no habría equivalencia posible entre el cerebro y el espíritu. Pero, no sólo el alma, también la vida, el «aliento o impulso vital» («l'elan vital») escaparía a los métodos de la inteligencia discursiva. Lo vital y lo psíquico son los dos ámbitos que, arrebatañdolos a la ciencia, Bergson convierte en exclusivos de la filosofía. Su refundación de la filosofía, como saber autónomo, se basa en haber restablecido previamente dos fosas insalvables, la primera, entre la materia inerte y la vida, y la segunda, entre el cerebro y lo psíquico, dos zonas de la realidad que exigirían otra forma de conocimiento (la intuición).

Los avances de la biología molecular en estos últimos decenios han mostrado que es falsa la pretendida especificidad de la vida, concebida como un «impulso vital», por completo distinto de la materia inanimada, pero luchando con ella para obligarla a or-



TINO GATAGÁN

ganizarse. No se sostiene la tesis central de Bergson, sobre la que levanta toda su filosofía, de que la vida no pueda explicarse a partir de las ciencias físico-químicas que se ocupan de lo inerte. Los dos fenómenos constitutivos de la vida, su carácter proyectivo y la invariancia genética, que parecían romper con el postulado de objetividad de las ciencias naturales, se explican, para decirlo con palabras de Monod, por dos clases de macromoléculas, «una, la de las proteínas, es responsable de casi todas las estructuras y "performances" teleonómicas, mientras que la invariancia genética está ligada exclusivamente a la otra clase, la de los ácidos nucleicos»⁶. Si hemos logrado llenar la fosa que pretendía separar lo físico-químico de lo biológico, mostrando su continuidad, ¿por qué no ha de ser posible cerrar la que todavía existe entre cerebro y conciencia? «Para la biología moderna lo que caracteriza principalmente a los seres vivos es su aptitud para conservar la experiencia pasada y transmitirla. Los dos puntos de ruptura de la evolución, en primer lugar, la aparición de la vida y, a continuación, la del pensamiento y el lenguaje, corresponde cada uno a la aparición de un mecanismo de memoria, el de la herencia y el del cerebro. Entre ambos sistemas se manifiestan ciertas analogías», como constata François Jacob⁷.

Cortacircuitos semánticos

El filósofo, sin aportar un argumento convincente, trata por todos los medios de apuntalar su escepticismo. Señala las falsas vías que propician los «cortacircuitos semánticos», como si su actividad principal consistiera en limpiar el lenguaje de conceptos equívocos. Changeux, claro está, no tiene inconveniente en apuntarse a esta reducción de la filosofía a mera clarificación lingüística, y manifiesta que «se siente próximo a Wittgenstein, cuando nos dice que con la clarificación la filosofía debe llevar la paz a los distintos pensamientos» (pág. 138), incluso asume de buen grado que la tarea de la filosofía sea advertir dificultades o reconvenir simplificaciones excesivas (pág. 185). Lo que menos he entendido en la posición de Ricoeur es su rechazo a considerar los casos patológicos, como prueba de la estrecha interrelación entre lo cerebral y lo anímico, como si la frontera con lo normal fuese clara y contundente. Confrontado con los trabajos recientes de un grupo de Harvard «que sugieren que se pueden distinguir las imágenes cerebrales de un sujeto que dice la verdad de las de un sujeto que miente» (pág. 126), no tiene reparo en declarar patológico al mentir.

La mayor parte del libro gira en torno a la necesidad de eliminar —posición del neurocientífico— o de mantener —posición del fi-

lósofo— la diferencia entre lo cerebral y lo psíquico o, si se quiere, la diferencia entre el «cuerpo objetivo», al que tenemos acceso por las distintas ciencias, anatomía, fisiología, neurociencia, y el «cuerpo vivido», mi cuerpo como experiencia interior. Empeñarse en diferenciar entidades ontológicas irreductibles, el cuerpo y el alma, el mundo de la materia y el del espíritu, parece consustancial con toda filosofía que pretenda conservar su autonomía, sin disolverse en una ciencia que, al sostener la unidad ontológica de todo lo existente, constituiría un saber universal capaz de integrar todos los saberes. Ceder a la ciencia esta función integradora de los saberes, que desde siempre ha sido una vieja ambición de la filosofía, significará aceptar la propia destrucción. En el momento en que la filosofía ya no puede ejercer una función integradora, su último recurso es defender compartimentos diferentes para los distintos saberes. Existe un ámbito de lo religioso, desconectado de lo filosófico, como uno de lo filosófico, más allá de lo científico. Lo pavoroso es que la ciencia no respete las fronteras que se le imponen desde fuera y avanza impertérrita, bien asimilando, bien disolviendo, las zonas que se quieren mantener al margen.

Y digo pavoroso ante la simplicidad de la filosofía que el científico extrapola de su saber. En el último capítulo se tornan los papeles, y es el filósofo el que domina el diálogo, abriendo caminos nuevos al retomar viejas cuestiones, como la del mal radical. En el fondo, no se entiende que antes de que haya podido llevar a cabo el programa propuesto, Changeux marque ya las líneas generales de lo que llama «una ética natural y universal», una especie de «moral científica» que incluye la normatividad que se desprende del equipamiento genético y epigenético de la especie. Ahora bien, por mucho que una «moral natural», basada en el saber científico, parezca imprescindible en una sociedad en la que la ética tradicional, vinculada a la religión, haya dejado de tener vigencia, de ningún modo debemos precipitarnos. Circunspección que recomiendo por dos razones. La primera, por-

que no sabemos las sorpresas que aún nos puede deparar el ulterior avance de la neurociencia, aniquilando no pocas ideas que hoy parecen sólidas y desbaratando con ello la «moral natural» que hayamos basado en los actuales conocimientos. Como el saber científico, por su propia índole, es provisional y la ética, para que pueda obligar, aspira a una cierta universalidad, me temo que quedará siempre un resto que la creencia religiosa o la reflexión filosófica tendrán que completar. La segunda razón, que considero de tanto o mayor peso, es que deberíamos estar escaldados ante las extrapolaciones que del saber científico se han hecho en el pasado. Aunque el lector progresista vea con buenos ojos la moral solidaria, con algunos retoques humanistas, que Changeux deduce de la biología, nadie ignora que del saber biológico también se han extraído y, desde luego, cabe sacar otras conclusiones: a principio de siglo, el concepto de raza, así como la superioridad de unas sobre otras, se manejaban con tanto o mayor peso, que se decían fundadas en conocimientos científicos incontrovertibles. Conviene no olvidar que la ciencia ha sido durante un largo trecho racista, o que se han vendido como científicas filosofías harto cuestionables, como el darwinismo social o el materialismo dialéctico⁸. Si echamos una mirada retrospectiva a la relación entre ciencia y moral, queda de manifiesto que, lejos de existir una moral basada en la ciencia, es la moral dominante, la lucha por la supervivencia de los mejores, o la solidaridad como mejor forma de sobrevivencia de la especie, las que se quieren legitimadas por el único saber que cuenta hoy con prestigio, la ciencia. Las especulaciones éticas y sociales del neurocientífico, en todo caso, corroboran la necesidad de la filosofía como una reflexión autónoma, consciente de sus límites, pero también de sus responsabilidades. □

- 1 J. M. Jauch, *Sobre la realidad de los cuantos. Un diálogo galileano*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- 2 Galileo Galilei, *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano*, traducción, introducción y notas de Antonio Beltrán Marí, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- 3 Véase el libro de R. Girard, *La violence et le sacré*, Grasset, París, 1972.
- 4 Paul Ricoeur, *Soi-même comme un autre*, Editions du Seuil, París, 1990, pág. 36.
- 5 Su *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* es de 1889 y en él plantea, como arranque de su filosofía, el problema de la libertad. Al estudiar, no el acto realizado, sino el acto realizándose, trata de superar, tanto el determinismo psicológico, como el postulado de la libertad. En *Materia y memoria*, de 1896, se esfuerza en distinguir lo psíquico de lo cerebral y en *La evolución creadora*, que se publica en 1907, se centra en subrayar la diferencia entre lo material inerte y la vida.
- 6 Jacques Monod, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Barral, Barcelona, 1971, pág. 27.
- 7 François Jacob, *La lógica de lo viviente*, Salvat, Barcelona, 1986, pág. 3. La primera edición francesa es de 1970.
- 8 Véase el manual que se utilizaba en las universidades de la República Democrática Alemana: *Philosophie und Naturwissenschaften*, VEB Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín Oriental, 1986.

RESUMEN

Es conocida la incompreensión mutua que, tradicionalmente, han mostrado la cultura científica y la filosófica y humanística. Por muchos puentes que se estén trazando todavía es mucho el camino a recorrer. Para Ignacio Sotelo, que describe esta situación, el libro que comenta supone un esfuerzo

muy digno por restablecer esa deseada comunicación, llevado a cabo por un científico, Jean-Pierre Changeux, y un filósofo, Paul Ricoeur, ambos en la cúspide de su prestigio. El diálogo, a su juicio, está predeterminado, cuando no mediatizado, por la especialidad de cada uno de ellos.

Jean-Pierre Changeux y Paul Ricoeur

Ce qui nous fait penser. La nature et la règle

Editions Odile Jacob, París, 1998. 350 páginas. 145 francos. ISBN: 27381051 73 (Traducción de M^a del Mar Duró, Península, Barcelona, 1999).

Comprender la política

Por Javier Tusell

Javier Tusell (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha publicado más de sesenta libros sobre la historia política española del siglo XX obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y recientemente el Conde de Godó de Periodismo.

Cuando quienes tenemos algo más de cincuenta años hicimos nuestros estudios universitarios el paradigma historiográfico claramente dominante era la llamada «escuela de los Annales». Nacida en el seno de un cierto marxismo nada ortodoxo y menos aun dogmático, introdujo profundas novedades metodológicas, muchas de las cuales están destinadas a perdurar. De ella se puede decir que ha contribuido en Francia a convertir la Historia en un auténtico orgullo nacional. Los historiadores influidos por los «Annales» se dedicaron principalmente a la época del Antiguo Régimen y a materias demográficas, económicas y sociales; sólo con el transcurso del tiempo descubrirían el enorme atractivo que para un historiador tiene la antropología. La realidad es que las otras épocas y cuestiones les parecían a los seguidores de esta tendencia poco menos que obsoletas o carentes de interés. La política era, por ejemplo, el terreno de lo contingente y de lo opinable, la pura superficie de las cosas. El acontecimiento relacionado con ella, además, resultaba algo parecido al polvo que dificultaba la visión real de las cosas y que era, en realidad, intrascendente. La Historia era, sobre todo, «larga duración». En realidad se seguía manteniendo esa idea tradicional de que la Historia es una ciencia que exige a quienes la cultivan el paso de un suficiente tiempo como garantía de imparcialidad. La Historia contemporánea y, sobre todo, la muy contemporánea era considerada como un terreno propio de los politólogos o de los periodistas. Ante la hege-

monía de «Annales» en la historiografía española era habitual entre los historiadores dedicados a la contemporaneidad una cierta esquizofrenia: aunque siempre entre ellos hubo otras tendencias historiográficas —el marxismo de estricta obediencia o la influencia anglosajona—, lo habitual era aceptar el esquema interpretativo de «Annales», aunque no fuera de aplicación al siglo XX.

Hoy la historiografía francesa sigue siendo muy influyente en España, pero ha cambiado de manera sustancial sus planteamientos. La vanguardia historiográfica en el país vecino está en otros terrenos y temáticas muy diferentes de «Annales». Hoy lo más innovador lo encontramos en una Historia muy próxima —«Historia del tiempo presente», la llaman allí—, en la que la política juega un papel fundamental, aunque se tiende crecientemente a contemplarla desde el punto de vista cultural y antropológico, la biografía juega un papel importante y se ha rescatado la validez del acontecimiento político.

Un autor al que se puede atribuir un papel de gran importancia en este cambio decisivo es René Rémond. Procedente del mundo católico, al que ha dedicado algunos de sus últimos libros, pero sobre el que ya publicó a mediados de los sesenta, Rémond ha sido, al margen de una larguísima serie de monografías, principalmente autor de cuatro obras que los más jóvenes historiadores franceses consideran como maestras y han dejado una profunda huella en su tarea. En *Les droites en France* (reedición en Aubier Montaigne, 1982) señaló la existencia de tres familias de esta significación que irían transfigurándose a lo largo del tiempo: los «ultras», apegados al Antiguo Régimen; los «orleanistas», liberales y elitistas; y los «bonapartistas», defensores de la nación, del plebiscito y ciertos contenidos sociales. En *La vie politique en France depuis 1789* (Armand Colin, 1965-1969) nuestro autor renovó de una forma sustancial la manera de ver la evolución política de Francia durante el siglo XIX: no se trataba de examinar tan sólo los textos legales sino la práctica

de los mismos, los actores políticos, el campo de fuerzas en el que se desarrolla la vida pública y cuestiones semejantes. En *Pour une Histoire politique* (Seuil, 1988), libro colectivo en que han escrito muchos de sus discípulos y personas que han acabado por coincidir en sus enfoques, Rémond reivindicó la ampliación cronológica del marco de la Historia política hasta tiempos muy cercanos y estableció un elenco de los campos principales en que puede llevarse a cabo: las elecciones, los partidos, las asociaciones, la biografía, la opinión y los medios de comunicación, las ideas y los intelectuales, el lenguaje de la vida pública y un largo etcétera. En *Notre siècle, 1981-1991* (Fayard, 1991) abordó, en fin, con voluntad sintética y divulgativa, todo este decisivo período de la Historia universal. No es posible detenerse en más títulos de Rémond porque la lista sería demasiado extensa. Conviene, sin embargo, recordar que no sólo ha hecho Historia. En *La politique n'est plus ce qu'elle était* (Calmann-Lévy, 1993) hace, en realidad, ensayo político cercano a la actualidad, tratando de comprender la reciente evolución de la vida pública en las democracias pero eludiendo cualquier sesgo partidista. Fino analista y capaz de guardar la imprescindible distancia respecto de los acontecimientos, a menudo, además, ha interpretado sucesos inmediatos a través de los medios de comunicación. Pero esta actividad no le ha convertido en una especie de divulgador superficial. Por el contrario su imagen en los medios intelectuales y culturales franceses viene a ser muy parecida a la que tenía Braudel a mediados de los años sesenta, cuando el autor de esta reseña era estudiante en la Universidad Complutense de Madrid. Rector de una de las Universidades parisinas, durante muchos años presidente de la «Fondation Nationale des Sciences Politiques», en la actualidad lo es del «Conseil des Archives» y en 1998 fue elegido miembro de la «Académie Française» en sustitución de François Furet.

El último libro de Rémond no es más que una recopilación de artículos publicados

con anterioridad en revistas de muy variada significación, pero sirve para mostrar de forma muy clara la trascendencia y el contenido de su tarea historiográfica. El título más que revelar el contenido del libro constituye la prueba de cuáles son los interrogantes que nuestro autor se hace. Ni siquiera discute el crucial papel de la política en la Historia de la contemporaneidad, por más que en otro tiempo hubiera podido ser considerado una herejía concederle un papel demasiado relevante frente a otros factores (los económicos, por ejemplo). Se pregunta, en cambio, acerca de si será verdaderamente posible un conocimiento científico de la política. Ésta aparece a los ojos de muchos como el ejemplo paradigmático del reino de lo efímero y de la pasión.

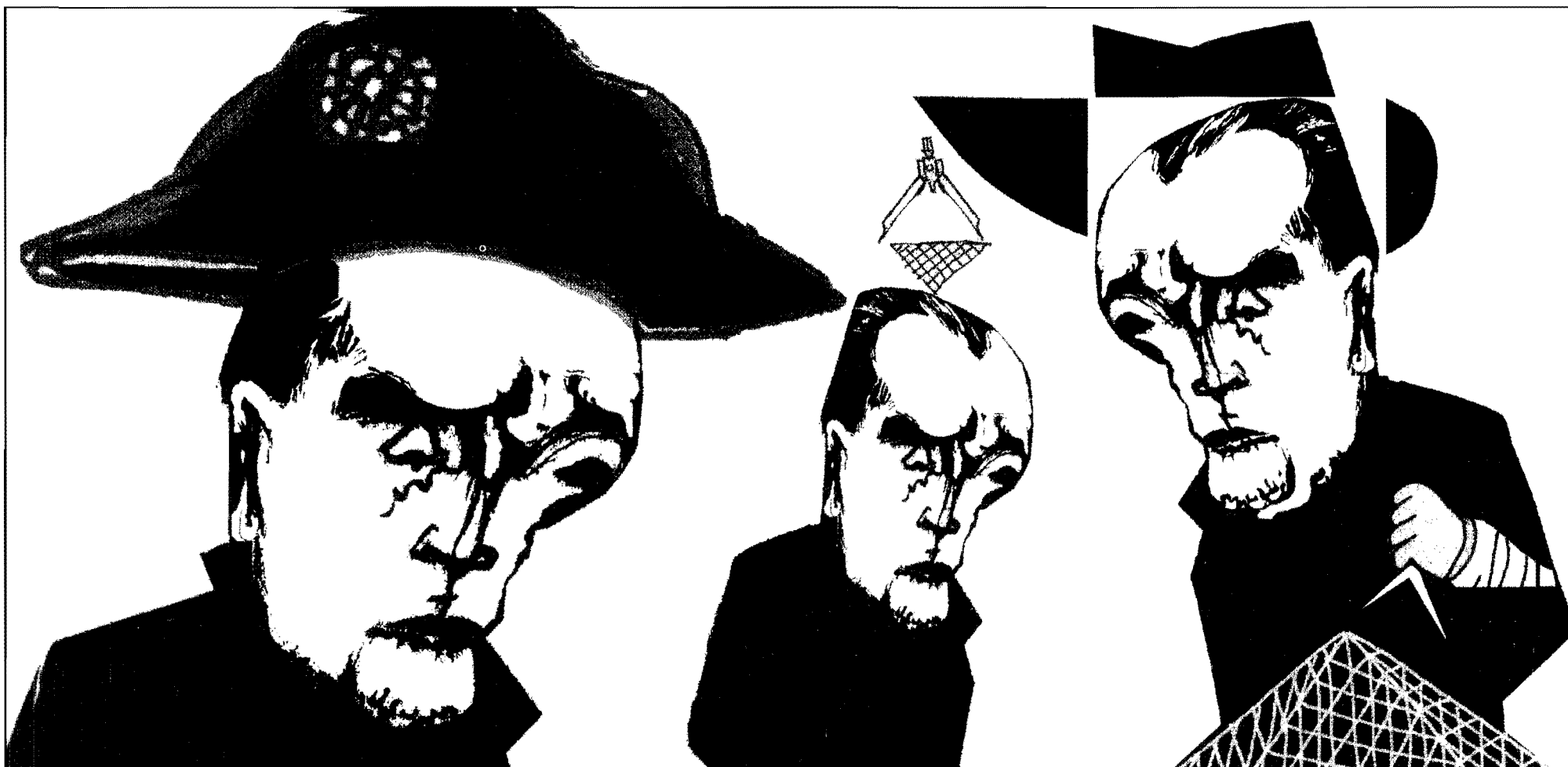
Componente de racionalidad

Pero, frente a esas apariencias, la realidad es que la política tiene un componente de racionalidad muy elevado que se puede transmitir intelectualmente. En primer lugar Rémond señala que hay una lógica profunda del electorado, cuyo buen sentido y coherencia interna aparece en cada consulta de carácter general. Por otro lado, en segundo lugar, descubre también en la política la racionalidad de la explicación histórica: los comportamientos se explican por los antecedentes y los nexos causales pueden dar lugar incluso a comportamientos previsibles. La Historia revela, por tanto, la racionalidad de la política y lo hace descubriendo en ella un componente de «larga duración» que un historiador de otra época sólo hubiera visto en factores sociales y económicos pero que hoy son evidentes. Esas fuerzas profundas obedecen a formas de instalación en el mundo; se trata de, por así decirlo, culturas o mentalidades. Pero un factor esencial para comprender la política es, en fin, la «interdependencia». En ningún terreno como en éste es preciso analizar, con el máximo de



JUSTO BARBOZA

Viene de la página anterior



JUSTO BARBOZA

finura posible, el juego de los diversos factores que confluyen en un resultado final.

Los artículos reunidos en este pequeño volumen pueden ser agrupados en cuatro apartados con una breve coda final. El primero se refiere a aquello que se suele identificar con la Historia política positivista de tradición decimonónica: el acontecimiento —«événement»— convertido de acuerdo con los presupuestos de «Annales» en poco menos que un íncubo, hasta el punto de que la Historia que no debía ser hecha era la «évènementielle». Pero describiendo determinados acontecimientos se descubre que pueden llegar a constituir giros copernicanos en la vida de la Humanidad y, por lo tanto, tener una sustancia y una densidad decisivas para ella. El propio Rémond escribió un librito sobre el retorno al poder del general De Gaulle en 1958, que es un prodigio de inteligencia en el análisis para un acontecimiento que cambió por completo la vida de los franceses. En este libro examina dos, uno de ellos de forma inmediata y con la visión complementaria del transcurso de un período largo de tiempo. La liberación de París, convertida en conmemoración nacional, fue un hecho de escasa significación militar, pero que, en su sustancial distancia con respecto a lo sucedido en Varsovia en el mismo momento —dos sublevaciones de la población, pero ésta última privada del auxilio de las unidades militares que podían haberle prestado ayuda—, es testimonio del destino divergente que iba a experimentar cada una de las dos Europas a partir de 1945. Pero, además, la liberación de París tuvo una significación conmemorativa particularmente importante para los franceses. Si la derrota de 1940 y cada una de las sublevaciones populares de la época contemporánea en la capital francesa habían tenido un contenido divisivo, ésta tuvo un resultado totalmente contrario. El segundo acontecimiento de que trata Rémond, en este caso, desde la doble óptica de la proximidad temporal y la lejanía, es mayo de 1968. De entrada pudo percibirse en él la súbita aparición de una conciencia de fragilidad en una política hasta

el momento segura de sí misma y una no menos imprevista voluntad de reconstrucción desde cero de la sociedad. Pero el paso del tiempo ha acabado por demostrar a nuestro historiador que lo sucedido en aquella ocasión no fue tanto una ruptura con el pasado como una consecuencia de comportamientos que se habían iniciado en épocas anteriores. Recuerda, en este punto, aquella frase del historiador francés del XVIII que expresaba el cambio producido en un momento clave de la vida intelectual europea asegurando que en un momento parecía que todo el mundo pensaba como Bossuet y en el siguiente las ideas comunes fueron las de Voltaire. En el caso de mayo del 68 parece demostrarse que el deslizamiento de una situación a la otra se produjo de una forma mucho más paulatina.

El escenario político

Junto al acontecimiento, Rémond trata a las fuerzas profundas de la política, la derecha y la izquierda, constantes antagonistas pero también elementos complementarios del escenario político. Como ya se ha indicado, la primera ha sido objeto de muy profundos estudios por parte del historiador que nos ocupa y, por ello, se dedican a ella la mayor parte de las páginas. Descarta, sin embargo, una idea muy habitual en los tópicos de la política francesa como es que la izquierda no ha gobernado apenas, en el que parece coincidente el deseo del adversario por mostrarla como inexperta, y el propio de figurar como una perenne esperanza nueva. Lo más valioso de estas páginas, sin embargo, reside en la disección del gaullismo como reencarnación mitigada del bonapartismo, cuyo nacionalismo se separa de la versión tradicional y más reaccionaria y está dotado de una indudable modernidad, al menos en lo que respecta a los modos de actuación. Pero también trata de la Francia de Vichy, ese permanente motivo de introspección acusatoria para los franceses en los últimos años. Creo que son dos buenas má-

ximas intelectuales las que propone para cualquier historiador a la hora de tratar de acontecimientos espinosos de un pasado que sigue presente. El historiador no puede simplificar, de manera que manifestar la complejidad no es rehabilitar. Además no debe pretender que estuvieron claras para los hombres del pasado las consecuencias de todo lo que hacían en un determinado instante. Y, en fin, en este apartado trata también del centro político como realidad o como fantasma de la vida política. En el fondo, sugiere, hay presunciones irreductibles de que la política se explica a través de dualismos o en más fórmulas. Pero se le percibe decantado hacia la aceptación de mayor pluralidad de fórmulas. Y, sobre todo, hace distinciones agudas: por ejemplo, entre lo que es un gobierno del centro y un gobierno en el centro. Éste es un lugar de encuentro desde la periferia, pero también otro desde el que caminar hacia la diáspora.

Otro enfoque posible para conocer la política reside en las figuras que ejercen el protagonismo en ella. Rémond ofrece dos perfiles excelentes de sendos personajes de la izquierda, Mendés France y Mitterrand. Al primero le presenta como un precursor, mientras que del segundo revela una línea de responsabilidad, de renuncia al anticomunismo y de repudio visceral no ya de la constitución de la V República sino también de la IV que no puede menos de resultar reveladora. Y, en fin, en un último apartado

trata Rémond de los procedimientos que definen una vida política en libertad y pueden cambiarla. Trata, en efecto, de cómo el sufragio universal pasó de ser una utopía minoritaria a convertirse en realidad incontada o de la manera en que las elecciones presidenciales han determinado la trayectoria de la política francesa a partir de 1958. La coda final se refiere al juego de moral y política, cuestión ésta que no podía dejar de ser tratada por persona de su procedencia intelectual y cultural. Lo que llama la atención es, no obstante, que sus juicios evitan la sobrecarga de factores en exceso valorativos. Subraya, por ejemplo, el componente de espectáculo y de catarsis colectiva que siempre tiene el escándalo político.

Las tapas de este volumen, de lectura deliciosa que provoca el deseo de reabrirlo una vez acabado, proceden de un cuadro del siglo XIX que nos presenta a Maquiavelo meditando en el silencio de su biblioteca acerca de los grandes hombres de la Antigüedad. No es necesario recordar que el italiano fue el primer tratadista que intentó convertir a la política en una ciencia. En las páginas de este libro se descubre una personalidad que ha podido profundizar en este camino. La riqueza de matices y la precisión en el concepto, al margen de lo nutrido e influyente de su obra, explican que le podamos considerar como un maestro de la Historia política reciente en el final de nuestro siglo. □

RESUMEN

Javier Tusell repasa parte de la obra historiográfica de René Rémond, firme defensor de esa «historia del tiempo presente», que tantos seguidores tiene en Francia, como paso previo para comentar el libro escogido, que es una recopilación de artículos ya publicados, y que

muestra la trascendencia y el contenido de su tarea historiográfica. En esta ocasión Rémond se ocupa de la política, actividad ésta que si para muchos es paradigma de lo efímero y de la pasión, en ella descubre el ensayista la racionalidad de la explicación histórica.

René Rémond

La Politique est-elle intelligible?

Eds. Complexe, Bruselas, 1999. 286 páginas. 130 francos belgas. ISBN: 2-87027-741-5

Darwin, azar, dolor, cultura y Creador

Por Manuel García Doncel

Manuel García Doncel (Santander, 1930) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido visitante de l'Institut des Hautes Études Scientifiques de Bures-sur-Yvette (París) y del CERN de Ginebra. Actualmente se dedica a la historia y la filosofía de la física moderna y dirige en su Universidad un Centro de Estudios de Historia de las Ciencias.

El Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza (CTNS) de Berkeley y el Observatorio Vaticano (VO) coeditan el tercer volumen de su investigación teológico-científica (fechado en 1998, aunque aparecido en mayo de 1999). Bajo el tema teológico general de la colección, «La acción de Dios en el mundo», este tercer volumen trata del tema científico: «Biología evolutiva y molecular» (los dos anteriores trataron de «Cosmología cuántica y leyes de la naturaleza» y de «Caos y complejidad»; véase «SABER/Leer» de enero de 1995, nº 85, págs. 10-11, y de marzo de 1997, nº. 103, págs. 10-11). Colaboran en él 8 teólogos, 4 filósofos y 9 científicos. Entre los nuevos colaboradores destaquemos a Francisco Ayala (español de origen, asentado en la Universidad de California en Irvine) y Camilo Cela-Conde y Gisele Marty (ambos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de las Islas Baleares).

Tras la elaborada presentación del editor principal, Robert Russell (fundador y director del CTNS), la introducción recoge dos alocuciones pronunciadas por Juan Pablo II en 1996. La segunda de ellas —recordando la encíclica *Humani generis*, en la que Pío XII consideraba la evolución «como una hipótesis seria»— afirma que, tras medio siglo de investigación, hemos de reconocerla como una teoría que «se ha impuesto progresivamente al espíritu de los investigadores» (pág. 5), y transcribe una problemática frase de Pío XII: «si el cuerpo humano tiene su origen en la materia viva preexistente, el alma espiritual es inmediatamente creada por Dios» (pág. 7). George Coyne (jesuita astrofísico, director del VO), tras estudiar el diálogo teología-ciencias fomentado por Juan Pablo II y su alocución, comenta así esa frase: «¿estamos obligados a tener... una visión dualista de los orígenes de la persona humana..., a ser evolucionistas respecto a su dimensión material y creacionistas respecto a la espiritual? Creo que la alocución... hace serias indicaciones de que, sobre estas cuestiones, el diálogo continúa abierto» (pág. 16).

La parte primera divulga las «bases científicas» de la evolución. Francisco Ayala presenta en ella una extensa «visión panorámica» sobre la teoría darwiniana, sus modernas actualizaciones y la reconstrucción de la historia de la vida que ella nos ofrece. Camilo Cela-Conde completa esta reconstrucción en su extremo de la evolución de los homínidos. Y Julián Chela-Flores (de la Universidad de Caracas) lo hace en el extremo de la evolución químico-biológica. Me centraré en tres grandes problemas, concisamente recogidos en mi título: azar, dolor, cultura.

Azar y Diseñador

El mecanismo neo-darwiniano de la evolución atribuye las novedades que van apareciendo en el proceso evolutivo al simple juego del azar dentro del código genético de los sucesivos organismos, novedades de las que la selección natural preservará únicamente las mejor adaptadas al medio. ¿Excluye este azar el papel de un Diseñador en el universo biológico?



STELLA WITTENBERG

Francisco Ayala había ponderado en su aportación científica la importancia del azar y los grandes números, estimando por ejemplo la enorme cantidad de células sexuales diferentes que puede producir el ser humano (el número de posibilidades diferentes en su estructura de ADN le resulta $10^{750.000}$, que compara con el número de átomos del universo, estimado en 10^{76} ; pág. 37). En una segunda aportación ataca el problema, hablando de «diseño sin Diseñador». Subraya que: «El azar es... una parte integrante del proceso evolutivo. Las mutaciones que producen variaciones hereditarias a disposición de la selección natural surgen al azar, tanto si son beneficiosas como si son dañinas para sus portadores... Mutación y selección han guiado el proceso maravilloso que, a partir de organismos microscópicos, ha hecho borbollar orquídeas, pájaros y seres humanos» (págs. 108-109). Filósofos y teólogos predarwinianos ponderaron «la improbabilidad increíble de atribuir al azar el origen de los organismos... Pero... fueron incapaces de discernir que existe un proceso de la naturaleza —la selección natural— no aleatorio sino orientado y capaz de generar orden o 'crear'» (pág. 108). Para Ayala, el descubrimiento básico de Darwin es que exista este «proceso creativo aunque no consciente» (pág. 109). Le atribuye una «teleología natural, interna», contrapuesta a nuestras teleologías artificiales; una teleología no determinada... sino «ilimitada, indeterminada, contingente» (pág. 111).

Paul Davies (profesor emérito de filosofía en Adelaida, Australia) describe el papel del azar, bajo la analogía del juego del ajedrez: sus reglas, sabiamente seleccionadas, aseguran una rica variedad de jugadas, pero el resultado depende del arbitrio de los jugadores, constituyendo «una mezcla exquisita de orden e impredecibilidad». Dios análogamente «selecciona de todo el conjunto de leyes de la naturaleza posibles, las que fomentan pautas de comportamiento ricas e interesantes; y tales son las leyes estadísti-

cas». Pero «los detalles de la evolución real del universo quedan abiertos a los 'caprichos' de los jugadores», entre los que se incluyen el azar y Dios mismo (pág. 155). «La elección divina del azar otorga a la naturaleza una apertura... crucial para su impresionante creatividad, pues sin azar no podría realizarse la genuina novedad, y el mundo se reduciría a una máquina preprogramada» (pág. 159). Contra los «esquemas teleológicos predarwinianos», en que Dios seleccionaba directamente el resultado final y manipulaba los medios para obtenerlo, Davies llama a su concepción «teleología sin teleología». Pues «la creatividad de la naturaleza imita la teleología predarwiniana, pero no requiere la violación... de leyes físicas. La naturaleza se comporta "como" si tuviese metas específicas preordenadas..., pero en realidad... está abierta al futuro» (pág. 160). Como contrastación de su concepción, Davies desearía ver realizarse en otros planetas «la tendencia general 'materia→mente→cultura', escrita a un nivel fundamental en las leyes de la naturaleza» escogidas por Dios (pág. 160).

William Stoeger (jesuita astrofísico del VO, Tucson, Arizona) en un denso y extenso trabajo pretende mostrar científicamente la existencia de una «direccionalidad inmanente» a lo largo de todo el proceso evolutivo. Y la encuentra en los subprocesos que estudia la cosmología, astronomía, química, geofísica y, sobre todo, biología. Al analizarla filosóficamente, distingue una auténtica teleología «intencionalmente dirigida a la meta» («goal-intending») de una teleonomía más general «que va en busca de la meta» («goal-seeking»). Ésta es manifiesta en biología, «como lo describe Ayala en su comunicación» (pág. 187). La direccionalidad inmanente está codificada en la realidad física, y Stoeger «como Paul Davies» coloca su causa en las leyes científicas (pág. 172). Subraya también el papel del azar: «Lo que referimos como sucesos al azar o contingentes, no rompe la direccionalidad de la evolución. Con-

tribuye poderosamente a ella...» (pág. 173). Concluye con reflexiones teológicas: «en las tradiciones cristianas, hemos de admitir necesariamente un plan divino consciente y una intencionalidad en la creación y, por extensión, en el proceso total de la evolución... Caemos así en la cuenta de que Dios... está trabajando en los dinamismos inmanentes, y entrelazando las direccionalidades del proceso evolutivo —a pesar, e incluso a través, de su autonomía, contingencia, libertad interna y aparente ceguera—» (pág. 186).

Wesley Wildman (profesor de teología, Boston) hace un análisis exhaustivo del «argumento teleológico», que pretende probar la acción divina a partir de «finalidades aparentes» descubiertas por doquier en la naturaleza. Y lo analiza en tres etapas: (1) que estas finalidades aparentes indiquen «capacidades genuinamente teleológicas de los objetos y procesos naturales», (2) que estas capacidades supongan «principios teleológicos fundamentales», y (3) que estos principios «soporten teorías particulares de la acción divina» (pág. 119). El argumento no prueba, por las ambigüedades metafísicas de las últimas etapas. En ellas aparece el azar, «como categoría general que incluye el influjo de las condiciones de contorno sobre sistemas complejos» (pág. 146).

Ian Barbour (profesor emérito de física y de religión en Minnesota) presenta cuatro temas filosóficos sugeridos por la evolución y las imágenes de Dios correspondientes. En una de ellas, «Dios como organizador de un proceso auto-organizativo», explica con su claridad habitual la compatibilidad de azar y Diseñador: «Si diseño se entiende como un plan detallado preexistente en la mente de Dios, 'azar' es la antítesis de 'diseño'. Pero si se identifica con dirección general de crecimiento hacia complejidad, vida y conciencia, tanto la ley como el azar pueden formar parte del diseño... Ya no podemos aceptar el Dios relojero, que diseñó cada detalle de un determinado mecanismo. Pero una opción es hoy un deísmo revisado: Dios diseñó el mundo como 'proceso creativo de ley y azar a muchos niveles'. Paul Davies representa esta posición» (pág. 431).

Robert Russell presenta, como contrapunto, un serio trabajo sobre «Providencia especial y mutación genética». Dios puede crear, y crea, a través del azar de las mutaciones. Pero Russell defiende además una providencia especial «no intervencionista» (sin violar las leyes naturales), en la que Dios determina el proceso cuántico que origina tales mutaciones. Analiza para ello los supuestos en juego: interpretación indeterminista de la mecánica cuántica, y problemas científicos sobre el papel de ésta en la mutación genética y el de la variación genética en la evolución biológica (págs. 200-216).

Selección natural y dolor

En la concepción darwiniana, la selección natural se realiza mediante la supervivencia y reproducción del más fuerte. El progreso del reino animal parece, pues, exigir el cuadro de «garras y dientes ensangrentados». ¿Es este diseño evolutivo compatible con la bondad del Dios cristiano?

Anne Clifford (profesora de teología en Pennsylvania) presenta la revolución darwiniana como el paso de la «teología natural» a la «selección natural». La teología natural del siglo XIX veía el mal físico como aberrante: «El dolor... sólo en raras ocasiones era a la vez violento y de larga duración» (pág. 288). Por el contrario «para Darwin... en la lucha por la supervivencia había abundante evidencia de desecho, dolor, hambre



Viene de la página anterior



y muerte» (pág. 293). Tras él necesitamos una metáfora de la relación Dios-mundo, que sustituya a la del relojero. Clifford, desde su condición femenina, propone la de la madre dando a luz la creación entera: «en esta metáfora maternal el sufrimiento y la vulnerabilidad consiguiente son reconocidos como parte del proceso de la naturaleza». Dios participa en su dolor y en su lucha. Además, «esta metáfora le coloca también en una posición de poder, dar a luz vida nueva» (pág. 302).

Arthur Peacocke (ex-profesor de biología en Oxford, fundador de la «Sociedad de Científicos Ordenados») describe «el dolor y el sufrimiento», como «señales biológicas necesarias para advertir de peligro o enfermedad» (pág. 366). Estudia su «omnipresencia», y razona científicamente lo inevitable de la muerte: «En un universo finito..., sólo pueden aparecer configuraciones nuevas si se liquidan las antiguas para dejarles lugar... y a nivel biológico observamos formas nuevas de vida sólo a través de la muerte de las antiguas» (pág. 369). Y sabemos que han desaparecido «muchas más especies de las que actualmente existen en la tierra». Así que la fecundidad evolutiva «se consigue al precio enorme de muerte universal y de dolor y sufrimiento durante la vida» (pág. 370). Su respuesta es que «si Dios está inmanentemente presente en... los procesos naturales, especialmente en los que generan vida consciente y autoconsciente, no podemos sino inferir que Dios sufre en... los procesos creativos del mundo» (pág. 371). La kénosis de Dios en la creación descubre «un Dios que sufre en... los sufrimientos de la humanidad creada y en los de toda la creación» (pág. 372).

John Haught (profesor de teología en la Universidad Georgetown, Washington) habla del «regalo de Darwin a la teología». Pues «el desafío de Darwin... no constituye un peligro», como imaginan algunos darwinistas ateos actuales, «sino un regalo». Nos obliga a abandonar la idea del Dios dominador y «pone de relieve la imagen de un Dios compasivo y sufriente» (pág. 395). Es el Dios de la kénosis, «que renuncia al ejercicio despótico de fuerza, cuya preocupación creativa y amorosa por el ser del mundo es el fundamento último de la evolución de la naturaleza, y cuya participación en la evolución restaura la relación y redime todo el sufrimiento y lucha que el proceso implica» (pág. 401). Esta «teología de la evolución» armoniza con la «teología del proceso», y su imagen de un Dios profundamente implicado en el devenir cósmico mediante su poder persuasivo, no despótico (págs. 405-406).

Thomas Tracy (profesor de religión en Lewiston, Maine) se centra en el tema: «Evolución, acción divina y el problema del mal». Presenta la acción divina como la del «Dios que juega a los dados», y aun los diseña en su plan creador (págs. 515-516). Analiza el problema del mal, distinguiendo en él dos cuestiones: «identificar el bien... en atención al cual se permite o produce el mal» y «explicar... la relación del mal a este bien» (pág. 520). El bien que Dios proyecta es «que nos realicemos en una relación de carácter personal con su propia vida divina de amor (intratrinitaria)» (pág. 521). La relación del mal con este bien se basa en el principio de que «un Dios omnisciente, omnipotente y perfectamente bueno no crearía un mundo que incluya mal natural o moral inútil», entendiendo por «inútil» un mal «que no es necesario o no es el mejor medio de producir un mayor bien o prevenir un mal igual o mayor». Pronto hace ver que ese concepto de «inútil» es impreciso y que, al intentar precisararlo, surgen paradojas lógicas relacionadas con las del concepto de «el mejor de los mundos posibles» (págs. 524-530).



STELLA WITTENBERG

Genes y cultura

Otro tema ampliamente tratado en este diálogo es el de la evolución cultural y social, en relación a la evolución genética de los organismos. Por ejemplo, si la selección natural parece favorecer los «genes egoístas», ¿cabe imaginar un proceso de evolución biológica que conduzca hacia la ética?

Charles Birch (profesor emérito de biología en Sydney), al tratar de los mecanismos de auto-organización e insistir en la necesidad de considerar a todo organismo como «sujeto», pone unas primeras bases al tema.

Philip Hefner (director del Centro de Religión y Ciencia de Chicago, Escuela Luterana de Teología) presenta el «Homo sapiens» como «un punto nodal en que confluyen y coexisten dos corrientes de información» que, lejos de oponerse, establecen una «simbiosis de genes y cultura». Define ésta como los «modelos de comportamiento aprendidos y enseñados, junto con los sistemas simbólicos que los contextualizan, interpretándolos y justificándolos» (págs. 333-335). Ve sus facetas científico-tecnológicas de alcance planetario, por lo que considera al ser humano como «co-creador creado», expresando así su doble relación con la naturaleza: responsabilidad cultural y dependencia genética. Presenta el «gran problema intelectual de la sociobiología», la existencia de altruismo más allá del propio grupo familiar, y ataca los intentos de «construir culturas que puedan oponerse a los genes» (págs. 350-351).

Denis Edwards (College de Teología Católica de Adelaida, Australia) comenta la concepción de Hefner e insiste en no identificar genes con egoísmo y pecado, y cultura con altruismo, pues «la cultura... no lleva sólo mensajes de amor altruista, sino también de mal sistemático». Aparte de que «las herencias genética y cultural están profundamente interrelacionadas en el desarrollo evolutivo humano» (págs. 385-386).

Cela-Conde y Gisele Marty, critican también la contraposición de «biología» y «cultura», y alaban la concepción no-dualista de Hefner. Ven la «cultura altamente desarrollada» entre las características del «ser humano morfológicamente moderno». Intentan aclarar «qué es la moralidad humana», para buscar comportamientos análogos en animales. Subrayan la complejidad cognitiva humana e, imaginando en la evolución de los homínidos la aparición de grupos cuya supervivencia depende de conductas altruísticas generalizadas, conjeturan que «los subproductos de tales estrategias adaptativas... ocasionaron nuestra enorme riqueza moral» (pág. 459). Echan de menos una teoría de la moralidad, que atienda «a la inserción en el grupo social y al papel de las emociones para mantener el comportamiento moral» (pág. 462).

Willem Drees (Centro de Estudios de Religión, Ciencia y Sociedad, Amsterdam) estudia «las implicaciones de una concepción evolutiva sobre nuestras ideas de naturaleza y cultura humanas» (pág. 303). Se sitúa en un «naturalismo ontológico» (fiel a las concepciones científicas) en su variedad de «materialismo no-reductivo» (rechaza la estricta correlación psico-física, pero cree que todo suceso mental está «físicamente incorporado», no con identidad «tipo-tipo» sino «signo-sig-

no»; pág. 307). Concluye que desde tal concepción «la moralidad y la riqueza de la experiencia pueden entenderse sin grandes pérdidas, pero que las exigencias de la religión son más serias» (pág. 304).

Nancey Murphy (profesora de filosofía cristiana en el Seminario Fuller de Pasadena, California), desde esa misma postura de «fiscalismo no-reductivo», trata de «la superveniencia y la no-reducibilidad de la ética a la biología». Según explica en detalle, «superveniencia» («supervenience» en inglés) es un término lógico aplicado en 1970 a «describir la relación entre características mentales y físicas». No expresa ni «identidad», ni simple «causalidad», sino una compleja dependencia lógica que respeta la «no-reducibilidad» (págs. 474-478). Elabora una concepción de la ética no-reductiva pero dependiente de la metafísica o de la teología, y rechaza ciertas propuestas en curso de la relación ética-biología «como el intento de derivar la ética a partir de una metafísica naturalista infundada» (pág. 465).

George Ellis (profesor de matemática aplicada en la Universidad de Ciudad del Cabo) presenta un interesante estudio sobre «el pensamiento que subyace en las nuevas cosmovisiones 'científicas'». Analiza las teorías de Peter Atkins, Richard Dawkins, Daniel Dennett, Jacques Monod, Carl Sagan y Edward Wilson, para desvelar cómo transgreden los límites de la ciencia en direcciones científicas que llevan a un «ateísmo sistemático» (págs. 258-272). Se muestra más comprensivo con teorías algo más abiertas que llevan a un «ateísmo auto-crítico» o «agnosticismo». Pero presenta su propia alternativa: una «moral-teística kenótica». Pues «la ética subyacente al universo... expresa la naturaleza kenótica de Dios, tal como la experimentan los seres humanos totalmente abiertos a... esa naturaleza» (pág. 276). Personalmente creo que tal apertura excluye los planteamientos «naturalistas» o «fiscalistas» anteriores.

Ted Peters (Seminario Teológico Luterano del Pacífico, Berkeley), bajo el título provocativo «Jugando a Dios con nuestro futuro evolutivo», discute, en relación al «Genoma humano», el problema bioético de intervenir en la información genética inicial del embrión («germ-line intervention»). Recorre declaraciones eclesiales, y destaca la más abierta de Juan Pablo II en 1994: «Actuando sobre los genes malsanos del sujeto, será también posible prevenir la recurrencia de enfermedades genéticas y su transmisión» (pág. 502). Responde a las objeciones del «Consejo para una Genética Responsable» norteamericano (págs. 503-508). Y concluye que: «Lejos de jugar a Dios u ocupar el puesto de Dios, el buscar la realización de nuevas posibilidades significa ser verdaderamente humano» (pág. 510). Yo añadiría que ahí se cierra la simbiosis, característicamente humana, de genes y cultura.

Se trata pues de un libro denso, pero lleno de ideas muy sugerentes, y digno de estudiarse y discutirse en profundidad. Esperamos que así serán también los dos últimos volúmenes proyectados, sobre «Las neurociencias y la persona» y sobre «Física cuántica y teoría cuántica de campos». □

RESUMEN

El profesor García Doncel analiza esta tercera etapa del diálogo teología-ciencias organizado por el Observatorio Vaticano y el Centro de Teología y Ciencias de la Naturaleza de Berkeley, que está centrada en el tema científico de la evolución biológica

darwiniana, y selecciona ideas de los 21 participantes en el diálogo, en torno a tres de sus problemas centrales: el papel del azar en el diseño creador, la realidad del dolor en la selección natural zoológica y los orígenes de nuestra cultura.

R. J. Russell, W. R. Stoeger y F. J. Ayala (eds.)

Evolutionary and Molecular Biology: Scientific Perspectives on Divine Action

Vatican Observatory Publications, Estado del Vaticano, The Center for Theology and the Natural Sciences, Berkeley, 1998. 551+xxxiv páginas. 24.95 dólares. ISBN: 0-268-02753-6.

El arte en la maleta

Por José Jiménez

José Jiménez (Madrid, 1951) es doctor en Filosofía y, desde 1983, catedrático de Estética y Teoría de las Artes en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director de la revista *Creación* y comisario de varias exposiciones. Entre sus libros pueden citarse: *El ángel caído*, *Filosofía y emancipación*, *Cuerpo y tiempo* y *Memoria*.

Uno de los aspectos de mayor interés en algunas exposiciones de arte es el catálogo que se publica y que, en ocasiones, se convierte en material de referencia para el estudio de la obra de un artista o de problemáticas estéticas concretas. De octubre de 1998 a mayo de 1999, primero en el Museo de Arte de Filadelfia y después en el Museo de Menil en Houston, se presentó una muestra: *Joseph Cornell / Marcel Duchamp... in resonance*, cuyo catálogo presenta las características antes mencionadas.

La exposición, integrada por piezas de Cornell y Duchamp y por un dossier sobre este último, descubierto por el comisario y crítico de arte Walter Hopps poco después de la muerte de Joseph Cornell en su casa de Utopia Parkway, en Queens, arroja una importante luz sobre la relación hasta ahora no suficientemente documentada entre ambos artistas. Y de un modo especialmente relevante proporciona nuevos e interesantes materiales para la comprensión teórica de la revolución que Marcel Duchamp llevó a cabo en su momento en torno a la idea de «obra de arte», y su proceso de conservación, reproducción y transmisión pública. Lo que implica, también, una notable modificación cualitativa de las funciones y características de los museos de arte en nuestro tiempo.

El dossier «Duchamp», magníficamente reproducido en todos sus aspectos en el catálogo, es una caja de recuerdos de Duchamp, que había ido acumulando Joseph Cornell. Una caja de cartón, con los materiales más diversos, que datan en su mayor parte de los primeros años cuarenta: fotos, tarjetas postales, anotaciones ocasionales, recortes de prensa, pequeños objetos de todo tipo, sobres, cajetillas de cigarrillos y de tabaco de pipa vacías, trocitos de facturas y de papeles rotos, como si hubieran sido recogidos después, reproducciones de *Mona Lisa* y de obras de Duchamp, estas últimas sobrantes de las producidas para la *Boîte-en-Valise*.

Esta «caja de recuerdos» encierra en sí misma, en síntesis, todo el universo estético de Cornell: la voluntad poética de mantener el flujo del tiempo en la memoria, a través de los pequeños objetos y fragmentos que permiten evocar situaciones y experiencias. En su caso, las cajas ejercen una función similar a la del marco en la pintura de caballete: delimitar el territorio de la obra. Como recuerda Walter Hopps, Cornell, un hombre de gran cultura, coleccionista de postales y de libros de viaje, fue el más importante artista de nuestro siglo que no hizo «dibujo» en ningún sentido convencional.

Cornell y Duchamp se conocieron en 1933, en una exposición de Brancusi organizada por Duchamp en una galería de arte de Nueva York. Sus relaciones se hicieron más estrechas después de la vuelta de Duchamp a Nueva York en 1942, cuando éste decidió pedir su ayuda para la producción de las cajas de obras en miniatura para su nueva edición de la *Boîte-en-Valise*. Las profundas afinidades que existían entre ambos condujeron a ese encuentro personal y artístico, que supone un dato de primer rango en el proceso de transformación del arte en el siglo XX.

Cornell elaboraba «cajas», cofres de ensueño y fantasía. La caja-maleta de Marcel Duchamp, la *Boîte-en-Valise*, supone por su



Marcel Duchamp (c. 1956). Fotografía de Waintroub-Budd.



L.H.O.O.Q. (1930), de M. Duchamp.

parte toda una «pequeña revolución secreta» en nuestra idea de arte, a cuyo análisis se dedican las líneas que siguen. Como punto de partida habría que situar una frase del propio Duchamp en 1952: «Todo lo que he hecho de importante podría caber en una pequeña maleta». ¿Cabe algo «tan grande», y al tiempo «tan inconmensurable», como la obra de un artista en una pequeña maleta? Y además: ¿qué maleta? ¿Una simple maleta, una maleta cualquiera?

Una maleta de mano

De 1936 a 1941, entre París y Nueva York, en el momento en que se había ya convertido en un tópico crítico hablar de su «silencio» como artista, Marcel Duchamp trabajó en la fabricación de 68 réplicas en miniatura, fotografías y reproducciones en colores de sus obras. Todo ello guardado en una pequeña maleta de mano (de 40,7 x 38,1 x 10,2 cm): en una maleta cualquiera. En fabricaciones posteriores, las réplicas recogidas en la maleta llegaron a ser 83. Tiene un nombre: la *Boîte-en-Valise*, que asocia los sentidos de «caja» y «maleta», y, naturalmente, un lugar propio en el catálogo de las obras de Duchamp.

Pero no es una simple obra. Es un resumen de todo su universo creativo, construido a través de las categorías clave de «reproducción» y «miniatura», una especie de «síntesis de sí mismo y de su concepción del arte». Y también el descubrimiento de una nueva forma expresiva. Sobre la maleta, decía en 1955 Duchamp a J. J. Sweeney, director del Museo Guggenheim, de Nueva York: «Otra nueva forma de expresión. En lugar de pintar algo, se trataba de reproducir esos cuadros que tanto me gustaban en miniatura y a un volumen muy reducido. No sabía cómo hacerlo. Pensé en un libro, pero no me gustaba la idea. Entonces se me ocurrió la idea de la caja en donde todas mis obras se hallarían recogidas como en un museo en miniatura, un museo portátil, y eso explica que lo instalara en una maleta».

Es sabido que Duchamp recogió diversos textos, diagramas y dibujos, cuyo sentido entraña una profunda correspondencia con su

obra «visual», «en cajas». *La caja verde* (1911-1915), editada en 1934, *En infinitivo - La caja blanca* (1914-1923), editada en 1966, y *La caja de 1914* (1913-1914). Debemos recordar, también, que los *Tres zurcidos-patrón* (1913-1914), las «unidades de medida» que Duchamp estableció para la ciencia-lenguaje imaginarios del *Gran Vidrio*, están contenidas en una caja-estuche, a fin de mantenerlas en una situación inalterable, y así poder guardar «el azar en conserva», a semejanza de lo que sucede con el patrón-metro, o cualquier otra unidad de medida «universal».

A diferencia de las demás cajas, sin embargo, la *Boîte-en-Valise* no está hecha sólo para «guardar»: invita al viaje, es una maleta. Y otro importante aspecto que la diferencia es su tamaño. Mientras que en las otras cajas se mantienen en las reproducciones los formatos y medidas originales, en ésta todo resulta empujado, reproducido en miniatura.

Tres palabras del propio Duchamp a Sweeney nos dan el «tono» de la pieza: «miniatura», «museo», «portátil». Las miniaturas ocupan, como es obvio, un espacio notable en la historia del gusto en Occidente. Pero se trata de un espacio «recluido», encerrado dentro de las artes ornamentales o decorativas. A través de las jerarquizaciones valorativas en que cristaliza la estética moderna, el arte por antonomasia se califica como «grande» y excluye «lo pequeño», tanto en un sentido material como espiritual. El «gran arte» no admite en su seno la miniatura. La miniatura de Duchamp es «reproducción» de sus obras: cuadros, «ready-mades», el *Gran Vidrio* (¡en miniatura!). Sitúa, así, en primer plano el carácter de «signo» presente en toda operación estética, desplazando los componentes sensibles (sin anularlos, naturalmente). Lo mental ocupa un lugar preeminente frente a lo «retiniano», a lo meramente sensitivo (y, por ello, superficial).

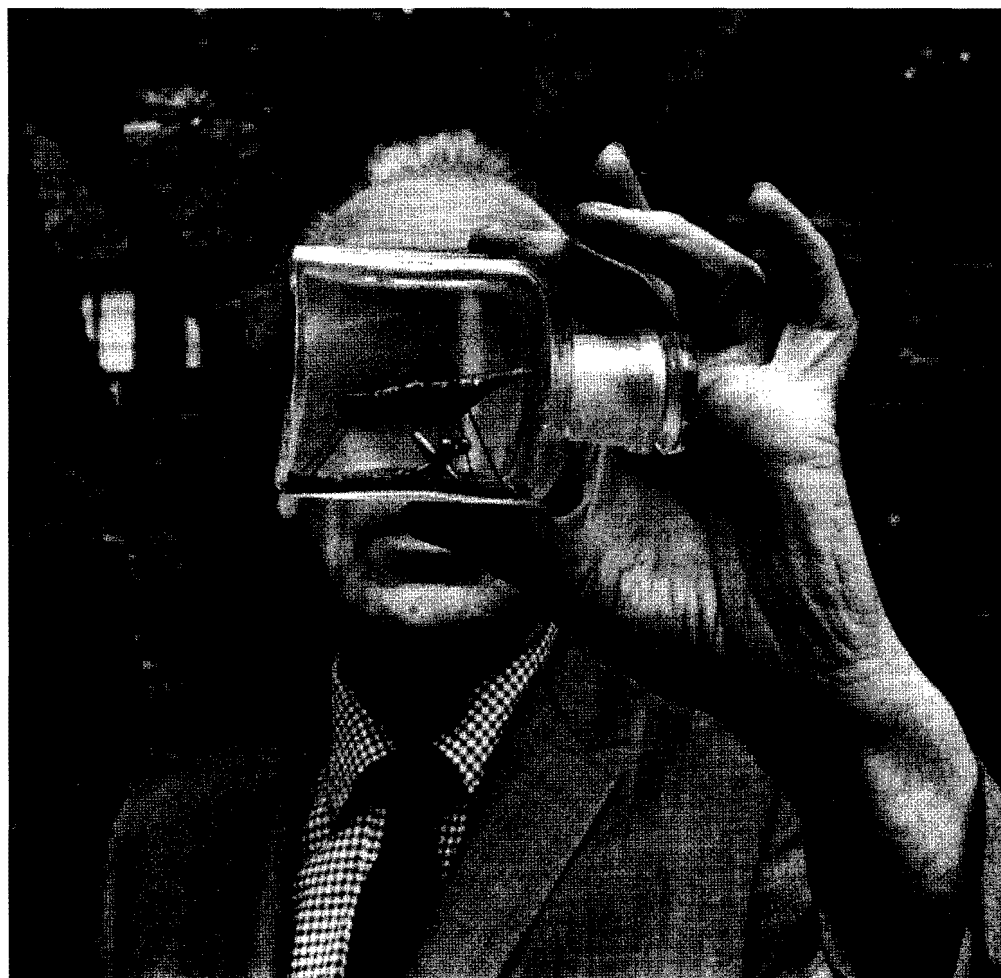
Más que con miniaturas «ornamentales», las piezas de la maleta de Duchamp habrían de ser comparadas con miniaturas «mentales», con «cerebridades», para utilizar el mismo término que Rose Sélavy. Y si quisiéramos encontrar un paralelo en el plano estético, podría ser conveniente «viajar» hasta Japón, rastrear sus posibles analogías

con los árboles miniaturizados que los japoneses denominan «bonsai» (= planta en bandeja o en recipiente poco profundo). ¿No es un tópico del arte «clásico» que el arte imita la naturaleza? Los «bonsai», en un arco que enlaza con el nervio más profundo de la *Poética* de Aristóteles, nos hablan de una imitación que es «creación», de una apropiación humana de los procesos que constituyen la estructura de la naturaleza, de «lo real». Fueron los chinos (quienes, por cierto, también consideran algunas piedras u otros objetos naturales como manifestaciones estéticas) los primeros en percibir la rara belleza de los árboles retorcidos y enanos que crecen solitarios en lugares rocosos y venteados. Ellos los transplantaron en recipientes decorativos, dando así lugar al nacimiento de una técnica y de una forma de expresión que hoy tiene más de mil años de historia, y que ha alcanzado en Japón sus manifestaciones más depuradas.

Naturaleza, belleza, meditación

La mención de Japón no es, por otra parte, algo fuera de lugar en el universo de Duchamp. Nada menos que en 1911, en un momento en que son directamente apreciables los componentes simbolistas de su pintura, realiza un hermoso cuadro: *Corriente de aire sobre el manzano japonés* (61 x 50 cm). En él, el viento abate la masa nimbada del árbol sobre la figura, sentada en la posición «de loto», de un meditante. Podemos «leer» el cuadro como la cifra de una correspondencia: naturaleza, belleza, meditación. La cultura oriental, y particularmente la japonesa, despliega lo estético en una línea que va de lo sensible a lo mental, de modo afín a como Duchamp lo consideró a lo largo de toda su vida. Por lo demás, un árbol en la pintura, en un cuadro, es «siempre» una miniatura —ficticia— de un árbol natural. El «bonsai», en cambio, es una miniatura viva, como en un cierto sentido lo son las réplicas «recogidas» en la maleta: dado un universo (el de las «obras» de M. D.), ese universo se «trans-

Viene de la página anterior



Joseph Cornell sosteniendo una obra suya (c. 1969). Fotografía de Duane Michals.



Untitled (The Hotel Eden) (c. 1945), de J. Cornell.

planta», en miniatura, a un soporte diferente, al de la maleta como «museo» portátil.

Es conocida la preocupación de Duchamp por evitar la comercialización de sus obras, su intransigencia en situarse al margen de los circuitos puramente mercantiles del arte. Y, simultáneamente, su cuidado por intentar reunir y conservar sus obras, por «recogerlas» en colecciones destinadas al museo. La maleta es, sin duda, otra manifestación de ese cuidado. Parcería situarse aquí una de las contradicciones más vivas de Duchamp, según ha señalado Robert Lebel. El gran impugnador de la mercantilización del arte moderno, ¿es, al mismo tiempo, un narcisista profundo, ocupado en insertar su obra dentro de los muros prestigiosos de la institución jerarquizadora y clasificatoria por antonomasia, dentro del museo?

Hay que señalar, de entrada, que la dificultad, plástica y conceptual, de la obra de Duchamp ocasionó que el proceso de su recepción no fuera ni mucho menos inmediato, a pesar de su temprano prestigio personal. En función de ello, es normal que Duchamp pretendiera mantener a salvo la coherencia de sus propuestas estéticas, por encima del halago o la coyuntura material. Y para ello era fundamental mostrar el proceso de su discurso, mantener intactas y no desvirtuadas, agrupar y reunir en la medida de lo posible, las manifestaciones que había ido produciendo, facilitando además al máximo su movilidad. En 1961, Duchamp indicaba a Alain Jouffroy que, además de la reducción, en la concepción de la *Boîte-en-Valise* había intervenido la idea de que «era mejor poner todo eso junto, puesto que ya estaban juntos todos en casa de los Arensberg» (los amigos y coleccionistas americanos que compraron la mayor parte de las obras de Duchamp, donándolas luego al Museo de Arte de Filadelfia). Y también: «me puse a pensar que todo eso podía agruparse en una pequeña maleta, que eso podía ser interesante desde el punto de vista de los datos, informativo».

Es obvio, en todo caso, que ese cuidado por la «conservación» está directamente relacionado con la función del museo. En una



De ou par Marcel Duchamp ou Rose Sélavy (1942).

nota de 1950, al reverso de uno de los dibujos preparatorios del *Gran Vidrio* (de 1913), Duchamp pedía a su posible poseedor que lo legara a «la Institución que eventualmente poseyera el *Gran Vidrio*». Como puede apreciarse, Duchamp consideraba fundamental que su obra no fuera transmitida de modo parcial o distorsionado. E igualmente que esa función, en nuestro mundo, quizás puede realizarla con las suficientes garantías sólo el museo.

Cuando Robert Lebel le preguntó qué entendía por «institución», Duchamp respondió: «Empleo esta palabra en el sentido de hospicio o de asilo para ciegos, sordomudos, viejos o locos. Es, sin duda, eso lo que los museos son para los artistas, ¿no? Sobre todo, casas de locos congelados, donde conservadores-enfermeros estudian retrospectivamente los casos más típicos. Por otra parte, si se está loco, vivo o muerto, ¿no es mejor estar encerrado? Fuera es demasiado peligroso».

El peligro de un mundo exterior en el que el arte ha sido arrebatado a sus productores y receptores, y convertido en circuito mercantil, lleva a buscar la «seguridad» del encierro.

¿Para recluírse en el silencio? Todo lo contrario: para salvaguardar la fuerza y el rigor del «proceso creativo», restituyendo en la medida de lo posible, y a pesar de la conciencia de las dificultades, el círculo, o mejor la espiral, de productores y receptores en que éste consiste para Duchamp. La maleta es museo «portátil»: alude a la idea, central en Duchamp, de un arte «transportable». Ya en 1916, y con la pretensión de «introducir flexibilidad en el "ready-made"», eligió una funda de máquina de escribir para su *Plegable... de viaje*, reproducido, por cierto, en la maleta entre otros dos conocidos «ready-mades», *Aire de París* (1919): la ampolla, y la famosísima *Fuente* (1917): el urinario.

El ejercicio de la copia y la reproducción fue un procedimiento empleado y aceptado por el propio Duchamp con gran profusión: los «ready-mades», el *Vidrio*, y en la maleta, incluso los cuadros. Como igualmente son «copias» las colecciones de escritos editadas en facsímil en las «cajas». Pues bien, la fabricación de la maleta por Duchamp es contemporánea de la redacción de *La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica* (1935-1936). El texto de Walter Benjamin que supone la primera reflexión teórica profunda sobre la transformación del universo estético originada por la posibilidad de reproducción «técnica» de las obras de arte. Por esa posibilidad, los valores estéticos de «originalidad» y «autenticidad», centrales en la tradición, resultan profundamente cuestionados en nuestra época.

En su escrito, Walter Benjamin observaba: «Los dadaístas dieron menos importancia a la utilidad mercantil de sus obras de arte que a su inutilidad como objetos de inmersión contemplativa. Y en buena parte procuraron alcanzar esa inutilidad por medio de una degradación sistemática de su material». Benjamin se refiere particularmente a los



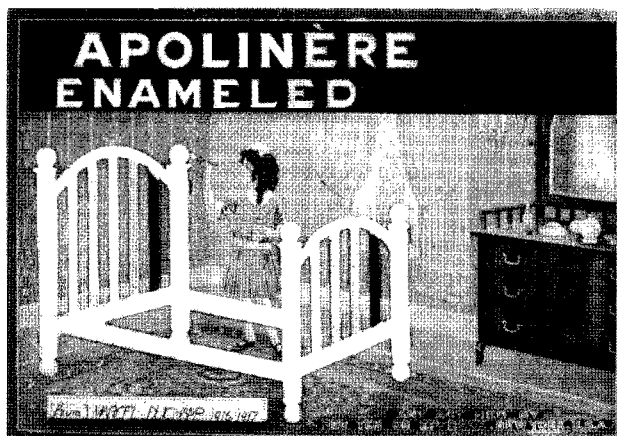
Viene de la página anterior



El arte en la maleta



Cornell en Central Park (1948). Fotografía de Ernst Beadle.



Apolinère Enameled (1917), de M. Duchamp.



Contenido del «Duchamp Dossier», de J. Cornell.



Duchamp en la exposición «First Papers of Surrealism» (octubre-noviembre, 1942). Fotografía de Arnold Newman.

poemas y cuadros dadaístas, pero ¿cabe concebir una subversión más profunda de las nociones de «original» o «autenticidad», en la línea señalada, que los «ready-made» de Duchamp? ¿Tiene incluso algún sentido hablar aquí de «copia» o «reproducción»?

De cualquier forma, la actitud de Duchamp respecto al problema de la reproducción presenta dos planos. Probablemente la consideraba imprescindible, dado lo que el arte había llegado a ser en nuestro mundo: un fenómeno de masas. Pero, al mismo tiempo, la consideraba «un error». También a Alain Jouffroy, y siempre en relación con la maleta, le dijo: «La reproducción misma es un error, un gran error, porque ante todo la reducción, la escala, si usted quiere, es muy importante.» Ese sentido de impugnación, «de resistencia» frente a la reproducción, nos conduce de un modo directo a *Étant donnés*, la obra última y secreta de Duchamp hasta después de su muerte, literal y estrictamente «irreproducible». Con lo que la subversión y la paradoja llegan al más absoluto de los extremos: el reproductor en miniatura de sus obras, aquel que con sus «ready-mades» elige objetos manufacturados indistinguibles unos de otros, el que reconoce como copias «válidas» tantas réplicas de sus obras, termina por producir una obra «irreproducible», en la época del reinado de la reproductibilidad.

¿Nostalgia de otros tiempos? Benjamin decía que «incluso en la reproducción mejor acabada falta algo: el aquí y el ahora de la obra de arte, su existencia irrepitible en el lugar en que se encuentra». Resulta asombroso. Porque parecen palabras escritas justamente a propósito de *Étant donnés*, «recogida» o «asilada» en el Museo de Arte de Filadelfia, intransportable e irreproducible.

Duchamp, probablemente, quería salvar a toda costa la originalidad del proceso de «fabricación de una obra»; aceptando la «validez» de ciertas copias, pero haciendo depender dicha validez de que la réplica proporcione «suficientemente un eco de la verdadera cosa». A esta luz, podemos apreciar mejor «la antinomia fundamental que existe entre el arte y los «ready-mades», de la que había hablado en un texto de 1961. El «ready-made» «no tiene nada de único... la réplica de un «ready-made» transmite el mismo mensaje; de hecho casi todos los «ready-mades» que hoy existen no son originales en el sentido usual del término».

Pero entonces, y en último término, ¿qué entiende Duchamp por arte? En las conversaciones con Pierre Cabanne, poco antes de su muerte, impugnaba tanto una concepción «esencialista» del arte, como la idea de su «origen biológico». Para Duchamp, el arte «es algo que atañe al gusto», una invención del hombre. O, en otros términos, un producto antropológico, un resultado de nuestra cultura, no

necesariamente presente en los mismos términos en otras culturas humanas. En la entrevista con Sweeney, antes mencionada, Duchamp había observado: «Creo que el arte es la única forma de actividad mediante la cual el hombre como tal se manifiesta como verdadero individuo. Sólo gracias a ella puede superar la fase animal porque el arte es una salida hacia regiones donde no dominan ni el tiempo ni el espacio». ¿«Intemporalidad» de la obra de arte...? Como siempre, en Duchamp, no nos contentemos con la respuesta más simple.

Lo que Duchamp pretende rescatar en el arte es algo previo, un «proceso creativo» que va desde el artista «al otro lado del tiempo y el espacio» al espectador, «que, con el tiempo, llega a ser la posteridad». Por eso, hablando con Cabanne, insistirá en no restringir la palabra «creación» a su sentido usual en nuestra cultura de «actividad del artista»: «no creo en la función creadora del artista. Es un hombre como cualquier otro, eso es todo». Y en reivindicar la palabra «arte», en el sentido antropológico antes mencionado: «Por el contrario, la palabra «arte» me interesa mucho. Si viene del sánscrito, tal como he oído decir, significa «hacer». Pero todo el mundo hace cosas y los que hacen cosas sobre una tela, con un marco, se llaman artistas. Anteriormente se les aplicaba un nombre que me gusta más: artesanos. Todos somos artesanos, con una vida civil, militar o artística». Vamos, ya, llegando al término del viaje de nuestro propio texto. Duchamp reivindica un «hacer» en el que el ser humano se manifiesta «como verdadero individuo». Impugna que el mérito de ese «hacer» derive de la mera adscripción a un grupo o gremio, del hecho de «ser» artista. Y proclama, en cambio, que en nuestra tradición de cultura hay un «hacer creativo», en el que intervienen tanto el artista como el público, al que hemos dado el

nombre de arte, capaz de «superar las limitaciones espaciales y temporales».

El intento de transmitir «fielmente» «a la posteridad» su propio «hacer» está, por tanto, directamente ligado con su concepción del carácter «abierto» del proceso creativo: «el artista no es el único que consume el acto creador, pues el espectador establece el contacto de la obra con el mundo exterior descifrando e interpretando sus profundas calificaciones, para añadir entonces su propia contribución al proceso creativo». Los actos creativos desplegados por Duchamp no hubieran podido alcanzar ningún tipo de culminación sin asegurar su recepción por el espectador, «que, con el tiempo, llega a ser la posteridad». Para ello, Duchamp siguió una doble vía, paradójica sólo en una primera impresión: favorecer todo tipo de reproducciones de su «hacer», así como su movilidad, pero ejerciendo un control estricto de las mismas, y fabricar la obra irreproducible e intransportable. En ambos casos, y tratando a toda costa de evitar la dispersión o la distorsión, acogiéndose al «asilo» del museo, «portátil» o institucional.

En definitiva, este «viajante de ideas estéticas» llevaba consigo una maleta de maravillas. Había sido capaz de introducir en ella, de modo similar a como los genios están encerrados en las lámparas maravillosas, todo un universo propio. Un mundo creativo y construido sobre la crítica de la pérdida del valor antropológico, civilizatorio, de la experiencia estética, reducida en nuestra cultura, como el arte, a pura sensorialidad o hedonismo. Se ocupó de guardar en su maleta las pistas para iniciar un viaje que cada ser humano puede recorrer de modo diferente. Todo estriba en saber mirar. ¿No había dicho, respecto a la pintura, que «son los que miran quienes hacen los cuadros»? □

RESUMEN

En muchas ocasiones, un catálogo puede convertirse en material de referencia para el estudio de la obra de un artista o de un aspecto concreto o biográfico del mismo. Por eso José Jiménez utiliza en su comentario el catálogo de una exposición exhibida el año pasado en Filadelfia y en Houston sobre Joseph Cornell y Marcel Duchamp que arroja

una importante luz sobre la relación hasta ahora no excesivamente documentada entre ambos artistas. La muestra, y el catálogo, por tanto, se enriquece con todo un «dossier Duchamp»: una caja de recuerdos sobre este artista y teórico francés que Cornell atesoró en vida y que constituye, además, una síntesis de todo su propio universo estético.

AA. VV.

Joseph Cornell / Marcel Duchamp... in resonance

Catálogo de la exposición, The Menil Collection, Houston/Philadelphia Museum of Art, 1998. 343 páginas. 46 dólares. ISBN: 0-939594-47-1.

En el próximo número

Artículos de Manuela B. Mena Marqués, Antonio Colinas, Francisco García Olmedo, Juan Velarde Fuertes, Patricio Peñalver y Medardo Fraile.

Una obra maestra de la pintura universal

Por Manuela B. Mena Marqués

Manuela B. Mena Marqués, doctora en Historia del Arte, subdirectora del Museo del Prado de 1981 a 1996, se encarga ahora de la Pintura Española del siglo XVIII y Goya. Entre sus publicaciones se encuentran: Sebastiano del Piombo en España, «El encaje en la manga de la enana Mari-Bárbara en Las Meninas», en Fragmentos y detalles, y «Goya: el problema no está resuelto» en Goya: Un regard libre.

La reciente restauración de *El Jardín de las Delicias* de El Bosco, que se presentó no hace mucho en la nueva sala destinada al artista en el Museo del Prado, ofrece la ocasión de acercarse con nuevos ojos a esta obra maestra de la pintura universal. Limpio ahora el famoso tríptico, descubiertos sus colores y texturas hasta donde no parecía posible, brilla desde la distancia, atrayendo a los espectadores con su magnífica luz. Su colorido de rojos puros, azules intensos, blancos, rosas, verdes y amarillos se nos revela como el de una grandiosa miniatura de aquel tiempo, conservada excepcionalmente bien entre las páginas de un códice, alejada del polvo y de la luz en los casi quinientos años que nos separan de ella. Y, sin embargo, *El Jardín de las Delicias* no es precisamente una miniatura, es una obra de gran tamaño, guardada eso sí entre las «páginas» silenciosas de El Escorial durante gran parte de su «vida». Protegida de una destrucción segura e inquisitorial por la tutela de Felipe II y por su enmascaramiento, ya en el siglo XVI, bajo el amplio y confortable disfraz de obra de carácter religioso o moralizante que le dio el erudito padre Sigüenza. Por mucho que nos digan los moralistas y los historiadores, allí están, guiados de la mano de su Creador y contemplados por Él, los seres humanos, ocupando todo el gran espacio central, ahora más que nunca lleno de color y de alegría. Se deleitan en los placeres del mundo, se enamoran y se aman en grupos unidos por una extraña armonía, que avanzan y retroceden en el espacio, con el ritmo de círculos concéntricos, como los que deja en el agua durante un largo rato la huella de una piedra arrojada en la superficie.

Siempre me pareció que *El Jardín de las Delicias* tenía un concepto nuevo del espacio. Un espacio único, en el que el artista había aprovechado todos los conocimientos de



Diversos fragmentos de *El Jardín de las Delicias*, de El Bosco.

perspectiva que le ofrecía su tiempo, para fundirlos con un incomparable sentido totalizador, que superaba a los artistas de los Países Bajos, pero también, aunque pareciera imposible, a los maestros italianos del Renacimiento. Que ese concepto bosquiano del espacio y de la distancia, tanto en el exterior como en el interior del tríptico, sobrepasaba con mucho al de su tiempo y avanzaba hacia siglos en los que el hombre iba a ser capaz de ver el mundo, su mundo, desde la distancia del espacio infinito. Precisamente desde esa distancia en la que El Bosco ha colocado a

su Dios en la parte externa del tríptico, contemplando desde lejos y desde arriba la Tierra recién creada.

Ese extraño y personal concepto del espacio es bien visible en la gran bola del mundo, que ofrece el tríptico cuando se cierran sus puertas. La nueva instalación deja ver ahora, permanentemente, la parte externa de esas alas del tríptico a un lado y al otro, pero, desgraciadamente, el actual montaje fijo desvirtúa el pensamiento creador del artista, ya que no es posible cerrarlas ahora, sino con insalvables dificultades. Lo único que podemos ver es la gran bola del mundo, pensada por El Bosco como centro del Universo, partida en dos, irremediabilmente dividida, como, valga el símil cinematográfico, en una explosión de la *Guerra de las Galaxias*.

El drago del Paraíso

En su interior, recreado alegóricamente por El Bosco con fina inteligencia, aparece el mundo nuestro, poblado de seres humanos, rico en animales variados, en peces y en pá-

jaros, todos unidos, representando cada uno en su escala al reino animal. Mundo atractivo, de verdes praderas y bosques umbríos, cuyos árboles sí «dejan ver el bosque», como el famoso drago del Paraíso, y cuajado todo de apetecibles frutos, que ilustran el reino vegetal sin la pedante retórica de otros pintores del Renacimiento; mundo en el que El Bosco ofrece al espectador extrañas y grandiosas formaciones rocosas, como cristales en ebullición, que nos introducen en misteriosas cordilleras y con el que describe poéticamente el reino mineral. Pero no creo que sea la ilustración de los tres reinos clásicos: animal, vegetal y mineral, la clave de esta composición, porque hay más. Es un mundo visto desde arriba y desde fuera, a vuelo de pájaro. Mundo, sin embargo, que El Bosco conocía bien desde dentro, obligación primera de un artista genial, y del que se aleja, convirtiéndose en testigo imparcial, casi como su pequeño Dios, que es Creador y Testigo a un tiempo. Mundo entendido como grandioso e inabarcable, como si El Bosco hubiera conseguido volar, y



En este número

Artículos de

Manuela B. Mena Marqués 1-2-3

Antonio Colinas 4-5

Francisco García Olmedo 6-7

Juan Velarde Fuertes 8-9

Patricio Peñalver Gómez 10-11

Medardo Fraile 12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Un obra maestra de la pintura universal

muy alto, con las alas que poco antes había concebido en Italia el florentino Leonardo da Vinci. Mundo, sin embargo, mental, explicación poética del ser humano, de sus semejantes y de sí mismo, que pone ante nuestra vista el pintor con el fino sentido del humor, a veces desgarrado y excéntrico, cercano al del surrealismo de nuestro siglo, que trasciende de toda su obra y que le caracteriza.

Ese mundo, según *El Bosco*, nos viene impuesto por la acción del lejano y anciano Creador que el pintor sienta entre las nubes de su Universo: «Ipse dixit et facta sunt, Ipse mandavit et creata sunt», y en ese mundo el hombre sigue su naturaleza, que el mismo Creador, esta vez en forma de Hombre, le ha dictado, al presentarle en el Paraíso, bendiciéndola, a la bella y delicada Eva. Pero *El Bosco* ha introducido también las «creaciones» del hombre, el único creador entre los animales y parejo por ello a los dioses. En la tabla derecha, que da fin a su historia y que se ha visto siempre como el Infierno, está presente la música, la más divina de las artes, y



Detalle de la obra de El Bosco.

junto a ella, para el pintor al mismo nivel, los juegos de azar y las armas; y ahora el hombre, y la mujer también, aunque sólo en ejemplos puntuales, están atados con las ataduras del mal, de la violencia, de la guerra, del vicio o del pecado, de la lujuria y del miedo a la muerte, para el que no parecen encontrar consuelo en los consuelos habituales como la belleza, el amor o la religión.

Es inútil divagar, sin embargo, intentando leer en la superficie del cuadro las intenciones del pintor. ¡qué despropósito! El Tiempo también pinta, como decía, pesimista, Goya. Por otro lado, el arte medieval, lleno de símbolos y de encrucijadas difíciles, reserva sus respuestas sólo a los iniciados, ¡y no siempre! Por ello, el último libro sobre el cuadro, anunciado como la más completa monografía sobre esta enigmática pintura, se convierte en la solución para dar respuesta a las preguntas que el profano, y el menos profano, se hacen ante la que ha sido vista, ya desde antiguo, como una de las más enigmáticas obras legadas por el pasado. El catedrático de arte medieval, don Joaquín Yarza, su autor, conoce bien el mundo del que surgió, a principios del siglo XVI, esta insólita composición y el libro destaca, además, por la excepcional calidad, y cantidad, de las ilustraciones, tomadas todas antes de la restauración. Las cuidadas y rigurosas páginas del texto y la compañía necesaria de las láminas nos hacen adentrarnos en lo más profundo de la obra, recorrer paso

a paso los variados grupos de figuras y saborear los numerosos pasajes en los que el pintor captó esa naturaleza en la que vive inmerso el hombre. En el siglo XV era aún, sin duda, una naturaleza «quasi» virgen, que el artista nos transmite con valores de primigenia, poblada de extraños seres, híbridos muchos de ellos, en los que *El Bosco* se torna biólogo, una especie de Darwin «avant la lettre», descubridor de animales que poblaron el perdido «Paraíso terrenal».

Es reconfortante darse cuenta, leyendo la páginas del libro, de que aún para el especialista *El Jardín de las Delicias* es una obra excepcionalmente difícil, calificada de ambigua. Constituye, a lo que parece, una excepción dentro de su lógico aprovechamiento de fuentes escritas y visuales de su tiempo. Alguna frase aquí y allá evidencia incompreensión y una cierta frustración del autor al no encontrar siempre la respuesta a las imaginaciones del artista: «Y algo se esconde tras esto, pero no se hace suficientemente explícito para entender este microcosmos lúgubre y grotesco a la par». De ahí la multitud de explicaciones que se le han dado desde que el tríptico fue expuesto en el Museo del Prado y se hizo con ello accesible a un gran número de especialistas. Pero las respuestas que ha encontrado el profesor Yarza son muchas y novedosas. Desde las primeras páginas de la introducción plantea con claridad las explicaciones históricas que se han dado a las obras de *El Bosco* y de *El Jardín de las Delicias* en particular. Desde quienes vieron un mensaje profundamente religioso en sus composiciones, hasta quienes las entendieron como un discurso de valor moralizante, dentro de la religiosidad y del pensamiento de su tiempo; o quienes llevados de la rareza de las mismas creyeron descubrir en el artista un pensamiento herético y su posible adscripción a sectas esotéricas, presentes en Europa, como los cátaros, los Hermanos del Libre Espíritu o los adamitas, por no hablar de su relación, para muchos probada, con la alquimia. Para estas últimas explicaciones no faltan sugerencias en las propias obras de *El Bosco*, muy bien explicadas por el autor de la monografía: «Pero qué duda cabe de que la multiplicación de los signos fantásticos, la proliferación de demonios y monstruos, las indudables diferencias con todos sus contemporáneos, siempre presentes en obras que es imposible comparar con las de cualquiera, conducen a una lectura

ambigua o poco clara y hacen nacer la sospecha de que nos encontramos ante un artista herético, alguien que se desvía de un modo consciente del pensamiento religioso oficial, sin que se concrete con precisión en qué consiste esa línea de ruptura o transgresión».

Joaquín Yarza expone, sin embargo, cómo la vida de Jeroen (o Jheronimus) van Aeken, conocido ya en vida, como Jheronimus Bosch, nuestro *Bosco*, por su nacimiento en 's-Hertogenbosch o Bois-le-Duc, es clara, a pesar de la relativa escasez de documentos. Su pertenencia a la importante cofradía de Nuestra Señora en su ciudad, la relación prolongada con ella, sus pequeños trabajos documentados con la misma, le parecen al autor suficientes razones para admitir su total ortodoxia, así como el resto de sus composiciones de carácter religioso palmario, en las que destaca, sí, su singularidad, pero sin encontrar los atisbos de rasgos heréticos vistos por otros. Su acomodado matrimonio y su propia y desahogada situación económica personal convirtieron a *El Bosco* por otro lado en uno más de los miembros bienpensantes de su comunidad. En la pequeña pero bien comunicada ciudad natal del artista abundaban las instituciones religiosas y, de 1484 a 1486, descubrimos que había residido allí nada menos que otra de las grandes figuras del pensamiento nórdico más renovador de su tiempo, el adolescente Erasmo de Rotterdam, completando su formación con los Hermanos de la Vida Común, grupo espiritual de carácter ascético, riguroso y conservador, establecido en 's-Hertogenbosch desde 1425.

En el banquillo de la herejía

Las recientes investigaciones de Linda Harris, que creyó descubrir en la obra de *El Bosco* relaciones con una corriente espiritual europea, la de los cátaros, activa en el siglo XIII en la zona de Aquisgrán, de donde su familia era originaria, se desmontan por el profesor Yarza con facilidad. También la relación del artista con la alquimia, con la brujería, con los adamitas y con los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu. De todas esas acusaciones heréticas, de ese juicio contemporáneo que sentó a Jheronimus van Aeken en el banquillo de la herejía, el artista queda

Qué es

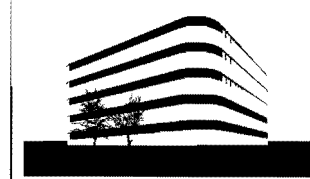
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista **SABER/Leer**. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Una obra maestra de la pintura universal», por Manuela B. Mena Marqués, sobre <i>El Jardín de las Delicias</i> , de Joaquín Yarza	1-2-3
«Jung, un psicólogo del siglo XXI», por Antonio Colinas, sobre <i>Introducción a Jung</i> , de Polly Young-Eisendrath y Terence Dawson (eds.)	4-5
«Grandeza y miseria de la ciencia», por Francisco García Olmedo, sobre <i>En busca de Klingsor</i> , de Jorge Volpi	6-7
«Keynes, siempre Keynes», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>La obra de John Maynard Keynes y su visión del mundo financiero</i> , de Antonio Torrero Mañas	8-9
«El resto judío y la crisis de Europa», por Patricio Peñalver Gómez, sobre <i>La estrella de la redención</i> , de Franz Rosenzweig	10-11
«Semillas que cambiaron el mundo», por Medardo Fraile, sobre <i>Seeds of Change. Six plants that Transformed Mankind</i> , de Henry Hobhouse	12

Viene de la página anterior

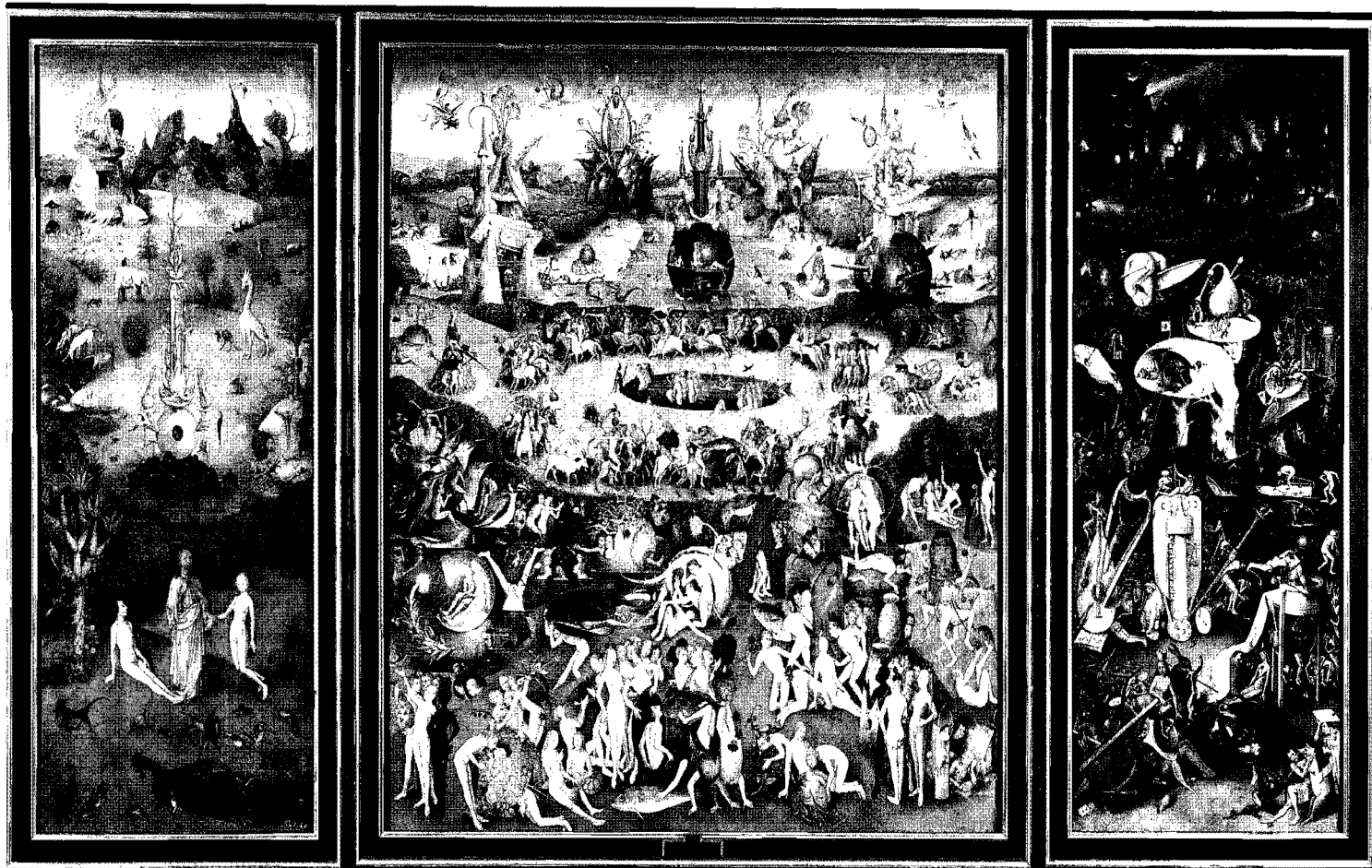


ahora absuelto por falta de pruebas. Era quizá difícil en su tiempo vivir oculto, esconder las más profundas creencias, y en realidad por toda Europa eran descubiertos por el celo de la Inquisición, y quemados, herejes de variado pelaje, haciéndose difícil de admitir que el pintor escondiera sus ideas bajo la protección de la más respetada de las cofradías de su ciudad. En contra de ello se podrían quizá citar ejemplos históricos variados, en España, a fines del siglo XVIII, todavía se juzgaron por judaizantes a miembros de familias que habían vivido ocultando sus creencias hebreas desde el siglo XV. En el nuestro hábiles espías se camuflaron bajo cátedras universitarias y servicios a la realeza, pero lo que cuenta verdaderamente en el caso de El Bosco es el hecho de que sus obras, analizadas exhaustivamente por el profesor Yarza, no presentan puntos conflictivos reales en cuanto a la fe y a la expresión de la misma según las creencias y los conocimientos ortodoxos de su tiempo.

Para el deleite de los señores

Sus obras se documentan en fecha temprana en manos de poderosos nobles de Brabante y del arzobispado de Utrecht. El duque de Borgoña, Felipe el Hermoso, le encargó en 1504 un *Juicio Final*; su hermana, Margarita de Austria, viuda del príncipe Juan, el hijo de los Reyes Católicos, y regente de los Países Bajos poseía unas *Tentaciones de San Antonio* de su mano; la *Extracción de la piedra de la locura*, ahora en el Museo del Prado, fue de Felipe de Borgoña, arzobispo de Utrecht; y *El Jardín de las Delicias* se documenta por un viajero italiano, Antonio de Beatis, en 1517, en el palacio de Enrique de Nassau, uno de los nobles más importantes de Brabante. Lo que sí sucedía con sus obras es que servían para el deleite de tan grandes señores: «pour son très noble plaisir», como se cita textualmente en el documento de encargo del mencionado *Juicio Final* para Felipe el Hermoso. Utilizó para ello El Bosco su singularidad y su imaginación portentosa que, como subraya Yarza en numerosas ocasiones a lo largo de los capítulos del libro, era muy superior a la de otros artistas de su tiempo. Frases del libro como las que citamos a continuación dan idea de la individualidad de este artista genial: «...sus pinturas se hacen eco de todo lo que en ese tiempo era común a otros artistas y otras obras. Tal vez él lo presenta de una forma distinta, más original, ajena a los sistemas al uso, en un ejercicio de ingenio continuo» o «Estamos ante una creación del artista con una mayor capacidad creadora de novedades extravagantes de su época», que culmina con lo que parece una justificación del arte por el arte: «Pero, desde luego, nos encontramos ante una mente creativa hasta un extremo inconcebible en los Países Bajos de entonces» o «...es uno de los más fértiles creadores de formas nuevas de la historia del arte».

En más de una ocasión se cita en el libro, a propósito de la iconografía o de las escenas utilizadas en *El Jardín de las Delicias*, la posibilidad de que el artista se hubiera plegado a las ideas de su mecenas, quizá Enrique de Nassau, su primer propietario documentado. Cuando se dice: «El Bosco, o su mentor, se hace eco de muy viejas creencias respecto a los suplicios infernales» o «De muchas fuentes puede haber bebido Bosch, o la persona que está tras él, para concebir la idea y realización de este ámbito prodigioso» y «A El Bosco se le había pedido que desarrollara un asunto sin precedentes a tamaño monumental. Su labor consistió en revestir con cuerpos nuevos ideas antiguas, tradicionales, o que encontraban su lugar en otros ámbitos». Parece resultar de ello en el libro del profesor



El Jardín de las Delicias, después de la restauración.

Yarza que a El Bosco se le sugirió el tema, no habiendo hecho otra cosa que ponerle forma a un programa iconográfico ajeno. Así como en el *Juicio Final*, encargado por el duque Felipe el Hermoso, se le había pedido expresamente un asunto de ya larga tradición en el arte europeo, en este caso, en que nos encontramos sin antecedentes de lo pintado, cuyo título original ni siquiera ha llegado hasta nosotros, sería necesario justamente llegar a precisar si la obra es resultado de las ideas de El Bosco, o es por el contrario una composición que podríamos calificar de «esquizofrénica», en la que el «mentor» proporcionó el tema y al artista se limitó a usar de su pincel. ¡Busquemos entonces al mentor!, porque sin duda nos encontramos ante una de las mentes más curiosas del paso del siglo XV al XVI, tan interesante tanto en el norte como en el sur de Europa.

Una obra del pintor

Creo, sin embargo, a pesar de saber que en esos siglos los artistas trabajan muchas veces, o generalmente, a requerimiento de los mecenas y siguiendo programas iconográficos establecidos por los religiosos o los humanistas, que *El Jardín de las Delicias* es obra del pintor. En ella ha utilizado una gran cantidad de fuentes, literarias y visuales, pero se desprende de la obra y de la forma de exponerla una unidad expresiva de tal fuerza que evidencia el trabajo de una mente genial, que está contando algo nuevo y que eso cuenta es resultado de la meditación sobre el mundo de un hombre singular, con una inteligencia portentosa, precisamente por su excepcionalidad, a la par de figuras y de obras como Erasmo de Rotterdam y su *Elogio de la locura*. El conocimiento de los seres humanos, hombres y mujeres, que trasciende del tríptico es el fruto de una reflexión personal sobre el mundo, la naturaleza y el hombre, madurada con los años y con la observación de sus semejantes, incluso aunque no hubiera dispuesto para su análisis del ser humano más que de esos trescientos cincuenta cofrades, llenos de piedad mariana, de la cofradía de Nuestra Señora.

El profesor Yarza ha rastreado cuidadosamente las fuentes de El Bosco, recopilando acertadamente la bibliografía, subrayando las explicaciones de unos y de otros. Llevando literalmente al lector de la mano, a través de la maraña bibliográfica que acompaña ya en nuestros días a *El Jardín*, cribando con acierto lo que es investigación seria y documentada de lo que es pura charlatanería. Analiza lo que es nuevo en él y lo separa con la precisión de un cirujano de aquéllo en lo que el artista se ha inspirado, aunque lo haya transformado a veces hasta hacer irreconocible su fuente, en una metamorfosis constante. Describe de nuevo las tres tablas del tríptico, paso a paso, deteniéndose en los grupos más significativos y aportando ideas y nuevas explicaciones para cada uno, basadas en un concienzudo análisis de textos y de ilustraciones de la época, así como de la bibliografía moderna. Quizá como ejemplo de su riguroso trabajo de investigación y análisis se pueda citar lo que se refiere a la fusión en el tríptico de tres fuentes iconográficas anteriores, como son los medievales Jardines del Amor, el tema tardogótico y renacentista de los Hijos de Venus y la idea de la Fuente de la Juventud. No pienso, sin embargo, que en la extraña roca del Paraíso, asaltada por pequeños seres anfíbios, se pueda ver una cabeza del Diablo ni que sea el Demonio también la gran figura de hombre-árbol en el Infierno. La imaginación aplicada a la superficie pintada de un cuadro, alterada casi siempre por el tiempo y antiguos repintes y barridos, pue-

de llevar a ver cosas que en realidad un pintor no utilizó como, llevándolo al extremo, el tema de las enojosas «microfirmas» que algunos creen ver en cuadros de Rembrandt y de Goya. El magnífico y melancólico señor, oculto bajo el símil del árbol envejecido y roto, no me parece que pueda aplicarse al príncipe del mal, recorriendo sobre extrañas barcas sus quebradizos dominios. Mi intuición pictórica me lleva por otros caminos. Resulta siempre difícil de explicar la utilización por El Bosco de los pájaros gigantes o de los peces de gran tamaño, que no se resuelven tampoco aquí por el profesor Yarza, así como de las numerosas figuras voladoras de la tabla central y de la derecha, muy frecuentes, sin embargo, en el mundo de los clásicos, aquí apenas mencionado, salvo la fugaz referencia a Dédalo e Ícaro.

En fin, esta nueva monografía sobre *El Jardín de las Delicias* es obra utilísima, que se lee con la facilidad de una novela de misterio, deseoso el lector de saber más del enigma siempre vivo planteado por El Bosco; de acercarse a su tiempo, de conocer las fuentes medievales, de tener reunida la dispersa bibliografía sobre el tríptico. Está llena de sugerencias, de caminos abiertos, propios del excelente profesor universitario que es don Joaquín Yarza, que ha convertido una publicación, que por su aspecto entra dentro de la divulgación de altura, en una base capital, en una herramienta imprescindible para futuros estudios sobre este, todavía, enigmático tríptico. □

RESUMEN

La restauración de *El Jardín de las Delicias*, la obra maestra de El Bosco, que se encuentra en el Museo del Prado, ha coincidido con la publicación de un ensayo del profesor Joaquín Yarza sobre esta obra singular, llena de ambigüedades y simbolismos. Y de ambos hechos se ocupa en su comentario Manuela

B. Mena Marqués. El texto de Yarza permite al profano y también al especialista adentrarse en los mil recovecos y significados de una de las más enigmáticas obras legadas por el pasado, como es la de El Bosco, aunando así lo que quiso pintar el artista y lo que el tiempo, como decía Goya, ha pintado encima.

Joaquín Yarza

El Jardín de las Delicias

Aldeasa, Madrid, 1998. 177 páginas. 18.000 pesetas. ISBN: 978-84-8916-2747.

Jung, un psicólogo del siglo XXI

Por Antonio Colinas

Antonio Colinas (*La Bañeza, León, 1946*) es poeta, narrador, traductor y ensayista. Ha recibido el Premio de la Crítica, el Premio Nacional de Literatura y, en Italia, el Premio Internacional Carlo Betocchi. Entre sus libros últimos cabe recordar *El río de sombra*. (Treinta años de poesía, 1967-1997), *El crujido de la luz* y *Antología esencial de la poesía italiana*.

Seguían prodigándose en España las publicaciones de y sobre el psiquiatra y escritor suizo Carl Gustav Jung y, con ello, el mejor conocimiento de su obra. Una obra que no sólo interesa hoy, en los límites de un nuevo siglo, a los especialistas en el campo de lo que se ha dado en llamar la «psicología profunda», sino que por ella sienten también interés escritores e historiadores de las religiones, sociólogos y pensadores. Tienen, por tanto, los libros de Jung un interés que rebasa los límites de los estudios médicos o especializados y que afecta a numerosos países, culturas y temas. En definitiva, y como ya se intuía desde hace tiempo, la psicología de Jung puede estar abocada a ser reconocida por muchos como «la psicología del siglo XXI».

En España —iniciada ya la magna edición de sus *Obras Completas*, que edita Trotta en veinte volúmenes y las *Conversaciones con Jung*, que ofrecerá la misma editorial— se han ido sucediendo los libros de y sobre Jung. Unas veces, se nos van entregando de manera individualizada las obras de carácter más científico (así, las ediciones de la colección «Psicología Profunda», de la editorial Paidós); otras veces se reeditan algunos de sus libros más notorios (*El hombre y sus símbolos*, con gran profusión de ilustraciones), o se reeditan sus memorias (*Recuerdos, sueños, pensamientos*, Seix Barral). En otros casos —como en la obra que hoy comentamos— nos encontramos ante visiones globales de Jung, debidas al enfoque de varios especialistas y que atañen a temas diversos del mundo jungiano o a su aplicación en la realidad.

No cabe duda de que esta obra colectiva —*Introducción a Jung*— completa, de manera extraordinaria, el conocimiento que de Jung y de su obra tenemos en España. Así que lo que en realidad se reúne ahora es ese panorama de análisis individualizados que nos han ofrecido, en español, obras básicas e insustituibles, como el *Carl Gustav Jung* de Marie-Louise von Franz, la secretaria de Jung, recientemente fallecida; la gran biografía de Gerhard Wehr, *Jung, su vida, su obra, su influencia*; *De la vida y la obra de Jung*, de Aniela Jaffé; o *Jung el gnóstico*, de Stephen Hoeller, por citar sólo algunos de los estudios más notables y de carácter más variado.

Introducción a Jung desea ser el complemento, o reverso, de la *Guía Freud*, que también fue editada en 1996 por Cambridge University Press. Prologa la edición española de este libro sobre Jung Enrique Galán Santamaría, miembro fundador y actual Presidente de la Fundación Carl Gustav Jung de España y miembro fundador de la Sociedad Española de Psicología analítica. En su texto, hace una valoración muy certera de lo que supone ofrecer un estudio en profundidad, la doble visión (Freud-Jung) de dos de las mentes más prodigiosas de nuestro siglo, las cuales, de manera definitiva, ahondaron en el conocimiento de la psicología humana. Escribe Galán: «Como las dos serpientes que abrazan el caduceo de Hermes, ambas antropologías, de forma complementaria, ayudan al desorientado hombre de esta época histórica a agudizar la mirada para percibir la naturaleza evanescente de la omnipresente psique y entender sus transfor-

maciones en la vida de individuos y comunidades históricas».

Introducción a Jung tiene el don de poner de relieve aspectos elementales de la vida y la obra del autor de *Tipos psicológicos*, a la vez que ensayos muy concretos están dirigidos a los lectores más especializados; así, por ejemplo, la serie de tres artículos de Hart, Adams y Salomon en torno a las tres corrientes actuales más conocidas de la psicología analítica práctica: la clásica, la arquetipal y la evolutiva. Otras veces, esta visión más compleja alude a temas muy concretos («Transferencia y contratransferencia») o presenta, a través de los tres enfoques anteriormente citados, ejemplos, como «El caso Joan», una joven norteamericana afectada, en principio, de bulimia, pero que, a la luz del análisis, ofreció luego nuevas y más complejas patologías.

La situación actual de Jung y de los jungianos es valorado en una segunda introducción de Andrew Samuels, de la Sociedad Analítica de Londres. Al valorar la vinculación de Jung con lo que se ha venido reconociendo como «cultura de la Nueva Era», al reparar en las críticas a Jung desde diversos sectores o en el ignorarlo directamente (y, de nuevo, al reparar en el siempre sugestivo paralelismo entre las figuras de Freud y de Jung), Samuels se decanta por una visión positiva del pensamiento jungiano, el cual, frente al mayor pesimismo de la mirada freudiana, se caracteriza por haber hallado conceptos esperanzados, salvadores: procesos de autocuración, creatividad, valoración de lo femenino y de lo oculto, imaginación activa, anticipación a la anti-psiquiatría y, sobre todo, su proceso de «individuación», una aventura vital e intelectual fértil que tiene por fin la plena realización personal; proceso que suele nacer en la edad media o adulta de los individuos y con el que se despierta y acepta la personalidad doble, escindida.

Hay en el libro dos ensayos que se desarrollan en la órbita de lo biográfico: el de Claire Douglas, «El contexto histórico de la psicología analítica», y el de Douglas A. Davis, «Freud, Jung, el psicoanálisis». El primero de ellos no es sino un rastreo minucioso en los años formativos de Jung y un reparar

en personas o autores que para él fueron decisivos en esos años primeros. El positivismo inclinaría a Jung hacia la ciencia empírica, mientras que el romanticismo lo haría hacia el mundo de lo irracional. Quienes acusan a Jung de «místico» y, en definitiva, de escapar de lo real, se inquietan al comprobar que en él también se dio una vigorosa mente razonadora y científica y que esa conjunción que se da en su pensamiento entre lo racional y lo irracional ha sido una de las grandes victorias que los descreídos y el racionalismo huero nunca le perdonarán.

Pero vengamos a esas personas y autores claves de su primera etapa formativa. Kant, Goethe, Schiller, Hegel y Nietzsche son algunos de los filósofos influyentes en ella. Otras veces no son autores, sino obras muy concretas las que juegan ese papel formativo primordial. Así, el *Fausto*, de Goethe, o *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer. Los primeros libros de Freud también estarán, por supuesto, presentes, así como su iniciación en el pensamiento de Oriente (otro aspecto que le distingue y que enriquece enormemente su visión de las cosas). Esta iniciación en lo oriental le llega, unas veces, gracias a personas de su entorno amistoso o familiar, como Toni Wolff, asistente de Jung e hija de un reputado sinólogo; otras, de personalidades inquietas y avanzadas de su tiempo, como Keyserling y, sobre todo, Richard Wilhelm, traductor y estudioso del *I Ching* y del *Libro del Tao*, y colaborador con Jung en la edición de *El secreto de la Flor de Oro*.

A Sherry Salman, del Instituto Jung de Nueva York, le está destinado el análisis de la parte más sustanciosa de la obra del maestro, es decir, la de sus hallazgos, la de los aspectos más originales de su labor. Estas valoraciones de Salman pueden no resultar nuevas para los iniciados en el mundo jungiano, pero los conceptos están expuestos en este caso con tal claridad que vuelven a ser de utilidad tanto para el lector especializado como para el profano en la materia.

La vida y la obra del maestro se funden a través de sus conceptos más importantes; esos conceptos, por cierto, que también aparecen agrupados, de manera muy sintética, en el glosario final del libro: los arquetipos (y al-

gunos de sus más notorios ejemplos, como la Gran Madre), los símbolos (el Mandala), «numinosidad», el ánimo y el ánima, los complejos, el sí-mismo, la libido (concebida por Jung no sólo como energía sexual sino como «energía psíquica»), la expresión de los opuestos (algo clave en su creación), la sombra, etc. Salman sintetiza estos hallazgos en una valoración única y final: «Las mayores aportaciones de Jung fueron su insistencia en la función simbólica y creativa del material inconsciente, en el poder curativo de las imágenes y en la tendencia prospectiva de la psique hacia la regresión en momentos de estrés y de crecimiento».

El carácter interdisciplinar, abarcador y arriesgado, de la obra de Jung, ha llevado a que su pensamiento se aplique en distintos campos del saber y de la vida; es decir, no sólo bajo una óptica exclusivamente sanadora sino también interpretativa o valoradora de hechos y de situaciones. Aquí radica otro de los grandes dones de esta obra y, en consecuencia, la influencia de su originalidad: en esa aplicación, a la vez práctica y teórica, en los distintos campos del conocimiento. De tal manera que el enfermo o el especialista, el estudiante o el simple lector, puedan hacerse la pregunta que se hizo Fernando Pessoa y, en consecuencia, utilizarla de la manera que cada uno precise: «¿Cuál es la parte desconocida de mí mismo que me guía?». Nacen, bajo esta perspectiva, en el libro que comentamos, estudios del tipo de «Jung, la literatura y la crítica literaria», «Jung y la religión» y «Jung y la política».

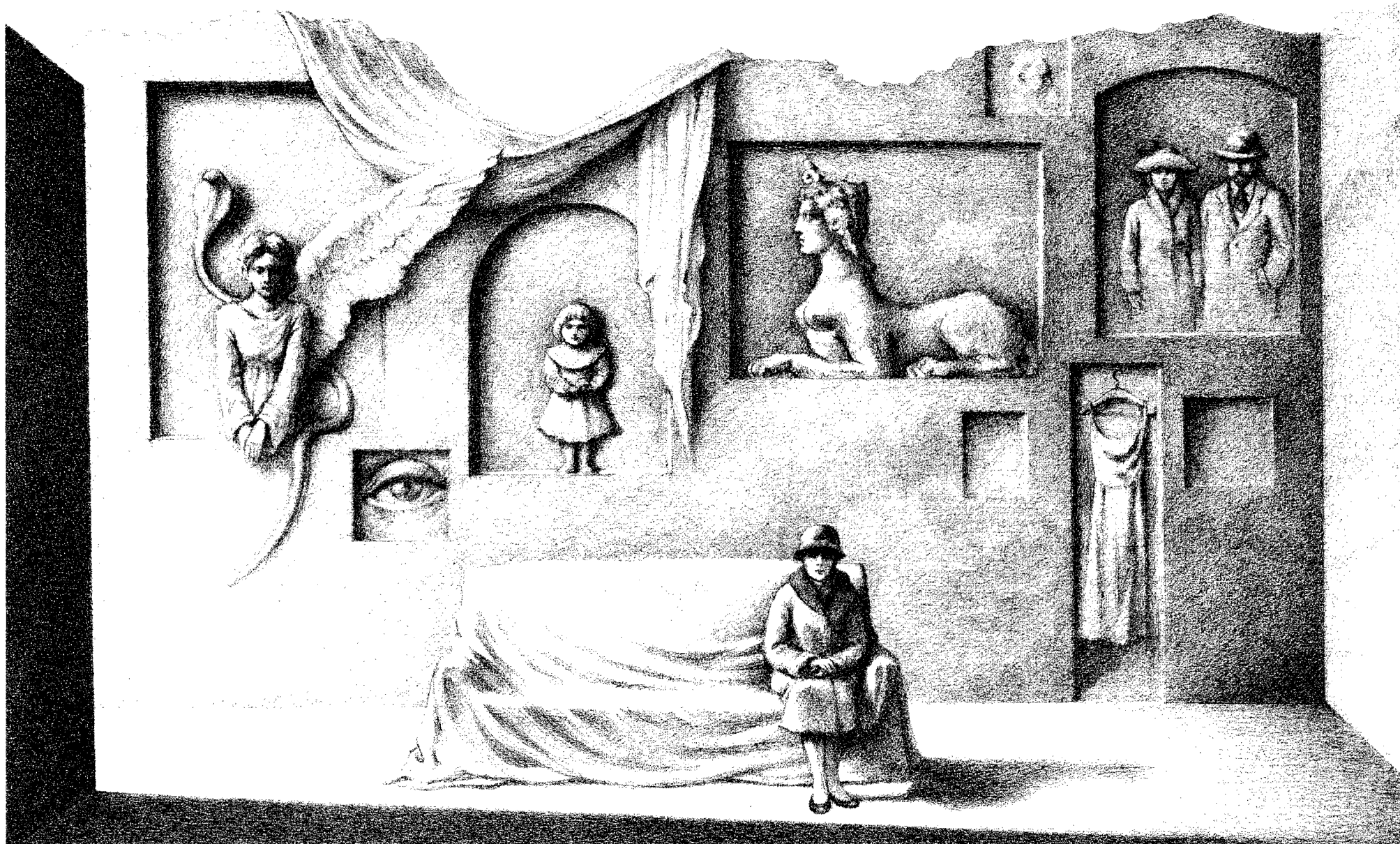
Análisis jungiano

Estos temas o enfoques monográficos podían haber sido otros, pero qué duda cabe que los señalados son fundamentales dentro del análisis jungiano y de las preocupaciones que, personalmente, tuvo en su vida el propio Jung. Sin duda, el tema más vasto y de más rica aplicación es el de la literatura; ante todo, porque admite la valoración de subtemas. Algunos de éstos remiten a géneros literarios



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

(la tragedia griega, la novela, o el cuento; tema este último, por cierto, minuciosamente estudiado en varios libros por su discípulo Von Franz); otros, a libros concretos, como el bíblico de Job, al que Jung dedicaría uno de sus libros más arriesgados e iluminadores, merecedor, por su lucidez, de las críticas eclesiásticas (*Respuesta a Job*).

O la *Odisea*, sobre la que tenemos, en el libro que comentamos, un estudio muy minucioso («Análisis del Odiseo de Homero», de Joseph Russo). Piensa este último autor, a modo de resumen del carácter literario que subrayamos en este párrafo, que vamos «hacia una historia psicológica de la literatura», a la luz, añadimos nosotros, de la conciencia moral, de lo político, de lo nacional o de lo simplemente social, que laten en las mejores obras de creación literaria. Una recreación de la ficción, una valoración en profundidad de la creatividad literaria, es también para el autor de este artículo una «proyección de un dilema de su autor».

El tema «Jung y la religión» merecería una valoración pormenorizada. Jung—hijo de un pastor protestante y crecido en un círculo social y familiar que valoraba el espiritismo y lo oculto—vivió tempranamente el fenómeno religioso. Pero tuvo que hacer un gran esfuerzo intelectual para superar las tendencias dogmáticas paternas y los consiguientes reflejos y consecuencias eclesiales. Su actitud netamente heterodoxa no le impediría, sin embargo, valorar el gran poder vivificador, positivo, de la religión como fenómeno del espíritu, como vía hacia lo trascendente, como reveladora de símbolos y, en definitiva, como medio de sanación.

Al contrario de las ideas que Marx o el propio Freud tuvieron en torno a la religión, Jung la concibe como un fenómeno dinámico, esperanzado, de plenitud, y en esa concepción tuvo mucho que ver su pormenorizado estudio de la gnosis cristiana y de varias religiones. A este tema dedicaría su libro *Psicología y religión*, una gran aportación al saber contemporáneo. Aparece valorada en él la ausencia o ignorancia, consciente o inconsciente, de la religión, como una fuente de neurosis y patologías. Por el contrario, Jung la de-

fine como «una de las más tempranas y universales exteriorizaciones del alma humana», la expresión más certera de lo que Rudolph Otto reconoció como lo «numinoso»; expresión ésta que Jung ampliaría y enriquecería de manera notable.

Pero ¿puede aplicarse también el pensamiento de Jung a materia tan delicada y espinosa como es la política? El artículo de Lawrence R. Alschuler así lo prueba. De entrada, Jung había concebido la relación entre el yo y lo irracional como «una lucha de poder». Bajo este punto de vista hay una neta relación entre el desarrollo psicológico de los líderes políticos y la política que éstos llevan a cabo. Es, sin embargo, el artículo de Alschuler uno de los más críticamente respetuosos de este volumen con las ideas de Jung. Repara en la excesiva importancia que éste le da a las causas psicológicas de los fenómenos políticos y a que, frente a éstos, la experiencia religiosa sea una forma útil de no acabar «disolviéndose en la multitud». Para Jung los conflictos políticos son manifestación externa de conflictos psíquicos. Alschuler, en definitiva, critica la crítica que, a su vez, Jung hace del movimiento de masa como «adulid de lo reprimido».

Hasta aquí, una valoración somera de la mayoría de las colaboraciones incluidas en *Introducción a Jung*. Insistir en los contenidos de los temas tratados sería hurtarle al lector la sorpresa del descubrimiento, desvelarle secretos que, en su momento, cada autor revela. Terminaremos, por ello, aludiendo a algunas características generales de esta obra, en verdad nueva y útil en el campo de los estudios jungianos.

Verdaderos rescates

Más allá de esa puntual y variada aproximación a los temas, hay un material complementario que es preciso resaltar por su extraordinaria utilidad. Ante todo, hemos de destacar el hecho de que la bibliografía general del libro, como la particular de cada ensayo, remitan a las fuentes españolas, a las ediciones de que ya disponemos en nuestra lengua. Tiene, así, el lector español la posibi-

lidad de conocer las obras publicadas en castellano a este y al otro lado del Atlántico. Algunas de estas aportaciones bibliográficas constituyen verdaderos rescates.

Al ya citado glosario final de los conceptos claves jungianos hay que añadir la minuciosa cronología, que no sólo remite a la vida de Jung —prácticamente valorada año tras año—, sino a la publicación de sus libros y, a veces, de sus artículos. O a su participación en seminarios y congresos. Además, cada etapa clave de la vida y la obra —cada uno de esos periodos que suponen un salto hacia adelante en lo que constituye su propio proceso de «individuación»—, va precedido de una sintética introducción aclaratoria de los editores, Polly Young-Eisendrath y Terence Dawson. La primera, es analista jungiana; el segundo, es especialista en literatura europea, con lo que seguramente se ha dado en el planteamiento de su obra ese planteamiento interdisciplinar tan del gusto del propio Jung.

Es también un excelente complemento informativo la relación puntual de los veinte volúmenes de las *Obras Completas* de Jung, las cuales, como hemos dicho, han comenzado a publicarse en España; relación que comprende los sumarios de cada uno de los volúmenes y que sirven muy bien para apreciar, a vista de pájaro, la variedad y riqueza de los planteamientos jungianos. Los estudios psiquiátricos, las investigaciones experimentales, las enfermedades mentales se combinan con la experiencia que supuso el magisterio

de Freud; la simbología y los tipos psicológicos con temas como los arquetipos o hallazgos muy suyos como el «inconsciente colectivo».

Problemas referentes al arte o a la personalidad, al simbolismo de los conflictos, el más hermético interés del maestro por los estudios alquímicos, sobre todo en su obra de los últimos años, *Mysterium coniunctionis*, los temas de sincronicidad y los cuentos infantiles, sus estudios sobre Paracelso y hasta su tesis sobre los platillos volantes, *Sobre cosas que se ven en el cielo* (otro tema que, imagino, sacará de quicio al racionalismo más purista.) Seminarios, entrevistas, autobiografía y epistolario (uno sólo de los cuatro bloques de ésta recoge la mantenida con Freud), completan los restantes libros.

Una vez más, la obra de Carl Gustav Jung nos asalta, gracias a la cada vez más frecuente e intensa valoración de los estudiosos, como una de las aventuras del espíritu más llamativas y ricas en frutos de nuestro siglo. Ese siglo XX que ahora termina, pero que se abre, gracias a la capacidad de intuición de Jung y a la inteligencia de su obra, a un nuevo siglo en el que dicha obra seguirá jugando un papel tan activo como útil. Parafraseando juicios en torno al nuevo siglo que nos espera, también podemos decir que el siglo XXI tendrá sentido jungiano o no será. Porque estamos en la frontera de un tiempo en el que el espíritu humano jugará un papel determinante y por éste apostó Jung en vida con todas las consecuencias. □

RESUMEN

No tiene nada de extraño que un poeta y ensayista literario como Antonio Colinas se interese por la obra del psiquiatra suizo Carl Gustav Jung, si se piensa que sus obras trascienden el ámbito médico e interesan por igual a escritores, historiadores de las religiones, sociólogos y pensadores. Iniciada ya la publicación en

España de la obra completa de quien puede ser considerado como el psicólogo del siglo XXI y recordando otros libros recientes de y sobre Jung aparecidos en español, el comentarista se ocupa de una completa introducción a la vida y obra del psiquiatra suizo, que recoge aspectos elementales con otros más especializados.

Polly Young-Eisendrath y Terence Dawson (eds.)

Introducción a Jung

Cambridge University Press, Madrid, 1999. 462 páginas. 3.600 pesetas. ISBN: 84-8323-048-8.

Grandeza y miseria de la ciencia

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad Politécnica de Madrid y miembro de la Academia de Ingeniería de España y de la Academia Europaea. Es autor del libro *La tercera revolución verde*.

Ya sé que no es oportuno que un científico como yo reseñe una obra de ficción, dados los compartimentos de la cultura imperante, por lo que me apresuro a aclarar que no voy a practicar el contrabando en esta reflexión en torno a una novela. La de Jorge Volpi, Premio Biblioteca Breve de 1999, me ha absorbido por multitud de razones pero sólo aludiré a tres de ellas para no extralimitarme.

La más inmediata de éstas es que desde hace tiempo me vengo interesando por cómo los científicos son reflejados en la literatura, y Volpi retrata a buena parte de los más importantes de este siglo. La segunda razón tiene que ver con mi creencia de que el escrito científico es un subgénero de la novela, y en este caso concreto parece que lo contrario fuera lo cierto. Finalmente, *En busca de Klingsor* trata sobre la relación entre la ciencia y la ignominia, relación que abruma en este tiempo a todo científico sensible.

Empecemos por esta última, que es la más relevante. Cuando hace unas décadas decidí consagrarme a la práctica de la ciencia experimental, esta actividad se consideraba socialmente honorable, benéfica y respetable, aunque desde la revolución industrial no hubieran faltado voces críticas respecto a ella. Este clima favorable ha cambiado de un modo radical a estas alturas. Se culpa a la ciencia —y al científico— de muchos de los grandes males que nos aquejan y se oculta su indudable contribución a algunos de los principales logros del siglo.

Raíces del mal

Es convencional fechar la siembra del actual descontento el día en que se lanzó la primera bomba atómica, pero no cabe duda que este hito sólo marcó el final del principio. En realidad, la ciencia empezó a enredarse con el nacionalismo y con el arte de la guerra mucho antes, varias décadas antes; y parece que enredada sigue.

Así, ya en 1914, casi un centenar de intelectuales, incluido Max Planck, firmaron un manifiesto, de claro tinte nacionalista y xenófobo, que representaba un sentir bastante general entre la élite científica alemana. Albert Einstein estuvo entre los pocos pensadores que supieron desmarcarse desde el principio de esta locura. Véase si no su nacionalización suiza antes de 1914.

Cuando apenas dos décadas más tarde empezaron a engrosar las filas de la disidencia frente a Hitler, el número de reclutas forzosos —excluidos del polo dominante por su condición «no aria»— no fue mucho menor que el de los voluntarios. Ahora se admite que la locura nacional-socialista no fue obra exclusiva de Hitler y sus secuaces, sino que en ella cooperaron —por acción u omisión— amplios sectores sociales, entre ellos, de modo prominente, el de los científicos, quienes en general no quitaron ni pusieron rey, pero ayudaron a su señor.

El arma atómica fue en esencia cargada por la ciencia alemana, para ser perfilada y disparada por la del otro lado del Atlántico: difícil el reparto de una culpabilidad adquirida en común. El fundamento de dicho artefacto fue el descubrimiento de la fisión del átomo por Otto Hahn y Lise Meitner, y su construcción en Alemania



G. MERINO

fue intentada por Werner Heisenberg, el mismo Hahn y otros científicos. Lise Meitner fue forzada a abandonar Berlín tan tarde como 1938, retraso que lamentaría siempre por lo que supuso de colaboración con la barbarie. El examen forense de este clima moral constituye la trama de la novela de Volpi.

Ni compasión ni arrepentimiento

En la novela, el teniente Francis Bacon (todo un nombre), físico educado en Princeton, reclutado por los servicios de información, detiene a Heisenberg al término de la segunda guerra mundial. En la realidad, los principales investigadores alemanes relacionados con el proyecto nuclear —apenas una decena que incluía a Heisenberg, Hahn y Von Laue— fueron detenidos en distintos

lugares de Alemania e internados cerca de Versalles, para luego ser transferidos a Farm Hall, una casa de campo en el Reino Unido que era propiedad del MI6 y que había sido previamente sembrada de micrófonos.

En dicho confinamiento estaban el 6 de agosto de 1945, cuando se enteraron por la BBC del bombardeo de Hiroshima. Aunque la transcripción de las conversaciones de Farm Hall pudiera haber sido falseada por los servicios de información, la esencia de su contenido no ha sido desmentida por otras informaciones, y las actitudes individuales que ponen de manifiesto han sido corroboradas por las respectivas trayectorias posteriores de los implicados. En aquel momento no hubo entre ellos compasión por los muertos de aquella guerra ya perdida, ni contrición por su implicación en ella, sino autocompasión y rabia por no haber conseguido el devastador resultado antes que sus enemigos.

Apenas cinco semanas antes de la explosión, el 27 de junio de 1945, Lise Meitner escribió desde Suecia a Otto Hahn en Berlín una carta que, al parecer, nunca le llegó y que permaneció archivada en el legado de Meitner hasta su reciente publicación dentro de un libro de gran interés (Ute Deichmann, *Biologists under Hitler*, Harvard University Press, 1996). En el preámbulo de dicha carta, Meitner expresa su preocupación por lo que haya podido ocurrirles a los Hahn, a Laue y a los Planck, y ruega al destinatario que lea lo que sigue con confianza en su inquebrantable amistad.

Una carta elocuente

«Durante estos meses he escrito “in mente” muchas cartas a usted y a Laue porque estaba claro para mí que incluso personas como ustedes no han comprendido la situación real. Una de las circunstancias que me hizo ver esto tan claramente fue cuando Laue me escribió con ocasión de la muerte de Wettstein y me dijo que ese fallecimiento era también una pérdida en el sentido más amplio, ya que Wettstein, con sus talentos diplomáticos, podría haber sido muy útil al fin de la guerra. ¿Cómo un hombre que nunca se opuso a los crímenes de los últimos años hubiera podido ser de utilidad a Alemania? Ésta es, en verdad, la desgracia de Alemania, que todos ustedes han perdido la medida de la justicia y de la equidad...»

«Todos ustedes también trabajaron para la Alemania nazi y nunca intentaron siquiera una resistencia pasiva. Es cierto que, para acallar sus conciencias, ayudaron de vez en cuando a alguien con problemas, pero permitieron el asesinato de millones de inocentes sin levantar protesta alguna...»

«Suena despiadado, y sin embargo debe creerme que es la más verdadera de las amistades la que me mueve a escribirle esto a usted...»

«Alguien debería forzar a un hombre como Heisenberg, y a muchos millones como él, a la contemplación de estos campos, de estas gentes torturadas...»

«Usted no quería ver, era demasiado inconveniente...»

La devoción y el respeto de Meitner por Hahn que, a pesar de todo, rezuma esta carta no se verían afectados por la falta de enmienda en la actitud de este último en los años siguientes ni por su minusvaloración científica de Meitner. Ésta fue injustamente excluida —en opinión de Bohr y de muchos historiadores de la ciencia— del premio Nobel concedido por el descubrimiento de la fisión. Vista desde fuera, la relación de postguerra entre Meitner y Hahn resulta no menos extraña que la bien conocida entre Hannah Arendt y Martin Heidegger.

Heisenberg

En la novela de Volpi, como en la carta de Meitner, Heisenberg ocupa un lugar muy prominente: representa la quintaesencia de la enajenación y de la ambigüedad moral a que puede llegar un científico. El ficticio Francis Bacon interroga a Heisenberg en el curso de sus pesquisas para identificar a Klingsor, nombre en clave de la autoridad máxima en el proyecto nuclear germano. En desacuerdo con la política nazi y ajeno al Partido, ¿por qué colaboró en el proyecto? Ésta era la pregunta central.

Una primera defensa: a él le fue indicado; él era alemán y su deber era contribuir a la defensa de su patria; era natural



Viene de la página anterior



que deseara el triunfo de su país. Mucho después se introduce un nuevo elemento defensivo al insinuar algo muy distinto. «El eslogan oficial del gobierno era: Debemos servirnos de la física para la guerra. Nosotros lo arruinamos transformándolo en el nuestro: ¡Debemos servirnos de la guerra para la física!» Sobre esta coartada se construiría más tarde la más sofisticada del sabotaje, la de que se falseó groseramente la masa crítica de la bomba de uranio-235 para hacer fracasar el proyecto.

Esta última justificación está desacreditada –por las transcripciones de Farm Hall y por otras pruebas–, aunque subsiste, todavía hoy, una cierta controversia en torno a ella. En contraste, el deber patriótico como coartada y el pacto faustiano con el poder salvaron el día para Heisenberg y han impregnado la ciencia posterior. Los lemas «la física para la guerra» y «la guerra para la física» no son antitéticos sino caras de una misma moneda ética. La figura de Heisenberg después de la derrota –arrogante, impenitente, hermética– es remedada con frecuencia en nuestro tiempo, aunque tal vez a escala menos wagneriana.

Klingsor

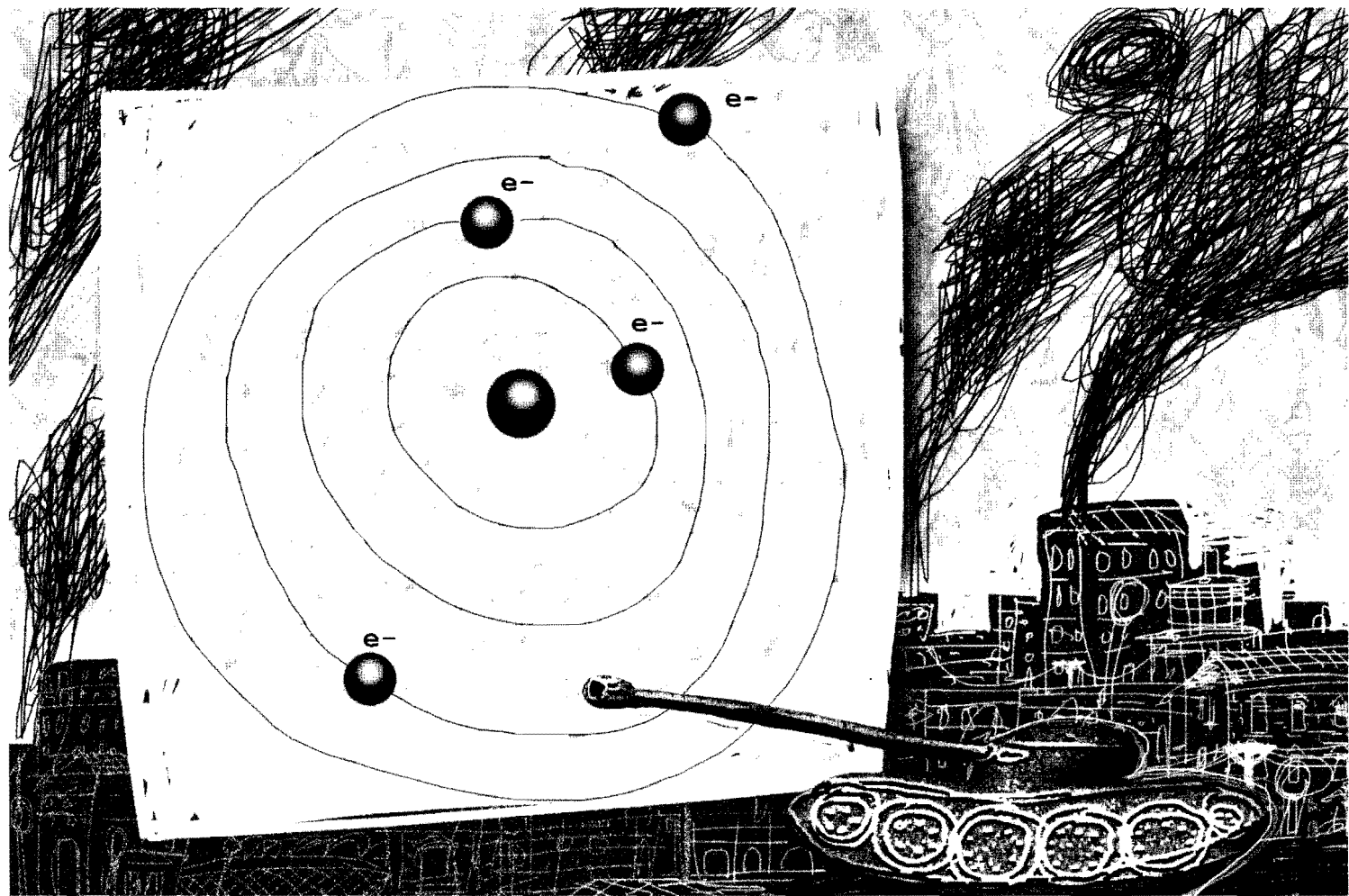
Como indica el título, el hilo conductor de esta novela es la búsqueda de la identidad del físico que se ocultó bajo el nombre en clave de Klingsor para ejercer como autoridad máxima en materia nuclear durante los últimos años de la guerra. Según la ficción, este investigador tuvo entre sus responsabilidades –por delegación directa de Hitler– la de dirimir los inevitables enfrentamientos entre el estamento científico y el aparato industrial-militar en relación con la construcción de un reactor atómico.

Klingsor es también el nombre que sirve a Volpi para introducir el elemento legendario de esta novela: así se llama un villano mítico del *Cuento del Grial* de Chrétien de Troyes y del *Perceval* de Gottfried von Eschenach, luego popularizado en el *Parsifal* wagneriano. El mito, la reflexión moral y la síntesis histórica de la edad de oro de una ciencia se integran sin suturas visibles mediante el aglutinante de una trama de «suspense», administrada con gran maestría según las más estrictas reglas del género.

La estructura formal de la novela no es distinta de la de un tratado de física o de matemáticas: leyes, corolarios e hipótesis se engarzan con el rigor de la lógica. Las distintas piezas de la novela se acoplan con la misma precisión que han de hacerlo las de un escrito científico. Incluso la forma asertiva de titular los distintos apartados no difiere de la que con tanto éxito introdujo James Watson en los textos de biología. Así, se enuncian las leyes (volpianas) del movimiento narrativo (Libro I), del movimiento criminal (Libro II) o del movimiento traidor (Libro III) con breves afirmaciones.

Volpi, a sus treinta y un años –insultantemente joven, diría Delibes–, es poseedor de una cultura integradora y no escindida, una cultura insólita en el panorama de las letras hispánicas. Esta novela le ha supuesto transitar por un tiempo que no es el suyo, sin traicionarlo, por un territorio exótico, sin perderse, y por los arcanos de la física, sin el menor desmayo.

Esto último es asombroso si uno se atiene a sus antecedentes académicos –Derecho y Letras, en Méjico y Salamanca– o a su actuación profesional como adjunto de la Fiscalía General mejicana. Aunque es posible que algunos especialistas discrepen de esta opinión, creo factible extraer de la novela de Volpi un eficaz texto de divulgación



G. MERINO

de la física moderna mediante el mero uso de la tijera, un texto que recrearía no sólo la esencia de las contribuciones principales sino el ambiente social y profesional en que se culminaron y los personajes que las realizaron.

Galería de retratos

La trayectoria vital del protagonista, Francis Bacon, intercepta las de muchos de los principales físicos. Como investigador en el famoso Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, conoce a Einstein, Von Neumann y Gödel, quienes protagonizan casi medio centenar de páginas. Luego, en su etapa de espía, aparecen entre otras las figuras de Stark, Planck, Bohr, Schrödinger y, por supuesto, Heisenberg.

Aunque de forma escueta, todos estos personajes se presentan con una rica dimensión novelesca que a menudo supera a la de los caracteres meramente inventados. Así, vemos a Einstein contestando a preguntas bobas –¿Existe una fórmula para obtener éxito en la vida?– en uno de sus frecuentes intercambios con la prensa; o al excéntrico Von Neumann aplicando su teoría de juegos a la situación prebélica entre Estados Unidos y los países del Eje.

Volpi incorpora con soltura cuestiones científicas al discurso novelesco: «En sus páginas, Gödel demostraba que no sólo en los *Principia Mathematica* podía existir una proposición que al mismo tiempo fuese verdadera y no demostrable –esto es, “indecible”–, sino que esto ocurriría, “necesariamente”, en cualquier sistema axiomático...» (Hipótesis 4. *Sobre el teorema de Gödel y el matrimonio*). De hecho, según confiesa el autor en una nota final, la idea de escribir *En busca de Klingsor* surgió de la lectura del libro de Douglas Hofstadter *Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid* (Basic Books, 1979; Tusquets, 1987). Aparte de este libro, se citan como fuentes hasta una treintena de obras de carácter biográfico e histórico de las que Volpi ha

sabido destilar sustancia de ficción de primera calidad.

Copenhague

La novela incluye un capítulo –«Niels Bohr, o de la voluntad»– en el que se recrea un hecho histórico de gran contenido dramático y simbólico: el último encuentro entre Bohr y Heisenberg. Éste tuvo lugar en el Copenhague ocupado, en septiembre de 1941. La visita de Heisenberg culminó en una última cena, en casa del maestro, que hizo definitiva la traición del discípulo. Cumplidos los postres, parece que pasearon por los desolados jardines de Faelledpark y se despidieron para siempre. El contenido de su conversación –de esta presumible confrontación en el olimpo entre las dos caras del conocimiento– fue enterrado con sus protagonistas, quienes se negaron a desvelarlo en vida.

Un punto focal

El secreto resalta aún más el dramatismo de este encuentro y Volpi lo convierte con viva sutileza en uno de los puntos focales de su narración. Curiosamente, este mismo acontecimiento ha servido de base al dramaturgo Michael Frayn para crear su premiada obra *Copenhague* (Methuendrama, Londres, 1998). En ella Heisenberg y el matrimonio Bohr, des-

pués de muertos, tratan de reconstruir lo ocurrido aquella noche aciaga. El rotundo éxito de crítica y los continuados llenos del teatro desde hace más de un año, primero en el Cottesloe (montaje del «Royal National Theater») y luego en el Duchess, constituyen una prueba irrefutable de que con la física cuántica por todo telón de fondo, en un escenario sin decorados, se puede captar el interés de miles de ciudadanos si se tiene la gracia para ello.

Entre 1924 y 1927 se suceden en torno a Bohr algunos avances de la física, tales como el desarrollo de la mecánica cuántica, o la formulación de los fundamentos de la indeterminación y de complementariedad –en suma, la interpretación de Copenhague– que muestran la ciencia en su grandeza. El desencuentro entre Bohr y Heisenberg, catorce años más tarde, puede simbolizar el momento en que ésta emprende un camino irreversible hacia la sumisión.

En sus pesquisas sobre Klingsor, el teniente Bacon confirma las antes aludidas leyes del movimiento traidor: I) Todos los hombres son débiles. II) Todos los hombres son mentirosos. III) Todos los hombres son traidores. A éstas se podría añadir una cuarta, implícita en el relato: IV) Todos los científicos son humanos. Parece obvio, pero en las presentes circunstancias se ha hecho necesario reafirmar que los científicos no son más clarividentes, veraces, valerosos o buenos que el resto de los ciudadanos, pero, por supuesto, tampoco menos. □

RESUMEN

Que un científico como García Olmedo comente una novela, la del mexicano Jorge Volpi que obtuvo el Premio Biblioteca Breve 1999, es justificado por él mismo por su interés por cómo la literatura trata a los científicos, por su creencia de que el escrito científico es

un subgénero de la novela y, en tercer lugar y sobre todo, porque la novela de la que se ocupa trata de la relación entre la ciencia y la ignominia, relación que, a su juicio, hoy abruma a todo científico sensible. Con estas razones previas, analiza En busca de Klingsor.

Jorge Volpi

En busca de Klingsor

Seix-Barral, Barcelona, 1999. 444 páginas. 2.400 pesetas. ISBN: 84-322-0788-8.

Keynes, siempre Keynes

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. Es también miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1992), premio Jaime I de Economía (1996), y Premio de Economía de Castilla y León «Infanta Cristina» (1997) y autor, entre otros libros, de *Política económica de la Dictadura*, *Economía Española contemporánea*. Primeros maestros, Los años en que no se escuchó a Casandra y *Hacia otra economía española*.

De vez en cuando aparece un libro esencial en el terreno de la economía. El de Torrero sobre Keynes lo es. Creo necesario probarlo. La primera condición que debe tener una aportación de este tipo es que investigue un gran asunto, no una cuestión nimia, como aquellas que criticó Cervantes en el *Quijote*, en el capítulo XXII de la II Parte. Se quejaba con frecuencia Eugenio d'Ors de la proclividad de los españoles de su tiempo hacia el estudio de cuestiones eruditas muy pequeñas, ambientadas en el huerto inmediato. Con ello resultaba muy escaso el interés de los demás componentes del universo de la ciencia por esos trabajos. En el caso del libro del profesor Torrero Mañas tal limitación se esfuma completamente.

En segundo lugar es preciso que el asunto que se aborde lleve empapado en sus páginas al lector hasta el final del mismo, como sucede con el toro en la muleta en las grandes faenas. Torrero ha estudiado muy a fondo a Keynes y eso le ha obligado, automáticamente, a enterarse de todo su entorno, para poder explicar, críticamente el asunto que le ocupaba.

La tercera prueba de que un libro es extraordinario es que logra caminar sobre los hombros de los gigantes que le han precedido. Con esta cita tan conocida quiero decir que no es posible que exista una aportación seria si antes no ha escudriñado minuciosamente el campo de la investigación y si no tiene en cuenta todo lo que, de modo sobresaliente, existe sobre ello. Por supuesto que la edición de las *Obras completas* de Keynes allana el camino. Torrero las ha trabajado a fondo, casi diría que línea por línea. Eso le permite, además, ser crítico de las traducciones al español de estas obras. Y pasando ya a los estudios en torno a Keynes, en las páginas 1.164 a 1.196 recoge todo lo interesante que en relación con estas cuestiones merece la pena manejar. No investigar lo investigado es un mandamiento primordial para lograr una obra científica acabada, y esta condición también se cumple.

El cuarto contraste es el de lograr una combinación nada fácil entre la reverencia ante los grandes y la crítica serena a la labor que presentan. En la cordillera de los economistas que se contempla desde el valle, se distinguen grandes picachos, impresionantes montañas. Comienzan en Adam Smith. El pico de Keynes se encuentra a una altura colosal. Siempre me produce un rechazo casi intolerable quien se acerca a estos grandes hombres de ciencia y, normalmente, desde su pequeñez, los trata con desprecio. Es muy difícil, en ese sentido, disenter de lo que sobre Keynes expone Torrero en la página 429: «La variedad de actividades de Keynes, sus diferentes vidas, su presencia en campos diversos, reforzaba su capacidad de persuasión; era frecuente su exhibición del conocimiento en áreas con las que su interlocutor, o su audiencia, no estaban familiarizadas. En las discusiones especialmente económicas, la apelación a su experiencia profesional constituyó, sin duda, un recurso dialéctico notable. Al



ARTURO REQUEJO

tiempo, la variedad de saberes provocaba la crítica de los auténticos especialistas en cada materia, y en ese marco hay que situar las críticas de los profesionales de la City, de los economistas esencialmente teóricos, de los expertos en lógica y probabilidad o de los políticos profesionales, que consideran a Keynes un amateur aunque no dejen de admirar la variedad de sus conocimientos e intereses».

Es claro que así no es posible tener una obra acabada, pero él ya lo había dicho en su biografía de Marshall: «En vista del carácter transitorio de los hechos económicos y de la esterilidad de los principios económicos aislados, ¿no requiere el progreso y la utilidad diaria de la ciencia económica que los precursores e innovadores eludan el tratado y prefieran el folleto a la monografía?... Los trabajos más grandes de Ricardo fueron escritos en forma de folletos sin importancia. Mill, al escribir, gracias a sus dotes peculiares, un tratado de gran éxito, ¿no hizo más por la pedagogía que por la ciencia y no terminó por sentirse como un viejo lobo de mar sobre los Simbads viajeros de la siguiente generación? Los economistas deben dejar a Adam Smith la gloria del "in quarto", aprovechar el tiempo y esparcir folletos a los cuatro vientos, escribir siempre "sub specie temporis" y alcanzar la inmortalidad, si la alcanzan, por accidente».

Torrero nos había recogido, en la página 160 este fragmento de una carta de Marshall a Keynes en 1922: «No soy un político, pero durante mucho tiempo he deseado que algún economista llegara a ser reconocido como una autoridad en los fundamentos económicos de la política en sentido amplio. El trabajo requiere una rara combinación de rapidez e integridad. No conozco a nadie que la tenga en mayor medida que Vd.».

Por eso enlaza en la página 429 de este libro cerrando algo que, en el fondo, sirve para la colocación adecuada de Keynes en el Panteón de los economistas: «La misión del economista de persuadir implicaba la presencia en el debate público, para lo cual era fundamental la libertad para manifestarse, cuestión conectada con la independencia económica que persiguió con ahínco. Keynes estuvo presente en las grandes discusiones sobre temas económicos y sociales de su tiempo y tuvo una confianza, seguramente exagerada,

en su capacidad de influir sobre el clima de opinión, y moldearlo conforme a sus prioridades en cada situación». Así es como queda contrastada una afirmación de Torrero que aparece en la página 25: «Mi opinión inicial era que Keynes fue un gran economista. Me ratifico en esa idea pero la figura humana y científica de Keynes ha ganado en mi consideración. Tengo ahora un juicio creo que mejor fundamentado y valoro más su personalidad y su obra». Un poco después, en la página 29, insistirá Torrero que, al lado de grandes aciertos, ha de poner de relieve sus «serias limitaciones» que, sobre todo, centra en su «escasa sensibilidad para percibir la trascendencia de la cuestión empresarial, lo cual nos parece una limitación para captar las razones explicativas del declive secular de la economía del Reino Unido». Volveremos sobre esto.

¿Finanzas e industria?

Dicho lo que antecede como un intento mío de abrir una especie de gran puerta de acceso a una obra importantísima, he de añadir que el plan de la obra es difícilmente superable. Cuatro grandes partes la constituyen. La primera se titula «Economía y sociedad en el Reino Unido». El lector de este libro sospecho que, tras conocerla, quedará literalmente fascinado. Vemos en ella cómo a Keynes le tocó contemplar el final de la Era Victoriana, cuando los Estados Unidos, como nos prueba Agnus Maddison, superaron al Reino Unido en PIB por habitante ya a finales del siglo XIX y cuando, período tras período, se inicia el inexorable declinar del Imperio Británico. Un pequeño país —Inglaterra— acertó a estructurarse de tal modo en el siglo XVIII, que se convirtió en ese en una gran potencia y en un imperio en el siglo siguiente. Pero fue capaz de darse cuenta de que cuando, como se dice en nuestro romancero, se ha salido de «un pequeño rincón», la tendencia hacia la declinación es más fuerte de todo lo que puede parecer. Torrero nos llama la atención (pág. 60) sobre cómo la City era «un centro empresarial regido por pautas propias de caballeros, que ejerció una influencia desproporcionada en la vida económica y política de Inglaterra». Pero de ahí dimanaba una hostilidad hacia los industriales, «la tropa de cho-

que del capitalismo» (pág. 61), hasta que quedaron atrapados en la pinza formada por «la cultura de los caballeros que menospreciaba la tecnología y los socialistas y sindicatos que deseaban la producción, pero eran muy reticentes hacia la motivación de obtener beneficios que la impulsaba».

En medio de todo eso vemos cómo Keynes no percibe, o no está interesado en percibir, datos esenciales en relación con «la idoneidad del Sistema Financiero inglés para la promoción y desarrollo de la industria» (pág. 95). Lo trata el *Informe del Comité MacMillan* en 1931, en el capítulo IV de su parte II, y he aquí que parece que Keynes no interviene en la redacción de esas páginas concretas. En la página 130, al concluir prácticamente esta brillante introducción, dirá Torrero: «Al concentrar la atención el análisis de Keynes —en los años veinte— en los aspectos monetarios, desvió el foco de inquietud de los problemas culturales e industriales que eran las causas de la esclerosis de la economía del Reino Unido». El análisis de Torrero es, por supuesto, una síntesis insuperable de la historia económica británica contemporánea, pero que permite, en alguna de sus partes —el apartado 1.6, «Las relaciones banca-industria en el Reino Unido. Síntesis de las distintas posiciones» y lo que, un poco antes, en las páginas 71-72, habla de la disociación entre el sistema educativo y científico y el desarrollo industrial inglés—, leerlo también en clave española. El apostar a situaciones industriales, financieras y universitarias obsoletas, es un indicio evidente de que se va camino del fracaso y en el caso británico, la prueba de que parece estarse dispuestos a volver, colectiva y casi gozosamente, a un «pequeño rincón».

La parte II, que va de la página 133 a la 429, se titula «Ideas fundamentales de Keynes respecto a la ciencia económica, la sociedad del Reino Unido y su propia carrera profesional». Se trata, a mi juicio, del «ensayo en biografía» —para seguir, incluido el anglicismo, en el léxico keynesiano— más brillante que conozco de este genial economista inglés.

Una y otra vez, insiste en esta parte Torrero, se observa de qué modo Keynes no acertó a percibir la trama económica real que sustentaba al Reino Unido y cómo ésta ya no



Viene de la página anterior

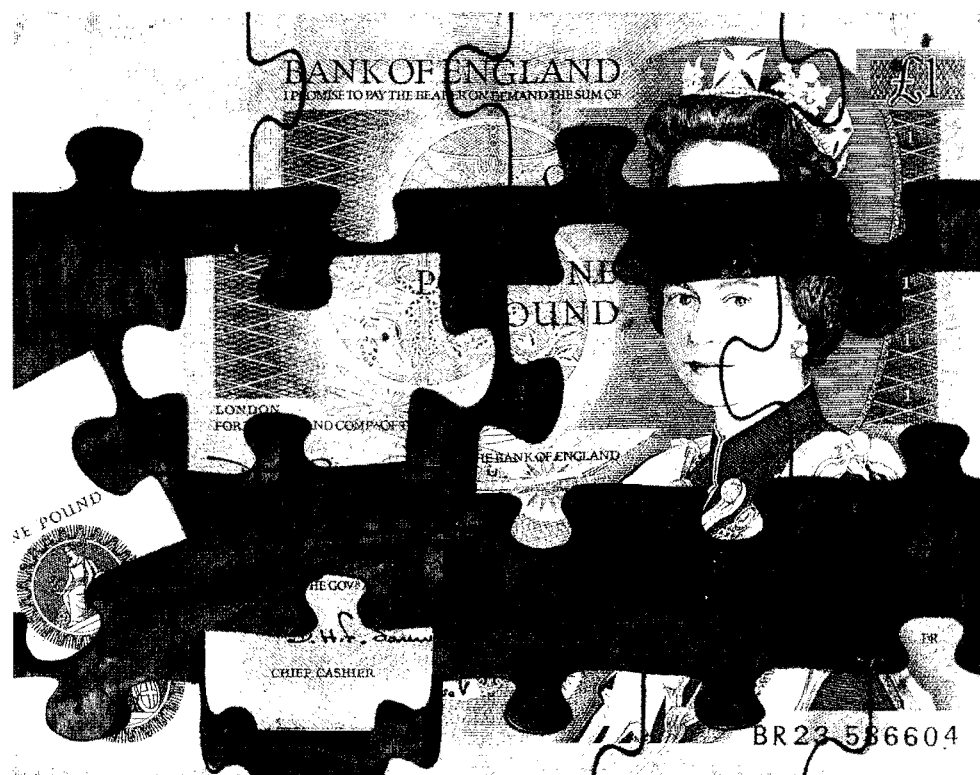


iba a poder asegurarle un futuro próspero. En la página 223 de este libro podemos leer este párrafo central: «No puede esperarse, de acuerdo con la visión de Keynes, que el progreso técnico aporte, como en el pasado, el impulso necesario para un crecimiento fuerte y sostenido; en consecuencia, para asegurar la prosperidad hay que poner el acento en el incremento del consumo, la baja del tipo de interés o ambas cosas a la vez». El 9 de julio de 1943 escribirá Keynes a Sir Wilfred Eady y otros –y se reproduce como afianzamiento a lo que Torrero acaba de señalar– que compartía «la idea de que, antes o después, tendremos que hacer frente, si no a una saturación de inversiones, a dificultades crecientes para encontrar campos satisfactorios para nuevas inversiones. Es muy difícil predecir cuándo se producirá esto. Cuando se produzca, tendremos que emprender cambios sociales muy importantes con objeto de desanimar el ahorro y proceder a una redistribución de la riqueza nacional y a un sistema impositivo que anime al consumo y desanime al ahorro».

En esta parte queda bien destacado el pragmatismo de Keynes, uno de los puntos clave de la visión de Torrero sobre éste. Tiene esto muchas consecuencias. Véase, por ejemplo, cómo tal talante sirve para explicar, del modo mejor que yo conozco, las reticencias de Keynes ante el socialismo de Estado en la pág. 328, o lo que se habla en las páginas 273-285 acerca de lo que llama Torrero su «querencia a la protección y al estímulo de la producción nacional». Todos recordamos, cuando leímos la biografía de Harrod, el espanto que éste mostró aquella noche que en Oxford Keynes, de modo implacable, le cuenta que va a defender ante universitarios este punto de vista proteccionista.

Keynes, inversor

La parte III, «El conocimiento de Keynes de la realidad económica», es un complemento biográfico espléndido. Se inicia con el capítulo 6, «La experiencia de Keynes como inversor. Evolución de sus ideas», que sólo podía ser abordado por una persona tan buena conocedora de los mercados financieros como Torrero. Los viejos estudiosos de sus aportaciones ya habíamos disfrutado de sus primicias y aprovechado sus enseñanzas. Resulta, en este sentido apasionante leer, sucesivamente, las actividades de Keynes como inversor personal e institucional en los mercados financieros, incluyendo incluso la siempre picante cuestión del empleo de información privilegiada. Lo importante, sin embargo, como se dice en las páginas 473-474, es «seguir el razonamiento de Keynes para tratar de colegir en qué medida estas experiencias influyeron en su forma de considerar los fenómenos económicos». Y en relación con su especulación sobre las acciones de Austin, en medio de la crisis de 1929, ¿existía algún estudio especial de esa actividad industrial británica? ¿Se enlaza con lo que se expone en las páginas 562-578 sobre el informe acerca del «Futuro industrial de Gran Bretaña»? Por supuesto que lo más importante es que hay que compartir esta frase de la página 478, en relación con la crítica bastante estúpida de que Keynes no fue capaz de pronosticar la catástrofe de 1929 y 1930: «Samuelson ha apuntado –a nuestro juicio... con acierto– que la *Teoría General* es un fruto de la Gran Depresión; en efecto, el esfuerzo intelectual de Keynes se produce en un clima marcado por el desconcierto y el desánimo, aunque en el plano personal, los años de depresión fueron para Keynes de recuperación patrimonial». Quizá también la posible explicación de la virulencia de su folleto, *Las consecuencias económicas de Mr. Churchill*, de la mano de Torrero, parece que se encuentra



ARTURO REQUEJO

en su «preferencia clara por la inversión en acciones sobre la renta fija. La renta variable es una opción más rentable para el inversor y más beneficiosa para el país; estas ideas son conformes con sus convicciones sobre la rotación de la renta y la riqueza en poder de los elementos activos y en perjuicio de los pasivos; a favor del futuro y en la dirección de reducir el lastre del pasado. Desde esta perspectiva, la crítica al retorno al patrón oro con la paridad de preguerra se fundamenta, en parte, en la alteración indeseable en la distribución de riqueza y renta que produce». He de añadir una cosa. Cuando he leído las críticas de Hayek a las posturas keynesianas, más de una vez me pareció percibir que lo que también se debatía eran estas otras cuestiones que, después de todo, acaban enlazando con las escalas de valores, como siempre sucede, aunque se pretenda escapar de ellas.

Alrededor de todo esto, y como línea de investigación para el futuro, que nunca he tenido clara –algo apunta Rojo, pero no lo agota ni mucho menos–, es el enlace entre Keynes y el pensamiento derivado del neohistoricismo alemán, y muy en particular en relación con un montaje industrial cartelizado que alcanzó éxitos indudables y que, salvo algo Marshall, nadie había estudiado a fondo entonces en Gran Bretaña.

Lo que yo me atrevo a recomendar ahora es la lectura para españoles del apartado «Finanzas e industria» de las páginas 591-613. En este momento, con el INI arruinado y con un progreso evidente en la separación entre la propiedad y el control de las empresas, en los medios empresariales más preocupados por el futuro, se considera que la conducta del Banco de España, dentro de la articulación de los mercados financieros impulsados además, por la Unión Monetaria Europea, puede acabar por originar que, súbitamente, especuladores de otros países pasen a controlarla, con desconocimiento de las posibilidades reales de nuestra industria –con lo que la pueden conducir a la ruina– y, por supuesto, ajenos totalmente a los intereses de España. Son cosas de las que se habla poco, pero que deben preocupar mucho.

Ante los grandes temas

Por supuesto que la cumbre de este libro es su parte IV, «Temas fundamentales en el análisis económico de Keynes». Por cierto,

que al trabajar el capítulo 8, en el apartado «La estabilidad del nivel de precios», me asaltó una idea: las posturas tan sensatas que Flores de Lemus expone en el *Dictamen de la Comisión del Patrón de Oro*, ¿hubiera podido defenderlas sin haber conocido a Keynes? ¿Calvo Sotelo hubiera podido ser Churchill? «Los silencios de Flores» podrían ser el título de un artículo sobre él, porque nuestro economista procuró siempre lanzar una columna de humo que impidiese conocer por dónde iba y, sobre todo, de dónde venía. Quédese esto ahora aquí, como una muestra, sin embargo, de la capacidad de sugerir investigaciones que alberga este libro del profesor Torrero. Las declaraciones de Keynes a *El Sol* –o sea, a Olariaga– y a *El Debate* –o sea, a Bermúdez Cañete– en 1930, pueden permitir quizás avanzar algo por ahí.

Para emplear la jerga keynesiana, me atrevo a decir que el tratamiento de «La Gran Depresión» –capítulo 9– ante Keynes, que ofrece Torrero, es «la pièce de résistance» de su libro. A mi juicio, ni Klinderberger, ni por supuesto, Galbraith alcanzan la brillantez, la capacidad de síntesis y la inteligencia de lo que aquí se ofrece, porque el contrapunto de Keynes añade a la interpretación de lo sucedido elementos de extraordinaria brillantez.

Naturalmente, lo que viene después es algo así como el relato de los puntos de vista de un Prometeo que cree que ha conseguido arrebatarse al cielo algo que estaba bien guardado y que acongojaba al mundo; gracias a su robo, ya se sabe cómo poder esquivar las depresiones. Leemos en las páginas 940-941 el sofión que da a la propuesta de Pigou de resolver el problema con rebajas de salarios, y las inmediatas e inteligentes apostillas de

RESUMEN

La aportación extraordinaria que supuso para la ciencia económica la publicación en 1936 de la *Teoría General*, de Keynes, señala Juan Velarde Fuertes, ha provocado, ya como glosa, ya como ampliación, ya como crítica, un alud de trabajos de extraordinario valor científico. A ellos se incorpora éste del

Torrero. Es la parte más importante para los estudiantes. Lo refrescante que les tiene que resultar, después de observar áridas –y por supuesto, obligadas– pizarras sobre los modelos de la Teoría General leer de pronto, en la página 1.015, al hilo del artículo publicado por Keynes en el *Quarterly Journal of Economics* –que, como se dice en la pág. 995, tenía como principal destinatario a Viner–, y tomando pie en el artículo de Coddington, «Deficient foreign: a troublesome theme in keynesian economics», publicado en *The American Economic Review*, que los economistas «que han consagrado la importancia del artículo de Keynes de 1937 publicado en *Quarterly* y, por lo tanto (que) consideran las expectativas y la incertidumbre como el corazón de la *Teoría General*», se clasifican en dos escuelas: «En la primera, estarían los postkeynesianos, liderados por J. Robinson, interesados en la incertidumbre que ayuda a mostrar que la inversión en una economía descentralizada conduce inevitablemente al caos y al despilfarro; la consecuencia de esta primera vía es la propuesta de sustitución de las instituciones del sistema económico capitalista por otras dentro de un marco colectivista. En el segundo grupo, cuyas figuras más representativas son Shackle y Loasby, la incertidumbre y las expectativas también se sitúan en el centro de la escena, pero se considera que las decisiones económicas se adoptan mediante probabilidades subjetivas, lo que implica una vía de análisis nihilista puesto que niega validez al trabajo que se realiza en macroeconomía, econometría, construcción de modelos, economía matemática y la teoría del equilibrio general». Este fruto del fundamentalismo –del que protesta Don Patinkin– obliga, una y otra vez, a reflexionar sobre muchas cosas, exigencia buenisima para un estudiante universitario, quien, apoyado en las páginas 1.015 a 1.027, agradecerá leer, a continuación –págs. 1.027 a 1.035–, la «bocanada de aire fresco» de Meltzer.

Keynes, hoy

Ahora, tras la excursión apasionante sobre Keynes, quien cierre el libro percibirá, en relación con Torrero y Keynes, cuánta razón tuvo Hayek cuando escribió en *Ser economista* aquello formidable, que tan bien supieron cumplir Keynes y Torrero: «Nada es más pernicioso para la honestidad intelectual que el orgullo de no haber cambiado nuestras opiniones, sobre todo si –como ocurre de ordinario en nuestro campo– se trata de opiniones que se consideran “progresistas” o “avanzadas”, o simplemente “modernas”, en los círculos en que nos movemos. Pronto descubrirán que lo que ustedes consideraban opiniones especialmente avanzadas son sólo las opiniones dominantes en su propia generación, y que se requiere una fortaleza y una independencia mental mucho mayores para adoptar una postura crítica acerca de lo que se nos ha enseñado que para aceptarlo simplemente, a fin de ser progresista». □

Antonio Torrero Mañas

La obra de John Maynard Keynes y su visión del mundo financiero

Instituto Español de Analistas Financieros/Civitas, Madrid, 1998. 1.214 páginas. 15.000 pesetas. ISBN: 84-470-1159-3.

El resto judío y la crisis de Europa

Por Patricio Peñalver Gómez

Patricio Peñalver (Sevilla, 1951) es catedrático de Filosofía en la Universidad de Murcia y Director de Programa en el Collège International de Philosophie. Es autor, entre otros libros, de *Márgenes de Platón*, *Del espíritu al tiempo*, *La desconstrucción* y *La mística española*.

Desde que la Gran Guerra puso ante los ojos tan sorprendidos como horrorizados de incluso aquellos que no querían verlo el «lado» de violencia destructiva y de nihilismo en acción que albergaba «también» el programa emancipatorio de la razón moderna (un bloque no tan fácil de diferenciar en sus estratos científico-técnico, político-moral, industrial y bélico-industrial), la inteligencia europea ha debido considerar, y desde muchos lugares y en diversos momentos, las razones de la gran decepción: la que sufrió una civilización, históricamente madura según todos los indicios y desde luego según su más sonora autoconciencia, para la realización de los ideales universalistas del humanismo y el socialismo democrático, y que, sin embargo, se vio llevada, por mecanismos nada casuales, al escenario inédito hasta entonces de la Guerra Total, de la movilización de los absolutos, a la lucha entre los varios imperialismos de la fase más depredadora del capitalismo. Esas consideraciones se han propuesto en códigos muy heterogéneos (desde la Literatura y las Ciencias Sociales, desde la Política y la Teología) y han dado expresión a perspectivas de interpretación y de resolución muy diferenciadas, entre los dos extremos de, por un lado, el fundamentalismo restauracionista o neoilustrado, y, por otro lado, el fundamentalismo nihilista de los antirracionalismos reactivos (ya sean eufóricos o melancólicos, políticos o estéticos). Se nos habrá permitido esta generalización brutal sobre un espacio tan amplio, para situar inicialmente en el marco sugerido de una vasta cultura de la crisis (vasta y prolongada: desde Spengler y el joven Lukacs en la postguerra, pero también desde Husserl y Ortega en los treinta, hasta más acá del viejo Heidegger, de los últimos marxistas occidentales, y de las versiones postmodernas de la Emancipación) el más visible interés, todavía hoy o acaso más hoy, del gran libro de Franz Rosenzweig. En suma, interés vinculable a su fecundidad para replantear en términos muy originales las aporías y las tensiones del destino moderno. Pero también, y más específicamente, interés de una perspectiva menos explorada en ese debatido campo, ya quizá algo agotado, de las teorías de la modernidad: la perspectiva, algunos dirían que contradictoria, de un «resto» de judaísmo con firme reafirmación nacional y con audaz vocación universalista. *La estrella de la redención*, la obra maestra del filósofo y teólogo judío alemán, publicada originalmente en 1921 en los inicios de la convulsa República de Weimar y redactada en su mayor parte desde el frente de los Balcanes durante el último año de la Guerra en postales enviadas a la madre, pudo y puede leerse —y éste sería el aspecto que más inmediatamente hace accesible este texto difícil al «scholar» medio, de entonces y de hoy— como una novedosa cartografía de la crisis de la Filosofía clásica en clave muy expresamente posthegeliana. De hecho el objeto y ya la estrategia metódica de la primera de las tres partes de la obra es una desconstrucción del sistema filosófico «par excellence» y de su loca o audaz pretensión de pensar sin presupuestos, racionalmente, el Todo. No con vistas a alguna meditación del caos o a una celebración del fragmento: se trataba más bien de desmontar, con rigor



VICTORIA MARTOS

teorético ilustrado y con sentido enfático de la realidad concreta, la ilusoria idealista promesa de armonización de las tres ideas con las que la Filosofía clásica había querido abarcar el Todo: el Mundo, el Alma, el Dios.

La protesta del Singular

Frente al idealismo congénito del gremio de los filósofos, frente a la venerable cofradía del Monismo formada, en expresión que ha hecho fortuna, «desde Jonia a Jena», desde Parménides a Hegel, este precoz lector atento de Nietzsche y Kierkegaard hizo valer desde las primeras páginas, fulgurantes, inspiradas, del libro, la legítima protesta del Singular. Éste —como el danés apasionado creyente en la contemporaneidad de Cristo con todo presente y como el apasionado cultivador moderno de Dionisos habrían atestiguado ya justamente en sus vidas, en la comprometida firma corporal de sus filosofías— se niega ahora a anular, como si fuera mera apariencia provisional, el momento o el movimiento de su subjetividad en el círculo pétreo del Saber del Ser. Sobre todo como mortal «que quiere quedarse», como viviente que mantiene contra el canto de sirena de otros mundos su apego a la tierra (¿y cómo no recordar el diálogo de Ulises y Aquiles en el canto once de la *Odisea*?): a ese título es como inicialmente da voz Rosenzweig a aquel Singular, en un lenguaje poderosamente majestuoso ya en las primeras páginas del libro en el que queremos interesar. Pero este análisis existencial «avant la lettre» de la «verdad» inscrita en el miedo a la muerte (a comparar, como viera precozmente Karl Löwith, con el famoso «sein zum Tode» propuesto pocos años después por Heidegger, pero se sabe que el catedrático de Friburgo era un especialista consumado en el no-reconocimiento de deudas), esta resistencia, en suma, a la interpretación anestésica y engañosamente reconciliadora de la muerte como disolución en el Uno y Todo, no era el inicio de un pensa-

miento irracionalista del finito quejica. Es más bien al contrario la premisa, eso sí crudamente realista ésta ante los desgarros de la angustia mortal de la vida, de un sólido «sistema» teológico-filosófico (habitante para algunos no ingenuos en este siglo de poca afición a los sistemas), y en especial capaz de una nueva mirada al conjunto del racionalismo filosófico occidental, y de una nueva teoría de la Verdad. Más precisamente, y por insistir todavía en el arranque de *La estrella de la redención*, el evocado motivo de la muerte sin estoicismo sirve al propósito preciso de un «descrédito de la filosofía», o de su tendencial, estructural idealismo. La sabiduría filosófica clásica, la presunta sabiduría filosófica, con su propuesta audaz de un conocimiento del Todo y sin presupuestos, ha pretendido aplacar las angustias del mortal indicándole a éste que la muerte es nada. No lo ha conseguido; y en realidad nunca, pero hoy, tras la quiebra del último Sistema de la Totalidad, el de Hegel, podemos ser más lúcidamente conscientes de esa imposibilidad, de ese engaño. Se percibirá el acento modernísimo de esta apelación a un suplemento de lucidez crítica ante las razones del racionalismo clásico: «Si la filosofía no quisiera taparse los oídos ante el grito de la humanidad angustiada, tendría que partir —y que partir con conciencia— de que la nada de la muerte es algo, de que cada nada nueva de muerte es un algo nuevo, siempre nuevamente pavoroso, que no cabe apartar ni con la palabra ni con el silencio (...). La nada no es nada: es algo. En el fondo oscuro del mundo, como inagotable presupuesto suyo, hay mil muertes; en vez de la nada única —que realmente sería nada—, mil nadas, que, justamente porque son múltiples, son algo. La pluralidad de la nada que presupone la filosofía, la realidad de la muerte que no admite ser desterrada del mundo y se anuncia en el grito —imposible de acallar— de sus víctimas, convierten en mentira incluso antes de que sea pensado al pensamiento fundamental de la filosofía: al pensamiento del conocimiento uno y uni-

versal del Todo (...). No queremos una filosofía que vaya en el cortejo de la muerte y con el acorde de su danza (Uno y Todo, Uno y Todo) nos haga olvidar el dominio perdurable de la muerte» (pág. 45).

Filósofo póstumo

Cabe extrañarse entonces de que una obra de la envergadura especulativa filosófica y teológica, y del aliento expresivo de *La estrella de la redención* apenas tuviera recepción alguna en los medios filosóficos de aquellos años, y también de que después, durante decenios, permaneciera casi desconocida en ese ámbito. A decir verdad, hasta que por un lado Lévinas indicara al principio de *Totalidad e Infinito* (1961) que el nombre de Rosenzweig está «trop souvent présent dans ce livre pour être cité», y por otro lado Bernhardt Caspers y Michael Theunissen formalizaran y desarrollaran el esquema hermenéutico de un *Dialogisches Denken*, para encuadrar e identificar los pensamientos de Rosenzweig y del amigo —y colaborador de éste en la nueva traducción alemana de la Biblia— Martin Buber, *La estrella de la redención* quedó fuera de las autopistas de información de la inteligencia filosófica universitaria europea. De la continental, no digamos de la isleña. Después, muy tardamente, vinieron las traducciones al inglés (1972) y al francés (1982), la importante exposición de Stéphane Moses, *Système et Révélation* (1982) y también, las activas interpretaciones de Massimo Cacciari, en el marco de una potente repetición de la filosofía schellinguiana de la Revelación (cf. sobre todo al respecto *Icone della Legge*, 1985, y *Dell'Inizio*, 1990, del filósofo alcalde de Venecia). Y hay que acoger ahora la traducción española de Miguel García Baró, notabilísima por su claridad y por la seguridad categorial y terminológica con que afronta las dificultades formidables de un texto que, a pesar de su metodicidad constructiva, y de la íntima afinidad expresiva con su sustancia —una doctrina de la Verdad como originalmente dividida en su doble relación con «el pueblo eterno» de Israel y con la potencia histórico-mundial del Cristianismo, una original reinterpretación del Judaísmo como «resto», y de la complementariedad judeo-cristiana—, conserva no obstante su parte de enigma, y seguramente de impensados. ¿Por qué aquel desconocimiento o aquella exclusión iniciales en un ámbito tan hipersensible a todo tipo de signos nuevos como era de hecho el de la cultura filosófica alemana de los Veinte? ¿Por qué este vacío hermenéutico ante una palabra tan plena, este silencio de incompreensión o de sordera ante una escritura tan lúcida, y tan segura en medio de tanta inseguridad epocal? Y es que, en efecto, resulta subrayable el núcleo de fidelidad al Racionalismo occidental de esta empresa, tan expresamente deudora del neokantiano Hermann Cohen, como subrayable es también su rechazo del diletantismo de la escritura aforística y la estética del fragmento. Tanto más cabe hacerse aquellas preguntas porque por lo demás Rosenzweig no era un desconocido en los círculos de la filosofía universitaria más prestigiosa de la época: como discípulo de Meinecke, había redactado en 1914 una tesis doctoral sobre *Hegel y el Estado* (publicada también en 1921) que se convirtió desde el primer momento en referencia ineludible; y en el contexto de su amplia investigación sobre el pensamiento postkantiano y el clasicismo alemán, había descubierto y editado, en 1917, el manuscrito del célebre *El más antiguo sistema del idealismo alemán*. No sólo a circunstancias de



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

las habitualmente consideradas externas creo que haya que remitir para explicar este fenómeno extraño de comprensión y reconocimiento tan póstumos, de una obra que, eso sí, desde hace unos veinte años se impone cada vez más a la conciencia europea y americana informada como un clásico de la filosofía del Siglo XX: de la filosofía sin más, y no sólo del judaísmo contemporáneo. De eso es algo más que un indicio la lenta pero segura recepción de la edición crítica de los *Escritos reunidos*, emprendida por la casa Martinus Nijhoff desde 1979, y el gran congreso de Kassel de 1986.

Antisemitismo

De todos modos aquellas circunstancias ocurren muy naturalmente y desde luego explican algo de la condena a destino póstumo de este autor. Estaba ya por un lado el hecho masivo de la desestructuración institucional de la inestabilísima República de Weimar: un caldo de cultivo para aventuras políticas y culturales en tensión polémica, y para violentísimos escepticismos e irracionalismos. Ese clima no era el más propicio para ponerse a la escucha de una voz que podía apelar, con extraña certidumbre, a una «clásica» Serenidad, en las antípodas de la pseudoseriedad académica pero también en militante antagonismo frente a los neopaganismos y a los esteticismos. Y al respecto véanse las páginas terribles, de éste que llegó a ser virtuoso del violín, contra los peligros del amante de la música que por la música se olvida de sí mismo (págs. 424 y ss). Pero además, y más específicamente, no puede no pensarse al pensar en las posibles circunstancias «negativas» para la acogida de *La estrella de la redención*, en el antisemitismo quasicongénito de la «alta cultura» alemana de la época: ésta tenía que rechazar con una especie de alergia (a veces inconsciente, siempre culpable) un libro que, según todas las apariencias (y ya las más visibles en la materialidad de su primera edición: con el símbolo de la estrella de David, indicación del año en el calendario judío, y el bello lema en caracteres hebreos tomado del Salmo 45: «Lánzate a cabalgar por la causa de la verdad»), era un «libro judío» con todas las de la ley. Ahora bien, más allá de esas «circunstancias», creo que la tardanza en acoger en la

filosofía «normal» este pensamiento tiene que ver con motivos más internos, no quita que profundamente epocales. Por decirlo en una palabra, la incompreensión procedía del efectivo carácter de «pensamiento nuevo» que aquél revestía. Y en ese motivo literal y enfático de un *Neues Denken*, en el desplazamiento hacia un marco categorial profundamente diferente del idealismo y en general del de la filosofía de estirpe griega, insistió el propio Rosenzweig pocos años después de la publicación de *La estrella* como sustrato de producción de esa obra. Obviamente ese «novum» epocal –algo más que la mera «originalidad» de un autor– al que apela la obra remitía igualmente a la necesidad de un desplazamiento del horizonte de comprensión de todo lector responsable. Éste se ve enfrentado a graves decisiones metodológicas de interpretación de un libro ciertamente difícil y para el que el autor pide la estrategia napoleónica: avanzar en la lectura, aunque queden atrás fortalezas no tomadas, incomprendidas. Pero también a decisiones hermenéuticas filosóficas (sobre el estatuto de las Ideas), o teológicas (en especial sobre la Revelación). Y políticas: las páginas sobre la «política mesiánica», sobre la intervención en la aceleración de la historia, o las críticas a la mística apocalíptica siguen dando que pensar al respecto.

Judaísmo metódico

Pero sobre el rótulo, de entrada ya formalmente muy equívoco, «libro judío» hay que volver. Desde luego los pocos lectores efectivos que encontró *La estrella* en el momento de la publicación procedían casi todos ellos de los núcleos minoritarios judíos que se resistían al casi irresistible proceso asimilacionista, empezando con aquellos que como Gerschom Scholem y Martin Buber, eran colaboradores de Rosenzweig en la Academia de Estudios Judíos de Berlín, y siguiendo con teólogos judíos de tradición talmúdica más o menos ortodoxa (pero habría que recordar entre los lectores precoces también a un heterodoxo como Walter Benjamin). Esa precariedad, esa minoridad acosada del pueblo judío en el medio alemán, la atestigua ya la trayectoria biográfica del propio Rosenzweig: hijo de una familia judía burguesa casi totalmente «asimilada», su gi-

ro existencial ya en la madurez hacia la Revelación (apertura del alma a su ser amada por Dios: el *Cantar de los Cantares* es una referencia ineludible de *La estrella*) revistió la forma de una conversión dramática, en la que no sólo estaba en juego el paso del escepticismo historicista a la confianza en la Verdad, sino también una primera vacilación entre el Judaísmo y el Cristianismo. En la configuración intelectual de esa conversión a un Judaísmo asumido con todas sus consecuencias jugó un papel decisivo el magisterio del último Hermann Cohen; y véase el fascinante texto de Rosenzweig sobre el autor de *La religión de la razón a partir de las fuentes del judaísmo* (1918), ahora traducido también por García Baró en la obra colectiva *Judaísmo y límites de la modernidad* (eds. R. Mate, M. Beltrá, J. M. Mardones, en Riopiedras).

Ahora bien, en el importante texto *El nuevo pensamiento* (trad. esp. Visor, 1989), muy clarificador del esquema constructivo de *La estrella*, Rosenzweig empieza precisando que éste no es, justamente, un «libro judío»: en él se trata igualmente del Cristianismo y del Islam, y de la filosofía griega; y no es tampoco en rigor un libro de «religión», sino la exposición de un sistema filosófico, si bien con una disposición no clásica, con sus secciones habituales: Lógica, Ética, Estética. Pero esto, a partir de una «inversión metódica» en la que se sustancia lo nuevo de este «pensamiento nuevo». Precisamente lo judío no sería tanto el objeto (o el simple supuesto) de este pensamiento como lo que propicia un nuevo método, capaz de recu-

parar el plano de la experiencia (en lo que insiste *El libro del sentido común sano y enfermo*, trad. esp. en Caparrós, 1994, escrito por F. R. como una introducción no científica a *La estrella*). La expresión «judaísmo metódico», en la que insiste agudamente García Baró en su introducción, orienta en lo esencial: se trata de sustituir las categorías griegas (en las que se ha sustentado un pensamiento finalmente puramente conceptual) por las categorías judías y judeo-cristianas que permiten pensar los contenidos básicos de la experiencia en su movimiento concreto y temporal. Categorías en última instancia «sociológicas», más que puramente teológicas o «religiosas», y de ahí la pertinencia de la comparación con Max Weber (a lo que ha apuntado Reyes Mate, en *Memoria de Occidente*, Anthropos, 1997). Queda la paradoja de que el resorte último de esta potente interpretación del Occidente judío y judeocristiano como pasión del universalismo posthelénico y del racionalismo ético inscrito en el monoteísmo bíblico es una repetición de la identidad nacional judía («nosotros, el pueblo eterno», reza un «leit motiv» de la tercera sección), una arriesgada «exposición» del «resto de Israel»: «El judaísmo es lo único en el mundo que se conserva a sí mismo por resta, por estrechamiento, por la formación de restos siempre renovados» (pág. 474). Queda la «dificultad», a la que fue muy sensible Scholem, ya antes de la «Shoah», de que la esencia eterna del pueblo judío resulta para Rosenzweig incompatible con las estructuras políticas históricas, y así, con la «solución» sionista. □

RESUMEN

Patricio Peñalver da cuenta de la edición española de *La estrella de la redención*, la obra principal del filósofo y teólogo judío alemán Franz Rosenzweig, publicada en 1921, en difícil situación personal del autor y en los inicios de la convulsa República de Weimar, y que todavía hoy puede y debe leerse como una novedosa cartografía de la crisis de la filosofía

clásica en clave muy expresamente posthegeliana. Al comentarista le extraña el que una obra de la envergadura especulativa filosófica y teológica y del aliento expresivo de la citada apenas tuviera recepción alguna en esos años y en los siguientes, aunque la situación esté cambiando a partir de las ediciones inglesa (1972) y francesa (1982).

Franz Rosenzweig

La estrella de la redención

Traducción de Miguel García Baró, Sígueme, Salamanca, 1997. 508 páginas. 5.230 pesetas. ISBN: 84-301-1348-7.

Semillas que cambiaron el mundo

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía* y *Entre paréntesis*; y editor de *Cuento español de posguerra*.

Hay libros elaborados con la precisión de un reloj y el amor de un amanuense y este libro extraordinario, que se reedita ahora con un estudio nuevo sobre la coca, es uno de ellos. Nuestro mundo se va acostumbrando a leer libros que enseñan cada vez menos, quizá porque todos sabemos, o creemos saber, un poco más, o porque hoy se las arregla cualquiera para escribirlos y publicarlos. Henry Hobhouse es autor de dos libros hermanos en los que ha empeñado su vida: *Forces of Change*, que estudia, con precisión característica, la importancia de las enfermedades en la Historia, y la obra que nos ocupa ahora, *Seeds of Change*, sobre seis de las plantas que han supuesto cambios esenciales para el ser humano: quinina, azúcar, té, algodón, patata y coca, las que –según él– han representado papeles más relevantes en la Historia y cuya influencia llega hasta nosotros. Quedan fuera de su estudio el cacao, la pimienta –móvil, en parte, de la empresa de América–, el café y el tabaco aunque, a estos últimos, se refiere con alguna frecuencia en el capítulo nuevo, el último, dedicado a las hojas de coca, tan actuales. «Si consideramos las plantas por debajo de lo fundamental en la Historia –dice–, negamos una verdad a la que cualquier observador de la Naturaleza no tiene más remedio que rendirse. El mundo no evoluciona sólo por la fuerza consciente de la voluntad del hombre. La Naturaleza puede impedir nuestro progreso y puede avanzar, y el hombre sería un insensato si se desestimara a sí mismo como propagador de semillas capaces de revolucionar el mundo.»

Henry Hobhouse se educó en Eton y nació al sudoeste de Inglaterra, en Somerset, donde abundan los bosques, el ganado y la agricultura. Para ser justo en sus juicios –«to be honest»–, no suele casarse ni con los suyos, y así dice, por ejemplo, que los irlandeses de ayer y de hoy han aprendido a odiar la cara negra de los anglosajones, que es ser «filisteos, chovinistas, avaros, arrogantes, egoístas y engreídos». Él, con seguridad, tiene poco de eso, aunque de las páginas luminosas de sus libros se desprende un mínimo de orgullo por los WASP –protestantes blancos anglosajones–, una animadversión mínima hacia el catolicismo, y echa el clásico borrón del mejor escribano cuando asegura que muchos técnicos y obreros especializados de «toda» Europa –«Continental»–, no sirven para



MARISOL CALÉS

nada porque sus conocimientos se han quedado anticuados y nadie los necesita, o que hubiera sido mejor para los incas y para la nación española que no hubieran llegado allí nunca los españoles, cosa que, sea verdad o no, puede decirse de la mayoría de las empresas históricas de cualquier país del mundo hasta ahora mismo, incluida Inglaterra. Y también cree que el Inca Garcilaso de la Vega murió en la cárcel, como Sir Walter Raleigh, y que la catedral de Burgos es consecuencia de la catedral de Lima.

La presencia española en el libro, por pasiva que sea, es inevitable, constante, sobre todo en las páginas dedicadas a la quinina, el azúcar, la patata y la coca y aunque, en general, Hobhouse es elegante en sus imprecisiones y críticas cuando se ocupa de lo nuestro, ni deja de ser inglés por mucho que lo intente, ni dejamos nosotros de ser hispánicos y preguntarnos por qué Unamuno, en vez de gritar «¡Que inventen ellos!», no nos hizo el favor de reconocer compatibles a Hamlet y Newton, a Segismundo o Ignacio de Loyola con Miguel Servet o Cajal. A las dos partes, porque una sola nos llevaría a parálisis espiritual o a la infelicidad helada de los «avanzados» de hoy (véase el libro reciente de Anthony O'Hear, *After Progress: Finding the Old Way Forward*, entre otros).

Aunque los síes supositivos o condicionales están hoy en descrédito para hablar del pasado porque –según dicen– se pierde el tiempo con ellos, Hobhouse se atiene a la antigua verdad de que el presente es hijo del pasado y padre del futuro y, en *Seeds of Change*, espolea nuestra imaginación con innumerables «ifs», penetrantes, ingeniosos, posibles, sin los cuales su libro, literalmente, se alimentaría a medias de la personalidad y sabiduría del autor y privaría a los lectores

de esa savia vivificante, tan humana, de lo que, por fortuna o por desgracia –o por ninguna de las dos cosas–, no ha ocurrido así, pero podría pasar o haber pasado.

La originalidad de este libro es de enfoque; nunca es exhibitoria o gratuita y está al servicio de otra verdad: que las seis plantas estudiadas en él, comercializadas por el hombre, han moldeado el destino de millones de seres y, con ellos, la Historia Universal, en mayor medida que las guerras y las revoluciones que en el mundo han sido, aunque su explotación –salvo en el caso, tal vez, de la quinina–, ha causado muertes, desgracias y sufrimientos superiores o equiparables a los ocasionados por las armas. Pero eso parece inevitable –escribe Hobhouse–, porque son las tragedias de la vida las que conforman las naciones, no las trivialidades.

El sufrimiento humano

Sin embargo, reconocer el sufrimiento humano donde lo haya –y es fácil distinguirlo–, no implica, en modo alguno, aceptarlo y esas semillas maravillosas, cautivas en las garras del dinero, se vuelven monstruos capaces de perpetuar la miseria y la esclavitud de nuestros hermanos negros, de causar hambres, muertes y emigraciones en masa, de crear guerras en cadena y destruir culturas, de utilizar a niños y mujeres como bestias de carga y de cambiar aire por humo para los pobres.

El azúcar de caña, y el extraído de la remolacha después, es para Hobhouse uno de los grandes misterios morales porque, siendo del todo innecesaria y, por sí fuera poco, adictiva, llegó a ser en Cuba el primer monocultivo del trópico –sugerido por los ingleses (1762)– y, antes y después, contribuyó a la africanización del Caribe anglo-hispano con quinientos millones de esclavos a cuenta suya.

La supuesta superioridad de la Europa post-renacentista sobre el resto del mundo –totalmente ilusoria con respecto a China y Japón y, sólo parcial, comparándola con Persia y la India–, se impuso por el uso bélico de la pólvora, en vez de recreativo como los chinos. La violencia trajo al oeste el té, la valiosa porcelana Ming o «de China» y el opio, que originó cinco guerras. Podría decirse –afirma Hobhouse– que «por una tetera quedó casi destruida la cultura china.»

La saga del algodón del «Old» y el «Deep South» americano, disparó la primera revolución industrial inglesa, con contadas y

fabulosas ganancias e incontables y fabulosas miserias, cuyos rescoldos y cicatrices aún están vivos en ciudades como Liverpool y Manchester. Con el laborioso algodón subía o bajaba el precio de los esclavos y la Guerra Civil americana del Norte y el Sur, por no liberar y compensar a cuatro millones de negros, costó seis veces más que indemnizarlos y la vida de un millón de hombres.

En la historia de la patata y sus virtudes y problemas dedica Hobhouse muchas páginas, como era de esperar, a la brutal conducta de Cromwell en Irlanda y, entre otras hambres de los irlandeses, a la devastadora «potato famine» de 1845-46, imposible de justificarle a la Inglaterra de entonces «cuya evidente intención era que pasaran hambre los irlandeses».

Como el azúcar y la patata, el árbol de la quina y las hojas de coca están vinculados a la colonización española de América y, en *Seeds of Change*, se habla por extenso de esas plantas y de las fiebres misteriosas de doña Francisca Rivera Enríquez, virreina consorte del Perú y condesa de Chinchón, de las preocupaciones y desvelos de su médico, don Juan de la Vega, y de la mejoría que le produjo el tratamiento de la corteza de un árbol con la que los indios parecían aliviar la misma o parecida enfermedad. De cómo el remedio atrajo la inquisitiva inteligencia de los jesuitas y la quinina se fue convirtiendo en el febrífugo universal contra la malaria, y una gran variedad de cortezas fueron analizadas por franceses, ingleses, alemanes, escoceses, rusos, suecos y holandeses, porque «en la disciplina de las ciencias naturales, los españoles del «ancien régime» carecían ostensiblemente de curiosidad». El resultado último corrió a cargo de Louis Pasteur, pero los holandeses, seguidos de los ingleses y otros que no eran españoles, habían procurado ya que la quinina fuera un gran negocio. Las hojas de coca proveían de alimento y energía a los indios que vivían o trabajaban en las alturas extremas de los Andes, y Hobhouse pormenoriza la contribución esencial de esas hojas a la inhumana explotación de las minas de plata de Potosí y pasa luego a hacer un análisis concienzudo y brillante del gran problema de la cocaína y sus derivados en los países «avanzados» de hoy, exponiendo errores cometidos y por cometer y soluciones posibles.

Por supuesto, el interés del libro no se limita a lo expuesto arriba ni acaba ahí. Henry Hobhouse ha seguido el rastro de cada una de esas plantas sin permitirse un sólo concepto sin documentar o aclarar, sin dejar cabos sueltos, añadiendo una extensa bibliografía y abundantes notas que tienen, por lo menos, tanto interés como el texto. Las plantas de que trata las ha vivido en las bibliotecas y sobre el terreno, ha experimentado su cultivo, ha estudiado sus variedades, sus enfermedades, ha reseñado el efecto de sus cosechas, las fortunas y miserias que han acarreado, los adelantos que han supuesto, sobre todo en Europa, lo que fueron y pudieron ser. Es bueno que Europa, para juzgarse a sí misma, haya inventado el término «criminal de guerra», que le cuadra tan bien por todo lo que se ha hecho a ella misma y al resto del mundo. Ojalá ese término ilumine conciencias y haga fortuna. □

RESUMEN

Medardo Fraile se interesa por un libro que está elaborado con la precisión de un reloj y el amor de un amanuense y que no tiene que ver con esos libros tan frecuentes que nada enseñan. Su autor, el inglés Henry Hobhouse, ha dedicado todo su empeño a estudiar, por un lado, la importancia de las enfermedades en la Historia y, por otro lado, a estu-

diar seis de las plantas (quinina, azúcar, té, algodón, patata y coca) que han supuesto cambios esenciales para el ser humano. De este último asunto trata el libro objeto del comentario, en el que no faltan precisiones críticas dado que su autor, desde su óptica inglesa, parece no acabar de entender muy bien la presencia española en América.

Henry Hobhouse

Seeds of Change. Six Plants that Transformed Mankind

Papermac, Londres, 1999. 381 páginas. 12 libras. ISBN: 0-333-73628-1.

En el próximo número

Artículos de Antonio Domínguez Ortiz, Alfonso de la Serna, Valeriano Bozal, Antoni Badia i Margarit, Francisco Rico, José María López Piñero y Vicente Verdú.

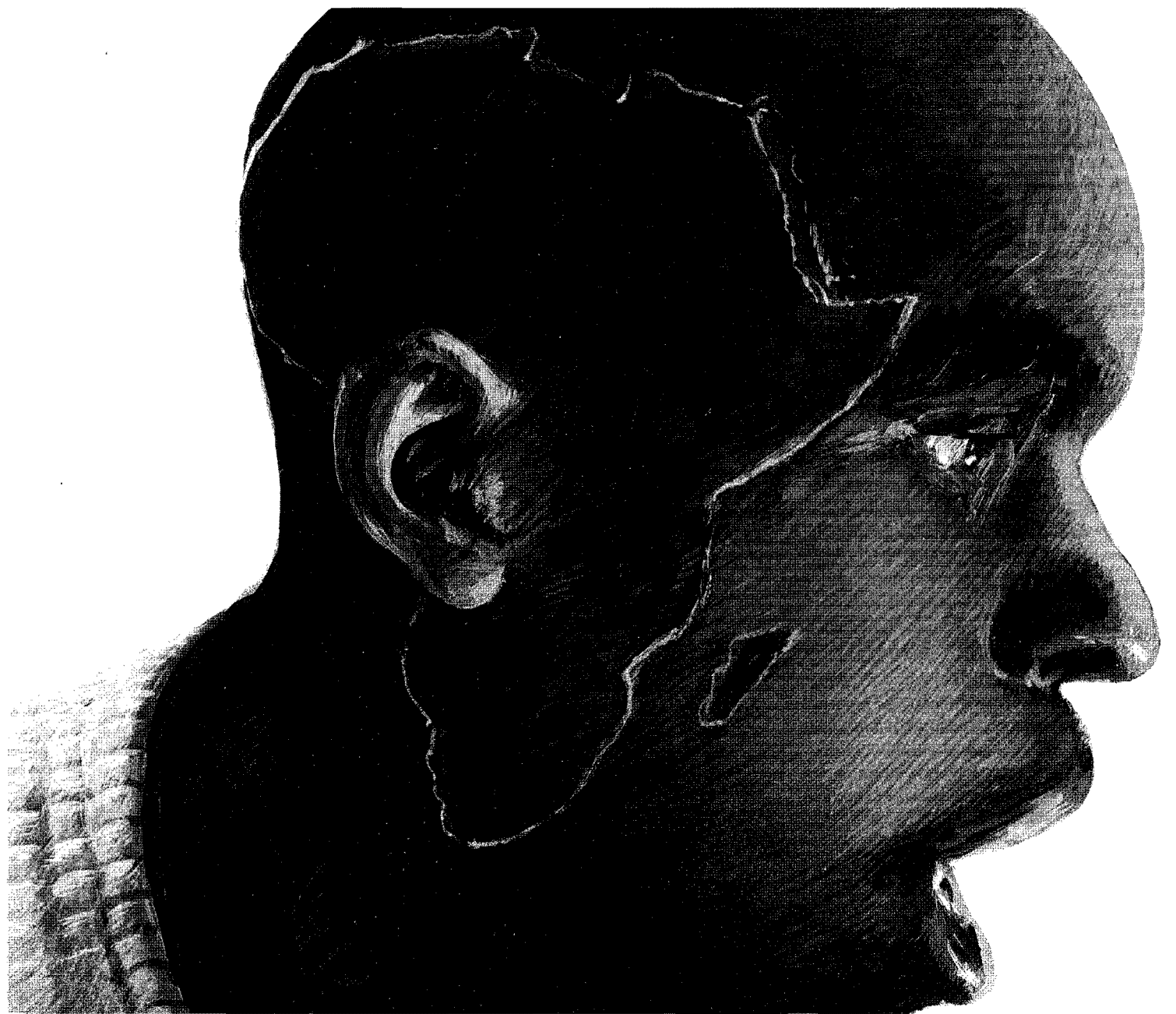
La tragedia de África

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la de Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en estudios sobre Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

En este fin de siglo (que, año más o menos, es también fin de milenio) se multiplican los ensayos, libros, artículos que abordan la síntesis de la centuria ya casi agotada, y no faltan los que otean el porvenir, los que intentan desvelar los secretos del siglo XXI. Alejemos de nosotros esta tentación; si algo queda claro del estudio desapasionado del pasado es la imposibilidad de predecir el futuro. Los meteorólogos prudentes no aventuran sus predicciones, como mucho más allá de diez días; los historiadores, sociólogos y politólogos obrarían cuerdamente limitándose a un marco profético de diez o doce años. Y aun así...

Pero si no podemos adivinar el porvenir, sí es lícito interpretar el pasado, tomándose un margen prudencial para hacerlo con la debida perspectiva. En ese inventario, que con frecuencia toma aires de examen de conciencia, sobre el siglo que ahora termina, hay un tema molesto, doloroso pero que es imposible esquivar: África. En este siglo XX que ha mezclado los mayores avances técnicos y científicos con las mayores monstruosidades, tan difícil de juzgar por eso mismo, nos asombra la capacidad de recuperación de la vieja Europa después de haber sufrido los estragos de dos guerras mundiales y una guerra fría también larga y perjudicial; comprobamos también el ascenso de América, salvo fallos locales en su dimensión latina, y el avance fulgurante del Asia oriental. África es la excepción, y la penosa situación que hoy atraviesa, golpea con más fuerza la conciencia de los europeos porque, después de haber sido desangrada por siglos de explotación esclavista, las potencias europeas redujeron la casi totalidad de los pueblos africanos a un régimen colonial en su propio provecho. Hoy el colonialismo ha desaparecido; han surgido casi medio centenar de



ALFONSO RUANO

estados jóvenes que han ingresado en los organismos internacionales con la influencia que procuran los votos; la población ha crecido con mayor rapidez que en los demás continentes. Y sin embargo, la situación de África se ha deteriorado de tal manera que

su situación actual y su futuro previsible constituyen una de las más graves preocupaciones de todos los que, ya sean organismos internacionales o individuos particulares, intentan mejorar un mundo globalizado, interdependiente, en el que los miembros más afortunados no pueden ni deben desentenderse de aquellos otros que se encuentran en situación crítica.

Esos países en situación crítica no faltan en Asia ni en América; incluso en Europa hay alguno que otro, sin contar con la situación anormal por la que atraviesa el gigante caído que no ha mucho aspiraba al dominio universal; pero en ningún otro continente se aprecia que la casi totalidad de sus estados estén en tal estado de penuria que se haya inventado la expresión «naciones del cuarto mundo» para indicar un grado extremo de pobreza; son las naciones de lo que púdicamente se llama «el África subsahariana» (co-

mo si ser negro fuera un estigma) las que acaparan esa denominación.

En realidad, aunque la imagen cartográfica del continente africano ofrece un neto perfil, su homogeneidad física y humana es aparente, ficticia; Berbería es un país mediterráneo, una especie de isla, rodeada por el agua y la arena; el Sahara es un mundo propio, dentro del cual se inserta el gigantesco oasis del Nilo; desde el Chad al cabo de Buena Esperanza el África Negra ofrece paisajes naturales y humanos muy diversos, y la gran isla de Madagascar también es un mundo aparte. El enlace de estas partes no es fácil, y una de las causas de los errores cometidos es querer aplicar recetas idénticas para casos muy distintos. Otra fuente (ésta segura, real) de dificultades: cuna presumida de la Humanidad, de África emigraron sus



En este número

Artículos de

Antonio Domínguez Ortiz	1-2	Francisco Rico	8-9
Alfonso de la Serna	3	José María López Piñero	10-11
Valeriano Bozal	4-5	Vicente Verdú	12
Antoni M. Badia i Margarit	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



La tragedia de África

hijos, se establecieron en Europa y Asia, dominaron los mares, poblaron América, y con África sólo les quedó el vínculo del Mediterráneo, símbolo de una unidad muchas veces proclamada, pero muy pocas vivida como tal. Roma hizo bastante en este sentido, la península Ibérica mantuvo estrechos contactos, pero desde que Europa descubrió América se desinteresó de su vecino africano, o bien se preocupó de él sólo para hacerle víctima de la más vil explotación.

Tampoco eran muy favorables los influjos que le llegaban por el este, por el Índico y el mar Rojo; le llegó un Islam que hizo progresos a costa de las religiones animistas tradicionales y por este cauce transmitió algunos valores, pero también participó en la depredación, y las caravanas de esclavos destinados a nutrir los palacios de los jefes de eunucos y odaliscas subsistieron bastante tiempo después de que Occidente, arrepentido, cortara el tráfico negrero. Es triste comprobar que el abolicionismo encontró fuertes resistencias, e indirectamente fue la causa de una de las

más sangrientas guerras del siglo XIX; pero quedó la discriminación, la estimación de África como botín a repartir basándose en la premisa de la superioridad del hombre blanco, y la hipócrita tesis de las ventajas del colonialismo para unas poblaciones a las que se tildaba de bárbaras y se las suponía incapaces de redimirse a sí mismas. Alguna justificación a estas teorías proporcionaban episodios como el fracaso de la experiencia de Liberia, república fundada en el siglo pasado con esclavos negros liberados por filántropos norteamericanos y de los cuales se esperaba que difundieran un mensaje de progreso y libertad entre sus compatriotas. El experimento no ha dado de sí lo que se esperaba, pero la enseñanza que debemos extraer es que se trata de una tarea compleja, difícil, que no dará frutos si no hay un largo proceso de seguimiento, tutela y ayuda. Quizás si se hubieran tenido en cuenta las lecciones del experimento de Liberia se hubieran evitado o minimizado los errores cometidos en la reciente descolonización y sus trágicas consecuencias.

El libro que comentamos no se ocupa de la descolonización de África ni tampoco de los precedentes lejanos de la época colonial; a modo de introducción estudia el duelo anglofrancés por el dominio del África mediterránea; a fines del siglo pasado, Francia, que ya había conquistado Argelia, se hizo con el protectorado de Túnez de forma pacífica, con la aquiescencia de la Prusia de Bismarck, a quien interesaba desviar la atención de Francia de los asuntos de Europa. El avasallamiento de Egipto fue más complicado; aquí Francia disponía de dos cartas: el recuerdo de la expedición napoleónica y la apertura del canal de Suez, hecho por un ingeniero francés con capitales franceses. Inglaterra intentó boicotear el canal, intuyendo un peligro para sus dominios en la India; pero construido el canal jugó con éxito sus bazas para apoderarse no sólo del canal sino del país entero.

En las décadas centrales del pasado siglo una serie de atrevidos exploradores desvelaron al público europeo los secretos del África Central y sus inmensas riquezas potenciales. La región de los grandes lagos y la cuenca

del Congo fue recorrida por Livingstone, Stanley, Brazza... interesando a gobernantes, científicos, empresarios y misioneros. También interesaba a Portugal, que aspiraba a extender hacia el norte sus territorios angoleños; y a un personaje singular: el rey Leopoldo de Bélgica, «bon vivant» a quien no bastaban los recursos de la lista civil y buscó, con éxito inesperado recursos adicionales en el África negra. No ha querido Wesseling extenderse en este punto, pero traza con acierto las etapas por las que se llega al conjunto de negociaciones y acuerdos firmados entre las potencias europeas entre 1884 y 1885. Reciben el nombre de Conferencia de Berlín porque el canciller Bismarck ofreció a los negociadores como sede la capital del recién creado Reich alemán. Demasiado centrado en los problemas europeos no acertó el canciller a calibrar la importancia que tomaría la cuestión colonial; Alemania quedó retrasada en esta carrera y sólo tardíamente adquirió algunos trozos de escaso valor. El reparto de África fue un duelo entre Inglaterra y Francia; las demás naciones, incluida España, hicieron figura de comparsas y en aquella monumental rebatiña se configuraron los rasgos esenciales del mapa político de África hasta 1914, fecha del comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Henri L. Wesseling, catedrático de la Universidad de Leiden, ha hecho un relato claro, ameno, apoyado en un sólido aparato bibliográfico, de las tensiones a que dio lugar el reparto y de las modalidades de la ocupación,

unas veces pacífica, otras sangrientas, señalando sus paralelismos con el complicado panorama europeo de la época. Anota la «ligereza» con que se hizo ese reparto, trazando fronteras sobre un mapa sin tener en cuenta las realidades geográficas y humanas de los territorios concernidos, agregando o separando etnias, creando unidades artificiales que luego, al transformarse en estados independientes, han originado revueltas, guerras civiles, etnocidios horrendos que han causado millones de víctimas. Wesseling calcula que los estados nacidos de la descolonización proceden del agrupamiento arbitrario de unas diez mil unidades indígenas regidas por oligarquías tribales o reyezuelos; y el choque entre un pasado no extinguido y un presente mal diseñado y mal consolidado está en el origen de las dificultades presentes.

Conflictos, pues, de trasfondo político, aunque sean las dificultades económicas las que hoy resalten más por el patetismo de sus consecuencias. Son naciones mal regidas, víctimas en muchos casos de dictadores tiránicos y oligarquías corruptas a las que las ayudas humanitarias sólo proporcionan un alivio pasajero. La tan preconizada condonación de la deuda externa será pan para hoy y hambre para mañana, porque al declararse insolventes esas naciones recibirán ayudas, limosnas, pero no los ingentes capitales que necesitan para su desarrollo. El problema es, pues, grave y muy complejo. La obra del doctor Wesseling es una excelente introducción a su estudio. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El profesor Henri L. Wesseling en la obra que comenta Domínguez Ortiz describe y enjuicia el proceso de reparto del continente africano entre 1880 y 1914. Aquel proceso de colonización cambió de manera radical las condiciones de vida de los pueblos nativos,

proporcionándoles beneficios y ocasionando también problemas que se han puesto de relieve en el proceso de descolonización y que incumben principalmente a las potencias colonizadoras, responsables de una política más atenta a los intereses que al bienestar de los nativos.

Henri L. Wesseling

Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)

Península, Barcelona, 1999. 523 páginas. 3.900 pesetas. ISBN: 84-8307-194-0.

SUMARIO

	Págs.
«La tragedia de África», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)</i> , de Henri L. Wesseling	1-2
«Al norte del Río Grande», por Alfonso de la Serna, sobre <i>The Hispanic Presence in North America. From 1492 to Today</i> , de Carlos Manuel Fernández-Shaw	3
«Antonio Saura, el perro de Goya», por Valeriano Bozal, sobre <i>Fijeza</i> , de Antonio Saura	4-5
«Joan Coromines, entre el mito y la crítica», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>L'obra de Joan Coromines. Cicle d'estudi i homenatge</i> , de Joan Solà (ed.)	6-7
«Los puntos y las íes», por Francisco Rico, sobre <i>Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica</i> , de Pedro Sánchez-Prieto Borja	8-9
«Ciencia española: su investigación histórica», por José María López Piñero, sobre <i>Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)</i> , de José Manuel Sánchez Ron	10-11
«La desaparición de lo real», por Vicente Verdú, sobre <i>L'échange impossible</i> , de Jean Baudrillard	12

Al norte del Río Grande

Por Alfonso de la Serna

Alfonso de la Serna (*Santander, 1922*) ha sido embajador de España en Túnez, Suecia, Marruecos y las Naciones Unidas (Ginebra). Fue director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores en 1963-68 y 1976. En 1962 obtuvo el «Premio Mariano de Cavia». Es autor de imágenes de Túnez y Embajadas de España y su historia.

Todo el perímetro marítimo de los Estados Unidos, desde las altas costas atlánticas del Maine, ya vecinas del Canadá, hasta las de Alaska y las Islas Aleutianas en el Pacífico norte, pasando por el enorme arco del Golfo de Méjico, ha sido navegado, visitado, explorado y, en algunos casos, cartografiado por españoles, desde principios del siglo XVI hasta los últimos años del siglo XVIII. Aparte de la famosa carta de Juan de la Cosa (1500), en que aparece ya dibujado, por primera vez en la historia, un rudimentario mapa del continente americano, desde 1525 el piloto Esteban Gómez había recorrido durante diez meses, en el Atlántico, las costas de lo que más tarde sería la Nueva Inglaterra. De la comunicación de sus observaciones geográficas nació, en 1529, el mapa de Diego Ribeiro, cosmógrafo de Carlos V, en el que aparece minuciosamente la costa visitada, a la que Ribeiro tituló «Tierras de Gómez». Pasó el piloto español ante el Cabo Cod, y vería, tal vez, allí la Roca Plymouth en donde, un siglo después, habrían de desembarcar los «Pilgrim Fathers» que llegaron en el «Mayflower» para fundar la primera colonia europea en la nórdica costa americana.

Doscientos sesenta y seis años después, y siguiendo las precedentes expediciones españolas, en las costas canadienses del Pacífico norte, de Juan Pérez (1774), Eceta, y Bodega y Cuadra (1775), Arteaga, y Bodega y Cuadra (1779), así como Esteban J. Martínez (1778), llegó a Alaska (1791) la expedición de Alejandro de Malaspina, con lo que se completó la exploración española de las costas de América del Norte, y con ello el estudio geográfico y cartográfico del perímetro marino de los Estados Unidos. Entre ambos extremos cronológicos (1500-1791), corren casi tres siglos de conocimiento periférico del norte de aquel continente, que España había descubierto en 1492.

Mas no había de ser el español un conocimiento sólo costero de los futuros Estados Unidos, en ambos océanos. Entraron los españoles en la tierra también; y muy profundamente. Cuando, en el siglo XVIII, los descendientes de aquellos «Pilgrim Fathers» y de los subsiguientes exploradores y colonos europeos se mueven ya hacia el Oeste, saliendo de su reducto costero de la Nueva Inglaterra, ocurre que no se van a encontrar con el vacío. El gran espinazo montañoso de los Apalaches, que se estira desde las regiones sureñas de Alabama y Georgia hasta enlazar en el norte con los Adirondacks, ya cerca del Canadá, había sido durante muchos años una suerte de espalda orográfica y protectora de la Nueva Inglaterra. Más allá, hacia el oeste de esa frontera montañosa, había otro mundo: un mundo indio pero también español. Se encontrarían así, de un lado, la América noratlántica «blanca, anglosajona y protestante», como se llamaría, un día, a sí misma, la sociedad tradicional del norte; de otro lado, los títulos, intereses o presencia de España, desplegados en los inmensos territorios del oeste de los Apalaches: «grosso modo», lo que hoy son los Estados de Florida, Luisiana, Tejas, Nuevo Méjico, Arizona, Nevada y California, principalmente. La Nueva Inglaterra tuvo que negociar con la vieja España, y en diversos tratados se fijaron las fronteras que separaban la América his-

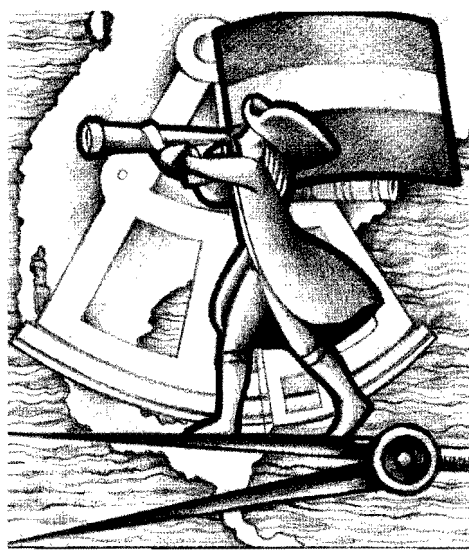
pánica del norte de la América anglosajona de aquel mismo norte continental. Hasta el siglo XX, en algunos de aquellos territorios separados entre España y los Estados Unidos, había de durar la presencia hispánica.

Estos hechos, que casi podríamos calificar de enormes, han suscitado, naturalmente, a través de los tiempos, una bibliografía también enorme. Los párrafos precedentes no han pretendido, claro está, iniciar a nadie en la tan conocida historia de la exploración, conquista parcial y ocupación secular por España de grandes territorios de lo que hoy son los Estados Unidos. Solamente intentaban partir, con una brevedad casi telegráfica, de aquellos hechos para, al recordarlos, reconstruir el apropiado cuadro histórico de presentación del libro que tengo en las manos y cuya lectura —sea en la edición inglesa de que aquí hablo, como en la española que le precedió— recomiendo vivamente al lector.

Se trata de la obra *The Hispanic Presence in North America. From 1492 to Today*, de la que es autor el diplomático español Carlos Manuel Fernández-Shaw, hoy embajador de España, regresado al retiro de su residencia en Madrid y a sus tareas intelectuales diversas. El libro de Fernández-Shaw es, como digo, la edición en inglés, puesta al día, del texto original en español que su autor escribió y publicó en 1971 (Instituto de Cultura Hispánica, Madrid) y que se reeditó, también en español, en 1987, para aparecer, finalmente, en inglés en 1991, y ahora, en segunda edición de la misma lengua, en 1999; todo lo cual dice mucho del éxito que desde el principio ha tenido este trabajo, de su gran utilidad y del talante alerta y sensible de los editores que en los Estados Unidos han recogido, dándole el eco debido, el texto original.

El autor, después de una previa estancia de varios años en Canadá, fue, durante más de cuatro, consejero cultural de la Embajada de España en Washington: es decir, un total de siete largos años en la América del Norte. No pudieran ser más fecundos. Fernández-Shaw, durante su época de Washington estudió y recorrió los Estados Unidos de cabo a rabo, con suma atención, rigor y un excelente bagaje cultural. Fue siguiendo, Estado por Estado, las huellas del paso y de la presencia española histórica y actual. Visitó universidades, bibliotecas, museos, instituciones culturales, gobiernos, ayuntamientos, asociaciones, clubs, misiones religiosas, templos, monumentos. Se detuvo ante los paisajes que habían sido vistos, recorridos y, en ocasiones, descubiertos al mundo por los exploradores o conquistadores españoles. Anduvo por los caminos antiguos, paró en toda suerte de lugares interesantes, albergues, parques nacionales; anotó y, en muchos casos, nos redescubrió topónimos hispánicos; se encontró con descendientes de españoles, con familias enteras que llevaban con orgullo su apellido español. Conoció senadores, gobernadores, alcaldes, profesores, pastores vascos, jugadores de pelota, artistas, intelectuales, hombres de negocios; gente, en fin, para quienes lo hispánico era un legado familiar guardado fielmente, o una cultura preservada, o un motivo de trabajo intelectual cotidiano, o, simplemente, un recuerdo respetado y exaltado.

Fruto de toda esta penetración en la sociedad de aquel país, y de sus estudios e investigaciones constantes, es este libro que no dudo en calificar de verdadera mina, depósito de un tesoro de informaciones sobre lo que ha sido la presencia española en los Estados Unidos; lo que es, hoy, lo «hispánico» allí, y en qué consiste el tejido denso de huellas históricas, relaciones culturales, corporativas, simplemente humanas, que une al gran país de América con nuestro pasado y nuestro presente.



JOSE MARÍA CLÉMEN

Es obvio, al decir Hispanoamérica —lo siento por lo «políticamente correcto», pero yo prefiero cometer la «incorrección política» de no decir «Latinoamérica», porque me parece un término equívoco e injusto; y ruego que me sea perdonada mi testarudez, quizás anacrónica—, que todo el mundo conoce incluso cuando lo conoce mal, deformado por la ignorancia o los prejuicios, lo que fue, con sus luces y sus tinieblas, la gesta española en la parte enteramente hispánica del Continente. Pero en cambio se conoce mal —y algunos lo desconocen, simplemente— lo que son los vínculos de España con el territorio que hoy ocupan los Estados Unidos. Por supuesto, la bibliografía sobre este importante capítulo histórico es muy grande, y en ella se incluyen nombres de autores españoles, pero hay que decir que es predominantemente norteamericana, lo que significa una lección de salud mental bastante notable.

Los Estados Unidos, quizás porque son jóvenes y necesitan una «patente histórica» más que otros países de mayor antigüedad, son muy celosos de su pasado, buscan sus raíces y exaltan, en general sin ninguna discriminación, los hitos de su historia. Es digno de admiración el esfuerzo que han llevado a cabo por recuperar la memoria de lo que aconteció en su territorio; y al hacerlo se han encontrado —y yo diría que nos lo han, en parte, descubierto a los españoles de acá— con el extenso capítulo de la presencia española, durante cuatro siglos, entre las fronteras de Canadá y Méjico.

Apoyándose en la importante bibliografía que aparece exhaustivamente relacionada en dieciocho páginas del libro, pero, sobre todo, en su propia visión y en su personal estudio del tema, Fernández-Shaw nos introduce de manera sumamente eficaz en aquel capítulo. Su libro es relación histórica, descripción geográfica, reflexión política de un diplomático español enfrentado con ese inmenso y poco conocido tema; es guía de viajero, inventario de paisajes y ciudades, fichero de instituciones y personas, y hasta consejo para turistas y gastrónomos. De todo hay en él.

Aquí están, claro, Ponce de León y su búsqueda, casi poética, de la «fuente de la

eterna juventud» en la Florida; Hernando de Soto, asombrándose ante el Mississippi, el «padre de los ríos», que él descubre antes que nadie; Vázquez de Ayllón, en sus «Carolinas, las tierras de Ayllón»; Cabeza de Vaca, penando heroicamente en su terrible caminata de miles de millas en el sur de los Estados Unidos; Coronado, buscando las «Siete ciudades de Cibola», caminando por el Cañón del Colorado y descubriendo las tierras de Kansas y de Nebraska; Juan de Oñate, posesionándose de Nuevo Méjico; Menéndez de Avilés, fundando San Agustín, la primera ciudad de Norteamérica; los misioneros españoles y fray Junípero Serra a su frente, en California —las Californias legendarias y hoy poderosas realidades—.

Aquí están las misiones, los «caminos reales», los topónimos, los monumentos, las universidades con magníficos departamentos de español, las asociaciones de profesores de nuestro idioma, las «hispanic societies» y, muy especialmente, la gran «Hispanic Society of America», de Nueva York, fundada por el ilustre Archer Milton Huntington, con su estupendo museo, biblioteca, editorial y la estatua del Cid Campeador en una plaza neoyorkina... Aquí están los emigrantes españoles de hoy, los que hicieron fortuna o los que no la hicieron; los pastores o los «businessmen»; o el nombre guardado de los eminentes españoles que han dejado su huella en las letras, las artes o la ciencia: Américo Castro, J. Corominas, P. Salinas, J. Guillén, F. de Onís, T. Navarro Tomás, J. L. Sert, Severo Ochoa, R. Castroviejo, tantos... Aquí están, también, sí, los legendarios «cowboys» del ya mítico Oeste, a quienes un día ya muy lejano, el viejo don Carlos Rincón Gallardo, Duque de Regla, patrón de la «charrería mejicana» —con cuya amistad me honré—, dijo en una conferencia sobre el arte ecuestre, en Brownsville (Tejas), que no olvidaran que eran herederos y discípulos de los «charros» mejicanos, como éstos lo eran del «charro» del Campo de Salamanca y del hombre a caballo del campo de Andalucía.

Y aquí están, sobre todo, los veinte millones de «hispanos» que pueblan los Estados Unidos de hoy. Ya no les llaman «latinos» sino «hispanos». Son todavía norteamericanos «in the making», a veces postergados o no siempre debidamente apreciados; sujetos al lento hervor del «melting pot» estadounidense; tal vez haciendo de su lengua española —necesidad obliga— un «spanglish» pero haciendo también que en aquel país la lengua española merezca cada vez más atención y estudio: «hispanos» identificables, conscientes de su origen y aportando al cuerpo inmenso de los Estados Unidos, quizás sin que éstos se hayan dado cuenta totalmente de ello, una vena de sangre fecunda, viva, y de cuyo porvenir habrá mucho que hablar.

Carlos Fernández-Shaw, diplomático inteligente y viajero ilustrado, sí que nos ha dado cuenta de mucho de lo que hay detrás de esos «hispanos» dispersos. Detrás, en fin, de cuatro siglos de historia durante los cuales España ha estado también en el territorio inmerso que hay al norte del Río Grande. □

RESUMEN

El diplomático español Carlos Manuel Fernández-Shaw recorrió minuciosamente los Estados Unidos buscando la huella de la presencia española en esas tierras americanas más allá de Río Grande. Fruto de ese esfuerzo es el libro que hace años dedicó a registrar dicha

presencia. Una nueva y reciente edición del texto aparecida en Estados Unidos le da ocasión al también diplomático Alfonso de la Serna de comentar la obra, que califica de verdadera mina de información sobre el asunto.

Carlos Manuel Fernández-Shaw

The Hispanic Presence in North America. From 1492 to Today

Facts on File Library of America History, Nueva York, 1999. 396 páginas. ISBN: 0-8160-4010-9.

Antonio Saura, el perro de Goya

Por Valeriano Bozal

Valeriano Bozal (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado diversos libros de historia y teoría del arte, entre los que destacan: Los primeros diez años 1900-1910. Los orígenes del arte contemporáneo, El gusto y Pinturas negras de Goya.

Poco antes de morir, Antonio Saura (1930-1998) dejó preparada para su edición el que debe ser primer volumen de sus escritos, *Fijeza*. Entre todos los artistas contemporáneos, Saura es, con Albert Ràfols Casamada y Antoni Tàpies, uno de los que más y mejor han escrito. Sus artículos y ensayos no sólo nos permiten una mejor comprensión de su pintura, también una comprensión mejor de los problemas centrales del arte del siglo XX. Por otra parte, nunca rehuyó Saura pronunciarse sobre el entorno inmediato –ni en su pintura ni en sus escritos–, lo que le convierte en un protagonista excepcional de su tiempo.

Fijeza es una obertura. Los ensayos editados corresponden a diversas épocas y ponen ante el lector los diferentes motivos que son objeto de atención del artista a lo largo de su vida. El primer ensayo, «Espacio y gesto», publicado originalmente en el número de *Papeles de Son Armadans* (37, 1959) dedicado a *El Paso*, pertenece, pues, a los años en los que «estalla» el informalismo. El último, «La muerte del arte», leído en los cursos de verano de 1996 (Universidad Autónoma de Madrid, Miraflores de la Sierra), y publicado en la revista *Arte y parte* (6, 1996), aborda uno de los tópicos más extendidos entre nosotros en la actualidad. Entre ambos, muchos años y abundantes escritos, distintos en su temática, destino, género, extensión..., pero capaces, entre todos, de perfilar con nitidez algunos de los intereses centrales del artista, algunos de los ejes sobre los que gira su arte y su reflexión intelectual, evidencia de un diálogo continuo, muchas veces polémico, reposado otras.

Naturalmente, los primeros escritos ofrecen una fisonomía distinta de los últi-

mos, y ello no sólo porque el paso del tiempo modula las observaciones y opiniones del artista, también porque el tiempo histórico es otro, la situación cultural y artística, política, diferente. Ensayos como el citado «Espacio y gesto» ponen de relieve tanto la importancia que en aquellos últimos años cincuenta y primeros sesenta tuvo el conocimiento de una tradición pictórica nueva, cuanto la preocupación de los artistas españoles por asentarse con firmeza en ella. El análisis de Saura nos sitúa en el «punto cero» del informalismo –la configuración de un lenguaje plástico radical en aquello que es fundamental para el lenguaje plástico: la construcción del espacio y la expresión del gesto pictóricos–, a la vez que aborda los que son asuntos tan básicos como problemáticos para un artista de la época: la relación del arte y la vida, la «integración» de vivir y pintar. Todo ello lo plantea Saura en un análisis especialmente minucioso de artistas concretos, huyendo de la abstracción retórica o de la especulación, artistas que, vale la pena decirlo, eran, a pesar de su importancia, poco conocidos entonces en nuestro país: Pollock, Rothko, Still, Tàpies, Tobey, Soulages, Poliakov, Wols, Millares, Motherwell, etc., entre los más recientes, Kandinsky, Klee, Bonnard, Gorky, etc., entre los ya clásicos.

Sentido crítico

Preocupación por el lenguaje pictórico y estudio de la obra concreta son dos rasgos que marcan todos los escritos de Saura, que definen también su actitud. Saura, sobre cuya técnica y preocupación formales más de uno tendrá dudas, era una persona de firmes conocimientos y acentuado sentido crítico en todo lo que a esto se refiere. Todavía recuerdo, fueron para mí un regalo inolvidable, sus comentarios «a pie de obra» a los cuadros de El Greco con ocasión de la exposición celebrada en el Prado. Nos encontramos casualmente y vimos juntos la exposición. Sus observaciones sobre el estado de las pinturas y las restauraciones, el uso y abuso del «planchado», la utilización de los blancos, las diferentes «escuelas» y «estilos»



Antonio Saura.

CORTESÍA CÍRCULO LECTORES

de restaurar según se tratase de unos museos u otros... puntuaron la visita y me permitieron descubrir un Greco pintor. Con similar nitidez recuerdo también sus observaciones, esta vez en París, igualmente precisas, sobre las imágenes de revistas y publicaciones eróticas, sobre ángulos fotográficos, poses, reproducciones, ensamblajes..., motivos todos que eran de su interés, que contemplaba y analizaba con toda atención, destacando aspectos que aparecían también en sus collages y dibujos, en sus pinturas.

Y aquí deseo llamar la atención sobre un aspecto que, a su vez, me la llamó a mí profundamente. Conocida era su afición por el arte africano y el arte popular, tenía una amplia colección de máscaras y de figuras, algunas de ellas excepcionales e impresionantes, magnífico el conjunto. Pues bien, aunque estaban colocadas en sus casas, en Madrid y en Cuenca, nunca pretendió crear

una atmósfera exótica o turbadora. Formaban parte del ambiente pero no creaban el ambiente: tal como estaban dispuestas –y en el número en que lo estaban– mantenían la distancia necesaria para poder ser contempladas como muestras de un arte diferente y, sin embargo, afín. Afinidad y distancia fueron para mí los rasgos más llamativos.

Revisar la historia del arte del siglo XX

Afinidad y distancia son notas que también marcan sus escritos, notas poco habituales en un artista, más propias, quizá, de un historiador, en principio más «frío» que el artista cuando de análisis se trata. A este respecto, algunos ensayos de *Fijeza* pueden resultar sorprendentes, por ejemplo el titulado «Fin de siglo», publicado inicialmente en *Letra Internacional* (1, 1985), en el que no sólo analiza la crisis del arte de vanguardia, sino que perfila un verdadero programa historiográfico para el estudio del arte del siglo XX. Establece las «razones» que exigen la revisión de los programas tradicionales –la saturación y la crisis del concepto de vanguardia–, las «condiciones» en las que la nueva historiografía ha de apoyarse –reivindicación de la poética de la modernidad, defensa de la plástica sin ningún tipo de nostalgia–, el «ámbito» al que debe extenderse –análisis de la moda, renovación frente a la historia escrita– y las «pautas» que debe seguir –primacía del análisis de fenómenos particulares (obras, autores, instituciones, exposiciones...) sobre la generalidad de las tendencias–. Todo ello en el rechazo de los tópicos que a propósito de postmodernidad y vanguardia se han acumulado en los últimos años, pero también en el análisis de la crisis producida –de la que semejantes tópicos son manifestación– y la profunda revisión de las posiciones tradicionales.

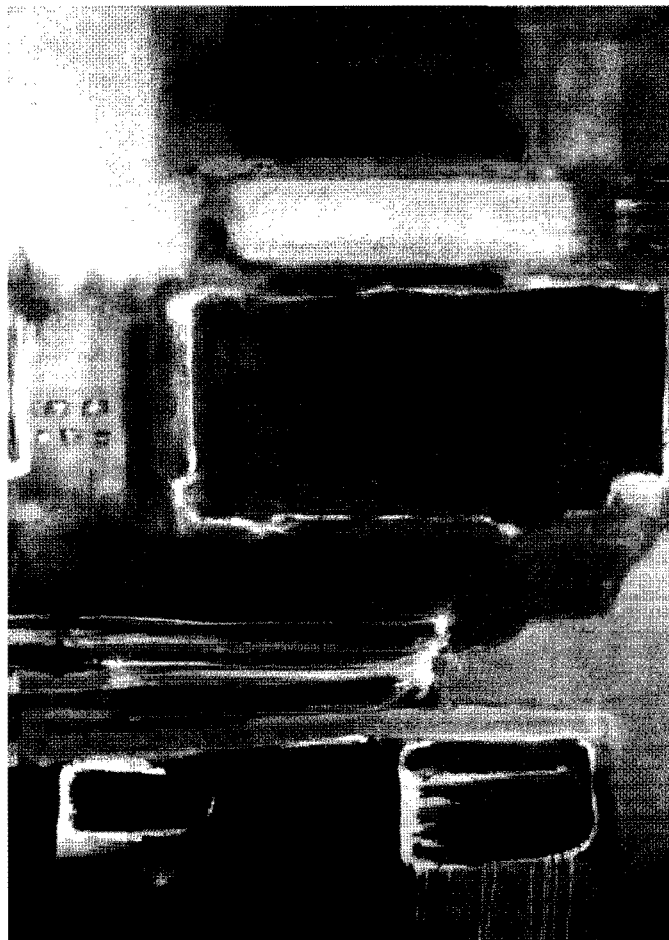
Algunos de los problemas planteados en este ensayo nos permiten recordar a otros autores que también se ocupan de revisar las concepciones tradicionales, convencionales, de la vanguardia y del arte del siglo XX –pienso ahora, por ejemplo, en Jean Clair–, pero creo que la posición de Saura es muy distinta: lejos de rechazar la vanguardia, trata de explicar su corrupción, lo hace sin nostalgia, tampoco se sirve de paños calientes, pero ni reniega ni se arrepiente del sentido crítico y lúdico que la vanguardia ha aportado al arte, aspectos que estima fundamentales para la cultura del siglo XX.

Para comprender tanto el arraigo como la crítica de la vanguardia quizá sea bueno recordar que la obra de Saura, y con ella sus primeros escritos, inicia su recorrido en un mundo dominado por la asfixia de un orden omnipresente y represivo. La España de los años cincuenta todavía está inmersa en la postguerra y la ruptura con este ambiente parece condición indispensable para cualquier desarrollo cultural y estético –y también para cualquier desarrollo personal–. No es casual que uno de los pocos países europeos donde la vanguardia recupera un ritmo que parecía agotado sea el nuestro. La necesidad de romper con lo establecido, de hacerlo de forma drástica, crítica, es aquí más evidente que en ninguna otra parte. Es rasgo que nutre la actitud de muchos artistas llamados informalistas y que, en concreto, califica la obra de artistas como Millares, Canogar, Feito, Tàpies, Guinovart, etc. También la de Saura.

La Guerra Civil fue trauma que hizo de nuestra historia una realidad monstruosa. Nunca como ahora está el monstruo tan pre-



Recuerdo de Montauk, de Willem de Kooning.



Multiforma (1948), de Mark Rothko.

CATÁLOGOS FUNDACIÓN JUAN MARICH



Viene de la página anterior



sente en nuestra cultura. Había aparecido ya, en plena guerra, en alguna de las obras más conocidas de Picasso, en *Guernica*, en los grabados de *Sueño y mentira de Franco*, que tanta importancia tuvieron para Saura y que, en mi opinión, figuran entre los antecedentes directos de muchas de sus obras. Ese monstruo delimita también un pasado histórico: aparece antes en Baroja y en Solana, en Valle Inclán, Regoyos, y se remonta hasta Goya, el artista por excelencia de la modernidad, tal como Saura lo percibe.

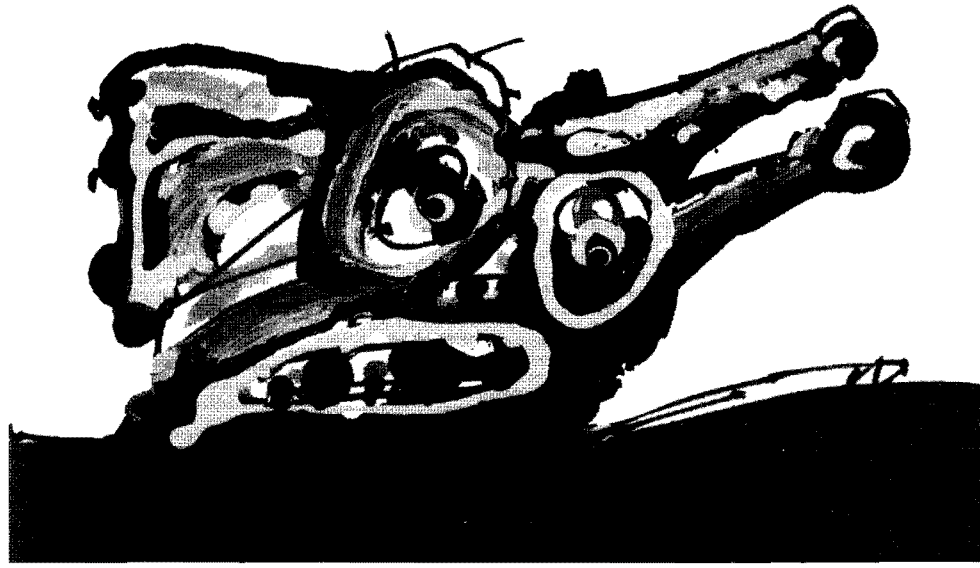
Su reflexión pictórica y escrita sobre la figura del monstruo es, a la vez, una reflexión personal y una reflexión sobre la historia de España y sobre la manipulación reaccionaria de la historia de España. Frente a las figuras y acciones edulcoradas que el nacionalismo hace suyas, con las que se identifica, Saura levanta una imagen terrible, sólo posible gracias a su nueva concepción del gesto y el espacio pictóricos. De esta manera, como se pone de manifiesto en los escritos, la más intensa preocupación por lo propio le conduce a una estrecha relación con la pintura internacional. Si las características del arte establecido, más o menos académico, se decantan en torno a una elegancia y buen gusto tan mediocres como inanes, la pintura de Saura profundiza aquellos caminos que conducen a una visión sincera, y brutal, de la realidad vivida. Los motivos emblemáticos de la ideología política en el poder revelan el mismo aspecto monstruoso que los difundidos por el cine o los medios de comunicación de masas: Felipe II y Brigitte Bardot son los iconos deformes de una realidad manipulada que, como un nuevo sueño de la razón, se hace obsesivamente monstruoso en sus pinturas.

El surrealismo, la pintura y la vida

La de Saura no es una pintura crítica al modo de la que hacen entonces algunos realistas. Sus cuadros son iconos, como iconos son los de Pollock o De Kooning, los de Millares, gritos que se contraponen a la convencionalidad y, en ese sentido, vida pintada. Si algo descubrió Saura en la vanguardia fue la posibilidad de hallar una relación estrecha y firme entre vida y pintura, una relación que anulaba el eventual carácter ornamental de ésta y que permitía inmediatez y emocionalidad.

Los escritos de *Fijeza* indican la profundidad de estas preocupaciones: nunca le abandonaron. Su interés por la expresión de lo irracional y del inconsciente, su afirmación de la sexualidad en tanto que «fuerza artística», su atención al arte primitivo y al arte infantil, su «curiosidad» por algunos de los recursos de los surrealistas —el «cadáver exquisito», por ejemplo—, motivos todos que aparecen una y otra vez en sus ensayos, evidencian la línea marcada tanto en su actividad plástica como en su reflexión intelectual.

Alguno de estos temas merece una atención específica, pues por su complejidad pone en tensión las más firmes convicciones. Así sucede con el análisis del automatismo psíquico, que aborda en diversos ensayos y de forma explícita en «Pintura y automatismo psíquico», publicado en el catálogo de la exposición *Automatismos paralelos* (CAAM, Las Palmas, 1992; la segunda parte del texto, no publicada en aquel momento pero incluida aquí, «Notas sobre el automatismo después del surrealismo», es de notable importancia histórica). Como en tantos otros, el interés del escrito es doble, por un lado nos permite conocer mejor algunos de los presupuestos de la que fue su trayectoria inicial como pintor —pues sus pri-



El perro de Goya (1992), de Antonio Saura.



Saura y el perro de Goya.

meras obras se reclaman, como es sabido, del surrealismo—, por otro, apunta a la que Saura llama «nueva subjetividad». La exposición del artista es precisa en lo que sea o no sea automatismo psíquico, que deslinda del azar y del espontaneísmo, pero sobre todo en la afirmación de lo que a más de uno parecerá paradoja: la riqueza del automatismo psíquico está en relación directa con la carga cultural, «sin duda unida a la sexualidad», y tales son los factores «que proporcionan al gesto automático riqueza y densidad» (pág. 260). Ésta es la razón por la que Masson y Miró constituyen para él artistas mucho más importantes que los pintores de lo fantástico, o por la que Pollock y Wols son quienes con mayor rigor llevan al lienzo, aunque sea con una práctica diferente, los valores del automatismo tal como se planteó en la declaración del *Primer manifiesto surrealista*.

El perro de Goya

Hablamos de arte y, como Saura, dejamos de hablar de arte. Lo que pone en sus pinturas y en sus escritos es la concepción de una nueva subjetividad. Tiene unos precursores: Giacometti, Picasso, Bacon, Dubuffet, Asger Jorn («Los precursores de la nueva subjetividad», 1996) y una estela —para utilizar el concepto de Lafuente Ferrari— que conduce directamente a Goya. El ensayo es parte del que apareció en el catálogo de la exposición que Saura organizó con motivo del 250 aniversario del nacimiento del artista aragonés: *Después de Goya. Una mirada subjetiva*. Saura no ha abandonado nunca el proyecto de la modernidad, pero, lejos de ignorarlo, asume la necesidad de definir la imagen de sombra que a tal proyecto acompaña, sin la cual, mutilado, conducirá a las alucinaciones, ya que no a los sueños, de la razón. *Después de Goya. Una mirada subjetiva* traza con precisión esa imagen.

Goya está presente en varios momentos de *Fijeza*, «El perro de Goya» (1992) es quizá el más importante de todos. Saura expone las diferentes interpretaciones que las «Pinturas negras» han suscitado, desde las más estrictamente iconológicas a las formalistas, con especial atención a la que suele considerarse última de estas pinturas, *El perro o Perro semihundido*. En el entramado de los comentarios se perfila una interpretación propia, que termina formulándose como una pregunta: «¿y si el perro, además de ser cancerbero del reino de los muertos, imagen del terror nocturno, símbolo profético del tiempo, criatura en el gran desierto del mundo, alegoría renacentista de la ascensión del espíritu, emblema de la fidelidad y de la melancolía, fuese también, en plástica simbiosis, un retrato, una metáfora de un retrato humano, una reflexión sobre nuestra propia condición, y, por qué no, un autorretrato del propio Goya transformado en perro? ¿Y si todo ello, a un tiempo, se hubiera hecho posible en la imaginación del pintor cuando decidió despojar su pintura de todo lo accesorio para fijar esencialmente una infinita soledad?» (pág. 306).

La contestación a esta pregunta está implícita en el ensayo del artista y explícita en muchas de sus obras, ante todo en aquellas en las que representa al perro de Goya como

RESUMEN

Antonio Saura siempre se distinguió por dejar por escrito sus concepciones artísticas y su opinión sobre el arte. Valeriano Bozal comenta la aparición del primer volumen de sus escritos, un libro misceláneo, con textos muy diferentes y concebidos en épocas muy distin-

Goya mismo. Son estas obras las que dan adecuado fundamento a las frases que cierran el ensayo, en las que, como si Goya hablase, habla el propio Saura: «No soy solamente un perro, sino también su propio autor y todos cuantos me contemplan, pues soy ante todo pintura, ya que sin ella no existiría» (pág. 308). Resume así no sólo el valor que a *El perro* concede, también el sentido que la pintura adquiere, su papel en cuanto configuradora de una realidad cultural y personal, su autoconciencia, fundamento de la conciencia del artista.

Su mejor comentario plástico

Las pinturas que Saura ha dedicado a *El perro* de Goya constituyen quizá su mejor comentario plástico: ha acentuado la importancia de los tres motivos, el talud, la cabeza y el espacio, el contraste entre ellos y su complementariedad contradictoria. El talud incrementa su dimensión y acentúa la intensidad del negro característico de Saura —un negro sobre el que vuelve una y otra vez, recuerdo quizá de la insistencia y riqueza que Hals dio a los suyos, en esto bien diferentes, como los de Saura (y a pesar de lo que, un tanto a la ligera y sin mirar, se ha dicho tantas veces), de la tradición española, mucho más limitada, acartonada y retórica—, la cabeza se deforma en la figura monstruosa que sugería, pero no era, el perro mirón de Goya, asentada angustiosamente sobre el negro y destacando en un espacio que la enmarca, no sé si detrás, pero desde luego en torno a ella. Los cuadros que Saura dedica al tema revelan algo que está muy presente en sus escritos: el efecto que las pinturas producen es un efecto pictórico, plástico, no anecdótico o temático, el efecto que *El perro* de Goya produce es consecuencia de sus recursos pictóricos. Entre todas las *Pinturas negras*, ésta es la que ofrece un contenido temático más reducido, unos motivos anecdóticos más sobrios, y, sin embargo, es la que ejerce sobre nosotros mayor fascinación.

Sólo en este marco se comprende enteramente la crítica que el artista hace de algunos de los últimos movimientos y la responsabilidad que a Duchamp adjudica en la crisis del arte contemporáneo. «La pintura deberá volver a ser de nuevo pintura —¿y por qué no también «retiniana»?—, habida cuenta de los resultados nefastos que ha acarreado la posición contraria, ese grave malentendido provocado por una visión pervertida del arte que ha conducido a la aberración, a lo desvitalizado, a lo efímero», escribe Saura (pág. 364), un Saura que algunos considerarán tan radical como conservador.

Es un debate abierto, que los textos de Saura no cierran, una polémica que a buen seguro todavía durará algún tiempo y que posiblemente se solucione en un espacio distinto al elegido por los polemistas: no en el de la crítica más o menos retórica, o en el de la ideología, sino en el de la pintura. □

Antonio Saura

Fijeza

Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 1999. 382 páginas. 2.300 pesetas. ISBN: 84-226-7523-4.

Joan Coromines, entre el mito y la crítica

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática histórica española y catalana en la Universidad de Barcelona. Miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

Todo el mundo tiene una idea del fecundo paso de Joan Coromines por la lingüística catalana, hispánica y románica. Escribió tres obras monumentales, cada una de las cuales ya llenaría la vida de un «hombre normal». Reunió, prácticamente solo, centenares de miles de datos. Llegó a nonagenario trabajando doce y catorce horas diarias. Etcétera. Ahora bien, si intentamos abrir diálogo sobre este fenómeno (incluso con gente del oficio), en seguida percibimos que, si se habla mucho, se conoce poco. Creo que el papel legendario del lingüista de Pineda de Mar se ha de atribuir a ciertos rasgos suyos, que recojo sucintamente. Su vocación absoluta y violenta por la catalanidad, que, sólo por razones familiares y ambientales, se vio canalizada, desde su primera juventud, al cultivo de la filología y de la lingüística. Tenaz como pocos, hizo de la profesión su única manera de vivir (para Coromines, «vivir» y «trabajar» eran sinónimos absolutos). He aquí por qué sus catorce horas diarias no eran como las de la mayoría de seres humanos (que las reparten entre familia, sociedad, amistades, política, cultura, ocio u otros quehaceres). Su preparación técnica, que se debe a sus estudios, a la economía y a la lógica de su plan (que aplicó inflexiblemente, rehusando el más pequeño desvío), a los copiosos materiales que se procuró (mediante excursiones dialectológicas y toponímicas, asimilación de la bibliografía, documentos y textos de la historia de la lengua) y a una memoria privilegiada. Su triple convicción de ser el único heredero de Pompeu Fabra en materia de lengua, de saberse predestinado a máximo dirigente de todas las actividades referidas a la lengua catalana y de poseer la clave indiscutible de todas las cuestiones que pudiesen plantearse.

Con todo ello, el propio Joan Coromines dio pábulo, aun sin darse cuenta, a la formación del mito. Decía y repetía que el reconocimiento de lo mucho que debemos a nuestros predecesores no impide que los rectifiquemos sin piedad cuando está probado que erraron. Sin piedad. Soy del parecer que se equivocaba al denostar con violencia a maestros y colegas. Mi esposa y yo siempre recordamos una frase que oímos a don Ramón Menéndez Pidal, un día que fue nuestro huésped en casa: «No se concibe un sabio que no sea modesto». Volveré sobre ello. A la formación del mito también contribuyeron la lejanía física (una docena larga de años en el exilio) y el ostracismo voluntario (que mantuvo ya repatriado). Ahora bien, este gran desconocido como persona apabullaba con una obra que no podía ignorar ningún lingüista. No olvidaré nunca el espectáculo que dio él mismo al aterrizar en el Congreso de Romanística de Barcelona (1953), deseoso de darse a conocer a los romanistas europeos. Éstos ya sabían de sus obras, pero sólo a partir de entonces lo identificaron con aquel congresista alto, que tanto saber derrochaba en sus constantes intervenciones.

Ítem más. En principio, el pueblo a cuya lengua Coromines dedicó su vida y su obra no sabía prácticamente nada de él. Su nombre sólo empezó a sonar en medios cultos al aparecer su diccionario etimológico



ANTONIO LANCHO

catalán (1980), gracias a una merecida y oportuna campaña pública de difusión y al hecho de que esa obra de nueve tomos estaba escrita en un estilo llano y contenía un sinnúmero de datos ya no lingüísticos (que hacían mella en el lector interesado). Coromines y el mito seguían inseparables. Bastó que se montara una Comisión para un homenaje popular al maestro con motivo de su nonagésimo aniversario (1995), para que su fama se expandiese por doquier. Curiosamente, el gran mérito del homenaje recayó en Joan Solà. Especialista en normativa y en sintaxis, Solà sólo tangencialmente había rozado la obra de Coromines en unos aspectos gramaticales concretos (como el de las preposiciones «per» y «per a»). Sin negar que ya conociese antes sus demás publicaciones, una atención redoblada en los últimos años le deparó a Solà el descubrimiento del «Coromines total». Y se lanzó a fondo, con el ardor de los neófitos: conferencias, artículos, entrevistas. De Cataluña a las Islas Baleares, de Andorra al País Valenciano, el incansable Joan Solà ha sido el gran propagador de la obra y la figura de Joan Coromines.

Consecuente con su devoción al maestro, después de su muerte (1997) Solà no ce-

jó hasta conseguir organizar un magnífico ciclo de conferencias sobre la obra de Coromines. Y que el lector me perdone por no acometer hasta ahora, creo que no sin razón, el tema de mi comentario bibliográfico. Entre el 2 de enero y el 5 de marzo de 1998 se dieron esas conferencias en la Fundació Caixa de Sabadell (menos la de clausura, a cargo del mismo Joan Solà, en la Universidad de Barcelona). El libro que presento contiene los textos de las conferencias, a cual más interesante. Se completa con otros datos, de los que tengo que prescindir. Son dieciseis textos (ocho en catalán, siete en castellano y uno en gallego). Por el contenido, los clasifico en seis grupos, para orientación del lector. (Obviamente con las iniciales J. C. evito repetir el nombre del protagonista.)

I. Exposiciones de conjunto. Tres conferencias que nos transportan del mito (Solà) a la crítica (Rusinés) a través de quien observa desde fuera (Varvaro). Léanse por este orden. -1) Joan Solà (Barcelona): «L'obra de J. C.». Solà se muestra anonadado por la figura y la obra de Coromines. No se apea en ningún momento de su visión personal y agota el vocabulario laudatorio. Aspira a convertir en objetivos

sus juicios subjetivos, incluso cuando, como director del ciclo, recapitula las aportaciones de sus colegas. -2) Alberto Varvaro (Nápoles): «J. C. y la lingüística románica» (conferencia inaugural). Fue la lección del romanista que, bien documentado, describe la trayectoria de Coromines. No deja de hacer pertinentes observaciones de método, ni de pronunciarse a favor del diccionario castellano, el más ceñidamente lingüístico (y al que tal vez hubiera debido limitarse, mejorándolo y poniéndolo al día). -3) Ernest Rusinés Gramunt (Barcelona): «Crítica internacional de l'obra de J. C.». Ante el desconcierto que crean en el lector las críticas al «etimólogo puro» que es Coromines (en frase de Malkiel), Rusinés analiza cómo han reaccionado sus colegas y por qué su obra suscita un cierto clima de perplejidad. Su lectura nos introduce en el segundo grupo de conferencias.

Elogio y reservas

II. Cuestiones fundamentales ante la crítica de expertos. Reúno aquí las cuatro conferencias que más se prestan, tanto por la materia de que se trata como por la actitud de sus autores, a la discusión de aspectos cruciales de método. En distinta medida, todas combinan el elogio global y las reservas de fondo (manifiestas o sugeridas). -1) Francisco Villar (Salamanca): «J. C. y los substratos prerromanos de la península Ibérica». El lector tiene la impresión de que, intimidado ante las dimensiones de la obra que comenta, Villar ha optado por reducir al mínimo indispensable el tema que se le pedía y, en cambio, nos ha ofrecido una magnífica y oportuna «mise à jour» de una materia que tanto interesa. A buen entendedor pocas palabras bastan. -2) Jürgen Untermann (Colonia): «J. C. y la onomástica de la Hispania antigua». Más decidido (o más consecuente), Untermann subraya que Coromines confirma el divorcio entre documentación clásica (epigrafía) y románica. Le reprocha violar sus propias leyes evolutivas y le tilda de caprichoso, porque a menudo adopta la etimología que más le gusta. -3) Federico Corriente (Zaragoza): «Las etimologías árabes en la obra de J. C.». En esta conferencia Coromines ha tenido suerte, porque su autor arremete con fuerza contra la tradición arabista española, que ha gozado de un prestigio injustificado, y es sumamente crítico con Asín Palacios: «[Coromines] queda generalmente por encima de sus predecesores arabistas». Con todo, no se libra de críticas respecto a defectos en su interpretación de arabismos. -4) Carmen Barceló (Valencia): «El mozárabe en la obra de J. C.». Conferencia muy severa. En realidad, no se circunscribe al tema referido a Coromines, porque asesta un golpe (¿el golpe de gracia?) a la propia existencia del mozárabe (un edificio tan ligado a la escuela de Menéndez Pidal y que ahora se derrumba). Pero al mismo tiempo se vuelve contra el propio Coromines, quien hacía del mozárabe un cómodo recurso para establecer etimologías que hoy vemos que tienen otra explicación más correcta.

III. Otros aspectos de método. De momento, incluyo aquí dos conferencias sobre temas no menos fundamentales que las del grupo anterior, pero que ya fueron concebidas especialmente como descriptivas, no sin que apostillen algunas afirmaciones del maestro. Son: -1) Josep Moran (Barcelona): «La gramàtica històrica en l'obra de J. C.» (los trabajos de gramática histórica a través de la vida de J. C.) y -2) Joan Veny (Barcelona): «J. C. i la dialectologia cata-



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

lana» (los capítulos de dialectología según sus bloques temáticos). El grupo se completa con otra conferencia: -3) José Manuel Bleuca (Barcelona) y Gloria Clavería (Barcelona): «La lexicografía castellana, antes y después de C.», en la que se nos describe el proceso de informatización del diccionario castellano e hispánico, que se halla en curso.

IV. Fuera de las estructuras. -1) Joan Soler i Bou (Barcelona): «Repercussió de l'obra de J. C. en la llengua catalana actual». Era de esperar que la obra de Coromines, vasta y profunda, no pasara sin que se desprendieran de ella varias aplicaciones a la lengua que era su objeto de estudio, desde cualquier ángulo de observación (sobre todo en el vocabulario). -2) Lluís Bonada (Barcelona): «Les idees literàries en l'obra de J. C.». Trata de los juicios que emite Coromines sobre escritores catalanes, antiguos y modernos, y del valor que concede a los dialectalismos, a los estilos, etc.

Simpatía por otras lenguas

V. Relaciones con otras lenguas. Constituyen este grupo dos textos que, sin haber sido expuestos en el ciclo, quedaron incorporados al tomo con el mismo rango. -1) María Teresa Echenique (Valencia): «La lengua vasca en la obra de J. C.». Valora el interés de Coromines por la lengua vasca y la estima en que le tenía Koldo Mitxelena. -2) María do Carmo Henriques (Vigo): «As fontes galego-portuguesas no Dicionário crítico etimológico castelano e hispánico». Las describe, sazonándolas con muchas muestras de simpatía personal.

VI. Ediciones de textos. Aunque algo marginal en la obra de Joan Coromines, no puede olvidarse esta faceta de su trabajo, al que él mismo tan a menudo se remitía. La tratan: -1) Alberto Bleuca (Barcelona): «J. C., editor del *Libro de buen amor*», y -2)

Xavier Renedo (Gerona): «J. C., editor de textos catalans i occitans».

De las consideraciones que acabo de hacer, entresacadas de los textos de las conferencias (que, por cierto, yo ya había escuchado en sus versiones orales), el lector podría formarse una idea inexacta de la obra de Joan Coromines y del concepto que ella me merece. Ratificando afirmaciones más anteriores, emitidas y reiteradas en múltiples ocasiones, me complace protestar una vez más que la aportación de nuestro lingüista al acervo científico es única e irrepetible, que él dominaba y manejaba la bibliografía aparecida hasta alrededor de 1960, que sus obras se apoyan en un rico tesoro de materiales de los que hizo acopio él personalmente y que, así pertrechado, ha escrito sólidas obras que representan un paso de gigante en el campo de la lingüística románica (y más concretamente catalana y castellana), en especial sobre lexicografía (vocabulario y onomástica). Siempre lo he dicho y sigo y seguiré diciéndolo. Es porque así pienso que me he apresurado a enhebrar el presente artículo. Y no estoy solo: la unanimidad con que dieciséis especialistas aceptaron colaborar en el ciclo lo prueba con creces. (Y aún tendría que añadir la emotiva semblanza biográfica con que José Antonio Pascual quiso adornar el tomo.)

Lo que ocurre es que, como ya decía el mismo Coromines hablando de los demás, no hay obra humana perfecta. Los autores de los textos que comento no han hecho más que aplicar los principios de Coromines a su propia obra, para así enaltecerla, mejorarla y asegurarle un recuerdo imperecedero. Acudiendo a la cita de Joan Solà, ellos han prestado un gran servicio a la causa del ilustre homenajeado. A propósito, séame permitido afirmar que, a un nivel mucho más modesto, aspiro a prestárselo también yo, escribiendo estos renglones.

Por lo que respecta a las aportaciones de los colaboradores, descartaría ahora reca-

pitular brevemente ciertos aspectos que se hacen presentes en más de una conferencia. Tras los elogios vagos y globales de rigor, y además de críticas precisas, los eruditos que colaboraron en el ciclo de Sabadell lamentaban que Coromines se hubiese limitado al estado de la ciencia en los años cincuenta, que sucumbiese ante obsesiones (como el sorotapto o el mozárabe), que fuese difícil hablar de coherencia en su método, que introdujese prolijamente informaciones ajenas al objetivo básico de sus obras. Y muy especialmente, que maltratase duramente a los colegas que disentan de sus postulados. Es un comportamiento que le ha perjudicado mucho. Alguien sugirió que tal vez eso podría explicarse por el exilio. No. Dentro de Joan Coromines se fue forjando un gran complejo de superioridad, que venía de sus comienzos profesionales (¿y humanos?) y que le acompañó «in crescendo» a lo largo de toda su vida. Ante situaciones tan penosas, más de una vez yo me acordaba de un Esteban Manuel de Villegas, que en 1618 publicó un libro de poesías: en la cubierta se veía un sol naciente (que era él) y unas estrellas (que representaban a los otros poetas) y que se desvanecían ante aquel. Debajo se leía: «Me surgente, quid istae?» Ni hay que decir que

la ocurrencia había sentado muy mal. La única -y enorme- diferencia que separa ambas personas es que Joan Coromines ha sido un lingüista extraordinario, con una no menos extraordinaria capacidad de trabajo y una también extraordinaria voluntad de hierro.

En su conferencia, Joan Solà trata de poner de relieve la humanidad de Joan Coromines. Pero, al hacerlo, y con la intención de hacer un bien a su memoria, soslaya a pies juntillas los reproches que, en sus formulaciones científicas o en sus posiciones personales, le habían hecho varios conferenciantes. Como si la condición humana fuese la perfección. De mí sé decir que la lectura de las conferencias del ciclo de Sabadell, que han venido a resquebrajar el mito, me ha puesto al descubierto a un Joan Coromines más real, más humano respecto a cómo lo veíamos antes. Hoy le vemos como un hombre que trabaja, con sus aciertos y sus errores, que hace progresar la ciencia y se siente satisfecho por ello, pero que se equivoca y lo hace pagar caro a los demás. Un hombre genial, pero con sus cualidades y sus defectos. En este sentido, el ciclo sabadellense ha marcado un hito decisivo en la valoración de nuestro gran lingüista. □

RESUMEN

En opinión de Badia i Margarit, el volumen que recoge las conferencias que se dieron en homenaje al lingüista catalán Joan Coromines, cuyos trabajos han sido decisivos en los estudios de lingüística catalana, hispánica y románica, subraya sus logros científicos pero no rehuye un cierto tono crítico hacia sus for-

mulaciones científicas o sus posiciones personales, en consonancia con la idea, que el lingüista catalán siempre practicó, de que hay que criticar a los maestros, revisar lo anterior. Este volumen, entre el mito y la crítica, y que refleja lo que en ese ciclo se trató, resulta así un hito decisivo en la valoración de Coromines.

Joan Solà (ed.)

L'obra de Joan Coromines. Cicle d'estudi i homenatge

Fundació Caixa de Sabadell, Sabadell, 1999. 313 pàgines. 2.500 pesetas. ISBN: 84-95166-08-9.

Los puntos y las íes

Por Francisco Rico

Francisco Rico (Barcelona, 1942) es catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales en la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro de la Real Academia Española. Ha escrito varios libros sobre literatura medieval y renacentista española e italiana. Su publicación más reciente es la nueva edición, exhaustivamente comentada, de Don Quijote de la Mancha.

Llegado el momento de determinar con qué grafía se imprime la edición crítica de un texto medieval, la práctica más corriente entre los romanistas, durante la mayor parte del siglo recién pasado, ha sido quitarse de cavilaciones reproduciendo con más o menos fidelidad la grafía de un inevitable «manuscrito de base» que a su vez ahorra el esfuerzo de decidir entre variantes adifóras (entiéndase, igualmente plausibles a primera vista). El excelente libro de Sánchez-Prieto viene a agitar la balsa de aceite de esa rutina con un raudal de propuestas, sugerencias y conclusiones tan debatibles como se quiera, pero siempre juiciosas y fundadas en el conocimiento de un amplio caudal de fuentes primarias.

Es bien sabido de dónde sale la vulgata de marras. El recurso a modos ecodóticos escrupulosos y estables, capaces incluso de disfrazar de «ciencia» la noble artesanía del quehacer, llegó a la filología románica a través del medievalismo, hasta el punto de que fueron hombres como Gustav Gröber, Karl Bartsch o Gaston Paris, no Lachmann, quienes enseñaron a agrupar los testimonios en función de los errores comunes. Para los grandes maestros del Ochocientos, en la más clásica acepción del término filólogos de una pieza, la edición crítica comportaba paralelamente «la constitution des leçons et la constitution du langage», de «les formes de langage et d'écriture qu'il faut adopter» (Gaston Paris).

Con todo, las incertidumbres sobre los usos lingüísticos y gráficos de la Edad Media romance eran (y siguen siendo) demasiadas para permitir conclusiones indisputables, y los resultados parciales producían unos textos a cuya manifiesta artificialidad pronto se opuso la sensación de solidez y seguridad que daba la cómoda adhesión al solo manuscrito estimado como mejor representante del original. Por ende, una *Chanson de Roland*, pongamos, se tiene hoy ordinariamente por aceptable si se propone recuperar en el léxico y la sintaxis el posible arquetipo del códice de Oxford, pero no si aspira a aproximarlo al colorido del dialecto originario (en otras palabras: al estudioso se le pide ser lachmanniano estricto a unos propósitos y estrictamente bédieriano a otros).

Frente a semejante estado de cosas, Sánchez-Prieto insiste con valentía en que «reflejar los usos gráficos de un manuscrito es incompatible con la intención de llevar a cabo una edición crítica» y «con cualquier otro criterio editorial que no sea la pura transcripción paleográfica» (págs. 44, 59 y *passim*). Está cargado de razón: el texto ha de ponerse 'en limpio' en todas sus dimensiones, las semánticas (digamos) igual que las formales. Cuestión distinta es el alcance de tal operación, vale decir, qué *grafía medieval* debe ser la de una edición crítica con grafía rigurosamente medieval.

Si acierto a discernirla justamente, la puesta en limpio defendida e ilustrada por Sánchez-Prieto consiste, en su aspecto más visible (no en sus implicaciones de mayor enjundia), en «presentar claramente la lengua medieval», desdiciendo «las variantes gráficas sin transcendencia fonética» (pág. 60) y buscando la coherencia a través de la re-



ÁLVARO SÁNCHEZ

gularización, de manera que, por ejemplo, se reserve «j» para la consonante prepalatal de *justo*, y *ujo* se transcriba por tanto como *vio* ('vio'), donde a su vez el empleo de la tilde postula el recurso sistemático a las actuales reglas de acentuación para mostrar la prosodia del texto antiguo (*reína*, *yo fúe*, *Dario*, etc.).

Tras un capítulo con cuerdas observaciones sobre la transcripción paleográfica, ocasionalmente admisible —se nos advierte— por motivos documentales o pedagógicos, el grueso del libro está consagrado a «Una propuesta concreta de presentación gráfica de textos medievales críticamente editados» (págs. 104-196), que analiza con detención los principales escollos con que por fuerza tropezará quien se ponga a la tarea: abreviaturas, diptongos, apócope, consonantes espinosas, grupos cultos, puntuación... Sánchez-Prieto se mueve a sus anchas en el examen de la casuística —en efecto— «concreta», de los puntos específicos, a que se enfrenta con sabia familiaridad y para cuyos rompecabezas ofrece soluciones dignas de la máxima atención. Potenciadas como van por un completo índice de palabras y por cinco fragmentos (aunque, por desgracia, ninguno de poesía) transcritos y editados como modelo, esas páginas tendrían que ser obligatorias para el medievalista bisoño, pero tampoco el experto dejará de encontrar ahí provechosas ideas y una información tan abundante como al día.

No quiero decir con ello que las conclusiones de Sánchez-Prieto sean invariablemente persuasivas: la materia es ardua, nuestras lagunas inmensas, y conviene tentarse la ropa antes de predicar «ex cathedra». Importa poco. Podríamos disentar de todas y cada una de sus opiniones, en los detalles y aun en los enfoques mayores, y el libro no perdería un ápice de su valor: por encima de cualquier reparo o discrepancia, está la pertinencia de poner sobre el tapete monográficamente unas presuntas «questioncelle» (así se las ha llamado, con típico atolondramiento) que en realidad son la prueba del nueve de una ecodótica cabal, orientada a dar a los textos una respuesta meditada y orgánica.

Por mi parte, juzgo que nuestro docto estudioso sobrevalora el papel de la fonética. Ciertamente que la oralidad es un dato con frecuencia relevante en la literatura de antaño, pero, en definitiva, la fonética constituye uno de los elementos menos significativos de un texto, pues los hechos fonéticos son en gran medida involuntarios, reflejos, o demasiado individuales para ser tomados en cuenta. Si se me apura, estoy por decir que la grafía es bastante menos reveladora a título de la fonética que en la perspectiva de fenómenos sociales y culturales que moldean decisivamente, ellos sí, la tradición intelectual de la Edad Media: la influencia franca, los dechados latinos, el aprendizaje y las vicisitudes de la escritura, la formación de los copistas, los usos y el mercado del libro, etc., etc. Desde luego, Sánchez-Prieto subraya con tino la necesidad de que una edición auténticamente crítica preste eco a la totalidad del texto, «sin olvidar las implicaciones culturales de la ortografía»; pero, lingüista al cabo, el corazón se le va con desproporcionada que- rencia hacia «la relación entre el nivel gráfico y el fonético» (págs. 9-10), en detrimento de otras facetas que el editor de obras propiamente literarias (en la España medieval, habas contadas) quizá haga bien en primar a conveniencia.

Fonética y literatura

Por otro lado, y diría que por fortuna, el foneticismo no se deja aplicar a rajatabla. Son muchos los casos en que Sánchez-Prieto opta por soluciones más conservadoras de lo que en principio presumiríamos. Si en un documento coexisten *pecte* y *peche*, la probabilidad de que «tuvieran un correlato fonético diferente en la lectura» lo «obliga al mantenimiento gráfico de las dos» (pág. 88); si en otro aparece *filia*, se cura en salud, por más que crea en una pronunciación palatalizada, acogiéndolo tal cual ante la eventualidad de una confluencia «entre lectura tradicional y lectura vernácula diferente de la común castellana», «entendiendo por lectura la consustancial al hecho de escribir, en co-

rrespondencia con el dictado interior con o sin emisión de voz (haciendo, pues, caso omiso de la posibilidad cierta de distintas lecturas para diferentes lectores coetáneos)» (*ibidem*). Si nos las hubiéramos con un texto con algunos quilates como literatura, o en que el autor tuviera más peso, ¿habríamos también de someternos a la lectura singular de un amanuense?

Es que, más allá de los dilemas puntuales de la *i* o la *j*, de la *u* o la *v*, está la cuestión esencial (y, a decir verdad, previa) que arriba indicaba: *qué grafía medieval* (o, ampliando las miras, *de época*) ha de ser la de una posible edición crítica con grafía medieval (o de otra época). Sánchez-Prieto va bordeando el asunto, pero, si no me he distraído, no termina de abordarlo resueltamente. «Por objetivo de la crítica textual» entiende «la reconstrucción, en cuanto sea posible, del texto original del autor» (pág. 57), pero también da por bueno «restaurar las soluciones que se consideran propias de la época del autor» (pág. 66) o aun «la prosodia de la época del manuscrito elegido para la forma verbal del texto crítico» (página 69).

Hubiéramos esperado una definición más nítida, una consideración teórica más tajante, aun matizada con todos los peros sobre la posibilidad (o, normalmente, imposibilidad) de hacerla cristalizar en la práctica. A la fuerza ahorcan, pero teóricamente hay una distancia grande entre las grafías del autor, de la época del autor o de la época de un manuscrito determinado (nada digamos si el acento lo marcamos en la fonética): si la meta se pone, adecuadamente, en el «texto original del autor», todo cuanto no sea la grafía del autor supondrá que los testimonios privan sobre el texto, que el poeta es relegado a favor de un copista, un taller o un aficionado; y si así ha de ocurrir, ¿no será preferible, por ejemplo, una grafía parcialmente regularizada para resguardar un cierto número de rasgos sobresalientes e indiscutibles, mientras por lo demás se busca la diafanidad «neutra» de la modernización?



Viene de la página anterior

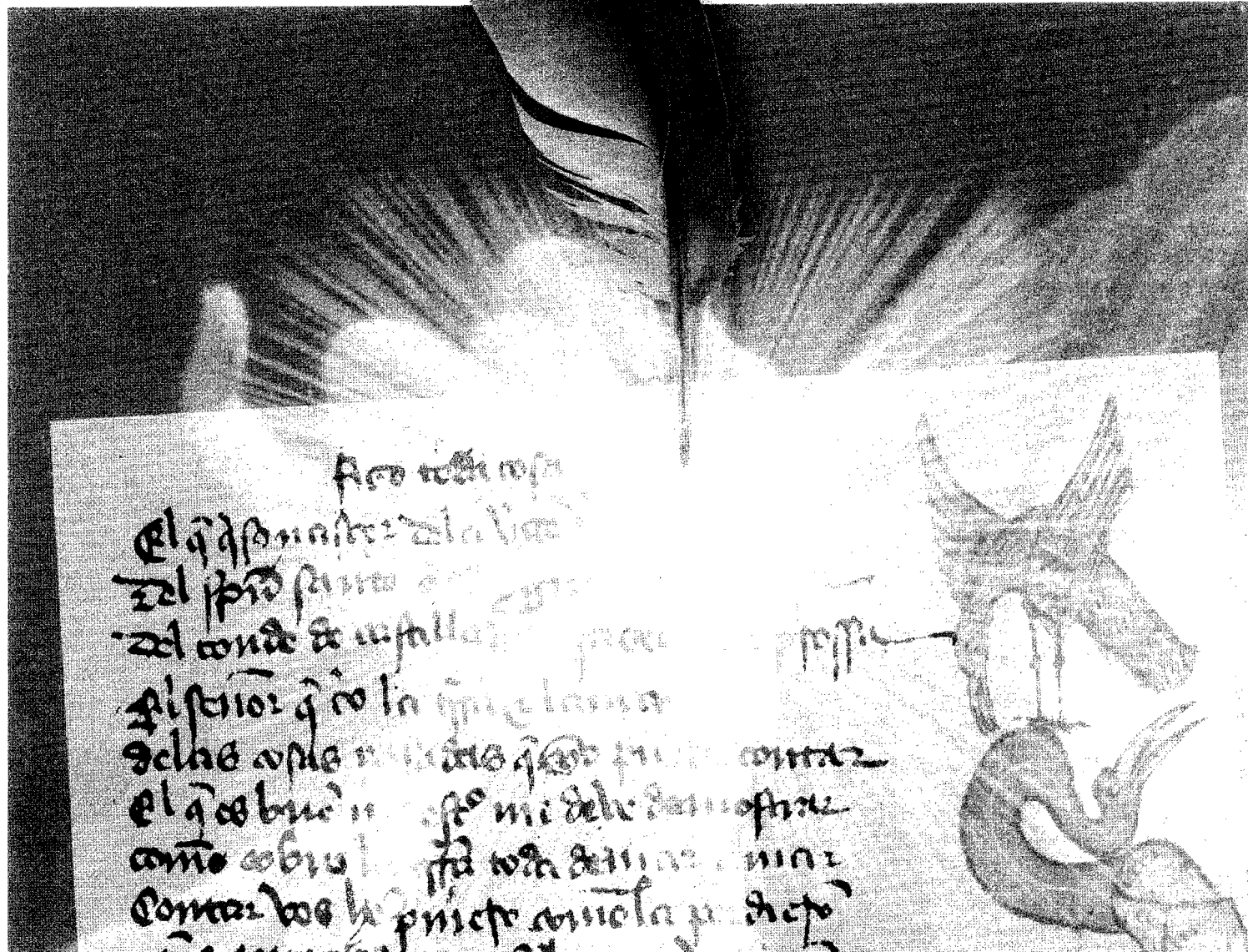


Está claro que a veces Sánchez-Prieto se siente coartado (y no es el único) por el espectro de la grafía 'híbrida'. Reconozco, quizá demasiado alegremente, que no acabo de compartir esa aprensión. Un texto deturpado se enmienda donde se puede, y donde no, no (y diciendo que no, y por qué no); cuando un retablo no permite otra alternativa, nadie duda en restaurar sólo los paneles recuperables y dejar como están los no susceptibles de rehabilitación. Por cuanto toca a la grafía, la uniformidad y la coherencia nunca podrán ser totales en una edición, pues nunca lo son en las fuentes medievales. (No se descuide que «medieval» significa en nuestro contexto 'pre-tipográfico'. La frontera está en la invención y el triunfo de la imprenta. Quien vea del lado de allá las grafías de la Edad Media podrá apreciar y encarecer sus proclividades sistemáticas; quien las contemple del lado de acá, como inevitablemente sucede cuando se trata de trasvasar una obra de entonces a las costumbres tipográficas de hoy, percibirá sobre todo su comportamiento proteico.) A mí personalmente nada me escandaliza, por caso, un poema en cuya grafía regularizada con un norte de modernización se admitan las excepciones oportunas para realizar una rima o una aliteración.

A nadie se le escapará que mis apostillas vienen primordialmente de la óptica de la literatura. Sánchez-Prieto tiene por lema, irreprochable, la «intelección global del texto», a la que irá aneja darle una respuesta completa, que abarque todos sus componentes: «génesis, estado lingüístico del original, caracterización de la transmisión, etc.» (pág. 14). Pero entre esos factores apenas repara, si no es al vuelo, en la cualidad y en la calidad literarias. ¿No son éstas acaso datos constitutivos y acaso no merecen la debida respuesta en consecuencia? Temo que Sánchez-Prieto (págs. 81-82) no se hace cargo suficiente de la medida en que la diversidad en la índole de los textos debe condicionar la edición. ¡Naturalmente que las obras literarias han de editarse de forma distinta que las no literarias! El *Cantar del Cid* no es el *Fuero de Alcalá*, entre otras buenas razones porque no son los mismos sus destinatarios en nuestros días (o los destinatarios ideales, si se quiere) y porque hacer justicia a su condición poética exige presentarla también de modo apropiado al lector de hoy. Si la prosodia medieval se indica según la (lamentable) *Ortografía académica* de 1999, la poesía tiene que identificarse asimismo por concomitancia con la poética de 1999. Una ecdótica plena ha de jugar a un tiempo con los naipes del autor, del texto y del lector.

Los nuevos paradigmas

Podría antojársenos que Sánchez-Prieto no se aleja gran cosa de la noción de «manuscrit de base» cuando a la postre propugna «como la mejor opción reflejar en el texto crítico los usos lingüísticos de un manuscrito, preferible por razones como su conservadurismo de las soluciones que se reputen propias del autor, su ausencia de desviaciones dialectales, etc.» (pág. 67), o cuando asienta que «la forma lingüística del texto deberá ser ... la del manuscrito mejor reputado al respecto, generalmente el más antiguo» (pág. 188). Pero si se aparta del proceder trillado cuando alude, de paso, a la conveniencia de «reflejar siguiendo el manuscrito elegido para la forma verbal [no textual], si entiendo bien] los usos gráficos que tengan o hayan tenido transcendencia fonética» (págs. 68 y 69; cursiva mía), presuponiendo, pues (o insinuando «ex contrario», si he entendido mal), que cabe ceñirse a un códice para la sustancia del texto y a otro para la grafía.



ALVARO SÁNCHEZ

Ese programa tan tenuemente apuntado conduce en más de un sentido con *The Rationale of Copy-Text* propagado por W.W. Greg para la literatura inglesa de la edad isabelina, y de acuerdo con el cual el «manuscrit de base» que suministra las «substantive emendations» no tiene por qué ser el mismo empleado como «copy-text» para los «accidentals» gráficos. Es, opino, una vía de especial interés para el editor de textos españoles de la Edad Media (bastante menos, si del Siglo de Oro), y así me lo corrobora que Sánchez-Prieto venga a transitarla independientemente, por al sesgo y deprisa que sea. Ahora bien, el ensayo de Greg ha motivado una bibliografía de una magnitud gigantesca (y hasta desmesurada, sospecho): a comentarlo, precisarlo, controvertirlo se han dedicado centenares de aportaciones, y sus secuelas en la práctica editorial de Inglaterra y los Estados Unidos están omnipresentes. No obstante, en balde se buscará el nombre de Greg, o los de Fredson Bowers o G. T. Tanselle, en el trabajo que nos ocupa. Confieso echarlos de menos, porque la atención a las perspectivas angloamericanas lo habría beneficiado notablemente.

En efecto, las coordenadas de Sánchez-Prieto pasan mayormente por Italia, que, estoy convencido, no brinda los modelos conceptuales adecuados a una empresa como la suya. En conjunto, pese a maestros como Contini o Timpanaro, como Várvaro o Segre, la filología italiana, sofocada por el estrecho corsé (nco)lachimanniano, se ha quedado en una 'estemática' (Pagliaro dixit), sin entrar en las cuestiones de fondo que supone una verdadera doctrina de la «edición de textos» (que no simplemente «crítica textual»): centrándose en el «método genealógico», parándose en la «recensio», en las fases preliminares, ha olvidado hacerse las grandes preguntas de cómo, por

qué y para quién se prepara realmente una edición. La escuela que parte de Greg (y que se enlaza, cierto, pero no se confunde con la «textual bibliography» originaria), insistiendo (incluso demasiado, hasta la metafísica) en esos interrogantes, ha llegado en cambio a trazar unas líneas y unas áreas de referencia de extraordinaria utilidad para afrontar precisamente el género de problemas concretos que con tan buen pie aborda Sánchez-Prieto.

Así, frente al yermo de la posteridad lachimanniana (vid. pág. 42), el «rationale» de Greg y toda su incalculable prole tienen por núcleo ni más ni menos que el conflicto de los «accidentals», es decir, el asunto mismo de los «criterios para la presentación gráfica» de una edición. Paseándose un poco por el bosque de esas infinitas contribuciones, un hombre de los ricos saberes de Sánchez-Prieto hubiera encontrado multitud de sugerencias útiles para perfilar los horizontes de su estudio. O bien, por no ir ahora más lejos, el torrencial debate estadounidense en torno a «the editing of historical documents» sin duda le habría incitado a más de una reflexión fructífera sobre la medida en que sus conclusiones puedan estar condicionadas por

la fisonomía no literaria de los textos que preferentemente maneja.

Sin saberlo, como el honrado «gentilhomme», Sánchez-Prieto habla más de una vez en prosa con Greg y compañía. Bien está, porque a los muchos valores de su libro se añaden así los que gana leído a tal luz. No llego a persuadirme de que el tratamiento de la grafía deba depender tanto como él piensa de su «transcendencia fonética», pero concuerdo en el planteamiento que pudo estar en la raíz de ese dictamen (por más que aflore severamente encauzado por las predilecciones propias del lingüista): que importa adoptar los usos gráficos que mejor interpreten hoy mayor número de datos del texto antiguo, y que a ese objetivo ha de sacrificarse la vana servidumbre de la copia paleográfica. No me parece de recibo en su integridad la «propuesta concreta de presentación gráfica»: pero el mérito énfasis en ese particular, a una escala sin parangón en el campo en que el autor se mueve, lo interpreto como una reivindicación del papel del lector en el marco de una ecdótica total. En breve: mejor que en los viejos paradigmas (¡aquí de Kuhn!), el libro de Sánchez-Prieto se sitúa ya en el camino derecho hacia los nuevos. □

RESUMEN

Ante los muchos problemas a los que tiene que hacer frente un editor de textos medievales, la práctica más corriente entre los romanistas, nos recuerda Francisco Rico, ha sido la de reproducir más o menos fielmente la grafía de un «manuscrit de base». El libro que co-

menta, y del que es autor el profesor Sánchez-Prieto, viene a agitar la balsa de aceite de esa rutina con un raudal de propuestas, sugerencias y conclusiones, debatibles, desde luego, y es lo que hace el comentarista, pero siempre juiciosas y fundadas.

Pedro Sánchez-Prieto Borja

Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica

Arcos/Libros, Madrid, 1998, 264 páginas. 1.664 pesetas. ISBN: 84-7635-333-2.

Ciencia española: su investigación histórica

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) ha sido catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación «López Piñero» (Universidad de Valencia - CSIC). Ha publicado, solo o en colaboración, más de un centenar de libros sobre temas de su disciplina. Entre los más recientes figuran *La imagen del cuerpo humano en la medicina moderna* y *Breve historia de la medicina*.

En el horizonte académico de nuestro país y en su reflejo a través de los medios de comunicación, cada vez más disociados por la esquizofrenia de las «dos culturas», la historia de la actividad científica española continúa siendo un tema ajeno a la investigación. Lo habitual es ignorarla por completo y, cuando hay ocasión de referirse a ella, hacer afirmaciones terminantes sin rumbo alguno. Dichas afirmaciones se agrupan en la actualidad en torno a dos polos opuestos. Uno corresponde a los que aseguran de modo prepotente que «España ha sido un país ajeno a la ciencia», evitando el riesgo de ser acusados de patriotismo españolista con una «denuncia» que estiman valiente y progresista. El otro, a los que entonan panegíricos de «glorias científicas aisladas», que pueden ser mitificaciones y falseamientos inveterados, como el que padece Cajal desde hace tanto tiempo, o productos más recientes fabricados por los nacionalismos periféricos, el centralismo y el simple localismo. En ningún caso se siente la más mínima necesidad de información, con una irresponsabilidad que han encabezado las máximas personalidades de las «dos culturas». Como ejemplo, basta recordar que el rudo tópico de un Cajal sin raíces ni maestros fue exacerbado arbitrariamente por Ortega, cuando dijo que «surgió por generación espontánea», y por Ochoa, al asegurar que lo hizo por «milagro».

¿A qué puede deberse una situación tan anómala? ¿Por qué no se aplican a la historia de la actividad científica española los mismos criterios y métodos rigurosos que los investigadores de «letras» y de «ciencias» utilizan para hacer afirmaciones acerca de los temas que estudian? La respuesta no es sencilla, aunque parece claro que se considera una cuestión de carácter ideológico y una «tierra de nadie», sobre la que se puede hablar sin preparación específica de ninguna clase, a causa principalmente de los residuos de la «polémica de la ciencia española» y de la tardía introducción de la historiografía de la ciencia en nuestro país.

Los residuos de la «polémica de la ciencia española»

«Residuo», según el diccionario de la Real Academia Española, es «lo que resulta de la descomposición o destrucción de una cosa». Con este significado, nos referimos a los residuos de la «polémica de la ciencia española» que, como es sabido, consistió, en una mera proyección de imágenes «a priori» procedentes de ideologías que mantenían posturas opuestas. Los panegiristas ensalzaron las «glorias de la ciencia española» con la intención de justificar la organización sociopolítica y el sistema de valores que los negativistas pretendían invalidar con su negra imagen de «látigo, hierro, sangre y rezos». Sin embargo, los excesos retóricos triunfalistas, revestidos en ocasiones de alardes de falsa crudición, y las lamentaciones pesimistas de sus contradictores coincidieron en rechazar por completo la investiga-



O. PÉREZ D'ELÍAS

ción histórica del tema. Resultaba impertinente cualquier acercamiento serio a determinado aspecto del mismo y los que se hicieron fueron ignorados o duramente descalificados por los mandarines culturales de turno. Nada irrita más a los seguidores de planteamientos ideológicos, especialmente a los nacionalistas, que los intentos de conocer «lo que realmente sucedió».

Tras una larga trayectoria que aquí no resulta oportuno recordar, la historiografía de la ciencia se institucionalizó a mediados del siglo XIX en torno a dos grandes co-

rrientes. Desde la década de 1840, la historiografía de la medicina contó con profesionales, cátedras, institutos, revistas y tratados propios, sobre todo en Centroeuropa, Italia y Holanda. Un poco más tarde, sucedió otro tanto con la historiografía centrada en las ciencias físico-matemáticas, principalmente en el mundo de habla francesa y en los países escandinavos. España permaneció al margen del proceso de constitución de la disciplina desarrollado durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX en la práctica totalidad del resto de Eu-

ropa, con la única excepción notable de Gran Bretaña. De forma parecida a lo que sucedió en el Reino Unido, en nuestro país no fueron asimilados su sólida institucionalización y su complejo desarrollo metodológico y teórico. Para situar su relación con la «polémica de la ciencia española», resulta muy ilustrativa la crítica que Gustav H. Eneström, el gran historiador sueco de la matemática, hizo del discurso en la Real Academia de Ciencias de Acisclo Fernández Vallín, *Cultura científica de España en el siglo XVI* (1893): hubiera sido más fructífero el análisis serio de un sólo texto matemático que otra lista indigesta de autores y de libros, como también lo calificó el Menéndez Pelayo maduro, con una patente intención autocrítica de su propia obra juvenil.

Tosca visión de la ciencia

Consecuencia inmediata de ambos factores ha sido una tosca visión de la ciencia, exclusivamente reducida a las llamadas «grandes figuras», desenfoco desde el que resulta imposible interesarse siquiera por la actividad científica como un aspecto integrante de la dinámica social, económica, política y cultural. Es penoso comprobar hasta qué extremos ha llegado la absurda pugna de reivindicar o descalificar «grandes figuras» españolas.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la «polémica de la ciencia española» ha pasado a ser una «cosa descompuesta y destruida», pero sus residuos permanecen de manera más o menos vergonzante en declaraciones de políticos y dirigentes académicos, en el ensayismo irresponsable y en la información que habitualmente difunden los medios de comunicación de masas. Por otra parte, la historiografía de la ciencia ha acabado introduciéndose en España y en la actualidad cuenta con un razonable número de profesionales, que se reparte entre tres generaciones y se ha ido formando durante las últimas décadas sobre todo en torno a las contribuciones de primer rango de Pedro Laín Entralgo y José M.^a Millás Vallicrosa. Sin embargo, sus trabajos apenas tienen difusión en los ambientes académicos y el horizonte cultural medio. Dispersos en revistas extranjeras muy especializadas o arrinconados en publicaciones voluntaristas, que Javier Puerto ha calificado con humor negro de «clandestinas», no han conseguido que la historia de la actividad científica española sea considerada un tema normal de investigación.

El consumismo cultural y las grandes conmemoraciones

No hace falta recordar que el horizonte cultural medio español está hoy completamente dominado por el consumismo. Su repercusión en los estudios históricos sobre la ciencia es tan pernicioso como en todas las demás áreas. No se han traducido síntesis o tratados indispensables, ni tampoco innumerables monografías de gran importancia. En cambio, se editan en seguida versiones de textos procedentes de las modas que periódicamente lanza el mercadeo como supuestas innovaciones revolucionarias, destinadas a los que pretenden estar a la última sin esfuerzo alguno. Entre las recientes, figura la falsa renovación epistemológica de los constructivistas y su denuncia como «impostura intelectual» desde ideologías sacralizadoras de la «objetividad» y la «neutralidad» de la ciencia. Un hecho muy preocupante es que, con este motivo, algunos



Viene de la página anterior



O. PÉREZ D'ELÍAS

famosos científicos españoles hayan afirmado que la historiografía de la ciencia existe desde hace pocas décadas.

Al consumismo se asocia el retroceso de la institucionalización académica, resultante del final de la era de la «gran ciencia» y de su sustitución por la «hobby research», palabra clave de los planteamientos economicistas. Una de las peores manifestaciones de esta asociación ha sido la pérdida de una auténtica perspectiva internacional que, entre otros requisitos, exige conocer una amplia serie de idiomas. Por ello, la información sobre historiografía de la ciencia que manejan los desorientados seguidores de «solamente inglés» procede de bases de datos y repertorios con área de cobertura exageradamente sesgada, de obras de consulta con imperdonables lagunas y equivocaciones o de la desenfundada publicación británica de volúmenes con revoltijos «tutti frutti», que está empobreciendo y degradando el contenido de la disciplina.

En lo que respecta a la ciencia en España, la repercusión puede ejemplificarse en algunos libros sobre Felipe II que han figurado recientemente entre los «best-sellers», notables por el desconocimiento y los toscos errores acerca de la actividad científica más directamente relacionada con el monarca, que hubieran podido evitarse con la lectura de cualquier síntesis seria de hace varias décadas, sin necesidad de asimilar los resultados de investigaciones recientes.

Presupuestos e investigación

Algo parecido sucede con buena parte de las exposiciones y publicaciones motivadas por conmemoraciones oficiales, a menudo protagonizadas por personas sin preparación específica que disponen de exorbitantes presupuestos, que contrastan con el raquítico apoyo que reciben quienes dedican su vida a programas continuados de investigación. La mayoría de las del quinto centenario del descubrimiento de América contribuyeron paradójicamente a difundir

el lamentable tópico de que la naturaleza del Nuevo Mundo era «la gran desconocida» hasta los viajes de Humboldt, sin molestarse siquiera en conocer lo que éste dijo acerca de los naturalistas españoles del Renacimiento. En una fastuosa exposición del centenario de Felipe II aparecía amontonado entre las piezas relativas al coleccionismo de «maravillas» y al ocultismo uno de los atlas de historia natural más importantes de la época. Como era de esperar, los más graves desatinos de la conmemoración del 98 han sido los relativos a Cajal: algunos académicos e investigadores han llegado a excesos como explicar su excepcional destreza para el dibujo porque en su tiempo no existía aún la fotografía o afirmar que fue un innovador en la investigación bacteriológica. Ya va siendo hora de que su genial obra se trate con un poco de conocimiento y de respeto.

Por otro lado, conviene recordar que la ciencia suele aparecer en los medios de comunicación de masas a través de notas de agencia o, a lo sumo, de resúmenes de determinadas revistas, por lo general con anglicismos tan superfluos y atroces como los galicismos y germanismos que soportó mi generación en su juventud. En este contexto, no resulta extraño que el vacío informativo acerca de la historia de la actividad científica española se llene con lugares comunes procedentes de la peor divulgación de consumo angloamericana, a menudo formulados desde un mezuquino nacionalismo.

Puerta abierta al conocimiento riguroso

La situación que acabamos de resumir constituye un contexto ineludible para situar adecuadamente el reciente libro de José Manuel Sánchez Ron sobre la ciencia en la España de los siglos XIX y XX. A diferencia de otros muchos trabajos suyos, no ha aparecido en una remota serie internacional especializada o en una publicación «clandestina». Por el contrario, se trata de una obra

ampliamente difundida, que puede compararse en las librerías. Esta circunstancia y su contenido le permiten desempeñar la función de puerta abierta a un panorama radicalmente opuesto a la serie de carencias que componen la actitud hoy vigente ante la historia de la actividad científica española.

Su contenido es honesto y riguroso. En lugar de pontificar, subraya desde el prólogo las limitaciones de la síntesis que ofrece. Ello no sólo responde a un buen talento, sino a una seriedad que informa al lector acerca del estado actual de la investigación en torno al tema. No trata ningún aspecto sin ofrecer materiales sólidos, resumiendo noticias directas de las fuentes y resultados de análisis monográficos. Va señalando cuestiones importantes pendientes de estudio y las cautelas que casi todas exigen. Gran parte de la exposición está basada en los trabajos del propio Sánchez Ron, entre los que figuran estudios de conjunto sobre las ciencias físico-matemáticas del siglo XX, la aeronáutica y la ciencia, la integración social de la actividad científica y técnica hasta la Guerra Civil y sus implicaciones con el poder, así como otros relativos a instituciones, especialmente la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y el Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica, y a autores como José de Echegaray, Blas Cabrera, Miguel Catalán, Esteban Terradas, Emilio Herrera, Julio Rey Pastor, etc. Por

otro lado, se fundamenta en la asimilación de un elevado número de trabajos ajenos, cuyos autores se citan repetidas veces en el texto además de recogerse con cuidado sus referencias. Resulta chocante que dicho cuidado no se aplique a las publicaciones propias, ya que incluso en la bibliografía falta la serie, desgraciadamente interrumpida, *Biblioteca de la Ciencia Española*, dirigida por el mismo Sánchez Ron, que merecía sobradamente una mención aparte. Es un defecto menor que quizá le evite la acusación de narcisismo.

El libro comienza con una atractiva recapitulación de la ciencia y la tecnología en la España de los primeros siglos modernos, que opino debería haber figurado de alguna manera en el título. Ofrece a continuación once capítulos, cuatro de ellos dedicados al siglo XIX (naturaleza y biología; física, matemáticas y química; Echegaray, Torres Quevedo), otros cuatro, al primer tercio del XX (Junta para Ampliación de Estudios; Blas Cabrera y la física; Rey Pastor y la matemática; ciencias naturales y biomédicas), uno, a «La Guerra Civil y la ciencia» y los dos finales, al período franquista (relativos principalmente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica y la Junta de Energía Nuclear). El estilo es claro y de agradable lectura, como es habitual en las síntesis del autor. □

RESUMEN

Al comentar el libro de Sánchez Ron, López Piñero anota que la historia de la actividad científica española continúa siendo un tema ajeno a la investigación en el horizonte académico y en su reflejo en los medios de comunicación. Se considera una cuestión ideológica y una «tierra de nadie», sobre la que se puede hablar sin preparación, a causa principalmente

de los residuos de la «polémica de la ciencia española» y de la tardía introducción de la historiografía de la ciencia en España. Al ofrecer un conocimiento honesto y riguroso de la de los siglos XIX y XX, esta obra constituye una puerta abierta a un panorama radicalmente opuesto a la serie de carencias que componen dicha actitud.

José Manuel Sánchez Ron

Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)

Taurus, Madrid, 1999. 468 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-306-0363-8.

La desaparición de lo real

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es escritor y periodista. Ha sido redactor jefe en «Cuadernos para el Diálogo» y jefe de Opinión y de Cultura del diario «El País», donde escribe habitualmente. Es autor de *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*, *Días sin fumar*, *El éxito y el fracaso*. Con *El planeta americano* obtuvo el Premio Anagrama y con *Señoras y señores* el Premio Espasa, ambos de ensayo.

En 1994 Jean Baudrillard publicó un libro del que este ensayo, *L'échange impossible*, es su culminación y su reflejo. Aquél llevaba por título *El crimen perfecto* y se ofrecía como el flagrante testimonio del asesinato de la realidad. Junto a ello, también se registraba el exterminio de la ilusión vital o de la ilusión radical del mundo. La gran pregunta filosófica había sido hasta ese momento «¿por qué existe algo en lugar de nada?», pero ahora en este punto de la actualidad, la interrogación pertinente debía ser: «¿Por qué no existe nada en lugar de existir algo?».

Para el autor, la realidad del mundo habría sido doblada a estas alturas por el simulacro o la hiperrealidad y no sería posible ya encontrar rastros de lo representado. El significante habría absorbido el significado y la representación, la iconosfera, la pantalla total (*Écran total* es el título del volumen donde se recogen sus colaboraciones en *Libération*) lo comprendería todo. Los medios de comunicación, los mitos, las sublimaciones, las nuevas imágenes de nuestro tiempo ocuparían el escenario de visión y de ese ámbito habría sido desalojada cualquier trozo de realidad y hasta las limaduras mismas. Antes, lo real se contraponía a lo irreal y de ahí cobraba su energía, su legitimación y su visibilidad, pero ahora lo real no se opondría ya a lo irreal, sino que sería doblado irónicamente por lo virtual y la tensión se desintegraría.

En cualquiera de los territorios que se consideren, en el sistema económico, en el cultural, en el sexual, en el de la comunicación, los intercambios con un patrón sólido y de referencia habrían cesado de producirse y, como consecuencia, el mundo sin contramundo que le procurara firmeza y definición emprendería una deriva extraorbital, fuera de rumbo, repitiendo sin cesar la indeterminación de su destino.

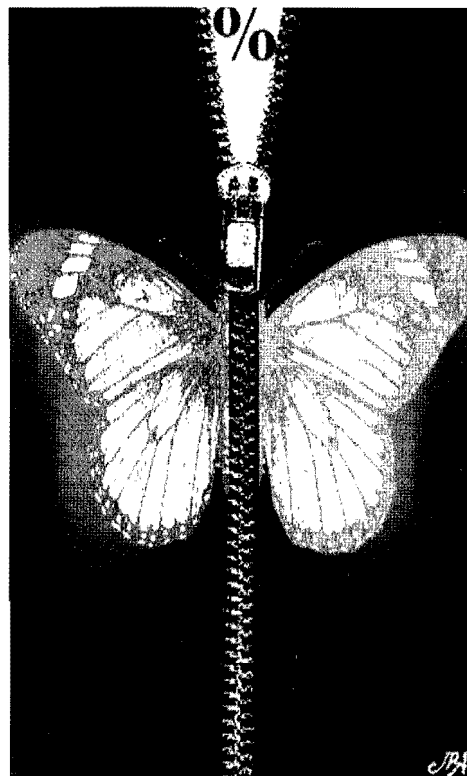
Para entender a Baudrillard hay que atender a una concepción de la filosofía que actualmente se encuentra relativamente extendida y no teorizada explícitamente, como es el caso del autor francés. El discurso de Baudrillard es así de un orden poético, no sólo porque recurra a metáforas, acercamientos y modos de designación de este estilo, sino porque lo que parece ser un requisito esencial de la filosofía, rechaza programáticamente comenzar por alguna forma de «introducción», como diría Vattimo. Baudrillard, como Derrida, propone bellísimas meditaciones sobre términos y conceptos

cargados de historia filosófica, pero sin teorizar nunca la necesidad «lógica» de tratar precisamente esos temas.

Así, *L'échange impossible* arranca de esta proposición rotunda, originaria y final: «Todo parte del intercambio imposible». La incertidumbre del mundo provendría de comprobar la falta de equivalente en ninguna otra parte y, en consecuencia, concluir que no puede permutarse con nada. La incertidumbre del pensamiento contemporáneo procedería de que no se intercambia ni contra la verdad ni contra la realidad. No hay término de intercambio para afirmar una categoría, ni hay mal contra bien, ni feo contra hermoso, ni moral contra inmoral y cada elemento, falto de su contrario, privado de equivalencia y sentido, gira sobre sí mismo en una sucesión sin fin. Se trate de la esfera jurídica, de la política o de la estética la falta de equivalencia crea el mismo efecto reproductor de la indiferencia y la anulación del significado.

La política aparece llena de signos y aparentes sentidos pero no habría nada, fuera de ella, que pudiera justificarla a nivel universal porque, de hecho, todas las tentativas para cimentar la política a un nivel metafísico o filosófico han fracasado. La política absorbe cuanto se le aproxima y lo convierte en su propia substancia pero ella misma no alcanza a reflejarse en una realidad superior que le otorgue legitimación y fundamento. Se extiende la política hacia otros territorios hasta convertir todo en política (como todo tiende a convertirse en economía, en estética, en sexualidad), pero crece a la manera patológica de la multiplicación de células en el cáncer, sin la seguridad de un propósito o finalidad. Incluso en la esfera de lo biológico, la incertidumbre sería hoy su mayor característica. Los esquemas de investigación o de experimentación genética se ramifican actualmente hasta el infinito y, a medida que se ramifican, más queda en suspenso la cuestión crucial: ¿quién gobierna la vida?

Todo sistema, para obtener solidez, tiende a inventarse un principio de equilibrio, de intercambio y de valor, de causalidad y de finalidad, que juega sobre opciones tan regladas como lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, el signo y su referente, el objeto y el sujeto. Mientras la situación mantiene este movimiento bipolar, «todo va bien», dice el autor. El naufragio sobreviene cuando cesa esta relación par y el sistema se dispara, sufre un cortocircuito que engendra su propia masa crítica y se descompone. De hecho, cuando no existe sistema de referencia interna, cuando no persiste equivalencia «natural» ni finalidad contra la que intercambiarse, se desemboca en una fase exponencial y en un desorden especulativo. Hoy todo aquello que aspira a intercambiarse con alguna cosa choca —afirma el autor— contra El Muro del Intercambio Imposible. Todas las tentativas para concederle valor y sentido al mundo fracasan contra ese límite o esa pantalla opaca que



JUAN RAMÓN ALONSO

no deja acceso a la alternativa de un contramundo.

En *El crimen perfecto* Baudrillard exponía con vehemencia algunas de las conclusiones que aquí se plasman adornadas. En *El crimen perfecto* se hacía mención del cuerpo recién asesinado, pero aquí ha desaparecido el cadáver y no hay rastro siquiera de las huellas. Se trata de la desaparición de la misma apariencia, la auténtica consumación. «La auténtica fórmula del nihilismo contemporáneo —dice Baudrillard— es el nihilismo del valor mismo». La evaporación de todo sentido del valor y su disipación en miles de reflejos inconexos y desprovistos de cualquier energía. *L'échange impossible* viene a firmar, en definitiva, el acta que recoge las consecuencias de esta entropía y el detalle de sus efectos melancólicos.

La fatalidad de lo inútil

Cuando el mundo o la realidad cuentan con un equivalente adquieren entidad y sentido, pero cuando el mundo o la realidad tienen en lo virtual su equivalente (artificial) se vuelven inexorablemente inútiles. Cuando la clonación (sin intercambio) y no la procreación basta para la reproducción, el sexo se vuelve una función inútil; cuando la voluntad y la inteligencia pueden resumirse en el cerebro y la trama neuronal, el cuerpo se revela como una función inútil; cuando la informática y el automatismo maquinista bastan para la producción, el trabajo se transforma en una función inútil; cuando reinan las memorias artificiales sobre todas las cosas, nuestras memorias orgánicas se declaran superfluas. Cuando, en fin, la relación sucede entre terminales interactivos sobre la pantalla global, el Otro se convierte, por antonomasia, en una relación inútil.

Ahora bien ¿qué es del Otro cuando, en virtud de este proceso, ha desaparecido en la relación? ¿En qué se convierte lo Real o qué es del cuerpo cuando han sido sustituidos por sus fórmulas operativas? ¿Qué queda del sexo, del trabajo, del tiempo, y de todas las figuras cuando se les asesta el golpe de una síntesis tecnológica? Una vez que los seres han sido reducidos a su ADN y su código genético, ¿qué hacer de ese ser humano residual? Lo particular de estos casos —declara Baudrillard— es que la reducción de la categoría viviente no conlleva su extinción,

sino que la convierte como en una partícula indegradable que, como los elementos indegradables, continúa existiendo más allá del fin y siguen creciendo de una manera fantasmal, como las extremidades de un miembro amputado, como los cosmonautas de Ballard, muertos hace tiempo pero satelizados a perpetuidad, igual que las instituciones políticas y culturales que prosiguen su trayectoria en el vacío. O, en suma, tal como la luz de las estrellas muertas y el juicio de Dios que siguen estando ahí cuando su causa ha muerto.

La puesta en entredicho de la Realidad que expone Baudrillard no proviene, pues, del pensamiento filosófico, sino de la Realidad Virtual que genera un proceso de duelo o una melancolía difusa. Algo del género de la «saudade» en el sentido de padecer tristeza no por lo que ha muerto, sino por lo que ha desaparecido. Porque lo Real, para ser exactos, se ha desvanecido y ahora no sabemos hacer otra cosa que contarnos su antigua historia tal como hacían los ancestros repitiendo los rituales para conjurar las asechanzas de los fantasmas. Nos contamos la historia de lo Real como antes nos contábamos la historia del crimen originario, una vez que se ha cumplido el asesinato perfecto.

Desde hace años Baudrillard ha emprendido un discurso sobre la sociedad contemporánea que aspira a lograr un diagnóstico omnicompreensivo de nuestro mundo batido por las comunicaciones y las apariencias. Su modo de aproximación, sin embargo, no responde ya a la metodología sociológica que orientaba su producción de los años setenta. Durante un largo período Jean Baudrillard se resistió a admitir que su discurso había abandonado los presupuestos del conocimiento científico para acercarse al texto poético y todavía a finales de los ochenta mantenía debates con marxistas y ex marxistas, con sus epígonos y sus detractores de la generación de Finkelkraut, Bruckner o Luc Ferry. Ahora Baudrillard, por fin, se concreta como un caso singular sin mejor precedente que Bataille, Barthes o Cioran, y sin discípulo reconocible alguno en su territorio. Todos sus admiradores se convierten en imitadores y todos sus exégetas se confunden en la pretensión de transformarlo en un producto de «intercambio». Pero el patrón Baudrillard es, ciertamente, de «échange impossible» y las tentativas para abordar sus escritos desde la aprehensión racional están abocadas a la desfiguración absoluta. Sus páginas, desde 1983 en que apareció *Les stratégies fatales* en Grasset ha tomado una deriva al margen del pensamiento académico convencional para convertirse en materia intransportable, intraducible, no degradable, invulnerable incluso a los juicios desviados que ha aireado Sokal en su célebre *Imposiciones intelectuales* y ajena a las disciplinas que se encuadran en el grupo de las ciencias sociales. Su obra crece con una distinción que, a estas alturas, se entiende sólo dentro de sí misma y que, acaso, por la forma en que se ha escrito, augure una forma de ensayar más común a la hibridación de géneros e inteligencias mixtas del siglo XXI que a las herencias racionales de la modernidad que se clausura. ||

En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, Antonio Bonet Correa, Guillermo Carnero, José Juan Toharia, Miguel Ángel Alario e Ismael Fernández de la Cuesta.

RESUMEN

El reciente ensayo de Jean Baudrillard es culminación y reflejo de otro anterior, *El crimen perfecto*, en el que se testimoniaba el asesinato de la realidad. En aquel texto, como en éste que suscita el comentario de Vicente Verdú, el ensayista francés subraya que la realidad del mundo ha sido doblada por el simulacro

o la hiperrealidad, no siendo posible ya encontrar rastros de lo representado. El discurso de Baudrillard es de orden poético, recurre a metáforas y propone bellas meditaciones sobre términos y conceptos cargados de historia filosófica, pero sin teorizar nunca la necesidad «lógica» de tratar esos temas.

Jean Baudrillard

L'échange impossible

Galilée, París, 1999. 190 páginas. 155 francos. ISBN: 2-7186-0521-9.

Diccionario esperado, oportuna ortografía

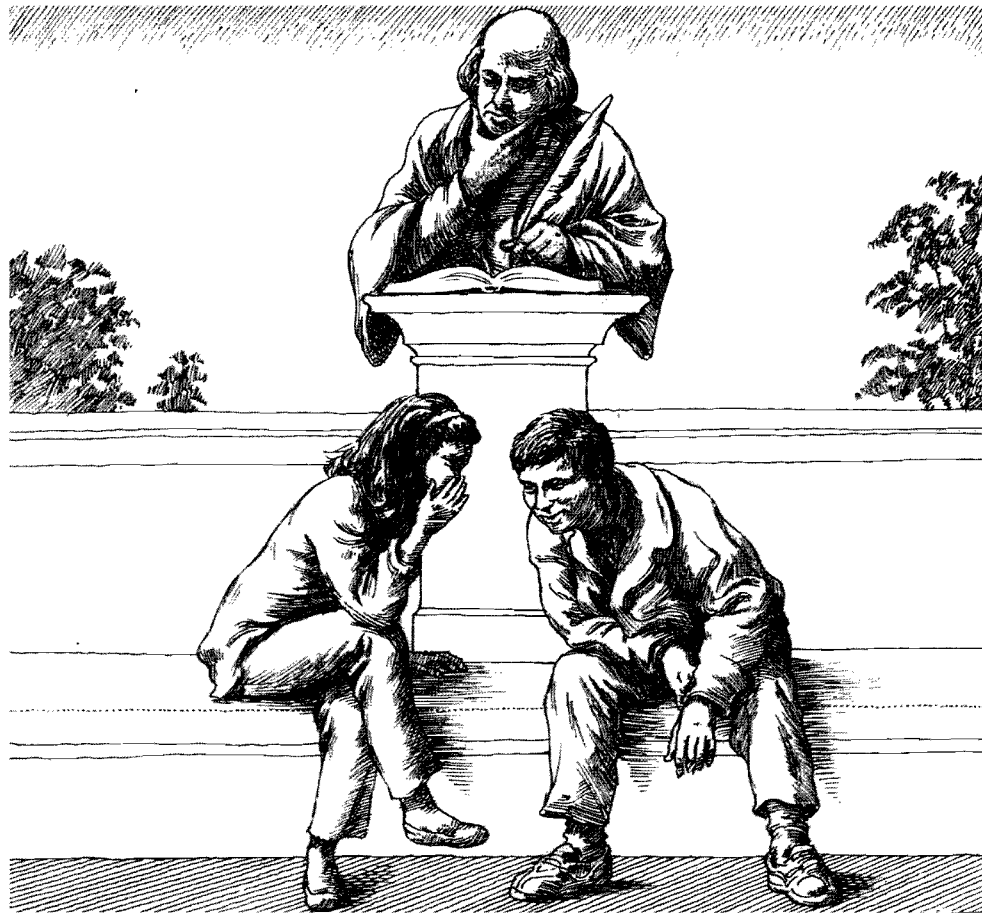
Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de *El español de hoy, lengua en ebullición*, *El español y otras lenguas*, la edición de *Obras Selectas* de Jonathan Swift, *Anglicismos hispánicos* y *El español en la encrucijada*.

La aparición casi simultánea de dos obras de lenta elaboración, cuya consulta se ha de hacer imprescindible para el público hispanohablante, es una exigente invitación –ahora lo llamarían reto–, para quien lleva ya una larga vida pensando en (el) español. Pero aparte de invitación no formulada, quien esto escribe siente la obligación insoslayable de opinar libremente sobre los dos empeños que han desembocado en tales obras.

He dudado al escribir el título de este comentario por haber dedicado el último publicado en esta revista a otra proeza de la lexicografía individual que solemos llamar «el Moliner». La duda partía del temor de enfrentar en SABER/Leer dos obras que no debemos juzgar competitivas ni rivales sino acaso complementarias, productos de una manera distinta de concebir las funciones y objetivos de un tesoro léxico de uso general.

Mi interés actual por la ortografía es realmente accidental. Al reseñar en esta revista (núm. 55, mayo 1992, «La ortografía, de moda») dos libros de J. Polo y J. M. de Sousa, me invitó el director de la Real Academia a que revisara la 2ª edición, 1974, entonces vigente, del cuaderno –47 págs.– que la corporación publicaba con el título de *Ortografía*. Advirtiéndome en mi respuesta –10 folios– que aceptaba el encargo con escepticismo, me limité a presentar, con el título de «apostillas», una serie de ideas que pudieran aclarar, a mi juicio, algunos de los puntos más polémicos de las en general sensatas normas académicas. Vista la flamante edición de la *Ortografía* (1999), no es menester decir que mis «apostillas» no cumplían el propósito de la dirección, que sin duda alguna era más deseable y ambicioso. Todavía reacio, intervine, con plural compañía, y así consta, en las páginas de la ortografía escolar (1996), y, colaborando con el hoy director, en la primera versión de la obra aquí comentada. Pero si no



FRANCISCO SOLÉ

niego que alguno de los errores propios se haya filtrado en el texto definitivo, debo proclamar que el conjunto resultante y sus virtudes poca deuda tienen con mi escéptica intervención. Creo de rigor añadir que el éxito previsible de la obra hay que atribuirlo a ese experto en relaciones públicas, nuestro director, que ha sabido buscar y encontrar la conformidad y el apoyo de las academias hermanas.

Tenemos, pues, unas normas ortográficas que, pese a las críticas, superan en claridad y aceptación a las observadas en los textos ingleses, nuestros grandes y respetados rivales en el mundo de la comunicación universal. Conocidas de todos son las diferencias ortográficas, algunas ya salvadas, que separan el uso británico del norteamericano (*defence-defense*, *programme-program*, *travelling-traveling*, *kerb-curb*, *gaol-jail*) y otras fomentadas por la prensa (*Tehran-Teheran*), sin contar las grafías caprichosas adaptadas del español (*Albuquerque,*

Monterey) para la toponimia del Sudoeste de los EEUU.

La nueva *Ortografía* académica está llena de aciertos que sería pecado no mencionar. Aunque en lo fundamental –lo estrictamente ortográfico– se mantenga en los límites ya conocidos de la edición anterior, la mera expansión del contenido –de 47 a 162 páginas– confiere a la reciente publicación la nota de seriedad y solidez que acostumbramos a ver asociadas a las normas de toda índole. Y es que por mucho que se ensalce la sencillez innegable de las reglas de acentuación, por ejemplo, y de la correspondencia, ya anticuada, entre sonidos y grafías, la evolución imparable de una lengua viva y sana y su expansión geográfica invitan ya a adoptar medidas de actualización para sancionar usos irreversibles que conviene ir aceptando poco a poco, como es costumbre en la Academia desde su fundación. A ese criterio obedecen grafías actuales como *profeta*, *Ortografía*, *Cristo*, *reúma*, *médula*, *jipío* (antes *propheta*, *orthographia*, *Christo*, *reuma*, *medula*, *hipido/jipido*).

Sería pretensión ociosa enumerar todas las innovaciones que ofrece esta *Ortografía* –p. ej. uso de la tilde– que acertadamente se presenta como «panhispánica», tras haberse conseguido la colaboración y apoyo de las academias hermanas. Acaso en lo más innovador del texto actual es donde encontramos motivo de divergencia precisamente por no haber sido objeto de compulsión general entre los afectados. Nos referimos sobre todo a los dos apéndices

–abreviaturas y topónimos– que nunca fueron sometidos a reglamentación académica y que libres de ataduras que los uniformaran crecieron un tanto anárquicamente. Más de un crítico de la nueva *Ortografía* ha observado en ellos ciertas leves inexactitudes que revelan cierta premura o falta de reflexión en sus redactores –situar Arabia en África, llamar estados a la provincia austriaca de Estiria y al cantón suizo de Turgovia, adjudicar el río Mosela sólo a Francia, etc.–; por otra parte, debe alabarse la cautela adoptada al abstenerse de opinar sobre puntos polémicos, como pueden ser las divergencias entre los nombres tradicionales en español y los defendidos e impuestos por los nativos de un territorio o sus gobernantes. Al cabo de los siglos lo que llamamos Grecia es aún para sus habitantes Hellas; en cambio, cualquiera recuerda que San Petersburgo recobra su primer nombre tras llamarse antes Leningrado, y antes Petrograd. Las autoridades chinas han decretado cómo deben escribirse en alfabeto latino los nombres de sus ciudades: no Pequin ni Pekín, sino Beijing, no Cantón sino Guangzhou. Birmania, a veces nombrada en inglés Burma, se convirtió oficialmente en Myanmar; Camboya, a veces Cambodia, fue luego Kampuchea, pero ha vuelto a sus orígenes; la isla de Formosa es hoy Taiwan; un buen día oiremos que las Filipinas se llaman ahora *Pilipinas*, como dicen sus sellos de correo. La *Ortografía* aprobada evita pronunciarse sobre el nuevo estado de *Malaisia*, identificado por rutina con la antigua *Malasia*, algo así como si llamáramos *Germania* a la actual Alemania. Nada hay que decir sobre los topónimos españoles, que figuran con su grafía castellana y las distintas variedades gallegas, catalanas o vascuences aceptadas como oficiales.

Quedan sin aclarar –esperemos a la próxima edición– dudosas trasliteraciones de otros alfabetos, ruso o griego, de que ya nos hemos ocupado: *Enisey/ Yenisei, Yeltsin/Ieltsin, cariocinesis/carioquinesis/ kinesis, Yekaterinburg, Ekaterimburgo* (cuna de *Yeltsin*, no de *Eltsin*). Sabido es que los nombres árabes, de fluctuante vocalismo, se resisten a la uniformidad: *Mogreb/Magreb, Mahoma/Mohamed/Muhammad*.

El nuevo Seco

Más como complemento que como contrapunto a la *Ortografía*, obra normativa, aparece ahora otra eminentemente descriptiva: el *Diccionario del español actual* que, como queda dicho, era una obra esperada y deseada hace tiempo. Quien esto escribe, que ha vivido de cerca las vicisitudes y preocupaciones lexicográficas del autor principal desde hace treinta años, sabe de su entrega, de su integridad y de su modestia a la hora de reclamar sus laureles, que generosamente brinda hoy a sus dos colaboradores más asiduos. Aparte de otros méritos indiscutibles creo que hay uno que destacar, sobre cualquier otro de esta obra



En este número

Artículos de

Emilio Lorenzo	1-2-3	José Juan Toharia	8-9
Antonio Bonet Correa	4-5	Miguel Ángel Alario	10-11
Guillermo Carnero	6-7	I. Fernández de la Cuesta	12

SUMARIO en página 2



Diccionario esperado, oportuna ortografía

y de empresas paralelas, la integridad y solvencia del material ofrecido. Ya ha habido voces que echan de menos lo jamás anunciado, tales o cuales palabras ausentes, tales o cuales autores olvidados. Pero si uno lee con atención los postulados y límites con que los tres autores declaran sus intenciones, nadie puede llamarse a engaño, pues lo anunciado se cumple rigurosamente en el tiempo y en el espacio. «Las 75.000 entradas contenidas en este diccionario representan (...) el léxico usado en España correspondiente a un estado "presente" de nuestra lengua cuyo punto de arranque hemos situado en los mediados del siglo XX». Debe hacerse constar aquí que las citas más antiguas son de principios de 1955 y las más recientes de finales de 1993. Ello justifica de sobra el «apellido de "actual"» que exhibe el título y la «condición de primer diccionario sincrónico de nuestra lengua». No hay que buscar, pues, citas de Garcilaso, Cervantes o Pérez Galdós ni peculiaridades del Río de la Plata, México o Colombia. Pero también hay restricciones en la incorporación de usos de España en el

período acotado, pues no se registran las palabras que rebasan los límites de un grupo social o de una especial actividad y en cuanto a la vigencia geográfica se señala como regional el uso de ciertas palabras en un área determinada. Todo esto en lo que se refiere a lo que el usuario exigente puede echar de menos, pero que queda ampliamente compensado por la inclusión de voces y expresiones que ningún lexicógrafo soñó jamás ver impresas en un diccionario serio.

Estar en el diccionario

El *Diccionario del español actual* (DEA) ha de colmar, sin duda, los deseos de todo hispanohablante preocupado por saber si tal o cual palabra está «en el diccionario» (cuál sea éste es algo que la mayoría no se pregunta; la letra impresa le confiere autoridad). Así, cientos, miles de palabras que seguimos viendo entrecomilladas o en cursiva reciben el respaldo de quienes llevan medio siglo o más calibrando el uso de lo escrito en español. Porque una de las virtudes editoriales que enorgullecen a los autores es la de documentar cada significado o acepción con el ejemplo correspondiente, algo que no se hacía sistemáticamente desde el *Diccionario de Autoridades* (1726-39). Lo que sí cambia, si arriesgamos una comparación con la empresa académica dieciochesca, es el concepto de «autoridad» para justificar los ejemplos utilizados. Mientras que los redactores de entonces necesitaban el testimonio de escritores de solvencia reconocida, nuestros modernos lexicógrafos no requieren más documentación que la de la letra impresa en publicaciones de uso general, que igual pueden ser libros de texto (universitarios y de bachillerato) que el *Boletín Oficial del Estado*, guías de hoteles, prospectos o catálogos comerciales, guías telefónicas, leyes, reglamentos, decretos u otras ordenanzas, entre las que destacan el *Código Penal*, la *Ley Orgánica del 66*, el *Esbozo* de la RAE e incluso instrucciones para el buen manejo de una máquina. Poco se les ha escapado a estos redactores, que han examinado más de 1600 libros e impresos varios, así como miles de números de más de 300 publicaciones periódicas de todos los rincones de España. Si la «autoridad» de los diccionarios hasta ahora se la confería el DRAE, del cual todos, en mayor o menor grado, eran tributarios, el DEA no le va a la zaga en el respaldo

de máximas autoridades literarias. Aparte de antologías que recogen textos de varios autores —así las anuales de teatro seleccionadas por F.C. Sainz de Robles, doce años después del 1956—, están ampliamente representadas las figuras máximas de la narrativa española, encabezadas por Cela y Delibes, seguidas por Torrente, G. Pavón, M. Gaité, Cunqueiro, A. Zamora, Ana M.^a Matute, C. Bonald, M. Arce, Laforet (sólo *La mujer nueva*, 1955) M. Santos y otros, como Umbral, Luis Goytisolo o V. Montalbán, citados en nuestras veinte páginas escogidas al azar. No faltan autores menos famosos, pero que aportan ejemplos significativos de la narrativa actual: Aldecoa, Arturo del Hoyo, Andrés Berlanga, D. Medio, J. L. Sampedro, etc. Tampoco faltan los humoristas Mingote, Forges, Peridis, etc. Esta relación no pretende ser exhaustiva, pero sí dar una idea del ambicioso propósito de los autores de incluir en su inventario el mayor número de testimonios escritos.

Sin poner en duda la influencia de lo literario en la lengua escrita, debe prestarse también especial atención al papel que en el vocabulario del español medio siempre han desempeñado los libros de texto, cuyas palabras o frases, aprendidas tantas veces a regañadientes, perviven, más o menos funcionales, hasta la vejez. Los autores no han desperdiciado la ocasión de papelear los manuales más difundidos del Bachillerato español, ya sean los de anatomía y ciencias naturales de R. Alvarado, Bustinza, IbarraCabetas, la filosofía de R. Gamba, la lengua y literatura españolas de Blecuá y Correa-Lázaro, la historia de Vicens, etc. Téngase en cuenta que pese a las críticas constantes de que es objeto, el actual bachillerato puede exhibir hoy unos dos millones de escolares en centros públicos y privados expuestos al léxico, a veces enrevesado de los textos, frente a los escasos 200.000 de hace medio siglo.

Una gran vía de acceso al DEA la han encontrado cientos de palabras y expresiones marginadas hasta ahora en los diccionarios convencionales, a saber, los extranjerismos y las voces y frases malsonantes. En los primeros ha de extrañar al lector toparse con términos —documentados, por supuesto— de difusión un tanto limitada. Entre las segundas —también documentadas— creo que el filtraje ha sido menos riguroso, acaso porque se produjo antes de imprimirse el texto original. Así, es posible encontrar un gran número de anglicismos ausentes en el *Nuevo Diccionario*

de anglicismos (1997), de F. Rodríguez, como *follow me, hearing, (e)status, hereford, hop, gateway, duffle-coat, muffin, scalp, scat, scrubber, scull, spider, splitting, stack, stokes, stol, styling, turismo, hully-gully*, etc. Aunque no se indica la etimología, cabe considerar anglicismos, otros muchos, *sha, shampoo, shangainés, shantung, sherpa, shetland, shii(ta), shogún, showgirl, shuntar*, etc., que faltan también en el citado diccionario. Algunos están ampliamente documentados: a *underground* se le dedican 20 líneas; otros figuran en frases hechas como *no comment, on-line, on the rocks, off the record*. Se incluyen también galicismos como *cul-de-sac, maître, parquet, gonflé, vichyssoise, nonchalante, plafond/plafón, demi-mondaine, cruasán, volován, écuyere, surmenage, vis-à-vis, volâ*; rusismos como *vodka, sputnik, agitprop, glasnost, perestroika, stajanovista, nomenklatura (sic), politburó*; germanismos como *Weltanschauung, putsch, panzer, kitsch, vopo* (pero no *gestapo*), *gestalt, realpolitik, delicatessen, bunker* 'fortín', *ostpolitik, bundestag*; italianismos como *crescendo, viola da gamba, fa presto, aggiornam(i)ento, spinto, staccato, capo, vendetta*, etc.

De los ejemplos citados se infiere ya que el problema de la transcripción o adaptación no ha entorpecido el deseo de documentar las variantes de una palabra; algunas aparecen con varias grafías distintas, p. ej. *yoghourt/yogourt/yogurt/yogur; whisky/güisquí, whiskey* (no incluye las americanas *hisky, huiquí*); *crocant/crocante/crocanti; croissant/cruasán, sabiondo/ sabihondo/sabijondo*. No hay restricciones en la aceptación de grupos consonantes anómalos: *Lahnda, Kwashiorkor* 'malnutrición', *kraft, kneset, kitsch, ketchup, xhosa* 'etnia negra bantú', *iswana* 'idem', *ylang-ylang* 'aceite', etc.

Más que los extranjerismos al usuario actual le va a sorprender encontrar voces y frases consideradas hasta hace poco vulgares, jergales, inusitadas, marginales o malsonantes: *coñazo, pasapiri* 'pasaporte', *meódomo, dodotis, ojímetro, pichinglis, pelu* 'película, peluquería', *seño, pellas* 'novillos', *pelotazo, pompi(s), pijo* 'niño bien', *chapero, sudaca, cubata, mecachis, soseras, rojeras, guay* 'estupendo', *guaperas, puticlub, cunnilingua, polvo, paja* y su fraseología. No podía faltar, también entró en el Moliner 2ª edición, la sorprendente expresión *de puta madre* = muy bueno. La Academia



Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Diccionario esperado, oportuna ortografía», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Ortografía de la Lengua española</i> , de autores varios, y <i>Diccionario del español actual</i> , de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos	1-2-3
«Madrid y su historiografía», por Antonio Bonet Correa, sobre <i>Madrid en sus libros</i> , de Antonio Pau Pedrón	4-5
«Con el humo de aquella gran hoguera», por Guillermo Carnero, sobre <i>Viajero de soledades. Estudios sobre José María Hinojosa</i> , de Julio Neira	6-7
«Jueces y política», por José Juan Toharia, sobre <i>Estado de Derecho. Problemas actuales</i> , de Liborio Hierro	8-9
«La edad de la molécula», por Miguel Ángel Alario, sobre <i>The Age of the Molecule</i> , de Nina Hall (ed.)	10-11
«Música árabe-andaluza», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>Instruments de musique du Maroc et d'Al-Andalus</i> , de Catherine Homo-Lechner y Christian Rault	12

Viene de la página anterior



abrió hace años el portillo a *gilipollas* y el DEA añade siete formaciones más de derivados o compuestos de *gili*. No faltan los latinismos, todavía muy vivos, que el lector ha de agradecer: *in fieri, terra nullius, ex aequo, tabula rasa, deus ex machina, sub iudice, sub specie aeternitatis, habeas corpus, ferendae sententiae*, etc.

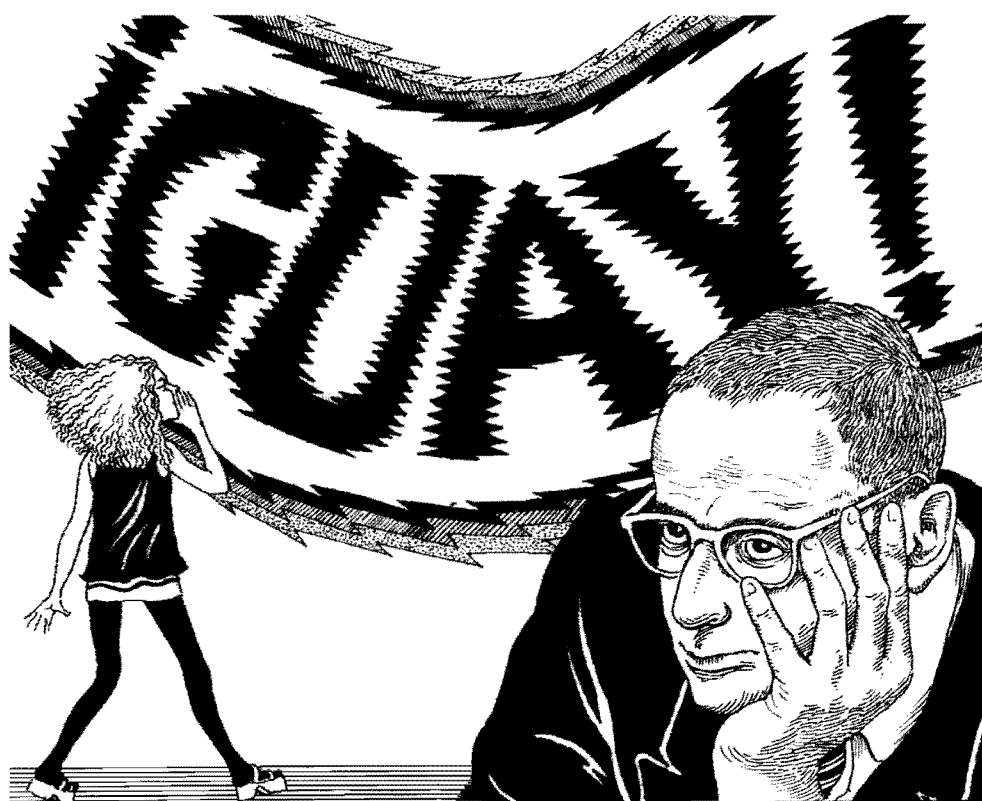
De gran utilidad para el usuario ha de ser la inclusión de muchos neologismos cultos que se filtran en la lengua general fuera de los conductos especializados. Uno ha de confesar su ignorancia ante creaciones como *taquistoscopio, roetgenoterapia, regloscopio* 'para reglaje de faros', *dismnesia, disquinesia, descarbosilaxa, encefalina, cumanagoto, endometriosis, epa-nalepsis, celulolipolisis, zooxantela*, etc., pero todas están documentadas y si lo están, el lector perplejo o intrigado agradecerá no tener que acudir a un diccionario especial. Si éste fuera un diccionario de frecuencias, se podría objetar que tales términos son tan raros que difícilmente deberían figurar al lado de otros de presencia evidente, aunque atenuada por su rareza. Así, la gran aportación española al automovilismo mundial, el famoso *biscúter*, aparece adecuadamente descrita con el añadido «(hoy raro)», pese a que como nombre propio pervive en el de un popular personaje de las novelas de V. Montalbán.

La misma indicación de infrecuencia cabría esperar en la aparente omisión de voces advertida por los apresurados comentaristas que no han consultado las ilustrativas páginas en que se explican las «características del diccionario» (págs. XIII y sigs.) y la copiosa bibliografía de obras y autores citados que cierra el segundo volumen (págs. 4615-4638). Si en los diccionarios clásicos, que abarcan siglos de la historia del español, echamos de menos alguna palabra, no debe extrañar que en los 38 años que abarca el DEA, falten también otras.

A disposición del usuario

Mas el lector no ha de sentirse defraudado. Ya hemos señalado lo que los autores ofrecen y cumplen poniéndolo a disposición del usuario. La tradición lexicográfica de la Academia, que Seco conoce muy bien por haber trabajado años en la redacción del *Diccionario histórico*, convertía el esfuerzo de sus redactores en un mero registro de voces escritas en español a lo largo de los años, sin importar si se usaban todavía en el mismo sentido ni su ámbito de difusión geográfico o social. Seco nos recuerda cómo la voz *paje*, salvo en la ortografía (antes *page*), tiene como acepción principal y primera la misma definición en el siglo XVIII (1ª edic. del DRAE, 1780) que ahora: «Criado cuyo ejercicio es acompañar a sus amos, asistir en las antecámaras, servir a la mesa y otros ministerios decentes y domésticos». Se añadía entonces que «por lo común son muchachos y de calidad». Seco tiene razón: la Academia podría haber dedicado algún tiempo a actualizar esta descripción, claramente anticuada, de la realidad.

Uno de los principales méritos del trabajo de los tres autores del DEA es el de haber dedicado treinta años a crear, de nueva planta, y con materiales recogidos por ellos, un inventario de 75.000 palabras documentadas en textos impresos (la cursiva es nuestra) del período acotado. Se ha prescindido de los testimonios orales por dos razones: la primera, «el propósito de mostrar de manera garantizada y comprobable la realidad de los usos, cosa imposible en los enunciados hablados»; la segunda, por «la necesidad de ceñir el registro al acervo léxico que forma parte cierta de la lengua dentro del campo cronológico seleccionado». Otra de las exigencias que se imponen los autores para aceptar las palabras es la estabilidad de éstas, pues «no basta su creación de un momento, por muy acertadas y expresivas que sean». De-



FRANCISCO SOLÉ

cisivo en este trámite es que la unidad léxica en cuestión «forme parte del sistema de comunicación de la colectividad», es decir, tiene que haber pasado de ser «elemento del habla a elemento de la lengua», trance éste que facilita su incorporación a la lengua escrita.

Sintaxis.— Otra de las ventajas que aporta la decisión de partir de un corpus totalmente nuevo sin deudas a materiales acarreados de precedentes y sucesivas acumulaciones léxicas, es la que resulta de la ejemplificación de los significados, ya meritoria en sí, pero sin duda doblemente valiosa al presentarnos el funcionamiento de las frases, un dato sintáctico no enteramente nuevo, pero que facilita el entendimiento de las relaciones entre la unidad léxica estudiada y el contexto en que aparece. «Un enfoque así, no exento de repercusión en la distribución de las acepciones, solamente era posible si se partía del estudio del uso documentado y no de la pura información de los diccionarios precedentes.» Así, al presentar los ejemplos en contexto se entra de hecho en una de las parcelas frecuentemente descuidadas por los lexicógrafos como son las locuciones de toda índole: nominales, adjetivas, verbales, etc., agrupadas aquí en torno a la palabra simple. De una variedad de ellas, las locuciones verbales, se incluye un grupo de combinaciones denominadas «fórmulas oracionales», marcadas con la etiqueta *fórm. or.*, categoría especial que las diferencia de las meras locuciones verbales, marcadas *loc. v.* Locuciones verbales serían, según esto, *echar a perder* y *echar de menos*; y fórmulas oracionales *cuéntaselo a tu abuela* 'incredulidad burlona' y *no necesitar abuela* 'alabarse en exceso'. Unas y otras difieren fundamentalmente porque en la locución verbal el verbo es susceptible de flexión (*te echábamos de menos; me echaréis de menos*) mientras que en las fórmulas oracionales, que constituyen oraciones independientes y completas, no es necesario un verbo explícito como centro, p.ej. *buena gana*. Los ejemplos utilizados para explicarlas —s.v. *ver*— ilustran bien la diferencia: *aquí te quiero ver, si te he visto no me acuerdo, a ver si no, para que veas*, etc.

El engranaje sintáctico

Toda esta información, como queda dicho, está avalada con el testimonio de un sinnúmero de citas que no sólo confirman la definición que

nos ofrece el DEA tras el lema, sino que también son elemento esencial en cada entrada y que además «cumplen en muchos casos una segunda función, la de mostrar en vivo la palabra definida, actuando en un contexto que deja ver el engranaje sintáctico en que está inmersa y las relaciones semánticas que la rodean». Ello justifica «la presencia frecuente, en una acepción, de una pluralidad de textos (...) que ayudan a ilustrar matices y alternativas apuntadas en la definición».

Ya en el preámbulo de la obra destacan los autores la aportación impagable de Rufino José Cuervo al conocimiento del español en el plano de la sintaxis. Aunque los méritos del DEA en cuanto inventario léxico actual quedan suficientemente resaltados, creo que «el engranaje sintáctico» que ofrecen los ejemplos nos permite ver los entresijos de la lengua descuidados cuando sólo se pretende dar cuenta del tesoro léxico. Estimo que esta faceta, fruto del examen detenido de las fuentes como conjuntos coherentes, significa una aportación muy deseada, pues los nexos o conectores del enunciado son más de los que suelen registrarse. Me complace comprobar que la locución conjuntiva —¿fórmula oracional?— *se conoce que*, propuesta por mí en la edición del DRAE '92, aparezca en el DEA con el mismo significado. Basta comparar la entrada *eso* en los dos diccionarios para advertir que el DRAE (s.v. *ese, sa, so, sos, sas*) registra tres locuciones —*a eso de, en eso, y eso que*— mientras que el DEA

aporta, en tres subgrupos, diecinueve acepciones. En la entrada *vez*, la relación numérica es semejante: el DEA enumera veintiuna acepciones; el DRAE, algunas menos, pero las definiciones a veces no coinciden: *toda vez que* 'puesto que' (DEA); no es lo mismo que 'supuesto que, siendo así que' (DRAE); *cada vez* + comparativo falta en el DRAE. Los ejemplos que ilustran los usos de *Tal* y *tan(to)* ofrecen un buen muestrario de locuciones ausentes en los repertorios léxicos corrientes: 30 acepciones en *tal*, 36 en *tan(to)*: *Tan(tal) es así, como si tal (cosa), ¿qué tal?* Las fórmulas recogidas en la entrada *decir*, aunque ya bien registradas en el DRAE, ofrecen nuevas perspectivas: *¿cómo te lo diría?, di que sí, dígame* (al hablar por teléfono, hoy sustituido por el interrogativo *¿sí?*, calco del inglés *yes?*); *le digo a usted, señor guardia; no has dicho tú nada, di que sí (que no), a mí que no me digan...* así hasta llegar a ochenta fórmulas.

No ha escapado a la viva atención de los redactores la variedad funcional de fórmulas con el verbo *ser* que enriquecen nuestra lengua. Registra el DEA construcciones como *Es que...*, *no siendo...*, *¿qué es de...*, *¿qué va a ser?*... Echo de menos la fórmula conjuntiva *no sea (fuera) que*, equivalente a la conjunción inglesa petrificada *lest*, en que se expresa el temor de una contingencia desagradable: *Llámale antes, no sea que se enfade*. La construcción *sea como sea* y sus variantes... como *fuera (fuere), sea lo que sea (fuere), como quiera que sea (fuere)* etc., alterna con los a mi juicio cada vez más frecuentes calcos del inglés *whatever*: p. ej. *cualquiera que sean sus delitos y cualquiera que sea la jurisdicción*, donde preferiríamos ver *sean cuales sean (fueren) sus delitos o sea cual fuere la jurisdicción*.

Son muy numerosos los sintagmas nominales y las locuciones verbales, prepositivas o adverbiales que tienen por núcleo **mano**. El DEA registra ciento veinticuatro. Lo mismo puede decirse de **pie**, entrada en que se registran ciento diez acepciones. Recuérdese que en el DRAE estos artículos ocupan respectivamente siete y cinco densas columnas.

No quedaría completo este comentario, que es de albricias, si no se señalaran algunas carencias. La principal, fácilmente subsanable en futuras ediciones, afecta al conjunto de la obra. Creo que la empresa es tan meritoria y tan exigente a la hora de dar al público lo que hace años esperaba, que poco perdería si extendiendo el área de vigencia estudiada —una parcela reducida en extensión y población, 40 millones de hispanohablantes frente a los calculados 350 millones— de una lengua de «cuya universalidad y cuya importancia cultural tantas veces se ha hablado», se tuvieran en cuenta en posteriores ediciones las importantísimas aportaciones ultramarinas de textos literarios y periodísticos que ennoblecen y potencian nuestra lengua en el mundo. □

RESUMEN

El académico Emilio Lorenzo saluda la aparición casi simultánea de dos obras imprescindibles para el hispanohablante: una normativa, como es la Ortografía de la Lengua española, y otra eminentemente descriptiva, el Diccionario del español actual, una empresa largamente esperada y en la que han trabajado, durante muchos años, Manuel Seco y un re-

ducido equipo de colaboradores. Con la Ortografía se dispone de unas normas ortográficas que superan en claridad y aceptación a las observadas en los textos ingleses. Y con las 75.000 entradas del Diccionario se puede hablar realmente del estado presente de la lengua española, cuyo punto de arranque los autores sitúan a mediados del siglo XX.

Autores varios

Ortografía de la Lengua española

Real Academia Española, Espasa, Madrid, 1999. 162 págs. 1.750 pesetas. ISBN: 84-239-9250-0.

Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos

Diccionario del español actual

Aguilar, Madrid, 1999. 2 volúmenes. 4.666 páginas. 17.000 pesetas. ISBN: 84-294-6472-7.

Madrid y su historiografía

Por Antonio Bonet Correa

Antonio Bonet Correa (*La Coruña, 1925*) es catedrático emérito de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Bellas Artes. Especialista en historia de la arquitectura y del urbanismo, se ha interesado también en la investigación sobre Tratados de arte y arquitectura. Obras suyas son *Morfología y ciudad: fiesta, poder y arquitectura*, *Urbanismo en España e Hispanoamérica* y *Figuras, modelos e imágenes en los tratadistas españoles*.

Sobre las ciudades más importantes y populosas se posee una abundante bibliografía. Desde la antigüedad hasta nuestros días no ha cesado de escribirse acerca de los aspectos más relevantes y particulares de las grandes aglomeraciones urbanas. Descripciones literarias y geográficas, guías topográficas y artísticas, al igual que los anales, las crónicas históricas y los estudios científicos relativos a las condiciones materiales y morales de las poblaciones constituyen el fondo de la biblioteca básica referente al apartado «ciudad». Tanto los estudiosos del urbanismo como los historiadores, los turistas cultos y curiosos, los «viajeros en casa» y los ciudadanos amantes del lugar en el cual nacieron o residen, son los lectores de este género de libros que, dentro de la variedad de enfoques y de temas, siempre tiene el común denominador de la universalidad del hecho urbano. Con sus distintas variantes, las diferentes ciudades invariablemente responden a dos constantes esenciales: la de la permanencia y la del cambio, es decir las que configuran el espacio y el tiempo, el lugar y la historia de una aglomeración humana concreta.

Al trasladar a Madrid Felipe II la sede de su corte, hizo que la pequeña villa castellana adquiriese el rango de una capital dentro del concierto de las naciones europeas. A partir de ese momento Madrid generó una producción bibliográfica de variada condición y categoría. Aparte de las descripciones de los novelistas, las alusiones a la ciudad de los

poetas y la localización de las escenas de los comediógrafos y dramaturgos —no hay que olvidar que Madrid desde el Siglo de Oro ha sido una ciudad eminentemente literaria—, conviene mencionar como libros sobre Madrid una serie de obras cuyos temas tratan de la historia y de los problemas urbanos de la capital de España. Tanto en el Madrid de los Austrias como en el de los primeros Borbones se pueden reseñar numerosos manuscritos y libros publicados que hoy constituyen una fuente indispensable para los estudiosos del pasado. Cronistas, autores de loas y panegíricos, arbitristas preocupados por las mejoras de la población, profesionales del arte de construir interesados por la formación de las ordenanzas municipales y peritos en la salubridad y limpieza, han dejado el testimonio más fehaciente de la ciudad durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Los nombres de León Pinelo, González Dávila, Jerónimo de Quintana, lo mismo que los de Francisco Santos, Juan de Zabaleta, Vélez de Guevara o don Ramón de la Cruz son imprescindibles a la hora de hacer la historiografía del antiguo Madrid.

La modernización de Madrid

Durante el reinado de Isabel II se inició, impulsada por las ideas liberales y de progreso, la modernización de Madrid. Fue también entonces cuando apareció un nuevo tipo de literatura sobre Madrid. El escritor costumbrista Ramón de Mesonero Romanos fue el creador de lo que se ha denominado «madrileñismo». Erudito y gran conocedor del pasado de la Villa y Corte, con sus *Escenas madrileñas* (1832-1842), su *Manual de Madrid* (1ª ed. 1831) y sus dos volúmenes *El antiguo Madrid* (1861), fijó los parámetros de una visión histórica y localista que luego repetirían sus múltiples imitadores, los cuales nunca llegaron a alcanzar su docta y fecunda maestría. Sólo el inquieto periodista Ángel Fernández de los Ríos estuvo a su altura, aunque desde presupuestos ideológicos antagónicos al moderado y pacato espíritu pequeño burgués de

Mesonero Romanos. Con Galdós, Baroja y Gutiérrez Solana la ciudad decimonónica y finisecular se perfila literariamente al margen de la visión meramente pintoresca, superando el tipismo casticista. En cuestión de madrileñismo, en el siglo XX sólo Ramón Gómez de la Serna puede parangonarse en intensidad con Mesonero Romanos. Autor proteico y prolífico, cuenta con libros tan significativos como *El Rastro* (1915), *Historia de la Puerta del Sol* (1921) y *Elucidario de Madrid* (1931), aparte de sus novelas que se desarrollan en su ciudad natal.

En el siglo XX la producción bibliográfica sobre Madrid ha sido considerable y difícilmente es resumible en pocas líneas. Los más variados temas y enfoques metodológicos caracterizan el catálogo de las obras impresas. Hay libros y artículos en revistas especializadas que tratan la geografía, la sociología, la economía y la historia política y urbana de Madrid desde puntos de vista ya generales o científicos. Obras de divulgación y monografías exhaustivas sobre un aspecto de la ciudad, todas ellas forman un mosaico variopinto cuyo conocimiento requiere muchas horas de estudio. Hay obras imprescindibles y constantemente consultadas como *Las calles de Madrid* (1921-1925, compiladas en 1971 por Federico Romero), de Pedro de Répide; *Las iglesias del Antiguo Madrid* (1927), de Elías Tormo; o *Fuentes para la historia de Madrid y su provincia* (1964) y *Guía literaria de Madrid* (1993-1997), de José Simón Díaz.

A los libros de carácter general entre literario e histórico de tema madrileño, como los de Deleito Piñuela, Sainz de Robles, Chueca Goitia o José del Corral, autores de prolífica pluma, hay que añadir, en la segunda mitad de nuestro siglo, los libros y los artículos de investigación publicados por el Instituto de Estudios Madrileños. También los cinco grandes tomos del libro *Madrid*, publicado en fascículos por la Editorial Espasa-Calpe, de 1978 y 1979. Obra con numerosas ilustraciones y escrita por autores conocedores de la capital de España, es más bien el resultado del estado de las cuestiones más destacadas acerca del pasado y de la entonces realidad

presente de una ciudad en plena transformación. En el futuro, sin duda, estos tomos serán apreciados como un documento imprescindible para tomar el pulso al Madrid de la época del «desarrollo». Y por último como obras recientes acordes con criterios nuevos, las síntesis de Santos Juliá, David Ringrose y Cristina Segura, Virgilio Pinto Crespo y Santos Madrazo, o la de Fernando Terán, de historia social y de urbanismo respectivamente.

Entresijos de la polémica

Sería interesante plantear el debate acerca de lo que a la hora de estudiar una ciudad es más importante: si la historia de los acontecimientos tratados con un criterio de crónica localista o la historia urbana y del urbanismo con una metodología conceptualmente más universal. Aparte de dilucidar los entresijos de la polémica entre los partidarios de una u otra posición hay que señalar, en el campo de la nueva erudición, la dificultad hoy existente de aportar nuevos datos. Aunque quedan muchas fuentes por investigar hay que afirmar que son muchos los sectores y territorios explorados sobre la historia y el presente de Madrid. Estas reflexiones vienen a propósito del libro que, con el título *Madrid en sus libros*, acaba de publicar, finalizando el siglo XX, Antonio Pau Pedrón, autor que, con esta obra, irrumpe en la bibliografía sobre la capital de España. ¿De qué libros se trata? ¿Son los ya publicados y que acabamos de mencionar? ¿Su trabajo ha consistido en resumir o comentar su contenido o por el contrario se trata de libros hasta ahora inéditos y desconocidos? El título del libro de Pau Pedrón puede resultar equívoco al lector desprevenido. El autor, registrador de la propiedad y decano-presidente del Colegio de Registradores de la Propiedad y Mercantiles de España, no es ambiguo al dar a su obra este título. Los libros a los que se refiere y que utiliza para escribir su texto sobre Madrid son los más de 47.000 libros de censos que se con-



Muros y cúpula de la capilla de San Isidro, en la iglesia de San Andrés.



La Casa de las Siete Chimeneas.

Viene de la página anterior



Entrada de la casa de Vicente Aleixandre, en Velingtonia, 3.

servan en los archivos de los registros de la Propiedad en Madrid y en los cuales desde Carlos V hasta hoy se puede seguir día a día la historia inmobiliaria de la capital de España. Las escrituras, antaño manuscritas, luego a máquina de escribir y hoy en ordenador, dan fe de las vicisitudes de cada uno de los edificios y las viviendas, los cambios de propietarios, las hipotecas correspondientes. Son los libros que testimonian además de la categoría arquitectónica de las construcciones, de su tamaño y su disposición, de su valor económico y de las posibilidades materiales de sus moradores. La verdadera realidad de Madrid queda así registrada y fijada en los infolios, reclamando la atención de futuros investigadores.

El libro de Pau Pedrón no es un estudio exhaustivo de tan importante fuente histórica. Siguiendo la tradición literaria iniciada por Ramón de Mesonero Romanos, su *Madrid en sus libros* está formado por 42 capítulos en los cuales analiza otros tantos edificios singulares de la capital de España. Con fina percepción de la arquitectura y gran sentido de su incidencia en lo urbano traza la semblanza y «biografía» de cada uno de los monumentos, escogidos con un criterio evidente selectivo. Aparte de los edificios del Madrid de los Austrias y de los primeros Borbones, muestra una gran preferencia por los del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Es indudable que durante la Restauración y reinado de Alfonso XIII, Madrid pasó de ser una capital europea de mediana escala a metrópoli moderna. El historicismo y el eclecticismo fueron expo-

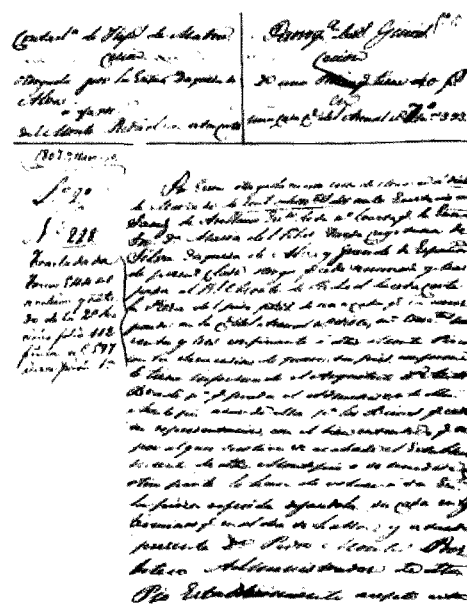
nentes de una arquitectura que a la vez recibió las influencias foráneas, fuesen ya de la Secesión vienesa o de modelos cosmopolitas. El libro de Pau Pedrón, que comienza con la iglesia de San Andrés y el Hospital de la Latina, tras un largo recorrido a través de los conventos y palacios barrocos y neoclásicos, pone su acento en los edificios institucionales, palacetes nobles y demás construcciones decimonónicas y novecentistas, para finalizar con la morada de los poetas contemporáneos –Velingtonia de Vicente Aleixandre y la «Casa encendida» de Luis Rosales–, y las torres inclinadas de la Puerta de Europa en la Plaza de Castilla. Ilustrado con correctas fotografías en blanco y negro, de Ángeles de Echave-Sustaeta, su texto, sin notas documentales, es de amena lectura.

Sus casas y moradores

Para Pau Pedrón una ciudad está formada por sus casas y sus moradores. De ahí que a las descripciones y a las reflexiones sobre las arquitecturas y el urbanismo madrileño añada las semblanzas biográficas de sus propietarios o cuente anécdotas que hacen más comprensible el contexto histórico de la ciudad. Cuando Borges decía que «quizás seamos todos nuestros antepasados» no se equivocaba. Nuestra memoria reside en gran parte en los monumentos elevados por nuestros mayores. La destrucción del patrimonio heredado es, sin duda alguna, el mayor atentado contra nosotros mismos. Por desgracia



Balcones del Palacio de Longoria.



Documento de cesión de María del Pilar Teresa Cayetana, la duquesa de Alba que retrató Goya, al Monte de Piedad «de una pieza del piso principal de una casa que le corresponde en la calle del Arenal número 7...».

Registro que no borra de su memoria los edificios derrribados» conservando su exacta descripción es una fuente fidedigna de la historia de la ciudad.

Indudablemente escribir un libro sobre una ciudad determinada supone un declarado interés por el medio físico y moral en el cual se desarrolla la existencia de una comunidad. Pau Pedrón, atraído por el entorno de la ciudad en la que vive, es consciente de que, en el caso de Madrid, existe toda una tradición de ver y entender la capital de España que no puede eludirse a la hora de ponerse ante las cartillas en blanco. Heredero del espíritu crítico de los ilustradores –hace un cálido elogio de la Institución Libre de Enseñanza al analizar el modesto edificio en el cual don Francisco Giner de los Ríos impartía su magisterio– nos confiesa en su libro lo que piensa sobre el paradigma del perfecto escritor sobre Madrid. En su opinión «los madrileñistas –cronistas oficiales de la Villa, historiadores locales, amigos de la capa y semejantes–, suelen ser vitoreadores de Madrid. Los no madrileñistas –escritores generalmente de más sensibilidad y hondura–, son más críticos. Escritores sobre Madrid no madrileñistas han sido Moratín, Galdós, Ramón Gómez de la Serna y González-Ruano, entre otros. Son los autores que más han escrito sobre los defectos de Madrid, probablemente porque la ciudad no les era indiferente». Pau Pedrón, que aporta el dato de la existencia de los libros de Censos e Hipotecas y del Registro Civil, fuentes indispensables para los futuros historiadores, y que hace la biografía de una serie de edificios significativos de la capital de España, con su *Madrid en sus libros* entra con pleno derecho en una bibliografía cada vez más amplia e importante. □

en Madrid la piqueta no ha cesado de demoler el legado arquitectónico del pasado. Pau Pedrón repetidamente se lamenta de la «larga historia de derribos de Madrid». Aunque opina que «es difícil repartir culpas en este desdichado Madrid», sin embargo acusa a la especulación inmobiliaria de ser la principal causa de tal desastre. Nostálgico, deja a veces entrever lo que Madrid podría haber sido y no es, una ciudad más bella y ordenada. El profesional que cotidianamente redacta «escrituras» se consuela ante tanto monumento desaparecido, pensando que «el

RESUMEN

Ciudad eminentemente literaria desde el Siglo de Oro, Madrid ha generado abundante literatura. Pero de estos libros de y sobre la capital de España no se ocupa, precisamente, Antonio Pau Pedrón, autor de Madrid en sus libros, la obra que comenta Antonio Bonet Correa, sino de otros muy diferentes: los 47.000 libros de censos que se conservan en los

archivos de los Registros de la Propiedad en Madrid y que Pau Pedrón conoce bien como decano-presidente que es del Colegio de Registradores de la Propiedad y Mercantiles de España. Con ese material, que permite conocer la historia inmobiliaria de Madrid desde Carlos V hasta hoy, el autor analiza y traza la biografía de 42 edificios singulares.

Antonio Pau Pedrón

Madrid en sus libros

Trotta/Caja Madrid, Madrid, 1999. 263 páginas. 6.000 pesetas. ISBN: 84-8164-320-3.

Con el humo de aquella gran hoguera

Por Guillermo Carnero

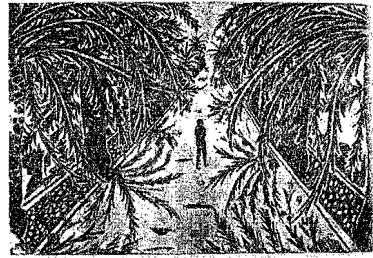
Guillermo Carnero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista *Anales de Literatura Española*. Ha publicado, entre otros trabajos, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español*, *Las armas abisinias*, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, así como ediciones críticas.

La memoria colectiva tiene desvanes en los que se amontonan trastos viejos y juguetes rotos. El historiador debe estar siempre en guardia contra los criterios valorativos que en su día los establecieron, y escapar a la rutina que los mantiene cerrados, sin por eso caer en la tentación de creerse un zahorí de verdades ignoradas, distinguido por el privilegio de la sabiduría y la justicia y por el ejercicio misional de la reivindicación y la denuncia. Desde esa doble cautela tiene sentido plantear la presencia y la relevancia de José María de Hinojosa en la generación del 27, revisar su imagen de autor menor, preguntarse por las razones de su olvido. Cuando apareció en 1974 la primera edición de sus obras completas, a cargo de Alfonso Canales y Baltasar Peña Hinojosa, el primero apuntó las bases del problema: su discutible entidad literaria y, sobre todo, su extraterritorialidad política en un grupo cuya imagen admitía la abstención y la militancia prorrepública durante la guerra civil española, pero nunca la colaboración con la rebelión de Julio de 1936, y mucho menos la inconveniencia extrema de ser un mártir del bando equivocado, un homólogo de García Lorca asesinado por los combatientes de la «España leal» cuyo heroísmo había sido cantado por Neruda, Prados, Alberti o Miguel Hernández, un José María Pemán víctima del cainismo español que resultaba preferible imputar sólo al bando vencedor en 1939.

Julio Neira ha dedicado la mayor parte de su actividad de investigador a la obra y la figura humana de Hinojosa. Editó el más destacado de sus seis libros, *La flor de California*, en 1979, y sus *Poesías completas* en 1983; en 1997 —en colaboración con Alfonso Sánchez Rodríguez— su epistolario. A lo largo de veinte años ha ido dándonos una sucesión de artículos que, revisados y actualizados, se reúnen en el volumen que motiva este comentario, junto a varios estudios inéditos. La Fundación Genesien ha cumplido así la tarea de hacer accesible la documentación sobre Hinojosa, si tenemos en cuenta que entre esta publicación de 1999 y la antes citada de 1997 se sitúa la *Obra completa*, preparada por Sánchez Rodríguez en 1998, todo ello en volúmenes cuidadosa y elegantemente impresos.

Dijo Cernuda que Hinojosa había sido «el primer surrealista español»; Guillermo de Torre lo consideraba el único «surrealista convicto». Paul Iñe lo admitió como tal con reservas, señalando en él «una suerte de formalismo cosmopolita que no acierta a expresar una concepción individual de la realidad», quizá por ser el suyo un surrealismo químicamente puro, «en contraste con la mayoría de las creaciones españolas». Dejando a un lado la entidad de estas reservas, son suficientes razones —y no las únicas— para que nos resulte sorprendente Moreno Villa —prologuista en 1928 de *La Flor...*— cuando califica a Hinojosa de «poeta pardillo deslumbrado por una larga estancia en París», o Aleixandre cuando afirma que los del 27 nunca lo tomaron «demasiado en serio». De lo último hay un indicio inequívoco en la «Serranilla de la jinojepa» que insertó Gerardo Diego en el número 2 de *Lola*. Reuniendo y ponderando todas esas manifestaciones, podría llegarse al siguiente balance:

A M B O S



Número 3 de la revista *Ambos*, 1923.
Dibujo de Emilio Prados.

LITORAL



Número 1 de la revista *Litoral*, 1926.
Dibujo de Manuel Ángeles Ortiz.

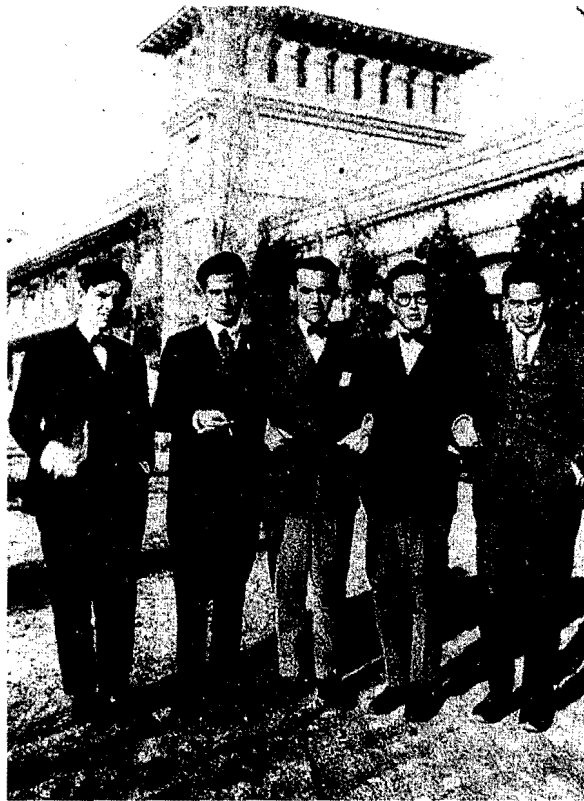


Hinojosa y Prados, en Málaga, 1929.

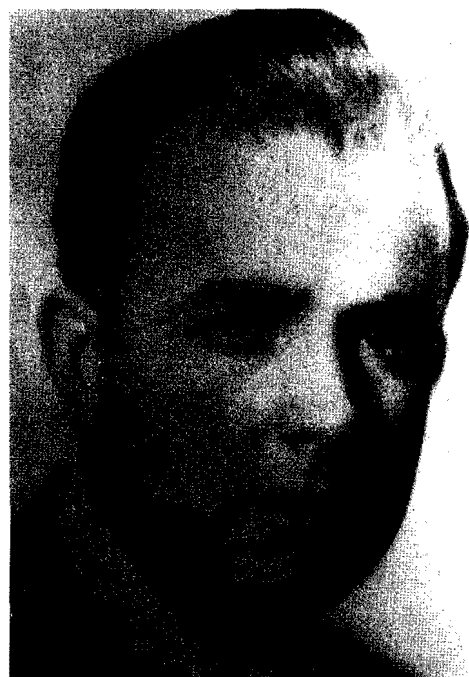
1º, la evidente falta de calidad de los tres primeros libros de Hinojosa lo privó del aprecio inicial de sus compañeros, tanto su procedencia social y su señoritismo, sin que ello impidiera a más de uno aprovechar su generosidad hasta el «sablazo», como Dalí en 1930; 2º, el hecho de que *La Flor...* fuera, en términos de prioridad cronológica, el libro fundador del Superrealismo español hizo a otros sentirse amenazados en cuanto a su protagonismo en ese episodio de la trayectoria del 27; 3º, ante la muerte de Hinojosa sólo cabían dos posibilidades: desvirtuar su pertenencia al 27 o enmascarar las circunstancias de aquella muerte. Sobre esto último, véase el asunto de las cartas contrahechas por Altolaguirre, y publicadas en la revista cubana *Carteles* en 1941 (págs. 63-66 de *Viajero de soledades*).

Las contradicciones de Hinojosa

José María Hinojosa nació en 1904 en Campillos (Málaga), en una familia de terratenientes ricos, católicos y de derechas. Perteneció desde el primer momento, con Emilio



Residencia de Estudiantes, 1924. De izq. a dcha., el primero es Hinojosa, el tercero, García Lorca y el cuarto, Prados.



Hinojosa en 1932.

Prados, Manuel Altolaguirre y José M^a Souvirón, al grupo malagueño del 27, fundador en 1923 de la revista *Ambos*, donde colaboraron Gómez de la Serna, García Lorca, Cocteau y Picasso. Inició sus estudios de Derecho en Granada, donde asistió, con García Lorca, a la tertulia del café Alameda. Pasó a Madrid en 1923, trató a Juan Ramón y frecuentó la Residencia de Estudiantes; fue miembro de la «orden de Toledo», según recuerda Buñuel en *Mi último suspiro*. Vivió en París en 1925 y 1926, en contacto con la «Escuela Española» de pintura (Francisco Boses, Manuel Ángeles Ortiz, Benjamín Palencia) y con Breton, Aragon y otros surrealistas, y publicó allí su segundo libro. Al volver a España colaboró en la fundación de la revista *Litoral* y en sus páginas desde el primer número, y su tercer libro fue el séptimo de sus suplementos. Participó en el homenaje a Góngora de 1927: de acuerdo con el número 1 de *Lola*, estuvo presente en la primera asamblea organizadora, en el tribunal del «auto de fe» junto a Gerardo y Alberti, y en la misa de las Salesas; lo recuerda Alberti en *La arboleda perdida*. Tres poemas suyos aparecieron en el número 5-6-7 de *Litoral*, el extraordinario gongorino de Octubre de 1927.

Sufrió en 1930 una crisis personal, resultado probable de cuatro causas: su amor a una joven de la aristocracia malagueña, sumamente religiosa y espantadiza —a pesar de su afición a pilotar aviones— ante la actividad literaria vanguardista; su opción conservadora en un momento en que la circunstancia española exigía adoptar una postura política, que lo convirtió en el enemigo del pueblo que Prados iba poco después a definir en su *Calendario incompleto del pan y el pescado*; su desencanto y resentimiento ante la falta de respeto y el desvío de sus amigos y compañeros de andanzas literarias; su viaje a Rusia en 1928, donde hubo de sufrir una decepción similar a la tan sonada de Gide. Asumió Hinojosa su identidad familiar de clase, colaboró regularmente en el periódico conservador *La Unión Mercantil*, pronunció conferencias, se convirtió en presidente provincial del Partido Agrario y se presentó como diputado en las elecciones de 1933 y 1936. Fue detenido tras la intentona de Sanjurjo en 1932, y secundó la insurrección franquista de Málaga, en Julio de 1936. Detenido con su padre y su hermano el día 25, los tres fueron fusilados en una saca de presos el 22 de Agosto. Así se convirtió en algo que la leyenda apologética sobre la guerra civil y sobre el 27 no podía asimilar: un poeta de derechas asesinado por aquellos de quienes decía César Vallejo, en su *Himno a los voluntarios de la República*: «todo acto o voz genial viene del pueblo».

La primera época de Hinojosa

La forman tres libros publicados entre 1925 y 1927: *Poema del campo*, *Poesía de perfil* y *La rosa de los vientos*. Las ilustraciones (de Dalí, Boses, Ortiz) y las dedicatorias (a Alberti, Altolaguirre, Pepín Bello, Bergamín, Buñuel, Cassou, García Lorca, Moreno Villa, Prados, Alfonso Reyes) son síntoma inequívoco de convivencia con el grupo del 27. Salvo ciertos poemas del libro de 1925, evocadores de paisajes, personajes populares y faenas agrícolas, las tres colecciones encajan —al margen de su falta de acierto— en las características del 27 pregongorino: ecos ultraístas, creacionistas y futuristas, asunción de la modernidad tecnológica y voluntad de expansión cosmopolita a través del motivo del viaje; práctica del modelo purista (brevedad del poema y del verso, cultivo de la imagen suelta, imitación del haikú); búsqueda alternativa de la esencialidad poética en la tradición de la copla popular. Paralelamente, a partir de *Poesía de perfil*, y de acuerdo con los nuevos horizontes que le abrió a Hinojosa la estancia en París, va adquiriendo su poesía una creciente presencia de imágenes irracionales y asociaciones incoherentes, al mismo tiempo que el verso tiende a ser más largo. Ambas cosas anticipan la inmediata definición surrealista de la segunda época.

El surrealismo de Hinojosa

Al margen de sus tres últimos libros, Hinojosa intervino activamente en la recepción española del Superrealismo, a la que contribuyó con su entusiasmo, su experiencia parisiense y su dinero. *Litoral* había entrado en bancarrota tras el extraordinario gongorino de Octubre de 1927; reapareció en 1929 incluyéndolo como tercer codirector, junto a Altolaguirre y Prados, sin duda en correspondencia a su aportación de fondos. En esta segunda época la revista se distingue por la orientación surrealista que le confieren los textos que publicó de Alberti, Aleixandre, Cernuda, Eluard o el propio Hinojosa, y es

Viene de la página anterior



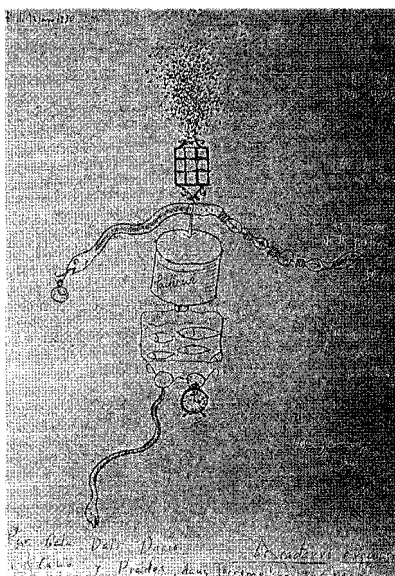
difícil no relacionar tal militancia con la incorporación de este último.

Por otra parte, se ha dicho —y con razón— que, si bien el 27 asimiló el Superrealismo en el terreno de la creación literaria, le faltó una definición explícita en forma de actos colectivos y manifiestos, y el haber dispuesto de una revista como *La Révolution Surréaliste*; un programa que sólo en parte y tardíamente llevó a la práctica el grupo de Canarias. Pues bien, todo ello estuvo a punto de hacerse realidad gracias a Hinojosa, en 1930. Con ese propósito invitó a Torremolinos, en Abril de aquel año, a Salvador Dalí, que venía acompañado de Gala y tras haber pronunciado en el Ateneo de Barcelona su conferencia-manifiesto *Posición moral del Surrealismo*. Llegaron incluso a proponerse tres nombres para la futura revista, pero el proyecto fracasó. Hinojosa estaba, al mismo tiempo, y paradójicamente, para dar prueba de su «conversión» a su familia y a la mujer a la que pretendía, haciendo ejercicios espirituales, y pudo desalentarlo tanto el reciente radicalismo político de Prados como la actitud de Dalí. Siendo éste imprescindible como contacto con el grupo de Breton, hubo de plantear la adhesión a la revolución política que exigía el *Segundo Manifiesto*, y exhibir una voluntad de pisotear los valores morales establecidos que le resultó a Hinojosa, sin duda, tan extemporánea como los gastos que la operación implicaba.

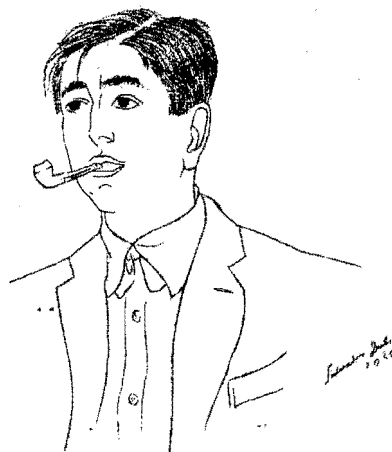
La segunda época

La obra del primer Hinojosa no justifica, a mi modo de ver, ni su reivindicación ni su rescate; no es más que un documento entre otros muchos —y no precisamente el mejor— de las tendencias establecidas en la poesía española de la tercera década del siglo. Pero la adhesión al Superrealismo hizo de Hinojosa un hombre nuevo, y le ofreció la posibilidad de convertir en literatura, y de legitimar como estímulo literario, su conflicto interior, constituido por dos componentes entrelazados: la pulsión de adhesión y rechazo a su formación conservadora y religiosa, y la frustración de su amor no correspondido.

Julio Neira dedica gran atención a la posible presencia de huellas de la poética surrealista en la primera época de Hinojosa, a partir de su segundo libro e incluso antes del viaje a París. Ya hemos visto más arriba que *Poesía de perfil* y *La rosa de los vientos* acogen, simultáneamente, la disminución del ingrediente purista y el incremento de una tendencia a la irracionalidad y la incoherencia que, en el ámbito de la vanguardia, sería abusivo atribuir exclusivamente al Superrealismo. Lo mismo puede decirse de la influencia de Soupault en *La rosa...*, si ha de referirse, como indica Neira, a un libro de fecha tan temprana como 1920. En cuanto al poema «Sueños», de *Poesía de perfil*, escrito a comienzos de 1925, enviado a Juan Guerrero Ruiz con destino al suplemento literario de *La Verdad*, y luego reescrito por Hinojosa en París, Neira cree posible que fuera, ya en su primera versión, una especie de declaración de principios motivada por el comentario del *Primer Manifiesto* que realizó Fernando Vela en *Revista de Occidente* de Diciembre de 1924. La hipótesis es arriesgada, pero no absurda, pues el poema recomienda sumergirse en la oscuridad y el silencio como condición previa para «levantar la copa de los sueños», alude al paso rápido y confuso de «ráfagas de recuerdos» y a una nueva luz que taladra la oscuridad del pensamiento. Podríamos estar ante un intento de descripción del de memorización del sueño en el momento del de duermevera que coincide con el despertar, y así «Sueños» sería, no un poema surrealista, sino un metapoema acerca de la poética surrealista. Así propuse, en un ar-



«Cadáver exquisito» realizado por Gala, Dalí, Darío Carmona, José Luis Cano y Prados, Torremolinos, 1930.



Hinojosa por Dalí, 1925.

Manuel Altolaguirre, Dalí, Gala y Prados, Málaga, 1930



La «orden de Toledo», 1924. De izq. a dcha. y de pie, el primero es Dalí, el tercero, Buñuel, el quinto, Hinojosa. Sentado, José Moreno Villa.



título de 1974, que se entendiera el poema «Idea» de *Ambito* de Vicente Aleixandre. Es completamente lógico suponer que un primer acercamiento al Superrealismo se produjera de este modo, ya que el movimiento de Breton resultaba en la teoría tanto o más deslumbrador y específico que en la práctica.

La flor de California (1928) consta de un conjunto de textos en prosa, lo cual es perfectamente coherente con su filiación surrealista. El más interesante es el primero, titulado como el conjunto. El personaje se encuentra en un camino abrupto y dificultoso, por el que llega a un túnel sanguinolento inaugurado por Cristo, según reza una placa conmemorativa. En su interior ha de someterse a un guardia autoritario, y a la salida, a un juez; mientras lo recorre pierde el uso de las extremidades, y le resulta imposible correr. Llega a una iglesia, que se contrae como una cavidad corporal mientras suena un chotis. En una capilla construida de zinc encuentra a una mujer de aluminio y cera, que rompe a arder y se quema, no dejando más resto que los dos pechos metálicos, que se lleva, como si fueran dos globitos, un niño vestido de primera comunión. Aparece una monstruosa cigala cuyo abdomen es una flor de carne; al arrancarla el personaje y ponerla en su ojal, empieza a corromperse. Los gusanos lo ciegan, y sus dedos se convierten en ojos. Son evidentes las alusiones a la frustración sexual, a la angustia ante la frigidez y falta de correspondencia amorosa de la mujer, a la naturaleza imperativa y represiva de la religión. Los demás textos del libro reiteran las nociones

de herida, mutilación, efusión de sangre, pérdida del movimiento de manos y pies, angustia erótica e impasibilidad de la mujer inalcanzable e incapaz de adquirir vida. Aparecen referencias burlescas o heterodoxas al Paraíso Terrenal, al Papa, el Espíritu Santo, el Apocalipsis, la Inmaculada Concepción o la Eucaristía; y la identificación, como símbolos de la angustia y el sufrimiento, con Cristo y el Sagrado Corazón. Estamos, por lo tanto, en el mismo terreno que *Un perro andaluz*, *El gran masturbador* o *La Edad de Oro*: frente a obras como éstas, canonizadas como ejemplos magistrales y arquetípicos de arte surrealista, *La flor de California* no desmerece en cuanto al poder de sus imágenes, ni la desvirtúa tampoco una proporción mayor de incoherencia o de referencias crípticas. El Hinojosa de esta segunda época ha adquirido

ya la calidad que echábamos de menos en la primera.

Orillas de la luz (también 1928), ilustrado por Benjamín Palencia, reúne poemas y prosas poéticas y reitera el motivo, persistente en el Hinojosa último, de la frustración amorosa. *La sangre en libertad* (1931) es, en su misma historia editorial, ejemplo de esa frustración: el autor lo retiró de imprenta a comienzos de 1930, temiendo que obstaculizara su aproximación a la mujer amada, y al fin decidió publicarlo en Febrero de 1931, durante la ruptura que debió de crear definitiva. Volvemos en él a las obsesivas menciones de la herida, la mutilación, la sangre y la pérdida de la capacidad de movimiento: «¿Este equilibrio hueco / de qué sirve a mis piernas / reflejadas, hundidas / en un suelo de asfalto? [...] El suelo está cubierto / de hojas ensangrentadas / y mis huellas se pierden / bajo el barro y la sangre», leemos en el poema «Dos veces prisionero». Incorpora también *La sangre en libertad* la proyección cósmica del cuerpo y su adquisición de características y funciones geológicas, vegetales o animales, bien conocidas por los lectores de Vicente Aleixandre. En este libro logra Hinojosa expresar con gran acierto su experiencia del amor conflictivo y nunca saciado: «Florecía el amor en su cabeza rubia / como la miel brotaba de las llagas de Cristo»; «manos inocentes quieren lavar la sangre / derramada en la Tierra por el primer amor»; «cuando tu cuerpo asciende a la blancura / de la sangre del cisne en agua oscura», en los poemas titulados «Canción para cantar en primavera», «Nuestro amor en el arco iris», «El sueño taladra las nubes». Otros merecerían ser citados enteros, como «Vinieron aves heridas». Hinojosa abandonó la poesía en 1931, pero nos dejó dos libros —*La flor de California* y *La sangre en libertad*— sin los cuales no puede escribirse la historia de la generación del 27. □

RESUMEN

Reconociendo que en la memoria colectiva hay desvanes con trastos viejos y juguetes rotos y sin pretender ser un zahorí de verdades ignoradas, el historiador, piensa Guillermo Carnero, debe mantenerse en guardia frente a los criterios valorativos establecidos en su momento. Desde esta doble cautela, señala, tiene sentido plantear la presencia y

la relevancia de un poeta menor y olvidado como es José María Hinojosa dentro de la generación del 27 y del que dijo Cernuda que había sido «el primer surrealista español». Un libro que se ocupa de este «viajero de soledades» que fue Hinojosa, al que se llevó el huracán de la guerra civil, le da ocasión al comentarista para recordarlo.

Julio Neira

Viajero de soledades. Estudios sobre José María Hinojosa

Fundación Genesian, Sevilla, 1999. 294 páginas. 2.750 pesetas. ISBN: 84-922735-3-4.

Jueces y política

Por José Juan Toharia

José Juan Toharia (Madrid, 1942) es catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Sociología por la Universidad de Yale, es autor de varios libros del área de Sociología del Derecho como *El juez español* (1975) y *Pleitos tengas* (1987).

En un contexto de creciente globalización y convergencia económica, cultural y aun jurídica la cuestión de cuál deba ser el papel del juez en la vida política ha pasado a ser objeto de un debate cada vez más generalizado e intenso. La literatura —amplia y de innegable calidad⁽¹⁾— a que dicho debate está dando lugar no siempre contribuye, sin embargo y no sin cierta paradoja, a clarificar el tema: al contrario, con frecuencia parece traducirse en un mayor confusión y embarullamiento. Y es que en esta cuestión resulta imprescindible partir de algunas aclaraciones y matizaciones previas y básicas, por perogrullescas y elementales que quizá puedan parecer, que deslinden de forma precisa y clara lo que se está realmente considerando. Porque ocurre que ni el término «juez» ni la expresión «vida política» son unívocos: ni todos los sistemas judiciales ni todos los sistemas políticos son iguales. Algo que quizá por propia obviedad acaba por no ser adecuadamente resaltado.

Conviene así empezar por aclarar que el debate que realmente tiene sentido plantear a estas alturas es cuál deba ser el papel del juez en la vida política democrática (recordando, de pasada, que en este año fronterizo entre dos siglos tan sólo el tercio de los países integrados en Naciones Unidas pueden ser definidos como democracias, y aun así en un sentido no excesivamente puntilloso del término). En una situación no democrática resulta difícil imaginar que la Justicia pueda disponer de margen alguno de autonomía como para justificar un debate sobre el alcance de su incidencia sobre la vida pública.

Pero hecha esta primera aclaración se impone, inmediatamente, una segunda: no existe un único y excluyente modelo «democrático» de organización de la Justicia. O dicho de otro modo, en las democracias contemporáneas cabe encontrar, en esencia, dos grandes y básicos

modos, claramente contrapuestos y diferenciados, de configurar el rol judicial: los conocidos como modelo «common law» y modelo romano-germánico (o romano-canónico, o de derecho civil: que de estas tres formas suele ser designado). El primero es propio, fundamentalmente, de los países anglosajones; el segundo, de los países de la Europa continental. El hecho es que si bien puede ser considerada hoy tan democrática la Administración de Justicia española (o la alemana, o la francesa) como la estadounidense, lo cierto es que la delimitación del papel que corresponde a las respectivas judicaturas en la vida pública dista mucho de ser la misma. Y este dato constituye un rasgo diferenciador que no puede ser ignorado o reducido a la categoría de mera peculiaridad sin mayor relevancia o trascendencia. Por el contrario, constituye un elemento de importancia crucial: un síntoma insoslayable de que nos encontramos ante dos modos cualitativamente diferentes de entender y realizar la actividad judicial en una democracia.

Tenemos así que ante la pregunta «¿cuál es el papel del juez en una democracia?», la primera respuesta apropiada no puede ser sino: «depende de cuál sea el sistema judicial con que esa democracia cuente». Porque no se trata en modo alguno de algo indiferente o secundario que éste pertenezca a la familia de la «common law» o a la familia romano-germánica. Pasar de forma ligera y apresurada por esta primera y fundamental especificación es lo que conduce al laberinto de confusiones y malentendidos en que tantos planteamientos quedan enredados. Merece pues la pena dedicar alguna atención detenida a esta primera disyuntiva.

Los dos principales tipos de sistemas judiciales encontrables en las actuales democracias están entroncados con una de las dos variantes básicas de Justicia de «common law» o romano-germánica: las originadas en Estados Unidos y Francia, respectivamente. Ambas matrices de organización de la Justicia cristalizaron, históricamente, como resultado de un proceso reactivo que se tradujo en una configuración de base que en esencia ha perdurado hasta el momento actual.

En el caso de Estados Unidos (país que desde su mismo nacimiento es una democracia, que ha permanecido siéndolo ininterrumpi-

damente durante dos siglos y que sigue contando con la misma originaria Constitución), la reacción a la hora de configurar su sistema judicial se produce contra el sistema de «common law» heredado, por su situación colonial inicial, del Reino Unido. Se trata, conviene apresurarse a aclararlo, de una reacción puntual y limitada, pero no por ello menos trascendente. El estilo y las líneas maestras del sistema permanecen, en esencia, incambiables. Pero se introduce en el mismo una innovación ciertamente revolucionaria: la atribución al juez de la tarea de velar por la primacía de la «ley de leyes», emanada de la voluntad popular: es decir, de la Constitución. La condición «democrática» de la figura del juez deriva así, en este modelo judicial, de dos órdenes convergentes de factores: por un lado, el juez es, según los casos, o elegido directamente por la ciudadanía o nombrado por los representantes de ésta; es decir, de forma más o menos directa aparece configurado con toda propiedad como representante de la voluntad popular. Por otro lado, la función básica que le es atribuida es comprobar que las normas emanadas de las coyunturales mayorías parlamentarias no vulneran la norma consensuada suprema, expresiva del pacto social que sirve de fundamento al sistema político en su conjunto. Así, utilizar la etiqueta de «poder judicial» para designar a esta variante de juez de «common law» resulta sin duda plenamente apropiado.

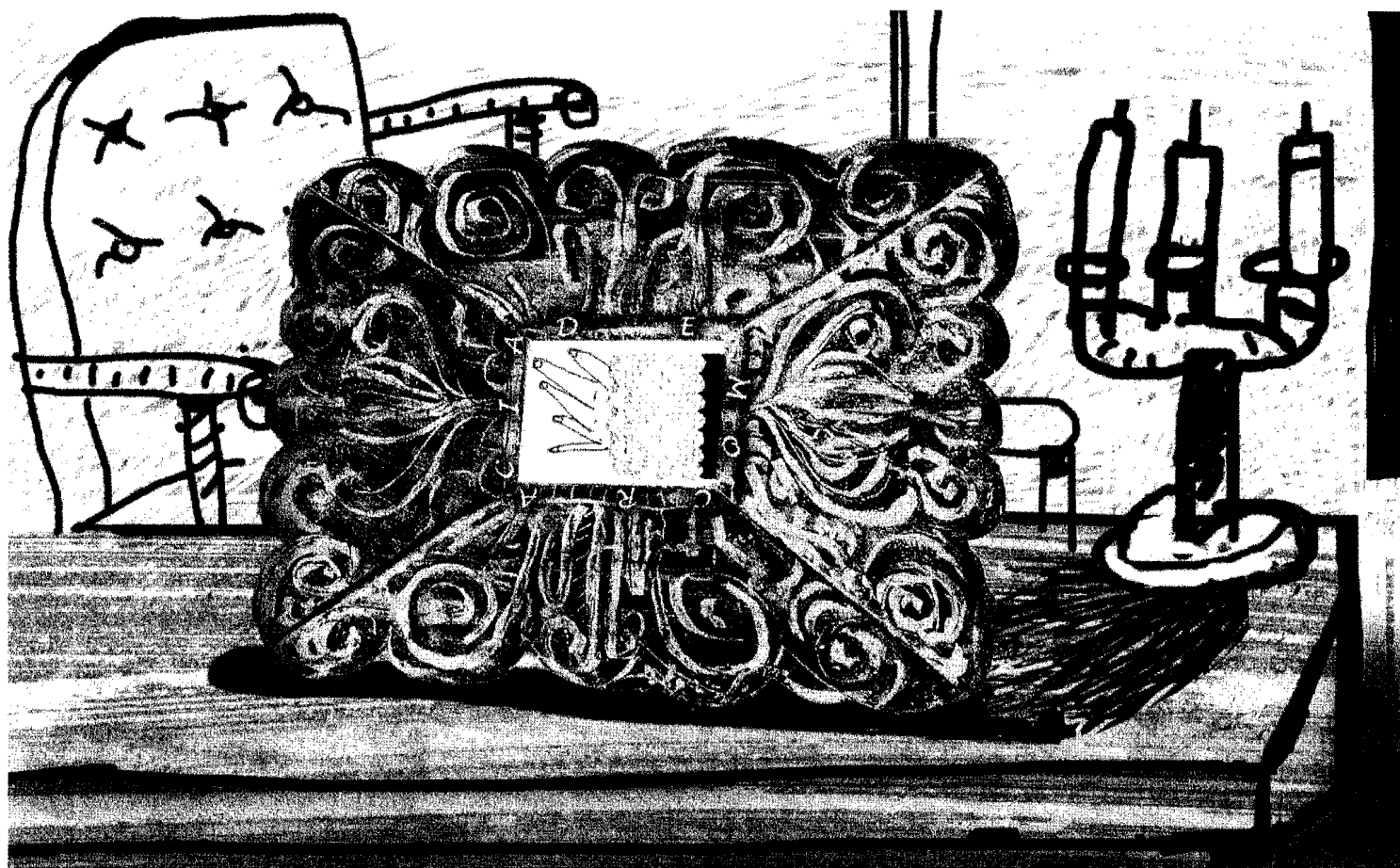
Nueva organización de la Justicia

En el caso de Francia la reacción que cristaliza en la configuración de una nueva organización de la Justicia que cabe etiquetar de democrática tiene lugar durante los primeros años de la Revolución y va dirigida contra el sistema judicial heredado del Antiguo Régimen. En éste los «Parlements» (que pese a su nombre ejercían fundamentalmente funciones judiciales) tenían un protagonismo indiscutible: las normas emanadas de la autoridad real sólo eran aplicables en el territorio de cada «Parlement» cuando éste procedía a su registro. Algo que podía dilatarse y que podía llegar a requerir incluso la celebración del famoso «lit de justice» (consistente en la comparecencia del

propio monarca ante el «Parlement» para explicar las razones que motivaron la norma en disputa y requerir su registro y subsiguiente aplicación). Para los revolucionarios, en un sistema democrático la ley pasa a ser expresión de la voluntad popular y, en consecuencia, resulta inaceptable cualquier intento de filtrar o trabar su efectividad. En consecuencia la Justicia de los «Parlements» se convierte en el anti-modelo de organización de la Justicia en una democracia. El papel de juez, por el contrario, ha de consistir única y exclusivamente en aplicar la ley tal y como queda ésta acuñada por los representantes legítimos de la soberanía popular. Es decir, el juez no puede ser sino «la boca de la ley», que hace operativos los mandatos que la voluntad popular plasma en las leyes. En consecuencia, en este segundo gran esquema judicial, la condición democrática del juez deriva específica y exclusivamente del hecho de aplicar lo más fielmente posible las normas jurídicas democráticamente elaboradas. Ni el juez es un representante de la voluntad popular, ni tiene encomendado control alguno sobre las normas a aplicar ni puede por tanto ser definido apropiadamente como «poder judicial» (por más que en ocasiones suela dársele esta denominación, de forma retórica y convencional, sin duda por un mimetismo irreflexivo respecto de la figura del juez de «common law»): su configuración es más bien la de un funcionario especialmente cualificado que es democrático en la medida en que al Estado que sirve lo es.

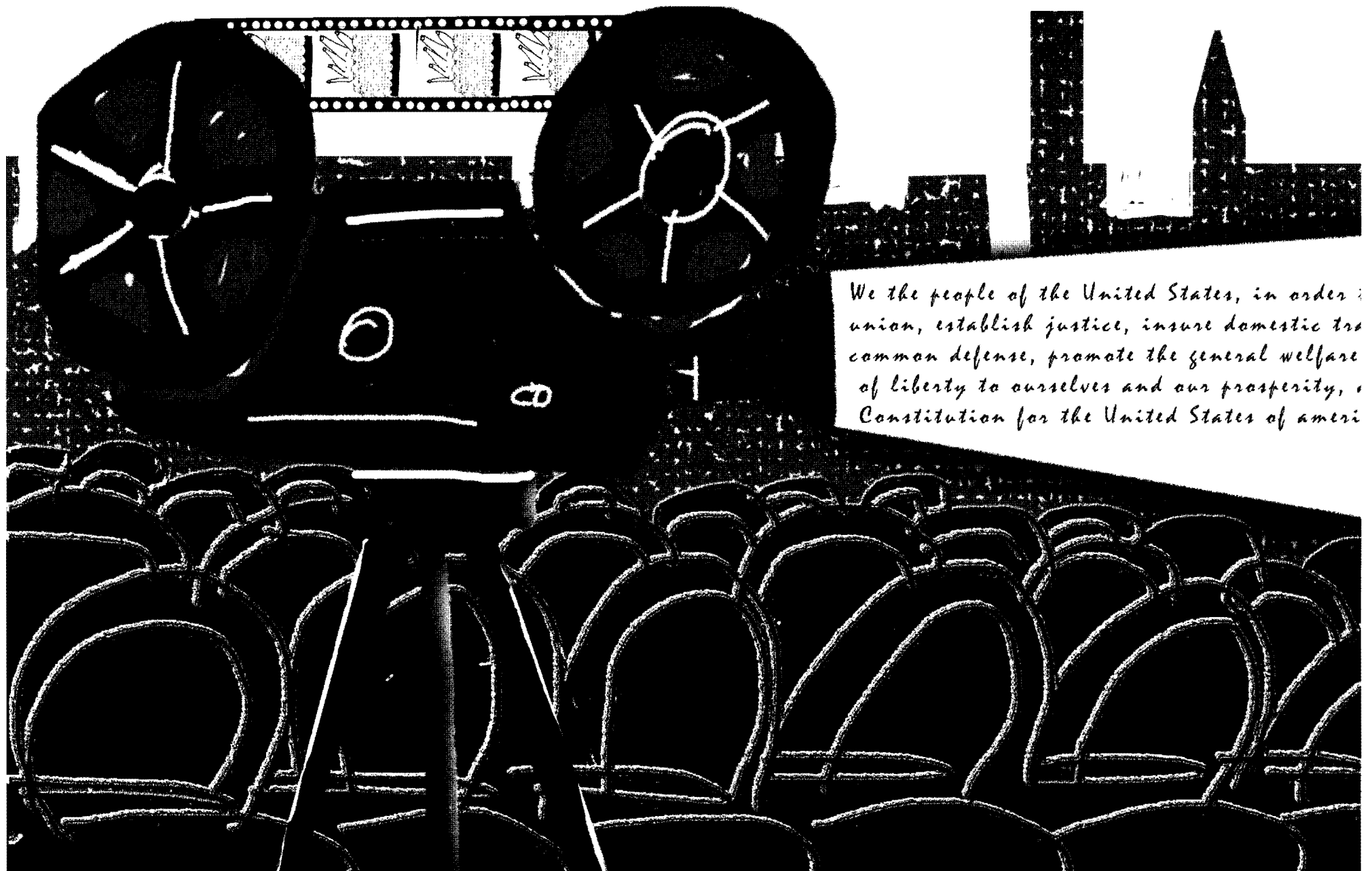
Estos dos breves «retratos-robot», pese a su inevitable sobre-simplificación y esquematismo, permiten, sin embargo, apreciar con claridad cuán distinta puede llegar a ser la configuración del papel del juez en un contexto político democrático. Así pues, del mismo modo que cabe observar que, a partir de unos principios básicos comunes, no hay en la práctica una única y exclusiva forma de organizar la vida política democrática, se puede igualmente concluir que no hay una única y exclusiva forma de organizar, dentro de las democracias, el sistema judicial. Cada uno responde a una lógica interna claramente diferenciada y sus distintos rasgos y elementos diferenciadores no son susceptibles de trasplantes o importaciones sin correr un riesgo grave de quedar desvirtuados. Pero pese a su elemental obviedad, estas cautelas tienden, con excesiva frecuencia, a ser ignoradas. Asistimos así en la actualidad en nuestros países de tradición judicial romano-germánica a una suerte de creciente fascinación, en determinados círculos judiciales, ante determinados aspectos tomados de forma aislada y selectiva del sistema judicial de «common law». Hay así quien pretende una reconfiguración «a la anglo-sajona» del rol judicial sin tener en cuenta que lo que resulta democráticamente coherente y funcional en un sistema puede, sin embargo, resultar antidemocrático y funcionalmente aberrante cuando es trasplantado sin más a otro. El intento de «mestizaje» de los dos tipos de sistemas judiciales característicos de las democracias puede responder al intento bienintencionado de superar deficiencias o malformaciones, pero por lo general no puede terminar siendo sino perturbador e incluso contraproducente.

Así las cosas, la aparición de textos como el del profesor Liborio Hierro⁽²⁾ que sirve de pretexto a estas líneas resulta tan oportuna como saludable. De hecho, estamos ante una contribución que, en la aparente modestia de su brevedad y concisión, debería ser definitiva para centrar de una vez por todas el debate en nuestro país (y, por extensión, en todos aquellos otros que comparten un sistema judicial similar al nuestro), desterrando definitivamente tanto espejismo y fuego fatuo como tiende a proliferar. A su condición académica añade Liborio Hierro una dilatada (en realidad, si no me equivoco, única por su duración) expe-



G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

riencia en un cargo de máxima responsabilidad en la gestión de la Justicia lo que, sin duda, añade un innegable peso adicional –si falta hiciera– a sus análisis y aseveraciones. Que son rotundos, inequívocos y difícilmente contra-argumentables: todo un tónico para recolocar el debate en sus justos términos, ayudar a ver la realidad judicial como es y dar, sin tapujos ni remilgos, a cada cosa su nombre.

No voy a reproducir todas las proposiciones en que Liborio Hierro condensa su argumentación. Pero no me resisto a comentar algunas de sus ideas-fuerza que, dicho sea de paso, comparto plenamente.

Independencia judicial

Para empezar, debería quedar claro de una vez por todas que «en un sistema de tipo romano-germánico» como el español, «la independencia judicial no es garantía de la democracia, sino que la democracia es garantía de la independencia judicial»: el juez no es (¡no puede serlo!) el valedor de la democracia. Antes al contrario, es la democracia la que protege al juez. Porque en un sistema judicial como el nuestro el juez no ostenta (a diferencia del legislativo o del ejecutivo) representación alguna de la voluntad popular. No puede, por tanto, ser susceptible de proteger a los demás poderes del Estado como éstos en cambio sí lo son de protegerle a él. Sencillamente, un sistema judicial como el nuestro es democrático si el sistema político es democrático, y no lo es si éste no lo es. Ni más ni menos. Ello explica, por cierto, que el sistema judicial pueda «flotar», esencialmente incambiado e inalterado, por encima de profundos cambios en la situación política: así ha ocurrido en España, pero también en Italia o Alemania. Y es que por su propia configuración funcional los sistemas judiciales romano-canonicos carecen esencialmente de «coloratura» política: ésta les viene derivada del carácter que tenga el Estado de cuyo engranaje forman parte. Y todo lo que no sea ver las cosas así es querer confundir los deseos con la realidad. O intentar una mimesis, tan infructuosa

como irremediabilmente patética, de los sistemas de «common law» (que, por definición, resultan incompatibles en cambio con una situación no democrática: en todo caso, lo cierto es que carecemos de la experiencia histórica, en EE UU o Reino Unido, de coexistencia de la «common law» con una dictadura).

En segundo lugar, parece hora de tener definitivamente claro que en un sistema judicial de tipo romano-germánico como el nuestro la Justicia (el «Poder judicial») no es, en realidad, un «poder» (al modo en que sí lo son en cambio el legislativo o el ejecutivo), sino un servicio público. No puede ser de otra manera dado que los jueces no son representantes de la voluntad popular: sólo la expresan mediante la aplicación individualizada, por cada órgano jurisdiccional, de las leyes vigentes.

En tercer lugar, debería quedar ya fuera de toda duda o discusión que en un sistema judicial como el nuestro la independencia judicial no puede tener sino un carácter meramente funcional: es decir, su justificación y razón de ser es permitir a cada juez o tribunal en concreto la aplicación de la ley sin perturbación o interferencia externa alguna. Pero en modo alguno por independencia judicial ha de interpretarse que la judicatura queda configurada como un órgano en libre flotación institucional, sin anclaje o atadura alguno, y exenta de toda obligación de rendir cuentas. Nadie que, en una democracia, tenga atribuido el ejercicio de alguna potestad puede aspirar a una tal situación de irresponsabilidad institucional. Como señala Hierro, en realidad en un sistema democrático que cuente con un sistema judicial del estilo del nuestro, «la independencia judicial se justifica en la vinculación única del juez a la Ley; es decir, la independencia judicial es, en realidad, una dependencia: la exclusiva dependencia a la Ley». Pretender otra cosa resultaría radicalmente anti-democrático en un sistema judicial romano-germánico –por más que en cambio pudiese resultar impecablemente democrático en un sistema de «common law». Y es que como ya he indicado, las reglas básicas del juego son diferentes en uno y otro sistema: la articulación, en democracia, de la Jus-

ticia admite –como ya ha quedado dicho– dos variantes, igualmente democráticas pero con engranajes internos totalmente diferentes y sin que quepa por tanto importar piezas o elementos por separado de uno a otro.

En cuarto lugar, conviene entender con claridad que en un sistema judicial como el nuestro «el activismo judicial –sea que se revista académicamente como “creación judicial del derecho”, o “vinculación directa a la Constitución”– es antidemocrático». Ni más ni menos, y al margen de cual pueda ser la intención «subjetiva» o la orientación ideológica de sus posibles proponentes: «objetivamente» constituye una insalvable vulneración precisamente de la lógica funcional que confiere condición democrática a este tipo de sistema judicial. Sin duda, en un sistema de «common law» las cosas no son así: pero es que –conviene recordarlo una vez más– la lógica funcional que hace democrático a ese sistema es bien distinta –e intransferible–.

Finalmente, un sistema judicial como el nuestro requiere de una Justicia sana y humildemente anónima. La «personalización» de la Justicia (inevitable en un sistema de «common law» donde el juez deviene inevitablemente figura pública por la propia configuración de sus funciones) no puede ser en cambio sino gravemente perturbadora y disfuncional en un sistema romano-germánico donde el protagonis-

mo real de la dinámica judicial sólo puede corresponder a la ley –no al juez que la aplica–. Sin duda, es al «ejercicio espectacular de la función instructora, que no es en el esquema de la democracia constitucional, una función típica ni necesariamente judicial», como subraya Hierro, a quien hay que achacar este impacto corrosivo de la popularidad mediática sobre la vida judicial. Lo que lleva a plantear la urgencia de una reorganización del proceso penal que atribuya de una vez por todas la instrucción penal al Ministerio Público, y libere así a la Justicia de la luz de unos innecesarios focos de atención pública que sólo unos pocos parecen desear y propiciar, pero que no pueden sino molestar y perturbar a la aplicación, eficiente y sin estridencias, de la ley. □

- (1) Por ejemplo, y por citar tan sólo algunos ejemplos recientes especialmente significativos, los libros de C. N. Tate y T. Vallinder (eds.), *The Global expansion of Judicial Power* (New York University Press, 1995), de A. Garapon, *Juez y democracia* (Barcelona, Flor de Viento, 1997) y de C. Guarnieri y P. Pederzoli, *Los jueces y la política* (Madrid, Taurus, 1999).
- (2) *Estado de Derecho. Problemas actuales* (México, Distribuciones Fontanara, 1998). De forma muy especial los capítulos 1 y 2, pequeñas piezas maestras por la claridad, elegancia y contundencia de su formulación. Sólo al hecho de la publicación de este texto fuera de nuestro país (y a la correspondiente deficiente distribución entre nosotros) cabe achacar que no haya tenido el eco e influencia proporcionados a su importancia.

RESUMEN

El libro que comenta José Juan Toharia se encuadra en un debate cada vez más generalizado e intenso: cuál debe ser el papel del juez en la vida política; pero dado que ni el término «juez» ni el significado de «vida política» son unívocos, lo que cabe precisar, en primer lugar, señala el comentarista, es el papel del juez en la vida política democrática y, ade-

más, debe considerarse que no existe un único y excluyente modelo democrático de organización de la justicia. La publicación del ensayo del profesor Liborio Hierro le parece oportuna y saludable, pues centra el debate en sus justos términos situándolo en un sistema judicial español que requiere de una justicia sana y humildemente anónima.

Liborio Hierro

Estado de Derecho. Problemas actuales

Fontanara, Mexico, 1998. 136 páginas. ISBN: 968-476-300-X.

La edad de la molécula

Por Miguel Ángel Alario

Miguel Ángel Alario (Madrid, 1942) es catedrático de Química Inorgánica en la Universidad Complutense de Madrid, de la que ha sido decano de la Facultad de Ciencias Químicas, y director de los Cursos de verano. Es académico de número de la Real Academia de Ciencias. Premio de Investigación «Rey Jaime I», su línea de investigación se centra en el estudio de no estequiometría y defectos extensos en materiales inorgánicos.

La Royal Society of Chemistry del Reino Unido, la más antigua de todas las sociedades de Química, fue fundada en 1841; por citar otra que nos cae próxima, la nuestra, la Real Sociedad Española de Química, producto de la escisión de la llamada Real Sociedad Española de Física y Química tiene apenas cien años... Ambas, como todas las sociedades de su especie, tienen como principal objetivo reunir a todos los que cultivan la profesión, esencialmente en sus aspectos docente e investigador, mientras que los químicos que ejercen su labor en las empresas se asocian en los colegios o en asociaciones profesionales. De hecho, en los años ochenta, los químicos británicos decidieron reunirse en un cuerpo común –algo que en estos tiempos en los que, desafortunadamente, los microcosmos encuentran más defensores y sobre todo más predicadores que los macrocosmos es una magnífica cosa–. Bien pues, en un paso más en su línea de la defensa de la profesión, de la profesión de químico y de la propia Química, la RSC ha tomado la interesante iniciativa de editar un libro balance de los logros de esta Ciencia y, en el marco de una espectacular presentación, ha realizado un estupendo análisis de algunos de los hechos más sobresalientes que han acaecido en el campo de ésta que, los propios químicos denominan «Ciencia Central». Y la primera cuestión que uno se plantea es si a alguien que no está en la disciplina, o en la propia ciencia, le puede interesar un libro «a priori» tan específico. Obviamente, hemos de suponer que a los cultivadores de «el Arte» como le denominaban los alquimistas sí que nos debe interesar. Y la respuesta es desde luego afirmativa, puesto que la pretensión del libro, dar a conocer los bienes que esta rama de las Ciencias de la Naturaleza ha procurado a la Humanidad sí que se ha conseguido. Efectivamente, el libro pasa revista a los logros de una ciencia que, como dicen los diccionarios, «estudia los cuerpos más simples existentes en la naturaleza, denominados «elementos químicos», sus combinaciones en los denominados «compuestos químicos» y los procesos que permiten pasar de aquéllos a éstos y viceversa, denominados reacciones químicas». Bien pues, en un largo caminar cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, pero que quizá podríamos asociar al descubrimiento del fuego, la Química ha descubierto, efectivamente, los elementos químicos, prediciendo en algunos momentos la existencia de otros desconocidos, gracias a los trabajos de Mendeleev a finales del siglo pasado y de Seaborg a mediados de éste, dos de los gigantes de ésta y que con Linus Pauling y Svante Arrhenius pueden ser considerados «los cuatro puntales que sustentan la catedral de la Química». Pero la Química ha sido capaz, además de comprender la estructura y la naturaleza de prácticamente todas las sustancias conocidas, desde el aire y el agua al ADN, o desde la sal a la penicilina o a la clorofila y un infinitamente largo etcétera... ¿Infinitamente largo?, bueno, quizá no tanto, aunque saber que en la actualidad se han registrado en el catálogo de la revista «Chemical abstracts» hasta ¡diez millones de especies químicas diferentes! casi nos acerca al infinito. Pero lo que ciertamente nos sitúa en él es la

potencialidad de la química a la hora de «crear nuevas especies». Efectivamente, se ha estimado que las posibilidades de fabricar nuevas especies químicas alcanzan nada menos que 10^{300} , pero –¿deberíamos decir, quizá, afortunadamente?, pues no tendríamos donde ponerlas– no existen en el Universo átomos suficientes para fabricarlas todas simultáneamente.

Bien, pues, el libro comienza... ¡con un apunte programático!, el del actual primer ministro del Reino Unido, Tony Blair, quien arranca diciendo: «La educación es «la» prioridad del gobierno. Para que Gran Bretaña pueda competir con éxito, la educación es la llave» pero, añade, «como el mundo está cada vez más dirigido por la Ciencia y la Tecnología, la educación en Ciencia es crucial...», y a continuación indica el esfuerzo extraordinario que piensa hacer su gobierno (que está ya haciendo) para incrementar el peso científico y tecnológico del Reino Unido... En un país con una destacadísima, envidiable, tradición científica y tecnológica, cuna de la revolución industrial pero que recientemente, en los últimos veinte años, estaba descuidando su ciencia pública, Blair termina deseando que *La edad de la molécula* sirva para motivar a los jóvenes al estudio de la Química en particular y de la Ciencia en general. Porque, debido quizá al auge del comercio y a su globalización, y al deterioro de las condiciones de trabajo en los grandes centros oficiales de investigación que ha acompañado el final de la guerra fría, incluso en los países más avanzados, los estudios científicos empiezan a notar una cierta caída en la prioridad de los jóvenes universitarios que tienden a las carreras más relacionadas con el mundo del intercambio que con el de la creación, el descubrimiento y sus aplicaciones.

De manera que *La edad de la molécula* comienza, de hecho, tras este interesante alegato y lo hace con un breve apunte histórico, en el que se destaca sobre todo el siglo XIX, del que asombra recordar –o aprender– lo mucho que se desarrolló la Química en general y la Química Industrial en particular, por lo que para algunos, quizá no bien informados, la Química es la Ciencia de ese siglo, la Física sería la del XX y la Biología la del XXI. No es éste el punto de vista del que esto escribe, ni, desde luego, el de los autores, múltiples autores y, muchos de ellos, ilustres autores, del libro que comentamos; es éste ciertamente un tema interesante, el de la importancia relativa, e histórica, de las diferentes ramas de la Ciencia, por lo que sobre ello volveremos más adelante. Pero, por ahora, retomemos el tema. Asombra, decíamos, observar, lo mucho que se hizo, casi con la sola intuición y el trazar y retrazar estrategias, sin la pléthora de técnicas experimentales de que disponemos hoy y, quizá sobre todo, sin la interpretación teórica de los fundamentos de la Química que ahora tenemos. Podríamos decir que los químicos rompían y formaban enlaces químicos sin saber gran cosa de como lo hacían, sin saber lo que pasaba a nivel molecular. Y ello gracias a una mezcla de sentido común, ingeniosidad y esfuerzo que, constituye la denominada «intuición química».

Y tras ese breve introito histórico el libro va desgranando con ejemplos magistrales y con un lenguaje ameno los aspectos más destacados de cada una de las diferentes partes de la Química. Es claro, no obstante que, de la misma manera que la propia Ciencia se divide –tradicionalmente– en cinco ramas, de las que una es la que nos ocupa, la Química, ésta se subdivide en otras ramas que una tras otras van siendo descritas por sus más singulares descubrimientos y aportaciones. Pero también del mismo modo que las fronteras entre las diferentes Ciencias son, además de artificiales, poco precisas, las fronteras entre las sub-ramas lo son aun más artificiales y aun

menos precisas. De todos modos, para poder tratar el edificio conjunto y armonioso de la Química, o de la Ciencia en general, sí que resulta práctico subdividirla..., pero sin perder de vista esa unión global que constituye el edificio. Precisamente, la división del libro en los diferentes capítulos escapa –afortunadamente– algo de la ortodoxia y no divide caprichosamente a las especies en «orgánicas» e «inorgánicas». Así, el primer capítulo temático se refiere a la Síntesis y el segundo al Análisis que eran, y son, efectivamente, las actividades habituales de los químicos; pero, en estos más de doscientos años, la Química de Lavoisier se ha dotado de multitud de equipos y técnicas experimentales en los que, además, la informática ha entrado con rotundidad y ello ha permitido que un –buen– laboratorio universitario de prácticas deba tener, aunque no siempre tenga, (casi) tantos ordenadores como matraces y tantos espectroscopios y difractómetros como buretas...

Y claro, desde el momento que hablamos de informática la conexión a Internet surge de modo natural. En el libro abundan las citas a páginas de la red relacionadas con la Química y, en el momento actual, es posible hacer una carrera de Química en diferentes universidades norteamericanas a través de Internet. Pero también existe una buena bibliografía «tradicional», con referencias a la mayoría de los libros que pueden permitir una ampliación de los variadísimos temas contemplados a los lectores, abundantes sin duda, a los que esta obra abrirá el apetito intelectual.

Pues bien, la síntesis, recogida en este libro en un capítulo que lleva el sugerente nombre de «Hazme una molécula», paráfrasis del «Dessine-moi un mouton» de *El pequeño príncipe*, confiere a la Química una de sus peculiaridades con respecto a las demás Ciencias, la de fabricar nuevas especies químicas, nuevas sustancias, que no existen en la Naturaleza, por lo que muchas veces hablamos de proceso «creativo» –casi en su acepción bíblica–. La síntesis química ha alcanzado metas sorprendentes, asombrosas, y por caminos que son a la vez elegantes y eficientes, o sea utilizan el mínimo número de etapas y los reactivos más simples para obtener el máximo rendimiento en cada etapa, lo que se denomina la «selectividad».

Obtención de moléculas

En esos procesos de síntesis se han obtenido efectivamente resultados espectaculares, a comenzar por la obtención de moléculas con una geometría determinada, lo que se denomina «conformación», lo que comenzó con la preparación individualizada de una de las dos glucosas, la D-glucosa, que posee propiedades diferentes de la L-glucosa, recogiendo el testigo de la separación de isómeros que había realizado Pasteur. Y este tipo de síntesis específicas parecía haber alcanzado su cumbre en los trabajos de Robert Woodward quien en su grupo de la Universidad de Harvard, en los años cincuenta, consiguió «crear» moléculas tan complejas como las de la clorofila-a, la estricnina, y, por encima de todas ellas, la vitamina B₁₂, entre otras muchas, por lo que recibió el Premio Nobel en 1965 «por sus proezas en el Arte de la síntesis orgánica». Claro que ese Arte no es sólo un arte por sí mismo, sino que conduce a la preparación de sustancias que sirven, que dan servicio, a la Humanidad en muy diferentes aspectos, y ésta es desde luego otra de las grandezas de la Química. Al fabricar moléculas específicas, sus propiedades son también muy concretas; por ejemplo, podemos considerar el caso sencillo de dos moléculas con la misma composición, C₁₀H₁₆, y cuyas estructuras son tan parecidas como las de las manos, esto es, no son superponibles, sino que una es la imagen

especular de la otra, lo que los químicos llaman isómeros ópticos o enantiomorfos, y a esas moléculas se las denomina «quirales». Bien, pues en el caso del limoneno uno de los dos isómeros, el (R)-(-)-limoneno es responsable del olor a limón de los cítricos, mientras que el otro, el (R)-(+)-limoneno, lo es del olor a naranja, y ello con ¡apenas 36 átomos! Cabría suponer así que el olor a pomelo fuera debido a una especie química muy próxima..., ¡pues no!, la «nootcetona» tiene más átomos, 34, átomos diferentes, pues incluye al oxígeno C₁₃H₂₀O, y, además y sobre todo, una estructura muy distinta. De ella también hay dos formas isómeras y ambas comunican el olor a pomelo, pero una casi mil veces más intensamente que la otra... Este ejemplo casi banal, encierra no obstante uno de los factores más espectaculares de la Naturaleza que reconoce la Biología Molecular –por cierto que ésta es, en gran medida, una parte de la Química...–. Y es que la Naturaleza es muy sensible a la quiralidad. Esta tremenda especificidad hace que, por ejemplo, de las dos formas de la talidomida una permitía aliviar la náusea matutina durante el embarazo, mientras que la otra da lugar a tremendas deformaciones del feto; o las dos formas isómeras del dicloro-diamín platino, uno de los cuales es uno de los pocos y más potentes anticancerígenos conocidos y el otro prácticamente inocuo. Pero el progreso, claro, no cesa y las moléculas que se sintetizan hoy son extremadamente complejas; a pesar de ello no resisten las técnicas de síntesis. Casi podríamos decir que actualmente se puede sintetizar (casi) todo... y ello tanto cuando se trata de productos naturales, como la insulina, la anfotericina o la palitoxina, o moléculas nuevas como muchos antibióticos.

El progreso en la síntesis, sin embargo, no es aislado, y ha ido en paralelo con el de las técnicas de Análisis, la «otra» actividad tradicional de la Química. No se trata claro está de dar aquí una retahíla de todo lo que se ha conseguido en este campo, pero sí conviene recordar, por ejemplo, que, gracias a la electroquímica analítica, ahora puede uno, con simplemente ir a una farmacia, conocer en menos de cinco minutos, y con un único sensor, no menos de seis parámetros diferentes en una gota de sangre, algo que hasta hace pocos años sólo podía hacerse en mucho más tiempo, y sólo en algunos hospitales. Y en cuanto a la capacidad de detección, el progreso ha sido más que admirable. El ejemplo del envenenamiento del agua Perrier en Estados Unidos, que llevó a su retirada transitoria del mercado americano, es ciertamente significativo; se debía a la presencia en ella de benceno, un agente carcinogénico en la proporción de una molécula de C₆H₆, por cada cien millones de moléculas de agua, o sea que, con las técnicas analíticas actuales se puede encontrar, literalmente, una aguja en un pajar.

La palabra «mercado» es consustancial con la Química. De hecho, su primer desarrollo vino de la mano de su utilización industrial y el consecuente valor añadido. En esto, la Química se diferencia de las restantes ramas de la Ciencia en cuanto es responsable de una industria que en los países más avanzados es una parte substancial, a menudo la mayor del Producto Interior Bruto, sobre todo si incluimos la industria farmacéutica, que también se basa en la síntesis y el análisis químico. En este terreno, la producción de energía es también, en su mayor parte, un proceso químico, aun descontando la nuclear, el de combustión; ante el eventual, inevitable al ritmo que vamos, agotamiento del petróleo, la química está buscando, por medio de la catálisis, convertir el carbón –del que las reservas son muchísimo mayores–, o el alcohol,



Viene de la página anterior

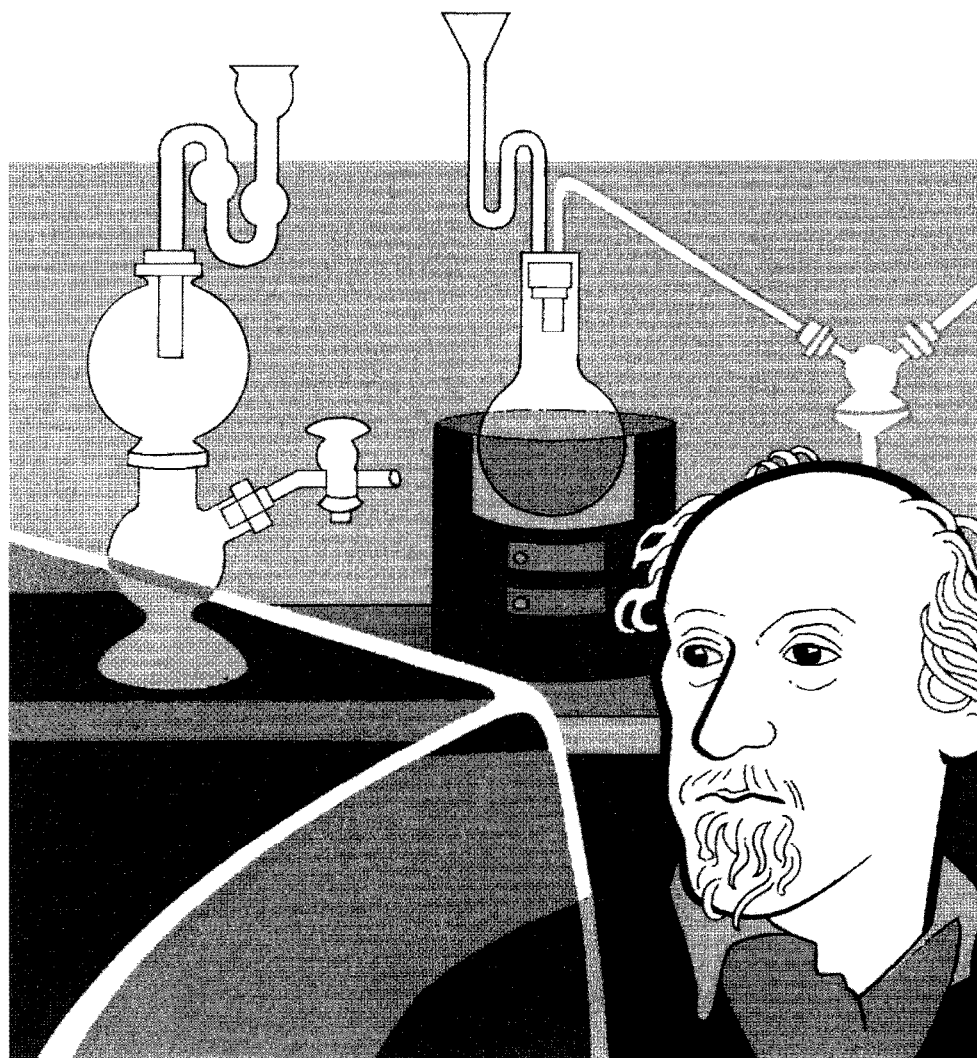


que puede producirse fácilmente y de manera natural, en combustibles tipo hidrocarburo.

El libro de la RSC desgrana a continuación una serie de capítulos que rivalizan en su atractivo y detallan, sin abandonar el nivel de comprensión que se habían propuesto sus autores, los tremendos avances de los últimos cien años desde las perspectivas de la utilidad, la creatividad y la dificultad que indudablemente encierra la Química. A lo largo y ancho de los mismos, se comprueba que esta Ciencia ha alcanzado un grado de madurez suma en el que es posible conocer la manera en que tienen lugar las reacciones a nivel atómico, o en tiempos extremadamente cortos, el dominio de la femtoquímica, 10^{-15} segundos, objeto del Premio Nobel de Química de este año, conseguido por primera vez por un científico egipcio, Ahmed Zewail, nacionalizado americano. Y a estudiar especies químicas sólidas en el dominio de lo muy pequeño con los nanomateriales, 10^9 m, entre ellos los derivados de los fullerenos, moléculas de carbono que, de la mano de Kroto, Smalley y Curl, premios Nobel en 1996, han abierto un nuevo camino en la química molecular que puede llevarnos a través de la endoquímica, por medio de moléculas terapéuticas incluidas en moléculas de fullerenos, que serían los viales, a resolver infecciones locales y específicas.

Maravilloso instrumento

Mencionábamos la catálisis, y conviene quizá pararse un momento, a tenor del contenido del libro que comentamos, en este maravilloso instrumento que la Naturaleza se ha dado para modificar la velocidad de las reacciones químicas y para hacerlas selectivas. Los enzimas, catalizadores naturales, son capaces de ayudar a reaccionar cosas tan básicas como el dióxido de carbono y el agua en los organismos vivos. Eso lo realiza una proteína, la anhidrasa carbónica, que acelera la reacción un factor de mil millones, y sin necesidad de más temperatura que la del organismo vivo. Tras el desarrollo de la bioquímica, los químicos industriales utilizan los enzimas en muchos procesos que van desde el «menstrual» polvo de lavar la ropa a la fabricación del «ácido ascórbico», uno de los pocos compuestos químicos que «el hombre de la calle» reconoce y sabe que corresponde a la vitamina C, la de los cítricos, a cuyo olor antes hacíamos referencia. Pero no toda la catálisis es, desde luego, enzimática, y la industria química tiene en los catalizadores algunos de sus mejores aliados. De entre los muchos ejemplos sobre catálisis, cabe señalar como muy importante por su volumen económico el referente a la industria del refinado de petróleo en el que gracias a las zeolitas se realizan a temperaturas mucho más bajas y de manera muy selectiva los procesos de refinado y craqueo que luego aprovechamos en los combustibles de diferentes tipos de motores. Otro ejemplo, quizá más inesperado, es el del vinagre. El condimento que actualmente se consume es cada vez menos producto de la degradación natural del vino y más comúnmente obtenido a partir del ácido acético, el cual es un producto químico de enorme importancia en la preparación, no sólo del vinagre, sino de una multitud de otros productos como disolventes, productos farmacéuticos, sustrato para las películas fotográficas –que, dicho sea de paso, parecen tener los días contados con los registros magnético, u óptico, y ello gracias a los nuevos materiales...–, pinturas, adhesivos, fibras textiles sintéticas, pesticidas o alimentos... Bueno, pues ese ácido acético se fabrica, gracias a diferentes catalizadores, a partir de etileno, acetileno, gas natural, butano... Y, dado que las moléculas resultantes son siempre las mismas, no existe ninguna diferencia entre el producto natural y el artificial. Lo que no siempre está en el ánimo de ese personaje que to-



MARISOL CALÉS

dos interpretamos alguna vez: «el consumidor», que muchas veces, y casi siempre por un problema de cultura científica de los que este libro trata de remediar, prefiere los «productos naturales», generalmente llamados «ecológicos» cuando en su preparación, fabricación o cultivo «no ha intervenido la Química (sic)». Bien, pues esta, a menudo incomprendida, casi siempre malquerida y ocasionalmente condenada Química, ha servido, está sirviendo y servirá inevitable y afortunadamente para resolver algunos de los problemas más acuciantes del planeta y de sus habitantes... Quizá el ejemplo paradigmático de esto es el de la síntesis del amoníaco, NH_3 , del que a principios de siglo se fabricaban para su uso en la industria de fertilizantes unas 300.000 toneladas. Ello era, no obstante, costoso debido a la dificultad de romper el fuerte enlace de la molécula de nitrógeno, especie química abundantísima en el aire, pero difícil de utilizar por ese motivo. Haber, Premio Nobel, descubrió que el hierro catalizaba la reacción de nitrógeno e hidrógeno para dar amoníaco y abrió la puerta al desarrollo económico de la industria de los fertilizantes, lo que permitió mejorar en todo el mundo el rendimiento de los cultivos y, se cree, salvó a la Humanidad de una hambruna... Pero los caminos de la Química son complejos, aunque escrutables; otro ejemplo citado también en el libro, pero quizá algo eutrapélico, es el de la sulfamida M&B 693, que sirvió para curar a Churchill una pulmonía en 1943... Y los autores del libro, quizá en esta ocasión algo más británicos de lo que se debía, concluyen: «¿quién sabe cómo hubiera terminado la Segunda Guerra Mundial sin ella!». De todas maneras, es cierto que la Química influyó mucho en esa guerra, en todas las guerras. Un caso poco conocido es el de la utilización de la catálisis para incrementar el octanaje de la gasolina de los aviones que libraron la batalla de Inglaterra contra la «Luftwaffe». Gracias a ello los pilotos ingleses –muy ayudados por pilotos polacos huidos a Inglaterra tras la invasión de Polonia– derrotaron a los «Stukas» y consiguieron una de las primeras victorias aliadas. Y que lo decisivo fue el combustible se basa en que contra los mismos «Spitfires», y menor octanaje, los pilotos alemanes resultaron victoriosos unos meses antes en los cielos de Francia. De ahí que, para los químicos británicos, la cele-

brada frase de Churchill: «nunca tantos debieron tanto a tan pocos» incluye, entre los pocos, al puñado de químicos que consiguieron esa gasolina de 100 octanos en 1942.

Pero claro, todas las bombas, todos los proyectiles, lanzados en las guerras proceden de fábricas químicas... Obviamente el problema no está en ella, en la «Ciencia de elementos, compuestos y reacciones», sino del uso que le demos. El libro que nos ocupa pasa muy de puntillas sobre ese «problema», el de la Química como contaminante, destructora, envenenadora..., papeles que, desde luego son atribuibles a sus usuarios y no a esa ciencia. En ese sentido, en el prólogo se justifica la elección de los aspectos favorables, esto es de la Química como «benefactora de la Humanidad», porque sus beneficios superan con creces a los posibles daños que se hayan producido «en su nombre», añadimos nosotros parafraseando a lo que se dice de la libertad. Este estupendo libro adopta, pues, una visión positiva de la Química, en cuanto a actividad creativa, excitante –estimulante, decíamos antes–, e importante. Y si decimos que es un libro estupendo no es ello por tratar un tema que nos es tan caro, sino porque además de todo lo que antecede que debe reflejar el interés del tema del libro, éste está magníficamente editado, la tipografía es soberbia, la composición impecable y las ilustraciones excelentes. Cabe preguntarse si la Química hubiera podido desarrollarse hasta los asombrosos niveles actuales sin el simbolismo que, por cierto, surgió por motivos bien diferentes, para

esconder más que para mostrar, para evitar que los no iniciados pudieran acceder a los secretos del Arte, de los que se esperaban obtener riquezas, longevidad y la eterna juventud por medio de fórmulas mágicas, o de la célebre, y tan traída y llevada, piedra filosofal. Pues bien, lo que los alquimistas buscaban y no pudieron conseguir lo ha conseguido, ciertamente, la Química, una industria que produce una gran cantidad de riqueza, la primera empresa del mundo ha sido tradicionalmente una empresa química, la producción de ácido sulfúrico era un índice de desarrollo de los países... Por recoger un ejemplo del libro: el mercado estimado para 1997 de los cristales líquidos en pantallas electrónicas, una de cada cinco de todas las utilizadas en el mundo, era de siete millones de dólares, y eso deriva de una parte de la Química a la que corresponde aproximadamente el 1% del total de las publicaciones de esta Ciencia. Pero los cristales líquidos sirven para muchas más cosas: chalecos antibala, como llevaba el actual Pontífice el día que sufrió un atentado y que muy probablemente contribuyó a salvarle la vida, o la estructura de los bolidos de fórmula uno, o las fibras que imitan a las telas de araña (el kevlar posee una resistencia diez veces mayor que el acero a igualdad de peso)... y así hasta cientos de posibles aplicaciones.

Todo esto y bastante más, lo recoge *La edad de la molécula* con mucho más detalle de lo que en esta pequeña exégesis cabe. Pero nuestro libro contiene aun más cosas: un magnífico glosario –para profanos– en cada capítulo, lo que da más de cuatrocientas entradas de términos químicos y que, en sí mismo, ya vale la pena para todo aquel que quiera refrescar –y acrecentar– la memoria de sus años de bachillerato... Aunque hermana pobre en la enseñanza, la Química posee una vitalidad envidiable, como Ciencia y como Técnica y tanto por su contribución al bienestar y al desarrollo humano, como por su capacidad de comprensión del mundo que nos rodea a la escala más detallada. Por su capacidad de emular a la Naturaleza, la Química prepara la llegada del siglo XXI como la «Ciencia Central» que ya fue en el XIX por su aportación a la Industria, y desde luego en el XX con su perfeccionamiento científico y técnico. No creo que a nadie con algo de conocimiento de la Química, y en su sano juicio, se le ocurriera imaginar «El fin de la Química», como han hecho, de manera algo insensata pero económicamente rentable, algunos espabilados refiriéndose a la Física y a la Historia. Si, aun así, lo piensan intentar, que lean antes este precioso libro. Libro que, además tiene un epílogo, un brillante epílogo del brillante Sir Harry Kroto, donde se señala, por si duda hubiera, que uno de los grandes logros del siglo que termina este año 2000, y él señala diez, comenzando por la Mecánica Cuántica, es el de la conjunción de Química, Física y Biología. Ciertamente que el siglo XXI verá acrecentarse esa conjunción y también verá que las áreas de interfase entre las tres serán de las más ricas en descubrimientos y aplicaciones. □

RESUMEN

La británica es la más antigua de todas las sociedades químicas existentes y bajo su amparo se ha publicado el libro que comenta Miguel Ángel Alario, una obra colectiva y de síntesis que pretende, entre otros fines, dar a conocer los bienes que esta rama de la ciencia ha procurado a la humanidad. Aunque la química se desarrolla en el siglo XIX, en su opi-

nión no cabe pensar que ése sea el siglo de esta rama, como el XX lo ha sido de la física y el XXI lo va a ser de la biología. En esta obra colectiva se muestra a las claras el progreso que sigue mostrando la química y cómo está sirviendo, y lo seguirá haciendo, para resolver algunos de los problemas más acuciantes del planeta y de sus habitantes.

Nina Hall (ed.)

The Age of the Molecule

Royal Society of Chemistry, Londres, 1999. 268 páginas. 15 libras esterlinas. ISBN: 0-8504-945-2.

Música arábigo-andaluza

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de más de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y Académico electo de la Real de Bellas Artes de San Fernando, ha sido Presidente de la Sociedad Española de Musicología. Por sus discos de Canto Gregoriano ha obtenido premios en París, Tokyo, Washington y varios discos de oro y platino.

En torno al tema *Le Maroc et Al-Andalus* la Fondation Royaumont celebró durante el pasado verano (13 de junio-26 de septiembre) diversos actos académicos y culturales en la hermosa Abadía que tiene por sede, fundada por San Luis de Francia en 1228 al norte de París. Conciertos, conferencias, sesiones de estudio y una exposición sobre los instrumentos de música de Marruecos y de Al-Andalus alcanzaron una cierta notoriedad, y los más importantes medios de comunicación dedicaron espacios con reseñas muy elogiosas a esta manifestación cultural (*Le Figaro*, 26 de mayo, Agencia France Press, despacho del 24 de junio, *Le Monde*, 5 de julio, etc.). *Instruments de Musique du Maroc et d'Al-Andalus* es el libro que, con sus cuidadas fichas y sus estudios preliminares, da cuenta de dicha exposición bajo la dirección de la arqueóloga Catherine Homo-Lechner y del luter Christian Rault. El libro, así como fue la exposición, agrupa los instrumentos por cordófonos, los más numerosos (nrs. 1-27), aerófonos (nrs. 28-36), membranófonos (nrs. 37-47), idiófonos (nr. 48) y otras piezas atípicas (nrs. 49-50). Según se nos dice en la presentación, el objeto de esta exposición es el de «describir el instrumentarium utilizado en Al-Andalus durante la edad de oro de la administración arábigo-musulmana en la Península Ibérica entre los siglos IX-X hasta fines del siglo XV» (págs.14-15). Instrumentos reales usados para producir sonidos, ya fuesen pertenecientes a tiempos antiguos ya de uso actual, aparecen asociados a instrumentos que son meros objetos iconográficos, en el intento de reconstruir la colección organológica completa relativa a la música andalusí. Paleorganología (arqueología musical), etnoorganología e iconografía musicales añan su objeto y su método, así pues, para alcanzar resultados tangibles en un terreno histórico presidido por la ausencia de datos fiables.

Superado el positivismo documentalista del siglo XIX que dio lugar a la ciencia musical moderna, es frecuente, y plausible, acudir a la llamada musicología comparada, o comparativista, para iluminar las sombras históricas de un arte, como la música, que produce obras esencialmente transitorias y fugaces, por más que algunas vengan, desde hace unos pocos siglos, plasmadas en los escritos. En efecto, muchos de los elementos más sutiles de este arte se refugian en la oralidad y en la tradición viva. Es legítimo, por tanto, acudir a ese cajón de sastre que llamamos folklore,

música tradicional o de tradición oral, para encontrar en él aquellos datos que, mediante la oportuna corrección, puedan retrotraerse en el tiempo y completar así la información que los meros documentos y demás testimonios arqueológicos jamás podrán proporcionarnos sobre la música del pasado.

Con respecto a la música arábigo-andaluza, lo que causa desasosiego intelectual y lo que puede hacer ineficaz la aplicación del método, es la indefinición de los límites del campo que se está investigando, «ignorancia elenchi». Bajo el epígrafe «andalusí» los estudiosos de esta música colocan un genérico que necesitaría, a mi juicio, unos límites de tiempo y espacio mejor marcados. En el libro que nos ocupa la música andalusí viene estrechamente asociada a la música del Magreb y del norte de África. Otros autores la sitúan como quintaesencia de la música árabe practicada hoy en día, y desde los tiempos de Mahoma, en el inmenso territorio que se extiende desde los confines del Irán, por todo el norte de África, hasta el sur de la Península Ibérica. El iniciador de una suerte de panarabismo musical que parece haber continuado hasta el día de hoy fue Francisco Salvador Daniel. En un curioso ensayo que publicó en Argel en 1879 intentó descubrir la estrecha relación de la música árabe, notablemente la hispanoárabe, con la música griega y el canto gregoriano (*La musique arabe: ses rapports avec la musique grecque et le chant grégorien*, Argel, 1879). A partir de 1905 el musicólogo francés Jules Rouanet y el argelino Edmond Yafil publicaron, asimismo en Argel, una serie de 25 fascículos de música árabe y «mora» (*Répertoire de musique arabe et maure*) con acompañamiento de piano, donde aparece, por vez primera según mis noticias, el nombre de música «andalouse» para designar aquellas canciones que, con los moros expulsos del reino de Granada, llegaron al norte de África después de 1492 y allí se han cantado hasta el día de hoy.

Herederio de esta tendencia, el arabista Julián Ribera realizó un considerable esfuerzo para demostrar que el repertorio de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio y el de las canciones de los Trovadores, Troveros y Minnesingers eran deudores de la música practicada por los musulmanes en la Península Ibérica, «música andaluza medieval». Sobre las cantigas aparecieron tres hermosos volúmenes en Madrid, los dos primeros en 1889 y el tercero, dedicado especialmente a la música, en 1922 (*La música de las Cantigas. Estudio sobre su origen y naturaleza, con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna*). En los tres años siguientes, el insigne arabista publicaría tres fascículos con el llamativo título *La música andaluza en las canciones de Trovadores, Troveros y Minnesingers* (Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1923, 1924 y 1925). Ribera recibió del musicólogo sacerdote Higinio Anglés una crítica inmisericorde, radicalmente descalificadora y en buena parte injusta. El arabista no estaba errado en todos sus planteamientos, sino en la aplicación del método, como ya he escrito en otro lugar («Relectura

de la Teoría de Julián Ribera sobre la influencia de la música arábigo andaluza en las cantigas de Santa María y en las canciones de los Trovadores, Troveros y Minnesingers», *Revista de Musicología*, XVI, 1993, págs. 385-395).

Las exageraciones de Ribera han sido posteriormente matizadas por quienes se dedican a estudiar la música árabe, aunque es preciso reconocer que hace falta todavía un gran esfuerzo para definir científicamente las fronteras de los repertorios y géneros de música que aparecen encuadrados en los ambiguos términos «árabe», «arábigo andaluza», «andalusí», etc.. Cristián Poché, en su libro *La musique arabo-andalouse* (París, Cité de la Musique, 1995), reclama el uso del atributo genérico «árabe» unido al de «andalusí», frente a otros términos para él más restrictivos, «andaluza-magrebí», «granadina», «nazari», o simplemente «andalusí», porque entiende que la música a que se refiere existe en gran parte del mundo árabe, incluido el próximo Oriente, con ejemplos claros en Alepo (Siria) de donde el propio autor es oriundo.

Años antes, Mahmoud Guettat se había mostrado más escéptico sobre la definición de la música árabe y andalusí y, por eso, prefirió titular su libro *La musique classique du Maghreb* (París, Sindbad, 1980), oportunamente citado por G. Le Vot en su breve disertación «Les troubadours et la musique arabe: malentend et réalité» (*Du royaume de Grenade à l'avenir du monde méditerranéen*, M. Barrios, B. Vicent, eds., Granada, 1997), declarando sin ambages: «ningún testimonio relativo directamente a la música de los andalusíes ha llegado hasta nosotros» (pág. 114).

El obstáculo que se interpone para desterrar la ambigüedad en el uso de los términos y de los contenidos es de orden fundamentalmente epistemológico, pero también político. Los parámetros utilizados por buena parte de quienes estudian la llamada música árabe parecen separarse considerablemente de los usados por la musicología científica para definir otros repertorios. Entender por música «árabe» la practicada en los países o regiones que poseen una administración musulmana, hoy o en otras épocas, no parece aceptable desde el punto de vista técnico, pues en dichos países existen formas, géneros y estilos coincidentes, en buena parte, con otros que observamos en ambientes y culturas no islámicas. Por otro lado, el empleo del método retrospectivo y comparativo para situar en la historia pasada hechos presentes y para llevar de un espacio a otro muy distante ciertos fenómenos requiere la identificación de conexiones inmediatas, sin lagunas o vacíos insalvables. La mera similitud formal no siempre sirve a estos efectos, sobre todo si no se establecen rigurosamente, en el tiempo y en el espacio, los puntos de contacto. Ejemplo de buen trabajo de investigación según el método comparativo es el estrecho seguimiento que la profesora Rosario Álvarez ha hecho del «arpa-cítara» durante el medioevo («El arpa cítara (rota): su probable origen bizantino y su trayectoria mediterránea hacia Europa occidental», *Revista de Musicología*, XXII, 1999, págs. 11-48). El lugar desde donde parte la difusión de este modelo iconográfico, utilizado en muchos pórticos románicos y en los códices de las Cantigas de Santa María, no es el mundo árabe del *qânum* y *nuzha* (Egipto) o del *santir* (Persia), sino Bizancio. Asimismo, entre los estudiosos de la música árabe, Reynaldo Fernández Manzano y, más recientemente, Manuela Cortés apuntan en la buena dirección al centrar, especialmente, en la forma «nowba» o «nûba» la música arábigo andaluza (*Pasado y presente de la música andalusí*, Sevilla, Fundación El Monte, 1996).

Para sembrar más confusión en un asunto que debiera desarrollarse en un ámbito meramente científico se suma el uso ambiguo de los patronímicos con una finalidad cultural

política de determinado país, región, ciudad, etc. *Instruments de Musique du Maroc et d'Al-Andalus* aparece ante el público como una manifestación propia de la cultura marroquí. Argelia, Túnez y Andalucía hacen, asimismo, una reivindicación similar en la búsqueda de una identidad cultural. Los ejemplos se multiplican en otras áreas de la música medieval. *La melodía litúrgica en el País Vasco* (3 vols., Bilbao, Bizkaia Kutxa, 1993) es el título anacrónico de una excelente investigación realizada por C. Rodríguez Suso sobre el canto llano según la documentación conservada en los archivos del territorio definido por el Estatuto de Guernica de 1979, que hasta la creación de la diócesis de Vitoria en 1862 estaba bajo la jurisdicción del obispo de Calahorra.

Aunque no aparece en el libro *Instruments de Musique du Maroc et d'Al-Andalus*, por ejecutarse sin instrumentos, es preciso aludir al fascinante canto de «Samaa», pues muchos autores lo consideran música andalusí. En el *Temps du Maroc* este bello repertorio se presentó como estrechamente ligado al canto mozárabe. El mozárabe es un canto litúrgico de las iglesias de España, llamado así en el territorio peninsular de religión islámica, precisamente, por ser cristiano y no árabe. Sus orígenes se remontan a la época paleocristiana. Conservamos del mozárabe preciosos testimonios en los tres libros corales de la capilla del Corpus Christi de la catedral de Toledo y en otros códices más antiguos, recogidos por cierto recientemente en dos extraordinarios volúmenes de fuentes paleográficas visigóticas por quien fue gran humanista y maestro de paleógrafos, Agustín Millares Carlo (*Corpus de códices visigóticos*. Edición preparada por M. C. Díaz y Díaz, A. M. Mundó, J. M. Ruiz Asencio, B. Casado Quintanilla y E. Lecuona Ribot, I. Estudio. II. Álbum. Las Palmas de Gran Canaria, UNED Centro Asociado, 1999). El canto de «Samaa», por el contrario, es un repertorio de tradición oral que parece haberse formado durante los siglos XIV y XV en el ambiente de ciertas hermandades islámicas. En el «Samaa» se cantan textos que excitan la piedad y devoción religiosa, pero no son de origen bíblico, ni poseen la forma antifonal y responsorial de los cantos mozárabes. La adscripción de este repertorio oral a la tradición andalusí, en este caso cristiana mozárabe, está basada en la lectura literal de un texto de Al-Tifâshî. Según este lexicógrafo tunecino del siglo XIII, los cantos que se cantaban en el medio que le tocó vivir eran imitados, unos, de los cristianos y, otros, del «huda» de los camelleros del desierto (C. Poché, o. c., págs. 37-38). El perfil diatónico de los cantos del «Samaa», más allá de las ornamentaciones con que sus melodías vienen muchas veces revestidas al ejecutarse, podría tener algunas concomitancias con el de ciertos cantos litúrgicos latinos y no sólo con el mozárabe. Ello no justificaría por sí solo, sin embargo, la existencia de conexión ni de ejes de influencia entre ellos.

Por lo que acabo de exponer, una inmensa labor resta, a mi juicio, para deslindar los campos de una música tan sugestiva y tan rica como mal conocida. Quizá este libro dedicado a los instrumentos de música de Marruecos y de Al-Andalus es una oportunidad para iniciar una nueva andadura por el buen camino. □

En el próximo número

Artículos de Rafael López Pintor, Francisco Rodríguez Adrados, José María Martínez Cachero, Manuel Alonso Olea, Manuel García Vellarde y Carlos Sánchez del Río

RESUMEN

Una exposición y un ciclo de conferencias, que tuvo lugar en Francia, sobre los instrumentos de música de Marruecos y de Al-Andalus, le permite a Ismael Fernández de la Cuesta comentar el libro que recoge lo que allí se trató. Con respecto a la música

arábigo-andaluza existe todavía una indefinición de los límites del campo investigado, y las posibles influencias y relaciones entre esa música hispanoárabe con la griega y el canto gregoriano, son algunas de las cuestiones que están por aclarar.

Catherine Homo-Lechner y Christian Rault

Instruments de musique du Maroc et d'Al-Andalus

Centre Européen de Recherche pour l'Interprétation des Musiques Médiévales, Fondation Royaumont, París, 1999. 142 páginas (con un CD). 180 francos. ISBN: 2-905271-65-5.

Auditoría de la democracia

Por Rafael López Pintor

Rafael López Pintor (Fernán-Núñez, Córdoba, 1942) es catedrático del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director general del Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS, entre 1979 y 1983; y consultor electoral de la Secretaría General de las Naciones Unidas en numerosos países. Es asesor del Instituto Internacional IDEA y autor, entre otras obras, de *La opinión pública española del franquismo a la democracia* y *Votos contra balas*.

Los intentos recientes por medir y evaluar el estado de la democracia deben enmarcarse en el contexto histórico de expansión de las libertades en la posguerra fría y la correspondiente movilización internacional de recursos para la asistencia financiera, técnica y política. Desde una perspectiva metodológica, tales esfuerzos pertenecen al ámbito de las ciencias sociales aplicadas o de intervención en los procesos sociales y políticos.

Con la expansión del modo democrático de gobierno en todo el mundo (partidos múltiples, elecciones libres, garantía de las libertades en el estado de derecho), la auditoría de la democracia ha pasado a ocupar un lugar en la agenda de las más importantes organizaciones internacionales así como de los gobiernos de los países donantes o proveedores de la ayuda internacional. Su expresión formal se encuentra a veces sólo en documentos de circulación interna en los ministerios respectivos o en las distintas agencias en el contexto de lo que se ha dado en llamar condiciones impuestas para la ayuda externa («conditionalities» en inglés). Entre los países interesados en llevar a cabo evaluaciones de la democracia como instrumento de su política de ayuda externa se pueden mencionar los siguientes: el Reino Unido, donde se ha desarrollado un «Good Government Assessment Framework» por parte del «Department for International Development», DFID; Suecia, Finlandia, Francia y Alemania entre los de la Unión Europea. La propia Comisión Europea ha producido el Documento de Trabajo VIII/1140 de 1998 bajo el título *Dialogue and Analysis Grid for Democratisation-Guidelines for Use*. En los Estados Unidos, la USAID ha publicado en 1998 una metodología bajo el título *Handbook of Democracy and Governance*



FUENCISLA DEL AMO

Program Indicators. Por su parte, la Comisión de Asistencia al Desarrollo de la OECD, reunida en París en 1998, elaboró unas directrices bajo el título *Good Government Assessment Methodology*. Otras agencias internacionales como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo han comenzado a elaborar marcos conceptuales para evaluar la práctica democrática de los gobiernos o están a la búsqueda de ello.

Los antecedentes metodológicos más remotos y relevantes en la materia son los informes anuales sobre el estado de los derechos y libertades de la ONG norteamericana «Freedom House» y los informes sobre el «Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo», PNUD. En ambos casos se trata de estudios cuantitativos con elaboración de índices estadísticos, que permiten clasificar a todos los países del mundo a tenor de los indicadores utilizados. Así, por ejemplo, en 1998

España obtenía una puntuación de 1.5 en la escala de 1-7 del índice de derechos y libertades de «Freedom House»; junto con otros veintinueve países entre los que se encuentran el Reino Unido, Francia, Italia, Alemania, Japón y Uruguay. Por las mismas fechas y en el índice del PNUD, España aparecía en la posición 11 en una lista de 175 países. Por delante de España salían, en este orden, Canadá, Francia, Noruega, Estados Unidos, Islandia, Holanda, Japón, Finlandia, Nueva Zelanda y Suecia.

Las metodologías actualmente en curso sobre evaluación democrática varían desde la elaboración de indicadores e índices como los ya mencionados hasta enfoques más cualitativos como el que inspirara la auditoría de la democracia en Suecia bajo el patrocinio del «Swedish Centre for Business and Policy Studies» con participación de investigadores de las universidades de Upsala y Estocolmo (Olof Peterson et al. en SNS Förlag, 1997). Más cerca del inmediato interés de este artículo están los trabajos producidos en el Reino Unido, que sirven de referencia a la presente recensión de la obra de Weir y Beetham, cuyo marco conceptual tiene sus antecedentes más directos en diversas contribuciones de estos mismos investigadores (*Defining and Measuring Democracy*, Sage 1994). Formularon gráficamente una «pirámide de la democracia», cuyos elementos básicos serían los derechos civiles y políticos, elecciones libres y honestas y una sociedad de cultura democrática, coronada en el vértice por un gobierno abierto y responsable

frente a las necesidades de la ciudadanía. Los autores proponen un ejercicio relativamente simple a base de responder a treinta preguntas sobre el estado de la democracia en el respectivo país. Cualquier persona medianamente culta y politizada puede intentar el ejercicio de la pirámide, que puede resultar estimulante e incluso divertido.

Con posterioridad a estas formulaciones de intención comparativa y a su aplicación en el Reino Unido, los mencionados autores británicos se han incorporado como coordinadores de un equipo más amplio de investigación auspiciado por el Instituto Internacional IDEA para la Democracia y la Asistencia Electoral, con base en Estocolmo. Se trata de un ambicioso proyecto sobre el *Estado de la democracia en el mundo*, que arrancando de anteriores trabajos se propone ir tan lejos en el espacio como el tiempo y los recursos permitan. El enfoque es novedoso, lo describiré más adelante, tanto por su profundización en los contenidos del gobierno democrático como por la metodología empleada. El proyecto de IDEA, por otra parte, se ofrece como una contribución pública y no interesada al debate sobre la democracia, al no venir condicionado por circunstancias inmediatas de relación económica o restricción política por parte de organizaciones y países donantes.

Una política para las personas

Entrando en la sustancia del libro de Stuart Weir y David Beetham, resaltaré lo novedoso del enfoque y los hallazgos más llamativos de los evaluadores. El proyecto de Auditoría Democrática se fundó en la Universidad de Essex en 1993 con la finalidad de evaluar la calidad de la democracia y las libertades políticas en el Reino Unido. Se trataba de investigar y publicar diferentes volúmenes que a lo largo del tiempo fuesen evaluando el estado de la cuestión y permitiesen a la ciudadanía juzgar si el país se hace más o menos libre y democrático.

El proyecto se ha nutrido académicamente en el Centro de Derechos Humanos de la Universidad de Essex y en la Universidad de Leeds donde enseña David Beetham, que desarrolló los criterios de evaluación democrática. La financiación del proyecto corre a cargo del «Joseph Rowntree Charitable Trust», una ONG domiciliada en Londres. El proyecto se origina en una época de descontento o desencanto político al final de la era Thatcher y durante el gobierno Major entre los sectores progresistas de la sociedad británica. Se trata de buscar respuestas sólidas y sistemáticas a preguntas inquietantes como si Inglaterra, tenida por muchos en el extranjero como un modelo de democracia, se ha quedado atrás respecto de otras democracias en Occidente; y cuán libre y democrático efectivamente es el Reino Unido.

En este número

Artículos de

Rafael López Pintor	1-2-3	Manuel Alonso Olea	8-9
José M.ª Martínez Cachero	4-5	Manuel García Velarde	10-11
F. Rodríguez Adrados	6-7	Carlos Sánchez del Río	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Auditoría de la democracia

Tradicionalmente la democracia se ha medido en términos de si las elecciones son libres y honestas, por un lado, y si se respetan los derechos y libertades, por otro. El proyecto resulta innovador al introducir otros dos criterios o estándares democráticos: la responsabilidad y capacidad de respuesta del gobierno en el período entre elecciones; y el grado de poder que está dispuesto a compartir con el ciudadano común. Estos nuevos criterios responden al sentimiento mayoritario de la ciudadanía en el sentido de tener poca influencia entre elección y elección y el deseo de aumentarla. Esto en cuanto al pasado. La propuesta de reforma de Tony Blair en 1997 no incluye, a juicio de los autores, el «problema clave» de la democracia británica, a saber, los enormes poderes concentrados en manos del ejecutivo. Blair ha propuesto toda una serie de reformas, que probablemente aumentarán más aún los poderes del Primer Ministro y el Gabinete en lugar de hacer al gobierno más abierto y responsable: «modernizar» los

procedimientos de la Cámara de los Comunes en lugar de reforzar su capacidad para exigir la responsabilidad del ejecutivo; mejorar la coordinación dentro del Gobierno; extender el poder del tesoro sobre otros departamentos ministeriales; afinar la maquinaria de relaciones públicas del gobierno; remover los miembros hereditarios de la Cámara de los Lores, etc.

Sobre la naturaleza de la democracia

En conjunto, el aparato conceptual del trabajo está basado en dos principios sobre la naturaleza de la democracia, como son el control popular y la igualdad política. El enfoque general de esta auditoría de la democracia parte de la premisa de que cualquier indagación acerca de la democracia debe empezar con los ciudadanos y las condiciones que mejoren su capacidad para afectar el proceso político eficazmente («empowerment») así como el conjunto de la vida pública y las organizaciones de la sociedad civil. El carácter democrático de un gobierno no sólo afecta a la calidad de la toma de decisiones y de respuesta a las necesidades de la gente, sino que es determinante de la forma en que el ciudadano corriente vive sus relaciones ordinarias con los organismos y funcionarios del Estado y les tiene confianza. De forma menos tangible, pero igualmente importante, ello afecta a la forma en que nos vemos a nosotros mismos como personas y conforma la clase de personas que somos.

Political Power and Democratic Control in Britain es el segundo volumen que sale a la luz en el marco del proyecto de auditoría democrática. Es continuación de otro sobre los derechos y libertades en el Reino Unido, cuyos autores son Francesca Klug, Keir Starmer y Stuart Weir. Se publicó bajo el título *The Three Pillars of Liberty* (Routledge, 1996) y tras las huellas de un sencillo esquema propuesto con anterioridad en el libro compilado por David Beetham, y ya mencionado, *Defining and Measuring Democracy*. Realizando un riguroso escrutinio de los mecanismos de protección y garantía de los derechos y libertades, los auditores no encontraron casos de violación rampante de los derechos humanos, aparte de algunas

«respuestas perturbadoras» al terrorismo en Irlanda del Norte. Sin embargo, «la auditoría descubrió que el Reino Unido ofrece mucha menos protección legal de los derechos y las libertades políticas de lo que los estándares internacionales demandan y los ciudadanos de a pie tienen derecho a esperar». «Grietas» en dichos estándares o una «debilidad» en el sistema de protección son algunos de los términos utilizados por los auditores para indicar cuán lejos de la perfección aún se encuentra la democracia británica (pág. 304).

Este volumen de 1999 recoge los resultados de la investigación auditora concluida en mayo de 1997, cuando el partido laborista de Tony Blair ganó las elecciones, sobre la base de los criterios generales arriba mencionados y su aplicación al funcionamiento de las instituciones democráticas, comenzando con la práctica electoral para después analizar la práctica del poder ejecutivo, el parlamento y la judicatura. Los títulos y subtítulos de algunos capítulos reflejan por sí mismos la agudeza con que la auditoría fue conducida y el contenido de algunos de sus hallazgos. He aquí algunos botones de muestra: «La otra lotería nacional: efectos políticos de las elecciones»; «¿Gobierna realmente el gabinete? ¿Gobierno de gabinete o régimen cuasi-presidencial?»; «Incomodando a la apisonadora: el desequilibrio de poder entre gobierno y parlamento»; «Atando corto a Gulliver: la ausencia de una constitución escrita».

El balance general arroja luces y sombras, siendo dos las luces principales. Primero, por lo que se refiere a la representación política, no se pone en cuestión que el Reino Unido sea una democracia en la medida en que las principales instancias legislativas y ejecutivas están sometidas a elección popular por sufragio universal en condiciones que son consideradas proceduralmente limpias. En segundo lugar, en relación al carácter abierto y responsable del gobierno, el balance incluye muchos rasgos obviamente democráticos. En ambas esferas del sistema político han sido identificadas serias deficiencias, que tienen un carácter sistémico más que accidental, y que constituyen la parte más interesante del ejercicio de la auditoría, puesto que indican zonas susceptibles de mejora en la vida política democrática.

Por lo que hace al sistema de representación y las elecciones, el informe señala algunas deficiencias que tienen también un carácter más sistemático que accidental: En muchos organismos públicos con funciones políticas sus dirigentes no son elegidos por votación popular (unos 4.500 organismos autónomos, especialmente regionales y locales con funciones políticas y administrativas y que no tienen que rendir cuentas ante la comunidad o la autoridad local popularmente elegida). Una de las cámaras del parlamento, la Cámara de los Lores, no está basada en la elección popular, sino en la herencia o el nombramiento del poder ejecutivo. Hasta 1997 no había autoridad regional alguna elegida popularmente. Con posterioridad, se han elegido asambleas en Escocia y Gales, aparte del nuevo sistema de representación decidido en 1998 para Irlanda del Norte.

El sistema de formación de los registros electorales deja fuera a un número significativo de ciudadanos, sobre todo de las zonas urbanas deprimidas y entre las minorías étnicas; lo que supone entre el 5-9% de la población con derecho a voto; incluyendo el 24% de la población negra y el 15% de la de origen hindú, pakistaní o bangladésí. La fórmula electoral de mayoría relativa en distritos de un solo escaño, típica del mundo anglosajón, hace que los votantes de la Coalición Demócrata Liberal se encuentren fuertemente subrepresentados en el parlamento. El argumento habitualmente esgrimido es que el sistema mayoritario produce gobiernos «fuertes», pero los gobiernos de un solo partido que dominan el parlamento no necesariamente son «efectivos». Por último, el sistema electoral hace que el resultado de las elecciones se decida en alrededor de 100 distritos cuyos escaños tienen una gran utilidad «marginal»; con cerca de medio millón de votantes a los que los partidos deben prestar atención especial y ejercen una influencia desproporcionada en la formación de las políticas de los partidos.

Como en el caso del proceso electoral, el funcionamiento de las instituciones de gobierno (gabinete, parlamento y judicatura) se adapta a los principios y reglas de la democracia. Sin embargo adolece de de-



Qué es

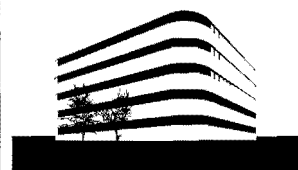
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Auditoría de la democracia», por Rafael López Pintor, sobre <i>Political Power and Democratic Control in Britain. The Democratic Audit of the United Kingdom</i> , de Stuart Weir y David Beetham	1-2-3
«Día a día con Juan Ramón Jiménez», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Juan Ramón de viva voz</i> , de Juan Guerrero Ruiz	4-5
«Pasión por la mitología», por Francisco Rodríguez Agradados, sobre <i>Mythes Grecs I. Origines</i> , de Alain Moreau	6-7
«El trabajo y su derecho», por Manuel Alonso Olea, sobre <i>Trabajo y empleo. Transformaciones del trabajo y futuro del Derecho del Trabajo en Europa</i> , de autores varios	8-9
«Crear, criticar e historiar», por Manuel García Velarde, sobre <i>Seeking Ultimates. An Intuitive Guide to Physics</i> , de Peter T. Landsberg	10-11
«La química de la vida», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Los elementos y moléculas de la vida</i> , de Manuel Losada, M. ^a A. Vargas, M. de la Rosa y F. Florencio	12

Viene de la página anterior



ficiencias sistemáticas que limitan en la práctica el alcance de la normativa democrática.

Sobre las relaciones entre gobierno y parlamento, el ejecutivo tiene que explicar y justificar sus decisiones ante los representantes del pueblo y de hecho lo hace enfrentándose a preguntas sistemáticas y duras críticas. Sin embargo, el principio de la responsabilidad ministerial, individual y colectiva, alimenta una ilusión de control político que está lejos de corresponderse con la realidad. En la práctica, el control del parlamento es limitado y el gobierno de gabinete no lo es menos. Por una parte, un ejecutivo fuertemente centralizado domina al parlamento a través de la institución del partido político, que hasta época reciente no recibió un reconocimiento formal. La Cámara de los Comunes rara vez opera y se manifiesta como un cuerpo político unificado y el gobierno de un solo partido otorga a su ocupante un poder ejecutivo y legislativo casi ilimitado. Por otra, los funcionarios públicos deben lealtad exclusiva al gobierno del momento, asistiéndole en la presentación de sus políticas, toda vez que la relación de adversarios entre gobierno y oposición permite sólo muy limitadas posibilidades de ésta para controlar a aquél.

La responsabilidad de los ministros en el interior del gobierno, que corresponde a la idea de un «gobierno de gabinete», no deja también de ser en gran medida limitada; al igual que la plena responsabilidad del gobierno ante el parlamento. Lo que sucede en el «corazón del ejecutivo» no trasciende al conjunto del gabinete. Este círculo interior está formado por algunos ministros (Tesoro, Oficina del Gabinete), el 10-Downing Street y el líder o «whip» de la mayoría parlamentaria. El sistema de decisiones dentro de comisiones ministeriales, designadas por el primer ministro, dificulta el escrutinio de las mismas por parte del conjunto del gabinete, y no digamos del parlamento, exponiendo al gobierno a serios errores de juicio, ya en el diseño de una política o en su aceptación pública. Por otro lado, los ministros dimiten por cuestiones privadas, pero casi nunca por fallos en su gestión.

El grado de transparencia informativa del gobierno y el acceso del público a los procesos de toma de decisiones varía según los campos. El gobierno facilita gran cantidad de información y tiene establecidos procedimientos de consulta pública; y la sociedad civil y los medios tienen recursos para participar en la misma así como para procesar y valorar la información a su alcance. Sin embargo, la información y consulta es desigual y asistemática en muchas áreas de la actividad pública. A veces la información no trasciende más allá del público selecto de determinados intereses, lo que puede ocasionar la pérdida de confianza ciudadana como ha sucedido en las áreas de la política de alimentación, protección del medio ambiente y salud pública.

El gobierno está sujeto al principio del estado de derecho y los tribunales son legal y realmente independientes del ejecutivo. Sin embargo, en ausencia de una constitución escrita y el correspondiente cuerpo de disposiciones de derecho público, importantes áreas de la acción gubernamental quedan expuestas a la discreción del ejecutivo bajo el imperio de las convenciones y directrices informales que pueden cambiarse libremente. No está establecido en ninguna parte, por ejemplo, qué tipo de información debe hacer pública el gobierno y cómo debe ofrecerla.

Ante tanto poder discrecional, la capacidad de los tribunales para ejercer el control legal de la acción del gobierno es en realidad limitada. La práctica de revisión

judicial iniciada en los años sesenta ha permitido que los tribunales recorten la discrecionalidad del ejecutivo limitando, por ejemplo, el alcance de la inmunidad en el uso de los documentos oficiales. Pero el expediente de la revisión judicial, por su limitado alcance, sólo marginalmente recorta la discrecionalidad del ejecutivo. No insiste en la transparencia, la consulta pública y la exposición de razones de las decisiones del ejecutivo y la adopción de una determinada política. Y aunque así fuera, sería legítimo preguntarse en qué medida son los tribunales el instrumento adecuado para remediar las deficiencias en la responsabilidad política del gobierno. Las pruebas de la justicia natural, el procedimiento debido y la razonabilidad que los tribunales aplican al gobierno y las decisiones públicas. ¿acaso no sería más legítimo que en lugar de estar fabricadas por los jueces derivasen de la más amplia agenda pública establecida en una constitución escrita? El último capítulo del libro es de conclusiones y se abre citando a Thomas Paine en sus *The Rights of Man, 1790-92*: «Las constituciones y los gobiernos que de ellas emanan no se han establecido para beneficio de quienes ejercen las funciones de gobierno en un momento dado... Una constitución es propiedad de la nación y no de quienes están en el gobierno... En Inglaterra no es difícil percibir que todo tiene una constitución, excepto la nación».

El volumen se cierra con unos comentarios sobre el posible impacto sobre el sistema político de las propuestas de reforma de Tony Blair a partir de 1997: la reforma de los Lores; el establecimiento de parlamentos regionales en Escocia y Gales; la fórmula imaginativa de representación y gobierno en Irlanda del Norte; las nuevas formas de consulta pública; el establecimiento de una Comisión Independiente sobre Estándares de la Vida Pública. Los autores abogan por una identidad política en el futuro que refleje mejor la diversidad histórica de los pueblos del Reino Unido: una política más plural con un parlamento genuinamente representativo, un poder ejecutivo más abierto o menos monopolista y un espacio reconocido para las múltiples identidades políticas: local, regional, nacional y europea.

Los catorce marcadores de la democracia

Como desarrollo más reciente en este campo de auditoría de la democracia, debo referirme con alguna mayor extensión al proyecto que en su fase piloto lleva a cabo el Instituto IDEA para la Democracia y la Asistencia Electoral, pues significa un intento de construir y probar una metodología susceptible de ser aplicada en cualquier país del mundo.

Por una parte, profundiza en los contenidos de la democracia, desgranando a lo largo de cuatro secciones y catorce capítulos los contenidos de la democracia y sugiriendo qué resultados deben esperarse de un sistema de gobierno democrático. Por otra, la evaluación de situación debe ser realizada en el contexto específico de cada una de las regiones del mundo y por equipos de evaluadores radicados en cada país. Un país debe ser evaluado esencialmente contra sí mismo, a la vista de sus particulares circunstancias y en un contexto regional, antes que en el conjunto general del mundo. Las cuatro secciones y los catorce capítulos del ejercicio de evaluación se abren y clausuran con una serie de preguntas claves, a las que debe responderse sobre la base de la evidencia disponible en cada caso:



FUENCISLA DEL AMO

I. Ciudadanía, leyes y derechos:

1. En materia de nacionalidad y ciudadanía: ¿Existe consenso sobre una ciudadanía común y sin discriminaciones?
2. Sobre el estado de derecho: ¿Se encuentran el estado y la sociedad sometidos a la ley de manera estricta?
3. Los derechos civiles y políticos: ¿Están igualmente garantizados para todos?
4. Los derechos económicos y sociales: ¿Están igualmente garantizados para todos?

II. Gobierno representativo y responsable:

5. Elecciones libres y honestas: ¿Permiten las elecciones el control del pueblo sobre el gobierno y sus políticas públicas?
6. Papel de los partidos políticos en la democracia: ¿Ayuda el sistema de partidos a un buen funcionamiento de la democracia?
7. Eficacia y responsabilidad del gobierno: ¿Es el gobierno responsable ante el pueblo y sus representantes?
8. Control civil sobre el ejército y la policía: ¿Están las fuerzas armadas y de la policía sometidas al control civil?
9. Minimizar la corrupción: ¿Están los funcionarios públicos libres de corrupción?
10. Los medios de comunicación y un gobierno abierto a la opinión: ¿Constituye la manera en que funcionan los medios un apoyo para los valores democráticos?

III. Participación ciudadana y capacidad de respuesta del gobierno:

11. Participación política: ¿Existe plena participación de los ciudadanos en la vida pública?
12. Capacidad de respuesta del gobierno: ¿Responde el gobierno a las preocupaciones de los ciudadanos?
13. Descentralización: ¿Se toman las decisiones en el nivel de gobierno más adecuado a las necesidades de los ciudadanos afectados?

IV. Democracia mas allá del Estado:

14. Dimensiones internacionales de la democracia: ¿Se conducen las relaciones internacionales del país según normas democráticas?

Me parece un momento oportuno para auditar nuestra democracia cuando ésta se aproxima a sus «bodas de plata» en el año capicúa del 2002, veinticinco años después de las primeras elecciones libres en junio de 1977, primavera inolvidable para quienes la vivimos cargada de ilusión y esperanza; y a los veinticuatro de la Constitución de 1978. Personalmente estimo que, en conjunto, la experiencia democrática de España presenta muchos más elementos ejemplares que negativos y que durante todo este tiempo no hemos dejado de ganar quilates en prácticamente cada uno de los frentes de la vida pública; muy especialmente en la capacidad de encajar el conflicto y desarrollar la habilidad negociadora a todos los niveles (quien abandona la mesa de negociación en España se pierde), la maduración de una opinión pública como institución central del sistema democrático, el reparto territorial del poder, la posición de las fuerzas armadas en el conjunto del sistema, los hábitos de la policía, la responsabilidad de los medios de comunicación. ¿Existen agujeros en el tejido democrático? Diría que hay manchas y no agujeros: Entre aquéllas destacaría la violencia persistente en y por el País Vasco, aunque ETA dejase de matar durante más de un año; la corrupción ligada a la financiación de los partidos políticos y en el ámbito del empleo, la evasión fiscal y el dinero negro; y la discriminación de los emigrantes, sobre todo africanos.

Una eventual auditoría de la democracia en España podría seguir esquemas de actuación similares a los del Reino Unido. Requisito imprescindible sería que viniese patrocinada por alguna institución no gubernamental; tal vez alguna empresa informativa de gran difusión como *El País*, que exhibe entre otros méritos una tradición de 15 años auscultando la opinión pública mediante encuestas. El proyecto podría igualmente ser patrocinado por alguna entidad privada sin ánimo de lucro tal que la Fundación Juan March, donde se residencia un importante programa de estudios políticos avanzados. La metodología podría seguir las líneas generales del proyecto que está desarrollando IDEA para ser aplicado en todos los países del mundo. Un primer esfuerzo de evaluación podría abrir el paso para una actividad sistemática de más largo alcance, a repetir cada pocos años a fin de poder comparar los resultados e identificar áreas de progreso, estancamiento o regresión en la práctica democrática: no sólo el estado de los derechos y libertades, sino también el estilo de producción y aplicación de las políticas públicas, la apertura informativa de las diferentes administraciones y la robustez de la opinión pública, como expresión más visible y rutinizada de la ciudadanía. □

RESUMEN

En el contexto de expansión de las libertades en la posguerra fría y en la movilización internacional de recursos para la asistencia financiera, técnica y política sitúa Rafael López Pintor los recientes intentos por evaluar el estado de la democracia. El Instituto Internacional IDEA para la Democracia y la Asistencia Electoral se ha embarcado

en un ambicioso proyecto para auditar el estado de la democracia en el mundo. El informe realizado sobre la democracia en el Reino Unido le lleva al comentarista a sugerir la conveniencia de que se evaluara la democracia española, cuando se van a cumplir, en 2002, 25 años de las primeras elecciones democráticas y 24 de la Constitución.

Stuart Weir y David Beetham

Political Power and Democratic Control in Britain. The Democratic Audit of the United Kingdom

Routledge, Londres, 1999. 538 páginas. ISBN: 0-415-09643-X.

Día a día con Juan Ramón Jiménez

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*.

Es día a día fue el que vivió durante trece años —1913, 1915, 1917, 1922, 1926 y desde 1929 hasta el lunes 29 de junio de 1936— Juan Guerrero Ruiz, fiel y puntual Eckermann de Juan Ramón Jiménez, unidos ambos por una profunda amistad —«tan sincera de su parte como llena de admiración, respeto y cariño por la mía»— que comenzó en la primera visita al poeta, cuando el visitante salió de la pensión Arizpe, residencia juanramoniana entonces, «encantado, entusiasmado» y exclamando para sí mismo: «¡Dios bendiga y deje mucho tiempo entre nosotros a este alma de poeta de sus cielos!». Entre agradecida y cordialmente, Juan Ramón le retrataría años después con palabras como éstas: «A Juan Guerrero le han puesto sus y mis amigos y no amigos varios nombres: 'Cónsul Jeneral de la Poesía Española', 'Primer Juanramoniano Español', 'Archivero Mayor de una Monarquía', otros acaso. Y cargado, en cambio, de condecoraciones ideales y atributos correspondientes, este hombre bueno y cumplidor se va a su casa por las noches con paso de luna llena, contento casi siempre de haber llenado el hueco de sus horas con luz discreta de obligación, de gusto y de belleza».

La voz cantante

Unas veces acudiendo al domicilio del poeta en la capital de España y, otras, hablándose con relativa frecuencia por teléfono —50874, el de Juan Ramón, y 1352, el alicantino de Guerrero—, la relación amistosa creció con el paso del tiempo, convertido Guerrero Ruiz en persona indispensable para el autor de *Platero y yo*, una especie de supersecretario que le mantenía abierto al mundo pues le llevaba noticias y papeles, le copiaba a máquina cartas que el escritor había recibido de gentes ilustres amigas suyas, trataba con los posibles editores de su obra, se ocupaba de las colaboraciones juanramonianas en diarios y revistas o se encargaba de diversas cosas. Juan Ramón llevó siempre la voz cantante, como protagonista indisputado que era, en estas conversaciones —casi todo el tiempo ha hablado él, según sucede siempre [subrayo]— y el buen amigo, muy interesado en recoger sus palabras, sacrifica cuanto sea necesario para cumplir debidamente su tarea: el miércoles 11 de julio de 1934 confiesa que nunca la deja de la mano aunque «haya de sacrificar sueño, diversiones, amistades, todo lo que voy suprimiendo para disponer en Madrid del tiempo necesario para cada día dejar escrita nuestra conversación».

Semejante protagonismo juanramoniano, tan exclusivo, pudiera producir un conjunto de cierta monotonía, sospecha que debe abandonarse porque afortunadamente abundan las referencias a muchas otras personas y cosas que no son Juan Ramón Jiménez aunque partan de él, y por eso este libro resulta ser un excelente documento que ilustra acerca de los más y los menos (entresijos o entrebastidores) de un período de nuestras letras.



TINO GATAGÁN

Una imagen primera de Juan Ramón

Soltero y pupilo en la pensión Arizpe (Villanueva, 5, ático), primeramente, casado en 1916 y ya con hogar propio, la personalidad de Juan Ramón a lo largo de estos años y hasta las vísperas de la Guerra Civil ofrece unos rasgos caracterizadores que no sufren variación sensible y que le peculiarizan a los ojos del lector de estas páginas; son, por ejemplo: su condición de infatigable trabajador, claramente manifiesta en el volumen de su obra, condición ayudada por la de solitario o voluntariamente apartado de las relaciones sociales —«A los cincuenta y un años y medio no se puede perder un solo día sin trabajar en su obra y por esto él le dedica todo el tiempo; sólo va a los conciertos y a alguna conferencia, no haciendo apenas vida social»—, y, también, por su amor al orden ya que «yo soy el orden mismo». Añádase a lo indicado, su sentido moral y religioso —«Yo vivo en un ascetismo espiritual, vivo por la poesía, por el arte, y no sólo en la poesía, sino en todo procuro ajustar mi vida a una norma de perfección moral»—, acorde con el cristianismo, que es «maravilloso en su esencia», y desacorde con «esas cosas nimias y pacatas que le ha añadido la Iglesia», tendencia espiritualista deudora en gran medida de Giner de los Ríos, recordado más de una vez en estas conversaciones y siempre con devoción pues «era maravilloso. [...] Era profundamente religioso, noble, bueno. [...] su obra fue su vida, una vida ejemplar, maravillosa, pura».

En otro orden de cosas, la imagen de Juan Ramón se completa atendiendo al estado de su salud y de su ánimo, insegura aquélla puesto que «todas las variaciones atmosféricas las siente mucho», especialmente el frío, y nervioso el temperamento, algo neurasténico, que le inquieta considerablemente, excitado como está con las preocupaciones dimanadas de su obra; súmese la lucha contra el ruido, sea el producido por

el taller de carpintería instalado en un piso bajo el suyo —«[...] con sierras mecánicas, para entretenerse [el dueño de la casa] en hacer muebles de marquetería, que luego regala a sus amistades, y el ruido durante toda la mañana no le permite trabajar»—, o bien el que promueven los gorriones del vecino Sanatorio del Rosario pues «como hay una cantidad muy grande de ellos, también llega a convertirse en un sonido molesto, pues es muy diferente oír a uno solo que a grandes bandadas, que convierten su canto en ruido de grillos»—, y ante semejante atronamiento es cuando toma medidas defensivas como las dobles ventanas o la «Pared muda» (contra el tabique del piso contiguo). Zenobia, la excepcional, amorosa y entregada compañía que tuvo Juan Ramón, atenuaba éstas y otras desventuras y permitía, además, con sus buenos oficios, que el escritor, libre de preocupaciones materiales, pudiera dedicarse plenamente a su obra; aunque *Platero y yo* sigue vendiéndose bien (en 1933, cerca de cuatro mil ejemplares) y las colaboraciones en la prensa suponen algún ingreso, la situación económica del matrimonio no es precisamente boyante a la altura de febrero de 1934, cuando Zenobia revela a Guerrero que «la tienda [llamada «Arte Popular»] no le produce nada y hace algún tiempo dejó casi toda participación en ella; lo poco que le producen los pisos amueblados lo destina íntegramente a los estudios de su sobrino Juanito Ramón, y su renta heredada de su madre y una tía suya americana ha quedado reducida a la mitad a consecuencia de la política del presidente Roosevelt con el dólar».

Mientras tales cosas ocurren, la vida política española de estos años pasa por acontecimientos de muy diverso signo, importantes algunos de ellos, que se reflejan en las páginas del libro; los protagonistas de éste, sin filiación partidaria, se manifiestan deseosos de tolerancia y libertad y esperan buena fortuna para algunos de los cambios producidos con la implantación de la República si bien echan mano de su capacidad crí-

tica siempre que lo consideran procedente, la cual —en el caso de Juan Ramón— le permite, por una parte, no adherirse a la Agrupación al Servicio de la República ya que «él no es político ni quiere serlo» aparte que el documento programático de la misma (que ha recibido) «le parece muy mal escrito» y, por otra, arremeter contra Alfonso XIII («esa persona oscura») que debiera marcharse cuanto antes que «es lo que haría cualquier persona digna y esto es difícil que lo acepte el Rey, acostumbrado siempre a hacer su voluntad». No le gusta al poeta la nueva bandera española y en su rechazo cuentan motivos estéticos: «Nuestra bandera era mucho más bella y más española; yo recuerdo, de niño, en la bahía de Cádiz, los barquitos blancos sobre el mar azul con las banderas roja y amarillo que componían una armonía maravillosa. El morado con el rojo no va bien, y además una bandera nunca debe tener más de dos colores». Aventura su parecer favorable a la profesionalización de la política, entendida así como una carrera que siguieran sólo aquellas personas que tuviesen «vocación y condiciones para ella; luego, de entre las personas que se hubieran dedicado a estos estudios saldrían los elegidos para cargos públicos, se elegirían los diputados, etc. Así es como debía estar organizada la política...». El cariz peligroso que toman las cosas luego de febrero de 1936, con el triunfo del Frente Popular, le preocupa porque el deterioro de la tranquilidad es considerable y las amenazas cunden desatentadas como la que hace referencia a que el barrio madrileño de Salamanca podría ser quemado en represalia por algún grave suceso y (piensa Juan Ramón) «en caso de incendio, los papeles arden fácilmente, y es todo el trabajo de mi vida el que se pierde si queman este edificio» y, también, porque «todos sabemos cómo los movimientos revolucionarios son aprovechados siempre para venganzas personales. [...] llegado el caso un A o un B serían capaces de cualquier cosa contra mí, sobre todo sabiendo que podrían quedar en la impunidad».

Juan Ramón, la Obra

Apenas hay día en el que, sea la conversación cara a cara o telefónica, no surja en ella la mención de Juan Ramón a su Obra —con inicial mayúscula la escribía él, y Guerrero acepta ese modo—, cuya revisión, aumento y ordenación, así como la publicación, ocupan casi toda su actividad. La revisión de lo escrito tiempo atrás —revivir los poemas hasta conseguir un texto satisfactorio, indicado con las letras M.p.s., iniciales de «Meditado para siempre»—, alterna a diario con la composición de nuevos textos (en verso y en prosa) pues la facilidad juanramoniana de escritura es grande y por eso, enfrentado en alguna ocasión a la masa de su obra (montones de manuscritos, cajones repletos que estaban esperando la hora de la revisión), le dice a su amigo: «La palabra para describir esto es locura, no hay otra más exacta; es una verdadera locura tener tal cantidad de obra [...]». Otros dos trabajos le quedan: uno es la ordenación de ese abundantísimo conjunto y otro, la edición del mismo. Respecto del primero, Juan Ramón se decide y desecha sin cesar y, verdadera velleta, cambia con los vientos caprichosos que le llegan en cada momento, distinto del precedente y su sustituto, y así —dos momentos entre otros— piensa en mayo de 1930 que lo mejor sería meterlo todo en doce tomos, seis «grandes» de verso e igual número para la prosa, y el 25 de noviembre de ese mismo año «me enseñó la forma en que está orga-



Viene de la página anterior



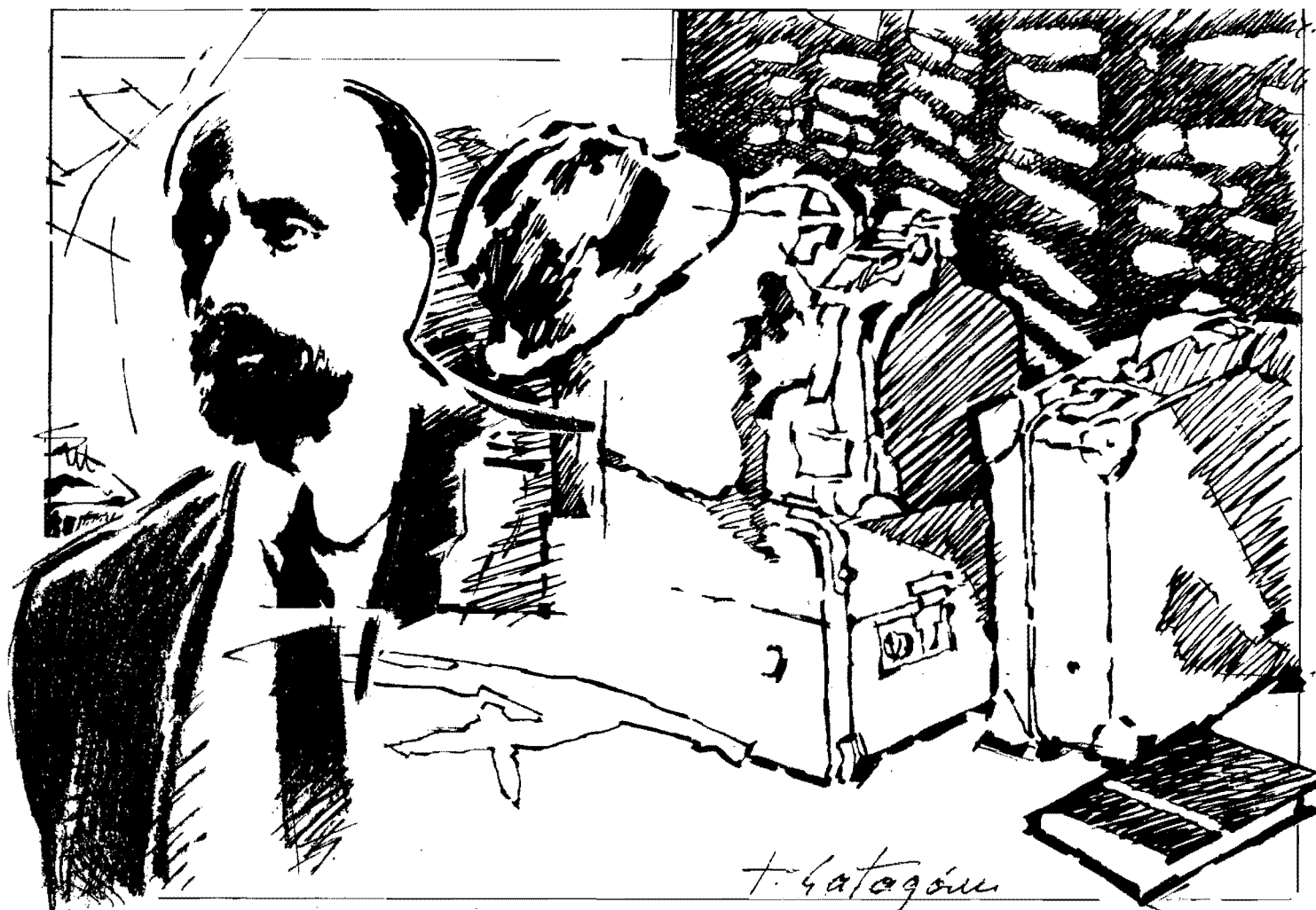
nizando una vez más su obra total, en forma de cuadernos o folletos breves [...] Saldrían unos 700 cuadernos [...]. Queda, finalmente, encontrar editor a su gusto, y de las dificultades sobre el particular hay constancia en las páginas del libro.

Orgullosa de sí mismo, satisfecho por lo que ha escrito, Juan Ramón Jiménez reconoce y proclama la excepcionalidad de su obra dentro de la literatura española por cuanto «ha creado [en poesía] todas las formas posibles [...] desde el romance a la canción [y] hasta el verso desnudo [entiéndase, libre]» y todos los tonos posibles, y así su obra abarca «desde lo romántico de la edad juvenil hasta lo intelectual y metafísico de la madurez, pasando por todos los estados poéticos con una plenitud perfecta». Cosa por el estilo sucede con la prosa, no una para todos los usos, sino diversa según se haga crítica o prosa poética o retratos o cartas; aunque admite que la utilizada en los retratos «es a veces algo recargada, por exceso de belleza», él ha estado (y sigue estando) a favor de la sencillez y en contra de «los descoyuntamientos que ahora se leen en todas partes», provenientes de «las modas actuales de ultraísmo, superrealismo y demás tonterías».

Implicada en ese legítimo y comprensible orgullo cabe colocar la persecución de sus libros iniciales —«*Almas de violeta* y *Ninfas* quisiera hacerlos desaparecer», le dice a Guerrero Ruiz en su primera conversación—; en esa persecución le ayudan amigos como Margarita Gil Roësset quien «me trajo rotos, para que yo los viera, todos los que había en el Ateneo, en las Bibliotecas públicas, incluso en la Nacional»; eran versos de adolescencia cuyo conocimiento por los demás disgustaba al autor pues no podrían ser considerados en la empresa llevada a cabo por Antonio Machado y por él mismo: «la de limpiarlo todo y crear la poesía moderna», dejando «abierto de un modo claro y permanente» el camino a los poetas que vinieran después.

Juan Ramón y los otros

Basta repasar el índice onomástico y el de periódicos y revistas que llevan los dos volúmenes de esta edición del libro para darse cuenta de la abundancia de gentes y publicaciones periódicas que aparecen en sus páginas, unas y otras pertenecientes a la época contemporánea; encontrará el lector desde los escritores del 98 hasta los jóvenes más recientes y lo mismo sucede en el otro capítulo que incluye la *Revista Nueva*, fundada por Luis Ruiz Contreras a finales del XIX, junto a las últimas revistas salidas o las páginas literarias semanales de algunos diarios madrileños, pero también hay algunos retrocesos en el tiempo que dejan paso a presencias como la de Bécquer, estimado por Juan Ramón como «un primitivo de la poesía moderna española». Respecto de los colegas todavía vivos y activos, mayores y menores en edad y prestigio, Juan Ramón no oculta llegado el caso sus reparos y un ejemplo ilustrativo puede ser Azorín, académico reciente de la Lengua y extraviado recientemente en su camino por el afán obsesivo de mostrarse al día estéticamente hablando, pues «un escritor en su madurez no puede mejorar su obra cogiendo la voz de los jóvenes que vienen detrás, porque ya no es del mismo tono que la suya y esto no es posible; el escritor, a la edad de Azorín, puede ganar depurando su propio acento pero nunca procurando imitar a las generaciones nuevas [...]». Junto al reconocimiento sin lugar a dudas de Antonio Machado —«el mejor» entre los poetas modernos—, Juan Ramón formula cargos contra Baroja —«toda su lite-



TINO GATAGÁN

ratura responde a una cosa roída»—, Valle Inclán —«cuyos versos le parecen muy malos» y cuyas *Sonatas* «cree que no hay ya quien lea»—, Miró —su prosa, «barroca y recargada, no le gusta nada en absoluto»— y Pérez de Ayala —que «con sus obras ha hecho en cartón piedra la estatua de la prosa española»—. En contraste con semejante negatividad le sorprende favorablemente la facilidad de González-Ruano, capaz de escribir «en un cuarto de hora» una sentida y atinada necrología de Mauricio Bacarisse, y alude en otra ocasión al «gran talento de Giménez Caballero».

Son los integrantes de la generación del 27, sus poetas, reiterada su presencia hasta convertirse en obsesión, los colegas peor parados y a quienes Juan Ramón niega el pan y la sal. ¿Por qué así?, ¿qué celos (diríamos) son los que llevaban a semejante actitud? Fueron en un principio orientados por él pero más pronto o más tarde y de modo completamente normal, marcado por el paso del tiempo, encontraron un camino propio y arribaron a una situación de independencia respecto de su maestro quien, no queriendo darse cuenta de tal fenómeno, los tildaría de desagradecidos y se empeñaría con encarnizamiento en mostrar sus débitos, numerosos y ostensibles. Guillén y Salinas son los peor tratados (este último, especialmente) y el motivo principal radica en que uno y otro «carecen de verdadera iluminación poética, todos estos poetas son demasiado discretos, muy sabidos, muy lamidos, pero no tienen la inspiración del gran poeta» y le parece forman un «trust» creado «para alabarse mutuamente» y «desvirtuar la verdad». Dejando a un lado concretos incidentes ocurridos entre ellos y Juan Ramón —el caso más llamativo fue la ruptura con Jorge Guillén en julio de 1933—, denuncia el autor de *Platero* y yo el montaje dispuesto por esos colegas, uno de cuyos fundamentos es la amistosa relación que los une —«generación de la amistad», la denominaría Guillén—, pues hay detalles, intencionadamente recordados, de «la falsa amistad, que

existe en este grupo de poetas que aparentan estar tan unidos»; es, en definitiva, su manera de responder a una «campana», «cada día más perversa», que hacia marzo de 1934 cree iniciarse contra él. Pero como el maestro y guía Juan Ramón no quiere renunciar a esta función buscará entre los recién llegados y los animará en su trabajo: son ellos, «los más nuevos», gentes como Maravall, Alfaro, Leopoldo Panero o Vivanco con quienes volvería a las andadas para cumplir con ese juego, que parece serle grato, de presencia y ocultamiento, donde entran un deseo de soledad y de evitar compañías no convenientes.

Apesadumbrada despedida

El nutrido testimonio o documento ofrecido por Juan Guerrero Ruiz, marcado por la extremada devoción que sentía hacia su protagonista, tiene con la presente edición una versión más completa de la que tuvo en 1961 de mano de *Ínsula* y al cuidado de Ricardo Gullón y Jorge Campos, quien colocó en el margen de sus páginas unos rótulos indicadores del contenido de muchos párrafos, acaso no siempre ajustados a aquél pero en

buna parte útiles; de ellos prescindió Mariano Ruiz-Funes Fernández, su editor ahora, a quien se deben las 458 notas que acompañan al texto e ilustran sobre el cúmulo de nombres, títulos y alusiones existente en sus páginas. Buen trabajo el suyo, a quien pediríamos como lectores interesados que la anotación llegara al extremo de informar acerca de sucesos aludidos en el texto de Guerrero Ruiz: ¿hubiera sido posible ofrecer cumplida noticia de en qué consistió «la mala fe» de Luis Bello respecto de Juan Ramón (pág. 118 volumen I)?

Las páginas últimas del libro aunque fechadas en días muy determinados no fueron escritas con una total inmediatez respecto de los hechos contados sino algún tiempo después —¿cuánto después?—, cuando a la vista de lo que estaba pasando en España era posible emplear como cierre o despedida palabras como las siguientes, teñidas de pesadumbre: «Hoy [sábado 30 de mayo de 1936] es el último día de mi estancia en Madrid. Nadie sabe que Juan Ramón y yo nos despedimos hoy para una ausencia cuyo fin sólo Dios conoce [...] nos abrazamos cariñosamente sin sospechar el abismo de tiempo y de dolor que un mes y medio más tarde se abriría en España para separarnos». □

RESUMEN

De devota admiración y de fiel amistad cabe calificar la relación que con Juan Ramón Jiménez mantuvo, durante años, Juan Guerrero Ruiz. Día a día, Guerrero Ruiz fue entusiasta secretario e incondicional interlocutor del poeta, y de todo ello dio cuenta por escrito, con voluntad de notario. La edición en dos gruesos volúmenes de este testimonio, de la que se ocupa José María Mar-

tínez Cachero, y que es la versión íntegra de aquellas conversaciones, casi a una sola voz, la del autor de *Platero* y yo, permite rastrear la difícil personalidad de Juan Ramón Jiménez, su tensa relación con la mayoría de los escritores de su tiempo y, sobre todo, asistir a la meticulosa obsesión por hacer una *Obra*, en mayúsculas como quería el propio Juan Ramón.

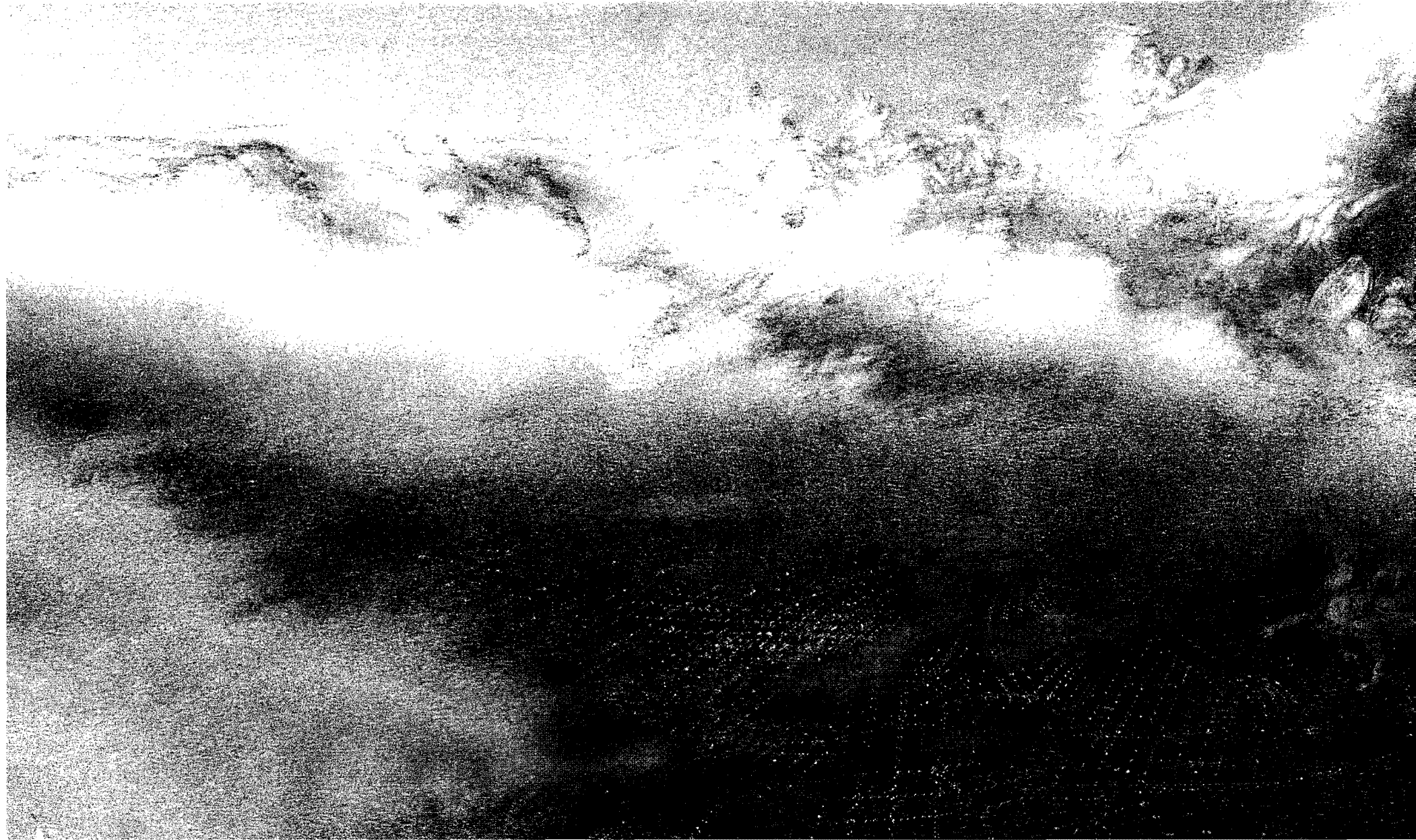
Juan Guerrero Ruiz

Juan Ramón de viva voz

Ed. de Manuel Ruiz-Funes, Pre-Textos/Museo Ramón Gaya, Valencia, 1998-1999. Dos volúmenes, 423 y 400 páginas. 4.950 pesetas c/u. ISBN: 84-8191-227-1 (vol. I) y 84-8191-228-X (vol. II).

Pasión por la mitología

Por Francisco Rodríguez Adrados



Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, académico y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Ya se sabe que la mitología está de moda. En un momento en que el estudio directo de los autores griegos encuentra dificultades y obstáculos porque consume demasiado tiempo y esfuerzo y parece poco progresista (aunque los griegos fueron los primeros progresistas), el estudio de muchas de las formas culturales que crearon, la mitología la primera, apasiona. Se multiplican las publicaciones, se llenan las clases y las salas de conferencias.

Quizá cansados de especulaciones abstractas, desde comienzos de siglo los psicoanalistas y psicólogos en general, los etnólogos e historiadores de las religiones, los estructuralistas, los autores de teatro, se lanzaron sobre el mito. Querían encontrar una clave de la vida humana. O, a veces, tomarla como pretexto para apuntalar sus propias ideas. Curioso ver la lista de interpretaciones del *Edipo Rey* en la obra que comentamos (pág. 9 ss.). Hasta un trasunto de Akenatón se le hace a Edipo: a veces los intérpretes desbarran por amateurismo o improvisación.

Ésta es, hay que decirlo, una obra bien documentada, obra de un buen conocedor de los datos de la mitología griega. Muy influida, de otra parte, por la corriente etnológica. Pero con buen criterio para distinguir lo cierto de las puras hipótesis. No es un tratado de mi-

tología griega: es algo mucho mejor, una colección de estudios sobre temas mitológicos diversos, sobre los que el autor tiene espacio para especular ampliamente, exponiendo las distintas ideas y las suyas propias.

Comienza (pág. 7 ss.) por una Introducción General en que hace ver, precisamente, la necesidad de una exposición de todos los datos y de su iluminación desde todos los puntos de vista: forma de acabar, si ello es posible, con el ensayismo barato. Y luego viene un capítulo sobre las fuentes de la mitología griega (pág. 13 ss.): aunque es sumario, el que viene de fuera se quedará asombrado, pienso, de su multiplicidad. Desde los poetas a las fuentes eruditas de tradición alejandrina y a los datos deducidos de las artes visuales, son innumerables nuestros datos, a veces contradictorios. Ponen de manifiesto la versatilidad del mito, sus variantes, su evolución. No se pueden adoptar decisiones demasiado rápidas sin conocer antes ese denso entramado, a veces, por lo demás, lagunoso.

Evolución del mito

Hay una idea que surge una y otra vez a lo largo de todo el libro. O, mejor dicho, dos ideas. Una, la de que el mito ha evolucionado, buenos ejemplos los de Polinices y Electra (pág. 53 ss.); a veces hay que intentar reconstruir las fases más antiguas. Otra, la de que la interpretación ha variado, igualmente, a través de las sucesivas edades: el tema del «discóbolo asesino» es uno en la edad clásica, en relación con el de lo ineluctable del destino, otro en sus precedentes arcaicos (pág. 127 ss.).

En suma, la idea que subyace a todo el libro es la de que la mitología griega no difiere grandemente en sus temas de la mitología universal, de los indios de Norteamérica a las ci-

vilizaciones de México y Perú y a los mitos de la India y África. Los temas más crudos y sangrientos son comunes, también, a la mitología griega. Pero los griegos hicieron un esfuerzo por relegarlos a fases muy antiguas y a pueblos muy lejanos.

Ritos sangrientos y otros que traslucen ritos de iniciación fueron en Grecia o bien interpretados de otro modo más moderno (en torno al tema de la justicia, por ejemplo) o bien relegados a pueblos y «épocas» bárbaros.

Así, debajo de cada mito (aparte de que puede haber variado) hay varios substratos de sentido, como las telas de una cebolla, se nos dice. Yo añadiría: siguen los estratos creados por los sucesivos intérpretes modernos. Un mito es algo vivo y flexible, está ahí para inspirar y enseñar como algo antiguo y siempre nuevo.

A veces los estratos más antiguos, no solo interpretativos, sino de hecho, se han perdido, deben ser reconstruidos trabajosamente a partir de los datos de los testigos. El presente libro ofrece algunos trabajos en que esto se intenta: por ejemplo, en una primera parte, en relación con los mitos de Adrasto, Andrómaca, Deyanira y Polinices.

Es interesante este capítulo, me apresuro a decir. Aplica un método notable: el análisis de los nombres de los personajes míticos, nombres relacionados con su propio ser: esto ya lo sabían los antiguos. Puede ayudar a decidir, entre las versiones contrastantes, cuál es la más antigua. Así, Adrasto, «el que no puede escapar», tiene que ver con mitos que expresan lo implacable del destino, la inutilidad del intento de desviarlo, está en conexión con la diosa Adrastea (aunque en el mito «moderno» Adrasto fuera el único en escapar vivo del asedio de Tebas).

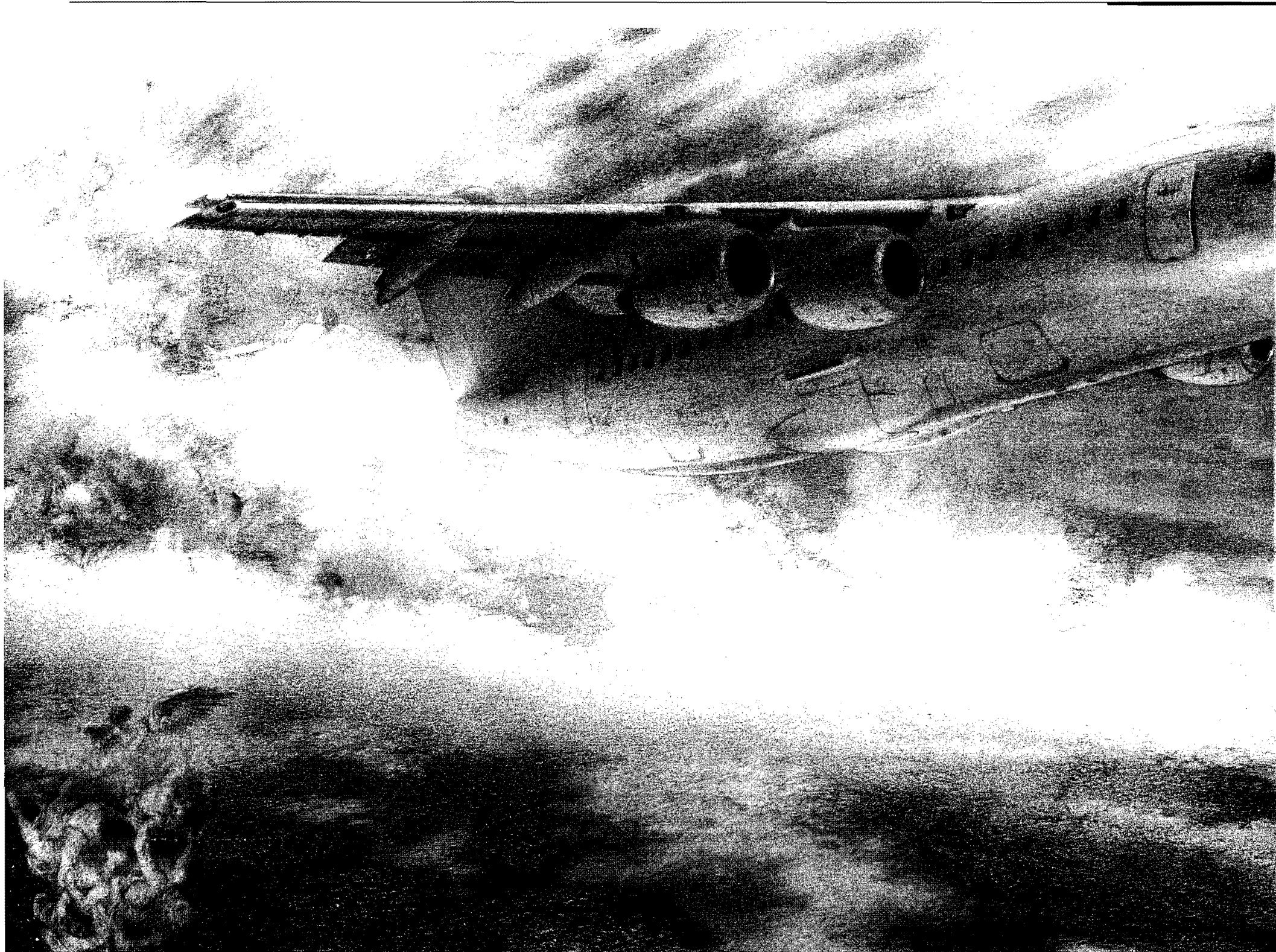
Andrómaca, «la que lucha con los hombres», justifica su nombre con mitos en que

desempeña papeles de amazona o hembra belicosa, bien distintos del femenino convencional de la *Iliada*. En cuanto a Deyanira, «la que destruye a los hombres», hay que pensar en antiguos mitos en que, celosa, mataba voluntariamente a Heracles, a diferencia de otros más modernos en que lo hizo por error. También Polinices, «el de las muchas querellas», responde a versiones arcaicas en el mito tebano en que era él, exactamente, el que rompió el acuerdo con su hermano Etéocles.

Hace falta ser un buen helenista para reconstrucciones como éstas, no bastan las especulaciones. El autor lo es, sin duda, pero creo que falla en un punto. No creo que se pueda decir que Electra es «la sin lecho», la mujer despechada por quedar sin hombre. El mismo autor hace ver muy bien que el papel de Electra en el drama de la casa de los Atridas es muy secundario, se inició en Esquilo y creció, sobre todo, en Sófocles. Añadamos: imposible que la «a» negativa se hiciera «eta», imposible desconocer la relación etimológica con personajes del mito de igual raíz.

Esto no es sino una parte pequeña del tema del libro. Con etimología o sin etimología es en él un tema importante el de la evolución y variabilidad de los mitos, algo que deberían saber los intérpretes modernos, que consideran las versiones clásicas de ciertos mitos como algo dado y fijado para siempre. Interesante estudiar, por ejemplo, el capítulo (pág. 87 ss.) sobre la raza de Medusa: el papel de la Tierra en la mitología griega es esencial y no sólo como creadora de monstruos, también como divinidad fecunda en bienes. Sobre esto escribí en otro lugar, a propósito de la *Teogonía* de Hesíodo.





RODRIGO

A veces se trata ya no de estudios distintos del mito, sino de interpretaciones sucesivas y diferentes, como apunté al comienzo. Así en el tema del discóbolo asesino: lo que nosotros llamamos accidente (y el tema dio lugar a discusiones en Atenas, en el círculo de Pericles y Protágoras, sobre un caso semejante: el libro no habla de esto) sería para una visión más primitiva un simple hecho de muerte. Jacinto es muerto así por Apolo, Acrisio por su nieto Perseo, Foco por su hermanastro Peleo, Croco por Hermes. El oráculo y la voluntad divina no pueden rehuirse.

Pero en una fase más antigua estos son mitos agrarios, algunos al menos: Jacinto es un dios vegetal destronado por Apolo. O bien se trata de héroes que mueren y renacen. Iliona Chirassi escribió un libro importante sobre los cultos precereales en Grecia. ¿O tienen que ver estos mitos, en fase más antigua, con el disco que forjó Hefesto con recortes del del Sol? ¿O con ritos de iniciación? Ya se ve la dificultad del análisis.

Ritos de iniciación

A los ritos de iniciación recurre nuestro autor con frecuencia, aquí soy más escéptico. Así, a propósito del tema del diluvio en pág. 107 ss.: mito bien estudiado en diversas culturas, sobre todo en las sumeria, judía y griega. El arca, *Iarnax*, de Deucalión sería barco y sepulcro, indicaría las etapas de supuesta muerte y supuesta resurrección en los rituales iniciáticos. Prefiero el buen estudio sobre el dios o titán protector de los hombres y sobre el héroe cultural (también en Méjico, con Quetzalcoatl). Junto a la variedad, es notable la coincidencia de los mitos en el mundo.

Otro tema es el de los mitos y ritos sangrientos que hallamos en la prehistoria griega;

tema de las «cabezas cortadas» y del canibalismo (pág. 185 ss.). La cuestión es que estos temas aparecen, situados en tiempos antiguos, en la literatura y el mito griegos; tienen que ver con sacrificios humanos (por otra parte, testimoniados por la arqueología en Creta) y con costumbres universales de salvajismo, de los escitas a los mejicanos, en que la cabeza del enemigo se colocaba en las puertas de los templos o las casas o en una lanza.

Los griegos practican con estos mitos una especie de censura: las brutales amenazas de los guerreros griegos de la *Iliada* no se cumplen, los ritos crueles se atribuyen a los tracios, a los titanes o a las bacantes o a un héroe antiguo y brutal como Tideo.

Éste es, después de todo, un estudio parcial, centrado en ciertos mitos, como dije al comienzo. Será completado con un volumen II. Pero es importante. Y añade cosas poco sabidas.

Entre ellas, el tema de Afrodita, «señora de los olores», y de la importancia de los perfumes en su culto y sus mitos (pág. 149 ss.), continuando tradiciones chipriotas y orientales. Tema importante, al que el autor añade ejemplos notables sobre el papel del perfume en mitos relativos a Hera, a Apolo y demás; incluso el de la pradera florida de la que son raptadas Perséfone y Europa. Tema este último un poco menos coherente: más útil habría sido relatar el papel del aceite perfumado en las tablillas micénicas, en tantos pasajes homéricos y en el relato de Clitemnestra al comienzo del *Agamenón*, tema del que me ocupé en otro lugar.

Y otro tema importante, entre mítico, fabuloso y de arcaica «geografía» jónica: el tema de los países lejanos y extraños, poblados de monstruos y maravillas, sobre todo en la trilogía de *Prometeo* (pág. 167 ss.). Notable ver cómo se oscila entre la visión idealizada de

esos lejanos pueblos «naturales» y la atribución a los mismos de mero salvajismo. Pero aquí sí que se queda corto nuestro libro: el tema daría para muchísimo más. En fin, su carácter fragmentario lo justifica.

Buscar lo desconocido para encontrar lo nuevo es el lema de Baudelaire que el autor cita en su Conclusión (pág. 221 ss.), en la que insiste en los aspectos generales aquí destacados: los estratos de hecho e interpretativos, la «censura», la moralización y humanización de los mitos.

Mucho más podría decirse sobre esto, ciertamente. Junto a la reseña de lo que hay de común entre los mitos griegos y diversos mitos de culturas agrarias, desde luego las del Oriente próximo pero no sólo éstas, aquí bien hecho en algunos puntos pero enormemente ampliable, habría que hacer la de lo diferencial. Cómo los griegos distinguieron entre dioses y héroes, cómo rebajaron enormemente el elemento zoomórfico, cómo introdujeron los elementos morales y humanos.

Y cómo llevaron todo el material mítico a su literatura, que es prácticamente, muchas

veces, una mitografía. El mito valía, de un lado, para colocar junto al presente un telón de fondo que iluminaba la vida humana y le daba belleza y verdad. De otro, para exponer ésta en las obras literarias, el teatro en primer término. Son personajes del mito, no personajes actuales, los que por él deambulan, desligados del tiempo y del espacio; es a través de ellos como se explica y juega la vida ordinaria, como el poeta, el *sophós*, aconseja.

Siendo, en parte, semejante a otros mitos, el mito griego alcanza un nivel superior, tiene una función poética y filosófica nueva. Es la que ha sido redescubierta y renovada por tantos expositores e intérpretes modernos. Un mito no está nunca agotado. Es flexible, susceptible de variantes e interpretaciones, a veces sucesivas, a veces alternativas, a veces coexistentes.

En forma abreviada y por ejemplos es lo que en este libro se ve. Bien escrito y acompañado de una bibliografía muy amplia y de un índice de personajes míticos con los datos esenciales, tiene interés para el especialista y para el público culto en general. □

RESUMEN

Considera Rodríguez Adrados que la mitología está de moda, y especialmente la griega. Cansados de especulaciones abstractas, todos, desde psicoanalistas hasta autores dramáticos, pasando por estructuralistas e historiadores de las religiones, se han lanzado sobre el mito, para encontrar una clave de la vida humana o, acaso, para apuntalar sus propias

ideas. En este contexto aparece la obra comentada, una colección de estudios sobre diversos temas mitológicos que le permite a su autor, Alain Moreau, especular sobre los mitos griegos, exponiendo las distintas ideas y las suyas propias, con una idea general que subyace: la mitología griega no difiere esencialmente en sus temas de la mitología universal.

Alain Moreau

Mythes Grecs I. Origines

Université Paul Valéry III, Montpellier, 1999. 264 páginas. 120 francos. ISBN: 2-84269-239-X.

El trabajo y su derecho

Por Manuel Alonso Olea

Manuel Alonso Olea (Melilla, 1924) es catedrático emérito de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social de la Universidad Complutense. Académico de número de las Reales de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia y Legislación. Autor de numerosos libros y ensayos sobre los temas de su especialidad.

No parece prestarse ni el Derecho del Trabajo en particular ni aún el Derecho en general al ofrecimiento de su visión global para público en ellos no especializado. En más de una ocasión me he preguntado por qué, sin saber darme una respuesta del todo aceptable. Quizá sea, de un lado, que el Derecho está tan embebido de nuestra cultura —«la primera vez que el hombre se elevó sobre lo sensualmente obvio fue para hacer una determinación jurídica», que dijera Ihering— que, a su vez, hablar en general del Derecho es hablar de lo obvio; quizá sea, de otro, que el lenguaje nada esotérico de sus reglas está abierto a todos y es para todos comprensible. Todo lo cual es predicable en grado sumo del Derecho del Trabajo; más de una vez a principio de curso he pedido a los alumnos que escribieran sobre algo esencial de la disciplina —salarios, despidos, huelga...— y los más de ellos, por no decir de nuevo todos, han escrito razonablemente y por espacio no corto de tiempo.

Valga esto como introducción a la reseña de lo que quiere ser una exposición general sobre el presente y el futuro del trabajo y de su derecho en Europa, tema del libro que se comenta.

El siglo XX, especialmente sus últimas décadas, ha traído modificaciones profundas en la formas de trabajar, de manera que éstas están sufriendo las mutaciones que en su intensidad más y más se van aproximando a la Revolución Industrial de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Fenómeno de fragmentación

En primer lugar está, y sobre ello se nos insiste una y otra vez, el fenómeno al que indistintamente llama fragmentación, descomposición o heterogeneización. El contrato de trabajo, forma libre de trabajar para otro, venía siendo [1] de trabajador varón, [2] de duración indefinida, [3] a tiempo completo, [4] en lugar distinto de su domicilio; tal era el contrato típico en vista del cual se legislaba. Esta tipicidad queda rota con la aparición, cada vez más frecuente, de los con propiedad llamados contratos «atípicos»: [1] eventuales o de duración determinada y breve, [2] a tiempo parcial, [3] en el propio domicilio, y [4] con incorporación masiva de las mujeres a los mercados de trabajo externos. Simbólico de la importancia creciente de esta atipicidad en nuestro país es que el artículo 12 del Estatuto de los Trabajadores, dedicado al «Contrato [de trabajo] a tiempo parcial» es el que más modificaciones, hasta cinco, ha sufrido en el Estatuto de los Trabajadores desde su promulgación en 1980, y es hoy el más largo del mismo.

Todas y cada una de estas variantes contractuales refluyen sobre la regulación de los despidos y sobre la de los tiempos crecientes de descanso diario, semanal y anual; sobre la inseguridad de quien ve cortadas la ejecución de su trabajo y la percepción de sus salarios tras espacios cortos de empleo, para incorporarse a las filas de los parados forzosos; respecto de la mujer, y en menor medida para el hombre, sobre la conciliación de su vida familiar con su vida laboral.



STELLA WITTENBERG

He ahí los efectos de la «fragmentación» que llevan a la búsqueda de nuevas estructuras que propongan al Derecho del Trabajo la coherencia de un nuevo sistema, sin el cual el Derecho no existe, como sentenciaría el gran maestro Jaime Guasp hace medio siglo ya; como hace un siglo que don Benito Pérez Galdós —el domingo 7 de febrero de 1897 pronunció su discurso de ingreso en la Española, sobre *La sociedad presente como materia novelable*— nos dijera que «lo primero que se advierte en la muchedumbre a que pertenecemos, es la relajación de todo principio de unidad. Las grandes y potentes energías de cohesión social no son ya lo que fueron, ni es fácil prever qué fuerzas sustituirán a las perdidas ...»; y como hoy mismo se nos habla —por García Delgado, al finalizar su [Historia de la] *Economía Española* [en el siglo XX]— del «riesgo principal ... de ver cómo se diluyen aquellos [valores] compartidos que son la garantía de una cohesión social duradera». Es de esta pérdida de cohesión como ingrediente de la entrada en el post-modernismo de la que se habla ahora como operando en Derecho en general, y en el Derecho del Trabajo en especial; en este sub-especie «post-fordismo», en el insistente (páginas 21-22, 35, 38, 52, 56, 63-64, 99, 120-121... y muchas más) y pesado pintoresquismo terminológico del libro.

Ruptura de la cohesión

Como la ruptura de la cohesión de arranque afecta a la que prestaba la tipicidad «fordista» del contrato de trabajo, se nos propone que abandonemos éste como estructura del trabajo que la inmensa mayoría de las personas en nuestra cultura necesita para vivir dado que, aquélla rota, la duración de los contratos es breve y va a serlo más, con los consiguientes intervalos frecuentes de paro, en jornadas reducidas, tanto fuera como dentro del hogar del trabajador —la referencia aquí al tele-trabajo es inexcusable y no deja de hacerse— lo que se nos propone, digo, es que abandonemos el contrato y lo sustituyamos por un «estatuto profesional» que garantice salarios mientras se trabaja y prestaciones de seguridad social o percepciones mínimas de subsistencia cuando no se trabaja, o, digámoslo así, se trabaja poco, al tiempo que se aprovechan los períodos de paro cada vez más frecuentes, para la formación y perfeccionamiento profesionales del trabajador que cada vez más piden del mismo una polivalencia funcional que al tiempo facilite su nuevo empleo o permita su movilidad interna dentro de las empresas para su adaptación a los cambios tecnológicos.

Este, «Trabajo y estatuto profesional», capítulo II del libro, es su eje y lo que en él hay de más novedoso; aunque las indicaciones que se hacen en cuanto a su financiación sean someras, sin que por ello dejen de abordarse; se propugna una co-financiación a la que contribuyan el Estado, que desde luego puede, la Seguridad Social (hoy se nos dice, cómo no, basada en un modelo «fordista» de vida activa), los órganos paritarios, los empresarios y el propio trabajador.

Su engarce con el capítulo III, «Trabajo y tiempo», es tan obligado como lo es la limitación de aquél en éste. En efecto, la limitación en el tiempo de duración del contrato de trabajo y la posibilidad de ruptura del celebrado por tiempo indefinido de forma no onerosa para el trabajador, es inherente a la libertad de éste y lo que marca su separación de los trabajos serviles; mientras que la limitación del tiempo de la prestación durante la duración, marca a su vez el trán-



Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

sito a jornadas de trabajo más soportables desde las abrumadoras y degradantes anteriores; la limitación del tiempo de trabajo no tanto se pide hoy porque sus jornadas sean excesivas, como porque, se cree, con su reducción se consigue el reparto del trabajo, bien, como tantos otros, escaso hoy.

Regulación de las relaciones de trabajo

La dicotomía en la regulación de las relaciones de trabajo ha sido durante todo el siglo XX característica de su Derecho; a un lado el Estado y los poderes públicos en general, hablando a través de los distintos tipos de leyes y sentencias; de otro, las organizaciones profesionales, hablando a través de los convenios colectivos. Se analizan con un cierto detalle, y en ocasiones con brillantez, ambas fuentes. Acostumbramos a decir que últimamente se aprecia un retroceso del Estado como normador en favor de los convenios colectivos. En gran medida es esto cierto especialmente en nuestro país, al abandonar el Estado la regulación sectorial que representaban las reglamentaciones de trabajo; bien es verdad que los ámbitos que abandona, los compensa con la creciente variación y pesadez de sus normas para los ámbitos que se reserva. Ejemplo reciente de esto, además del citado artículo 12 del Estatuto de los Trabajadores, es el amazotado texto de la Ley de finales de 1999, de conciliación de la vida familiar con la laboral.

La negociación colectiva para la regulación de las condiciones de trabajo, ya aludida, a la que el Estado cede su poder, aparece a su vez fragmentada por la multipli-

cidad de unidades de negociación, con la consiguiente de los ámbitos de aplicación de los convenios celebrados. La empresa y aún el centro de trabajo, son ámbitos cada vez más frecuentes, frente a los de los convenios nacionales o territoriales más extensos.

A lo que ayuda que en sistemas de negociación colectiva como el nuestro, junto al sindicato negociador aparecen representaciones «unitarias», así llamadas, extra-sindicales, comités de empresa y delegados de personal con potestad negocial reducida, insisto, a la empresa o al centro de trabajo. No es por ello anómalo que se nos hable «de la 'explosión' de las instancias de negociación colectiva» y, como parte de la misma, del «auge de las instituciones representativas en el seno de la empresa», que explica la paradoja aparente de que aún en países con sindicación muy baja (entre el diez y el quince por ciento en Francia y en España) la cobertura de los convenios colectivos sea amplísima. En realidad puede decirse hoy que los sindicatos —a los que el libro paga su tributo, aunque no con la delectación con que la Organización Internacional del Trabajo lo hace— más y más se parecen a los partidos políticos, no ya en su participación neocorporativa formal e informal en proyectos normativos, sino también en el sentido de que su representatividad, que no su representación, se mide más y más por la atracción que ejercen sobre los votantes, afiliados o no, que por el número de sus afiliados o sindicados. Lo curioso es que en nuestro caso, la representatividad aquélla viene dada por los votos que obtienen las candidaturas que para comités de empresa presentan los sindicatos. Como para las elecciones políticas: hay que

votar a listas únicas y las listas están en paletas en las que debe constar el partido, ahora el sindicato, que las presenta.

La fragmentación se aprecia además, en el contenido mismo de los convenios colectivos con condiciones cada vez más diversas para adaptarse a la diversidad de productos, y a la variedad de cada producto, que se piden al sistema productivo.

Una reflexión especial, que la extensión razonable de estas consideraciones no consiente, y tampoco se las consiente a sí mismo el libro en su relativamente breve capítulo VI, merecería el trabajo de la mujer y su incorporación masiva a trabajos externos al hogar, aparte de los realizados en el propio y en el ajeno, fuente ancestral de ocupación de la mujer; ni en el trabajo a tiempo parcial, ni el trabajo por tiempo determinado, ni los niveles salariales, ni los de paro, son comprensibles hoy sin la mujer como trabajadora. Dejemos esto aquí.

Supongo que lo anterior ha servido para reflejar las virtudes generales de este libro y la versión aceptable que del futuro del tra-

bajo y su Derecho se dan; quizá no se haga justicia a la riqueza del libro, para la que habría que hacer un resumen del mismo, y no se intenta esto; más vale recomendar su lectura y percatarse de su encomiable intento de «garantizar las condiciones de cohesión social [mediante un Derecho del Trabajo que] se adapte a la evolución de las formas de organización del trabajo contemporáneo» sin replegarse sobre las antiguas (página 62).

AA.VV. o VV.AA. —dualidad gentilmente concedida por la Española— esconde los nombres de los autores que llegaron al momento de hacer explícitos. Coordinado por la Universidad Carlos III y prologado por la profesora Casas Baamonde de la Universidad Complutense, el estudio ha sido hecho por ella misma y los también profesores De Munck (Lovaina), Hanau (Colonia), Johansson (Estocolmo), Meadows (Londres), Mingione (Padua), Salais, Supiot (Nantes) y Van der Heijden (Amsterdam). El informe no es «de» sino «para» la Comisión Europea, por autores que, conservan sus © derechos de autor. □

RESUMEN

Manuel Alonso Olea analiza la situación en que se encuentra la realidad del trabajo, especialmente para otro o por cuenta ajena, en los finales del siglo XX y las perspectivas que ofrece el siglo XXI. Y lo hace al comentar una obra colectiva, en la que han participado expertos europeos, sobre las transformaciones

del trabajo y del empleo y del futuro del Derecho del Trabajo en Europa. En su opinión, las modificaciones profundas en las formas de trabajar, que se están produciendo en este cambio de siglo, son tan intensas como las que se dieron con la Revolución Industrial en otro cambio de siglo, el del XVIII al XIX.

Autores varios

Trabajo y empleo. Transformaciones del trabajo y futuro del Derecho del Trabajo en Europa

Tirant lo Blanch, Valencia, 1999. 318 páginas. 4.900 pesetas. ISBN: 84-8002-964-1.

Crear, criticar e historiar

Por Manuel García Velarde

Manuel García Velarde (Almería, 1941) es catedrático de Física de la Universidad Complutense y miembro de la Academia Europaea. En su labor investigadora ha recorrido la física de fluidos, la termodinámica fuera del equilibrio, la dinámica no lineal y caótica, y, recientemente, la neurobiología cerebral.

Sostiene Peter Theodor Landsberg (77 años, catedrático emérito de la Universidad de Southampton) que el deseo de entender el cosmos ha generado la física, la «most fundamental» de las ciencias. Y es que, por ejemplo, la bioquímica o los estudios del cerebro dependen crucialmente de conceptos y metodologías físicos. La estructura del ADN, el desciframiento del código genético, las imágenes de la actividad cerebral..., no habrían sido posibles sin la cristalografía o el dominio que existe de la imagen electromagnética en sus muy diversos colores. Pero, cauto, avisa que su libro, objeto de nuestro comentario, trata de la física sin matemática alguna (es su primer propósito) añadiendo que va a mostrar, y les aseguro que realmente lo hace (su segundo propósito), cómo la imperfección y la imposibilidad de ser completa le son intrínsecas como a cualquier ciencia siendo esos defectos característica de todo lo humano. «Imperfection and incompleteness are not only part of our science... We may acquire more skills, more learning, more money, but we must try to live with ourselves -we do not have to be better than others... we must have the courage to be imperfect». Hay que aprender a vivir con las cosas que están torcidas, puesto que la vida es así, dice a Meme el tierno amigo tabernero, Andi, en la película *El Faro del Sur*.

Los científicos están habituados a la duda, a la incertidumbre, a las arenas movedizas del pensamiento y a que no hay nada verdadero. Ni las leyes científicas son las observaciones experimentales ni los experimentos son, ni pueden ser, infinitamente precisos. Así, lo que en una época llamamos conocimiento o doctrina científicos, son un conjunto de afirmaciones o teorías con diverso grado de validez o aproximación a lo que llamamos realidad. «Siempre hay fallos si se mira a fondo... Y si realmente a fondo se mira siempre vemos que nada está completo». De ahí que aunque algunas imperfecciones sean perfectibles haya limitaciones intrínsecamente insuperables. A la pregunta ¿hay final para la ciencia?, responde Landsberg con un no rotundo, que comparto.

Introducción, seguida de diez capítulos, un glosario con 27 páginas de términos técnicos usados a lo largo del texto, 14 páginas de pluridisciplinarias referencias de diversa índole, 48 figuras, 22 cuadros explicativos, y 10 tablas forman un excelente y recomendable librito de bolsillo para hacerse una idea razonable sobre la situación de la física a finales del siglo XX, mostrando una apertura hacia el futuro que no cabe encontrar en similares libros del triunfalista fin de siglo anterior.

Tras hablar de su experiencia personal, de lo racional de la intuición, y de algunas razones por las que leer su libro, siguen los capítulos segundo a octavo con una misma estructura: introducción, varios párrafos y un comentario recapitulativo. Para el lector interesado por la naturaleza y la ciencia, subyugado quizá por la inmensidad del universo, el aparente misterio de lo ultrapequeño, microscópico, o la complejidad de lo que tiene a mano o le rodea, el libro trata de ser lo que una brújula para un explorador dejado en medio de la jungla. Sin matemáticas, el lenguaje natural de la física, el autor acude a



OUKA LELE

la imagen metafórica y a la argumentación intuitiva, usando lenguaje (casi) llano con numerosas anécdotas. Por eso subraya que la intuición no basta para ser científico; para ello se precisa completarla con experimentación y/o metodología matemática adecuadas. Los capítulos noveno y décimo acaban con conclusiones y comentarios que sacan al lector de las cuestiones estrictamente científicas, yendo a la sociología de la ciencia. Una cita recuerda la idea de Ortega y Gasset («Ortega hypothesis») que «aunque sólo unos pocos científicos contribuyen al real progreso científico su trabajo no habría sido posible sin las numerosas aunque pequeñas contribuciones de otros científicos menos visibles».

Héroes

Desde el capítulo primero nos habla de sus «héroes», diciendo que la vida sería aburrida si no los tuviésemos (ocho tales científicos singulariza en el libro), porque hay mucho de fantasía e imaginación de toda índole («generosity, romance, beauty and love») en la investigación científica. Además, aunque una cosa es leer y entender sobre cuestiones de física y otra crear ciencia; y una disciplina intelectual es una cosa y otra es un libro, con los relatos y libros de ciencia a veces ocurre lo que con el cine, que es más lo que el público ve que lo que los cineastas escriben. Todo cambia cuando uno añade un componente personal, íntimo, a lo que ve o lee. Por eso, personalmente, echo de menos la «claque» o el experto pataleo en los teatros, e incluso en los conciertos (a no confundir con fatuos actos mundanos). O en los cines abuchear al «malo» y aplaudir cuando llegan el héroe o la heroína. Como con la poesía, en que una cosa es copiarla o leerla y otra, muy diferente, declamarla sentidamente, con las pausas y la rima respetadas. Pero a diferencia del cine, del arte o la literatura, en la ciencia no ocurre que la mejor de las realidades no vale lo que una ficción bien inventada.

Embarquémonos, pues, con los héroes del autor y sus correspondientes capítulos del libro. El primero es el Conde Rumford (Benjamin Thompson: 1753-1814), fundador de la *Royal Institution* de Londres (crisol de la ciencia británica), segundo esposo que fue de la mujer de Lavoisier (asentador de la Química como ciencia) y científico-ingeniero espía al servicio de diversos gobiernos. A él

debemos que, desde 1789, el calor dejase de ser considerado una substancia de los cuerpos (flogisto, calórico) y pasase a entenderse como energía en movimiento, algo que en nota de pie de página y no en el texto principal -¿corrección en pruebas?- Sadi Carnot (1796-1832) también apuntó en sus *Reflexiones sobre la potencia motriz del fuego* (1824).

Rumford permea el capítulo segundo del libro (titulado «No hay almuerzo de balde») dedicado a la energía y a los principios de la Termodinámica. Entender lo que esos principios significan, y sabérselos de memoria, es comparable a poder recitar trozos del *Quijote* o de cualquier escrito de Calderón de la Barca, y para los británicos de las obras de Shakespeare. Permítaseme recordarlos: 1. Conservación de la energía: aparte las reacciones nucleares, la energía ni se crea ni se destruye sino que se transforma. O, de otro modo, es imposible construir una máquina de funcionamiento periódico que produzca o consuma trabajo sin absorber o desprender una cantidad equivalente de energía. Jamás perderemos el tiempo al suponerlo cierto, pues si descubriésemos algún día una consecuencia falsa habríamos resuelto «ipso facto» el problema de obtener trabajo de la nada. 2. La flecha del tiempo y la irreversibilidad: en un proceso evolutivo siempre se produce entropía. Tampoco es posible construir una máquina de funcionamiento periódico que no haga otra cosa que levantar un peso y enfriar un manantial, porque, de ser posible, habríamos resuelto «ipso facto» el problema de obtener trabajo utilizando las inmensas reservas de energía almacenadas, por ejemplo, en el agua del mar. Así, de ser falso el segundo principio, se podrían construir buques que navegasen tomando calor del Océano. 3. El cero absoluto de temperatura es inalcanzable.

El héroe del capítulo tercero es D. Mendeleev (1834-1907), a quien debemos la tabla periódica de los elementos químicos. Aquí Landsberg nos divierte relatando historias e historietas de moléculas, átomos, electrones, partículas y fuerzas fundamentales (gravitatoria, electromagnética, débil y fuerte); antimateria; «fermiones» introvertidos que sólo aceptan estar solos (principio de exclusión de Pauli) o «bosones» extrovertidos que gustan de juntarse tanto que se apañan para, espontáneamente, cambiar de estado (condensación de Bose-Einstein, asunto de intenso estudio experimental y teórico a finales del siglo XX).

El tercer héroe, L. Boltzmann (1844-1906), de la Viena maravillosa de Schnitzler, Mahler, Brahms y Schoenberg, manda sobre el capítulo de la entropía y la evolución. Landsberg se explaya sobre los ya mencionados segundo principio de la termodinámica y la flecha del tiempo; sobre la evolución hacia el desorden y la posible muerte térmica del universo; sobre el paso del tiempo, el envejecimiento (Hogarth) y «Las edades y la Muerte» (reproduce un cuadro de H. Baldung del Museo del Prado). También nos divierte con un demonio inventado por Maxwell (1831-1879), aprovechando para auticitarse en la ilustre compañía de Laplace, Loschmidt, Eddington, Dirac y Eigen (¡bravo!, justo es que lo haga). Discute del uso, generalmente inapropiado, de conceptos de física en otras áreas intelectuales, y de cómo una imagen literaria acabó en ¡modelo cosmológico!

«Ultimates»

Ni la masa puntual, ni el sólido rígido ideal, ni el gas ideal o perfecto, ni la red cristalina perfecta..., que aparecen en los libros de física, existen. Pero había que inventarlos para empezar a hablar coherentemente de la naturaleza. Esos conceptos o modelos no bastan para hacer un coche, un barco o un avión (de ahí la diferencia entre ciencia e ingeniería) pero sin ellos no habría física. Tampoco es cierto que la luz trata de ir por el camino más corto o que la naturaleza usa los medios más directos, más baratos o cualquier otra optimización, como desde Heron de Alejandría (ca 125 a.C.), a veces apoyándose en la existencia de un Ser Supremo, Dios, han sostenido algunos grandísimos científicos (Euler, Maupertuis, Fermat, D'Alembert, Hamilton y Lagrange, entre otros). No cabe duda de que invocar optimización (máximos, mínimos) ha producido bellísimas teorías y ha sido utilísimo en el desarrollo de la mecánica, del micro al macromundo, de la óptica, de la termodinámica, y de otras disciplinas fuera de la física, habiendo conducido a que la ciencia sea, como mínimo, una inmensa y eficaz, útil, comprensión informativa. Pero eso es agua pasada pues en la ciencia no parece que haya nada verdadero. Y una belleza, hoy, no debe impedir que veamos otras en el futuro.

Complejos e impredecibles

C. Darwin (1809-1882) el cuarto héroe (capítulo quinto), viaja próximo al tercero (para quien el siglo XIX sería recordado como el de Darwin). Landsberg nos habla del origen de la vida, de la evolución biológica, y nos aclara cómo hemos empezado a entender que ni las cosas ni nosotros vamos hacia la muerte térmica. Sometidos a determinismo y aleatoriedad -intrínsecos y del hábitat- nos hemos ido autoorganizando, haciéndonos quizá más complejos e incluso impredecibles. Es el capítulo que trata de la evolución alieneal, de las transiciones, el caos determinista y también de los fractales; de lo que hay en nuestra dimensión, de lo que vemos con nuestros ojos sin casi precisar instrumentos científicos, y de lo que, sin embargo, queda mucho por explicar y entender coherentemente. Es el territorio desbrozado por A. Turing, M. Eigen, I. Prigogine, H. Haken, G. Nicolis, B. B. Mandelbrot, E. N. Lorenz, D. Ruelle... Lástima que no evoque la fructífera relación entre la física y la ecología porque habría podido mencionar a R. Margalef (a quien pese a aparecer en un diario reciente como uno de los quinientos españoles más



Viene de la página anterior



poderosos, poniéndome quevedescamente al «mundo» por montera, no lo creo poderoso sino, simplemente, una de las cabezas más imaginativas de la universidad española en el siglo XX).

El capítulo sexto nos trae a M. Planck (1858-1947) como héroe y una descripción muy variada y completa de la inesperada, grandísima revolución que a primeros del siglo XX hubo en Física. Y, ¡cómo no!, acompañado de Einstein, de L. de Broglie, N. Bohr, W. Heisenberg, E. Schroedinger, M. Born, D. Bohm, J. Bell, R. P. Feynmann, etc. Es también el capítulo de un siglo de grandes tragedias y monstruos (de pasada nos recuerda que un hijo de Planck fue ejecutado, en 1945, por la Gestapo).

¿Es la luz onda o rayo/corpúsculo/partícula/materia?, según la vieja disputa entre los seguidores de Newton y de Huygens o, más bien, ¿son las cosas del color del cristal con que se las mira? ¿No son las cosas, para un físico, como aparecen según el instrumento y experimento que hace? Y así cada vez que se ven observamos aspectos parciales (y complementarios) de las mismas. Difíciles cuestiones ha planteado la física cuántica, junto con las ideas de la Relatividad de Einstein, y una manera, drásticamente nueva, de ver la naturaleza y nuestro lugar en el mundo. Por eso algunas de las afirmaciones de los científicos han sido utilizadas por políticos, literatos u otros, desproporcionada, indebida o erróneamente.

Cosmología: la ciencia como historia

Hablar del universo demanda contar con Newton y con A. Einstein (1879-1955), su héroe del capítulo séptimo, acompañado de Hubble, Lemaitre, Friedmann, F. Hoyle, G. Gamow, Dicke, Peebles, A. Penzias, Wilson, S. Hawking, Wheeler, y hasta H. Dingle (1890-1978), un presidente de la Royal Astronomical Society que acabó antirrelativista y con el que se carteaba Julio Palacios (1891-1970), maravilloso maestro y hombre justo en mi recuerdo. (En la página 179 se reproduce un anuncio, en un periódico de Berna, donde Einstein se ofrece como profesor particular de matemáticas y física proponiendo, gratis, lecciones de prueba.)

Nos recuerda Landsberg cómo, aparte de algunos que se atrevieron a estimar el número de protones o electrones del universo, hubo quien estableció su edad. El universo no fue siempre imaginado tan «venerable» como hoy lo tenemos (muchos millones de años). El Obispo J. Ussher (1581-1656) concluyó que de acuerdo con las edades de los patriarcas, según la Biblia, el universo fue creado el domingo 23 de octubre del año 4004 a.C.

De los protones y electrones a la existencia de Dios

Los penúltimos héroes, A. Eddington (1882-1944) —su primer héroe allá por 1939, a sus 17 años nada más llegar a Inglaterra (Landsberg nació en Berlín)— y B. Pascal (1623-1662) nos llevan a las matemáticas, al misterio y/o la belleza de algunos números y relaciones entre ellos (algunas quizá por chiripa), a las cuestiones filosóficas y hasta si es científico o no plantearse o demostrar la existencia de Dios. Para el autor la «proposición de que existe Dios ni puede ser demostrada ni lo contrario» llamando en su ayuda a un celeberrimo teorema de Gödel (1906-1978) sobre el que se exhiba en el capítulo octavo. A fin de nadar guardando la ropa acaba el capítulo noveno diciendo que «la ciencia y la fe deben estar cada una en su adecuado sitio si queremos hacernos una idea

coherente del mundo».

Preludiando lo que será el capítulo décimo y último del libro (escojan lectores su héroe) comienza ese capítulo noveno con una frase fuerte: «This is the age of best sellers», remachando que «ours is actually the age of the unread best seller». O como dice Jorge Edwards, en *Persona non grata*, «esta época de tirajes inflados y sostenidos con música de guarachas y propaganda televisiva». En su apoyo cita *El péndulo de Foucault* (Umberto Eco) y *Breve historia del tiempo* (Hawking). En ese capítulo final nos habla de un amor de su vida, la ciencia como labor humana. Digamos de paso, que su esposa Sylvia es autoridad en jardinería medieval (*The Medieval garden*, 1995).

¿Hay algún espectador en la sala?

La ciencia es apasionante y mucho más contribuir a su acervo. Por lo que los científicos se divierten y se apasionan con lo que hacen. «I cannot promise that they can reach in science an analogue of the love life of, say, Alma Mahler-Gropius-Werfel, but more modestly, they welcome the complex network of relationships with their colleagues.» Los científicos crean, responden a la creación de otros, colaboran, compiten, discuten, y a menudo se pelean. «Homo sum; humani nihil a me alienum puto», que dijo Terencio. Saben que la pesquisa científica no tiene fin y que lo que sobrevive en la ciencia adquiere vida propia, se lo apropian todos quizá olvidando a quien creó una idea, modelo o teoría o hizo un experimento.

Los científicos se necesitan unos a otros, puesto que la ciencia sobrevive tras discusión y consenso en la comunidad científica pero esto puede degenerar. Así, cuando hace unas pocas décadas un negociante inventó, para hacer dinero y debe ser millonario, la revista *Current Contents* y el *Science Citation Index*, acabó por introducir un perverso mecanismo de certificados de celebridad. Ese *Index* da las veces que un autor (sólo hasta el segundo, haya los que haya) ha sido citado, cualquiera que sea la razón. Hoy, mucha gente busca ser citado —casi instantáneamente— las más veces posible sin que ello suponga trabajar sobre algo original, propio, o importante. Los problemas importantes, las cuestiones profundas, exigen dedicación, hasta tiempo, y en ocasiones no son populares o si lo llegan a ser puede que ocurra con los años. A Einstein no le dieron el Premio Nobel por la Relatividad sino por su explicación del efecto fotoeléctrico, aunque —ironía del destino— hoy es popular por aquélla. Bach tocaba el clave, el órgano, el violín, produjo doscientos y pico cantatas, hitos como *La Pasión según San Mateo*, la *Ofrenda Musical* o las *Suites para Violonchelo solo* (inmortalizadas por el sublime Pau Casals), en suma más de mil obras y muchos hijos, pero el Concejo de Leipzig recortó su salario por considerar que no hacía nada. No se hizo célebre hasta que Mendelssohn —casi un siglo después— lo sacó al concierto y en el 2000 está de moda.

Pérdida de sentido común

En mi experiencia en tribunales y menesteres análogos, particularmente en España, a quienes he visto intentar aplicar con mayor exigencia y dureza el criterio de las citas e índices de impacto (una medida de las veces que artículos de una revista son citados por otras) ha sido a científicos pretenciosos, deficiariamente creadores. Me parece que se ha ido perdiendo el sentido común, el valor de la opinión subjetiva o del «olfato» de quien puede ser experto.



OUKA LELE

La moda juega en nuestros días un mayor papel del que —en mi opinión— debiera corresponderle en la labor intelectual. Esto no es sólo en la ciencia sino que los científicos han cogido algo que ya era moneda corriente en otras labores humanas. Como, recientemente, un cantautor decía «quien no sale en televisión no existe o deja de existir». Lo triste es que eso se aplica a las tragedias y guerras que por el mundo ocurren, que no deja de haber muertos y salvajadas aunque hayan dejado de ser noticia. Pasada página en los medios de comunicación social dejan de existir. «La existencia y valor de los derechos humanos no están escritos en las estrellas y, por eso, su defensa exige una lucha continua», Einstein «dixit».

Masa crítica, sociedad y profesionalidad

El recorrido que de la Física hace Landsberg en su librito es subjetivo en la elección de sus héroes pero queda objetivado en las ideas y la ciencia del que escribe, añadiendo a sus héroes una numerosa pléyade de otros valiosos científicos. «¡Y, nosotros, Dios mío, gente hispana, no estábamos!» (Eugenio d'Ors, *Flos Sophorum*, 1929), aunque en 1286, Arnau de Vilanova ya daba en Barcelona un curso de lo que hoy sería química médica.

En la Física, al mundo hispano le ha faltado masa «crítica», para pasar del individualismo al comportamiento cooperativo. Hubo países como España que, en los años veinte y treinta del siglo XX, o Argentina y Chile, más recientemente, pudieron tenerla. Sucesos trágicos en su gobernabilidad que conllevaron por el cambio político la desaparición o emi-

gración de numerosos universitarios y científicos, lo impidieron. ¿Qué deparará el futuro al mundo hispanoparlante y a España, en particular? Los parlamentarios y autoridades políticas, los responsables de las sociedades y academias profesionales o de las fundaciones privadas, debieran reflexionar crítica pero constructivamente sobre ello. El espectacular desarrollo de la bioquímica en España, aunque sesgado y con menos éxito de lo que a uno le habría gustado, parece mostrar el camino a seguir.

En España la falta de «masa crítica» y la poca cohesión en la comunidad científica se manifiesta, en mi experiencia, porque veo pocos que hayan superado el umbral de profesionalidad que deja atrás la práctica de confundir el aprecio o el odio personal con el profesional. No debe ser por amistad por lo que uno proponga a un colega a un premio u otro honor sino por deber profesional. A Pereda y Galdós, su mutuo aprecio intelectual no les impidió disentir profundamente en política. La situación actual no permite el optimismo pues, por lo malsano de nuestro mundo universitario actual, florecen quienes en vez de considerar un cargo directivo como transitorio puesto de servicio a la comunidad lo toman como permanente honor para satisfacer su delirio de grandeza. La megalomanía, una enfermedad que conduce a creer ser algo que realmente no se es, agudizada por la envidia, lleva a aliarse con colegas mediocres y administrativos serviles antes que con valiosos pero críticos pares. Por eso no hay nítida búsqueda de mejorar la calidad en la universidad y la investigación españolas y sigue habiendo terreno para que su real superioridad de espíritu pierda a los mejores, como se dijo de Lavoisier. «Sean cuales fueren las penalidades que nos esperen y aun cuando haya pocos que vean claro lo que hay que hacer y lo hagan, vivimos en la era del brinco cuántico. La física moderna nos muestra que un salto discontinuo cambia el mundo entero cualesquiera que sean las barreras que separen sus partes» (V. Redgrave, *An autobiography*, 1991).

Los responsables de los medios de comunicación social también podrían ayudar a mejorar la ciencia influyendo positivamente sobre la sociedad. Pero habrían de ir más allá del superficial acercamiento que a la ciencia suelen manifestar, esforzándose en valorar más la mena que la ganga. Por muy populares que sean los españoles de charanga, pandereeta y manifiesto, o los españoles fatuos y hasta marrulleros, caricaturizados por Buñuel y Berlanga, o aquellos otros de Almodóvar, ¡vivan los fresadores, torneros, mecánicos, electricistas..., médicos, científicos, maestros, catedráticos o libreros como el encarnado por Anthony Hopkins en *84 Charing Cross Road*! «such a modest person, so knowledgeable, and imparted his knowledge with kindness to all of us!» ¡Viva Rus, pueblo andaluz, olivarero y textil! ¡Vivan los que se desviven por la labor bien hecha y un encomiable perfeccionismo profesional! De entre ellos un día saldrá otro Cajal. □

RESUMEN

Sostiene Peter Th. Landsberg que el deseo de entender el cosmos ha generado la física, la más fundamental de las ciencias, y a aquélla ha dedicado una guía que es comentada por García Velarde y que es un excelente libro de bolsillo con el que hacerse una idea razonable sobre la situación de la física a finales del siglo XX. Como

dice el comentarista de forma gráfica, es una brújula para un explorador dejado en medio de la jungla. Usando la imaginación metafórica, la argumentación intuitiva, un lenguaje accesible lleno de anécdotas, Landsberg recurre a sus «héroes», ocho científicos que han facilitado el camino de la física.

Peter T. Landsberg

Seeking Ultimates. An Intuitive Guide to Physics

Institute of Physics Publishing, Bristol, 2000. ix+314 páginas. 19.99 libras. ISBN: 0-7503-0657-2.

La química de la vida

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

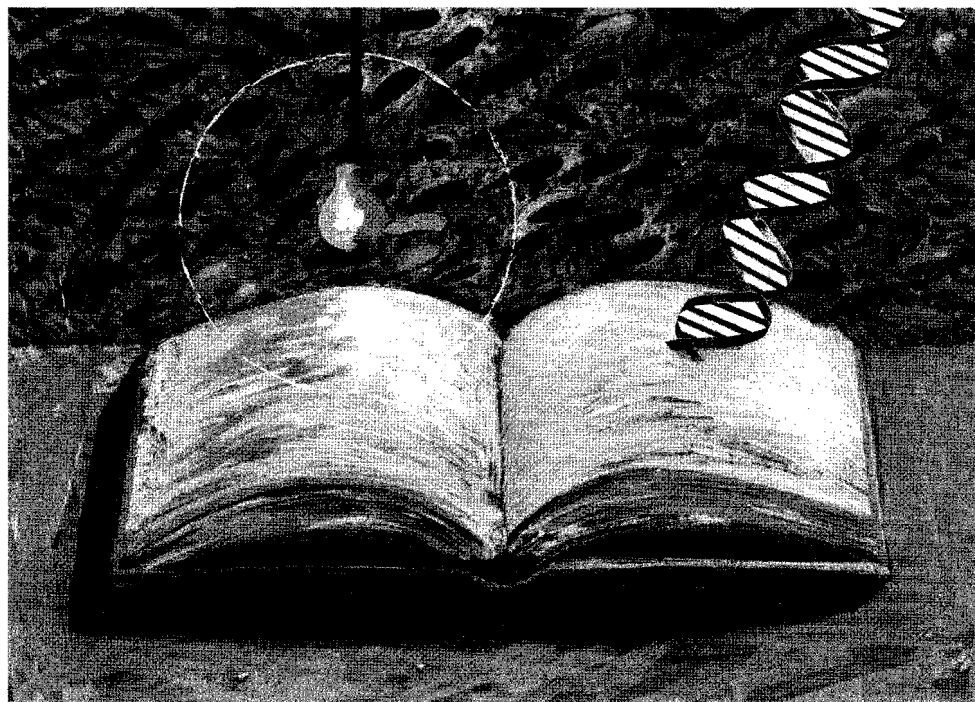
Son de sobra conocidos los grandes avances de la biología en el siglo que convencionalmente acaba de terminar. Y es también sabido que una parte muy importante de dichos progresos se deben a nuevos conocimientos en los dominios de la bioquímica y de la biología molecular. Proviene, en suma, del estudio de las bases físicas y sobre todo químicas de los procesos vitales. Esto no quiere decir que la vida sea simplemente química como parece que opinan algunos destacados científicos y limitados pensadores. Es evidente que están equivocados, porque hasta el más fanático de los reduccionistas tendrá que conceder que la vida es, por lo menos, también historia puesto que el genoma de cualquier ser vivo es un archivo de rasgos acumulados desde hace millones de años. Pero no es esta la ocasión de tratar de dilucidar lo que quiere decir la palabra vida.

Todo esto viene a cuento de un gran libro, cuyo segundo tomo acaba de aparecer, del que son autores Manuel Losada y tres de sus colaboradores. Es una introducción a la química biológica, un libro de texto en definitiva, por lo que puede parecer extraño que yo me ocupe de él ya que ni soy químico ni creo que los libros puramente didácticos merezcan la atención de los lectores de esta revista. Pero sucede que Losada no es sólo un excelente bioquímico sino también hombre culto y pensador agudo. Por eso el libro es singular por su fondo y por su forma.

En cuanto al fondo, hay que señalar que su contenido es muy amplio; abarca desde la física fundamental hasta el origen del mundo y de la vida pasando naturalmente por la química y la biología. Con ello se pretende transmitir al lector la idea de que la química de los seres vivos no es algo aislado de las otras ciencias. Es una disciplina anclada, por así decirlo, en otros conocimientos sin los cuales carece de sentido o, para ser más preciso, conduce al sinsentido que ya he mencionado.

La materia viva es sumamente extraña. Los vegetales y los animales son llamativamente distintos del agua, de las rocas o del viento. Todos los seres vivos nacen, crecen a partir de algo que toman del entorno, envejecen y mueren. Los animales además se mueven y es difícil predecir su comportamiento que unas veces se parece al de una máquina y otras se asemeja a nuestra manera de actuar.

Nada comparable a un ser vivo encontramos ni en el cosmos frente a cuya grandiosidad somos insignificantes ni en los átomos cuyas propiedades nos cuesta comprender. Ni siquiera las obras humanas son comparables. Es pro-



ALFONSO RUANO

bable que lo más complicado que hemos construido los hombres sea la red telefónica mundial basada en nudos de varios niveles conectados por cables eléctricos, fibras ópticas, microondas y satélites. Pues bien, la bacteria más sencilla es mucho más complicada que todos los teléfonos del mundo juntos.

Y tan rara complejidad se debe a una sutil combinación de muy pocos elementos químicos. Todo viviente está formado en su mayor parte por hidrógeno, carbono, nitrógeno, oxígeno, fósforo y azufre. En mucha menor cantidad hay sodio, potasio, calcio, magnesio, hierro, cinc, molibdeno y varios oligoelementos.

Estos elementos se combinan para formar aminoácidos, una veintena en total, que son los mismos en la hierba más humilde que en el hombre más encumbrado. Estos aminoácidos son la base de los biopolímeros: proteínas, enzimas, ácidos nucleicos..., etc. Con estos ladrillos están hechas las células, los órganos y todos los aparatos del edificio de cualquier ser vivo.

La composición y la estructura no nos dicen gran cosa sobre la esencia de los seres vivos si no somos capaces de descifrar los mecanismos que permiten comprender el metabolismo y la forma de reproducción de los mismos. Para ello se necesita descubrir cadenas de procesos químicos muy complicadas que se entienden mejor si se piensa no solo en las moléculas sino en los átomos e incluso en los electrones y los núcleos atómicos, sobre todo en los protones.

Hay que tener en cuenta además las profundas diferencias que existen entre las plantas y los animales desde el punto de vista energético. Las plantas obtienen su energía a partir de la luz solar mediante el proceso fotosintético. Con esa energía, y a partir del dióxido de carbono que hay en la atmósfera y del agua y otros elementos que hay en el

suelo, son capaces de formar las proteínas y las demás moléculas que necesitan para su metabolismo. Los animales no son capaces de sintetizar las biomoléculas que necesitan y se ven forzados a ingerir plantas u otros animales para obtener las proteínas sin las cuales no podrían subsistir.

En relación con los procesos vitales no se puede ignorar el aspecto global que nos ofrece la termodinámica. Esta ciencia es una parte de la física que se ocupa del intercambio de materia y energía entre un sistema y su entorno. Un sistema puede ser cualquier cosa limitada por una superficie cerrada real o imaginada. Por lo que se refiere a la biología, un sistema puede ser una flor, un animal, un lago o la biosfera entera. Cualquiera de estos sistemas viven gracias a procesos irreversibles que generan entropía que expulsan al exterior. Por eso para entender su funcionamiento no basta considerar solamente sus necesidades energéticas.

Estas consideraciones son todavía más importantes en relación con el origen de la vida y su evolución hasta ahora. Es claro que nuestras ideas sobre lo que sucedió en tiempos remotos no tendrá nunca el grado de certidumbre que tenemos de los procesos vitales que estudiamos en los seres vivos actuales. La evolución biológica es irrepitable y por eso los modelos que imaginamos para describirla no pasarán nunca de ser conjeturas probables. Pero el grado de probabilidad ha aumentado mucho desde que podemos aplicar técnicas de biología molecular a los datos que nos proporciona la paleontología.

Todas estas cuestiones y muchas más se pueden leer en el libro de Losada y sus colaboradores que, como decía más arriba, es también singular en su forma. Con ello me refería al aspecto didáctico.

Son por desgracia raros los libros de texto científicos que se escriben con el objetivo primordial de que lo que se lea se entienda. Esta afirmación puede resultar chocante para quienes desconocen el mundo de las ciencias pero es así. Y ello explica que los estudiantes tengan más dificultades en las asignaturas de ciencias que en las de letras. Si para superar un examen, es preciso memorizar cuestiones que no se entienden, no es extraño que tales asuntos provoquen repulsión en los estudiantes.

Estas deficiencias tan frecuentes en los libros de texto se deben a muchas causas. En algunos casos los mismos autores no tienen las ideas claras y mal puede transmitir con eficacia una idea quien la tiene oscura. En otros casos las personas que escriben libros consideran que su prestigio será tanto mayor

cuanto más hermético sea su lenguaje. También los hay que tratan de enseñar poniendo lo general abstracto antes de lo particular concreto. Como sucede que la mente humana procede de lo concreto a lo abstracto, el fracaso está garantizado. También hay autores que se ahorran trabajo omitiendo cuestiones difíciles de explicar con el argumento de que se suponen conocidas del lector. Esta clasificación no agota las especies de escritores que más valdría que no escribieran pero es preferible no seguir.

El libro que sirve de base a este comentario es admirable desde el punto de vista pedagógico porque sus autores parten de unos principios de sentido común. En primer lugar suponen que el lector no sabe y ha comprado el libro porque quiere aprender. De este principio se deduce que cuando los autores dudan sobre si el lector sabrá o no una cosa, la explican; en la duda se ponen a favor del lector. Esto sucede a lo largo de todo el texto, pero además hay unos apéndices muy claros para recordar cuestiones que puede haber olvidado el lector aunque sean elementales.

También parece obvio que si para llegar a un descubrimiento o a un concepto han hecho falta años o siglos es que la cosa no era fácil porque no hay ninguna razón para pensar que nuestros antecesores eran menos inteligentes que nosotros. Consecuencia evidente es la conveniencia de exponer el desarrollo histórico cuando ello conduzca a una más fácil comprensión del resultado. En el libro de Losada el estudio de cada elemento químico empieza por su historia y sus aplicaciones no biológicas.

Otra regla de sentido común es reconocer que la enseñanza de un mismo asunto depende del destinatario a quien va dirigida. No se enseña del mismo modo el idioma inglés a un filólogo que a un camarero de una zona turística. Y así debe ser. Curiosamente no se aplica el mismo principio en la enseñanza de la matemática o de la física, que se explican con el mismo rigor a los futuros profesionales que a quienes solamente necesitan un conocimiento parcial de uso. Esto es un error que se puede evitar, y en el libro que comento se evita, simplificando las cosas, poniendo ejemplos, mostrando gráficos y omitiendo los casos raros que casi nunca se presentan. Un bioquímico necesita física y matemática a un cierto nivel y si entiende lo que le hace falta con argumentos sencillos no hay por qué complicarle la vida. Bastante complicada la tiene si quiere entender todo lo que ocurre dentro de los seres vivos.

Es asimismo muy conveniente que cada tema en los que se divide un libro sea todo lo independiente de los demás que pueda serlo. Es inevitable la interconexión entre los diversos temas pero cuanto más autocontenido sea un tema, mejor. Las referencias repetidas de una parte a otra de un libro no favorecen la asimilación de su contenido. También los autores del libro que comento han pensado en esto.

Se podrían añadir más criterios pedagógicos de sentido común pero con los mencionados bastan. Siempre he mantenido que todo puede explicarse de manera que se entienda, y el libro de Losada y sus colaboradores lo prueba. Es también gran verdad que todo, aún lo más sencillo, puede explicarse de manera que no se entienda. Sobre este aserto prefiero no dar ejemplos. □

En el próximo número

Artículos de José-Carlos Mainer, Miguel Artola, Antonio Fernández Alba, Manuel Alvar, Carlos Gancedo y Alvaro del Amo.

RESUMEN

Aunque Sánchez del Río no es químico ni considera que un manual didáctico deba ser reseñado en una revista como ésta, lo cierto es que, a su juicio, esta introducción a la química biológica, este libro de texto sobre los elementos y las moléculas de la vida escrito por Manuel Losada y tres colaboradores es todo eso, y mucho más; de ahí el interés del comen-

tarista. La idea que se pretende transmitir es que la química de los seres vivos no es algo aislado de las otras ciencias. Es una disciplina anclada en otros conocimientos sin los cuales carece de sentido. Por eso este texto abarca desde la física fundamental hasta el origen del mundo y de la vida pasando, claro está, por la química y la biología.

Manuel Losada, M.ª Á. Vargas, M. de la Rosa y F. Florencio

Los elementos y moléculas de la vida

Rueda, Madrid, 1999. 1.200 páginas, dos volúmenes. 15.000 pesetas. ISBN: 84-7207-113-8.

Clarín, de nuevo: vísperas de centenario

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, en las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

Se tiene a veces la impresión de que el siglo XIX murió por agotamiento, por una brusca bajada de presión de su propia retórica. A su final, justo en la bisagra que forma con la centuria que empezaba, se acumulan las muertes de algunos de sus héroes: Emilio Castelar muere en 1899, Giuseppe Verdi y nuestros Leopoldo Alas y Ramón de Campoamor lo hacen en 1901, Zola en 1902... (En España, Valera, Núñez de Arce o Pereda sobreviven por muy pocos años a la frontera de las dos centurias.) Todos conocieron el éxito y esa aureola de popularidad «nacional» o incluso internacional que su siglo supo dar (lo que Paul Bénichou ha llamado «la sacre de l'écrivain»). Y la biografía de muchos comprende también episodios de lucha titánica o incluso de fracaso: los «anni di gallera» de Verdi, el largo exilio de Castelar y su pugna de siempre con el dinero, la enfermedad y otras miserias de la madurez de Alas, los dramáticos sobresaltos de los últimos días de Zola.

El XIX fue un siglo con una afición indisoluble a lo trascendental y lo patético. Sus herederos del siglo XX lo vieron con prevención y hasta repugnancia muchas veces: buena parte de la ideología reaccionaria de Action Française se inspiró en tal abominación y nos dio al efecto un famoso y brillante título de Pierre Lasserre, *Le romantisme français* (1907), mientras que el recelo de la izquierda radical inspiró entre nosotros algunas de las ideas más felices de Antonio Machado en su nonato discurso de ingreso en la Real Academia Española, cuando identificó la sed de un absoluto idealista que unía por la base las ideas gnoseológicas de Kant, las económicas de Karl Marx y las estéticas del simbolismo. Hace bien poco, Philippe Muray ha publicado la segunda edición de un voluminoso ensayo



OSWALDO PÉREZ D'ELÍAS

(inteligente, documentado y quizá algo sobrecargado de ocurrencias brillantes) sobre *Le XIX^e siècle à travers les âges* (Denoël, París, 1984; Gallimard, 1999) que vuelve a resucitar la maldición de Lasserre: el objetivo común de todo el siglo (¿pasado?, ¿antepasado?) fue suplantar la vieja herencia religiosa con nuevas formas de fe. Y así hicieron Auguste Comte al instaurar una «religión de la Humanidad», Víctor Hugo o Jules Michelet al exaltar la revolución o al concebir la historia secular como un nuevo friso de referencias humanas, los ocultistas al proponer una rocambolesca transcendencia o los marxistas al suscitar nuevos ligámenes de los hombres con su futuro colectivo.

Clarín y sus lectores

Se hace inevitable pensar en todo esto al abordar la nueva edición de un texto que Clarín bautizó, con tan rara lucidez autocrítica, *Siglo pasado*. Acababa, en efecto, de transcurrir el XIX y es lástima que Leopoldo Alas no llegara a escribir el prefacio de este volumen póstumo porque, sin duda, hubiera dicho algo, y sabroso, respecto al título elegido. José Luis García Martín, su editor y prologuista, nos lo recuerda oportunamente en su introducción y añade que tampoco es éste uno de los libros más felices de su autor. Tiene razón, pero, con todo y como también dice, vale la pena leerlo cuando ya se acerca el centenario de la muerte de Clarín. Hace bien poco, la liturgia consabida de las conmemoraciones nos hizo celebrar el (doble) centenario de *La Regenta* en 1984 y 1985, que sirvió para que leamos ahora más y mucho mejor la obra inmortal del escritor: sean testigos las espléndidas ediciones de Gonzalo Sobejano y Juan Oleza, además de los importantes congresos de Oviedo y Barcelona. Puede que si el centenario de entonces consagró al narrador, el que celebraremos el año 2001 rescate el perfil íntegro del intelectual. Y no es que no sepamos ya bastantes cosas de él: a Sergio Beser debemos una antología providencial de sus

textos de crítica narrativa (1972) y a Yvan Lissorgues un par de títulos fundamentales sobre su pensamiento político y religioso; Jean-François Botrel ha rescatado importantes capítulos de su vida de relación y Antonio Vilanova hizo editar en Lumen, donde lo prologó con mucho tino, algunos títulos fundamentales de sus series críticas, mientras que Adolfo Sotelo ofrecía unos sugerentes panoramas y antología sobre el escritor en la crisis de fin de siglo. Nos faltan, sin embargo y a título de ejemplo, un detenido recuento de las fuentes extranjeras de Clarín, un perfil de su concepción de la profesión intelectual (¿cómo se hubiera definido el escritor en cuanto tal?, ¿cuál era su modelo de acción ideológica?), un estudio inteligente de sus modos de comunicación crítica (géneros de sus trabajos, razón de sus títulos y agrupaciones, fórmulas de reclamar la atención de sus lectores) y, por último pero no menos importante, nos hace falta una nueva biografía que mejore aquella otra de Juan Antonio Cabezas que, con mucha razón, elogia ahora García Martín (*Clarín, el provinciano universal* se publicó en 1936, en las «Vidas Españolas del siglo XIX» de Espasa-Calpe, para pasar luego a la Austral donde conoció mejor fortuna).

En este número

Artículos de			
José-Carlos Mainer	1-2-3	Manuel Alvar	8-9
Miguel Artola	4-5	Carlos Gancedo	10-11
Antonio Fernández Alba	6-7	Álvaro del Amo	12

SUMARIO en página 2





Clarín, de nuevo: vísperas de centenario

En tanto llegan las peticiones de esta carta a los Reyes Magos, bueno es volver a pensar en Clarín, la figura más conmovedora y atractiva en lo intelectual de la segunda mitad del XIX español, al hilo de estas nuevas páginas rescatadas. De entrada: ¿Clarín o Leopoldo Alas? Algunos estudiosos prefieren el nombre civil y consideran que el seudónimo es un sonrojante tributo del escritor a un mercado que lo exigía, a un ambiente literario al que pertenece aquello que se llamó «crítica satírica», al mundo del *Madrid Cómico* y del comentarista sistemáticamente hostil y burlón con las novedades. Y, sin embargo... Sin embargo, el seudónimo formaba parte del personaje, de la consideración que le otorgaban los demás y de la concepción que tenía de sí mismo: fusionaba la autenticidad y la máscara, lo bufonesco y lo seriamente moral de su misión social. Y, por otro lado, habitaba en un mundo que también poblaban Fernánflor, Aramis, Palmerín de Oliva, el Doctor Thebussem, Andrenio. O Azorín, quien también firmó como Cándido y como Ahrimán.

Qué es

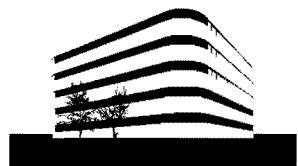
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

El seudónimo ocultaba y, a la vez, revelaba; manifestaba cierta docilidad familiar ante el público y también una evidente altivez imperitente. La literatura crítica de nuestro escritor exploraba sistemáticamente los gustos e inclinaciones de quien le leía y buscaba una comunicación permanente con él: de ahí la curiosa condición miscelánea de los volúmenes de la obra clariniana —críticas mezcladas con cuentos y ensayos— y la búsqueda de títulos que pretenden instaurar géneros de comunicación: el «palique» es, sin duda, una traducción castiza de la «causerie» de Sainte-Beuve; el «folleto» es una metonimia funcional (contenido por continente) como lo es la «revista»... Y, dentro ya del texto, esa misma electricidad comunicante busca nuevos guiños de complicidad: unas veces será la alusión humorística a la experiencia personal; otras veces, la interrogación retórica que busca la participación; no pocas, esos insistentes (y siempre demasiados) caracteres cursivos que realzan las palabras clave o los modismos más personales y que vienen a ser como un «tic» conversacional, un suave tacto de codos que salpica la monotonía del texto.

Que el escritor había acabado necesitando de esa familiaridad con sus lectores nos lo revelan claramente algunos de los textos de *Siglo pasado* muy cercanos a lo autobiográfico o a la sensibilidad del momento. García Martín llama la atención al respecto a la vista de «No engendres el dolor» que tiene mucho de curiosa palinodia de quien fue el Aristarco de su tiempo (¿que se lo pregunten al pobre Valle-Inclán!), pero también de confesión personal de una salud que siempre fue frágil (conviene no olvidar que Alas escribía entre insistentes dolores y bajo la amenaza de los ominosos estreñimientos que le ocasionaba una tuberculosis intestinal. Impresionan fuertemente esas «Notas de un enfermo» del 19 de mayo de 1901, que tienen el sabor agri dulce de una despedida, cuando habla de «la delicia de saber 'pensar' uno y 'sentir' otro, 'sentir' pesimismo y 'pensar' optimismo» por causa del «'poco fuego' con que 'siento' el mismo bien en que creo». Apenas quedaba un mes para su muerte que acaeció el 13 de junio)...

«Jorge (diálogo, pero no platónico)» es, por su lado, una reflexión sobre la fatalidad de los juegos de azar y de sus jugadores, otro tema del que Alas tenía amarga experiencia personal que, sin duda, conocían bien muchos de sus convecinos; sólo quien había perdido

muchas horas y dineros en los tapetes verdes del casino de Vetusta podía escribir estas páginas o las impresionantes que componen «El cura de Vericuetto» (primero de los *Cuentos morales* de 1896). Por último, «La contribución (tragicomedia en cuatro escenas)», el único texto de creación de todo el libro, es un recuerdo al lector de una dolorosa herida compartida: la guerra de Cuba. Como sucede en «Cansera», el poema de Vicente Medina, la única realidad de la contienda del 98 es el cadáver del hijo que llega a su desconsolado padre, cuando a éste le amenaza el embargo de sus últimas pertenencias. Aquel despojo, le gritará el atribulado hombre al alcalde, vale por los impuestos que todavía debe... (Recordemos que hay otros dos preciosos textos de Alas sobre el tema de la guerra colonial: el cuento «En el tren» que pertenece a la serie *El gallo de Sócrates* y «Un repatriado» que acabó en la antología póstuma *Doctor Sutilis*: el primero tiene más de un punto en común con «La contribución» —la ambientación ferroviaria, la dura acusación de insensibilidad al poder público— y el segundo podría ser, sin embargo, el embrión de novela intelectual sobre el Desastre que nunca escribieron ni Baroja ni Azorín.)

En «La leyenda de oro» no hay confesión directa pero sí se utiliza un recurso presentativo revelador: se finge que una lectora joven y sensible, Elisena, escribe a su maestro Eliseo para solicitarle alguna lectura que ahuyente sus días de tedio y soledad mientras cuida a su padre enfermo. Pero más significativo es que esa «cornice» introduce la recomendación de leer la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine en alguna edición moderna o la *Vida de San Francisco de Asís* de Paul Sabatier. No es casual, ni mucho menos. Aquel reflujo decimonónico hacia el puerto seguro de la fe tradicional llevó a muchos a la devoción del santo de Asís (Emilia Pardo escribió una biografía no mala) y a otros a frecuentar la hagiografía (Joan Maragall que, por la edad, andaba casi más cerca de Clarín que de Unamuno, tradujo las *Physiognomies des Saints* del místico Ernest Hello). Y otros soñaron con la conversión como un remedio de la aridez del espíritu: Clarín creó en «El frío del Papa» (*Cuentos morales*) un itinerario de búsqueda de la fe espontánea e hizo un impresionante retrato indirecto del pontífice reinante; Unamuno, que vivió personalmente la congoja del vacío de la creencia, concibió

al Eugenio Rodero que protagoniza *Nuevo mundo* como un converso al modo que, en la realidad, fueron Joris Karl Huysmans o Paul Claudel; Joan Maragall plasmó en su poema «El conde Arnau» el paradigma del recurso último a una fe que es ansia de trascendencia pero también deseo de resurrección de la carne, de redención profundamente humana.

La busca de la simplicidad

Nuestro Clarín del fin de siglo tenía también una insaciable sed del espíritu y, sobre todo, un irreprimible deseo de simplicidad y armonía. Para el lector de «Romano», pieza que abre el volumen *Siglo pasado*, lo de menos es que se nos cuente con divertido detalle la peripecia bibliográfica del olvidadísimo poeta cristiano de ese nombre, que floreció en el siglo IV; nos importa mucho más que, por cuenta de sus desvelos eruditos, se incluya un notable elogio de León XIII, aquel papa cuyo excelente latín y cuya relativa tolerancia le granjearon el aprecio de muchos intelectuales (nuestro Emilio Castelar, a despecho de su republicanismo y su laicismo, le visitó en audiencia privada en octubre de 1894). Al final de aquel artículo, Clarín, el escritor que había pedido un «kulturkampf» a la española en las páginas de *Vida Nueva*, parece aceptar que en asuntos de fe caminen juntas la autoridad convencional y la rebeldía del espíritu, al modo franciscano: «'Profunda política' santa, que se apoya siempre en la autoridad exterior, en el Pontífice, en la ortodoxia, en la Iglesia docente, 'exterior', para hacer que corra por el 'mundo de los sentidos' un destello, a lo menos, de la íntima bondad cristiana, de conciencia espiritual inefable, invisible».

¿No hay aquí y en alguna otra parte una cierta «nostalgia de la autoridad perdida» (utilicemos las comillas que Clarín hubiera puesto)? En «El arte de leer», artículo por demás insatisfactorio, viene a pedirse una a modo de censura paternal, a veces para evitar las indigestiones lectoras, otras para liberar a los grandes autores de los parásitos de literatura secundaria que los afligen. Como pensaba Unamuno en las mismas fechas, Clarín parece echar de menos una más activa circulación de ideas. Las dos «Cartas a Hamlet» abordan el tema y son testimonio de una serie fallida y nunca



SUMARIO

	Págs.
«Clarín, de nuevo: vísperas de centenario», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Siglo pasado</i> , de Leopoldo Alas «Clarín»	1-2-3
«El contrato social», por Miguel Artola, sobre <i>The Origins of Human Society</i> , de Peter Bogucki	4-5
«Madrid, metrópoli emergente del siglo XXI», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>Madrid, 1979/1999. La transformación de la ciudad en veinte años de ayuntamientos democráticos</i> , de autores varios	6-7
«Realidad y abstracción en una gramática de uso», por Manuel Alvar, sobre <i>Grammaire Espagnole</i> , de Jacques de Bruyne	8-9
«El árbol y las ramas», por Carlos Gancedo, sobre <i>Consilience. The Unity of Knowledge</i> , de Edward O. Wilson	10-11
«El autor, la obra, el actor», por Álvaro del Amo, sobre <i>True and False</i> , de David Mamet	12

Viene de la página anterior



continuada sobre el asunto. El autor advierte que falta en la literatura española —y, sobre todo, en la más juvenil— un hábito de «filosofía práctica», vital, como se ve en las letras extranjeras. Y por eso dirige sus cartas a «una sombra poética y filosófica, a un soñador engendrado por otro soñador, a uno de esos 'mitos' ya eternos convertidos para la humanidad en 'idea fija'». Importa poco que lo que pide ya hubiera sido preocupación personal de Ángel Ganivet (a ello apuntó *España filosófica contemporánea* y luego, alguna de las mejores ideas de *Idearium español*) y que lo era de Unamuno: el 10 de mayo de 1900 el joven profesor de Salamanca había escrito una patética y larga epístola a Alas recriminándole que no hubiera atendido debidamente la novedad de sus *Tres ensayos*, recién aparecidos, y por cuenta de ellos le trazaba una impresionante autobiografía intelectual. ¡Alas reclamaba la comunión de literatura, intimidad y literatura y no se había dado cuenta de que eso es lo que ofrecían «Adentro», «La ideocracia» y «La fe», bajo un rótulo —el de «ensayos»— que el mismo Clarín había adoptado ya antes!

Pero es que, a menudo, hay en nuestro autor sorderas irritantes. En vez de señalar que esa literatura impregnada de ideas se estaba dando ya en Pío Baroja (*Vidas sombrías*), o en Unamuno, las «Cartas a Hamlet» se embarcan en una significativa pero pobre refutación del positivismo («que tiene el inconveniente de que se enamoran de él casi todos los boticarios y médicos de partido, y la multitud de los aficionados que filosofan como los comisionistas, de sobremesa») y, a la par, en una sistemática exhibición de recelo y cominería hacia todo lo contemporáneo: no le gustan los sistemas fijos y absolutos como los profesados por hegelianos y spencerianos, pero tampoco le parece serio que Ferdinand Brunetiere haya proclamado la «banqueroute du naturalisme» sin consultar a los interesados, ni que Cesare Lombroso nos tenga a todos por desequilibrados (Pardo Bazán se lo tomó más en serio en las páginas de *La nueva cuestión palpitante*), ni que Max Nordau se haya «hecho célebre por decir que todo es mentira», mientras opina de Nietzsche que es responsable de «un sistema (?) de repugnante aristocracia intelectual», vulgarizado de tal modo que «poco faltó para que anduviera por las cajas de cerillas».

Pero no nos irriteemos demasiado con el escritor. Cuando su siglo estaba ya haciéndose «siglo pasado», Clarín y algunos otros sentían la vanidad de sus cien años de polémicas y conquistas. Y añoraban la sencillez. Cuando escribe «Roma y Rama», contraponiendo en la misma reseña la última obra de Zola (uno de sus *Evangelios*) con una reciente edición del *Ramayana*, hay algo más que el prurito de hacer un juego de palabras y, con su pretexto, un juego intelectual. Alas contrapone la vitalidad de la venerable reliquia sánscrita y el pesimismo intelectual que transpira la última entrega del narrador francés: «Así que comparad a *Roma* y *Ayodhya*; *Roma* (la de Zola) es la triste grandeza de un pecador irrevocablemente condenado, insuficiente ya: una forma que subsiste a su «ánima», la tristísima ruina de una maquinaria ya inútil por lo imperfecta, una escoria de la 'evolución' (...) *Ayodhya* es luz, alegría, grandeza, sin la angustia del tiempo, del cambio, del ayer inútil, del hoy que se inutiliza, del mañana incierto».

Eso —«el hoy que se inutiliza»— le dolía a Clarín: males de fin de siglo... Con muy prudente acuerdo, José Luis García Martín ha completado la edición de *Siglo pasado* con algunos artículos que concuerdan muy bien con los que el autor incluyó en su libro póstumo. Vale la pena releer «De fuera» (1900) que completa el panorama de actualidad internacional esbozado en las «Cartas a Hamlet», porque allí se habla de la recepción de la novela *Quo vadis?*, pronto adoptada por los católicos más re-



Cubierta de la primera edición (Madrid, 1901).

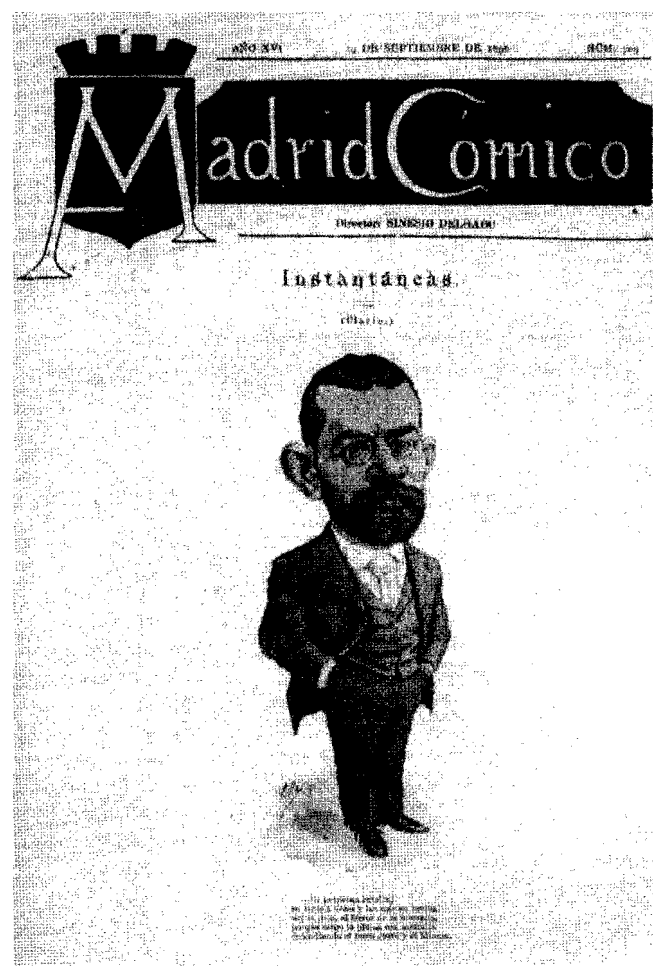
accionarios, de la muerte de Eça de Queiroz y de *Le rire*, a la sazón el más reciente libro de Henri Bergson. Y subrayar en «Lecturas» (1893) la triple reseña de *Toda la lira* de Víctor Hugo, del cuarto volumen de la *Historia del pueblo de Israel* de Ernest Renan y de la novela *El doctor Pascal*, última entrega de la serie de los Rougon-Macquart, de Zola. Tres libros muy distintos, obras tardías todos, pero que encierran la herencia del siglo XIX y por eso «son partes de nosotros mismos». Y esa herencia no es otra que el «idealismo»: Hugo es idealista a fuerza de romántico; Renan porque es un soñador a despecho del positivismo científico de su método; Zola porque, pese a todo, es profundamente artista.

¿«El primer literato español de su siglo»?

En 1898 Alejandro Lerroux presentó a José Martínez Ruiz y a Leopoldo Alas en la madrileña redacción de *El Progreso*. Lo contó enseguida en su libro *Soledades* que, por cierto, está dedicado al maestro de Oviedo, y consignó como conclusión: «Clarín es sencillamente esto: el primer literato español de su siglo. Que se cite quien le aventaje, que se cite quien haya hecho lo que él en la crítica, en la novela, en el teatro, en la filosofía, en el derecho». Poco después, en el librito *Buscapiés*, el joven Martínez Ruiz publicó el retrato «El misticismo de Ureña. (Boceto de un estudio)» —que luego reproduciría en *Charivari*—, donde el tono admirativo no empuja una consideración de las debilidades «espiritualistas» del maestro, las mismas que subrayaba Pardo Bazán en un trabajo que García Martín aduce oportunamente en su prólogo. Quizá una contrafigura de Clarín sea el maestro Yuste de *La voluntad*, el primer gran relato azoriano, y aquella muerte del sabio que hizo profesión de su idealismo absoluto y negativo —como un antecesor del Abel Martín machadiano—, mientras llegaban de la calle los cánticos de una procesión religiosa, sea un epitafio, el mejor epitafio, de la pasión y vida de Leopoldo Alas.



Caricatura del escritor original de Paulino Vicente (hijo).

Caricatura de Clarín en la portada de un número de *Madrid Cómico*, popular semanario, en el que colaboró asiduamente.

Aquí, pese a las esporádicas insidias de Ruiz Contreras o de Bonafoux, nadie escribió un *Contra Clarín* que marcara el inicio de la nueva crítica: algo parecido al *Contre Sainte-Beuve* con que Proust estrenó un nuevo modo de ver la relación de la literatura y la vida.

¿Sustentáramos hoy —como se ha hecho más arriba— esa primacía de Clarín sobre los escritores de su siglo? Más simpático y hasta universal resulta Galdós, a quien le falta, no obstante, la densidad intelectual de Alas; más erudito y fascinante viene a ser Valera, a quien, sin embargo, le sobra cierta cazurrería de fondo y adolece de capacidad de compromiso intelectual y afectivo; la tiene Pardo Bazán, además de intuición certera, pero la frustran su vanidad y cierto fondo pragmático y avulgarado. Pero quizá estos cuatro escritores, más el portugués Eça de Queiroz y el catalán Joan Maragall eran, a la altura de 1890, lo más vivo y admirable de la gente de letras peninsular (a ellos se añadiría muy pronto Unamuno).

Debemos agradecer la oportuna reedición de este texto clariniano. Su editor, José Luis García Martín, profesor de la Universidad de Oviedo, es conocido sobre todo como antólogo de la nueva poesía, autor de unos interesantes diarios personales y crítico de versos: no deja de parecerse, en cierto modo, a quien hace cien años le antecedió en las aulas ovetenses. La repercusión de esas antologías, críticas y diarios ha oscurecido su

obra poética que es algo más que notable: producto de una experiencia de cultura, de desdoblamiento muy literarios, de soledad y sensibilidad (también esto puede recordar el desvío de los envidiosos plumíferos de su tiempo por la *Teresa clariniana*).

Pero, al lado de esa dedicación a la práctica literaria reciente, la editorial Llibros del Peixe —que dirige García Martín— viene publicando interesantes contribuciones al mejor conocimiento de la literatura de nuestro siglo: con prólogo del director, se han editado dos tomos de las memorias del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, *La miseria de Madrid* y *En plena bohemia*, y unas *Entrevistas literarias* de Alfonso Camín, muy ricas en noticias curiosas. No tiene, por tanto, mala compañía esta reedición de *Siglo pasado*. El lector puntilloso pensará, sin embargo, que hubiera valido la pena revisar el texto y no ser tan fiel a los desastres tipográficos de fin de siglo: esa expresión «horios Romanos» seguramente oculta el griego «hagios Romanos» (pág. 58); «videor meliora, proboque, deteriore sequor» acumula dos errores en la transcripción del famoso verso ovidiano (que dice «video» y «deteriora», plural del neutro) (pág. 107); la extraña expresión «normalieris» en la página 139 debe decir «normaliens», o sea ex-alumnos de la École Normale Supérieure; *Also Sprach Zarathustra* pone en inglés el adverbio con que comienza el título nietzscheano (pág. 183), etc. □

RESUMEN

Cuando todavía resuena el centenario de La Regenta, la gran novela de Leopoldo Alas «Clarín», y a las puertas, el año próximo, del centenario de la muerte del escritor asturiano (lo que sería una buena ocasión, piensa José-Carlos Mainer, de rescatar el perfil íntegro del intelectual), el comentarista se ocupa de un li-

bro póstumo de Clarín, oportunamente reeditado ahora, y que permite volver a pensar en y con quien es, en su opinión, la figura intelectual más conmovedora y atractiva de la segunda mitad del XIX español, ese «siglo pasado» como tituló Leopoldo Alas su último libro.

Leopoldo Alas «Clarín»

Siglo pasado

Ed. de José Luis García Martín, Llibros del Peixe, Gijón, 1999. 217 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-89985-32-4.

El contrato social

Por Miguel Artola

Miguel Artola (San Sebastián, 1923) es catedrático emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Nacional de Historia 1992, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, académico numerario de Historia y ha sido presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse *Los orígenes de la España contemporánea*, *Antiguo régimen y revolución liberal* y *La monarquía de España*.

El cristianismo encuentra en el pecado original («ratione peccati») la justificación de la obediencia a un poder personal, cuya legitimación se basa en su origen divino, «por la gracia de Dios». Tomó de los romanos el respeto de la propiedad privada, que se descubre en la incapacidad del poder para crear contribuciones sin el consentimiento, incluso temporales como los «donativos» o «servicios» que requerían la negociación con las Cortes. La confiscación de bienes sólo se aplicaba como pena del delito de traición. El interés por reducir los límites del poder personal se manifestó de distintas formas durante la Edad Media. La Iglesia invocó la ley divina, más eficaz a la hora de conseguir privilegios que a la de regular el ejercicio del poder real; los nobles mediante el control del Consejo Privado para influir la voluntad del rey, cuya decisión no podían evitar. Las ciudades mediante la supremacía de la ley hecha con su consentimiento, de forma que no pudiera ser enmendada ni derogada sin su participación. Ninguno de los actores pudo prolongar a la Corona más allá de cierto tiempo y la limitación del poder quedó reservada para los discursos políticos, de donde la toman los que estudian historia en los libros. Ningún autor medieval pudo superar la contradicción entre el origen divino del poder y su limitación, ni siquiera Bodino, que, después de identificar el poder real con la soberanía, quería buscarle límites.

La conceptualización de la doctrina jurisdiccional dio lugar en Inglaterra a un cuerpo de Derecho común («Common law»), en tanto en el continente la recepción del Derecho romano proporcionó la base para la conceptualización de un «derecho natural», común a todas las criaturas («iusnaturalismo»). Aunque distintos en contenido, tanto uno como otro ofrecían la posibilidad de limitar la voluntad del poder, al aplicar, en materia civil, normas inspiradas en la jurisprudencia o la ley romana, en tanto la Corona se reservó la creación de derecho público, en primer término el mantenimiento del orden público. La intolerancia religiosa contribuyó a hacer mayor el poder real, al reconocerle la capacidad de establecer una religión oficial, único medio de asegurar la unidad religiosa, el único punto en que coincidían católicos y protestantes. Los disidentes no tenían más derecho que el de emigrar, fenómeno que comenzó con la expulsión de los judíos de la Monarquía de España y continuó hasta la de los hugonotes franceses.

El conflicto religioso y la posibilidad de que un príncipe restableciese nuevamente el catolicismo en Inglaterra condujo a la invención de fórmulas políticas inéditas, que coincidían en la existencia, expresa o tácita, de un pacto o contrato originario, que era el fundamento del sistema político y del ejercicio del poder. A partir del contrato, Hobbes reconstruyó la unidad del poder en la Corona en tanto la mayoría de los autores compartieron la idea de la división de poderes. Ningún autor intentó, seriamente, aportar testimonios históricos del contrato, que determinó el paso del «estado de naturaleza» al «estado civil». En el siglo XVII, Althusius y Pufendorf coincidieron en la necesidad de dos contratos sucesivos: el «pactum unionis» para constituir la sociedad y el «pactum subjectionis», para



JUAN RAMÓN ALONSO

crear un poder personal. Sus sucesores se ahorraron las dificultades que planteaba la existencia de una sociedad sin poder, al concebir que un único contrato había producido ambos efectos. La responsabilidad del rey con Dios había legitimado el poder personal, en tanto la obligación contraída con el pueblo dependía de un importante desarrollo constitucional. Dado que nuestro interés se limita a la existencia del contrato social, dejamos aquí el discurso para dar un salto atrás.

El descubrimiento de hombres anteriores a la historia, llamó la atención sobre la posibilidad de comprobar la tesis del contrato social, aunque los autores buscaban más la confirmación de sus propias ideas que el conocimiento del pasado. Los organicistas, Spencer, H. S. Maine, contemplan el contrato como el resultado de relaciones sociales espontáneas en lugar de una manifestación de la voluntad y la antropología evolucionista de Morgan que, a través de Engels (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1884) influyó sobre el materialismo histórico. La utilización de la prehistoria en apoyo de la doctrina no es nuestra intención aunque no es seguro que la historia de los milenios anteriores a la escritura, que nos ofrecen la prehistoria y la arqueología, no estén por completo exentas de cierto «parti pris».

Uno de los primeros volúmenes publicados de la *Historia universal* que edita Blackwell es el de Peter Bogucki, arqueólogo y profesor en Princeton, dedicado a los *Orígenes de la sociedad humana*. Como es habitual, la síntesis ha estado precedida por trabajos especializados, que completa con una bibliografía en la que son excepción los libros que cuen-

tan más de diez años y son abundantes los que tienen menos de cinco. Cabe destacar por su interés dos tomas de posición. Las dos son el reconocimiento de los límites de la disciplina que cultiva. La primera dice: «la prehistoria es el estudio de procesos, no el de acontecimientos» y la segunda condena los esfuerzos de quienes quieren asociar a los pueblos históricos con la humanidad prehistórica: «una de las caricaturas residuales de los prehistoriadores europeos en la comunidad arqueológica global». La presentación de la materia ofrece por separado los capítulos de la construcción histórica y la descripción de lo que descubren las fuentes arqueológicas, de forma que el lector puede comprobar la lógica de las conclusiones. En 400 páginas de texto recorre los 2,5 millones de años, la parte no escrita del 99,9 % de la historia del género «homo».

El género «homo», que apareció en el E. de África hace 2,5 millones de años, es el resultado de una doble especialización, que dio lugar a la aparición de individuos, que se caracterizan por un poderoso aparato dental —mayores dientes y músculos más fuertes— y un cerebro de mayor volumen, que los anteriores. Se han identificado cuatro especies, de las que el «homo erectus» corresponde al período que va de los 1,6 millones de años a los 200.000. Originario del E. de África, se encuentra poco después en el Oriente próximo, de donde se extendió por Asia e Indonesia, antes de penetrar en Europa, donde aparecieron hace 500.000 años y que los descubrimientos de Atapuerca retrasan hasta los 780.000. Los «Neanderthals» constituyen un tipo especial caracterizado por una sólida estructura y una fuerza superior a la del hombre

de nuestros días, con un cerebro proporcionado a su tamaño y un desarrollo semejante al nuestro. Localizado en Europa y Oriente Próximo se discute si su aparición se produjo 100.000 años atrás o más del doble y su extinción se produjo en los 30.000. La aparición en el mismo solar africano del hombre anatómicamente moderno tuvo lugar hace 100.000 años y la difusión de una especie humana más evolucionada, sin posibilidad de hibridación con las anteriores, explicaría que, a partir de los últimos 30.000 años, sólo exista una, el «homo sapiens sapiens» que colonizó el mundo durante la última época glacial (35.000-10.000).

Los huesos fósiles han permitido construir la filogenia de la especie humana, de la que hemos ofrecido las noticias imprescindibles para el relato, en tanto las piedras, manipuladas para mejorar su utilidad, constituyen el primer elemento cultural. Las herramientas más antiguas, 2,6 millones de años, proceden del valle de Olduvai y entre 1,5 y 1,7 millones de años apareció la talla bifacial, en hachas de mano conocidas como «achelenses», técnica que se mantuvo hasta hace 100.000 años y se conoce por el nombre del lugar en que se encontraron en Francia. El uso del fuego no puede llevarse más allá de los 400.000 años sin provocar el debate. El consumo de carne, caza pero también carroña, se aprecia en los huesos de distintas especies animales, en tanto el de las plantas no ha dejado rastro que permita identificar su presencia en la dieta. Los restos que dejaron descubren la ocupación ocasional de cuevas y campamentos al abrigo de las rocas. La caza se acredita en los campamentos de los Neanderthal y cuando la abundancia permitió la selección de las piezas, p. ej. renos, se descubre la preferencia por los adultos jóvenes. Corresponde a los Neanderthal unas cuantas primicias históricas: la utilización del hogar que implica un conocimiento de los efectos sociales de una localización determinada para el fuego en la banda, la práctica de enterrar a los muertos y ciertas novedades en la fabricación de herramientas.

El aspecto que interesa al autor es el de la «organización social», cuya primera dificultad se encuentra en la insuficiencia de los restos fósiles para datar la aparición del lenguaje, distinta y posterior a la emisión de sonidos, que pudo comenzar entre 100 y 50.000 años atrás. La integración sociocultural de las primeras sociedades humanas responden a lo que los antropólogos identifican como «bandas», agrupaciones de homínidos a las que era fácil sumarse y tenían por tanto una composición cambiante: «grupos de individuos cuya vinculación puede definirse de modos muy diferentes». No se establecieron en lugares determinados y el regreso a uno, ocupado anteriormente, no excluye la estancia de otras bandas en el intermedio. No tenían oportunidad para almacenar alimentos o guardar bienes materiales. El consumo era inmediato a la adquisición y todos participaban en él, en virtud de lo que Burton Jones describe como «robo tolerado», situación que Bogucki compara con la de un primate superior social que utiliza herramientas. Desde nuestra perspectiva podríamos identificarlo con el estado de naturaleza, más cercano a la armonía imaginada por Locke que a la guerra de todos contra todos descrita por Hobbes. En todo caso sin la presencia de un poder.

La retirada de los hielos que comenzó hace 16.000 años había concluido para los 10.000. Efectos geográficos inmediatos fueron la sustitución de la tundra por el bosque y la sucesión de las estaciones a lo largo del año, en tanto la respuesta de las sociedades humanas se ajustó a las circunstancias de cada lugar. El cambio más importante fue el abandono de los desplazamientos de las bandas en favor de un establecimiento mantenido durante generaciones,



Viene de la página anterior



fenómeno que se explica por la abundancia de plantas y animales. El aprovechamiento de una flora y una fauna más diversificada y la utilización del perro para la caza fueron determinantes a la hora de fijar la población en aglomeraciones y la construcción de viviendas: «protohogares» según Bogucki, que no los distingue de modo preciso de los «hogares», en tanto afirma sin mayor explicación que estaban ocupados por familias. Las construcciones circulares de piedra cubiertas por techos de madera y un hogar en el centro que aparecen en el Próximo Oriente hace 13.000 años (período natufiano) serían las más antiguas manifestaciones del asentamiento estable.

La introducción en la década de los ochenta del espectrómetro acelerador de masas, capaz de datar restos de menos de 5 mlgs. —el peso de muchas semillas y de los huesos animales más pequeños— ha permitido la diferenciación entre especies salvajes y domésticas, y descubrir que las semillas salvajes eran más pequeñas y los animales más grandes. La primitiva domesticación se produjo en diferentes lugares, sin relación entre sí —Oriente Próximo, Asia oriental, Meso y Norte América— de donde se difundió al resto del mundo. Los primeros agricultores aparecieron en lo que Bar-Yosef y Belfer-Cohen denominaron «corredor levantino», una zona húmeda en el valle bajo del Jordán, de 40 kms. de ancho por 100 de largo, con numerosos lagos y saltos de agua y un alto nivel freático. Los primeros agricultores conocidos por su cerámica —«Pre-Pottery Neolithic A» (PPNA)— cultivaban trigo y cebada hace 10.000 años y en un plazo de tres siglos substituyeron las especies salvajes por las domésticas. Tell es Sultán, la bíblica Jericó, y Netiv Hagdad son los establecimientos más antiguos conocidos en tanto Tell Abu Hureyra, en el Eúfrates, practicaba en los 6.000 una explotación mixta, agrícola y ganadera. La introducción de la agricultura en Europa comenzó por entonces en Grecia y el paso de los primeros cultivos a la agricultura sedentaria exigió un milenio en España.

Una datación más precisa ha invertido la imagen histórica del desarrollo histórico, que atribuía a la agricultura, los cambios que hoy se consideran anteriores. El abandono de la movilidad de la banda puede explicarse por que la abundancia de plantas y animales, en tanto la composición familiar de los miembros de un hogar es una hipótesis poco convincente. Supone que en el momento del asentamiento existían vínculos familiares, cuando no había razón ninguna para que conociesen la paternidad. El tiempo que pasa entre la cópula y el nacimiento o, al menos, con los signos externos del embarazo, es demasiado largo para identificar al genitor, dificultad que aumenta con la previsible promiscuidad de las bandas. En tanto la maternidad es patente, la paternidad es, cuando más, presumible, la relación entre hogar y familia sólo pudo basarse en el vínculo materno y es más previsible que la familia fuese un producto de la ocupación de la misma vivienda. Sólo así parece aceptable la conclusión de Bogucki: «La emergencia de la agricultura sólo se explica cuando pequeños grupos, organizados de acuerdo con vínculos de parentesco, constituyeron las primitivas unidades de producción». El origen de la familia estaría en la co-residencia y habría sido un fenómeno social antes que biológico.

El tránsito a la agricultura se ha explicado por toda clase de motivos, que Barbara Stark (1986) clasificó en tres tipos: los modelos que lo atribuyen a un cambio que obliga a mejorar el abastecimiento, «push models» que introducen como causas el sedentarismo, la diversificación de recursos y/o el aumento de población, cambios que la arqueología permite constatar. Los «pull models», con menor éxito entre los arqueólogos, incluyen hipótesis más difíciles de probar, lo que explicó su escaso éxito. La especialización del consumo de plan-

tas salvajes habría obligado a cultivarlas para satisfacer las necesidades de la nueva dieta. Los modelos sociales, como el de Hayden que ve en la fiesta y en la competencia por superarla un incentivo tanto o más convincente que los anteriores, es un ejemplo inequívoco. El paso a la agricultura, como el que se dio en la industria recientemente, son fenómenos con dos caras: unos inventaron la agricultura y las máquinas, hicieron la revolución agrícola e industrial, en tanto otros recibieron las nuevas técnicas. La cronología se resiente por la confusión de ambos fenómenos y por la larga convivencia de agricultores y recolectores. Los efectos de la agricultura fueron decisivos para la organización social. Ofrecía mayores posibilidades para el trabajo de la mujer, aunque sus efectos fuesen lesivos para el género a la vista de los estudios osteológicos de Larsen (1984) que, después de examinar 269 esqueletos de recolectores y 342 de una comunidad mixta, encontró que, en tanto los hombres no acusaban el tránsito, las mujeres habían sufrido una reducción en el tamaño de los dientes, en el número de piezas que conservaban además de la reducción del esqueleto y el cráneo.

La diferenciación social, uno de los temas preferidos por la investigación en los 60, nos acerca a la comprobación del tránsito del estado de naturaleza a la sociedad civil. Las bandas del Pleistoceno están más cerca de Locke que de Hobbes en lo que se refiere a las relaciones interindividuales y el «robo tolerado» aparece como lo contrario de la lucha de todos contra todos, pero no ofrecen ninguna base para postular la existencia de derechos naturales, en particular la propiedad individual. El sedentarismo y el tamaño de las construcciones son los primeros indicadores de un cambio, que culmina con la invención de la agricultura. Las dimensiones de las primeras permitieron distinguir dos tipos. Las viviendas, menores de 50 mts.² de los natufianos dieron paso a las excavadas en Tell Abada en el período Halaf, que tienen entre 70 y 240 mts.², con habitaciones en torno a un patio; y las grandes superficies como el «edificio A» de Tell Abada, el «templo» de Eridu, etc., acerca de cuyo uso no existe acuerdo y ni siquiera se puede decidir su uso público o privado. La revolución de los «segundos productos» descrita por Sherratt en 1981 aumentó las posibilidades de diferenciación social con la disposición de los productos renovables de los animales vivos: leche, lana y tracción animal, que los agricultores neolíticos practicaron desde el 4º milenio a.C. (dibujo pág. 228).

Clark y Blake (1994) crearon el concepto de «sociedades transigualitarias», aquellas en las que la participación individual en el consumo colectivo había sido substituida por la competición y consiguiente diferenciación, sin llegar al punto en que aparece la estratificación política. Bogucki propone ampliar la atención prestada a la producción y el cambio para incluir la toma de decisiones en condiciones de riesgo e incertidumbre: dedicar parte de los granos a simiente, el uso de la tierra y el empleo del trabajo, los posibles cambios en la co-residencia y la actividad cooperativa. Al considerar el hogar como la unidad de decisión para estos asuntos, plantea el problema de la aparición de la propiedad privada, el trabajo y la sucesión parental. Tringham y Krstic (1990) definen el hogar como «el grupo doméstico de co-residentes basados en el parentesco». Bogucki encuentra en el hogar el origen de las estrategias de acumulación con vistas a la transmisión a la siguiente generación, de las diferentes condiciones de vida, de las relaciones sociales asimétricas y del liderazgo. La unión de los hogares dio lugar a las aldeas («hamlets»), que no muestran un nivel superior de desarrollo hasta tanto no aparecen en ellas espacios públicos y edificios singulares. La asociación de ciertos hogares para competir con el resto («factions»), definidos por Brum-



JUAN RAMÓN ALONSO

fiel (1994) como «grupos semejantes desde un punto de vista estructural y funcional, que en virtud de su semejanza compiten por los recursos y las posiciones de poder y prestigio», es el terreno para el desarrollo del liderazgo, que Spencer (1994) considera consolidado cuando uno controla los contactos de la comunidad con el exterior, aunque aún no se habría llegado al punto de la transmisión hereditaria de la posición social.

La consideración de la «desigualdad» como «jerarquía» habría contribuido a confundir las realidades sociales y políticas, al considerar como «chiefdom», un término intraducible, las sociedades que habían dejado de ser igualitarias sin alcanzar la identidad del estado. Crumley (1975-1995) introdujo el concepto de «heterarquía» para describir «las relaciones mutuas entre individuos cuando éstos no están ordenados o pueden ser ordenados de diferentes modos», en otras palabras de cualquier relación social que no sea piramidal. Bogucki considera la heterarquía como «la condición endémica de las sociedades transigualitarias» y considera que no existen testimonios suficientes para suponer la existencia en el Neolítico e incluso en la edad del Bronce de un orden social hereditario y una autoridad centralizada. Un paso más, en la evolución de la sociedad, habría sido la formalización de las diferencias hereditarias en el acceso al status, la riqueza y el poder, que habría consolidado la diferenciación social entre «élites» y el común («comonners»).

La teoría neoevolucionista de los 60 contemplaba una evolución progresiva que, a partir de las bandas, conducía a una forma de gobierno personal «chiefdom» para la que no encontramos correspondencia. Service, inspirado por sus investigaciones en Polinesia, lo confundió con la distribución de recursos, en tanto la depuración de sus elementos ha conducido a considerarlo como «la unidad política en la que la autonomía local se pone en manos de una autoridad central», en virtud de alguna circunstancia especial que se atribuye al titular del poder.

Luego de constatar la falta de consenso entre los arqueólogos a la hora de explicar la aparición del poder, que unos derivan del mando en la guerra, otros lo atribuyen a un discurso ideológico y finalmente están los que contemplan la extensión del poder económico a la política, Bogucki concluye:

«Aquí la ideología inspira el cuadro, porque si el control era únicamente económico

habría habido muchas ocasiones para que hogares individuales abandonasen el sistema. Después de todo eran todavía autosuficientes y tenían capacidad para sobrevivir. Ideología y religión, en manos de la elite podían ofrecer una función legitimadora para establecer un derecho de una generación a la siguiente... Es obvio que «la población común tenía que aceptar su deuda para desprenderse a perpetuidad de su autonomía en favor de la elite» y la fuerza más poderosa en una sociedad transigualitaria sería el control y manipulación del sistema de creencias sobrenaturales».

La presencia del consentimiento es una observación relevante desde la perspectiva del contrato social, aunque la preferencia por los medios espirituales no encuentra ningún apoyo en el texto. El paso del estado de naturaleza, la sociedad desigual que nos describe la arqueología, a la sociedad civil, que sería el «chiefdom», el discurso se reduce a la opinión más simple de las que ofrecieron los contractualistas, el «pacto de enajenación» por el que el pueblo habría cedido su poder original en favor del rey, cesión ilimitada y por tanto sin lugar para resistirse a la opresión y para el ejercicio de los derechos naturales y por consiguiente para la división de poderes. A partir de este punto, cesa la especulación y volvemos al problema más concreto de la aparición del estado en ciertas latitudes en tanto continúan los «chiefdoms» en el resto del mundo. Para evitar las connotaciones políticas, hablaban de «civilizaciones», definidas por Gordon Childe en los 50 de forma que permitían la descripción: establecimientos permanentes en densas agrupaciones, aparición de trabajadores especializados a los que se dispensaba del trabajo agrícola, alguna forma de fiscalidad y acumulación de riqueza, edificios monumentales, una clase gobernante, etc. La fórmula ha sido abandonada, a pesar de los esfuerzos por limitarse a una definición orgánica sobre la base de la ciudad y el sentimiento de identidad. La primera ha acabado por arruinar el concepto de ciudad, en tanto la segunda, definida por Brumfiel mezcla «poder, complejidad, jerarquías institucionalizadas para tomar decisiones públicas y mantener el control. Creadas para mantener las relaciones de producción en sociedades estratificadas y para mediar en los conflictos entre diversos grupos de interés», que no parece vaya a tener más éxito que las anteriores. Para identificar el Estado es necesario adentrarse en lo que Bogucki denomina «arqueología de la alfabetización», en otras palabras la aparición de la escritura, uno de cuyos restos más antiguos es la lista de los títulos y profesiones, conforme al status de cada uno, encontradas en Sumaria, pero esto ya es historia.

El comentario anterior no puede considerarse como crítica de un libro, es una lectura sesgada que sólo se explica por la sugerencia que el título ofrece. He de confesar que el interés de su contenido facilita la tarea y que el tiempo dedicado encuentra una recompensa generosa. Buscar en sus páginas respuesta a una pregunta imaginaria no podía llevarnos más allá, pero tampoco lo esperábamos. Otros muchos encontrarán mayor utilidad que este divertimento. □

RESUMEN

La existencia de un contrato originario para constituir la sociedad y el poder político sirvió tanto para justificar el poder absoluto como el liberalismo (derechos del hombre y división de poderes). El libro de Peter Bogucki, que analiza Miguel Artola, ofrece un recorrido,

interesante y actualizado, de la evolución de la sociedad prehistórica e ilustra las dificultades que encuentra el tránsito del estado de naturaleza a la sociedad civil. Al margen de esta curiosidad concreta, la obra presenta una fascinante historia del tiempo anterior a la escritura.

Peter Bogucki

The Origins of Human Society

Blackwell Publishers Inc., Oxford, 1999. 475 páginas. ISBN: 1-55786-349-0.

Madrid, metrópoli emergente del siglo XXI

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927), arquitecto, es catedrático emérito de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Su trabajo profesional como arquitecto desde 1957 lo comparte con una dilatada actividad internacional en la enseñanza y crítica de la Arquitectura. Entre sus últimos libros pueden citarse *De varia restauracione* y *Domus Aurea*, diálogos en la casa de Virgilio. Destacan entre sus últimas obras de arquitectura la *Escuela Politécnica para la Universidad de Alcalá* y el *Centro de Investigaciones Biológicas para el CSIC en la Complutense de Madrid*.

La Gerencia Municipal de Madrid acaba de publicar un detallado trabajo de investigación sobre la transformación que ha experimentado la ciudad durante la gestión de los diferentes ayuntamientos democráticos que se han sucedido en las décadas de 1979-1999, estudio sin duda excelente y riguroso dirigido por el profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid Ramón López de Lucio y diferentes colaboradores en cada uno de los apartados específicos. Una publicación de 425 páginas en gran formato y con documentación gráfica en parte inédita donde pueden localizarse a escala metropolitana las grandes transformaciones que ha experimentado la capital del Estado.

Se hacía necesario un inventario que de alguna manera recogiera las transformaciones evidentes durante este breve período democrático realizadas en la ciudad de Madrid y evaluar sus desviaciones y conquistas, vertebrar las situaciones críticas heredadas y su influencia en la actual concepción metropolitana y de aquellos apartados del período anterior que bajo los presupuestos teórico-prácticos del «desarrollismo», han influido en el deterioro de su espacialidad física, destrucción del patrimonio de la historia junto a la violenta fragmentación de la calidad urbana, y qué fortuna ha recorrido el ámbito de lo urbano ante la aplicación de los principios democráticos sobre la ciudad.

Transformación social

El trabajo se inicia con un prólogo del profesor Fernando de Terán donde nos recuerda las desviaciones sufridas por el desarrollo cuantitativo de la población con las consecuencias de sus efectos negativos, sobre todo cuando la inversión pública es escasa, y las mejoras ambiental y funcional que experimenta el tejido urbano, cuando aparecen las políticas de gestión del espacio público en períodos de gestión democrática. La explicación aducida en el prólogo es según el profesor Terán que «en Madrid, la orientación preferente de la transformación ha tenido un carácter mucho más eminentemente social, de atención a carencias inmediatas, y que por ello, una gran parte de la considerable mejora de la ciudad está falta de interés visual y de manifestación espectacular»; hecho que resulta evidente en el recorrido de algunos itinerarios aleatorios por la ciudad, pues no han sido muy abundantes las preocupaciones por una estética de calidad urbana dentro de la trayectoria de la ciudad y son escasas las atenciones prestadas en Madrid a los aspectos visuales de carácter estético, entendidas en un sentido más amplio que el anecdótico que se suscita a veces, intentando suplir estas deficiencias tradicionales con la incorporación de edificios en inestable gravedad o la orientación de la estatuaría pública realmente incomprensible en una metrópoli como la madrileña.



Propuestas de actuación residencial de la Oficina Municipal del Plan (1982).

Se trata por tanto de una publicación como concluye el prólogo, de una «cartografía original de la transformación», referida a la espectacular ampliación de las redes de energía, al notable aumento de los parques urbanos y espacios libres, a la profusa proliferación de nuevos espacios residenciales, al contundente aumento del equipamiento, al importante desarrollo de las redes de transporte.

El desarrollo del sumario viene a avalar esta valoración del profesor Terán, en sus diferentes apartados. Así queda de manifiesto en los análisis de las transformaciones económico-sociales de la socióloga y economista Isabel Botero y Carmen Dior, el estudio de las redes de energía y telecomunicación de la geógrafa Carmen Gavira, la radiografía sobre los transportes que analiza el arquitecto Javier Ruiz, el reequipamiento de la ciudad en un largo inventario desde el educativo al cultural y deportivo por las sociólogas María Medina y Carmen Moreno; equipo amplio dirigido por el arquitecto Ramón López de Lucio, que ha realizado durante unos años esta investigación del período democrático en Madrid, rigurosa en el método, ejemplar en la forma y de obligada consulta para entender el acontecer urbano y metropolitano de Madrid en las últimas décadas del siglo pasado.

Cartografía de la transformación

La lectura aproximada a un trabajo tan minucioso ofrece sin duda una reflexión crítica, si se quiere genérica, pero que subyace, a mi juicio, en una interpretación de los datos que de forma tan minuciosa nos ofrece el libro en esta cartografía de la transformación de la ciudad.

Los problemas analizados, como constata la publicación, de una ciudad como Madrid tienen un origen más remoto y en parte están vinculados a su proceso evolutivo. Madrid surge en torno a una pequeña Villa, a la que se le asigna la función de ser capital del Estado, este pequeño reducto se transforma con el tiempo en un municipio de 606 km², uno de los más extensos del país. Madrid ha experimentado en su transformación el salto elocuente de ser una pequeña Villa capitalina a metrópoli emergente sin haberse consolidado durante sus épocas históricas como ciudad. Este salto no sólo conceptual ha dejado grandes vacíos en el transcurrir de la ciudad en sus fases burguesa e industrial, que ahora, en el desarrollo metropolitano ofrece indudables fisuras, que a veces



Torre de Comunicaciones de RTVE, junto a la M-30.

se intercambian con las nuevas estructuras que surgen del actual desarrollo metropolitano, transformación radical por otra parte en una ciudad que apenas pudo asimilar los preludios innovadores de la modernidad urbanística en la década de los 30 en el pasado siglo.

En la actual metrópoli madrileña aparecen los fenómenos de «descomposición» y «repetición» como en la mirada de Simmel lo eran para la ciudad de principios del XX, dos órdenes simultáneos que siguen actuando como leyes que rigen la génesis productiva de sus espacios urbanos y metropolitanos. Madrid crece bajo la norma de una homotopía urbana mediante el montaje de elementos abstractos, redes, tramos de circulación y energías y una heterotopía arquitectónica con un collage de elementos figurativos.⁽¹⁾

Decepcionados por los desastres de una planificación urbanística de los períodos «desarrollistas» de los 60, mediatizada en gran parte por el lucro de la especulación inmobiliaria y áreas de apoyo al consumo, la nueva oferta que desde el poder político se solicita ya sea éste Municipal, Autonómico o del Estado, es la de recuperar la ciudad desde los soportes iconográficos que puede ofrecer el nuevo proyecto de la ciudad y sus correlatos arquitectónicos, respuestas que determinados arquitectos o diseñadores de lo urbano han hecho posible formalizando con rapidez y eficacia en «imágenes de moda», a ser posible con epidermis significativa que adulen la mirada oblicua de la postmodernidad. De manera muy explícita se han construido edificios en la década de los 80 que se acoplan como gestos de una «modernidad reciclada» en la estructura urbana, política coherente con una época donde la cultura arquitectónica atraviesa una crisis de legitimidad formal repleta de «operadores de la escena», que suelen cultivar estas imágenes con gran maestría publicitaria, bastante elocuente y quedan reflejados en las panorámicas aéreas del libro que comentamos.

Concepción neo-positivista de la ciudad

Madrid, entendida como desarrollo de

los factores metropolitanos, no se escapa a la concepción neo-positivista de la ciudad actual; tanto la arquitectura moderna como las propuestas de muchos urbanistas, han ido reduciendo la estructura de lo urbano (planificación y desarrollo), a las decisiones de los agentes económicos, y la morfología (arquitectura de la ciudad y espacios públicos), a la dependencia de los factores del mercado tecnológico y cultural, pares dialécticos que han roto ese universo de «relatividad general» en el que se encontraba inmerso el proceso de evolución de la primera ciudad industrial.

No resulta extraño, por tanto, encontrar en los bordes metropolitanos, en las periferias madrileñas como recoge el estudio del profesor López de Lucio, en los polígonos de los llamados «ensanches populares», acogidos fundamentalmente al desarrollo de la vivienda, los síntomas de una «planificación-collage», en ocasiones predeterminados por los flujos de tráfico, a veces implementando los residuos espaciales de la ciudad con unos artefactos de las tecnologías-caleidoscopio, en ocasiones acudiendo al viejo recurso señalado, de la manzana achaflanada como remedio superior de los múltiples archipiélagos del «bloque en doble cruja», que pueblan estos márgenes metropolitanos de una ciudad como Madrid. La planificación en clave racionalista permitió construir algunos ejemplos arquitectónicos abiertos a la vida de su tiempo; así aconteció en las décadas iniciales del siglo pasado. En los trabajos más recientes del sur y noreste madrileño, una arquitectura lineal y persuasiva en su iconografía reciclada se mezcla sin cadencias de discontinuidad con otra amalgama de edificios cuya planificación responde a las normas del mercado, en ocasiones recogiendo imágenes que ofrecen unas vulgares claves arquitectónicas con la colaboración de promotores oportunistas y epígonos de la clausura racionalista; «una mera mutación formal», como con acierto señalan algunos críticos en torno a la morfología de la última periferia madrileña.⁽²⁾

Para poder entender el acontecer de una metrópoli emergente como sucede en el Ma-



Viene de la página anterior



Vista aérea de la Avda. de la Ilustración.



Las Torres KIO en la Plaza de Castilla y el eje Castellana Norte.



Unidad Residencial en Moratalaz, conocida como «El Ruedo», original de F. J. Sáenz de Oiza.

dríd de finales del siglo pasado, no debemos olvidar que la producción del espacio, disponibilidad del suelo, las grandes inversiones en el suministro de redes de energía..., los realizan los procesos de acumulación del denominado «capital flexible», de manera especial en la década de los 90, y que esta modalidad capitalista no está preocupada por construir recintos de calidad espacial aceptable, su producción se orienta hacia la agrupación en parques, «paquetes espacio-temporales», supermercados, hiper, centros de ocio, intercambiadores de comunicación..., todas esa familia de objetos metropolitanos en cadena que organizan ese «policentrismo espacial» fragmentario y sin mayores nexos de intercomunicación ciudadana que las fugaces miradas en las áreas de aparcamiento.

Redes y recintos informacionales

La vieja y depauperada periferia madrileña de los 50-60 ha sido colonizada por estos espacios, auténticos «recintos informacionales» que dictan sus leyes propias de crecimientos y demanda de espacios, al margen en muchas ocasiones de las tímidas leyes reguladoras del poder político. Asistimos como espectadores pasivos a un salto morfológico en la ordenación, crecimiento y construcción de la ciudad sometida a las leyes del mercado que dictan y redactan su propia normativa, inmersa en los tramos de redes neurálgicas, servicios, comunicaciones, electricidad, agua, residuos..., redes que crean sin lugar a dudas plusvalías financieras que vienen a ser la sustancia que ordena los espacios de la ciudad, sus características de confort, calidad ambiental y en definitiva su infraestructura compositiva.

No resulta extraño que la última arquitectura madrileña, radiografía precisa de este período convulsivo de crecimiento, aparece en la publicación que comentamos en visiones aéreas, pues la arquitectura se ha convertido en un ejercicio de administración de la tecnología del espacio, de la producción de hiperespacios tecnológicos. Aproximándonos a estos recintos y urbanizaciones podemos comprender que el proyecto constructivo del edificio es, en realidad, un proceso de comunicación semántica en la metrópoli, de manera que el oficio del antiguo arquitecto como el del planificador se ha trastocado en ser un gestor «académico de la forma».

La secuencia gráfica de planos y fotografías que nos ofrece el libro nos remite a interpretar la ciudad de Madrid como un «archipiélago plástico», que margina la racionalidad planificatoria por la fuerza de las leyes del mercado, en una época en que la ciencia urbana no pasa precisamente por

unos períodos de acusada imaginación teórica. Así podemos contemplar tantos ejemplos en la constelación metropolitana madrileña (Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Aravaca, Moratalaz, Vallecas, Palomeras, Vicálvaro,...) y de tantos desarrollos residenciales aparecidos en los últimos años en ciudades españolas desde Sevilla a Santiago de Compostela, de Barcelona a Vitoria, secuencias de construcciones uniformes sin otra variación que los adjetivos formales que interponen los emblemas de la moda sobre el espacio. Arquitecturas escasas de razón, que congelan el espacio público y embalsaman en fichas de la normativa burocrática los lugares de la privacidad.⁽³⁾

La ciudad robotizada

A la inversa de la ciudad antigua, la ilusión contemporánea de la urbanización se manifiesta en una escenografía imaginaria sin apenas características simbólicas, construye sus espacios en una aparente espacialidad de demanda social, más distributiva que exclusiva, en la ciudad última no figura apenas la organización simbólica y social de los ciudadanos que en ella conviven. La autenticidad de lo falso como realidad habitable parece ser el axioma que engloba nuestro entorno, tendremos que aprender que en la abstracta metrópoli moderna, expresión manifiesta de la civilización del mercado, el imaginario colectivo está codificado por una memoria instantánea más virtual que real.

Este emergente modelo metropolitano en el que se inscribe la ciudad de Madrid (1979-1999) requiere necesariamente indagar otros territorios más conceptuales y sin duda utópicos, más próximos a los ideales que alberga el hombre metropolitano, que si son hijos de la necesidad, también, y en gran manera, lo son de los afectos y el sentimiento; unas propuestas estético-científicas, sin duda menos espectaculares que ciertos soportes «kitsch» que florecen en la ciudad de las arquitecturas aparentes, pero que hagan visible de manera crítica esa falacia asumida, según la cual legitimar el símbolo de la metrópoli moderna es tener que aceptar una cultura urbana alejada de la naturaleza, de lo sencillo y racional.

En el caso concreto de la metrópoli de Madrid, la ciudad recoge las características de destrucción que ofrece el modelo de metropolización internacional. Este modelo no permite construir una ciudad racional sino racionalizada, resulta difícil su administración, en su lugar se burocratiza, no acomete la relación social, se robotiza, no puede reproducir trama urbana, sino desequilibrio ecológico. Madrid no es una excepción, presenta una cadencia semejante a los países y lugares donde se asientan los preludios de

la civilización tecno-mercantil, monotonía espacial, degradación progresiva de servicios públicos, esterilidad cultural y, en definitiva, agotamiento político del proyecto de la ciencia urbana sobre la ciudad, pese al significativo esfuerzo y las grandes operaciones en infraestructuras y servicios llevados a cabo por la gestión democrática de la ciudad de Madrid. La arquitectura ya no es primordial hoy en el desarrollo heterogéneo de la ciudad y sus modelos se integran sin el menor rubor en la estética de la banalidad.

Pero tan inmerecidas pérdidas no deben acallar la respuesta que la gran ciudad ofrece, un cierto y latente optimismo de lo metropolitano debe abrazarse contra la mediocre imaginación del especulador y la chata rutina en ocasiones de la burocracia política, ensalzando el poder civilizatorio que de la nueva metrópoli emana; el lugar del hombre en la ciudad, sus sensaciones, relaciones, su papel como espectador activo y como persona en el difícil entorno de la futura cultura pragmática informatizada, instaurar los nuevos códigos de la recuperación ética y utópica frente a la mediocre ideología de la especulación incontrolada. □

- (1) La arquitectura en la ciudad de Madrid como en general en España, hoy como en otras facetas de su organización político-económica, «adapta» bien los estereotipos que postula el mercado internacional, en ocasiones mejorándolos, pero en raras ocasiones «adapta» estos modelos a las realidades específicas. Pienso que no es un país de grandes arquitectos, salvo singulares excepciones históricas, sino de figuras, en la actualidad deslumbradas por una actitud mimética hacia la cultura arquitectónica norteamericana y aisladas figuras de la última arquitectura japonesa, incorporando los modelos que producen las economías de estos países según las veleidades del momento, construyendo edificios abiertos hacia un pluralismo de imágenes que revelan una cierta constelación de informaciones más que una auténtica imagen cultural sobre la ciudad.
- (2) La ordenación de barrios, nuevos conjuntos residenciales, áreas de servicios... realizada en Madrid durante el período (1975-1999) presenta una imagen colectiva tanto por lo que se refiere a muchos de sus proyectos como de obras construidas,

RESUMEN

Antonio Fernández Alba comenta una obra que ha publicado la Gerencia Municipal de Madrid y que es un detallado trabajo de investigación sobre la transformación que ha experimentado la capital de España en los últimos veinte años; es decir, durante los diferentes ayuntamientos democráticos que se han



Una muestra de transformación física del espacio público.

que muestra con elocuencia lo que podríamos denominar la primacía de la «racionalidad productiva tardo-moderna» en la que se debate la actual sociedad española, inscrita, como no podría ser menos, en las leyes de mercado «neoliberal». Esta circunstancia obliga al arquitecto a realizar unos trabajos que militan entre la adhesión a las formas que define el «mercado de imágenes» o en la entrega sin referencia crítica a los modelos de las «arquitecturas y recintos urbanos que formalizan los monopolios» de la industria de la construcción.

(3) Desde esta óptica, hay arquitectos que responden con coherencia a estas premisas y son ampliamente gratificados por los medios de información técnica. La ausencia de una crítica arquitectónica permite crear grupos y minorías que transmiten, en algunos casos con trabajos de calidad, los modelos internacionales, las propuestas arquitectónicas más reconocidas, productos de esa conjunción entre la soberanía de la técnica y la ley de mercado, de manera que más que edificios lo que se construye son «objetos de fruición estética». Pese a que, como señalo, existen profesionales de buen hacer arquitectónico, la ideología que invade el actual momento de la arquitectura que se construye en Madrid está salpicada de efectos ilusionistas, estética «flash», atracción por lo efímero, escenarios de impacto inmediato..., signos en fin, del agotamiento de una arquitectura, en general, reducida a «ornamentar» los espacios débiles de nuestra época.

sucedido desde 1979. Esta «cartografía original de la transformación», como se denomina en el prólogo al trabajo realizado, le parece rigurosa en el método, ejemplar en la forma y de obligada consulta para entender el acontecer urbano y metropolitano de Madrid en estas dos últimas décadas.

Autores varios

Madrid, 1979/1999. La transformación de la ciudad en veinte años de ayuntamientos democráticos

Ed. de Ramón López de Lucio, Ayuntamiento de Madrid/Escuela de Arquitectura de Madrid, Madrid, 1999. 425 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-7812-481-0.

Realidad y abstracción en una gramática de uso

Por Manuel Alvar

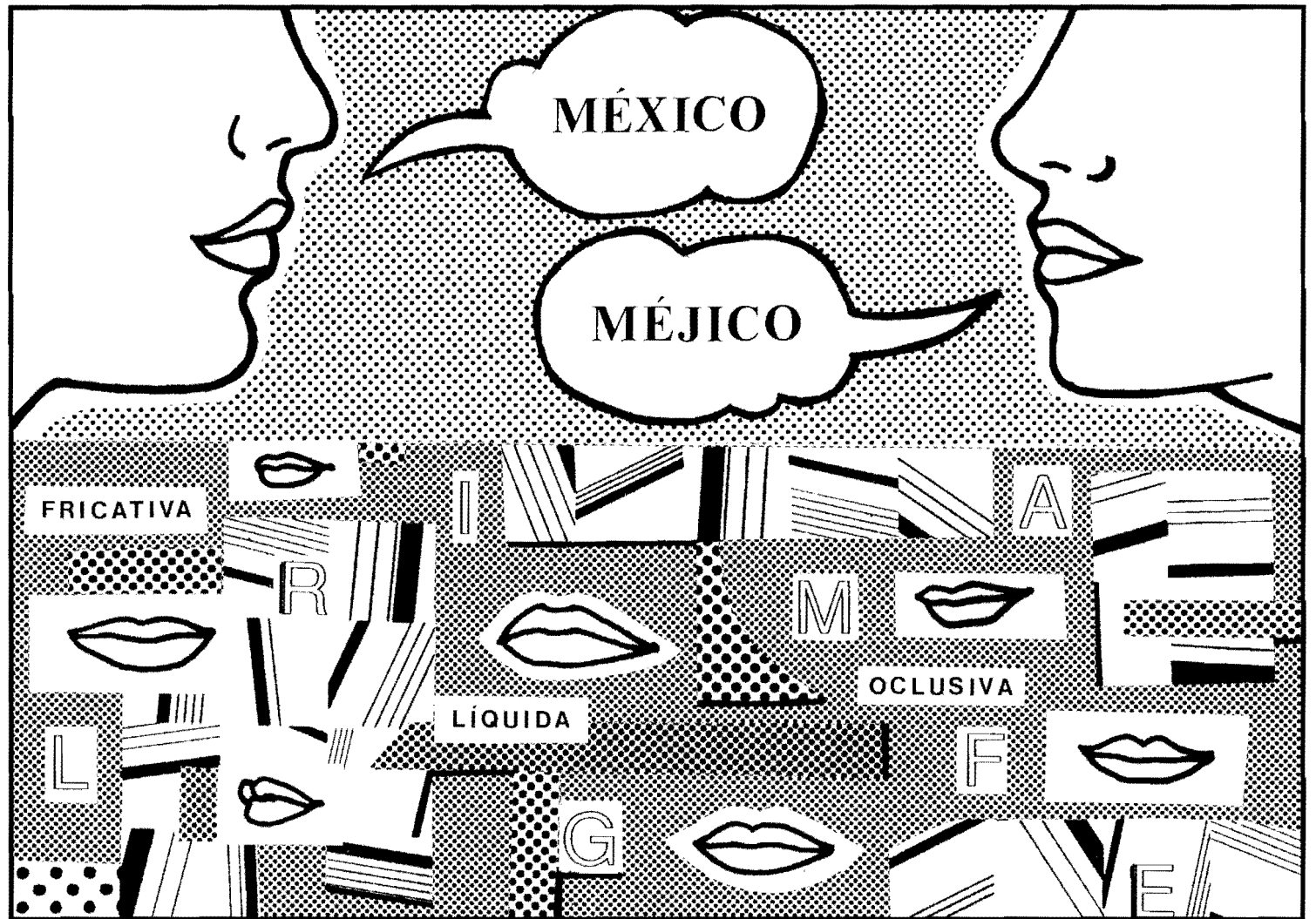
Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

En el arranque mismo de la obra se dice: «Esta gramática se dirige en primer lugar a quienes se interesan por la lengua española en una perspectiva científica [...]. Pero no descuida a un público más amplio interesado por el español y que necesite simplemente disponer de una obra de referencia en la que encuentren respuestas concretas a sus interrogaciones sobre la lengua actual y su funcionamiento». No pueden decirse con mayor claridad sus propósitos y sus alcances. Los profesores Jacques de Bruyne y su colaborador Alberto Barrera-Vidal tienen muy claros sus propósitos, pues no les ha abandonado la asistencia de un público lector; el original del profesor De Bruyne se publicó hace años y su interés no ha decaído. Tenemos ahora la traducción y adaptación al francés de la tercera edición neerlandesa, cuyos servicios han sido impagables, pues el buen juicio y el punto discreto que se da a los problemas hacen de ésta una obra imprescindible. Así lo han visto los traductores a otras lenguas, partiendo del holandés original (1979-1989), traduciéndose al alemán (1993) y al inglés (1995). (Paradójicamente, no al español.)

Al tener en cuenta este amplio volumen no podemos sino partir de unas palabras que sirven de propósito a esta investigación, digamos las tendencias válidas para caracterizar al español de hoy: de una parte la «simplificación» de los problemas morfológicos y sintácticos; por otra, la influencia de ciertas lenguas extranjeras (el inglés sobre todo). La complejidad de estos hechos es inescapable y nos hace pensar en unas palabras de carácter general que, hace unos años, escribió Walter von Wartburg: «La lengua es sin discusión un "ergon", una obra, un bien espiritual de carácter universal en el que viven y hacen vivir intelectualmente a todos los miembros de una comunidad lingüística. Representa la inmensa herencia que un pueblo confió a un individuo y lo deposita en él. En esa herencia están encerradas las experiencias de todos los siglos. El individuo recibe estas experiencias como un bien y frente a ellas se conduce como un receptáculo pasivo» (*Probl. et méth. de la ling.*, pág. 6).

Unidad y variedad del español

Sobre estas palabras que podrían ser un asiento estable, De Bruyne plantea unos problemas fundamentales: la unidad y la variedad del español, tendencias centrífugas y centrípetas en la propia España, tendencias a la unificación del español en el ámbito mundial. Cada uno de estos motivos es el sustento de mil problemas que tendríamos que enfrentar. Pienso, por ejemplo, de una parte, en teorías indigenistas (Lenz), con sus postulados biológicos y culturales; los problemas de «substratum» y «superstratum», analizados por Amado Alonso; las cuestiones de colonización (Henríquez Ureña, por ejemplo), el vulgarismo occidental (Corominas), etc. Pero son cuestiones que en una obra como ésta quedan lejos de sus principios fundamentales que no son sino los de una gramática descriptiva que analiza científicamente una que se llama gramática de uso, una gramática útil para quienes no tienen



JOSE MARÍA CLÉMEN

el español como lengua principal y, sobre todo, y como resultado de esos postulados, una gramática constructiva.

Los propósitos del libro son ambiciosos: como antesala, los sonidos y los grafemas que no figuran como simples elementos de descripción, sino como elementos que conforman una estilística en la que el hablante —necesariamente— tiene que participar. Recordemos la anécdota del Marqués de Bradomín: le preguntaron el porqué de irse a Méjico: «Porque México se escribe con equis». El problema de la grafía ha dado lugar a diversas interpretaciones, pero la x es inalienable del Méjico mejicano, como la ñ del español. (Un día cuando se discutía la pertinencia de importar ordenadores sin ñ, en un comercio de Sevilla vendían camisetas con esta leyenda: «Cono sin tilde es una figura geométrica». Toda exégesis eludo.)

Lo que pudiera ser una exposición puramente gramatical abarca los problemas del género minuciosamente analizados.

La postura de De Bruyne no es la de un expositor deshumanizado, sino, por el contrario, la de un autor, es decir, creador, que participa activamente en los hechos de lenguas. Leyendo estas líneas yo recordaba los principios de Karl Vossler, el gran maestro del idealismo: «Sólo será historia [y la gramática es historia] científica aquella que a través de toda la suerte de causas prácticas llegue a la serie estética, de manera que el pensamiento idiomático, la verdad idiomática, el gesto idiomático, el sentimiento idiomático o, como lo llama W. von Humboldt, la forma interior del lenguaje se haga patente y comprensible en todos sus cambios, condicionados física y psíquicamente, política y económicamente y en general, culturalmente» (*Filos. ling.*, pág. 81). Creo que en las primeras páginas de la obra neerlandesa y sobre cuestiones elementales (¿elementales?) se plantean unos problemas teóricos que conformarán el quehacer de un volumen

que nos será ya imprescindible en los estudios gramaticales. Porque carecería de sentido rectificar una tilde o confirmar un acento: cuando se trata de una obra monumental lo que importa es el sustento que la mantiene erguida y, en este sentido, la *Grammaire Espagnole* es un corpus doctrinal por algo harto sencillo: porque tiene doctrinas. Yo no diré que el autor vaya haciendo confesión de fe, inútil pretensión, sino que en cada instante toma los fundamentos que hacen ser doctrina a los mil recursos de que el autor se vale: digamos ciencia (mucho ciencia), digamos bibliografía (acaso digamos demasiada bibliografía), digamos sentido del humor (recuerdo algún diálogo de Luciano con el que estoy conforme), digamos con trasunto social. Imprescindible éste si queremos entendernos.

¿Qué es la gramática?

La gramática resulta ser una ciencia democrática desde el momento en que, como ahora, torne al pueblo por su héroe, frente a los caudillos medievales. En un momento el autor escribe: «Criterios que permiten determinar el género» y ahí se van incorporando criterios semánticos, formales, de variación, significación, variación del significado según sea la forma del género, etc. Cuanto pudiéramos vacilar, De Bruyne lo resuelve con una casuística verdaderamente prodigiosa hasta llegar a este siglo de las siglas que haría lamentar al poeta:

«Legión de monstruos que me agobia fríos andamiajes en tropel: yo querría decir madre, amores, novia; querría decir vino, pan, queso, miel. ¡Qué ansia de gritar muero, amor, amar!

Y siempre avanza: USA, URSS, OAS, UNESCO, KAMPSA, KUMPSA, KIMPISA, PETANZA, KUTANZA, FUTRANZA...

Oh dulce tumba: una cruz y un R.I.P.»

A partir del capítulo 3 («El adjetivo calificativo») se plantean principios teóricos por encima de los simplemente enunciados lógicos. De Bruyne tiene una postura científica que nos hace pensar en las que Heinrich Steintal formuló al separar «lógica» y «psicología» en los principios gramaticales. De Bruyne no creo que se atenga por un momento a formularios exclusivamente lógicos, sino que va progresando hacia explicaciones trascendidas. Bien en las páginas que dedica al adjetivo («simplemente adjunto del sustantivo») en las que (no olvidemos, adjetivos) da un valor tanto más lejano «del estilo poético y del estado de ánimo lírico», porque en ella la estructura sintáctica se aleja de lo que es el orden rítmico, según los principios de la gramática lógica que se empezó en la *Enciclopedia* y que en Port Royal planearon sus frases místicas, lógicas y personales. Viendo tantos y tantos ejemplos como De Bruyne nos va dando y la intuición que tan fructíferamente maneja pienso que, como más de una vez se ha dicho, su concepción lingüística intenta describir el alma humana (el alma de esos usuarios de la lengua). Y nos manifiesta (¿cuándo pensaría!) a una especie de dramaturgia interna que aflora en cada uno de sus testimonios con los que ejemplifica sus principios doctrinales. No olvidemos: la palabra hace a la lengua y en este acto voluntativo está su conversión en elemento de la acción. El hablante crea, y esa creación es muchas veces etimología popular que, para mí no es sólo el sentido que se da a un término, sin el alcance metalingüístico de un quehacer lingüístico. Podríamos valernos para ejemplificar con el sufijo -on que obliga a no pocos comentarios. Tengo a mi alcance una obra magistral por más que nadie la lea o



Viene de la página anterior



la haya leído: es la *Généalogie des mots qui désignent l'abeille*. El gran Gilliéron dice: «El sufijo *-on* ha permanecido como diminutivo, no ha podido ser sino diminutivo, pues es improbable, por no decir imposible que el aumentativo (*Jeannun ...gros Jean*) se haya convertido en diminutivos (*Jeanon* 'Petit Jean' > *Jeannun* 'petite Jeane'), que de diminutivo ha pasado a ser aumentativo (*Jeanon* 'gran Juan', paralelo a *salle* > *salon*) para hacerse diminutivo (*Jeanon* 'pequeña Juanita', paralelo a *Marion* 'pequeña María') cualquiera que sea el género del pronombre al cual se une». Así pues, el sufijo *-on* tiene en francés dos significados: el originario de diminutivo (tipo *anon* < *ane*, *peton* < *ped*) y otro aumentativo que le ha venido de las zonas meridionales de la Rumania, especialmente de Italia (tipo *salon* < *salle*, *balon* < *balle*).

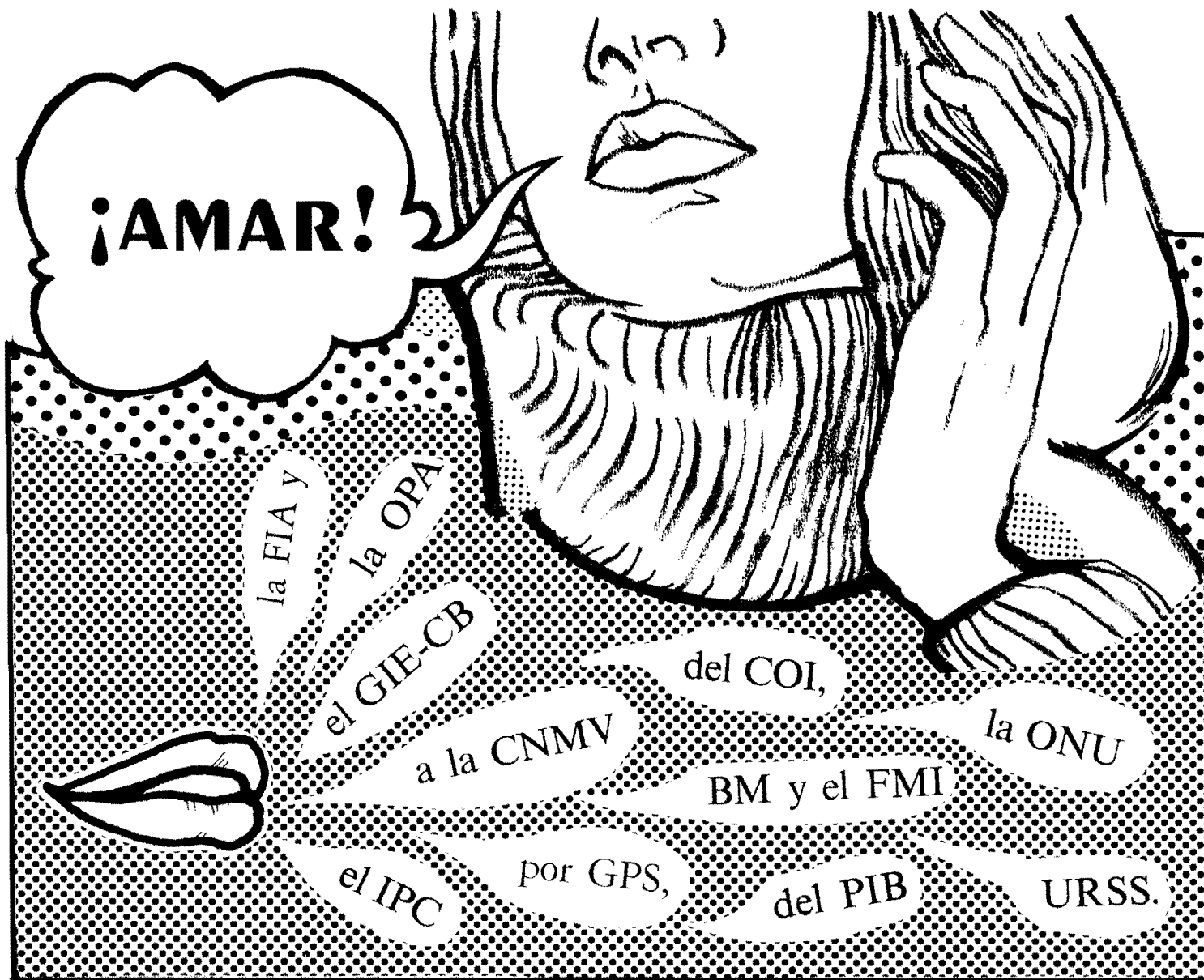
Pronombre y verbo

Si ahora nos fijáramos en otro asunto, descansaríamos nuestra mirada en el problema del pronombre seguido de verbo. Claro que la situación en español no es comparable a la del francés, pues la historia lingüística es totalmente diferente. El esquema de los verbos en francés es muy amplio y podríamos reducirlos a un esquema así:

	A	B	C
I. 1200	Conjugación con sufijos	Pronombres frecuentemente opuestos (por motivos rítmicos)	Pronombre de 1.ª pers. en sing. <i>jo</i>
II. 1280	Conjugación con sufijos	Y por debilitamiento progresivo de <i>jo</i>	(en el lenguaje corriente = <i>moi</i>)
III. 1300	Después caída definitiva de las terminaciones		<i>je</i> o <i>moi</i>
IV. 1488	Pronombre siempre necesario		<i>je</i> o <i>moi</i>
V. 1540	Conjunción prefijal		<i>moi</i>

Hacia la abstracción

Como vemos en estos hechos de lingüística estática no existe la finalidad de abarcar todos sus extremos, sino de desprender del conjunto los que respondan en alguna medida al ideal abstracto de un estado de lengua. Por lo que resulta que las innovaciones de la lengua no hacen ninguna violencia en el mecanismo de la lengua, sino que son el empleo más o menos afortunado de los recursos que ella tiene de la lengua con lo que en el momento mismo de la invención se renueva una de las partes, en tanto la otra espera su condicionamiento por motivos de esta innovación. Esto podemos seguirlo muy bien en el magnífico capítulo que De Bruyne dedica a los diminutivos en todos sus empleos y el análisis pormenorizado de los tiempos verbales. Porque a partir de hechos generales, De Bruyne desciende a las formulaciones de motivos que son especialmente complejos como la formación del pasado o el estilo indirecto libre. Hace muchos años De Paiva Boleo estudió la génesis de la noción de tiempo pasado en la que repasa las doctrinas que separan el presente y el futuro y más aún no es un verbo temporal, sino el carácter conativo de una voluntad; por lo que vino a llamarse «voluntativo» o «final». En este sentido el pretérito puede ser absoluto («tenía un tfo



JOSÉ MARÍA CLÉMEN

que "pasaba" de los treinta años»), habitual («"tenía" palabras de consuelo»), simultaneidad («cuando "llegaste", llovía»); el pretérito perfecto de indicativo que puede ser histórico o absoluto («quien murió, murió»), el primero es un acto simple o llamado aorístico; el segundo, perfectivo: «que está muerto»; el indefinido absoluto, que no es creación románica, sino latina que en la época imperial fue cediendo el paso a perífrasis (con «haber» principalmente); es decir, lo que en italiano se llama «passato remoto» y «passato prossimo» (en oposición al presente).

En cuanto al estilo indirecto libre, en 1926, Marguerite Lips lo estableció y tenemos desde entonces unos principios que se han venido actualizando. Fueron Sechehaye y Bally quienes crearon la lingüística estática y mostraron cómo el estilo indirecto libre se relaciona con el directo y el indirecto, como reproducción de estados interiores (recepción, volición, sentimiento, conocimiento) o manifestaciones de estados ¿interiores? (palabras). Pienso que De Bruyne ha visto muy bien cómo la enunciación es la necesidad de expresar hechos, en tanto que la reproducción insiste sólo en el sujeto que los ha concebido. Creo que el estudio que hace de las formas verbales nos lleva a un problema que ya consideró M. Lips: la enunciación satisface la necesidad de reparar hechos, mientras que la reproducción insiste sobre el sujeto que los ha concebido. Es decir, se pasa de lo estático a lo dinámico. O con otras palabras: la enunciación tiende hacia la proposición simple, desprovista de cualquier asunto al que pudiera ser atribuido. Evidentemente, esta enunciación es fuertemente subjetiva si el sujeto está en primera persona, mientras que la segunda se refiere a un interlocutor particular y la tercera viene a ser resultado de un juicio personal.

Planteamientos diferentes

El empleo de la partícula «que» hace pasar los enunciados directos («dice: "voy a morir"») a otros de tipo indirecto («dice "que" va a morir»). La conjunción lleva a la subordinación, en la cual la oración su-

bordinada funciona como complemento del objeto. Diversas doctrinas suscitan también planteamientos diferentes, pero podemos llegar a unas posiciones bastante claras: el estilo indirecto no reproduce textualmente palabras y pensamientos, en él cuenta únicamente la idea, no la forma en que la expresó el sujeto hablante. Así pues, el indirecto permite expresar la actitud del narrador, tras reproducir el discurso bajo una formación abstracta y distinta del discurso directo o, como quiere Lips, «tiende a eliminar los elementos expresivos de la lengua»: gana en abstracción, pero pierde en emoción.

Entre otros tipos de reproducción está el «estilo indirecto libre», que permite conservar los elementos gramaticales del directo. Larch, por el contrario, no admite formas de transposición, pues para él no hay relación entre los tiempos del indirecto sobre los del indirecto ordinario, pero esto acaba confundiendo el punto de vista sintáctico con el evolutivo. Fue Bally, quien supo de *Le style indirecte libre en français moderne* en un lejanísimo 1912, quien señaló que «el estilo indirecto libre tiene por efecto extender su acción fuera de las palabras sobre el verbo intelectual». Así, el estilo indirecto libre, igual que el directo, permite efectos por evocación del medio. Y Spitzer (*Pseudo-objektive Motivierung*) estudia la ambigüedad de estos tipos sin establecer diferencias entre ambigüedad y el proceso constituido. Resulta, pues, que el estilo indirecto libre es un proceso de la lengua literaria que se desarrolló en el romanticismo y que logró su consagración

en el período «impersonal» de la lengua: tendencia a su unificación progresiva, según señaló Meillet.

La riquísima documentación de Jacques de Bruyne nos permite plantear numerosos criterios y, desde su modo preciso y rígidamente asentado, llegar a otros campos de especulación donde el empleo de partículas y formas verbales llevan a campos muy distintos de los que él partió.

Final

La riqueza de este libro es muy grande. Pienso que quiere describir en vivo y no hacer teorías, pero la teoría se impone necesariamente. Creo que se fundan bien aquellos principios que unen ciencia descriptiva y ciencia histórica. He querido acercarme a los muchos problemas que en el libro están planteados sean o no deliberadamente especificados. Creo que señalar una minucia que podemos discutir en tal caso no lleva muy lejos. He preferido tener en cuenta lo que desde muchas perspectivas se denuncia para ver cómo al producir una quiebra en el sistema lingüístico las fuerzas del lenguaje tienden a buscar soluciones, digamos de los estáticos a los dinámicos. Pienso en la propuesta de Sechehaye (*Vox Romanica* V), que puede caber en este esquema:

- Habla propiamente dicha (instinto de expresión en general)
1. Lengua como sistema
 - 2. Habla organizada ←
 3. Evolución de la lengua.

RESUMEN

Manuel Alvar se ocupa de una gramática de español, publicada originalmente en Holanda, y que ha sido traducida al francés, al alemán y al inglés -no al español, subraya el comentarista-; una gramática útil para quien no tiene el español como lengua materna, y que

expone problemas fundamentales sobre la unidad y variedad del español, sobre su unificación en el ámbito mundial. Pero para un lingüista, además, esta gramática plantea problemas teóricos que hacen que sea imprescindible en los estudios gramaticales.

Jacques de Bruyne

Grammaire Espagnole

Ed. Duculot, París-Bruselas, 1998. 287 páginas. 375 francos franceses. ISBN: 978-2801110966.

El árbol y las ramas

Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Se ha dedicado a la investigación sobre la bioquímica y la genética de levaduras, habiendo publicado varios trabajos originales sobre este tema.

Un libro llama nuestra atención por diversos motivos: por estar escrito por un autor cuya obra nos interesa, por tratar un tema del que deseamos más información, por tener un título que de alguna manera excita nuestra curiosidad, o por cualquier otra razón. Claro está que unos motivos no excluyen a otros y muchas veces es el conjunto de varios de ellos lo que fija la atención. Esto es lo que sucede con el libro al que se refiere este comentario. El título, *Consilience*, y el subtítulo, *The Unity of Knowledge*, tienen todos los ingredientes para llamar la atención; el uso de una palabra poco usual, «consilience», y el asunto que propone. Aumenta la atracción el nombre del autor, Edward O. Wilson, ilustre entomólogo que ha dado a la imprenta varios libros con gran repercusión, desde su famoso *Sociobiología* aparecido hace más de veinte años, hasta dos ganadores del Premio Pulitzer; el más reciente, *Las Hormigas*, reescrito en una versión resumida muy accesible al gran público.

En primer lugar ¿qué significa «consilience»? No tenemos una traducción fácil al castellano de esa palabra, que en inglés es de uso infrecuente. El *Oxford Dictionary* la define como «el hecho de saltar simultáneamente o estar de acuerdo, coincidencia, concurrencia, se dice del acuerdo de dos o más inducciones derivadas de distintos grupos de fenómenos». ¿Qué ha querido resaltar el autor al elegir como título esa palabra cuyo significado ha habido que explicar, incluso en algunos comentarios en inglés? Ha deseado mostrar la necesidad de llegar a una convergencia de los hábitos de pensamiento de las diversas ramas del saber, para intentar lograr un conocimiento unitario que permita llegar a una comprensión de la condición humana con un alto grado de certeza. «He preferido esta palabra [“consilience”] a coherencia —dice— porque su rareza ha preservado su precisión; coherencia tiene varias acepciones, sólo una de las cuales significa “consilience”». A mediados del siglo XIX un filósofo inglés, William Whewell, que escribió una serie de libros sobre el razonamiento inductivo, usó aquella palabra por primera vez en el sentido de coincidencia del resultado de dos inducciones obtenidas a partir de distintas clases de hechos. Lo cierto es que después de leer el libro no queda clara la necesidad o la ventaja de usar tal palabra, ni si responde exactamente a los propósitos del autor. De cualquier manera, ya que necesitaremos un término para traducirla y ya que al autor no le parece bien «coherencia», usaremos en este comentario la palabra «consistencia», significando con ella el acuerdo antes señalado entre ideas derivadas de distintos tipos de hechos.

Unidad del conocimiento

La preocupación por lograr una referencia última de la que derivar el conocimiento tiene una larga tradición en la historia del pensamiento. Ya en el siglo XII, Ramón Llull consideraba la realidad como un reflejo de la divinidad y las distintas ciencias como ramas equivalentes de un árbol común cuyo tronco era la teología. La fragmentación del conocimiento y el caos resul-

tante en la filosofía no representan la realidad del mundo sino que son artefactos derivados de la manera de estudiarlo. Para Wilson, la gran empresa intelectual de la humanidad es el intentar unir los conocimientos de las ciencias y de las humanidades y para ello, en su opinión, hay que aplicar los métodos de pensamiento desarrollados en las ciencias naturales a aquellas partes del conocimiento en las que no se han usado. Cuando se encuentre consistencia entre las hipótesis de determinadas ramas del saber con los resultados demostrados de las ciencias naturales se tendrá una medida del contenido de «verdad» en dichas hipótesis. Lo que Wilson pide es una adhesión generalizada a los hábitos de pensamiento que han fundamentado los avances en las ciencias naturales. Si las ciencias sociales y las humanidades adoptan esos hábitos, opinan, resultarán beneficiadas, no sólo ellas sino todo el edificio del conocimiento. Al proponer esto, es consciente de que muchos profesionales de esas ramas del saber considerarán esta idea como una invasión de sus terrenos acotados y de que le acusarán de «simplismo, reduccionismo ontológico, cientifismo y otros pecados oficializados por el ominoso sufixo». Al mismo tiempo se da cuenta, y así lo admitió al comienzo de una discusión pública en la presentación de la traducción alemana de su libro, de que «la creencia en la posibilidad de consistencia fuera de la esfera de las ciencias naturales no es una ciencia, por el momento. Es una “Weltanschauung” metafísica. Se apoya en una extrapolación de los éxitos logrados en las ciencias naturales y su atracción reside en la perspectiva de iniciar una aventura intelectual».

Las ciencias naturales

Puesto que la visión del mundo que va a proponer el autor tiene como base los métodos intelectuales de las ciencias naturales, nada más lógico que dedique un capítulo del libro a intentar familiarizarnos con ellos y con el modo de pensar que ha conducido a esta rama del saber hasta su situación actual. Éste es un capítulo luminoso en el libro que merece la pena leer con calma, ya que no se trata de un canto de alabanza a los logros científicos, sino de una exposición de cómo el uso del pensamiento y método científico ha cambiado la posición mental de la humanidad. La ciencia, nos dice, «es una tarea organizada sistemáticamente que reúne conocimiento acerca del mundo y lo condensa en leyes y principios verificables». Hay unas cualidades de la ciencia que la distinguen de la pseudociencia, y en esto han insistido numerosos autores preocupados por el ascenso de ésta en los últimos años: la reproducibilidad controlada de un fenómeno, la economía de medios para su explicación, la mensurabilidad que elimina ambigüedad de los datos, el valor heurístico que hace que cada hecho aclarado provoque nuevas cuestiones y finalmente la consistencia, es decir que las explicaciones que sobreviven la prueba experimental sean las que son consistentes entre sí. La astronomía es una ciencia, la astrología no; las neurociencias pueden hacer predicciones sobre determinados fenómenos, el psicoanálisis no; las pseudociencias pueden satisfacer necesidades psicológicas personales, las ciencias naturales forman el soporte sobre el que se apoya la tecnología de toda civilización.

El fino escalpelo que manejan las ciencias para diseccionar el mundo es el reduccionismo, el identificar y explicar fenómenos simples dentro de los más complejos para poder estudiar éstos y comprenderlos. Ese modo de proceder, que ha sido la clave de su éxito, se ha convertido en el flanco



VICTORIA MARTOS

atacado por aquéllos a los que sólo interesan las generalidades nebulosas a menudo encubiertas por grandiosas palabras. Yerran quienes piensan que a los científicos sólo les interesa la reducción; al científico lo que le interesa en el fondo es la complejidad, pero para acercarse a ella de verdad sólo tiene el camino del reduccionismo. Como todo camino, aunque sea camino real, tiene sus peligros y el de la especialización a ultranza no es el menor de ellos. François Jacob escribe en su libro *Le jeu des possibles* que «la propia naturaleza del método científico tenía que conducir a una atomización, un desmigajamiento de la representación del mundo. Cada rama de la ciencia posee su lenguaje y sus técnicas. Estudia un terreno particular que no está necesariamente unido a sus vecinos. El conocimiento científico se encuentra formado por islotes separados. A menudo en la historia de las ciencias hay progresos importantes debidos a generalizaciones nuevas que permiten unificar aquello que hasta ese momento parecía formar dominios separados. Así la termodinámica y la mecánica se unifican por la mecánica estadística, igual que la óptica y el electromagnetismo con la teoría de Maxwell, o la química y la física atómica con la teoría cuántica. Sin embargo, a pesar de estas generalizaciones encontramos en el conocimiento científico grandes fallas que quizá persistan por largo tiempo». Pero a pesar de ello, detrás del enfoque reduccionista hay una tarea profunda que es la de lograr la integración de las leyes y principios de cada «rama del saber» en otros cada vez más unificadores y fundamentales. La forma más radical de integración es pensar que la naturaleza está organizada por meras leyes físicas a las cuales se pueden reducir todas las otras leyes y principios. Esto sería para Wilson la consistencia más profunda. Sin embargo hasta lograr este obje-

tivo, si es que puede lograrse, queda un buen camino por recorrer.

Cuenta el autor cómo, siendo un estudiante, la lectura de un libro sobre la evolución le hizo caer en lo que llama el encanto jónico, «una creencia en la unidad de las ciencias, una convicción mucho más profunda que una hipótesis de trabajo, de que el mundo es ordenado y puede ser explicado por un número pequeño de leyes naturales». Es interesante la influencia de los filósofos jónicos sobre numerosos pensadores. A pesar de las diferentes ideas de esos filósofos, dos características de lo que se ha denominado escuela jónica han sido importantes en esa influencia: una, la de intentar explicar el mundo en términos puramente materiales y la otra, que ha alcanzado a sectores más amplios, la de iniciar la tradición de la discusión crítica que se convertiría en la característica de gran parte de la filosofía griega.

Aunque algunos de los argumentos usados por Wilson pueden no ser correctos, no se le puede negar el gran valor y honestidad intelectual de salir de su terreno para adentrarse en otras zonas del conocimiento pretendiendo ser riguroso, un esfuerzo que, sin duda, muchos de sus críticos no harán.

La evolución biológica

En este libro se presenta al ser humano y a sus producciones culturales como resultados de la evolución biológica. ¿Se diferencian los humanos en algo esencial de otras especies? He aquí un trozo del *Eclesiastés* en el castellano del siglo XVI: «Porque el suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. Todo va a un lugar: todo es hecho del polvo, y todo se tornará en el mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?». Precisamente ha sido el «espíritu» lo que se ha considerado diferencial entre el hombre y el resto de las especies. Es claro que el cerebro humano es capaz de elaborar construcciones que no existen, o no conocemos, en otras especies. Nuestro conocimiento actual y lo que podamos conocer en el futuro se crea en ese órgano. Por eso, para Wilson, el hecho de que los procesos mentales tengan una base física es central para su idea de consistencia, de unidad intrínseca del conocimiento. El cerebro, como cualquier otro órgano, se ha ido seleccionando a lo largo de la evolución en respuesta a ciertas presiones ambientales que determinaban la supervivencia de la especie. Probablemente entre esas presiones no ha estado la de comprender cómo funcionaba él mismo; como se ha dicho en alguna ocasión, la evolución ha modelado el pensamiento de los primates para una socialización eficaz, no para tener la capacidad de comprender la realidad.

La consistencia de las ciencias naturales y los descubrimientos de la neurobiología y de la genética deberfan ser aplicados en las ciencias sociales y en la religión para intentar interpretarlas como un entramado de causas y efectos. Cualquier intento de pasar por alto el origen biológico evolutivo del cerebro conduce, según Wilson, a sistemas de pensamiento que pueden tener mucho de consolador —o de destructor—, pero que inevitablemente están abocados al fracaso. El autor cree que sólo se podrá progresar hacia la unión de las humanidades y de las ciencias cuando la linde entre ellas deje de conside-



Viene de la página anterior

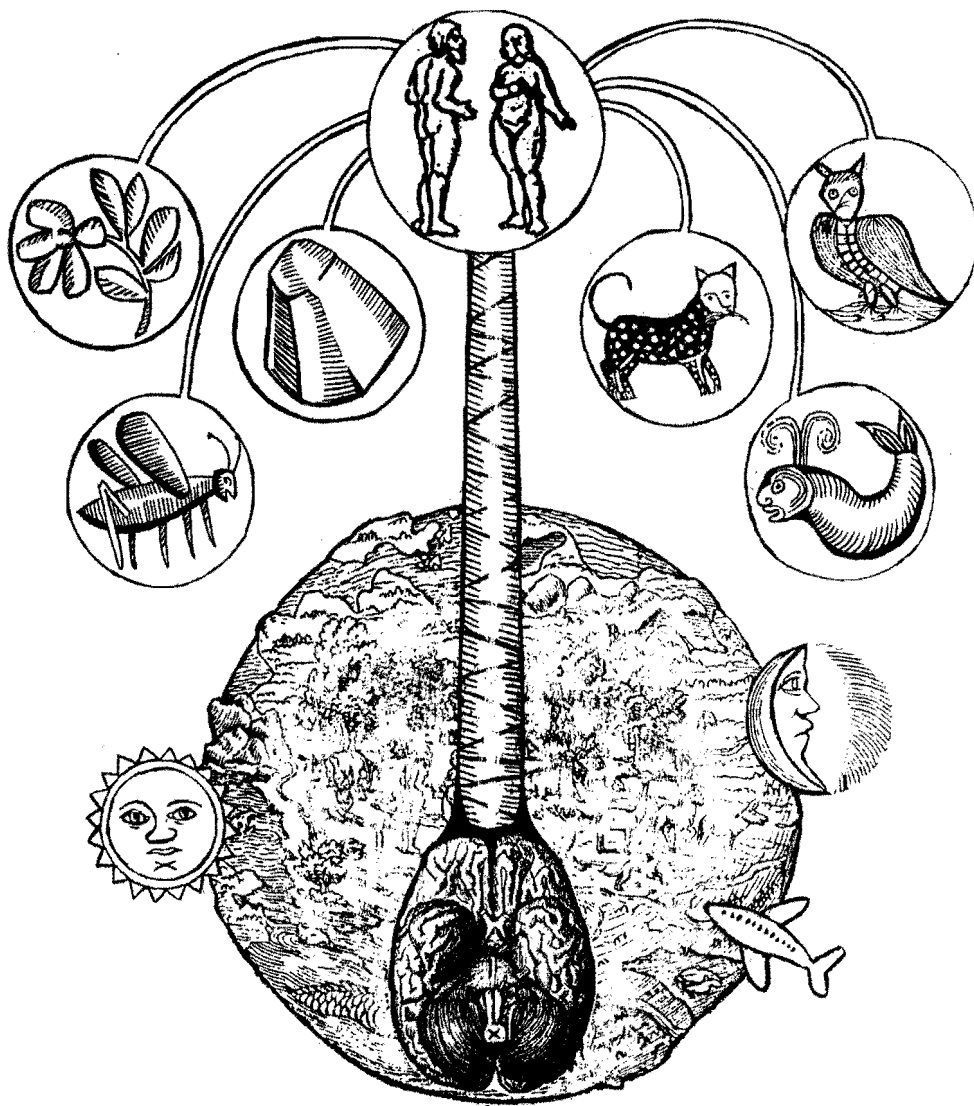


rarse como una frontera divisoria y se conciba como una zona abierta que necesita de la cooperación entre ambas para su exploración y conocimiento. La tarea es difícil, pero también pareciera hace años como tarea difícil el explicar fenómenos aparentemente indescifrables como el origen de las especies, o los mecanismos del desarrollo de los organismos y, sin embargo, hoy sabemos bastante sobre ello.

La incidencia que los avances de las neurociencias van a tener en nuestra visión del mundo es un asunto de gran importancia y actualidad. Véase en este sentido el reciente comentario en las páginas de esta revista del profesor Ignacio Sotelo sobre un libro que recoge un diálogo entre un neurocientífico y un filósofo (SABER/Leer, enero 2000, págs. 4-5). Esos avances abrirán interrogantes nuevos en un plano distinto del considerado hasta ahora sobre el fenómeno de la consciencia y el del mecanismo de la toma de decisiones que sin duda influirán sobre nuestros conceptos de libre albedrío y responsabilidad moral. Los resultados de las ciencias naturales penetran en terrenos hasta ahora reservados a las humanidades y lo hacen de forma tal, que éstas no pueden sustraerse a un debate en el que necesariamente su credibilidad dependerá de la consistencia de sus ideas con los resultados existentes. El hecho es importantísimo y no puede esquivarse; como afirmaba Zaratustra «preferible es un poco de crujir de dientes que adorar a los ídolos».

Genes y cultura

Uno de los temas importantes desarrollados por el autor es la coevolución de genes y cultura, que ve como una forma particular del proceso general de evolución por selección natural. La esencia del argumento es que la especie humana ha estado sometida además de a la evolución biológica a la evolución cultural y que ambas están estrechamente ligadas. Una vez más, hay que recordar que la fuerza ciega que impulsa la evolución es la selección natural; aquellos genes que confieren mayor potencial reproductor y de supervivencia son retenidos. Si se acepta la definición de cultura como las normas globales de vida de un grupo determinado de personas que se transmiten sistemáticamente de generación en generación y se acepta también que es un producto, que es aprendida, que se basa en símbolos, ¿cómo se puede hablar de coevolución de genes y cultura? No hay genes que prescriban cultura y probablemente ningún científico serio ha pretendido tal cosa. La red de sucesos causales implicada en la coevolución de genes y cultura es bastante más compleja que la noción simplista que podríamos esquematizar en «un gen -un comportamiento- un producto cultural». Numerosos genes condicionan el desarrollo del cerebro y éste determina las interacciones con el mundo externo que al fin originan las propiedades de la mente y sus productos, entre ellos la cultura. A través de la selección natural, el entorno selecciona genes que condicionarán en el futuro el desarrollo del cerebro de la especie y con él las capacidades de interacción con el exterior. O sea que las expresiones culturales serían el resultado de la interacción de un potencial genético con un medio o entorno determinado. Ni hay un determinismo genético absoluto, ni tampoco el ambiente por sí solo es determinante; lo que cuenta en el producto final es la interacción de ambos componentes. Wilson hace notar que en lo que se ha llamado el modelo estándar de las ciencias sociales, la cultura se considera como un fenómeno ajeno a los elementos de la biología. Con el problema



VICTORIA MARTOS

de las bases biológicas de la cultura parece ocurrir lo mismo que acaeció cuando Darwin propuso su teoría de la evolución. Se cuenta que una dama de la época comentó a propósito de ella: «confiemos en que lo que dice el Sr. Darwin no sea cierto, pero si lo es, que no se entere la gente». La naturaleza y el desarrollo de la cultura es un ejemplo de un campo en el que el acercamiento cooperativo de ciencias naturales y sociales es absolutamente necesario.

Situaciones análogas se dan en el campo de la ética y en el de la religión. Ambos temas son tratados extensamente en el libro. El capítulo dedicado a Ética y Religión junto con el ya mencionado sobre los métodos de las ciencias naturales es uno de los más interesantes de leer del libro. La comparación de los argumentos del «trascendentalista» y del «empírico» en la discusión sobre los orígenes de la ética proporciona abundante material para iluminar ambas posiciones, aunque el autor confiese abiertamente de qué lado se encuentra. Son asimismo muy ilustrativas las páginas dedicadas al origen y desarrollo de las religiones. Un profundo respeto hacia los sentimientos de los creyentes no impide al autor predecir una secularización de la religión.

En conclusión ¿por qué es necesario hacer el esfuerzo de la unión entre todas las ramas del conocimiento? ¿Simplemente por un saludable ejercicio intelectual? No, el esfuerzo es necesario porque del cuadro que logremos y de su interpretación van a depender una serie de actitudes a tomar, una de ellas nuestra relación con el medio ambiente, algo de lo que se habla mucho sin pensar demasiado en ello. Wilson señala que en general «los economistas no toman en consideración en sus esquemas las limitaciones ambientales. Se tiende a olvidar y los economistas son reacios a admitir que los milagros económicos no son endógenos. La

mayoría se producen cuando los países consumen no sólo sus recursos naturales, incluidos el petróleo, la madera y su producción agrícola, sino también los de otros países... Los productos celulósicos de Japón son los bosques arrasados del Asia tropical, el combustible de Europa las agonizantes reservas de petróleo del medio Oriente». En los balances económicos no se ha tomado en cuenta, hasta el momento, en el capítulo de costos la deforestación, la erosión, el agotamiento de acuíferos, la polución... Gracias a eso, los resultados eran siempre brillantes.

El medio ambiente

El hecho de que el ser humano, a pesar de sus singularidades, sea un producto evolutivo más, hace que se conforme al principio básico de la evolución orgánica, que es el de que cada organismo vive mejor en el ambiente en el que sus genes se seleccionaron. «Homo sapiens» debería ser pues un conservacionista. Sin embargo el desarrollo ha hecho de él casi una nueva especie, «Homo proteus», el humano transformador. Las descripciones taxonómicas de cada una de

esas especies, según Wilson, serían así de diferentes. «Homo proteus»: «Cultural con vasto potencial. Empujado por la información y conectado electrónicamente. Puede viajar prácticamente a cualquier lugar, se adapta a cualquier entorno. Agitado, empieza a vivir hacinado. Piensa en colonizar el espacio. Lamenta la pérdida de la naturaleza y de otras especies, pero lo considera un precio a pagar por el progreso y piensa que tiene poco que ver con su futuro»; y «Homo sapiens»: «Cultural, con potencial intelectual indeterminado, pero limitado biológicamente. Básicamente una especie de primate... Vive gracias a millones de reacciones bioquímicas delicadamente interrelacionadas. De vida corta y frágil, fácilmente envenenado por toxinas y eliminado por pequeños proyectiles. Depende en cuerpo y alma de otros organismos. Comienza a lamentar la pérdida de la naturaleza y de otras especies». Ambas especies interpretan de muy diversa forma aquellos versículos bíblicos que dan al hombre poder sobre la naturaleza, «hicístelo enseñorear de las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas, y bueyes, todo ello; y asimismo las bestias del campo; las aves de los cielos y los peces de la mar...». En opinión del autor es necesario que ambas «especies» lleguen a un punto de vista común. Donde estamos no podemos volver atrás, hay que abandonar cualquier visión romántica de un pasado idílico, pero no podemos continuar así ignorando una serie de hechos alarmantes que necesitan urgente consideración: la superpoblación, la falta de agua, la de combustible, el efecto invernadero, el agotamiento de los mares. La falta de agua es un problema que está ahí, aunque se hable poco de él; un organismo internacional opina que dentro de 25 años un tercio de la humanidad sufrirá escasez de agua y se calcula que actualmente en África se emplean 40 mil millones de horas al año simplemente para buscar agua; eso equivale a dedicar tres horas diarias de la actividad de cada persona, a algo que los habitantes del primer mundo no consideran un problema, aunque a medio plazo constituirá una amenaza para ellos.

La visión del «Homo proteus» es suicida para la especie; el pensar que el crecimiento y el consumo pueden aumentar indefinidamente es un espejismo peligroso. No hay que engañarse, en el tratamiento de los problemas medioambientales, siempre es más tarde de lo que se piensa.

Con *Consilience*, el autor ha puesto ante los lectores un libro denso, de lectura no siempre fácil, que plantea una serie de cuestiones de importante y urgente consideración. Es un libro que incita a pensar, por tanto un libro interesante; deja claro que los biólogos necesitan acercarse a las humanidades, pero el gran énfasis está en la necesidad urgente de un acercamiento serio de los que practican éstas a la biología. No se puede discutir actualmente con rigor una serie de problemas como cuando se ignoraban hechos que hoy son conocidos y posiblemente partes importantes de la solución. □

RESUMEN

Carlos Gancedo se interesa por un libro denso, difícil, en ocasiones, intenso, que busca mostrar la necesidad de llegar a una convergencia de los hábitos de pensamiento de las diversas ramas del saber, para intentar lograr un conocimiento unitario que permita alcanzar una comprensión de la condición hu-

mana con un alto grado de certeza. Su autor expone cómo el uso del pensamiento y del método científico ha cambiado la posición mental de la humanidad; y cómo es necesario un urgente acercamiento entre las humanidades y la biología para hacer frente al inmediato futuro.

Edward O. Wilson

Consilience. The Unity of Knowledge

Alfred A. Knopf, Inc., Nueva York, 1998. 332 páginas. 26 dólares. ISBN: 0-679-45077-7.

El autor, la obra, el actor

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942), crítico, cineasta y novelista, ha editado, escrito y dirigido teatro. Su obra *Geografía* se estrenó en 1985; su última obra *Estamos en 1909* permanece inédita. Acaba de publicar la novela *Los melómanos*.

David Mamet, dramaturgo, novelista, guionista y director de cine americano, escribe en el prólogo de su libro sobre el actor, una frase lapidaria: «The Stanislavsky 'Method', and the technique of the schools derived from it, is nonsense».

Si el método del histórico director ruso, que estrenó las obras de Chéjov y que ha influido enormemente en la interpretación teatral y cinematográfica de este siglo, «es una estupidez», asistimos al derrumbamiento de un cuerpo de doctrina con categoría religiosa.

Si el «nonsense», la estupidez, alcanza, también, inevitablemente a la técnica actoral que numerosas escuelas enseñan en Europa y América con la convicción y seriedad reservadas a los dogmas de fe, la catástrofe adquiere el triste aspecto de la orfandad. ¿En qué situación de indigencia se quedarán los cientos, miles de intérpretes de todos los sexos a los que se les priva, de un rápido plumazo, de su alimento espiritual, de su consuelo psicológico, de la agarradera que les permite esperar en el camerino con la confianza de que no van a hacer el ridículo cuando la llamada del regidor les convoque a escena?

El llamado «método Stanislavsky» consiste, sintéticamente, en acudir a vivencias personales para lograr un estado de ánimo próximo al personaje que el actor o la actriz se dispone a encarnar.

Si el personaje vive el drama de la pérdida de un ser querido, nada mejor que recordar una pena similar para lograr el estado de ánimo que se acerque al sufrimiento de la criatura de ficción a la que se trata de dar vida. Todo ello comporta un proceso complejo, que no es necesario detallar aquí, en el que interviene tanto la memoria (para indagar en la propia vida la experiencia adecuada), como el estudio del «carácter» del hombre o mujer de la obra a representar (para averiguar las concomitancias con el propio carácter). Así, se tiende a provocar una emoción que servirá de, por decirlo así, «pista de despegue» para el intérprete, que dispondrá de este modo, según Stanislavsky, de un bagaje sólido y matizado para emprender la ardua tarea de convertirse en el tío Vanya chejoviano o en la más moderna Blanche Dubois del famoso tranvía de Tennessee Williams.

Pues bien, tanto esfuerzo es para David Mamet nada menos que puro «nonsense», una completa y soberana tontería.

El porqué de una ilusión

Como toda teoría revolucionaria, las ideas de Konstantin Sergeievich Stanislavsky



El dramaturgo norteamericano David Mamet.

(1863-1928) surgieron como reacción a una realidad considerada inaceptable. Como actor y director (el pedagogo vino después), se enfrentó al estilo artificial, enfático y declamatorio que imperaba en la escena rusa, fundando en 1898, con Vladimir Nemirovich-Danchenko, el Teatro de Arte de Moscú.

Se trataba de buscar un nuevo estilo, más directo y natural, menos ampuloso, próximo a una sensibilidad ahíta de la vieja retórica y, también, más adecuada al tipo de teatro que empezaba a abrirse paso y que pronto encontraría su expresión máxima en las obras de Antón Chéjov, escasas en número pero muy ricas en calidad literaria y con una inmensa capacidad de influencia.

El nuevo drama se despedía de las trulucencias románticas, de los grandes gestos heroicos, de las actitudes sublimes, para retratar las vidas humildes y desencantadas de la sociedad rusa sepultada en una decadencia ya irremediable y tristemente esperanzada ante la inminencia de una no menos irremediable revolución. Para el nuevo drama, el viejo estilo de interpretación, acorde con la exageración propia del romanticismo, resultaba inservible. El intérprete debía bucear en sí mismo, encontrar en su interior el eco de verdad que le acercaría a la mujer desesperada, al estudiante cobarde, al señorón cuyo optimismo no es sino reflejo de una pena secreta.

Así nació el «método» (pronto no haría falta apellidararlo, al convertirse en el primero y principal), que encontraría, años más tarde, una contundente caja de resonancia al ser adoptado, adaptado, desarrollado y moder-

nizado por el teatro americano. Por unas razones similares a las que favorecieron su nacimiento: la adecuación al estilo que, a partir de Eugene O'Neill, tomaría hegemónica carta de naturaleza en la literatura dramática estadounidense, prolongándose en Arthur Miller, en Tennessee Williams y en Edward Albee. La complicada psicología de los personajes retratados y su pretendida adscripción a una realidad social reconocible favorecieron la resurrección del «método». Había que presentar al espectador unos seres difíciles y torturados, pero con la claridad y la eficacia de quien retrata al hombre de la calle. El viajante en crisis, el matrimonio en crisis, la familia en crisis respirarían sobre el escenario produciendo en el público la impresión de que se había asomado al salón de la casa del vecino. Y los actores y actrices debían manifestarse con la misma inmediatez, con idéntica emoción.

De América del Norte el «método» viajó para instalarse en Europa y en América del Sur, extendiéndose en numerosas escuelas y revolucionando también un estilo interpretativo, anclado a menudo en la retórica y el artificio.

¿Cómo es que ahora este señor, que no es un cualquiera, sino uno de los dramaturgos más notables del momento, viene a asegurar que todo esto es puro «nonsense», una soberana tontería?

Pues por las mismas razones e idénticos impulsos que llevaron a Konstantin Sergeievich a poner en práctica sus teorías: la necesidad de reaccionar contra el estilo teatral dominante. Como es bien sabido, el destino de toda novedad es envejecer y la lozanía del nacimiento acabará llenándose de arrugas. Muchos se escandalizarán ante las críticas de Mamet, que no responden al capricho ni a un afán provocador. Hay que reconocer que el «método» se ha convertido en muchos casos en un lastre, que, además, lo que es determinante, no se aplica con facilidad al nuevo teatro. Lo que procuró naturalidad a Chéjov y vitalidad a Miller no sirve para Mamet, un estilo teatral escasamente apoyado en la psicología, poblado de personajes más bien crípticos y cuyos conflictos se debaten en la zona polémica de la moral social y en la zona de sombra de lo inexplorado. El espectador no se enfrenta a un hombre corriente abrumado

por la culpa y el fracaso, sino que debe descifrar los motivos de unos seres enigmáticos, cuya indefinición no produce el alivio de la catarsis sino la inquietud de un enigma que no se despeja al caer el telón.

Frente al «nonsense», el «common sense». Contra la estupidez, el desatino, el insentido, nada mejor que el sentido común. Un sentido común expresado, como es preceptivo, de un modo sencillo y claro, simple y escueto, que asustará de momento al actor despojado de su técnica, pero que, muy probablemente, resultará beneficioso para todos. Para el propio intérprete, para la obra que represente, para el público.

Mamet niega que el actor tenga que situarse en una situación anímica especial para enfrentarse a un papel. En primer lugar, porque los estados de ánimo no se provocan y pretenderlo es forcejear con lo imposible. En segundo lugar, porque el papel, el personaje, el supuesto «carácter» contenido en el texto no es sino un conjunto de líneas escritas, de frases de diálogo y no un ser real con el que identificarse. En tercer lugar, porque la función del actor no es sino comunicar la obra al público, para lo que necesita una voz potente, una excelente dicción, un cuerpo ágil y proporcionado, y una comprensión rudimentaria de la obra en cuestión. Todo lo demás sobra, no sólo resulta inútil, sino también perjudicial.

Al actor le basta con saber cuál es la intención del tal Hamlet, qué finalidad le ha adjudicado el autor y, a partir de ahí, deberá encontrar acciones concretas, gestos precisos, una entonación adecuada, para que resulte visible «de qué va» el raro príncipe, como diría hoy un joven castizo.

El intérprete no debe recapitular, ni ponerse en el lugar del personaje, ni fingir que siente lo mismo que él. Le basta, según Mamet, con abrir la boca, mantenerse firme y decir con valentía las palabras del texto, sin añadir nada, sin negar nada, sin intentar manipular a nadie sabiendo que lo único importante es él, o ella, sus compañeros de reparto, el público. Así, cuando el límpido coraje del actor o la actriz se adecúe a las palabras escritas por el dramaturgo nacerá la ilusión de que el espectador se encuentra ante un carácter, ante un personaje. Cuando el público vea la resolución de la actriz que interpreta a Santa Juana en armonía con las palabras escritas por Bernard Shaw, comprenderá la majestad del personaje. Asistiendo al valor con que el actor que interpreta a Willy Loman dice las palabras de Arthur Miller, descubrirá la angustia del viajante.

Arrumbemos, propone David Mamet, un «método» que ya no sirve para el teatro de hoy. Fijémonos en los atributos esenciales del actor, de carácter físico, la voz, la prestancia, la «expresión corporal». Partamos de cero.

Antón Chéjov, pionero a la hora de experimentar en carne propia la eficacia del «método» que entonces nacía, respondió, según se cuenta, a una pregunta difícil con la contundencia del sentido común, tan ardentemente defendido por el iconoclasta dramaturgo americano un siglo después.

«Señor Chéjov, ¿cómo cree que deben interpretarse sus obras?»

«Yo creo que mis obras deben interpretarse... BIEN.» □

En el próximo número

Artículos de José María Mato, Medardo Fraile, Darío Villanueva, Víctor Nieto Alcaide, Miguel de Guzmán, Antonio Córdoba y Juan Antonio Bardem.

RESUMEN

Arremetiendo como hace el norteamericano David Mamet, uno de los hombres de teatro más interesantes de hoy, contra el célebre «método» de Stanislavsky, que tanto ha influido durante décadas en la manera de hacer teatro, lo único que pretende este autor, en el libro que

comenta Álvaro del Amo, es devolver el sentido común a la interpretación de los actores, que éstos comuniquen el texto de la forma más clara y directa. Si hace un siglo el teatro necesitaba el revulsivo del método de Stanislavsky, ahora, para Mamet, ese método ya no sirve.

David Mamet

True and False

Vintage Books, Nueva York, 1997-1999. 127 páginas. 11 dólares. ISBN: 0-679-77264-2 (ed. española: *Verdadero y falso*, traducción de Josep Costa, Ediciones del Bronce, Barcelona, 1999. 115 páginas. 1.650 pesetas. ISBN: 84-89854-378).

Pasión por la historia

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden y por la Universidad Complutense de Madrid, ha sido presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO. Es profesor de investigación del CSIC, catedrático de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación Ciencias de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Kok (Holanda, 1977), Novo (España, 1987), Morgagni (Italia, 1988) y Lennox K. Black (Estados Unidos, 1994).

Historiador y escritor, Daniel J. Boorstin fue director de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos entre 1975 y 1987. También ha sido director del Museo Nacional de Historia y Tecnología e historiador de la prestigiosa Institución Smithsonian en Washington, D.C. Con anterioridad fue profesor de historia durante 25 años en la Universidad de Chicago y catedrático de historia de América en París, en la Sorbona, y en la Universidad de Cambridge, en el Reino Unido.

Entre los numerosos libros que Boorstin ha publicado destaca la serie titulada *The Americans*, que inició en 1958 con el título *The Americans: The Colonial Experience*, al que le siguió *The Americans: The National Experience* (1965) y *The Americans: The Democratic Experience* (1973), libro con el que ganó el Premio Pulitzer de Historia y el Premio Dexter. Diez años después comienza una nueva trilogía. En 1983, aparece el primer volumen, *The Discoverers* (Vintage Books, Random House, Nueva York, 1985), un libro espléndido que narra la historia del empeño del hombre por comprender el mundo que le rodea. En *The Discoverers* el principal mensaje de Boorstin es que, en ciencia, es imposible predecir el futuro y que una y otra vez la historia nos enseña que la inesperada unión de conocimientos previamente no relacionados entre sí conduce al progreso científico y tecnológico. Era imposible predecir que el interés por el descubrimiento de un príncipe renacentista, Enrique el Na-



FRANCISCO SOLÉ

vegante, daría lugar en Sagres al primer laboratorio moderno de investigación y desarrollo. El príncipe Enrique hizo de Sagres, durante cuarenta años, el principal centro europeo de cartografía, navegación y construcción de barcos (en sus astilleros se diseñó y construyó la famosa carabela, el modelo de barco utilizado años más tarde por Cristóbal Colón para llegar hasta América y volver para narrarlo).

Las ilusiones del conocimiento

Pero también es parte importante de la historia del conocimiento lo que Boorstin

denomina «las ilusiones del conocimiento», las teorías aceptadas como dogmas durante siglos y las batallas liberadas por los científicos para poder derrumbarlas. Nadie como Boorstin para recrear el ambiente en que se establecieron esas «ilusiones del conocimiento» y cómo se vinieron abajo —la tierra, los continentes y los mares antes de Colón, Balboa y Magallanes; los cielos antes de Copérnico, Galileo y Kepler; el cuerpo humano antes de Paracelso, Vesalio y Harvey; la naturaleza antes de Linceo, Darwin y Pasteur; o el universo y la materia antes de Newton, Dalton, Faraday, Maxwell y Einstein—.

La historia de la imaginación

En 1992, unos diez años después de la aparición de *The Discoverers*, Boorstin publica *The Creators* (Vintage Books, Random House, Nueva York, 1993), un libro que complementa al anterior y que narra la historia de las artes, de la imaginación, del hombre como creador —arquitecto, pintor, escultor, músico y escritor—. Si en la historia de la ciencia el último descubrimiento desplaza al anterior, en las artes la situación es completamente distinta; los creadores no se quedan obsoletos y cada uno de nosotros puede experimentar, independientemente y de manera diferente, cómo en las artes lo nuevo se enriquece con lo viejo, cómo Bach ilus-

tró a Beethoven y éste a Mahler. Y con todas estas experiencias cada persona va creándose a su vez una visión propia del arte y la cultura, en la que los personajes que más nos han atraído o aquellos cuyas obras nos han producido las experiencias más intensas van ocupando los primeros puestos de un orden artificial y personal. En *The Creators*, Boorstin es capaz de producir una visión panorámica, si bien detallada y llena de sorpresas, de la historia de las artes y la cultura.

Empeño por comprender el mundo

En 1999 Daniel Boorstin ha publicado el último libro de esta nueva trilogía, *The Seekers*, que narra la historia del continuo empeño del hombre por comprender su mundo. Al autor, como a Einstein, una de las cosas que más le atrae es el hecho de que el mundo sea comprensible. ¿No es acaso fantástico poder disponer de una teoría, el «Big Bang», que, a pesar de sus limitaciones y las grandes preguntas que deja por resolver, sea capaz de explicar los primeros instantes del origen del universo? Dice Boorstin que «la visión que tenemos del mundo en occidente —del concepto del tiempo,



En este número

Artículos de			
José María Mato	1-2	Miguel de Guzmán	8-9
Medardo Fraile	3	Antonio Córdoba	10-11
Darío Villanueva	4-5	Juan Antonio Bardem	12
Víctor Nieto Alcaide	6-7		

SUMARIO en página 2



Pasión por la historia

de la tierra, de los mares, de los cuerpos celestes y de nuestros propios cuerpos, de las plantas y animales, de la historia y de las sociedades humanas del pasado y presente nos ha sido expuesta ante los ojos por ininidad de Cristóbal Colón. En la profundidad del pasado, sus protagonistas permanecen anónimos. Pero a medida que nos acercamos al presente emerge a la luz de la historia un reparto de caracteres tan variado como la naturaleza humana». Consecuentemente con esta visión de la historia, el protagonista, el héroe, de los libros de Boorstin es siempre el hombre.

En *The Discoverers* los principales protagonistas son exploradores, inventores y científicos —recomiendo leer la historia de la medición del tiempo, que abarca desde la creación de los primeros relojes de sol y agua hasta la invención del resorte y el volante por el británico Robert Hooke en 1658, y la construcción del primer reloj de precisión por el también británico John Harrison en 1761 (en un viaje de nueve se-

manas a Jamaica el reloj de Harrison se atrasó tan sólo cinco segundos)— y en *The Creators* los protagonistas son artistas e intelectuales.

Faltaban los filósofos y los pensadores, y es principalmente a estos, y a la historia de las ideas en occidente, a quien dedica su último libro, *The Seekers*; un relato del empeño del hombre por comprender quiénes somos. «Cogidos entre dos eternidades —el pasado desvanecido y el futuro desconocido— el hombre no cesa de buscar apoyos y direcciones». «Todos somos buscadores de respuestas, todos queremos saber por qué», dice Boorstin. Moisés buscó la verdad en Dios mientras que Sócrates miraba a la razón. Tomas More y Maquiavelo la persiguieron a través de los cambios sociales. Y más recientemente, Henri Bergson y Albert Einstein la buscaron en la ciencia. Pero si nos une la pasión por la búsqueda de respuestas, Boorstin también nos muestra en su libro, con una narrativa excelente y llena de detalles, la violencia con la que la humanidad se ha enfrentado cuando no coincide en las respuestas que va encontrando.

El significado de la búsqueda

The Seekers está dividido en tres partes, cada una de las cuales se sobrepone cronológicamente con la que le antecede a medida que el libro avanza desde los tiempos más antiguos al presente. Y a través de esta narración el autor hace hincapié en cómo el hombre ha evolucionado desde buscar el significado de todo lo que nos rodea a encontrar significado en la búsqueda. Es decir, se había pasado de buscar el por qué a buscar el cómo. A principios del siglo veinte la moderna fe en la ciencia y la tecnología había generado también sus propios problemas.

La ciencia y tecnología habían proporcionado explicaciones, pero no justificaciones. La ciencia moderna, mediante el examen de la naturaleza había multiplicado el número de datos disponibles de ma-

nera espectacular pero nada podía decir de su significado, ni tan siquiera podía imaginárselo. Nunca antes el hombre había conocido tanto sobre el mundo y comprendido tan poco sobre su propósito. La razón y la experiencia habían ocupado todo el espacio científico para comprender la naturaleza y las ciencias denominadas del espíritu habían sido relegadas a una mera función compensatoria; a la de restañar las heridas que provocaba el desarrollo de la ciencia.

Para finalizar su libro elige Boorstin dos «buscadores» muy diferentes: el filósofo francés Henri Bergson y el genial Albert Einstein. Ambos se encuentran atrapados, a principios del siglo veinte, entre un universo obstinado en no mostrar su propósito y la ciencia que, a su manera, había fragmentado mediante la experiencia el mundo físico en universos de explicaciones estáticas y mecanicistas. Y cada uno busca, aunque de manera radicalmente distinta, un nuevo significado de la vida en el propio proceso de cambio y evolución de la naturaleza y del universo. Como es bien conocido, Bergson, un buscador del sentido de la vida, al no estar satisfecho con la explicación que da Darwin sobre cómo el ascenso y caída de las especies se encuentran dirigidos por el conflicto entre organismos, por la selección natural y la supervivencia del mejor adaptado, interpreta la teoría de la evolución de las especies como impulsada por la

existencia de un «principio vital». El problema con Bergson es que comprendió mal cómo funciona la evolución. Cometió el error de asumir que lo importante en la evolución es el beneficio de la especie, o el grupo, en lugar del beneficio del individuo o del gen. Pero en 1907, cuando Bergson publicó su famoso libro *L'Evolution Créatrice*, aún no se sabía que la sustancia de la herencia y la evolución era una doble hélice de DNA, y hasta 1976 Richard Dawkins no publicaría *The Selfish Gene* (Oxford University Press), un libro genial que, con gran talento y humor, descubre una nueva manera de mirar la evolución centrada en el gen.

La observación experimental

Termina Boorstin *The Seekers* con una breve historia sobre Einstein y su ambición por encontrar una teoría única que dé cuenta de todos los fenómenos del mundo físico, una teoría capaz de unir la mecánica cuántica, que describe el electromagnetismo y las fuerzas nucleares, con su propia teoría de la gravitación. Einstein ejemplifica, mejor que ningún otro, la aspiración actual de los científicos de comprender no sólo las leyes que rigen el universo y la naturaleza, sino por qué razón tienen las propiedades que se les atribuye mediante la observación experimental. □

Qué es

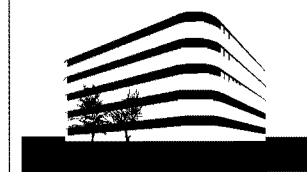


Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Esta obra, *The Seekers*, que comenta José María Mato, junto a otros dos volúmenes que completan esta trilogía, *The Discoverers* (1983) y *The Creators* (1992), tiene como propósito unir en una visión panorámica, si bien detallada y llena de sorpresas, los viejos conceptos sobre el universo, la naturaleza, la cul-

tura y el hombre con los nuevos conocimientos que han proporcionado la física, la biología y la sociología. En esta jornada por más de dos mil años de historia, Daniel Boorstin nos invita a compartir con él su visión de que la aventura de comprender el mundo que nos rodea y a nosotros mismos aún no ha terminado. □

Daniel J. Boorstin

The Seekers. The History of Man's Continuing Quest to Understand His World

Vintage Books (Random House), Nueva York, 1999. 351 páginas. 14 dólares. ISBN: 0-375-70475-2.

SUMARIO

	Págs.
«Pasión por la historia», por José María Mato, sobre <i>The Seekers. The History of Man's Continuing Quest to Understand His World</i> , de Daniel J. Boorstin	1-2
«Machado siempre todavía», por Medardo Fraile, sobre <i>The Eyes</i> , de Don Paterson	3
«El fenómeno de la literatura», por Darío Villanueva, sobre <i>La obra de arte literaria</i> , de Roman Ingarden	4-5
«La naturaleza muerta y el fin de la historia», por Víctor Nieto Alcaide, sobre <i>El Guernica de Picasso</i> , de Francisco Calvo Serraller	6-7
«La matemática entra en la novela», por Miguel de Guzmán, sobre <i>El tío Petros y la conjetura del Goldbach</i> , de Apostolos Doxiadis y <i>El teorema del loro. Una novela para aprender matemáticas</i> , de Denis Guedj	8-9
«Por todas las razones prácticas», por Antonio Córdoba, sobre <i>Las matemáticas en la vida cotidiana</i> , de Solomon Garfunkel (dir.) y Lynn A. Steen (ed.)	10-11
«Contexto político del neorrealismo italiano», por Juan Antonio Bardem, sobre <i>El neorrealismo cinematográfico italiano</i> , de Lino Micciché (ed.)	12

Machado siempre todavía

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como Cuentos Completos, Contrasmbras, Autobiografía y Entre paréntesis; y editor de Cuento español de Posguerra.

Antonio Machado fue el primer escritor que conocí. A los once años, en el Instituto «Calderrón de la Barca», que se había abierto a la enseñanza laica cuatro años antes, él nos mandó comprar el *Método de francés* de Rosario Fuentes —que conservo aún— y, antes de los exámenes de junio, le vimos reemplazado por un señor imponente, número uno en las oposiciones a cátedra de francés, don Tarsicio Seco y Marcos, que nos alarmó en su primer día de clase advirtiéndonos con voz exigente y seca que «España era una República de trabajadores de todas clases», cuando nosotros creíamos que nos librábamos de lo que se llamaba entonces «trabajo» empezando el bachiller. Poco trabajábamos con don Antonio, del que algunos de nosotros, sin embargo, ya sabíamos que era un gran poeta.

Por enésima vez, vuelvo a ver sus labios cárdenos e hinchados por la tos, su chaleco espolvoreado con la ceniza del tabaco y su aire ausente, al leer ahora, en versión libre al inglés, noventa composiciones suyas, fragmentarias algunas, la mayoría breves, del poeta escocés Don Paterson, en un libro que titula *Los Ojos*. «Poema de un día», incompleto, es el más largo en sus páginas y «Hoy es siempre todavía» es, necesariamente, el más breve, del que Paterson anula la temporalidad esperanzada al traducir el último adverbio con su significado antiguo: «Always today, always». Y escribo «traducir», porque no pocos de los poemas que nos presenta como «versión» (he anotado catorce), son excelentes traducciones de las que hacen olvidar a los que leen que están ante el producto de otra lengua, quizá para ejemplificar su creencia de que «en el mundo virtual del poema, el lector tiene que hacerlo suyo o nada sacará de él».

Instrucción moral

En cualquier caso, la tarea que ha realizado el poeta escocés de zambullirse a fondo en el Machado que a él le interesa, la cree —dice— necesaria, y la inició y realizó con acreditadas dudas que aprobaría nuestro gran traductor y teórico de la traducción Valentín García Yebra. En el «epílogo» del libro se lamenta del espíritu de sacristía o «parroquialismo» literario de su país y de la falta de «instrucción moral» (más deseable para él que la «exhortación moral») en las obras al uso de los poetas, que han dejado eso a cargo de la religión y los políticos, como si fuera el último vestigio de una didáctica insana y han motivado así, tal vez, la carencia de propósito que hallan tantos lectores en la poesía. Esa «instrucción moral» la encuentra Paterson en los poemas de Machado, poeta de otro país que le libra, a la vez, de que le acusen de estrecheces nacionalistas o de ese espíritu de parroquia que advierte en algunos de sus colegas y compatriotas.

El impulso parece habérselo dado la lectura de las traducciones machadianas al inglés, acompañadas del texto en español, del entusiasta de nuestro poeta Alan S. Trueblood (*Antonio Machado: Selected Poems*, Harvard University Press, 1982, siete reimpresiones



MARISOL CALÉS

hasta 1999), aunque en *The Eyes* aparecen varias composiciones que no están incluidas en el libro americano, lo que implica no menos entusiasmo por parte del escocés. Paterson alaba más de una vez, abiertamente, las traducciones de Trueblood y se sirve, incluso, de algunos de sus versos, pero reconoce, no obstante, que «no son poesía», recordando, sin duda, la frase de Robert Frost, «la poesía es lo que se pierde en la traducción».

Los poemas de Machado que interesan a Paterson —pero no todos— son los que nos hablan de Dios, de amor y de recuerdos («memory») y, en ese sentido, cree que su libro constituye un solo poema. Advierte al lector que en ningún caso busque la traducción «exacta» del texto original, sino su versión, y justifica el «camino» que ha escogido con palabras de Machado: «se hace camino al andar». Su versión, «por subjetiva que sea, busca restablecer una luz, un color y una perspectiva interpolando un proceso en lugar de un acto operativo, porque sólo el proceso puede proporcionar al poeta el tiempo que le pide un buen poema para ser escrito».

Paterson, poeta, autor teatral, editor, es también un creador de música de jazz, que ha recorrido con su propia banda, «Lammas», varios países de Europa y Asia y tiene a la venta cinco álbumes de composiciones suyas o dirigidas por él, y nos dice que «la interdependencia de forma y contenido significa que un poema no puede ser más traducido que una pieza de música», y que los poemas de su libro son «como adaptar al piano música de guitarra». El intento de reflejar fielmente el «espíritu» de un poeta, en vez del significado que comporta el poema, le parece

una empresa subjetiva y desesperanzada y es cierto que, si no podemos visualizar la persona del poeta en carne y hueso, menos aun podremos calibrar hasta qué punto captamos algo tan etéreo y cuestionable como su espíritu. Y escribo esto porque Machado, en esta versión inglesa de su «Poema de un día», sale a la calle con «gabardina» en vez de con «gabán» y, para equiparse mejor contra la lluvia, se cubre los zapatos con «chanclos de goma» («galoshes»), precauciones impensables en su habitual y «torpe aliño indumentario». Y en el poema LX de *Soledades. Galerías. Otros Poemas* («¿Mi corazón se ha dormido?»), nunca hubiera escrito Machado, como no fuera con un tinte irónico, que su corazón estaba «perfectly awake» («perfectamente despierto»). O en el complejo y hermosísimo poema de «Los Ojos» o «Parergon» (CLXII de *Nuevas Canciones*), el talante de don Antonio no hubiera pensado «to his horror» (expectativa exagerada típica de los comics), que

RESUMEN

Un poeta escocés, Don Paterson, recordando quizás la frase de Robert Frost de que «la poesía es lo que se pierde en la traducción», ha hecho una versión, propia y original, de algunos poemas de Antonio Machado, los que a Paterson más le interesaban, los que hablan de Dios, de amor y de recuerdos. Y esa versión, que no tra-

había olvidado cómo eran los ojos de su ama- da. Versiones, ya lo sé...

Pero hay algo indudable y es la calidad del poeta traductor. Nacido en Dundee en 1963, ha sido galardonado con premios importantes, como el «Forward» para el mejor primer libro de poemas, el «T. S. Eliot» y el «Geoffrey Faber Memorial», y él nos pide que, si hemos leído en español a Machado, nos olvidemos de esa lectura para leer su libro. Su título, *The Eyes*, es un acierto, no sólo por estar justificado con ese gran poema (el CLXII), tan eminentemente machadiano, sino porque los ojos, esa «añadidura que también sirve de ornato» (parergon) son relevantes en Machado, como lo son —o porque lo son—, en el folklore hispánico en general y en el andaluz en particular; los ojos son únicos porque ofician, a la vez, como discípulos y maestros del cuerpo que los lleva y pueden expresar, además, desprecio, amor, orfandad, odio, ternura, deseo, simpatía, inteligencia, sorpresa, furia, indiferencia, interés, dolor... Machado piensa que toda mirada pudiera ser «un acto de fe» y los límites de la percepción —visual o no— espolvorean, con hondura, preocupación y gracia, toda su obra.

Paterson comenta lo que él llama, con jerga mística, la «vía negativa» de Machado, en la que encuentra esa «instrucción moral» mencionada antes, que echa de menos —no sabemos de qué modo— en otros poetas coetáneos. No sólo atrae su atención la obsesión machadiana con la creación divina de lo negativo —la nada, la dudosa o fortuita compañía del hombre con la mujer o a la inversa, el vacío, la sombra, el no ser, el olvido, el silencio, la muerte, el «Dios de la distancia y de la ausencia»—, sino también el escribir negándose a sí mismo, creando heterónimos —que son y no son él—, llevándose la contraria y aconsejando al lector que no siga el consejo que acaba de ofrecerle. Le parece, felizmente, como si las manos de Escher, el gran litógrafo y dibujante holandés, hubieran diseñado sus creaciones con gomas de borrar en vez de hacerlo con lápices. Naturalmente, Paterson incluye en *The Eyes* versiones de «Al gran cerro» y de «Siesta», poema éste en el que el «Ser que se es» exhibe «la negra estampa de su mano buena».

Si «poesía es algo de lo que hacen los poetas», en la versión que hace un poeta de otro debería haber algo distinto o, tal vez, algo más. Traducciones y versiones pueden ser tan esclarecedoras como destructivas y, en estos días, hay que lamentar, sin duda, las prisas de tantos editores por ofrecer, antes que otros, lo más cacareado de otros países, sin criterio ni respeto alguno por el autor ni el libro que importan. Afortunadamente, el codiciado premio británico de poesía «Whitbread» inició, en 1997, una política de alta valoración y estímulo para las buenas versiones que se presentaron a él —dos de ellas, una de Ovidio y otra del poema épico inglés Beowulf, compuesto hacia el siglo VIII, han sido premiadas—, entre las cuales figuró el pasado año, con subidos elogios, la realizada por Don Paterson de «don» Antonio Machado. □

Don Paterson

The Eyes

Faber & Faber, Londres, 1999. 82 páginas. 7,99 libras. ISBN: 0-571-20055-9.

El fenómeno de la literatura

Por Darío Villanueva

Darío Villanueva (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Perteneció al comité ejecutivo de la *International Association of Comparative Literature* y entre sus últimos libros se cuentan *La poética de la lectura en Quevedo* (1995) y *Theories of Literary Realism* (1997).

Recientemente se ha conmemorado en Portugal el cincuentenario de *Das sprachliche Kunstwerk* a la que su autor, Wolfgang Kayser, puso un prólogo firmado en Lisboa en julio de 1948. Precisamente en la página 21 de la versión española, *Interpretación y análisis de la obra literaria* (traducción de María D. Mouton y V. García Yebra, Gredos, Madrid, 1968), publicada veinte años más tarde, se afirma que «los dos trabajos más importantes de estos últimos tiempos para la determinación del objeto de la ciencia de la literatura y de la esencia de los textos literarios pertenecen uno al investigador polaco Roman Ingarden, discípulo del filósofo Husserl: *Das literarische Kunstwerk* y el otro, a Günter Müller: *Über die Seinsweise von Dichtung*». Por lo que se refiere a la impronta del primero de estos dos libros citados, el propio Wolfgang Kayser se inserta en una tradición fenomenológica que sigue vigente hasta hoy, tradición de la que procede el concepto mismo de «sprachliche» o «literarische Kunstwerk»: la obra de arte del lenguaje, o literaria.

No deja de ser significativo, a este respecto, que entre las primeras traducciones del original alemán, que Roman Ingarden había publicado en 1931, estuviese precisamente la portuguesa, tarea que acometió la Fundación Calouste Gulbenkian en 1973, el mismo año en que aparecía la versión inglesa de George G. Grabowicz editada por la Northwestern University Press. Mucho más ha habido que esperar para que los lectores hispanos pudiesen acceder directamente al pensamiento literario de Roman Ingarden, gracias al plausible esfuerzo del profesor Gerald Nyenhuis H. que invirtió en ello una docena de años, urgido por la demanda de sus estudiantes de posgrado. Esta circunstancia nos habla una vez más de la vigencia que la fenomenología literaria mantiene, para la cual la figura de Roman Ingarden resulta indispensable en su calidad de discípulo directo

de Edmund Husserl, tanto en Gotinga como en Friburgo.

Los rigores de la historia europea no dejaron de azotar a este polaco, nacido en Cracovia en 1893 y muerto en 1970. Cuando la ocupación alemana de su país se cerró la Universidad de Lvov, donde profesaba, y una vez finalizada la guerra Ingarden fue expulsado de su cátedra de la Jagelloniana por «idealista». Restituido en 1956, solo después de su retiro en 1963 su ingente obra filosófica y estética alcanzó la difusión que merecía. En concreto, la tercera edición (1965) de *Das literarische Kunstwerk* fue la traducida al portugués y al inglés. Se trata de una auténtica ontología de la literatura, a la que Ingarden completará con su correspondiente epistemología, que había publicado inicialmente en polaco en 1937 y que será conocida a partir de la traducción alemana, *Vom Erkennen des literarischen Kunstwerks*, editada en Tübingen en 1968. En suma, la fenomenología de la literatura de Roman Ingarden está ya formulada, tanto en su dimensión ontológica como en la gnoseológica, en el decenio de los treinta. Su difusión directa, a través del alemán, el portugués y el inglés, se demora más de tres décadas, pero en este interregno está fermentando como una aportación decisiva de la filosofía husserliana a la teoría de la literatura a través de relevantes autores que, como Wolfgang Kayser, asumen con mayor o menor intensidad y precisión sus postulados.

La realidad de la literatura

El principio fenomenológico de la experiencia en la que se basa todo conocimiento, formulado por Husserl en el parágrafo 24 de sus *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*, traducidas al español en 1943 por José Gaos y al francés por Paul Ricoeur en 1950, viene a justificar una evidencia: la realidad de la literatura se fundamenta en nuestra aproximación a ella como lectores. Kayser, implícitamente, se había planteado también esta pregunta: ¿Se puede, en definitiva, tratar de los textos literarios de otra forma que no sea desde la experiencia de la lectura? Añádase una constatación muy interesante: la de que entre los fundadores de la Fenomenología, desde Hegel a Husserl, hay que contar a Charles S. Peirce, cuya Semiótica se relaciona con

la que él denominaba «faneroscopia», disciplina que se abstiene de toda especulación, limitándose a describir las apariencias inmediatas con exactitud máxima. Nada extraño hay, por ello, en que los semiólogos más rigurosos hayan aceptado sin reservas la teoría de la recepción literaria que viene directamente de la Fenomenología.

También en los orígenes del formalismo ruso aparece la Fenomenología. Las ansias de renovación científica de los jóvenes del Círculo lingüístico de Moscú encontraron fuente inagotable de inspiración en las *Logische Untersuchungen*, y, en general, en todo el pensamiento de Husserl, divulgado entre ellos por un discípulo suyo, Gustav Spet. Tanto es así que Victor Erlich consideraba esta influencia, junto a la fascinación por los hallazgos de la vanguardia literaria rusa de entonces, como los síntomas principales del fermento intelectual del que nació la escuela formalista constituida en torno a aquel Círculo y la Opoiaz de San Petersburgo. Ambas incitaciones convergen, por ejemplo, en el artículo de Roman Jakobson sobre Xlebnikov, discutido ante un selecto grupo de estudiantes y poetas moscovitas entre los que se encontraba Maiakovsky, y que consistía ni más ni menos que en un examen del verso futurista ruso a la luz de los conceptos de Husserl y de Saussure. Así, a partir de la marcha de Jakobson, en 1920, el Círculo de Moscú decae, hasta su definitiva escisión en dos grupos de tendencia, respectivamente, marxista y husserliana.

La tradición de los formalistas rusos se prolonga en Checoslovaquia a través del Círculo lingüístico de Praga (1926-1948), al que se incorporará el propio Jakobson y Nicolai Trubetzkoy. Entre los investigadores autóctonos que forman este nuevo círculo, Mukarovsky se inspira, asimismo, abiertamente en Husserl. Su concepción teórica de la Literatura en el marco de una más amplia teoría de la comunicación parte del supuesto de que la obra de arte verbal no se puede reducir a su aspecto material —lo que él denomina el «artefacto»—, sino que debe ser considerada en cuanto «objeto estético», esto es, la actualización del artefacto en la consciencia del receptor, en términos extraordinariamente similares a los de la ontología de la Literatura de Roman Ingarden.

Posteriormente, Felix Vodicka desarrollará estas ideas en el terreno específico de la Historia literaria, y su voz llega has-

ta la Universidad alemana de Constanza, como también la de los mismos formalistas rusos, en especial Eichenbaum, Tynianov, Sklovsky y Jakobson. Allí, en Constanza, además de los trabajos de Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser hará de su obra ya clásica *Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung* (*El acto de leer. Teoría del efecto estético*, traducción de J. A. Gimbernat, Taurus, Madrid, 1987), el ejemplo más granado de una auténtica fenomenología de la lectura, para la que Ingarden constituye un referente fundamental.

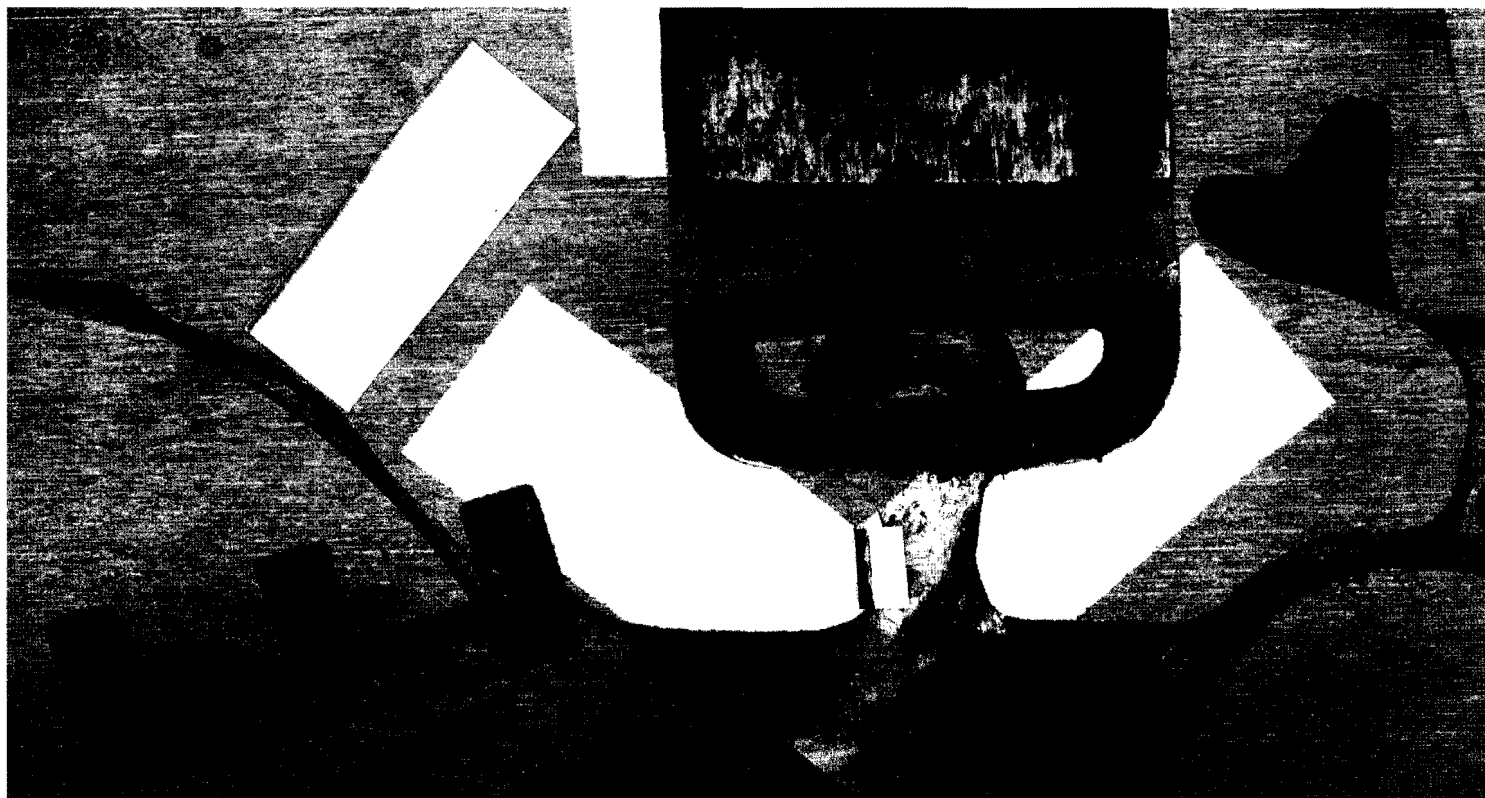
Origen de la obra de arte literaria

Según Ingarden, la obra de arte literaria tiene su origen en actos creativos de la consciencia intencional por parte del autor. Su base óptica reside en una fundamentación física —papel impreso o manuscrito, banda magnética, disco de ordenador, etc.—, que permite su existencia prolongada a través del tiempo, y su estructura interna es pluristratificada, en la que operan un estrato de los sonidos y las formaciones verbales; otro de las unidades semánticas; un tercero de las objetividades representadas, correlatos intencionales de las frases; y, por último, el estrato de los aspectos esquematizados bajo los que esas objetividades aparecen. La intención artística crea una sólida trabazón entre todos ellos, justificando así la armonía polifónica de la obra, y gracias en especial a su doble estrato lingüístico (fónico y semántico), la obra es intersubjetivamente accesible y reproducible, de forma que se convierte en un objeto intencional intersubjetivo que se refiere a una comunidad abierta, espacial y temporalmente, de lectores. Precisamente por ello la obra de arte literaria no es un mero fenómeno psicológico, pues trasciende todas las experiencias de la consciencia, tanto las del autor como las del lector.

Repárese, a este respecto, cómo en perfecta identificación con Roman Ingarden, Wolfgang Kayser dedica todo un apartado a «El estrato de la palabra» dentro del capítulo IV de *Interpretación y análisis de la obra literaria*, que trata de las formas lingüísticas, al mismo tiempo que enfatiza que «la poesía no vive ni crece como reflejo de otra cosa, sino como una estructura lingüística completa en sí misma» (página 7) y, al negar que el poeta sea inmanente al texto literario, afirma rotundamente: «La liberación de esta interpretación psicologista se la debemos también a la fenomenología» (página 21).

Pero la obra de arte literaria —continúa Ingarden— deja muchos elementos de su propia constitución ontológica en estado potencial, pues la suya es una entidad fundamentalmente esquemática. La actualización activa de la misma por parte del lector sana esas lagunas de indeterminación («unbestimmtheitsstellen») o elementos latentes, y si es realizada con una actitud estética positiva, convierte el objeto artístico que la obra es en un objeto estético pleno.

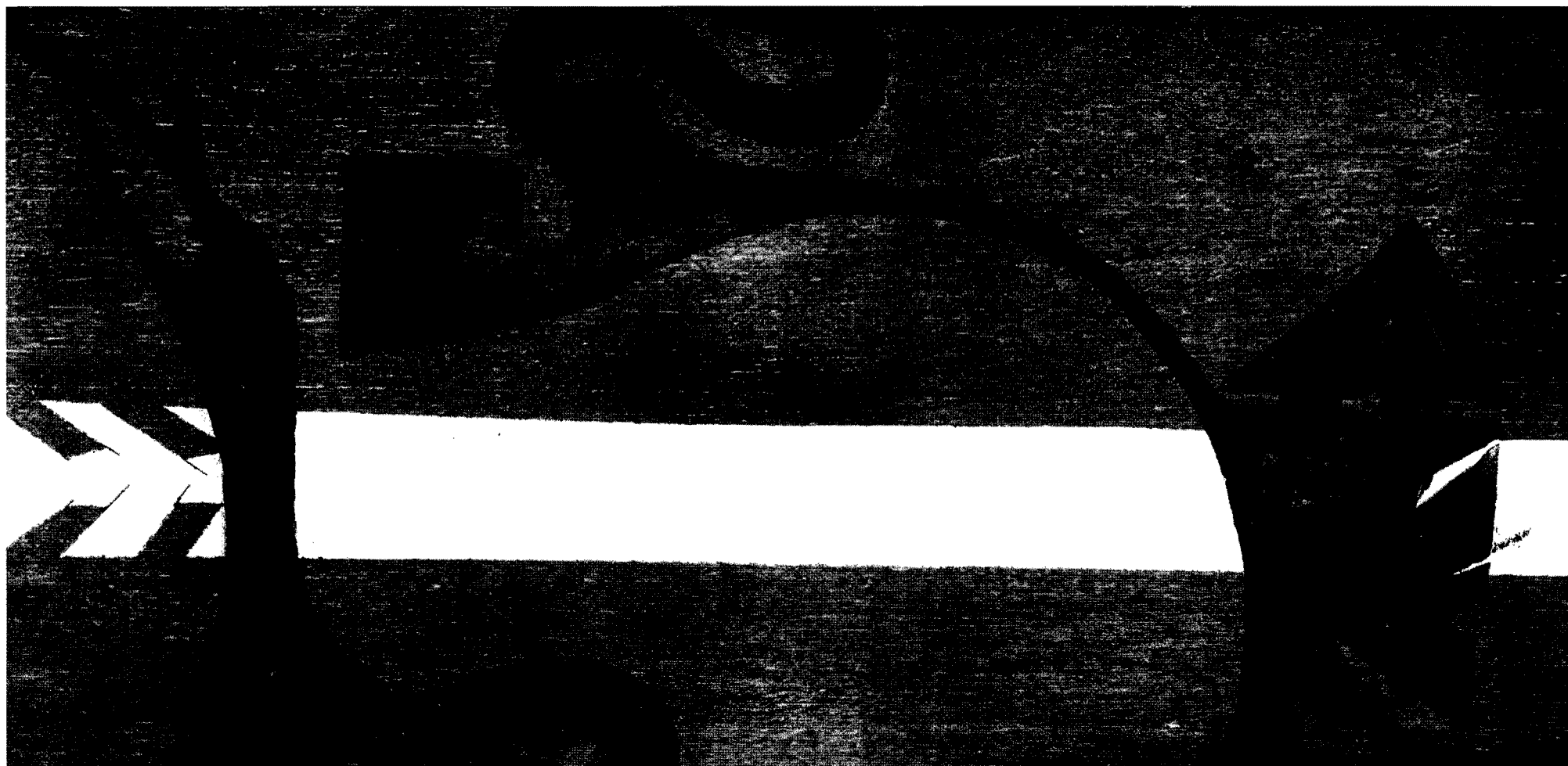
En este orden de cosas, cada uno de los estratos que ontológicamente componen la obra reclama diferentes actualizaciones, pero, sin detrimento de la concretización de todo el conjunto como unidad, destaca en especial el proceso de donación de sentido que el lector emprende a partir de las unidades semánticas y de las objetividades representadas, tarea en la que el esquematismo del que hablábamos exige la aportación de aquellos elementos ausentes o indeterminados sin los cuales la obra no alcanza, empero, plena existencia.



JUSTO BARBOZA



Viene de la página anterior



JUSTO BARBOZA

Ello deja abierto un margen de variabilidad entre los valores artísticos inherentes a la obra en sí y los valores estéticos alcanzados en la concretización o concretizaciones que la provean de su total plenitud ontológica. La diferencia fundamental entre una obra de arte literaria y sus actualizaciones es que en éstas se concretan los elementos potenciales y se complementan las «lagunas» o vacíos de indeterminación de aquélla. Los valores artísticos, pertenecientes a los diversos estratos, son algunos de esos elementos potenciales, y su productividad estética depende en gran medida del sistema de relaciones que se establezcan entre ellos, es decir, la armonía cualitativa equiparable a la «gestalt», o, en otra terminología, a la estructura, a la que Wolfgang Kayser concede importancia suma. Para él, todo texto literario era un conjunto estructurado de frases, fijado por símbolos, portador de un conjunto estructurado de significados. En contra de Croce, Kayser (página 19) llega a afirmar que «para nosotros la estructura es una cualidad esencial de las bellas letras», y a ella dedica todo el capítulo quinto de *Interpretación y análisis de la obra literaria*.

Proceso de lectura

A lo largo de su completo programa de investigación fenomenológica Ingarden se muestra, como Kayser, muy próximo a los formalistas –con los que, sin embargo, no estaba en contacto– por su antipsicologismo, su énfasis inmanentista en conceder primacía, en el marco de su concepción auténticamente estructural de la obra de arte literaria, a los estratos en esencia verbales de la misma, y, claro está, por la trascendencia que otorga al proceso de lectura o actualización en la definitiva constitución ontológica de aquélla. Con ello está sentando las bases para el ulterior desarrollo de las diversas tendencias –historicista, sociológica, estilística, semiológica, psicoanalítica, hermenéutica, etc.– de la «estética de la recepción» actual.

Pero esta huella de una fenomenología que inspira a la vez a la ciencia literaria formalista y a la de orientación pragmática o incluso empiricista alcanza además amplia difusión a ambos lados del Atlántico desde 1949 gracias a un manual ya clásico de *Teoría literaria*, escrito por un checo de nacimiento y de formación, luego emigrado a los Estados Unidos, y un norteamericano –René Wellek y Austin Warren–, que en 1953 fue traducido al castellano antes que a cualquier otra lengua por decisión del maestro de la Filología española Dámaso Alonso, que lo incluyó como obra inicial de la colección «Biblioteca Románica Hispánica» por él dirigida a la que, años después, incorporaría también *Interpretación y análisis de la obra literaria* de Wolfgang Kayser. Cuando, al prologar el manual de Wellek y Warren, Dámaso Alonso manifestaba su plena coincidencia de puntos de vista con los autores, «tanto –escribe– que yo podría asentir sin la menor violencia a las tesis fundamentales de la presente obra», en ello iba el reconocimiento de ese eclecticismo positivo que desde una línea de pensamiento vertebral –en este caso, fenomenología más formalismo– se abre, impregnado del espíritu humanista consustancial a la tarea filológica, a todas las incitaciones científicas e intelectuales.

Resultaría, a este respecto, muy interesante la comparación de la teoría ingardiniana de los diferentes tipos de experiencia literaria que se desarrolla en *Vom Erkennen des literarischen Kunstwerks* con los sucesivos capítulos que Dámaso Alonso dedica en *Poesía española* al «primer conocimiento de la obra poética: el del lector», el segundo conocimiento (de la crítica) y al tercero propiciado por la teoría literaria, y el esquema analítico de Kayser en *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Amado Alonso, por su parte, trabajaba en una *Poética* que lo prematuro de su muerte frustró cuando, según testimonio directo de algunos de sus más directos colegas, aconsejaba a todos la lectura de Husserl e Ingarden. Sin citarlos, curiosamente, a ellos remite la propia fraseología de su «Carta a Alfonso Reyes sobre la

estilística» cuando leemos: «“Significación” es la referencia intencional al objeto (un acto lógico)» (Amado Alonso, *Materia y forma en poesía*, Gredos, Madrid, 1955, pág. 79). El mismo Alfonso Reyes no era menos sensible a estas influencias, que le inducen a emplear desde 1933 el término «fenomenografía» en un libro titulado precisamente *La experiencia literaria*. De la pervivencia entre nosotros de esta constante fenomenológica dan buena cuenta los textos teóricos de Francisco Ayala y la propia teoría de la expresión poética de Carlos Bousoño.

No se me oculta otro argumento a favor de los efectos benéficos que la actitud (mejor que método, pues al fin y al cabo todos o casi todos han acabado por hacerla suya) de la recepción fenomenológicamente fundamentada puede ejercer. Se trata de propiciar a través de ella estímulos de cooperación por parte de los alumnos en el proceso docente, asunto de actualidad en cuanto no hemos cerrado todavía el debate sobre el futuro de las Humanidades. Jonathan Culler aplaudía hace años las implicaciones didácticas de la estilística «afectiva» de Stanley E. Fish y Norman Holland, inspirador de la «Escuela de Buffalo» que ha sabido armonizar la crítica psicoanalítica con la perspectiva de la recepción, reivindicaba el valor no sólo teórico sino también didáctico de utilizar conscientemente el

«One's self, One's identity» como un instrumento insustituible para el conocimiento de la Literatura. Sin que ello signifique, por supuesto, la arbitrariedad absoluta, sino la denuncia en el aula de lecturas incompletas, incorrectas o, por qué no decirlo, aborrecibles. El patrón que las mide y revela es el propio texto, claro está. Pero el texto... leído y contrastado en sus lecturas, tal y como se ha venido haciendo académicamente desde antes de la aparición de la Universidad medieval.

Precisamente en uno de los capítulos de su *Encyclopedia of Literature and Criticism* (Routledge, Londres, 1990), Terence Hawkes se refiere al papel de la Universidad anglosajona en la institucionalización de la Literatura y nos ha recordado cómo el «close reading» del «New Criticism» no era más que la práctica académica de la lectura tutorizada por los profesores, del mismo modo que en Cambridge I. A. Richards llevaba adelante desde los años veinte un programa similar, pues no en otra cosa consiste su «Practical Criticism». Roman Ingarden viene, pues, a aportar el más sólido fundamento científico para justificar –si ello fuese necesario, que no lo es– este reencuentro humanista con «las cosas mismas», que, como querría Husserl, no son otras que el texto y su lector cuando del fenómeno literario se trata. □

RESUMEN

Aunque se hayan traducido otras obras capitales sobre la fenomenología literaria, en el ámbito universitario en lengua española faltaba un título capital, La obra de arte literaria, del profesor polaco Roman Ingarden. A casi setenta años de su edición original, ha aparecido por fin en México la traducción espa-

ñola, de la que se ocupa Darío Villanueva. La tradición fenomenológica literaria, que viene formulada desde el filósofo Husserl, sigue vigente hasta hoy mismo y, como recuerda el comentarista, justifica una evidencia: la realidad de la literatura se fundamenta en nuestra aproximación a ella como lectores.

Roman Ingarden

La obra de arte literaria

Traducción de Gerald Nyenhuis H., Taurus/Universidad Iberoamericana, México, D. F., 1998. 463 páginas. 199 pesos. ISBN: 968-19-0399-4.

La naturaleza muerta y el fin de la historia

Por Víctor Nieto Alcaide

Víctor Nieto Alcaide (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, miembro del Comité Internacional d'Histoire de l'Art, presidente del Comité Español del Corpus Vitrearum Medii Aevi, miembro de la Hispanic Society y presidente del Comité Español de Historia del Arte. Es Premio Nacional de Historia 1999 por su libro *La vidriera española. Ocho siglos de luz*.

El *Guernica* de Picasso ha dado lugar a un fenómeno historiográfico sin precedentes en la historia del arte. Además de la atención especial con que el cuadro ha sido tratado en las obras de conjunto dedicadas a estudiar la obra de Picasso, el *Guernica* ha sido objeto de numerosos artículos y, sobre todo, de libros dedicados exclusivamente a analizar la pintura realizada por Picasso para el Pabellón español del Gobierno de la República en la Exposición Internacional de París de 1937.

Más de treinta libros dedicados a estudiar monográficamente un cuadro es un fenómeno único en la historia del arte que hace inevitable que nos preguntemos: ¿A qué se debe esta producción bibliográfica que roza el límite de una auténtica inflación historiográfica? Con independencia de la calidad plástica de la obra, existen otros aspectos que han determinado esta aparente desorbitada atención de críticos e historiadores por el cuadro. Durante mucho tiempo el *Guernica* cumplió la función y los objetivos para los que fue realizado: mostrar el horror y la sinrazón de la guerra, el doloroso absurdo del sufrimiento y el sacrificio del inocente. Aunque en el cuadro no aparece ninguna referencia concreta al conflicto bélico ni se manifiesta de forma explícita quién es el agresor y quién la víctima —algo que en algunos de los dibujos preparatorios para el cuadro apareció en cierto momento y que Picasso eliminó rápidamente—, el cuadro ha aparecido siempre cargado de múltiples e intensas connotaciones de carácter político.

Dos de ellas eran ineludibles. La primera, que el gobierno de la República había encargado el cuadro para su pabellón en la Exposición de París en un momento en que España se hallaba inmersa en la confrontación de una guerra civil. La segunda se halla en el mismo contenido temático de la pintura. Picasso representó en el cuadro un drama que había tenido lugar en el conflicto poco antes: el bombardeo de Guernica, la ciudad emblemática vasca, por la aviación alemana el 26 de abril de 1937, como un ensayo de bombardeo de aniquilación masiva de la población que, poco después, sería frecuente en la Segunda Guerra Mundial. El efecto producido por el bombardeo de Guernica, al ser el primero de estas características, produjo un impacto emocional y psicológico sin precedentes siendo una de las causas que movió a Picasso a la realización del cuadro. Estas dos circunstancias han impregnado al cuadro de unas connotaciones políticas a pesar de que Picasso no introdujo alusiones que hicieran referencia concreta al conflicto. Tan sólo el título, *Guernica*, y su instalación en el Pabellón de la República introducían una connotación política «externa», apoyada por la voluntad del pintor de que solamente se devolviera a España y se colocara en el Museo del Prado cuando existiera un régimen de libertades.

De esta forma, el *Guernica* se convirtió en un símbolo y una referencia de esta aspiración. Reproducciones del cuadro se convirtieron en la imagen de una reivindicación política aunque los que las colocaban en las paredes de sus casas no tuvieran otra idea que lo que representaba fuera la destrucción de Guernica. Una simplificación que omitía la compleja trama de significados e interpre-



Picasso con una paloma en la cabeza.



El *Guernica* en el Pabellón Español, París.

taciones del cuadro. Todo esto explica la condición de mito político del cuadro, su conocimiento universal y su conversión en una de las imágenes más representativas y más representadas del siglo XX. Lo cual, a pesar de todo, no sirve para explicar la extensísima serie de estudios que le han sido dedicados.

Aunque el tema del cuadro es, en primera instancia, sencillo y elemental —un «grupo» de una población civil masacrada por un bombardeo cruento—, su iconografía es, en realidad, una de las más complejas, diversas, herméticas y escurridizas del arte occidental. Picasso apenas si hizo alguna declaración sobre el significado del cuadro. La «ambigüedad» del significado de la pintura, la complejidad de los cruces de lecturas posibles a través del juego versátil y múltiple de los diversos componentes, así como la recurrencia a arquetipos o «topoi», vigentes en el arte occidental de todos los tiempos, fueron profundamente meditados por el pintor e introducidos en una obra susceptible de una interpretación en la que siempre permanece abierta la posibilidad de una nueva lectura. Un cuadro de significados múltiples, de interpretaciones que nunca se agotan, y cuyo sentido y alcance se incrementa constantemente con el enriquecimiento de nuestra experiencia y nuestras vivencias.

Los significados «ocultos» de la obra son una consecuencia lógica del sistema de ejecución seguido por el pintor. Al iniciar un cuadro Picasso partía de una idea previa elemental que iba cambiando hasta llegar a una solución completamente distinta de la originaria y en la que eran determinantes los cambios y transformaciones que se habían producido a lo largo de todo el proceso. El *Guernica* no fue una excepción en su producción y fue ejecutado así según permiten comprobar los distintos dibujos preparatorios y las fotografías tomadas durante la ejecución del cuadro por Dora Maar. El cuadro, en este sentido, fue acabado cuando Picasso decidió no seguir transformándolo. J. L. Sert, el arquitecto que proyectó el pabellón junto con Luis Lacasa, cuenta cómo el pintor le dijo: «Si no me la quitan y vienen a llevársela no la acabaré nunca». Es decir, antes del actual y definitivo hubo otros muchos «Guernicas», que se habrían multiplicado si Picasso hubiera decidido interrumpir más tarde el proceso de ejecución y transformación.

De ahí que, al igual que la pintura es una obra acabada pero no cerrada, sus significa-

dos sean una propuesta abierta y múltiple que ha determinado que numerosos historiadores se hayan visto atraídos por el laberinto *Guernica* y hayan intentado desenredar la enmarañada madeja de sus significados. Lo cual explica, por otra parte, que las diferentes obras dedicadas al estudio del cuadro —además de los numerosos artículos publicados sobre aspectos concretos—, a pesar de ser todas ellas distintas resulten casi todas válidas, como las de Arnheim (1962), Blunt (1969), Larrea (1977), Palau i Fabre (1979), Russell (1980), Granell (1981), Sebastián (1984), Tankard (1984) y Chipp (1988).

La mayoría de las obras dedicadas a estudiar el *Guernica* han sido, más que intentos de desarrollar estudios globales sobre la obra, apuestas parciales para demostrar una determinada propuesta o hipótesis. En todos ellos se hace un estudio de la historia del cuadro, del proceso de ejecución, para después discurrir por la pintura para demostrar la procedencia de una figura o grupo, de un precedente histórico y señalar el significado concreto de tal o cual elemento. Es cierto que, sin estos estudios, protagonistas del vivo debate que suscita el cuadro de forma permanente, careceríamos de los fundamentos y puntos de referencia imprescindibles para una aproximación a su comprensión. Pero, en muchos casos, las hipótesis han sido planteadas y defendidas con el énfasis de una actitud militante.

Picasso acentuó en el *Guernica* el bagaje de todo el proceso de aculturación que domina su obra. Para Picasso el arte del presente y el del pasado son una misma cosa: un vocabulario, unas palabras que el pintor utiliza para articular una nueva sintaxis con la que articular su propio discurso. Pues no se trata de imitación ni de copia, sino del empleo de un vocabulario para, manipulándolo y reinterpretándolo, crear obras nuevas y renovadoras. El *Guernica*, por su carácter intencionadamente histórico, por su condición de obra representativa oficial, por su carácter de pintura de historia con el tema de la guerra, y por la misma voluntad de permanencia proyectada por Picasso y su interés por el clasicismo —en la más amplia acepción del concepto—, es una de las obras que presenta mayor número de connotaciones y relaciones de este tipo. Lo cual ha determinado que muchos estudios dedicados al cuadro hayan discurrido en torno a



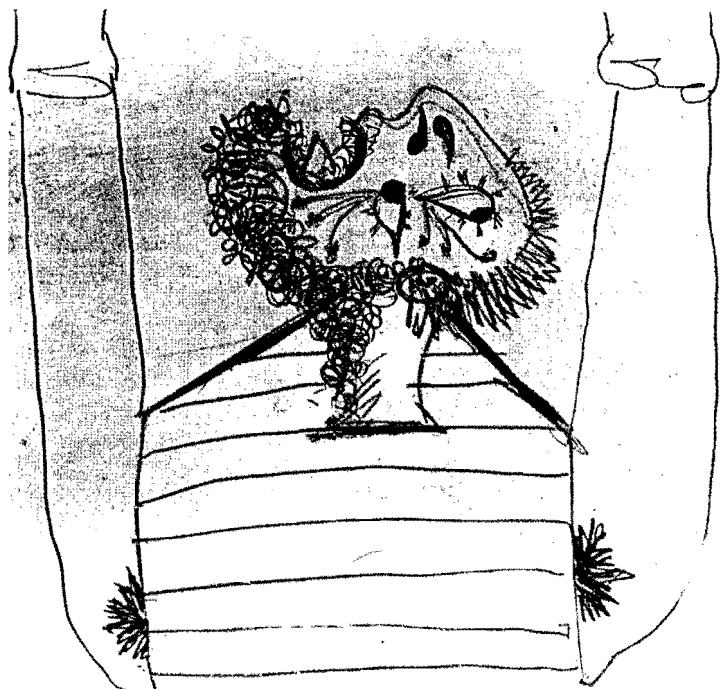
la investigación de la procedencia de elementos tomados de la historia del arte y de algo que en ocasiones ha llegado a convertirse en una auténtica obsesión: la determinación, identificación y localización del símbolo.

Lo que no se había acometido —sin que esto suponga restar valor a los numerosos estudios publicados—, siguiendo un método sistemático, ha sido el análisis del *Guernica* como obra de arte en su sentido integral y unitario planteando su estudio como una investigación específica del ámbito de la Historia del Arte. Es ésta la principal aportación del estudio de Calvo Serraller, *El Guernica de Picasso* (1999), quien ya se había ocupado del cuadro de Picasso con anterioridad en un librito publicado en 1981.

El libro constituye una de las más bellas ediciones dedicadas al cuadro de Picasso y ha sido publicado en la colección *Grandes obras* de TF Editores que se inició en 1996 con la monografía de otra de las obras de la Historia de la pintura, *Las Meninas* de Velázquez (1996) y a la que siguieron *Las pinturas ne-*



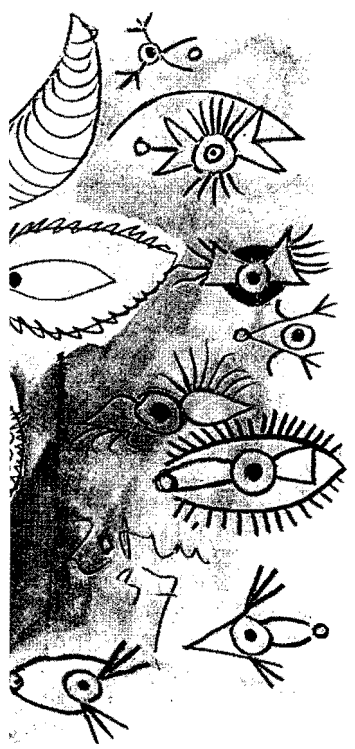
Viene de la página anterior



Hombre, 27-V-1937. Lápiz y gouache sobre papel blanco.



Mujer con un niño muerto, 28-V-1937. Lápiz, pluma y gouache sobre papel gris.



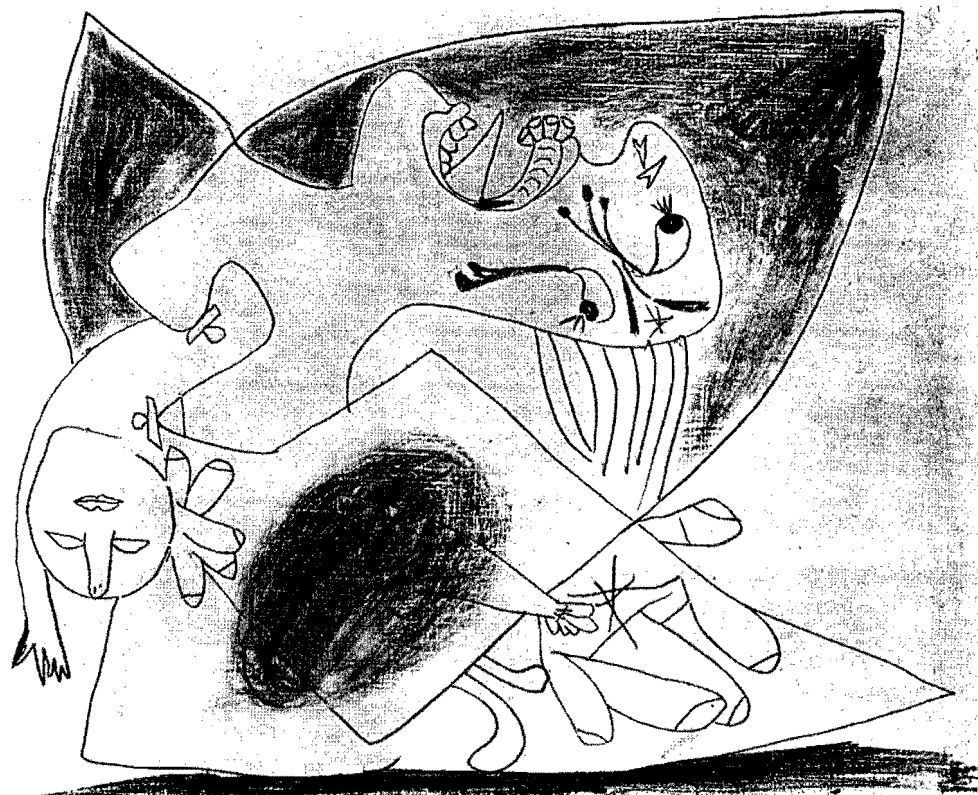
Estudio de cabeza de toro, 20-V-1937. Lápiz sobre papel gris.

gras de Goya (1997) y *El Jardín de las Delicias de El Bosco* (1998). El libro de Calvo Serraller es una renovadora visión de conjunto del cuadro planteada desde una perspectiva integral de historiador del arte. Lo cual ha sido acometido con la garantía de la trayectoria seguida por su autor, un historiador que no se hallaba amordazado por la sumisión a los límites de un estrecho periodo de la historia y uno de los críticos de arte contemporáneo más relevantes. Calvo Serraller ha acometido estudios del arte y la teoría artística sobre aspectos que van desde el Renacimiento a nuestros días, todo un bagaje sin el cual no podría haberse emprendido un análisis del *Guernica* con las características que presenta su estudio.

El punto de partida de la génesis de la realización del *Guernica* no lo plantea exclusivamente como las consecuencias de un encargo o de un impulso aislado. Picasso acomete el cuadro en un momento de conciencia de la tensa situación política internacional, del problema de la guerra civil española, en medio de no pocos problemas íntimos de carácter sentimental y, sobre todo, en el contexto de una

profunda crisis del arte de la que el pintor era plenamente consciente. Es decir, según Calvo Serraller, el *Guernica* no surge como una creación pura «ex nihilo», sino como una proyección íntima del estado del mundo interior de Picasso de ese momento, según ponen de relieve pinturas y, sobre todo, algunos dibujos inmediatamente anteriores a la ejecución del cuadro. En este sentido el *Guernica* surge de este estado anímico y, también, de la acumulación de imágenes, vivencias, sentimientos e inclinaciones sobre las más disparas obras de arte que se fueron sedimentando en el interior del pintor desde que comenzase a interesarse por el arte.

En el *Guernica*, «una alegoría moral sobre el horror bélico», Picasso desarrolló una composición, basada en la estructura de un frontón clásico, pintada en blanco y negro y con la representación de una estatua, la única referencia a un hombre, varias mujeres, un caballo, un ave y un toro. Se trata de una pintura que se inserta en el género de Historia, —y como toda la pintura de Historia consecuencia también de un encargo— de una historia épica, con claras relaciones con composiciones del Renacimiento italiano, especialmente en lo que respecta a la tensión entre elementos verticales y el formato apaisado en el que se desarrolla la secuencia argumental. Una pintura de Historia con claras relaciones con «precedentes españoles como *Las lanzas de Velázquez* y, sobre todo, *Los fusilamientos del 3 de mayo* de Goya, con la abundante literatura del siglo XIX sobre el tema de la guerra, y con las abundantes representaciones de masacres de la pintura del siglo XIX».



Mujer con un niño muerto, 28-V-1937. Lápiz, crayón y óleo sobre papel blanco.

Pero, con independencia de estas fuentes, Calvo Serraller señala otra, con un profundo sentido crítico, en la que se concentra una de las aportaciones fundamentales de su estudio. El *Guernica* fue el primer cuadro de historia realizado por Picasso. Con anterioridad el género más practicado por el pintor había sido indudablemente el bodegón; no el bodegón entendido a la manera española, sino el bodegón concebido en un sentido más amplio como «naturaleza muerta». Pues bien, Calvo Serraller plantea la hipótesis de acometer la explicación y análisis del *Guernica* como naturaleza muerta. En la pintura existen elementos propios de la naturaleza muerta. El cuadro está presidido por la muerte y otros componentes propios del bodegón como lámparas, una estatua, animales, una flor. El *Guernica* como «vanitas», como «memento mori». En realidad, el tratamiento de la historia aparece como una naturaleza muerta; es decir, como un género tradicionalmente considerado como superior a través de otro considerado ínfimo, es decir como un fin apocalíptico de la historia.

Pero, con independencia de estos problemas formales, a los que se suman los innumerables precedentes y analogías que se han aportado con más o menos fortuna y acierto en relación con los distintos personajes del cuadro, se halla el problema complejo e ineludible del significado de la obra. Algo que no ha sido resuelto ni se agota y que ha dado lugar a un «delirio interpretativo». Pues, en realidad, el significado del *Guernica* no puede limitarse, en un apresurado reduccionismo, a una sola significación, sino que hay que extenderlo a toda la complejidad que su trama de componentes desempeña en el

cuadro. Hay referencias al sacrificio, las hay a la combinación del tiempo presente y el histórico, existen componentes derivados de las vivencias de la vida personal e íntima del pintor, y existen numerosos «precedentes» históricos y de la obra anterior de Picasso que impregnan de nuevas sugerencias conceptuales y significativas al cuadro.

Precisamente por eso mismo se hace precisa una elemental cautela en la que el primer principio que debe ser tenido en cuenta es el de que no existen referencias precisas y que todas comportan un valor equívoco y, en muchos casos ambiguo. Pues incluso las informaciones periodísticas posteriores al bombardeo no son coincidentes unas con otras. A esta ambigüedad y polivalencia de las imágenes del *Guernica* se ha debido que la obra alcanzase «una perdurable significación universal». La combinación de elementos, personales, objetivos, históricos, la presencia permanente de «topois», configuró un espacio de significados cruzados en el ámbito de una modernidad radical. La referencia a elementos históricos como la estatua caída en el suelo, y a la contemporaneidad como la bombilla de la parte superior, a la ciudad y al campo, al interior y al exterior del escenario crean la tensión de un drama individual y universal. El flash de la bombilla que seculariza el dolor y plantea la idea de cómo en la sociedad moderna hay un lugar para lo inolvidable. En suma, la imagen de cómo el hombre contemporáneo vive y comprende lo trágico sin acudir para ello a la referencia explícita sino a la dualidad del pasado y el presente y a la referencia equívoca de un drama individual y colectivo. □

RESUMEN

El *Guernica*, de Picasso, no sólo es un mito político y una de las imágenes más representativas y representadas del siglo XX, sino también una de las pinturas que más estudios e interpretaciones ha suscitado en la historia del arte. Aunque el tema del cuadro, en principio, parezca sencillo y elemental, su ico-

nografía resulta compleja y hermética. Es, en fin, un cuadro de significados múltiples, tanto como lecturas del mismo cabe hacer. El libro de Calvo Serraller, que comenta Victor Nieto Alcaide, es una renovadora visión de conjunto de la pintura planteada desde una perspectiva integral de historiador del arte.

Francisco Calvo Serraller

El *Guernica* de Picasso

Tf Editores, Madrid, 1999. 164 páginas. 18.000 pesetas. ISBN: 84-89162-76-X.

La matemática entra en la novela

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Ciencias. Ha sido presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática desde 1991 hasta 1999. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

En los últimos años, y tal vez con motivo de la celebración en este año 2000 del Año Mundial de la Matemática, que se viene preparando ya desde 1992, se está dando un fenómeno curioso y alentador para los que esperamos que en un futuro más bien próximo desaparezca esa especie de guerra de las dos culturas que desde hace tiempo aqueja a nuestra sociedad: los matemáticos comienzan a escribir novelas con las matemáticas como protagonistas, o al menos como personaje muy principal.

Aportaciones matemáticas a la literatura

Es cierto que en la larga historia de la comunidad matemática ha habido un número considerable de sus miembros que han realizado notables aportaciones a la literatura, algunas de ellas de primera categoría.

Blas Pascal (1623-1662), con sus *Cartas Provinciales*, suele ser considerado como uno de los creadores del francés moderno. Johannes Kepler (1571-1630) con su *Somnium*, la narración del sueño de un viaje a la luna, la última obra que escribió en 1628, es el creador del género de ciencia-ficción, anticipándose en dos siglos a Julio Verne (1828-1905). Lewis Carroll (1832-1908), es decir Charles Lutwidge Dodgson, profesor de Matemáticas en Oxford, con su *Alicia en el País de las Maravillas*, un juguete escrito inicialmente para entretenimiento suyo y de tres niñas amigas suyas, es también el creador de un nuevo estilo que sigue aún hoy plenamente vigente. Es verdad que también escribió lo que el llegó a considerar su «opus magnum», *Silvia y Bruno*, un aburridísimo bodrio que se resbala de las manos de puro relamido, pero una cosa se le puede perdonar por la otra.

Las vidas de algunos de los matemáticos famosos de diversas épocas tienen un interés narrativo y literario ciertamente destacable. La autobiografía de Cardano (1501-1576), su extraña obra *De propria vita*, se sigue con el interés de una novela de aventuras. Las vidas de Copérnico, Galileo y Kepler narradas con vigor por Arthur Koestler en su obra *Los sonámbulos* dejan bien patentes el entusiasmo por la actividad científica de aquellos personajes que iniciaron una verdadera revolución del pensamiento. Los recuerdos autobiográficos, *Una infancia rusa* (1889), de Sonya Kovalevskaya (1850-1891), profesora de Matemáticas en la Universidad de Estocolmo, publicados primero en ruso e inmediatamente en sueco (traducidos al inglés en 1978, Springer), tuvieron el éxito de un bestseller en su propio tiempo.

También es cierto que la matemática ha sido el centro de algunas producciones literarias y filosóficas famosas por diferentes razones. Algunos de los diálogos de madurez de Platón, como *Teeteto* y *Timeo*, colocan la matemática en el centro de la atención. Dando un gran salto en el tiempo nos encontramos con una obra curiosa, *Planilandia*, escrita a fines del siglo XIX por un geómetra personaje, un anónimo Cuadrado, en realidad Edwin Abbott Abbott (1838-



1926), un maestro que se hizo mucho más famoso por esta breve narración que por sus obras teológicas, filosóficas y de crítica literaria. En ella intenta, a través de las aventuras y desventuras de este Cuadrado convertido en apóstol de la tercera dimensión en el obtuso país de las dos dimensiones, «contribuir al ensanche de la imaginación y al posible desarrollo del rarísimo y excelente don de la modestia entre las razas superiores de la larga, ancha y profunda humanidad».

En nuestros días no pocos han sido los autores, tanto literarios como cinematográficos, que se han adentrado, con más o menos acierto en temas de sabor matemático. Jorge Luis Borges ha sido un buen modelo, con *El Aleph* y con otros muchos de sus ensayos, en el arte de conjugar el conocimiento matemático con el interés narrativo y expresivo. Las películas recientes que explotan, de forma más bien superficial, el interés de muchos por tales temas como los números primos y su papel para una encriptación eficiente en la comunicación, los fractales, el caos matemático, no son escasas. Como ejemplos se puede señalar el matemático obsesionado con los números primos de *Las dos caras del amor*, el joven genio alocado de *El indomable Will Hunting*, el típico matemático absorto por los misterios del caos de *Parque Jurásico*...

Un paso más allá

Pero el fenómeno nuevo consiste en que empiezan a surgir matemáticos que se han adentrado con profundidad y seriedad profesionales en su campo y que conocen bien, por propia experiencia, el mundo interno peculiar en que la personalidad del matemático profesional se mueve, así como las reglas del juego propias de esta vieja y compleja comunidad matemática, su historia, sus idas y venidas, y que se han decidido a penetrar

provistos de este bagaje en el mundo de la expresión literaria a fin de dar a sentir y a conocer a otros el entusiasmo, la fascinación y las pasiones que el vivir y el quehacer matemático es capaz de despertar.

Y al llegar a este punto probablemente más de uno de los lectores de esta nota se estarán formulando preguntas como las que siguen. ¿Pero es que las matemáticas pueden despertar pasión alguna? ¿No se trata del eterno aburrimiento de un avance rectilíneo y sin sorpresas? ¿Es que no hemos aprendido que el quehacer matemático consiste en empezar colocando unas cuantas definiciones y unos cuantos axiomas y después todo se reduce a extraer cuidadosamente, siguiendo fielmente, tal vez un tanto servilmente, las normas de la deducción lógica, las conclusiones que ya están de algún modo en ese mismo comienzo? ¿De dónde puede surgir la sorpresa? ¿Qué es lo que puede atraer en este ejercicio? Quien vea en esto entusiasmo, pasión, vida... ¿no está dando muestras de tener una mente extraviada?

Hipnótica atracción

Y sin embargo la realidad habla por sí misma. Desde los antiguos babilonios y egipcios de hace más de 5.000 años hasta nuestros días, pasando por los pitagóricos que marcaron el rumbo que hoy tiene el progreso matemático, han sido innumerables las personas que no han podido resistirse a la hipnótica atracción de la matemática. Pienso más bien que esa especie de elegante desdén, tonta moda de nuestros días, en las confesiones públicas de ignorancia matemática por parte de muchas de las personas que hoy se consideran cultivadas es algo que no se ha dado en épocas pasadas en los ambientes cultos. Creo que lo normal ha sido una actitud de respeto que ha variado en intensidad, desde la suma estima de Platón o Kant hasta la mera consideración atenta por parte de mu-

chos de aquellos que no han tenido ocasión de introducirse en el campo matemático. Y para contribuir a volver a una cierta normalidad en este aspecto bien está que los matemáticos por nuestra parte nos esforcemos en abrir más ampliamente las puertas de nuestro mundo.

Entra el tío Petros

Para quien desee asomarse al universo interior de lo que para el matemático representa la dedicación a su ciencia yo le recomendaría que leyera *El tío Petros y la conjetura de Goldbach*, una de las obras actuales que muestran esta entrada de la matemática en la novela de la mano de alguien que se ha hecho con un conocimiento serio de ellas. Su autor, Apostolos Doxiadis, nacido en Australia en 1953 de origen griego, se educó inicialmente en Atenas y estudió matemáticas en la Universidad de Yale, uno de los grandes centros de actividad matemática de Estados Unidos. Allí fue admitido a sus quince años después de presentar un trabajo original y allí estudió inicialmente sus matemáticas, fundamentalmente en el campo de la matemática aplicada. Luego lo hizo en París. Más adelante se dedicó al cine (*Terirem*, Premio del Centro Internacional de Cine de Arte, ICAC, Berlín, 1988) y a la literatura. En 1992 escribió en griego esta novela que más tarde, en 1998, tradujo él mismo al inglés. Quien quiera informarse sobre muchos otros aspectos de su actividad matemática, literaria y cinematográfica puede consultar su página en la red (apostolos-doxiadis.com).

La novela de Doxiadis es una obra breve e intensa escrita con gran acierto dramático. La trama es relativamente sencilla y por la verosimilitud con que está escrita hace intuir la inclusión de muchos elementos de alguna manera autobiográficos. El narrador es un joven griego de una familia bien establecida en la que hay un extraño personaje, el tío Petros, que parece no encajar bien en ella y que atrae la curiosidad del sobrino. Poco a poco se va desvelando el misterio. El tío Petros ha sido un matemático notable. El sobrino, que ha decidido ser matemático, le pide consejo. Extrañamente el tío Petros trata de disuadirle, sin conseguirlo. A partir de ahí, y siempre con el enigma del tío Petros en el fondo, se va engarzando la fase de formación matemática del sobrino con el descubrimiento del misterio de la personalidad del tío Petros.

Son muchos los aspectos interesantes y novedosos de la obra. Está escrita por un matemático que sabe bien de qué habla cuando habla de matemáticas y que aun así ha tratado de dejarse asesorar por grandes expertos en algunos temas sobre los cuales es más difícil hablar, incluso para un matemático, como Keith Ribet al tratar del teorema de Fermat-Wiles (1995). La narración no adolece en absoluto, como uno tal vez podría temer, de un sobrepeso tecnicista que la hubiera podido hacer inaguantable. El eje del interés es humano, es la pasión inmensa del tío Petros por su tema desvelada poco a poco, pasión que uno nunca llega a saber con certeza si le conduce a la locura o a la apoteosis. Con datos históricos plenamente fidedignos, excepto naturalmente, los propios de la trama particular del tío Petros, que cualquiera distingue como ficticios aunque no inverosímiles. Sobre hechos matemáticos de los que se puede uno fiar. Con una trama que revela la inmersión del autor en el mundo de vericuetos internos y trampas externas e interiores en las que un matemático creativo real puede enmarañarse, empujado y engañado por



Viene de la página anterior



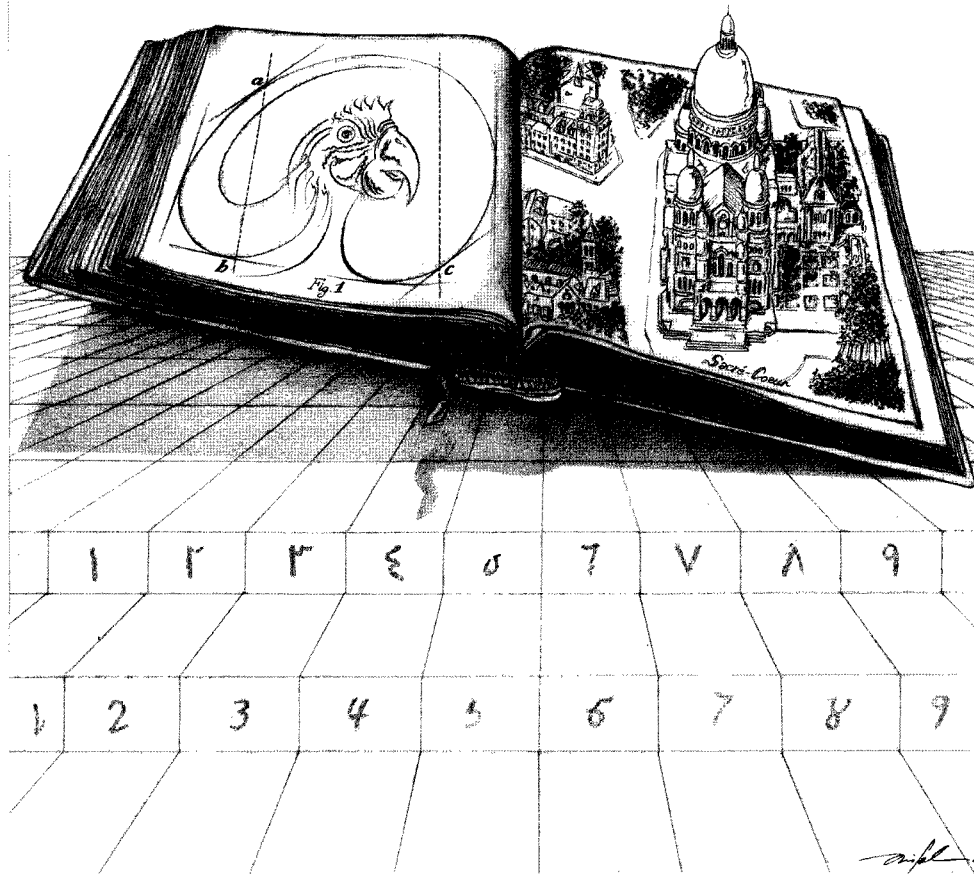
sus propios intereses y por sus individuales espejismos. Escrita con un grado de concentración excelente que logra que en todo momento la narración mantenga al lector atento y deseoso de saber lo que está por llegar. Temáticamente centrada en problemas matemáticos reales de total actualidad con la característica de ser perfectamente inteligibles para cualquier profano en matemáticas (el lector apenas encontrará números en la novela y los pocos que encuentra son plenamente asequibles para un alumno de enseñanza básica) si bien su solución, que como es de esperar aquí ni se toca, resulta extraordinariamente complicada o inexistente en la actualidad, como en el caso de la conjetura de Goldbach. Doxiadis, con una maestría pocas veces presente en los expositores de matemática, ha logrado lo que hubiera parecido imposible. Construir un potente drama basado esencialmente sobre la conjetura de Goldbach que simplemente afirma que cualquier número par mayor que dos se puede expresar como suma de dos números primos.

La traducción al español es buena y cuidada, lo que no es nada trivial en una novela de tema matemático. La presentación externa es agradable. Alguna errata se ha deslizado en el texto, lo que llama especialmente la atención porque el autor se ha esmerado en colocar su historia dentro de un marco real. En la página 110 al presentar ocasionalmente una lista de los mejores matemáticos de la historia aparece un tal Ruler entre Newton y Gauss. Es claro que se trata de Euler. En la página 113 se habla del Segundo Congreso Internacional de Matemáticas celebrado en París en 1910. Tal congreso tuvo lugar en 1900, como por otra parte ha aparecido ya con fecha correcta en la página anterior.

Una mirada al mundo del matemático

Vale la pena aprovechar una ocasión como la aparición de esta magnífica novela para asomarse a eso que para el propio matemático aparece como un tanto misterioso. ¿Por qué la dedicación a la matemática puede ser apasionante hasta el punto de absorber la vida de una persona tan drásticamente como aparece en esta novela y como se da con cierta frecuencia en la realidad?

A mi parecer, y como corresponde a la naturaleza obscura de las motivaciones personales, las posibles respuestas son muy variadas y complejas, aunque hay probablemente muchos elementos comunes a todas ellas. Uno de los mejores matemáticos del pasado reciente, G.H. Hardy (1877-1946), escribió en 1940 su *Apología de un matemático*, un ensayo muy interesante (edición española reciente en Nivola, 1999) en el que expresa de modo franco y atrayente su concepción de la dedicación a la matemática. Muchas de las ideas que él propone, aunque no todas, son compartidas probablemente por la mayoría de los matemáticos. La matemática es bella en sí misma, un monumento mucho más perenne que el bronce e incluso, como la mejor música, mucho más universal que las producciones literarias, aunque su belleza, «tan sólo asequible a los ojos del alma», en frase de Platón, no se alcanza sin cierto esfuerzo que nos la haga connatural y familiar. La matemática es una aventura del espíritu que ha producido objetos mentales que no pierden con los siglos nada de su esplendor y grandeza, como el cálculo infinitesimal, un pozo al que nos asomamos con asombro creciente a medida que maduramos y que, como dijo G. Polya, otro gran analista matemático del siglo XX, «nunca se llega a entender del todo; todo lo más nos acostumbramos a él». La matemática es, como lo proclamaron ya los



PEDRO GRIFOL

pitagóricos de hace más de 25 siglos, la herramienta adecuada para acercarnos más y más a «las raíces y fuentes de la naturaleza eterna». La contemplación de la transparencia de las verdades matemáticas y de su adecuación a las realidades de nuestro mundo, la observación de la eficacia de sus métodos para resolver multitud de problemas, teóricos y prácticos, relacionados con este universo lleno de maravillas y de misterios que nos rodea, la sensación de anticipación que el matemático tiene cuando mediante las herramientas de su campo hace surgir cohesión y unidad allí donde antes sólo veía caos y desorden proporciona un placer incomparable por el que vale la pena hacer el mayor de los esfuerzos.

Por eso la matemática, que se ha comparado desde antiguo con la música, y con la que tiene profundas conexiones internas como ya detectó el mismo Pitágoras, participa plenamente de las características del arte como productor y facilitador del goce estético de la belleza. Y de ahí viene el hondo convencimiento de muchos de los matemáticos más creativos de que quien no sea capaz de contemplar la matemática a la luz de esta belleza que la circunda no llegará a crear nada verdaderamente válido en ella.

Cuando se consideran estos aspectos de la matemática, que probablemente en un futuro aún lejano no resultarán nada extraños a nadie, se siente una honda pena ante la percepción de lo que hoy la matemática significa colectivamente para nuestra sociedad. Resulta lastimoso observar la degradación en la que se ha ido sumergiendo la educación matemática en nuestro entorno y en nuestros días. Nuestro sistema ha conseguido, a través de mecanismos mal programados, que incluso muchos de los más inteligentes de nuestros niños que llegan a las escuelas con la mente llena de la curiosidad más propicia para conseguir hacerles apreciar algo de lo que la actividad matemática realmente significa, al cabo de pocos años resulten contaminados con el miedo y las obsesiones hacia ella en que la sociedad, en bastantes casos sus propios maestros, están sumergidos. A mi parecer la raíz de tan triste situación de nuestro sistema educativo se encuentra en que no hemos proporcionado a nuestros maestros de la enseñanza inicial las oportunidades adecuadas para que ellos mismos sean capaces de contemplar el quehacer matemático con otra visión distinta de la mera manipulación y ru-

tina que conducen necesariamente al aburrimiento. Por esta razón es tanto más de agradecer la aparición reciente de otra de esas novelas de tema matemático que puede constituir una verdadera fuente de inspiración para alumnos y profesores de cualquier nivel, así como para cualquier persona culta que desee apreciar desde dentro lo que la matemática ha representado y sigue representando en la cultura humana.

Entran el loro y su teorema

Denis Guedj es matemático y profesor de historia de las ciencias en la Universidad de París VIII. También él se ha dedicado además a la literatura y al cine con éxito. En 1998 publicó *Le théorème du perroquet* con gran éxito en Francia. Recientemente ha aparecido también en español (*El teorema del loro. Una novela para aprender matemáticas*). El teorema del loro será narrado pronto en más de 20 idiomas.

Todos los que leímos hace unos años *El mundo de Sofia* de Jostin Gaarder nos imaginábamos que no tardarían en salir a la luz proyectos semejantes relacionados con otros temas del modo como aquél se relacionaba con la historia de la filosofía. La obra de Guedj es, en cierto modo, el homólogo matemático de *El mundo de Sofia*. Lo que está en el centro de ella no es tanto la matemática misma como la

historia de las matemáticas. Pero naturalmente, en la narración de la historia aparecen como vivos en sus personajes reales muchos de los temas que, desafortunadamente, en la enseñanza actual de la matemática y en la cultura popular no son sino, a lo sumo, meros nombres sin cara ni vida.

Pienso que la obra de Guedj ha sabido superar la de Gaarder en algunos aspectos importantes. Guedj ha seleccionado una serie de temas muy bien escogidos que transmiten un calor humano muy atrayente, sin obligarse a una visión exhaustiva. Por otra parte ha logrado envolver estos fragmentos de la historia de la matemática en una trama muy interesante, a mi parecer, especialmente para el público más bien juvenil al que más directamente se encamina. Al principio la trama parece un tanto embrollada, pero a lo largo de las 540 páginas del libro y una vez que el lector se acostumbra al estilo un tanto entrecortado en que está escrito, resulta intrigante, sobre todo en su desarrollo final. Se trata de una narración detectivesca que se va desenvolviendo paulatinamente al hilo de las visitas de Ruche, un viejo librero de curiosa personalidad, a los libros matemáticos de la Biblioteca Nacional de París y de la inspección de los libros que Grosrouvre, un viejo amigo y compañero de los años de estudios en París, le envía desde la selva de Brasil; visitas entremezcladas con sus entretenidas exposiciones para los miembros de su muy especial familia.

Creo que la aparición de *El teorema del loro* en castellano tendrá una magnífica acogida entre nosotros y servirá para convencer a muchos, jóvenes y no jóvenes, matemáticos y no matemáticos, de que la matemática es efectivamente una apasionante aventura del pensamiento, al tiempo que animará a muchos profesores y estudiantes a tratar de entrever, a través de este recorrido de la historia de la matemática, la vida que rezuma de las grandes creaciones y teoremas de la matemática.

En nuestro entorno el Año Mundial de la Matemática comenzó con buen pie. Que nuestro Parlamento, Congreso y Senado, acogiera con entusiasmo el pasado mes de enero la celebración en su misma sede de esta iniciativa de la Unión Matemática Internacional constituyó un magnífico ejemplo para la comunidad internacional. Muchas son las actividades matemáticas que están previstas en nuestro país durante este año 2000, pero nuestra comunidad matemática se debería esforzar en que de ellas surjan las mejoras permanentes necesarias para un progreso de la educación y cultura matemática de nuestra sociedad. Obras como las que aquí hemos comentado ayudarán extraordinariamente para conseguirlo. □

RESUMEN

Coincidiendo con el Año Mundial de la Matemática se publican en España, tras el éxito obtenido en otros muchos países, dos novelas que tienen mucho que ver con la matemática y el mundo del matemático; y matemáticos son los dos autores, Apostolos Doxiadis y Denis Guedj. De ambos relatos,

que tratan problemas matemáticos, pero perfectamente inteligibles para cualquier profano, se ocupa Miguel de Guzmán, quien resalta cómo esta materia, desde los griegos, produce goce estético y creativo, por más que se haya ido degradando en el sistema educativo actual.

Apostolos Doxiadis

El tío Petros y la conjetura de Goldbach

Traducción de M.^a Eugenia Ciocchini, Ediciones B, Barcelona, 2000. 199 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 84-406-9490-3.

Denis Guedj

El teorema del loro. Una novela para comprender matemáticas

Traducción de Consuelo Serra, Anagrama, Barcelona, 2000. 537 páginas. 3.300 pesetas. ISBN: 84-339-6908-0.

Por todas las razones prácticas

Por Antonio Córdoba

Antonio Córdoba (Murcia, 1949) es matemático. Ha publicado artículos de investigación en *Análisis Armónico*, *Teoría de los Números*, *Ecuaciones Diferenciales* y *Física matemática*. Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, ha sido profesor de la Universidad de Princeton y miembro del *Institute for Advanced Study*. Fundó la Revista Matemática Iberoamericana.

Vivimos inmersos en un mar de números: efemérides personales y sociales, documento nacional de identidad, cuentas bancarias, porcentajes de infectados por el virus de la gripe, tasas de inflación, estadísticas de parados, intereses y descuentos, son algunos ejemplos de esta realidad numérica cotidiana. La naturaleza y el arte nos ofrecen por doquier formas bellas de un rico contenido geométrico, tales como las espirales de las caracolas, de las margaritas y de las piñas, la geometría fractal de la coliflor o del brécol romanesco, la perfección de los cristales y de los mosaicos de la Alhambra, los puentes de Calatrava, el cubismo, los cuadros de Escher o el arte de Vasarely. Nuestra salud y nuestro bienestar dependen de técnicas que involucran gran cantidad de métodos y algoritmos matemáticos. En los hospitales se diagnostica diariamente la existencia de tumores por medio de la Tomografía Axial Computerizada (TAC). El paciente aprecia seguramente la destreza de los médicos que le atienden. Es posible que también valore la tecnología avanzada de las máquinas de rayos X, producto del ingenio de físicos e ingenieros. Sin embargo, es mucho más difícil que sepa que los cálculos que realiza el computador están basados en profundas teorías matemáticas, que convierten en imágenes nítidas de los tejidos los datos numéricos de la pérdida de intensidad de los rayos que los atraviesan. Los discos compactos tienen un algoritmo aritmético de corrección de errores que es responsable de que sigan sonando bien después de ser rayados. Los códigos de barras que tanto facilitan la elaboración de la cuenta de nuestra compra diaria, están basados en la aritmética modular y en la representación binaria. La transmisión de mensajes y el tratamiento de imágenes tienen también una importante base matemática. Cabría

deducir de estos y otros muchos ejemplos que las matemáticas son ubicuas y que así lo deben percibir los ciudadanos. Nada más alejado de la realidad, en general ocurre todo lo contrario. Pasan inadvertidas y resultan invisibles para sus usuarios.

¿A qué se debe esta invisibilidad? Hay muchas razones. En primer lugar, la divulgación de las matemáticas es una tarea intrínsecamente complicada. Cuando un físico, un químico o un ingeniero presentan sus trabajos a un público amplio, procuran eliminar las ecuaciones para concentrarse en las imágenes y en las descripciones más o menos metafóricas. Es decir, la divulgación científica y tecnológica significa, en gran medida, la eliminación de las matemáticas en los distintos modelos. El público recibe con cierta frecuencia información sobre agujeros negros, «quarks», expansión del universo y superconductividad. Por poner algunos ejemplos de temas recurrentes que los medios de comunicación dedican al ciudadano que desea enriquecer su ocio y su concepción del universo leyendo artículos de divulgación. De manera que a través de las revistas de venta en los quioscos, o incluso de la prensa diaria, podemos saber, por ejemplo, acerca de esos componentes «últimos» de la materia llamados «quarks» que están dotados de color, sabor o incluso encanto. Pocos sospechan que hay una rica estructura matemática detrás y, mucho menos, que ésta constituyó el principal motivo de su hallazgo. Desde los comienzos de su construcción, los grandes aceleradores produjeron nuevas partículas que reclamaban teorías que las explicasen. ¿De qué manera podemos entender su masa, su carga o su espín? ¿Cuál es la naturaleza de sus fuerzas de interacción? La respuesta dada por Gell-Mann involucraba a una estructura matemática llamada grupo SU(3). Por razones que se remontan al empeño de resolver las ecuaciones algebraicas de grado mayor o igual a cinco, y al estudio de las simetrías geométricas, los matemáticos habían desarrollado la teoría de los grupos y de sus representaciones. En el caso del grupo SU(3), las representaciones se corresponden con las partículas de la física, tales como protones o neutrones. Gell-Mann se dio cuenta de que podía construir las todas a partir de dos representaciones fundamentales. Así nacieron los «quarks». El paso siguiente fue la construcción de poderosas y costosísimas máquinas para observarlos me-

yor. Y en eso andamos todavía. Los físicos, que son un colectivo mucho más agresivo que el de los matemáticos, han tenido un éxito notable en divulgar estas historias entre el público, que ve en ellas la presencia de la física, pero no de las matemáticas, porque permanecen invisibles en la oscuridad.

Destreza y talento

Otra razón importante radica en la docencia. Las matemáticas desempeñan un papel decisivo en el entrenamiento y desarrollo racional del cerebro. Por lo que, desde hace siglos, forman parte sustancial del currículum en los niveles primario y secundario. Ahí nos encontramos con un problema. Parece que una parte nada desdeñable de los ciudadanos salieron algo asustados de la experiencia y, durante el resto de sus vidas, asocian a las matemáticas no con la búsqueda de la verdad y de la belleza o con el instrumento más adecuado para entender las leyes de la naturaleza, sino con una especie de tortura espiritual. Como quiera que muchos de estos niños asustados logran tener éxito en sus profesiones y gozan de una cierta influencia social, contribuyen luego a perpetuar el estereotipo del profesor de matemáticas hosco y malhumorado, que proporcionó infelicidad a muchos días de la infancia por su insistencia en enseñarles conocimientos abstrusos e inútiles. Como hizo el rector de una importante universidad española el pasado mes de enero: en el acto de apertura del Congreso de la Real Sociedad Matemática tuvo a bien informar a la parroquia de que, en su examen de reválida de bachillerato, había sido calificado con un cero en matemáticas. Dicho en un tono distendido, incluso jocoso, parecía un acto de sutil venganza demostrar fehacientemente a todos los matemáticos allí reunidos cómo es posible llegar a ser excelentísimo y magnífico Sr. Rector, e incluso administrar un gran presupuesto, a pesar de haber sido incapaz, aunque fuera a los quince años, de resolver un sencillo problema. Ejercicio que, probablemente, tan sólo involucraría a una ecuación de segundo grado, algo que ya sabían hacer los babilonios de hace treinta siglos. ¿Podemos imaginarnos el caso de un rector que inaugurase un congreso de lingüistas confesándoles que suspendió la reválida por sus muchas faltas de ortografía?

La literatura y el cine nos proporcionan también ejemplos abundantes de estos tristes lugares comunes. Las matemáticas suelen tener mala prensa. Los medios de comunicación les dan, casi siempre, un tratamiento pintoresco, poniendo el énfasis en sus aspectos más exóticos y periféricos. Una tontería demasiado generalizada consiste en asociarlas con la habilidad para efectuar cálculos enrevesados, aunque triviales, como hacía el personaje autista que representaba Dustin Hoffman en la película *Rain Man*. Nuestros hombres de letras suelen contribuir a la perpetuación de esa imagen de disciplina abstrusa y aburrida. Hay quien considera de buen gusto en artículos periodísticos, entrevistas y tertulias radiofónicas, hacer ostentación pública de sus desconocimientos matemáticos, proclamando ignorancias que sonrojarian a cualquiera, si de su contrapartida literaria se tratara. En «El ordenador novelista» (*El País*, 3-XII-99) el gran escritor Francisco Ayala afirma lo siguiente: «Debo reconocer en efecto que entre las cualidades innatas de que carezco se encuentra en lugar preeminente el talento matemático. Nunca en la escuela primaria, donde se nos hacía recitar la tabla de multiplicar, logré retener en la memoria sino los primeros versículos de la cantinela... Sin osar enviármelos, uno admiraba aquellos casos asombrosos del señor que se sabía de memoria los números premiados en la lotería de quién sabe cuánto tiempo atrás... Ahora, estas asequibles calculadoras que todo el mundo adquiere y maneja pueden realizar al instante las operaciones más difíciles, más complejas; con lo cual, es cierto, se ha descuidado el cultivo académico de la destreza matemática, aunque, eso sí, siga habiendo algún memorión dispuesto a exhibir la extravagancia de recitar sin falta el resultado de los partidos de fútbol, desde hace tiempos remotos».

Relacionar el talento matemático con la cantinela de la tabla de multiplicar, o con la facultad de recordar los números premiados en la lotería, es una ligereza equivalente a afirmar la falta de dotes literarias de una persona, no por ser incapaz de escribir poemas como Juan Ramón Jiménez o novelas como Gabriel García Márquez, sino por no poder recitar de memoria todas las conjunciones del castellano o no recordar los nombres y apellidos del listín telefónico. El desarrollo de las computadoras no ha contribuido a descuidar el cultivo académico de la destreza matemática. Por el contrario, ha dado lugar a desarrollos importantes en teorías consideradas clásicas y ha originado otras nuevas, por cuanto problemas que antes resultaban inabordable por la magnitud de los cálculos involucrados, ahora son asequibles con la ayuda del computador, y del ingenio humano, capaz de elaborar estrategias matemáticas para resolverlos.

Verdad y belleza

Hay un aspecto que conviene resaltar y al que no pueden dejar de ser sensibles los artistas y los humanistas. Me refiero a la verdad y la belleza en las matemáticas: la orfebrería de las ideas engarzadas; la sutileza extrema de muchas demostraciones indirectas; el empeño en demostrar rigurosamente, desde los primeros principios, las leyes de la naturaleza; la delicadeza de las construcciones lógicas y geométricas que tan bien ilustra el celebrado poema de R. Browning:

Oh, el poquito más.
Y cuanto más es.
Y el poquito menos.
Y cuántos mundos
Se nos van con él.



ARTURO REQUEJO



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

Es quizá una belleza lejana, pero no menos intensa para quienes tienen el privilegio de poder apreciarla. El mismo Borges se sintió fascinado por los números transfinitos de Cantor. Sus celebrados relatos sobre la biblioteca de Babel, el Aleph, las paradojas de Zenón acerca de la infinita divisibilidad del espacio y del tiempo, o los juegos de espejos que se reflejan unos en otros hasta la infinitud, tienen a la teoría de conjuntos en su trasfondo. Sin embargo, por bellos que nos parezcan los hallazgos de Borges, creo que palidecen al lado de joyas tales como el teorema de Paul Cohen sobre la independencia de la hipótesis del continuo o esa maravilla del espíritu que es el teorema de Gödel acerca de las proposiciones indecidibles. Las matemáticas no han sido ajenas al mundo del arte. Pensemos en la geometría proyectiva y el descubrimiento de la perspectiva; en los mosaicos de la Alhambra y los grupos cristalográficos planos; en el cubismo, cortando trozos de la realidad y volviéndolos a pegar de mil maneras, como las cartas de las variedades diferenciables de la geometría; el puntillismo, Seurat, y la antes mencionada teoría de conjuntos, Mondrian, Kandinsky... La música merecería un capítulo aparte.

Arte del razonamiento

Un impedimento es el lenguaje. En su dilatada historia los matemáticos han desarrollado un estilo propio de presentación, sobrio y preciso, que no excluye una cierta belleza pero que se aleja de los modos más barrocos, aunque a menudo algo caóticos, de otras disciplinas. Sin embargo, supone una barrera insuperable para quien carezca de cierto entrenamiento en el manejo de los símbolos, de los modos de razonamiento y de la terminología adecuada. Por otro lado, la actividad de los investigadores es muy austera. Implica la dedicación de muchas horas y energías a la solución de problemas complicados. Lo difícil es lo único que cuenta. Para que un resultado merezca ser publicado en una revista de investigación ha de ser nuevo, interesante y nada trivial. No están permitidos los lugares comunes, aunque se hayan expresado bellamente. La recapitulación y puesta al día de un

tema está reservada a quien haya contribuido sustancialmente a su desarrollo. La consecuencia es que la inmensa mayoría de los investigadores sólo escriben para que les lean sus colegas. No hay una tradición establecida de comunicación entre los matemáticos y la sociedad. Los pocos casos conocidos de destreza en las tareas de divulgación suelen echar mano de los aspectos recreativos y lúdicos. Y si bien es cierto que el contenido de muchos juegos y pasatiempos puede ser matemáticamente interesante, sin embargo, un énfasis excesivo en ellos distorsiona, creo yo, el papel que las matemáticas representan realmente en la ciencia, en la tecnología y en la vida cotidiana. De manera que en las revistas más populares que se dedican a la divulgación científica encontramos artículos de matemática recreativa, junto a otros que nos cuentan los progresos en la lucha contra el cáncer o la expansión del universo.

Como en todo colectivo amplio, entre los matemáticos hay personas de todo tipo. Pero me atrevería a decir que, en términos generales, abunda un cierto carácter ácrata, despreocupado de las relaciones públicas y de las opiniones del resto de los mortales. Esta comunidad mundial de investigadores matemáticos, no suele enterarse, o darse por aludida, cuando tertulianos y escritores les consideran extravagantes memoriones que recitan remotos resultados de fútbol y que se saben la tabla de multiplicar completa. Pero seguramente ése no es el caso de la inmensa mayoría de profesores de las enseñanzas primaria, secundaria, o incluso universitaria, que se afanan en enseñar las matemáticas a los jóvenes ciudadanos. Porque se trata de uno de los métodos más eficaces que han inventado los hombres para educar su cerebro en el arte del razonamiento, para ser más humanos, y para conocer el mundo y los avances tecnológicos. No parece justo, y desde luego resulta desmoralizador para esos profesores, entre quienes también me incluyo, y para sus alumnos, escuchar cómo personas consideradas cultas y de éxito notable en sus profesiones hacen, aunque sólo sea de pasada, comentarios tan superficiales sobre las matemáticas.

En fin, sea por estos u otros motivos, la realidad es que los matemáticos tenemos un serio problema de comunicación. Vivimos en

un mundo en el que nuestra ciencia es cada vez más necesaria y útil. Tanto para diseñar aviones, almacenar huellas dactilares, codificar mensajes secretos o analizar las ondas sísmicas, como para dosificar correctamente una medicina o prever el riesgo financiero, son necesarias teorías que fueron creadas hace siglos o que están inventándose ahora mismo. Sin embargo, el público no lo percibe de esa manera y a todo matemático, antes o después, le ha tocado responder a la inocente e infamante pregunta: pero, de verdad, ¿para qué sirven las matemáticas?

La obra que hoy comentamos titulada *Las matemáticas en la vida cotidiana* (traducción al castellano de *For all practical purposes*), de la editorial Addison-Wesley/Universidad Autónoma de Madrid, es un intento interesante y acertado de cambiar este estado de cosas. Se trata de un trabajo colectivo realizado dentro del proyecto «Consortium for Mathematics and its applications». Ha sido coordinado por Solomon Garfunkel y Lynn A. Steen y está dirigido a un sector de lectores mucho más amplio que el formado por los estudiantes universitarios de ciencias e ingenierías. La versión castellana se debe a Jody L. Doran y Eugenio Hernández, quienes han realizado una espléndida labor de traducción a un castellano ágil y correcto.

Consta de las cinco partes siguientes:

- I. Las ciencias de la administración.
- II. La estadística: la ciencia de los datos.
- III. La codificación de la información.

IV. La elección social y la toma de decisiones.

V. Acerca de la forma y del tamaño.

Cada parte está, a su vez, dividida en varios capítulos que suelen comenzar planteando un problema concreto de la vida real. Luego se cita a los científicos, economistas, ingenieros y matemáticos que han contribuido a su estudio y se describen las técnicas que han sido creadas para encontrar la solución. La obra contiene una abundante cantidad de ilustraciones, tablas, gráficos y fotografías. Hay varias páginas en color dedicadas a los fractales y a las composiciones de Escher. Cada capítulo incluye un conjunto de ejercicios y de lecturas recomendadas. He aquí los títulos de algunos capítulos que dan fe de su interés y variedad: Redes viarias. Números de identificación y códigos de barras. La transmisión de los datos. Sistemas de votación ponderados. La teoría de juegos: las matemáticas de la competición. Crecimiento y forma (King Kong no puede existir). Las distancias inaccesibles. El reflejo del Universo. La simetría y los diseños.

Espero y deseo que esta obra tenga el éxito que pretende y que ayude a mejorar la percepción social de las matemáticas. Pero, sobre todo, que sirva de ejemplo y emulación para otros matemáticos y que les anime a escribir su ciencia de manera más asquible al ciudadano. Presentándola de forma que el lector disfrute y aprecie la rica estructura matemática que subyace a muchas actividades cotidianas. □

RESUMEN

Vivimos en un mar de números, nos recuerda Antonio Córdoba, en una realidad numérica cotidiana; las matemáticas tienen tantas aplicaciones prácticas que bien podría pensarse que aquellas fuesen ubicuas. Y para el comentarista, las matemáticas, en cambio, son invisibles y pasan inadvertidas para los usuarios (entre otros motivos porque su divulgación es intrínsecamente complicada y los matemáticos tienen un serio problema de comunicación). De la presencia de las matemáticas en nuestra vida y de las razones de su invisibilidad trata el libro colectivo comentado, que pretende ayudar a mejorar la percepción de las matemáticas.

Solomon Garfunkel (dir.) y Lynn A. Steen (ed.)

Las matemáticas en la vida cotidiana

Ed. española de Jody L. Doran y Eugenio Hernández, Addison-Wesley/Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1999. 722 páginas. 7.000 pesetas. ISBN: 84-7829-020-6.

Contexto político del neorrealismo italiano

Por Juan Antonio Bardem

Juan Antonio Bardem (Madrid, 1922) es ingeniero agrónomo, aunque su vida está dedicada al cine. Su filmografía contempla una veintena de films realizados como guionista y director, entre ellos *Muerte de un ciclista*, *Calle mayor*, *Cómicos*, *El joven Picasso* (serie para las televisiones autonómicas españolas) y recientemente, *Resultado final*.

Pienso que el libro de Lino Micciché es una pieza fundamental para comprender el nacimiento de un poderoso movimiento cultural, estético, ético y político cual fue, desde su origen, el llamado «neorrealismo cinematográfico» italiano y para saber, al mismo tiempo, qué ha devenido con el paso del tiempo, conocer las causas de su enflaquecimiento y fijar las coordenadas de su débil existencia hoy.

La tercera edición actual del libro de Micciché no es una repetición de las ediciones anteriores, sino una «cura», una investigación, un «cuidado» crítico y objetivo sobre el contexto político y cultural en el que nace ese «estilo cinematográfico italiano» en la posguerra mundial, efectuado con las diferentes aportaciones de distintos autores tal y como aparece en el índice de la obra y que se desglosa en los siguientes bloques:

- 1.-El neorrealismo cinematográfico italiano.
- 2.-El contexto político y cultural del neorrealismo.
- 3.-Realismo y neorrealismo.
- 4.-Ideologías y estilos del neorrealismo.
- 5.-El neorrealismo y el cine italiano de los años treinta.

El libro de Micciché es una guía imprescindible para todos aquellos amantes del cine que se hayan interesado por el desarrollo del cine italiano en los años de la resistencia antifascista y luego en el mundo esperanzado que amanece con el final de la II Guerra Mundial.

El «¿cómo se hacía?», el «¿por qué se hacía?», el «¿quiénes lo hacían?» y el «¿qué pretendían?», son preguntas que los espectadores españoles asombrados ante *Paisà* o *Ladri di biciclette* —aún vistas aquí de un modo «catacumbario» y manipulado por la censura franquista— no sabíamos cómo contestar.

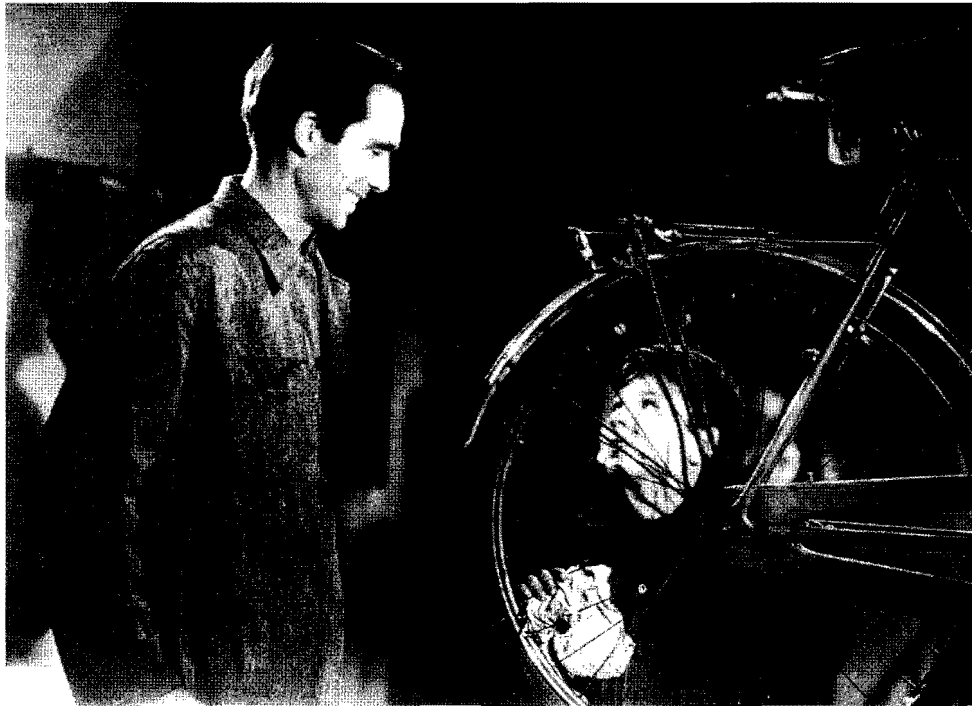
El estado actual

El libro de Micciché nos da hoy respuestas a esas antiguas preguntas y nos señala también el estado actual de ese fenómeno político y cultural que fue entonces el neorrealismo cinematográfico italiano.

De todas las diversas aportaciones en ese análisis colectivo que el índice señala, yo me permito retener algunas reflexiones de Carlo Lizzani en su trabajo «El neorrealismo, cuándo terminó y lo que queda de él».

RESUMEN

Juan Antonio Bardem recuerda, al hilo de una obra colectiva aparecida en Italia, qué fue y qué representó, en el cine, pero también en la consolidación de una sociedad que estaba cambiando tras la segunda guerra mundial, el neorrealismo italiano. El libro comentado, co-



Una escena de *Ladrón de bicicletas* (1948), de Vittorio de Sica.



Anna Magnani en *Bellissima* (1951), de Luchino Visconti.

«Enjuiciar hoy, a años de distancia, el movimiento neorrealista, sería lo mismo que enjuiciar un período de la historia italiana, específicamente el decenio que va desde 1943 hasta 1952.»

Según Lizzani el neorrealismo se eclipsa con el eclipse de una sociedad caracterizada —aún después de los primeros años de la posguerra— por la supremacía de la problemática campesina: es decir, el devenir de las masas de inmigrantes a las grandes urbes, de los prófugos que llegan a la metrópoli no por el milagro industrial que todavía está por venir, sino para encontrar

ordinado por Lino Micciché, es una pieza fundamental para comprender el nacimiento de un poderoso movimiento cultural, estético, ético y político, que ha ido debilitándose con el paso del tiempo, aunque su huella sea visible más allá del contexto histórico en el que surgió.

Lino Micciché (ed.)

Il neorealismo cinematografico italiano

Saggi Marsilio, Venecia, 1999. 420 páginas. 50.000 liras. ISBN: 88-317-7237-6.



Cartel de *Ladri di biciclette*.

Esencialmente campesino es el mundo de Giuseppe de Sanctis en un arco —seguramente el más largo y coherente del neorrealismo— que va desde *Caccia trágica* hasta *Italiani brava gente*.

El paternalismo, un humanitarismo genérico o una visión clasista aún dogmática, no están presentes en el neorrealismo por capricho de sus autores o por su debilidad ideológica, sino porque son atributos tradicionales, típicos, de una sociedad donde aún domina al universo de la tierra y del mar, de la mala o buena suerte de las estaciones y de la economía familiar, de una estructura campo-ciudad, en la que el campo es el elemento fundamental y donde la ciudad se ve todavía como desarraigo, como destrucción: un confuso conglomerado de seres humanos alejados de la naturaleza.

El universo de los humildes

En suma el cine neorrealista hace emerger el universo de los humildes que emociona a todo el mundo, porque en todo el mundo —y no sólo en Italia— durante muchos años los protagonistas han sido los jefes, los que mandan, los dictadores, generales, presidentes, etc., y el coro han sido los ejércitos, la armada, los cuarteles. Años en los que —y también en los países democráticos— los hombres se han tenido que vestir de hierro por dentro y por fuera, han tenido que enterrar esa red de relaciones que hacen de él un ser civil, social.

El paso del neorrealismo al realismo tiene aún que seguir avanzando; todavía es posible proponerlo como tema fundamental para los teóricos y de investigación para los autores, en el sentido de una busca de una visión global de la historia y la realidad contemporánea, después de tanta introspección sobre el yo, tanta huída hacia el misticismo o hacia el pasado. Y aún más todavía, hoy, cuando se encaran con la cultura no tanto las vanguardias intelectuales del tercer mundo sino dos mil millones de seres humanos que están detrás de ellas y a los que no se les puede ofrecer el suicidio, el formalismo o la nostalgia. □

En el próximo número

Artículos de Vicente Palacio Atard, Rafael Argullol, Manuel Seco, Francisco Vilardell, José María Serrano Sanz, Ramón Pascual y Sixto Ríos.

Los validos como fenómeno europeo

Por Vicente Palacio Atard

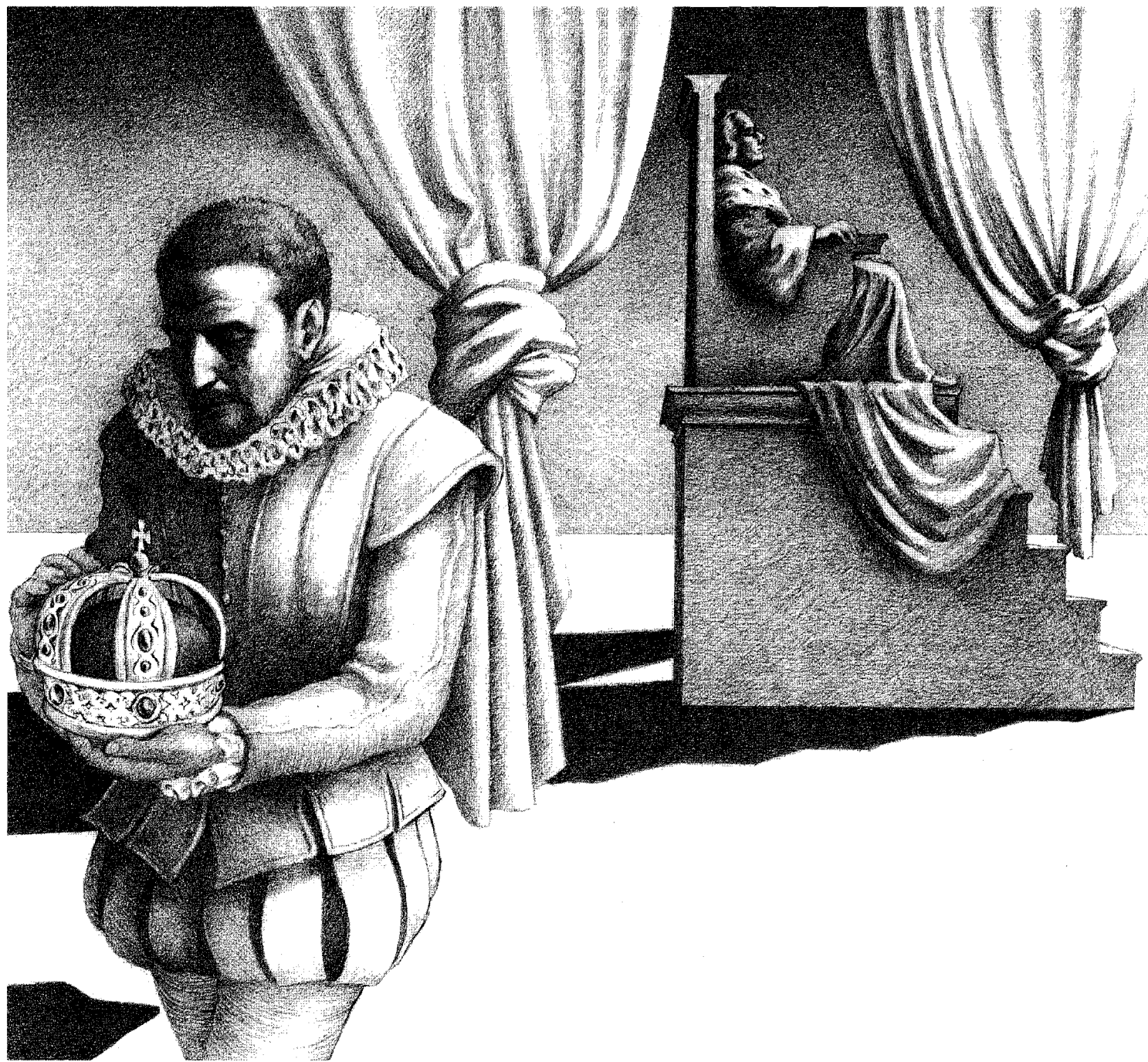
Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

Sir John Elliot es actualmente Regius Professor Emeritus de la Universidad de Oxford. Su carrera docente la inició en el Trinity College de Cambridge hace más de treinta y cinco años como profesor de Historia moderna. Desde entonces ha dedicado una atención preferente a la historia española de los siglos XVI y XVII. Él mismo nos dice por qué se sintió atraído hacia este tema: para intentar explicarse la fulgurante ascensión de España en el siglo XVI, pues de ser un país periférico de segundo orden se convirtió en poco tiempo en la «cabeza de Europa», como la llamó Luis de Camoens, y a cuya ascensión sucedió el descenso también fulgurante del siglo XVII.

Entre las numerosas obras de Elliot que han precedido al libro que hoy comentamos conviene recordar dos que constituyen la mejor tarjeta de presentación para el tema de los «validos»: el ensayo sobre las vidas paralelas de Richelieu y Olivares (Editorial Crítica, Barcelona, 1984) y el estudio biográfico del Conde-Duque (Ed. Crítica, Barcelona, 1990), la más completa, documentada y penetrante obra sobre Olivares.

El gobierno de los «validos», un fenómeno europeo

Los historiadores españoles hemos tendido a interpretar el gobierno de los «validos» en tiempo de la monarquía absolutista del siglo XVII como una singularidad de nuestra historia, y fue Tomás y Valiente quien formuló su estudio como institución. Pero en 1976 Jean Bérenger publicó en la revista francesa *Annales*, que da nombre a una renovadora escuela historiográfica, un ensayo en el que proponía un sugestivo planteamiento de los ministros-privados del siglo XVII como fenómeno europeo: hacia



FUENCISLA DEL AMO

1630 las principales potencias europeas estaban gobernadas por «validos» o «privados». Aquella edad de oro de las «privan-

zas» se eclipsó, sin embargo, antes de finalizar el siglo. ¿Qué trasfondo común podía existir para explicar el «valimiento» como instrumento de gobierno?

La sugerencia de Bérenger ha sido recogida posteriormente por Elliot, quien con la colaboración de otro profesor de Oxford, Laurence Brockliss, decidió convocar un coloquio internacional que animara el estudio de la historia comparativa, tan del gusto de muchos historiadores de nuestros días. El resultado de aquel coloquio es el libro que comentamos, en el que colaboran dieciocho historiadores de diversos países, y que proponen una variedad de enfoques, en los que se superponen las coincidencias y también algunas divergencias de interpretación, pero que en todo caso hacen avanzar el estu-

dio del proceso creador del Estado moderno y el papel desempeñado por las monarquías absolutistas en el mismo.

El funcionamiento del sistema de patronazgo y clientelismo en la creciente y cada vez más compleja gestión del Estado moderno y de las relaciones internacionales provocó, por una parte, el desarrollo burocrático y, por otra, la necesidad de controlar de algún modo el funcionamiento autónomo de esa burocracia. El concepto absolutista de la monarquía ponía en manos del rey el poder omnímodo para abarcar todo el mecanismo burocrático y de gobierno. Pero en realidad la capacidad de los monarcas, aunque no se tratara de «reyes perezosos»



En este número

Artículos de

<i>Vicente Palacio Atard</i>	1-2	<i>José M.ª Serrano Sanz</i>	8-9
<i>Rafael Argullol</i>	3	<i>Ramón Pascual</i>	10-11
<i>Manuel Seco</i>	4-5	<i>Sixto Ríos</i>	12
<i>Francisco Vilardell</i>	6-7		

SUMARIO en página 2



Los validos como fenómeno europeo

se veía desbordada por la creciente marejada de papeles y problemas que originaba la gestión del Estado moderno. Ni siquiera un rey extraordinariamente dotado para el trabajo como Felipe II, el perfecto rey-burócrata, podía abarcar todo el peso de la gestión. Por eso en el siglo XVI se reconoció la necesidad del «consejero» además del «secretario», que ayudaran al rey en la labor de gobierno y en la gestión administrativa.

Según las circunstancias y según el carácter el monarca podía sentir la necesidad de asesoramiento en la toma de decisiones, así como para administrar los recursos de patronazgo que mantenían las clientelas que servían de soporte social al mecanismo del Estado, y que «definían los límites en que podía operar el poder regio», según Elliot. La disyunción entre el concepto de la monarquía y la inquietante realidad de la capacidad de los monarcas para el ejercicio del regio poder creará el caldo de cultivo para el gobierno de los «validos» como Olivares, Richelieu, Buckingham u Oxenstierna. El

fenómeno pudo extenderse hasta algunos Estados menores, como Wurtemberg, aunque en ellos no fueran propicias las circunstancias para su conservación, como se ve en la colaboración de Ronald Asch. Mucho menos tenía cabida en países como Polonia, según explica Antoni Maczak, donde los magnates constituían el estrato dirigente, instalados en sus extensos dominios territoriales y con sus propios vasallos armados, que imponían al rey su voluntad.

Las colaboraciones al coloquio de Oxford se agrupan en cuatro partes: el modo de acceso al poder del valido, el ejercicio del gobierno del favorito, la imagen pública del ministro privado y el eclipse final del fenómeno europeo del valimiento.

La presencia de «personajes favoritos» junto a los gobernantes, como señala Brockliss, ha sido común en todos los tiempos y en todos los sistemas de gobierno. Pero en las principales monarquías europeas del siglo XVII hubo un tipo nuevo de favorito, que no disfrutaba de la intimidad personal de su rey, a diferencia de aquellos que basaban su «favor» en afinidades sentimentales o incluso sexuales, como los favoritos de la reina Isabel I de Inglaterra, o los «mignons» de palacio de Enrique III en Francia.

El nuevo ministro único omnipotente no surgía necesariamente de entre los servidores de la Real Casa, aunque se requería una cierta base de proximidad al rey para intentar y lograr el acceso al poder. Algunos eran eclesiásticos como el cardenal Klesl en Viena, o los cardenales Richelieu o Mazarino en Francia. Otros, de origen aristocrático secular, no procedían de la aristocracia de mayor abolengo, como Buckingham u Olivares. Otros, en fin, surgían de los escalones burocráticos, como Robert Cecil o Mathäus Enzlin.

Fue sobre todo su capacidad de trabajo, su inteligencia y su personalidad relevante dispuesta a idear proyectos políticos lo que les facilitó el acceso al poder y, sobre todo, la permanencia prolongada en el mismo, sin que los grandes aristócratas y cortesanos que se consideraban a sí mismos los «consejeros naturales» de los monarcas pudieran derribarlos.

Como se encontraban instalados en el centro de la máquina de la administración les fue fácil amasar fortunas, como Richelieu y Mazarino, o incurrieron incluso

en graves casos de venalidad y corrupción, como Lerma. En la colaboración de Jean Bérenger al coloquio de Oxford se subraya esa capacidad de resistencia de los validos, como Richelieu, a pesar de la mala imagen que en general tenía el sistema de valimiento y las inculpaciones que se les hacían de «usurpadores» del poder regio y del ejercicio de «tiranía». Brockliss y Elliot hacen ver esa capacidad de supervivencia que, como en el caso de Olivares, los contemporáneos no podían comprender.

Las páginas que en este libro escriben Blair Worden, Antonio Feros o Jonathan Brown muestran la imagen que del valido se refleja en la literatura y en el arte. Es una imagen diversa y contrapuesta de maldad o de bondad. En general la imagen popular acusaba los defectos del favorito y del sistema. Pero los validos se preocuparon también de tener panegiristas y defensores. El cardenal Richelieu estaba convencido de que el juicio de la historia le sería favorable. Pero la historia no trata de condenar o salvar el ejercicio del poder por los validos, sino de comprender qué papel desempeñaron en el régimen monárquico absolutista de su época.

El control del patronazgo era rasgo definitorio del privado o valido, que evitó los riesgos de atomización política derivados de la proliferación de clientelas y poderes locales. En cierto modo constituyeron también, como señalara Tomás y Valiente, el pararrayos que protegió al rey de las tormentas de los descontentos que descargaban sus iras contra «el mal gobierno» y no contra el monarca. Thompson recuerda que su go-

bierno no estaba regulado por normas, pero pretendían inspirarse en la razón de Estado y, por eso mismo, fueron reformistas, para consolidar las estructuras del Estado en torno a la monarquía.

El sistema de los validos estaba llamado a desaparecer en el ámbito europeo a finales del siglo XVII. A la muerte de Mazarino en 1661 Luis XIV decidió acabar con el ministro privado único y todopoderoso, para ejercer el poder en persona, ayudado por varios ministros en los distintos ramos de la administración y del gobierno. El ejemplo fue seguido por el emperador Leopoldo I, y así se puso en marcha el modelo que había de prevalecer en la monarquía del «despotismo ilustrado».

La profundización que Elliot y Brockliss han llevado a cabo en la tesis de Bérenger deja abierto un camino con nuevas expectativas. ¿Qué importancia puede atribuirse realmente a la necesidad de controlar la Corte y la maquinaria del Estado en la cristalización del gobierno de los validos? ¿Hasta qué punto se conjugan la ambición de escalar los cargos públicos y la complejidad administrativa en la aparición del privado, como sugiere Linda Levy Peck? ¿Cómo fueron al mismo tiempo tan poderosos, sin un soporte propio de poder como lo tuvieron los soghunes japoneses, y por eso también tan vulnerables? ¿Qué contradicciones aparecen entre el ministro-favorito o privado y el «primer ministro» del sistema ministerial que habla de reemplazarlo? Este libro es una puesta a punto de cuestiones que seguramente seguirán interesando a los historiadores. □

Qué es

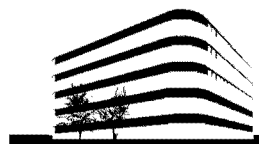


Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Aunque los historiadores españoles, comenta Palacio Atard, han venido considerando la figura del valido como una singularidad española, lo cierto es que a lo largo del siglo XVII las principales potencias europeas estaban gobernadas por «validos» o «privados». Los profesores británicos John Elliot y Laurence Brockliss han dirigido esta obra en la

que 18 historiadores de diferentes países se centran, con variedad de enfoques y superponiendo coincidencias y divergencias, en esta figura capital de poder de las monarquías de la época. La obra comentada hace avanzar el estudio del proceso creador del Estado moderno y el papel desempeñado por las monarquías absolutas en el mismo.

John Elliot y Laurence Brockliss (dirs.)

El mundo de los validos

Taurus, Madrid, 1999. 463 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-3060-3646.

SUMARIO

	Págs.
«Los validos como fenómeno europeo», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>El mundo de los validos</i> , de John Elliot y Laurence Brockliss (dirs.)	1-2
«La imaginación del mundo», por Rafael Argullol, sobre <i>El arte y sus lugares</i> , de Antoni Tàpies	3
«Los pilares de un diccionario moderno», por Manuel Seco, sobre <i>Diccionari del Català Contemporani. Corpus Textual Informatitzat de la Llengua Catalana: Diccionari de freqüències</i> , de Joaquim Rafel i Fontanals (dir.)	4-5
«La enciclopedia de la alimentación», por Francisco Vilardell, sobre <i>The Oxford Companion to Food</i> , de Alan Davidson (ed.)	6-7
«Claroscuros de la economía española», por José María Serrano Sanz, sobre <i>España, Economía: ante el siglo XXI</i> , de José Luis García Delgado (dir.)	8-9
«Cartas celestes», por Ramón Pascual, sobre <i>La hija de Galileo</i> , de Dava Sobel	10-11
«Arte y ciencia de tomar buenas decisiones», por Sixto Ríos, sobre <i>Why Flip a Coin? The Art and Science of Good Decisions</i> , de H. W. Lewis	12

La imaginación del mundo

Por Rafael Argullol

Rafael Argullol (Barcelona, 1949) es escritor y catedrático de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha escrito poesía, narrativa y ensayo. Entre sus obras, cabe destacar *Duelo en el Valle de la Muerte*, *La razón del mal* (Premio Nadal 1993), *Sabiduría de la ilusión* y *Transeuropa*.

Una de las características más destacadas de los artistas del Renacimiento fue su capacidad para reflexionar sobre el arte. Nada sabemos, prácticamente, de las opiniones de los pintores y escultores de la Antigüedad, y el propio talante del arte medieval, con sus códigos severos y su acentuado anonimato, nos cierra el paso hacia las concepciones de sus artífices. En este último caso conocemos, a los sumo, los fundamentos teológicos y filosóficos sobre los que se asienta.

El Renacimiento, en cambio, por su propia lógica interna conduce a fuertes dosis de autoconsciencia por parte de los artistas. Lo exigen, casi, sus corrientes centrales. De una parte, la convergencia, sin precedentes en Occidente, entre la labor artística y la búsqueda de la belleza (físico-espiritual, la mayoría de las veces); de otra, el individualismo creciente de los artistas y su reivindicación de libertad expresiva. Ya no accedemos sólo a las «artes» (las «techné» procedentes del mundo antiguo) sino también al «arte», territorio en cierto modo unificado y con un estatuto propio en el seno de la cultura. La misma idea de «creación» sufre un vuelco decisivo y del monopolio creador de dios (que crea «ex nihilo») se pasa a la condición creadora del artista: del «deus artifex» al «alter deus».

Sin estas exigencias nucleares de la civilización del Renacimiento no poseeríamos ahora, además de la obra, las meditaciones de algunos de los grandes artistas; pero sin éstas, sin la «escritura de los artistas» no existiría, tampoco, la cultura renacentista. El artista-teórico, el artista que crea arte y simultáneamente reflexiona sobre él, es la figura medular del Renacimiento. Baste citar a ciertos nombres de una densidad decisiva: Leon Battista Alberti y sus libros sobre arquitectura, pintura y escultura; Piero della Francesca, con sus observaciones acerca del vínculo entre arte y naturaleza; los escritos de Leonardo da Vinci que han llegado a nosotros como *Tratado de pintura*; las maravillosas, y a menudo dramáticas, reflexiones de Miguel Ángel en sus cartas y, sobre todo, en sus poemas. Los grandes maestros del Renacimiento fueron además, por lo general, «escritores del arte».

Escritores del arte

Es preciso recordarlo porque, en un estricto paralelismo, también el arte moderno se ha caracterizado (se caracteriza) por la capacidad de autoconsciencia de muchos de sus representantes más sobresalientes. Los maestros de la modernidad han sido asimismo, en buena medida, notables «escritores del arte». Éste es un rasgo epocal de enorme alcance, si bien aquel paralelismo integra miradores diversos y, en ocasiones, aparentemente antipódicos.

La reflexión del artista renacentista quiere fijar el escenario del arte. Quiere, si se puede decir así, «centrarlo», dándole gravedad cultural y nobleza espiritual frente a la dispersión y a la modestia del artesano medieval. En el tópico más extremo quiere ser «otro dios» que crea también mundos. Por contra, la reflexión del artista moderno, cuando se produce, excita el descentramiento (o la descentralización) del arte, hasta el desafío de cuestionar su misma pertinencia. Si la

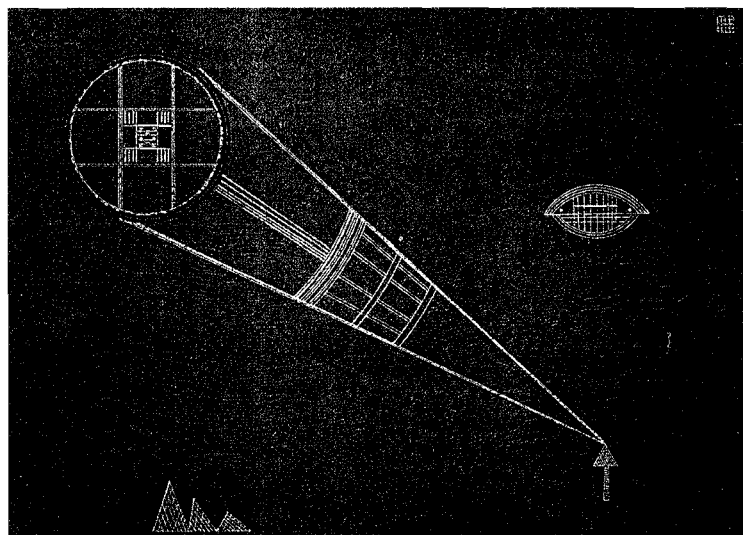


Hakuin, Japón, siglos XVII-XVIII.

consideramos, también simétricamente con respecto al renacentista, la formulación más extrema del arte moderno conduce a la ruptura del sitial, del centro, conduce al «sacrificio» del arte mismo: no a su «superación», como pensaba Hegel, ni a su «extinción», como proclamaban ciertos dadaístas y surrealistas, ni mucho menos a su muerte fetichista-mercantil, sino al sacrificio de inmolarse como centro, como representación centrada del mundo, para indagar su poder de conocimiento y revelación des-centrado y des-concertado aunque infinita e inquietantemente más libre.

Pese a la actitud de tantos sucedáneos y epígonos del «artista moderno» que afirman, arrogante y neciamente su incapacidad reflexiva («allí está mi obra, "no puedo hablar" sobre ella»), la matriz moderna requiere la permanente interrogación, es decir, la permanente crítica. Y esto realmente ha ocurrido hasta tal punto que bien puede decirse que la «literatura de los artistas» ocupa en el siglo XIX y XX un lugar relevante, ya no como apéndice del arte, sino como «literatura»: desde los apuntes de Delacroix y Turner hasta las páginas de Rothko y Beuys, pasando por nombres como Cézanne, Munch, Max Ernst o Duchamp, la literatura artística moderna es excepcional.

A esa misma literatura pertenece el reciente libro de Antoni Tàpies *L'art i els seus llocs* (El arte y sus lugares), obra de gran envergadura tanto por la hondura de sus reflexiones, como por el alcance, verdaderamente riquísimo, de los «lugares del arte» que propone. Meditación y manifiesto al unísono, el libro de Tàpies es una muestra cabal de aquel «descentramiento» perseguido afanosamente por el artista moderno, y así en él el universo pierde su pesada jerarquía central (universo) para liberar la multiplicidad de mundos que la vieja, y al mismo tiempo tan nueva, idea de cosmos permite contemplar.



Wassily Kandinsky, 1930.



Kurt Schwitters, sin título.

Como los otros grandes interlocutores de la modernidad estética la «teoría» de Tàpies se cimenta en su práctica artística, aunque no en menor medida en una mirada autoconsciente sobre la raíz, los territorios y el destino del arte. Aflora, como también en los otros, aquella «obertura sacrificial» que conmueve las bases mentales del arte entendido como «mimesis» y que, aun a riesgo de destrucción suicida, promueve una nueva alianza entre sensibilidad y conocimiento, entre «ámbito de las sensaciones» y «ámbito de las ideas»: esquizofrenia que nutre el caudal de Occidente y frente a la cual la cultura moderna, y con ella el arte moderno, han jugado sus mejores bazas.

La apuesta teórica de Tàpies

La apuesta teórica de Tàpies, extremadamente coherente con sus premisas creativas, desemboca en la esencialidad y, complementariamente, en la pluralidad. Pero más que doble plano, encaja en esta dinámica una arraigada noción de metamorfosis cercana a lo que Goethe demandaba cuando concebía

el arte como puente álgido, vivo, entre lo uno y lo múltiple, aunque desde luego no abstractamente sino siendo (el arte) «siempre uno y siempre múltiple».

Cierto es que la metamorfosis, que en su obra ha llevado a Tàpies hacia esa severa desnudez que viste todos los enigmas, en la teoría le arrastra a un trabajo de tanteo, de interrogación, quizá de inmersión en el fondo aparentemente caótico de las tradiciones y de los mitos. Es una visión que, en su caso, viene de lejos, de los mismos inicios, probablemente como consecuencia de su defensa de la vanguardia. La disolución del eurocentrismo aparece, así, como algo interno, «natural», en la pintura de Tàpies, volcada hacia el interior del mundo y, en consecuencia, hacia lo abierto del mundo.

Sin embargo, junto a esta naturalidad interna, el libro nos acerca al cultivado saber de Antoni Tàpies con respecto a las más diversas tradiciones religiosas, míticas y artísticas. De algún modo, Tàpies pone de relieve uno de los aspectos más importantes y menos comentados del arte occidental del siglo XX: su aprendizaje para una futura conversación con las demás civilizaciones. Una conversación sin «exotismos» ni «paternalismos», pero tampoco atendiendo a lo «políticamente correcto». Una conversación «desde dentro mismo» del arte: desde las formas que son también conocimiento y desde las materias que son también espíritu.

Éste es, creo, el contexto invisible del manifiesto, del pequeño canon personal y universal con que Tàpies completa el libro. Una deslumbrante proposición de imágenes procedentes de la gran variedad de mundos que el propio autor ha generado y ha capturado con su descentramiento. La multiplicidad de esas imágenes es extraordinaria, y nos certifica ese amor tan peculiar de Tàpies por la materia-máscara, pero hay en el conjunto una secreta unidad de fondo que nos recuerda, sobre todo, la pasión del artista por el «rostro oculto». Éste que sólo se manifiesta, esporádicamente, a través de lo que el autor llama, con devoción y respeto, «la imaginación del mundo».

RESUMEN

Desde el Renacimiento el artista ha reflexionado sobre el arte, y es en los siglos XIX y XX cuando ocupa un papel relevante la «literatura de los artistas». Como tal considera Rafael Argullol el libro de Antoni Tàpies que comenta, una obra de gran envergadura tanto por la hondura de sus reflexiones como por

el alcance de los «lugares de arte» que propone. El texto del pintor catalán es una meditación y un manifiesto al unísono, donde la teoría de Tàpies se cimenta en su práctica artística, y nos acerca a su cultivado saber con respecto a las más diversas tradiciones religiosas, míticas y artísticas.

Antoni Tàpies

El arte y sus lugares

Traducción del catalán de Armando Pego Puigbó. Siruela, Madrid, 1999. 434 páginas. 13.500 pesetas. ISBN: 84-7844-445-9.

Los pilares de un diccionario moderno

Por Manuel Seco

Manuel Seco (Madrid, 1928) es miembro de la Real Academia Española y en ella ha sido director del Diccionario histórico de la lengua española y es actualmente director del Instituto de Lexicografía. Es autor de Estudios de lexicografía española, Arniches y el habla de Madrid, Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española y Gramática esencial del español. Ha proyectado y dirigido el Diccionario del español actual, realizado junto con Olimpia Andrés y Gabino Ramos.

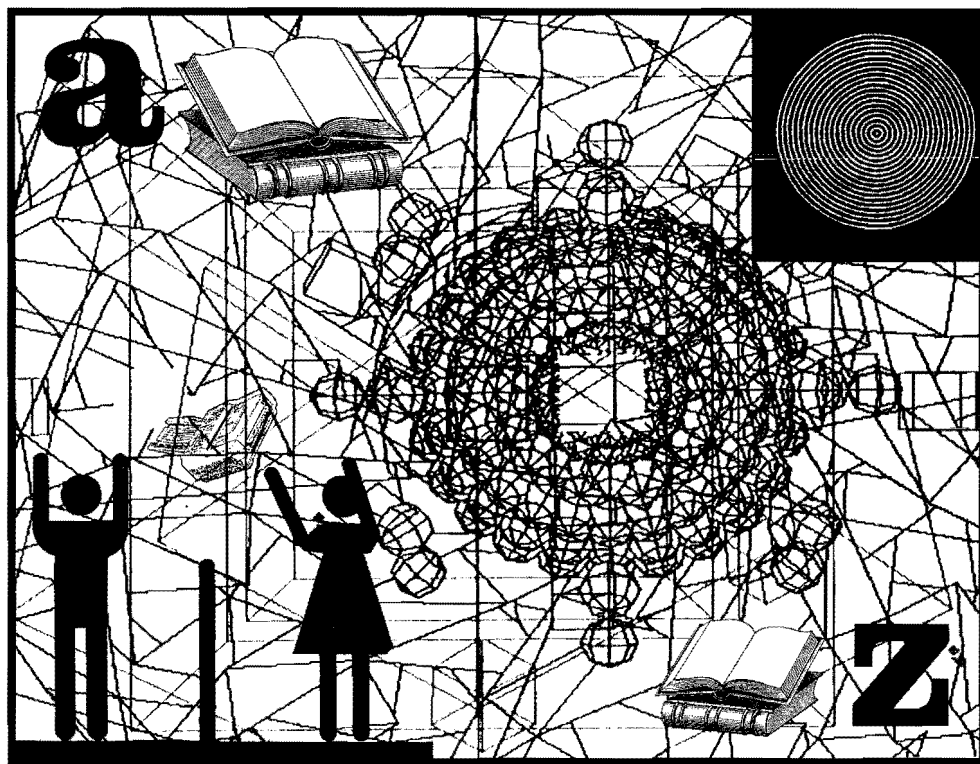
«Huyo –escribía en 1993 José Antonio Pascual– del culto salvífico que, a la altura de los finales del milenio, se rinde a lo cuantitativo. El nuevo orden con que se nos tienta a los lexicógrafos es el de los corpus: de pequeño, mediano o gran calado; tan convencidos de su importancia hemos llegado a estar, que lo que en principio hubiera parecido un complemento indispensable para realizar de la mejor manera nuestra labor se está convirtiendo en la labor misma, de forma que muchos esperan de los propios corpus la solución a unos problemas que, desde sus comienzos, la propia lexicografía –ciencia segundona donde las haya– o no se había planteado, o no se atrevía a resolver, o simplemente creía que no tenían solución».

En efecto, en los últimos años se ha producido entre nosotros, en ciertos niveles no intelectuales, y alguna vez aparentemente intelectuales, un fenómeno de mitificación de la informática aplicada al léxico. La puesta en marcha por la Real Academia Española de los proyectos de creación de dos corpus léxicos de nuestra lengua, uno con perspectiva sincrónica y otro con perspectiva diacrónica, con un almacenamiento global de doscientos cincuenta millones de palabras, ha generado en más de una ocasión, por la espectacularidad de las cifras, informaciones no siempre bien formuladas y casi siempre mal recogidas y peor interpretadas. Muchos incautos lectores de periódicos o consumidores de televisión se han creído que esos poderosos arsenales, escondidos, pero a nuestro alcance, tras la pantalla del ordenador, son los diccionarios del futuro. Tal vez no se han fijado en que un diccionario no es una mera colección de palabras, sino una clave destinada a descifrar uno por uno, lo mejor posible, esos signos con que tan mal nos explicamos y con que tan mal nos entendemos.

Pongamos las cosas en su sitio. En principio, un corpus léxico, sea de las dimensiones que sea, no pasa de ser un registro de las palabras de un idioma. Un registro que, más allá de la constatación de su existencia, contiene menos datos sobre sus moradores que un padrón municipal. Es nada más que un almacén de materiales de construcción. Por muy grande que sea, su utilidad no será sino una utilidad potencial: dependerá del uso que quiera y sepa dar a esos materiales quien entre a servirse de ellos.

Los servicios ofrecidos por esta herramienta pueden ser numerosos y variados, pero por fuerza dependerán de las características de que la hayan dotado sus creadores. Una excavadora es una máquina utilísima, pero en medida diversa según para qué. Seguramente no será tan buena para construir un piano de cola como para instalar una red de alcantarillado. Es esencial que en la constitución de un corpus léxico el punto de partida sea la visión nítida del fin concreto que con él se busca.

Esta condición no tiene por qué excluir la previsión de atender intereses colaterales; todo lo contrario. Pero en el diseño del corpus no debe perderse de vista en ningún momento el objetivo marcado, y hay que subordinar todo lo demás a esa meta. Si el propósito preciso de la creación de un corpus es la



ALFONSO RUANO

confección de un diccionario de determinadas características, sin duda no debe descartarse la posibilidad de componer otros diccionarios de distinto carácter, ni la de utilizar para otros tipos de estudios sobre la lengua los materiales almacenados en el corpus. Pero no sería práctico por esta consideración dejar de atender con el rigor posible a las necesidades de un perfil nítido y bien estudiado del diccionario que se desea.

Cuando en 1984 la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans tomó el acuerdo de preparar de nueva planta un diccionario descriptivo del catalán moderno –un diccionario riguroso y de un nivel científico superior al de los entonces existentes para esta lengua–, su primera premisa metodológica fue la determinación de elaborar un corpus informatizado a la medida del objetivo propuesto. Esta decisión respondía a la necesidad universalmente sentida en la lexicografía (y sólo esporádicamente atendida durante siglos) de fundar la creación de diccionarios sobre corpus textuales idealmente representativos. Partiendo de ese concepto se hicieron, entre otros, nuestro venerable *Diccionario de autoridades* y el monumental *Oxford English Dictionary*, y sobre esas bases se edificaba desde 1960 el hoy varado *Diccionario histórico* de la Academia Española. Con los medios de sus respectivas épocas, todas estas obras fueron acometidas, con grandes trabajos, antes de la era informática. La revolución del ordenador cambió de manera espectacular las perspectivas de la labor de los lexicógrafos. La informática permitió y prometía, como material básico para la confección de diccionarios, la creación de corpus textuales de grandes cantidades de datos léxicos.

Ahora bien, las exigencias financieras de una empresa de este carácter eran en España uno de los impedimentos para que cualquier proyecto lexicográfico de envergadura, no sólo privado, sino institucional, se montara sobre una base informática. El Institut d'Estudis Catalans fue la primera entidad que supo o pudo allegar recursos suficientes al menos para dar los primeros pasos en un propósito de esta talla. Según ha contado Joaquim Rafel, director del corpus informatizado del catalán, durante una primera fase que duró cuatro años se creó la infraestructura material, se trazaron los programas básicos, se formó el equipo humano y se emprendieron en forma experimental las primeras tareas propiamente dichas. A partir de 1989, convenios con la Secretaría de Estado de Universidades e

Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia y con la Comisión Interdepartamental de Investigación Científica y Técnica de la Generalidad de Cataluña permitieron sin grandes altibajos llevar el corpus a su término, acontecimiento que tuvo lugar en el año 1998.

¿Cuáles son las características del «Corpus Textual Informatizado de la Lengua Catalana»? Este corpus, concebido como primera fase del gran proyecto del *Diccionari del català contemporani*, abarca, desde el punto de vista temporal, un período de unos 150 años, que comienza alrededor de 1833, con la recuperación del uso literario del catalán, y se cierra en 1988. Es un corpus de lengua escrita, que incluye textos tanto de la lengua literaria como de la no literaria. Los primeros se dividen según los géneros (narrativa, teatro, ensayo, poesía); los segundos, según los temas (filosofía, religión, ciencias sociales, ciencias puras y naturales, ciencias aplicadas, bellas artes, historia, etc.). Aplaudo la inclusión, dentro de esta taxonomía, de la prensa y de la correspondencia. Es verdad que el encasillamiento de los textos puede ocasionar no pocas incertidumbres; por ejemplo, la rúbrica «prensa» ¿comprende tan sólo la información periodística, o también otros contenidos habituales del diario y la revista, como la creación literaria o el ensayo –que podrían tener mejor acomodo entre los textos literarios–, o como la divulgación científica, histórica o artística –que podrían emparejarse con grupos temáticos bien caracterizados y ya establecidos dentro del sector no literario–?

«Un corpus representativo de la lengua –dice Rafel– no se puede constituir introduciendo obras en el ordenador sin ninguna planificación previa ni ningún criterio de selección.» A esta preocupación obedece el establecimiento de los grupos tipológicos de textos a que acabo de referirme, los cuales, a su vez, se dividen en apartados con el fin de afinar en la precisión de los variados centros de interés de la actividad humana.

La selección de los textos fue precedida por la formación de un «Repertorio de autores y obras», donde se registró casi exhaustivamente toda la producción literaria en catalán aparecida entre 1833 y 1988, que suma 14.600 referencias, a las cuales se agregaban otras 11.500 correspondientes a la lengua no literaria. Todas estas obras fueron distribuidas en veintitrés grupos cronológicos de desigual duración: diez años para cada grupo de la época más antigua –de 1833 a 1913– y cinco años para cada grupo a partir de 1914. Los

textos fueron seleccionados teniendo en cuenta este reparto cronológico y su distribución en grupos y subgrupos tipológicos, así como otros factores, como las modalidades regionales o el carácter de la publicación (tratado o manual, investigación o divulgación, etc.). Cuando de una obra existía más de una edición, se utilizó siempre la primera. Los textos seleccionados se incorporaron íntegramente, salvo en casos de grandes dimensiones, en que por evitar desequilibrios se introdujo sólo una parte. No se excluyeron algunas traducciones al catalán, aunque la gran mayoría de los textos son originales en esta lengua. En todo caso se conservó intacta la grafía. El total de textos así escogidos, de extensión muy diversa, es de 3.300. Y la extensión total de estos textos es de 52.371.944 palabras u ocurrencias (51.253.669, si se eliminan los nombres propios), de las cuales el 56% pertenece a la lengua no literaria y el 44% restante a la literaria.

Base de datos

Las palabras que conforman el corpus fueron sometidas a una lematización semiautomática, que dio como resultado un total de 149.185 lemas, es decir, unidades léxicas capaces de constituir entradas de diccionario. La lematización, aparte de reducir a unidad las variaciones flexivas de cada voz, incluye la desambiguación gramatical de formas homógrafas y la categorización morfosintáctica del lema. Los resultados de este proceso pasan a formar parte de una base de datos que contiene toda la información necesaria para la adecuada explotación del corpus. En un artículo publicado en 1994 (*Caplletra*, 17) Rafel explicó con detalle las características de esta «Base de datos textual de la lengua catalana». Al lexicógrafo, una base de datos así le ofrece los materiales esenciales para la redacción de un diccionario, como la localización exacta de cada ocurrencia y el contexto en que se encuentra. Estas y otras informaciones servidas por la máquina liberan al autor de diccionarios de una serie de operaciones que, cuando se desarrollan por métodos artesanales, complican y alargan su trabajo de manera muy considerable. Claro está que, una vez puestos a su alcance todos esos preciosos materiales, todavía le queda al lexicógrafo la parte más difícil, delicada y penosa, que sólo el cerebro humano tiene capacidad de llevar a término: la organización inteligente de todas esas piezas, dotándolas creadoramente de sentido, para componer el diccionario.

Antes de que el equipo del *Diccionari del català contemporani* se aplicara de lleno al quehacer redactor, antes incluso de que se hubiese completado el corpus, Joaquim Rafel emprendió la publicación de uno de los posibles productos derivados del mismo: el *Diccionari de freqüències*, obra de evidente utilidad para cualquier proyecto de diccionario selectivo –en definitiva, de todos los diccionarios–.

Entre los diccionarios de frecuencias de variados tipos que ya existen, destinados a dar información cuantitativa sobre el léxico de una lengua, el dirigido por Joaquim Rafel presenta como dos primeras características la de dar la lista de las frecuencias de todas las palabras del corpus, en lugar de la práctica habitual de dar una lista limitada a las palabras de frecuencia más alta; y la de publicarse simultáneamente en soporte papel y en soporte informático. La versión en papel ocupa tres gruesos volúmenes, que suman más de 4.700 páginas y que se han publicado entre diciembre de 1996 y diciembre de 1998, dedicado el primero a la lengua no literaria, el segundo a la lengua literaria, y el tercero a los datos glo-



Viene de la página anterior

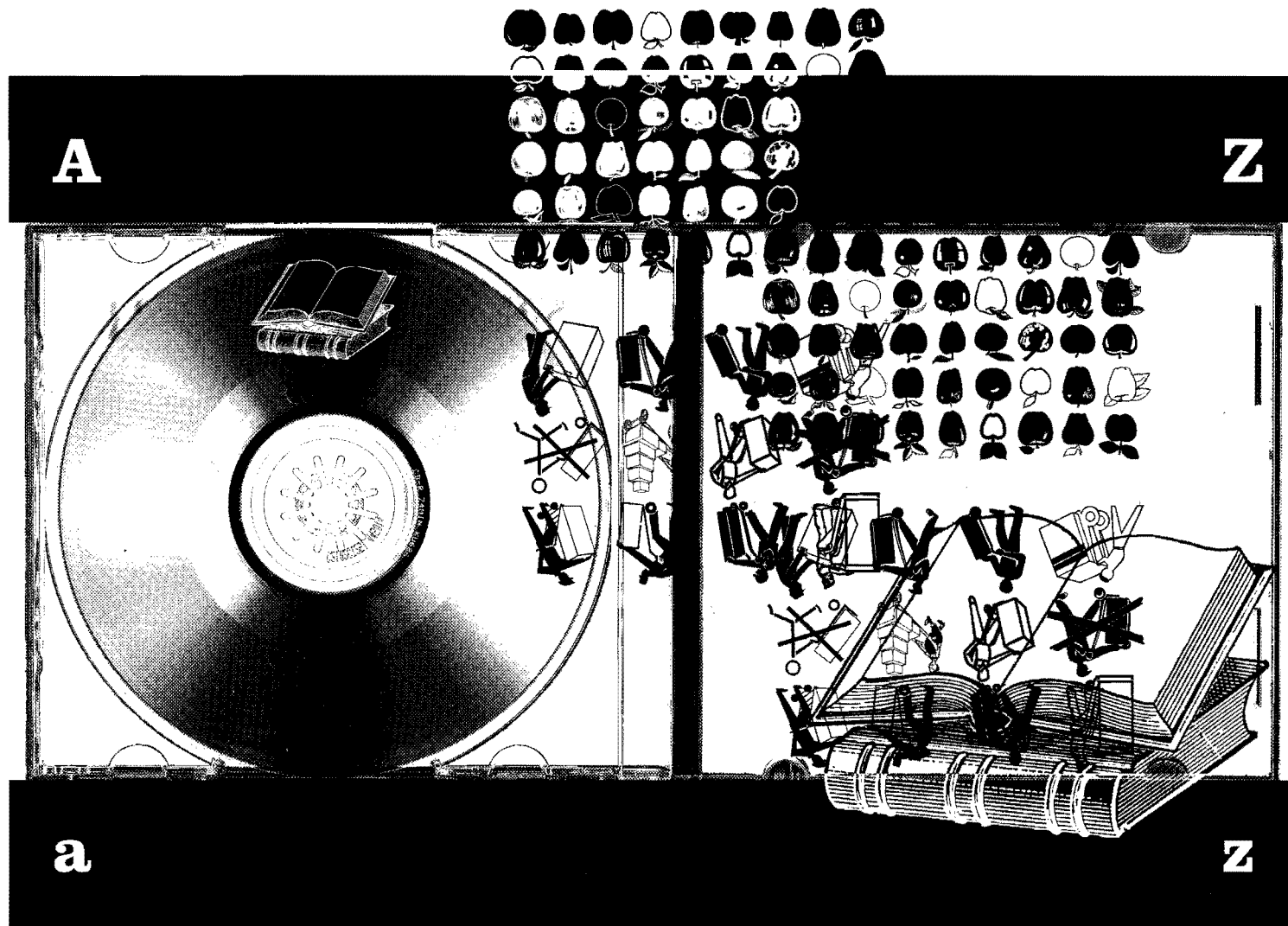


bales. La versión informática consistió primero en un CD-ROM sobre la lengua no literaria acompañando al primer volumen, pero la aparición del tercero ha traído consigo un nuevo CD-ROM anulando el anterior y referente a los datos de la obra impresa completa. El disco no contiene simplemente, sobre distinto soporte, la misma información cuantitativa que el libro, sino que añade datos que por su extensión era imposible incluir en los ya corpulentos volúmenes, como la información cronológica y tipológica sobre las unidades léxicas. Incluye además un programa de consulta que permite la exploración de sus contenidos en sentidos muy diversos. Según advierte Rafel, los resultados que se pueden obtener por medio de estas consultas son prácticamente ilimitados.

Naturalmente, el propósito de este diccionario de frecuencias es el mismo del corpus: dar información fiable y representativa del uso real de las palabras. La frecuencia, el número de veces que una palabra aparece en un texto o en un conjunto de textos, parece ser el único dato objetivo para valorar la utilidad y la importancia de la unidad léxica. Ahora bien, la frecuencia absoluta puede dar una idea falsa de la importancia real de la voz. Es preciso tener en cuenta un factor adicional: la «dispersión», la frecuencia con que la unidad aparece en cada uno de los textos del corpus; la mayor uniformidad de dispersión representa mayor valor de la unidad. A. Juilland (de cuyas listas de frecuencias sobre diversas lenguas la más conocida entre nosotros es el *Frequency Dictionary of Spanish Words*, 1964, elaborado en colaboración con E. Chang-Rodríguez) afinó aún más introduciendo otro criterio, el «uso», que se determina combinando la frecuencia absoluta y la dispersión. Rafel adopta el método de Juilland, pero sometiendo la fórmula de éste a una modificación para adaptarla a su propio corpus, en el cual varía el efectivo de cada grupo tipológico, a diferencia de los grupos de Juilland, que tienen efectivos iguales entre sí.

El diccionario presenta en sus tres volúmenes una misma estructura para el subcorpus de la lengua no literaria, para el de la literaria y para los datos globales. Una primera lista ordena alfabéticamente los lemas, que van acompañados de su respectiva frecuencia absoluta. La segunda lista clasifica esos mismos lemas por orden de mayor a menor frecuencia, con los datos de frecuencia absoluta y relativa, índice de dispersión y uso. La tercera lista los ordena por el valor del índice de dispersión (comenzando por los lemas cuyas ocurrencias se reparten más uniformemente en los distintos tipos de textos), incluyendo además la frecuencia absoluta y el uso. En una cuarta lista la ordenación de los lemas es atendida al índice de uso, dando también para cada uno la frecuencia absoluta y el índice de dispersión. La penúltima lista recoge todos los lemas que tienen asociados lemas secundarios y los presenta acompañados de éstos, mostrando el desglose de las frecuencias de todos. Y la lista última da los lemas secundarios ordenados alfabéticamente, puestos en relación con su respectivo lema principal. Esta variedad de presentaciones de los lemas facilita a los lingüistas diversas posibilidades de investigación basadas en los datos numéricos del corpus. La oportunidad se multiplica si se hace uso de las posibilidades ofrecidas por el CD-ROM que sirve de complemento al libro.

¿Son realmente representativas las listas de frecuencias? La impresión que produce el cotejo de varias listas de una misma lengua inclina a un moderado pesimismo. Me parece natural. Siempre hay que tener en cuenta, aparte de la diversidad de métodos, una realidad elementalísima, que es —como dice W. Martin, citado por Rafel— el hecho de que una lengua es «una población no homogénea». Y no olvidar la sensata puntualización de Bo



ALFONSO RUANO

Svensén, traída igualmente por nuestro autor: «La utilidad de una lista de frecuencias es descubrir cómo es de corriente una palabra en un determinado corpus textual. (Nótese: en un corpus textual; no en una lengua. Es aventurado sacar conclusiones sobre la frecuencia de una palabra en el conjunto de una lengua sobre la base de una lista de frecuencias, que por necesidad ha de estar basada en una fracción extremadamente pequeña de todos los textos producidos en la lengua en cuestión.)».

La oportunidad de la matización de Svensén se confirma, por ejemplo, con hechos anecdóticos como el de que en el subcorpus de lengua no literaria del *Diccionari de freqüències* (y por tanto en el corpus textual) no aparezcan registrados los nombres de varios elementos químicos pertenecientes al grupo de los lantánidos («praseodimi», «neodimi», «prometi», «samari», etc.; incluso no figura el genérico «lantànid»), que sin embargo sí figuran en los dos principales diccionarios actuales del catalán: el de la *Enciclopèdia Catalana* (3.ª ed., 1993) y el del *Institut d'Estudis Catalans* (1995). Esto no debe causar ninguna perplejidad. La ausencia de estos términos en el corpus —y no de otros cinco de la serie— no se explica por una supuesta inexistencia (que en muchos otros casos, no aquí, sería una razón muy plausible, dada la conocida presencia de «fantasmas» en los diccionarios generales), sino por el hecho irremediable de que los corpus, por muy copiosos que sean, jamás podrán abrazar la totalidad oceánica de una lengua. Por otra parte, hay que presumir que, dada la bajísima frecuencia de los propios términos de una serie como la citada que sí constan en el corpus, ninguno de ellos merecerá en su día los honores de ocupar un lugar en un diccionario general «representativo del uso real» como el que se proyecta. Y nadie deberá lamentarlo, porque, si bien es legítima la presencia, en cierta medida, de tecnicismos en los diccionarios de lengua, también es indiscutible que ello tiene su límite, determinado justamente por su frecuencia en el uso. Otra cosa, claro está, es la necesidad de su presencia inexcusable en los diccionarios técnicos, tan importantes en el

mundo de hoy, concebidos precisamente para albergarlos y definirlos, tanto en niveles académicos como de divulgación.

La frecuencia, como he dicho antes, es considerada como el único dato objetivo que existe para valorar la importancia relativa de cada unidad léxica. Sin embargo, las discrepancias entre unas listas y otras para una misma lengua, que sin duda obedecen a diferencias en el diseño de los corpus y en la metodología de las propias listas, nos obligan a relativizar la fe que debemos depositar en los datos de éstas. Lo dificultoso del asunto es que el diseño y el método suelen tener en cada caso «su» fundamento. Porque se da la paradoja de que los datos «objetivos» que se persiguen están apoyados en buena parte en decisiones «subjetivas»; por ejemplo, la determinación de los límites cronológicos y geográficos, la del tipo de fuentes explotadas, la proporción de fuentes asignadas a cada período o a cada zona y la selección de las fuentes concretas que han de alimentar el corpus.

Pero, estas son reservas generales, que se refieren a todo el sistema de los registros cuantitativos del léxico. En el caso particular del *Diccionari de freqüències*, los criterios adoptados para la construcción del corpus, así como los métodos desarrollados para establecer

las listas, me parecen lo suficientemente madurados y convincentes para que podamos tenerlos por dignos de nuestra confianza y podamos esperar que el diccionario que sobre estos pilares ya se está redactando ofrezca una imagen verdaderamente «fiable y representativa» del léxico catalán contemporáneo. Creo que no es necesario insistir en que se trata de una obra muy importante para el estudio de la lengua catalana, y de gran interés también para los lingüistas, particularmente los lexicógrafos, no especializados en ella.

Terminamos ahora volviendo a la primera página. En ella, debajo del nombre de Joaquim Rafel como director de la obra, figuran los de los componentes del equipo de redacción: Joan Soler (coordinación), Josep M. Domènech y Teresa Sadurní (supervisión), David Ordóñez, Lluís Pérez-Carrasco y Lluís Sol (revisión), Aurora Vall (documentación) y Pere Compañó (tratamiento informático). Sabemos muy bien que trabajos de esta magnitud y complejidad sólo pueden llegar a feliz término, como en una orquesta, con el esfuerzo bien conjuntado y sostenido de un equipo de personas competentes en sus respectivos papeles. Todas merecen, pues, al lado del director, nuestra admiración y nuestro aplauso. □

RESUMEN

Cuando el Institut d'Estudis Catalans decidió en 1984 preparar un nuevo diccionario descriptivo del catalán moderno, la primera premisa metodológica que se estableció fue la elaboración de un corpus informatizado que abarcase 150 años, desde 1833, con la recuperación del uso literario del catalán, a 1988, y que fuese un corpus de lengua escrita, que incluyera tanto textos de la lengua literaria

como de la no literaria. De esta gran empresa filológica, en la que se está trabajando, se ha desgajado, como primer fruto de esta labor colectiva que dirige Joaquim Rafel, un diccionario de frecuencias, destinado a dar información cuantitativa sobre el léxico del catalán, una obra de evidente utilidad para cualquier proyecto de diccionario selectivo, y de la que se ocupa Manuel Seco.

Joaquim Rafel i Fontanals (dir.)

Diccionari del Català Contemporani. Corpus Textual Informatitzat de la Llengua Catalana: Diccionari de freqüències

Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1996-1998. Tres volúmenes, CLVI+1542, XLVI+1368, CXXXII+1478 páginas y un CD-ROM. 22.500 pesetas. ISBN: 84-7283-332-1.

La enciclopedia de la alimentación

Por Francisco Vilardell

Francisco Vilardell (Barcelona, 1926), doctor en Medicina y en Ciencias Médicas (gastroenterología) por la Universidad de Pennsylvania, es director emérito de la Escuela de Patología Digestiva de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido presidente de la Organización Mundial de Gastroenterología (OMGE) y del Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas (CIOMS), del que es en la actualidad asesor permanente. Es miembro del Consejo Asesor de Sanidad.

La alimentación es sin duda una actividad prioritaria en la vida del hombre y la que más fascinación ha ejercido en la incesante búsqueda de la sociedad en pos de la salud. Nadie puede dudar de la estrecha relación entre salud, medicina y alimentación; en Grecia, los escritos sobre comida eran generalmente considerados como pertenecientes a la medicina. Desde Hipócrates que aconsejaba a los ancianos comer poco, la literatura está llena de consejos sobre alimentación y ya la Biblia cita a José que prefería para sus compañeros judíos la dieta vegetariana a los alimentos del palacio del rey de Caldea por considerarlos más sanos (Daniel 1). Sin embargo, hay que esperar al siglo XIX para que Von Liebig, al demostrar que el organismo quema hidratos de carbono, proteínas y grasas, estableciera las bases de la dietética actual.

En este último siglo, se ha puesto de manifiesto la importancia en la nutrición de los enfoques multidisciplinares en los que intervienen ciencias tan distintas como la bioquímica, la biología molecular, la agronomía y la genética que han cambiando considerablemente la visión actual tanto de los alimentos como de su preparación. No es necesario insistir en los aspectos sociológicos de la alimentación. La comida es a menudo un acto social, una forma de convivencia y de amistad. Es significativo que la palabra compañero (que comparte el pan: «cum panem») tiene un mismo origen en todos los idiomas latinos e incluso en inglés. El título de esta obra, *The Oxford Companion to Food*, no podría ser más apropiado ya que incluye, en forma enciclopédica, todo cuanto acabamos de men-

cionar: los alimentos, incluso los más exóticos, su composición, su origen y su tecnología, las distintas cocinas en el mundo, los aspectos científicos y sociales de la alimentación, la gastronomía, etc.

Una de las razones que justifica esta obra tan ingente es el extraordinario aumento de las posibilidades de viajar a los países más lejanos y de adquirir alimentos procedentes de cualquier parte del planeta en cualquier época del año. Quizás sea ésta la razón por la que el libro hace más énfasis en cocinas exóticas y menos en aquéllas como la francesa o la china, sobre las que se ha escrito exhaustivamente.

Parece ser que el hombre ordeñó ovejas hace 11000 años y vacas hace 6000. Se han encontrado restos de queso en tumbas egipcias de 2300 a. de C. La mayoría de los alimentos que consumimos eran ya conocidos de los egipcios y figuran en los frescos que adornaban sus tumbas. La manzana, fruto simbólico del Bien y del Mal, se originó en el Oriente Medio y es con mucho la fruta más cultivada y comida. De todos es conocido que la uva existía antes del Diluvio, y con ella el vino con el que Noé se emborrachó. Las lentejas que comió Esaú son también de esta época.

Los romanos consumían alimentos muy variados: gachas, legumbres, hortalizas, pescados y carnes, especialmente la de cerdo, a pesar de la opinión contraria de sus médicos. Los manjares más estimados eran los de origen marino, como indican los pescados y crustáceos que aparecen en muchos mosaicos.

Hubo que esperar los viajes al Nuevo Mundo para que aparecieran en la mesa las patatas, el maíz, las alubias y los tomates.

Según Lester Brown del World Watch Institute, en su informe de 1999, se calcula que 841 millones de personas siguen padeciendo hambre o desnutrición. Esta cifra se aproxima a la que tenía el mundo entero cuando Malthus advirtió del peligro de la desproporción entre alimentos y habitantes. Mientras tanto, el aumento de población sigue imparables en África y en Asia. Como contrapartida, en Occidente posiblemente 600 millones de personas estén con sobrepeso.

Los esfuerzos para aumentar la producción agrícola han sido importantes, pero insuficientes. No se puede potenciar más el ren-

dimiento de trigo, arroz y maíz. Soja, maíz y patatas son los alimentos vegetales más consumidos en el mundo. La mitad de la soja y un tercio del maíz cultivados en EE UU en 1999 ha sido sometida a ingeniería genética para hacerla resistente a herbicidas e insectos. Se han sembrado abundantemente en Canadá, Suramérica, China y Australia semillas tratadas de este modo. Sin embargo la Unión Europea se opone tanto a los alimentos tratados genéticamente como a la carne de ganado tratado con hormonas y antibióticos, respaldada por numerosas asociaciones de activistas y consumidores.

Las grandes empresas productoras de híbridos y de biotecnología genética, Monsanto, Dupont, Novartis, etc. son objeto de numerosos ataques por parte de estos grupos. El tiempo dirá si las grandes ventajas que pueden ofrecer las manipulaciones genéticas compensan los peligros que pudieran ocasionar.

Según datos oficiales, en 1997 había en España 4.874 empresas de alimentación que facturaron la cifra impresionante de 11.251.054 millones de pesetas. El español gastó 154.268 pesetas por cabeza en alimentos. Ha aumentado el consumo de grasas que constituyen el 42% de la dieta y ha disminuido el de hidratos de carbono, incluyendo cereales, azúcar, patatas y legumbres. Según Gregorio Varela, presidente de la Fundación Española de la Nutrición, estamos asistiendo a un empeoramiento de la dieta a causa de las migraciones, el mercado común, el turismo y los cambios de abasto. El consumo de aguas minerales y bebidas refrescantes ha doblado en los últimos 10 años, reflejando quizás que cada vez se come más fuera de casa.

Según datos del Ministerio de Sanidad y Consumo, en 1997 la prevalencia de obesidad en la población de más de 20 años fue del 12,9%, cifra que dudamos se haya modificado.

El arte culinario y la literatura

La primera obra culinaria que se conoce fue la de Arquestrato, un griego de Sicilia quien hacia 330 a. de C. escribió un poema gastronómico del que se conservan 62 fragmentos (hay una excelente versión de John Wilkins, 1994). Arquestrato favorece una co-

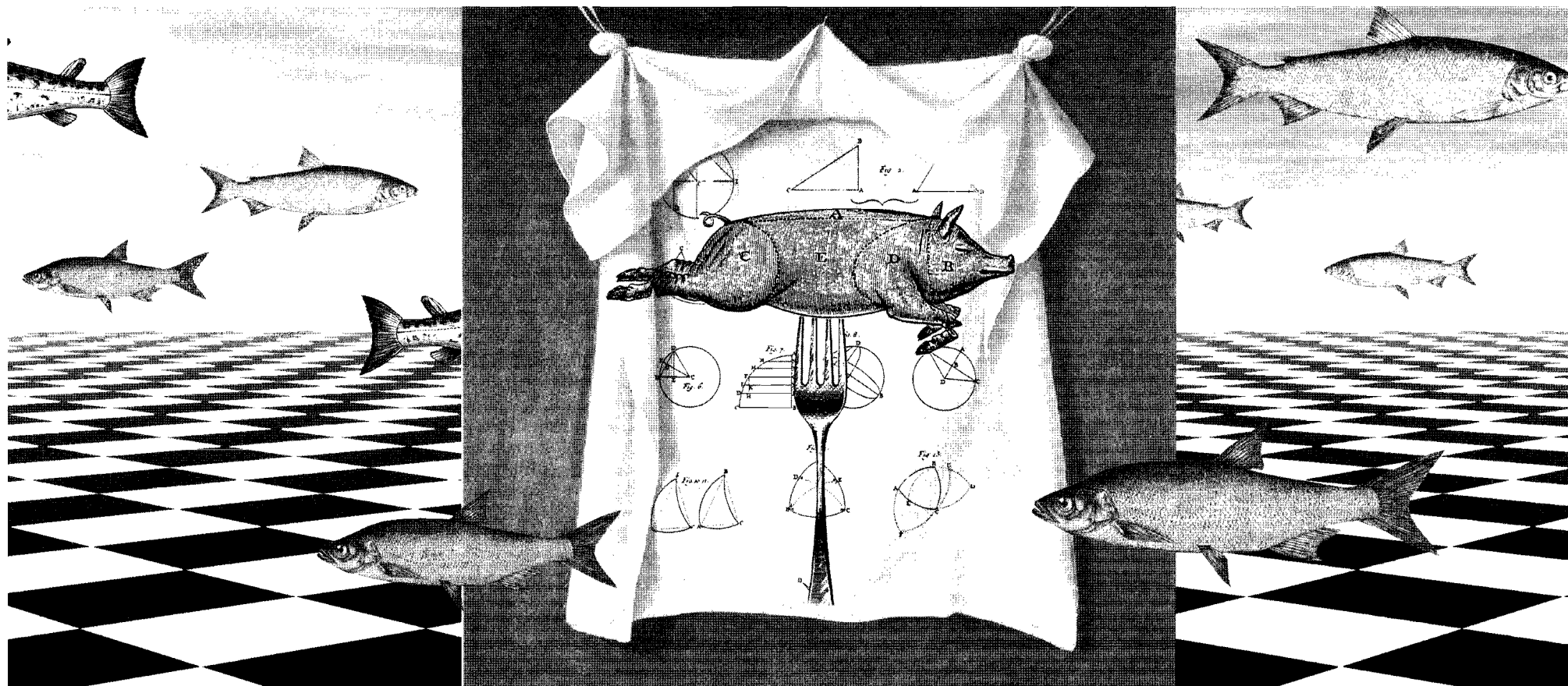
cina «moderna» a base de pescados hervidos, a la plancha o asados, con escaso condimento y poco aceite. Describe y aprecia los buquerones de Atenas, las anguilas de Messina, los esturiones de Siracusa, las ostras de Abidos y las vieiras de Mitilene. Recomienda incluso los panaderos de Lidia o de Fenicia.

Al romano Apicio, famoso gastrónomo que dilapidó una fortuna en comida y acabó suicidándose, se atribuye generalmente *De Re Coquinaria* el segundo libro de cocina.

En cuanto a España, debe mencionarse el *Llibre del Sant Sovi*, una traducción catalana del siglo XVI de un libro de Pedro Felip cocinero del rey Canuto de Inglaterra, el *Llibre del Ventre* encontrado en el Monasterio de Ripoll y el *Arte Cisorio* de Enrique de Villena. Otras fuentes citan cocineros reputados como el Maestro Sardinias, que lo fue de Álvaro de Luna, el Mestre Joaquín, cocinero de Fernando el Católico y Luis «el Negro», cocinero de Gonzalo de Córdoba.

Ninguno de ellos aparece en el *Oxford Companion to Food* que cita en cambio libros de cocina árabes aparecidos en la península en los siglos XIII y XIV. Uno de ellos, *Manuscrito anónimo del siglo XIII sobre la cocina hispano-magrebí* fue traducido por Miranda en 1966. No falta la obra en catalán de Ruperto de Nola, que apareció en castellano en 1525 y tuvo muchas ediciones. Considera obra capital el *Libro de lo arte de la cocina a la usanza española, italiana y tudisca de nuestros tiempos* de Diego Granado Maldonado. También menciona un libro de Francisco Martínez Montiño, cocinero de Felipe III publicado en 1611 y que se reimprimió hasta dos siglos más tarde. Sigue el *Nuevo arte de cocina* de Juan Altamiras (1745) del que hay una reimpresión reciente de 1994. También reseña *La cocina española antigua* de la Condesa de Pardo Bazán (1913). Por último elogia la *Historia de la gastronomía española* de Manuel Martín Llopis, así como la bibliografía que califica de admirable, de M.^a del Carmen Simón Palmer. Una omisión de cierto peso es la de Néstor Luján, que no he encontrado citado en la obra.

Mencionemos finalmente dentro de este apartado gastronómico que, según Jean Paul



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

Aron, el primer restaurante fue fundado por Robert, cocinero del príncipe de Condé cuando éste abandonó el país al estallar la Revolución Francesa. El primer periódico gastronómico «Le Gourmet» apareció en París en 1857.

The Oxford Companion to Food

Alan Davidson, autor principal de esta extraordinaria enciclopedia, ha sido miembro del cuerpo diplomático británico hasta 1975, pero interesado siempre en la cocina. Escribió un libro sobre los peces del Mediterráneo mientras estaba destinado en Túnez y otro sobre los pescados y su cocina estando de embajador en Laos. Fundó con su esposa una revista de cocina «PPC» («Petits Propos Culinaires») y ha sido fundador junto con Theodore Zeldin, el conocido especialista en Historia Moderna, del Simposio Anual sobre Alimentación que se celebra en el Saint Anthony College de Oxford.

Colaboran en este libro, que ha requerido veinte años de trabajo, 54 especialistas en su mayoría ingleses y norteamericanos, pero también figuran en buen lugar las españolas Lourdes March y Alicia Ríos, ambas conocidas por sus libros de cocina y alimentación y, en particular, por su obra conjunta *Libro del aceite y de la aceituna* que ha alcanzado gran popularidad.

El plan de la obra consta de cuatro grandes apartados:

1) Las plantas para la alimentación, que comprenden plantas acuáticas, cereales, frutos, hongos, hierbas y especias, nueces, productos derivados de vegetales, tales como alcohol y azúcar, hortalizas y legumbres.

2) Los animales terrestres, incluyendo aves y pescados, huevos, productos lácteos, animales exóticos.

3) Los alimentos preparados y cocinados: bizcochos, panes, pastas, pastelería, bebidas y salsas.

4) Los términos culinarios y los libros de cocina, aspectos culturales y religiosos de la alimentación y cocinas nacionales y regionales. Esta parte de miscelánea incluye igualmente temas científicos tales como la diges-

ción, la dietética, el colesterol, el empleo de aditivos, etc.

El libro contiene 2.650 entradas por orden alfabético, completadas por un extenso índice de materias donde se encuentran igualmente los sinónimos de muchos términos y otro índice por temas.

El *Oxford Companion to Food* es una obra singular. No es un libro de cocina, pues no incluye recetas al estilo por ejemplo, del *Larousse Gastronomique*, ni se limita a ser una historia de los alimentos tal como la extraordinaria *Histoire Naturelle et Morale de la Nourriture* de Maguelonne Toussaint-Samat. Tampoco incluye demasiados aspectos de la tecnología alimentaria y menos aún de la culinaria, como hace Harold McGhee en su interesante obra *On Food and Cooking* que comentamos hace algunos años en «SABER/Leer» y cuyo prólogo firmó precisamente Alan Davidson.

Aparte de algunas breves definiciones, la obra contiene pocas entradas sobre las costumbres alimentarias, los modos de comer y la etiqueta de la mesa, temas que explora de modo exhaustivo la erudita Margaret Visser en su obra capital *The Rituals of Dinner*.

El lector encontrará, sin embargo, biografías de cocineros y gastrónomos famosos: Apicio, Escoffier, Arquestrato, Brillat-Savarin, Antonin Carême, cocinero de Tayllerand y del Zar, Grimod de la Reynière, Taillevent, autor de *Le Viandier*, el primer libro de cocina impreso, La Varenne, autor de *Le Cuisinier Français*, pero me ha sorprendido la omisión de una biografía de Vatel, el famoso mayordomo y cocinero del Príncipe de Condé que se suicidó por no llegar a tiempo a la mesa unos pescados que había encargado para un banquete. No falta la definición de «Nouvelle Cuisine» (a cargo de Henry Gault, autor con Millau de guías gastronómicas muy conocidas).

Dentro de las entradas no faltan las descripciones de varios alimentos típicos españoles tales como el chorizo, la butifarra, el butifarró mallorquín, la morcilla, la sobrasada. También se describe la composición de una serie de platos típicos de nuestra cocina: tienen entradas propias el gazpacho, la paella (excelentemente tratada por Lourdes

March), el cocido, el romesco y la ensaimada. Cita también numerosos quesos españoles, por encima de todos el manchego, pero también los de Burgos, cabrales, cabreiro, cebreiro, roncal, tetilla, etc.

Cocinas regionales

La cocina catalana tiene un apartado propio relativamente extenso, en el que se menciona de nuevo el *Llibre del Coch* de Ruperto de Nola que Colman Andrews cree que sería del siglo XV, aunque no fue publicado hasta 1520. Opina el autor que la cocina catalana es de influencia romana y, sobre todo, árabe por las berenjenas, las espinacas, el azúcar, la naranja amarga y el azafrán que desde entonces son elementos importantes de la misma y que a su vez influenciaron las cocinas de Sicilia, Nápoles y Cerdeña.

Andrews describe cuatro preparaciones básicas de la cocina catalana: alioli, «sofregit» (sofrito), picada (parecido al pesto genovés) y samfaina (pariente de la «ratatouille» provenzal).

La cocina balear está tratada por Elizabeth Carter e incluye las sopas mallorquinas, la sobrasada, el helado de almendra y la «greixonera» como utensilio culinario.

Sorprendentemente, la cocina vasca tiene sólo una breve entrada, desproporcionada tanto a su calidad como a su prestigio; habla de la afición de los vascos por el bacalao y las setas y menciona la curiosa institución de-

mocrática de las sociedades gastronómicas, pero poca cosa más.

Quizás el único defecto de esta completísima obra sea que evita las controversias tan candentes sobre los alimentos modificados genéticamente y sobre otras cuestiones que dominan en la actualidad el panorama de la nutrición, cuales los conflictos de la ingeniería genética con ciertos expertos en nutrición que temen contaminaciones nocivas e irreversibles de otras plantas no tratadas. Tampoco discute las posibilidades de utilizar para la alimentación humana animales fruto de clonaciones y que podrían ocupar un importante lugar en el futuro. Justifica Davidson estas ausencias porque los avances científicos son tan rápidos que posiblemente se hagan obsoletos en el transcurso de la edición del libro y que por ello prefiere soslayarlos. Hay, sin embargo, un escueto apartado sobre los alimentos orgánicos, definidos como aquellos en cuya elaboración no se han empleado pesticidas, antibióticos o abonos artificiales. La impresión de la obra es magnífica y las ilustraciones de la laosiana Soun Vannithone de excelente calidad. Sin embargo, la obra no es fácil de manejar, por su volumen y por su peso (unos 3,5 kilos), pero estas insuficiencias no impiden que el *Oxford Companion to Food* sea la obra más importante sobre alimentos nunca publicada y que será insustituible como referencia obligada para cuantos se interesen por el amplio campo de los alimentos, su historia y sus características, la nutrición, la gastronomía o el arte culinario. □

RESUMEN

Según el doctor Vilardell esta obra enciclopédica contiene una vastísima información sobre los alimentos, incluso los más exóticos, de los que se incluye su historia natural, su cultivo, su conservación y su modo de preparación. Completan la obra, que consta de 2.650 entradas, biografías de gastrónomos y cocineros, descripciones y bibliografía sobre los libros de co-

cina y consideraciones acerca de los alimentos orgánicos hoy día tan de moda. No faltan descripciones de los platos más conocidos de la cocina española, muchos de los cuales tienen entradas propias, e información sobre la situación de la alimentación en el mundo, así como un breve informe sobre las características actuales de la nutrición en España.

Alan Davidson (ed.)

The Oxford Companion to Food

Clarendon Press, Oxford, 1999. 892 páginas. 40 libras esterlinas. ISBN: 0-19-2115790.

Claroscuros de la economía española

Por José María Serrano Sanz

José María Serrano Sanz (Rioseco de Soría, 1955) es doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona y catedrático de Economía Aplicada en la Facultad de Economía de la Universidad de Zaragoza, donde dirige el Departamento de Economía Aplicada. Especialista en economía española contemporánea, es autor de numerosos artículos en revistas científicas y de diversos libros. Es académico correspondiente en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

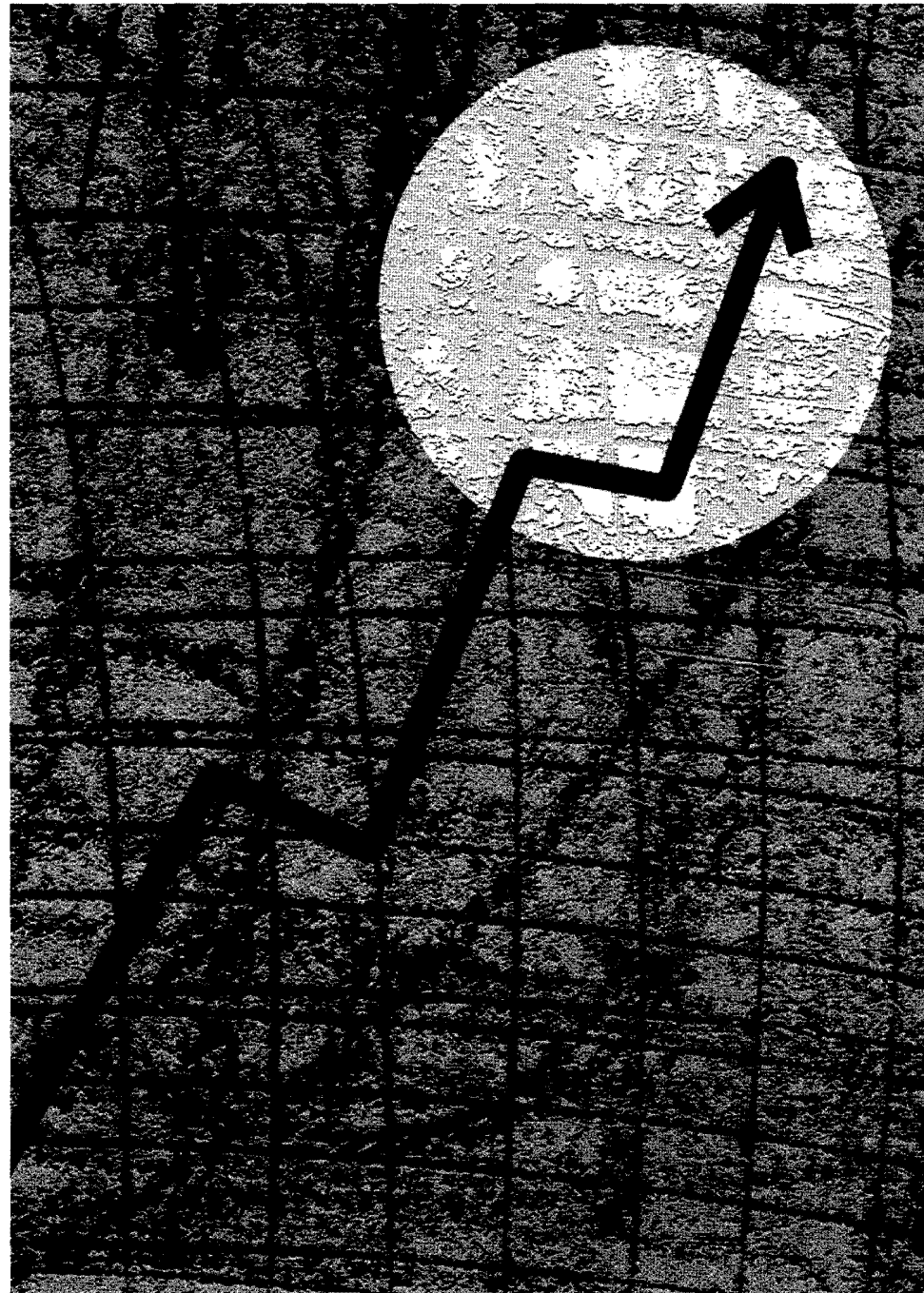
El panorama de las publicaciones de economía en España ha cambiado en los últimos lustros tan vertiginosa e intensamente por lo menos, como la propia sociedad española. En los años sesenta y setenta primaban los libros descriptivos y ahora dominan abiertamente los artículos técnicos, sofisticados incluso, en revistas científicas donde los procesos de evaluación anónima son la norma; no se publica de otro modo en los países con más tradición en el cultivo de la ciencia económica, como los anglosajones. Por el camino, sin embargo, los libros corren el riesgo de perderse y especialmente aquellos con ambición de generalidad, de abarcar un amplio rango de temas. Quedan ahora tres clases de ellos en las librerías españolas: los manuales, que han conocido una expansión extraordinaria a favor de la masificación de la disciplina en las universidades; los descriptivos, residuo de otro tiempo y en declive; y finalmente, algunos de trasfondo analítico. Éstos suelen tener un planteamiento sectorial o bien ocuparse de una institución concreta, como el sistema financiero o la empresa pública, pero apenas existen los que se proponen analizar la economía española como un todo. La razón es sencilla: la acumulación de investigaciones en cada ámbito particular es tal que resulta imposible ser especialista en todos y un libro así sólo puede ser producto de un colectivo de autores. Pero en tal caso únicamente cabe hablar de libro, y no de mera suma de trabajos si aun siendo de autoría plural, está concebido en singular, como ocurre con *España, Economía: ante el siglo XXI*. De ahí su interés y originalidad.

Su lectura permite diseccionar la economía española con la minuciosidad y precisión de la entomología, pero puede también ser ocasión para obtener la imagen global de una realidad radicalmente transformada en los últimos decenios. Dibujada con pocos trazos gruesos, tal imagen estaría compuesta por dos elementos bien diferenciados. Primero, como trasfondo, la «normalidad» de una economía sólidamente asentada en los cánones de una sociedad industrial avanzada. Segundo, los claroscuros del primer plano, es decir, los factores que animan la modernización y, en contraste con ellos, las rémoras que la frenan.

De la normalidad

La geografía y la historia constituyen el soporte de la «normalidad» española, también en el ámbito de la economía. Una posición inequívocamente europea le hace compartir con los países del viejo continente una serie de rasgos característicos del medio físico, incluida la pobreza de unos recursos naturales agotados por siglos de aprovechamientos, patente en la agricultura o la minería. Pero, indudablemente, la principal consecuencia de esa posición es encontrarse en una zona que hace tiempo tomó al progreso como una suerte de religión laica, con fruto para los partícipes y algunos vecinos.

La historia, además, nos muestra que la dimensión europea de España no es sólo geo-



G. MERINO

gráfica, ni es vocación tardía. Acaso uno de los esfuerzos más logrados por la historiografía en los últimos años haya sido precisamente destacar las pautas de «normalidad» por las que ha transitado España en la época contemporánea. Las visiones que enfatizaban la singularidad provenían del romanticismo y alcanzaron un nuevo punto de apoyo en la guerra civil y una prolongada posguerra marcada por el aislamiento. Las investigaciones recientes, por el contrario, han establecido sólidamente que, en lo económico como en lo político, España no puede ser considerada una «rara avis» en el contexto europeo. Ni el modelo británico —tomado un día por medida de todas las trayectorias históricas— fue tan general, ni el español tan particular.

Queda claro hoy que el proceso de desarrollo español en los dos últimos siglos ha sido una variante, la mediterránea, del seguido por el conjunto de países europeos. Si se toma la renta por habitante en relación al promedio de Gran Bretaña, Alemania y Francia en 1850 y 1999 el resultado asombra por su estabilidad: el 77% en la primera fecha y un 79% en la más reciente. Es decir, España ha progresado en conjunto lo mismo que los tres grandes países del occidente europeo; más que Gran Bretaña, líder hace 150 años, menos que Alemania y prácticamente al paso de Francia aun guardando la distancia. Como es lógico ha habido etapas mejores y peores, y entre éstas destacan los años de la guerra civil y la primera posguerra, pero todos los países han atravesado por fases diversas. En re-

lación con Italia, el otro gran representante de la variante mediterránea, cabe decir que fue precisamente entre los treinta y los sesenta cuando se fraguó la distancia que ahora nos separa; antes se mantuvo el equilibrio y también después, aunque en las nuevas posiciones relativas.

Economía avanzada

Ahora bien, estar situados a un 20% de la renta por habitante de los tres países mencionados debe ser interpretado prioritariamente en el contexto de la economía mundial y aquí es inequívoca la posición de España como economía avanzada. Aunque no sólo la renta habla de una sociedad que sigue pautas comunes a las más ricas. Hay otros múltiples signos, algunos tan inequívocos como la dinámica de la población, interpretada a menudo en clave de indicador de desarrollo. Una elevada esperanza de vida, una bajísima mortalidad infantil y un acusado descenso de la natalidad son los caracteres de las sociedades opulentas en términos de población; pues bien, todas ellas las tiene España, incluso en forma particularmente acusada. Y desde una perspectiva globalizadora, el denominado —en el lenguaje de Naciones Unidas— Indicador de Desarrollo Humano, que combina renta con esperanza de vida, niveles educativos y otros índices de bienestar, ofrece una imagen aun más ventajosa de la posición española.

Renta por habitante, comportamiento poblacional, niveles de vida y consumo y tantos otros rasgos que describen esa «normalidad» de la economía española como economía avanzada, se fundamentan en una estructura productiva plenamente equiparable a la de cualquier sociedad industrializada. Un análisis sector a sector desvela el cambio radical producido en los decenios recientes, que ha llevado progresivamente a la agricultura, la industria y los servicios a un tamaño relativo y una configuración similares a las de otros países avanzados. Una agricultura que ocupa ya a menos de un diez por ciento de la población activa y cuya producción tiene hoy un valor económico poco más que testimonial, inferior al de varios subsectores industriales o de servicios. Una industria sólida, purificada del espectacular pero precario crecimiento de los sesenta y primeros setenta por la larga resaca que le siguió; con vocación exportadora además, prueba inequívoca de su modernización. Unos servicios, finalmente, que son más de la mitad de la producción y el empleo, y apenas guardan relación con aquellas actividades tradicionales y poco productivas de hace unos decenios, porque sus dos componentes más dinámicos son los servicios a las empresas y los representativos de las sociedades del bienestar (educación, sanidad y otros servicios públicos).

La «normalidad» de la estructura productiva, en relación con los cánones de una economía avanzada, es incluso completa. Una renta por habitante mantenida, aproximadamente, un veinte por ciento más abajo de la europea podría leerse como prueba inequívoca de un cierto retraso relativo. Sin embargo, considerando la renta por ocupado en vez de la renta per cápita, España se sitúa prácticamente en la media. De donde cabe deducir que el problema del retraso relativo no está, principalmente, en una baja productividad, sino en la incapacidad para aumentar la ocupación. Una conclusión lógica considerando la extraordinaria apertura exterior de la economía española, pues en una economía abierta la productividad de las actividades que subsisten tiende a igualarse a la del entorno, por vía de la competencia. El problema del leve retraso relativo no se puede analizar a través de los sectores productivos, sino que convendrá indagar en las rémoras que impiden ese aumento de la ocupación, aunque también conviene ser conscientes de los factores que pulsán a favor de la modernización. Son los claroscuros a los que hace un momento se hacía referencia.

De los claroscuros

Tres elementos aparecen en el lado de las luces, como factores de modernización de la economía española en este tiempo, bisagra de dos siglos: la internacionalización, la cohesión social y las ideas dominantes sobre la organización de la economía. Estas invitaciones al optimismo no pueden hacer ignorar las sombras todavía presentes, que son rémoras para el progreso. Cuatro son las principales: el rígido mercado de trabajo, la raquítica innovación tecnológica, la insuficiencia de ahorro y la escasa liberalización de los mercados de servicios.

La internacionalización tiene tres dimensiones perfectamente complementarias: la integración comercial y financiera, los compromisos institucionales y la aparición de empresas españolas con vocación multinacional. La apertura comercial y financiera al exterior fue la apuesta decisiva del Plan de Estabilización de 1959 y desde entonces no se ha hecho sino profundizar en ella hasta haberse convertido España en uno de los países

Viene de la página anterior



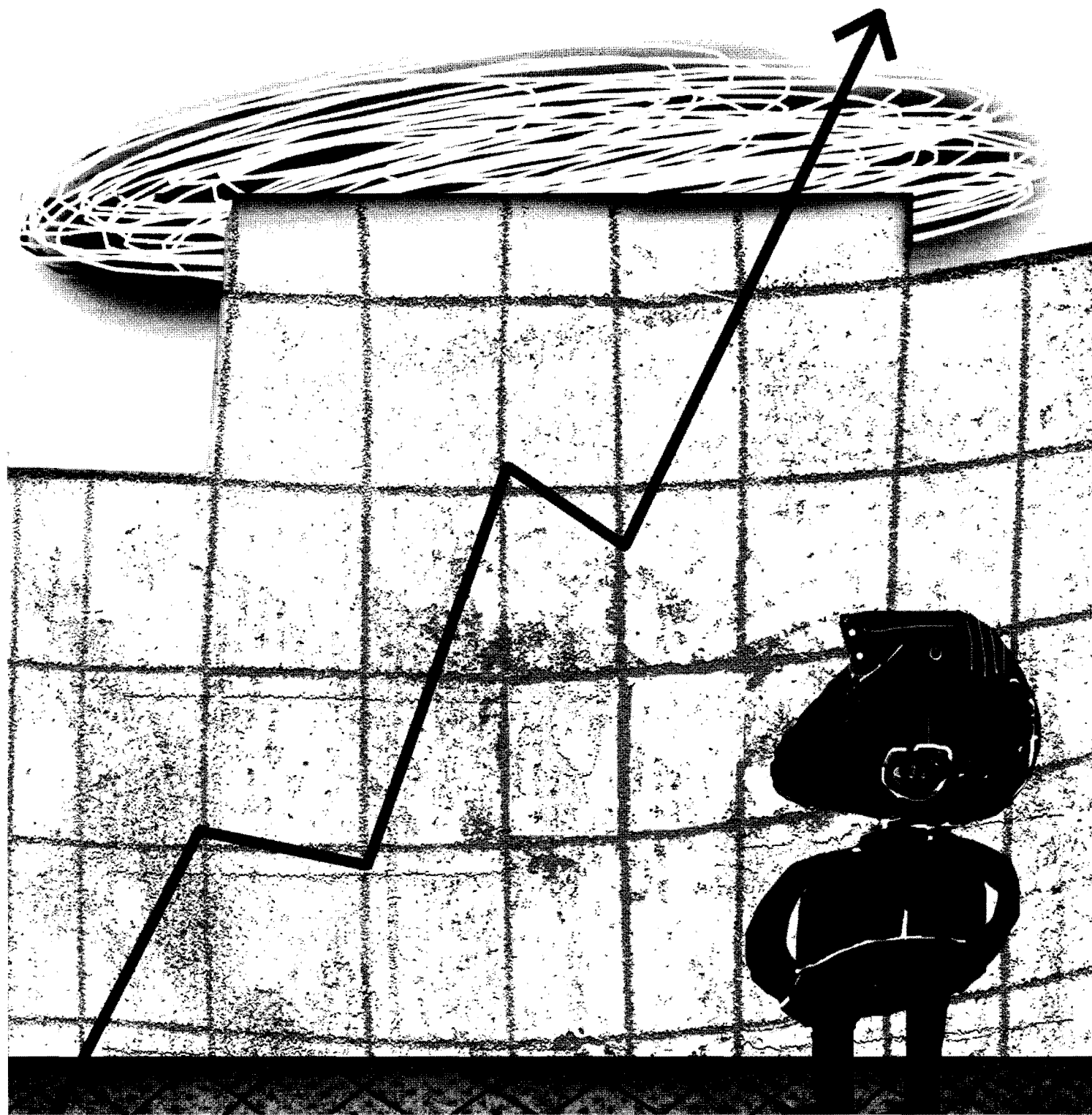
Europeos en los que el comercio exterior representa una proporción más elevada de la renta nacional. Los compromisos institucionales con organismos internacionales comenzaron por las mismas fechas y también han sido cada vez más exigentes, con hitos claves en 1986, la integración en las Comunidades europeas, y 1998, la aceptación del euro como moneda española. En los cuarenta años mencionados la internacionalización ha sido un poderoso estímulo de modernización productiva e institucional para la economía española, que ha contribuido a borrar multitud de rasgos tradicionales. En los últimos tiempos se ha añadido otra dimensión en la internacionalización, la presencia activa de empresas españolas en el exterior, lo cual ha acabado con la pertinaz consideración del mercado nacional como único escenario posible de actuación. Los bancos y las grandes empresas de servicios públicos —entre las que se encuentran algunas recién privatizadas— se han lanzado a nuevos mercados, especialmente latinoamericanos, demostrando iniciativa y madurez. Con toda probabilidad en los próximos años se abordarán escenarios menos accesibles; entre tanto, América Latina habrá sido no sólo la expansión natural del mercado español sino un buen banco de pruebas para la internacionalización empresarial.

Progreso económico

Los teóricos del progreso económico han puesto desde hace años un énfasis creciente en definirlo como un proceso complejo, que requiere la combinación de múltiples energías. Entre las fuerzas creadoras de progreso se encuentran las recompensas al esfuerzo y, como contrapunto, la cohesión social. Ambas son producto de un equilibrio entre ciertas reglas y la percepción social de un reparto equitativo de los resultados. En este punto el papel del sector público es decisivo, pues no sólo establece los estímulos legítimos, al fijar reglas de actuación para los agentes económicos, sino que interviene decisivamente en la distribución por medio de impuestos y gastos públicos. Aunque un tamaño desmesurado puede ser también un obstáculo para el progreso, por restar interés a la iniciativa privada y generalizar en la sociedad la búsqueda de rentas.

Pues bien, cabe decir que el sector público en España está cumpliendo aceptablemente su papel de impulsor de la cohesión social. Incluso con menos excesos y vicios que en otros países europeos. Ha conseguido una distribución de la renta relativamente igualitaria, con una combinación de impuestos y gastos que tiene algunos problemas, pero no insolubles. Al propio tiempo se ha contenido el crecimiento del tamaño, en un nivel inferior a la media comunitaria, juzgada excesiva por casi todos, y se ha desmontado con celeridad el sector público empresarial, aumentando la flexibilidad de la economía. Todo ello sin conflictos y, por tanto, preservando esa cohesión de que se hablaba.

Permítasenos ahora comentar otro factor de progreso, más intangible si cabe, pero no menos importante, las ideas de los economistas. Un elemento reiteradamente señalado por los profesores Fuentes Quintana y Velarde, que también lo destacan en el libro que sirve de referencia. En efecto, desde la internacionalización necesaria, a las virtudes de un Estado del bienestar no esclerotizado o el valor de la estabilidad macroeconómica, el grueso de una profesión influyente en la España de la segunda mitad del siglo XX, ha promovido valores que ahora se consideran activos para la modernización y el progreso. De modo que el innegable poder de las ideas ha sido y sigue siendo utilizado en una buena dirección. Y no conviene menospreciar el da-



G. MERINO

ño que podría haber causado una adscripción diferente de la mayoría de los economistas españoles; al cabo, como recordaba Keynes en los párrafos finales de la *Teoría general*, los políticos suelen seguir los consejos de algún economista, aun sin conocerlo.

Y ahora las sombras. Primero, un mercado de trabajo rígido y fragmentado en exceso, con brechas que no se cierran en las tasas de paro por regiones, sexos, edades y cualificaciones, poniendo en evidencia la falta de presiones o estímulos para que la oferta y los precios se acomoden al mercado. Es obligado preguntarse qué sentido tienen ciertas políticas asistenciales en determinadas zonas, cuando en otras se roza el pleno empleo e incluso se recurre a la emigración exterior para algunos trabajos. Brecha, asimismo, entre las condiciones de integración en el mercado de quienes tienen contratos antiguos y cuantos ahora entran. También la organización de las relaciones laborales y la negociación colectiva parecen introducir rigideces, limadas en los últimos años por la buena voluntad y sensibilidad de sindicatos mayoritarios, patronal y gobierno, más que por virtudes de la regulación institucional. Por último, la abundancia de mano de obra poco cualificada y las deficiencias del sistema formativo son patentes y en nada ayudan al crecimiento.

La investigación, así como la innovación, se encuentran entre los factores decisivos para el desarrollo de una economía avanzada. Permiten ganancias de eficiencia por los avances científicos y, como poco, contribuyen a familiarizarse e incorporar los conseguidos por otros. Sin embargo, en España ni la administración ni mucho menos las empresas parecen haberlo valorado así hasta ahora, porque los gastos en I+D son muy inferiores

a los correspondientes a un país del nivel de desarrollo español. Esto no sólo dificulta el crecimiento sino que tiene costes directos en forma de cuantiosas sumas transferidas cada año al exterior como pagos tecnológicos.

Una tercera rémora es la necesidad de importar ahorro exterior para financiar las inversiones precisas para recuperar el atraso. Esto ha creado una tensión crónica en la balanza de pagos por cuenta corriente, especialmente agravada cuando el sector público se convierte en demandante de fondos prestables, por causa del déficit presupuestario, y compite con el privado. De ahí la importancia del equilibrio en las cuentas públicas, como garantía de estabilidad de los mercados financieros y tipos de interés que estimulen la inversión.

Finalmente, la situación de algunos mercados de servicios es preocupante por las rigideces que padecen y sus derivados, las tensiones en los precios y las ineficiencias transmitidas al resto de la economía. La falta de competencia internacional en muchas actividades de servicios se ve agravada por unas

regulaciones que aún hacen menos libres los mercados. Convendrá señalar aquí que las Comunidades autónomas parecen estar actuando como un freno a la liberalización, del mismo modo que han ampliado el sector empresarial público cuando la Administración central lo adelgazaba. Acaso la presión de unos intereses cercanos y unas ideologías difuminadas bajo el manto del localismo basten para explicarlo, pero no es un buen augurio para el papel futuro de tales instituciones.

Para concluir, y también por hacer justicia al tono general del libro que aquí se comenta, convendrá salir de las sombras, porque si algo destaca es un inequívoco, aunque sutil, optimismo. La capacidad para haber llegado a la cita con la moneda única europea en vagón de primera clase es, sin duda, el activo que más hace resaltar ese optimismo. Quedan problemas, es cierto, pero el camino recorrido es tan impresionante que los economistas, «los cultivadores de la ciencia lúgubre» según Carlyle, no han podido resistirse a dar una perspectiva esperanzadora. □

RESUMEN

La normalidad de una economía avanzada es la nota dominante, según Serrano Sanz, en la imagen que proyecta la economía española ante el siglo XXI, a partir del libro de José Luis García Delgado que comenta. Aparecen también algunas luces, como la in-

ternacionalización creciente, la cohesión social y las ideas modernizadoras, y ciertas sombras en el mercado de trabajo, la escasa innovación y la insuficiente liberalización de los servicios. Son claroscuros que no impiden un tono general de optimismo contenido.

José Luis García Delgado (dir.)

España, Economía: ante el siglo XXI

Espasa-Forum, Madrid, 1999. 778 páginas. 4.900 pesetas. ISBN: 84-239-9747-2.

Cartas celestes

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982). Actualmente es miembro del Consejo de Universidades en representación del Senado.

Sobre Galileo se ha escrito mucho. Sobre su aportación a la ciencia, su vida, su juicio por el Santo Oficio e incluso sobre la reciente revisión de su caso por el Vaticano. Se ha hecho alguna película y no hay quien no le mencione cuando se quiere establecer un creador del método científico o se quiere hablar de los conflictos entre ciencia y fe. Pero la biografía que Dava Sobel ha escrito es original ya que gravita sobre la colección de las 124 cartas que su hija mayor Virginia, nacida hace cuatrocientos años y transformada de muy joven en sor Maria Celeste, le escribió desde su retiro conventual a lo largo de su ajetreada vida. Es una lástima que no se hayan conservado las respuestas de Galileo, probablemente, opina Sobel, debido a que la madre superiora no deseara guardar documentos de alguien condenado por la Inquisición y cuyas obras figuraban en el Índice de libros prohibidos, en el cual figuró el *Diálogo sobre los dos sistemas máximos del mundo* incluso hasta después de 1757, cuando la Congregación del Índice retiró las objeciones generales contra las doctrinas copernicanas. La exclusión explícita no se produjo hasta 1822, pero como no se publicó una nueva edición del Índice hasta 1835 fue en esta fecha cuando ya no apareció.

No se trata de la primera edición, o explotación, de las cartas de la hija de Galileo. Quizás las primeras fueron las de 1864, en Florencia, *La primogenita di Galileo Galilei*

rivelata dalle sue lettere, de Carlo Arduini, y la de Mary Allan-Olney, *The Private Life of Galileo*, Londres, 1870. Más recientemente las *Lettere al Padre* de Celeste Galilei se han editado en Turín (La Rosa, 1983) y Génova (Blengino, 1992). Pero sí que se trata de una biografía original e interesante, desde un ángulo poco frecuente y escrita en el estilo ágil que caracteriza a la autora.

Dava Sobel ya me sorprendió hace unos años con *La longitud*, una agradable biografía novelada de John Harrison, un relojero que acometió el problema de construir un reloj suficientemente preciso, incluso en las adversas condiciones de alta mar, como para solucionar el problema de la medida de la longitud geográfica —que planteaba graves inconvenientes a los navegantes—, mediante un método alternativo a los basados en las medidas astronómicas. Incluso hoy, habituados a los fantásticamente precisos relojes de cuarzo que podemos adquirir por unas mil pesetas, sorprende que hace ya más de dos siglos Harrison hubiera sido capaz de construir los famosos H-4 y H-5, de una precisión de un tercio de segundo por día. El éxito editorial de *La longitud* debió animar a Sobel a proseguir con el género y la nueva obra que comentamos no desmerece de la primera. Curiosamente la determinación de la longitud geográfica ya fue atacada, aunque sin éxito, por Galileo utilizando las lunas de Júpiter descubiertas por él mismo cuando dirigió al cielo su telescopio refractor, pensando quizás en el premio dinerario ofrecido a quien resolviera el problema, lo que le debería librar de sus apuros económicos.

Galileo que, recordemos, nació en Pisa el 15 de febrero de 1564, tuvo tres hijos naturales: de Marina Gamba, Virginia (1600-34), Livia (1601-59) y Vincenzo (1606-49). Dadas las circunstancias de hijos naturales, aunque reconocidos, y su escasez de recursos económicos que le dificultaba afrontar las dotes para las bodas de sus hijas, decidió meterlas en uno de los 53 conventos (además de los 27 monasterios) que había en los alrededores de

Florencia. Si bien la Iglesia prohibía aceptar a hermanas en un mismo convento y no permitía hacer votos hasta los dieciséis años, se hacían excepciones a lo primero y se permitía entrar antes de la edad reglamentaria postponiendo los votos. De esta manera, en 1614 Galileo se liberó del cuidado de sus hijas que había asumido tras su traslado a Florencia (Vincenzio se quedó con su madre Marina en Venecia hasta que ésta falleció en 1619) al tiempo que las ponía a salvo de eventuales problemas que ya empezaban a apuntar en el horizonte de Galileo.

Padre e hija

El convento elegido fue el de San Matteo que las clarisas tenían en Arcetri, cerca de Florencia, en cuyos alrededores Galileo vivió desde los primeros años del siglo XVII bajo la protección de los Médici. Hay que suponer, pues, que los contactos entre Galileo y su hija predilecta no se limitaron a los epistolares, sobre todo desde que, en 1630, se trasladó de su residencia de «Belosguardo», a tres cuartos de hora del convento, a la finca «Il Gioiello», en el mismo Arcetri.

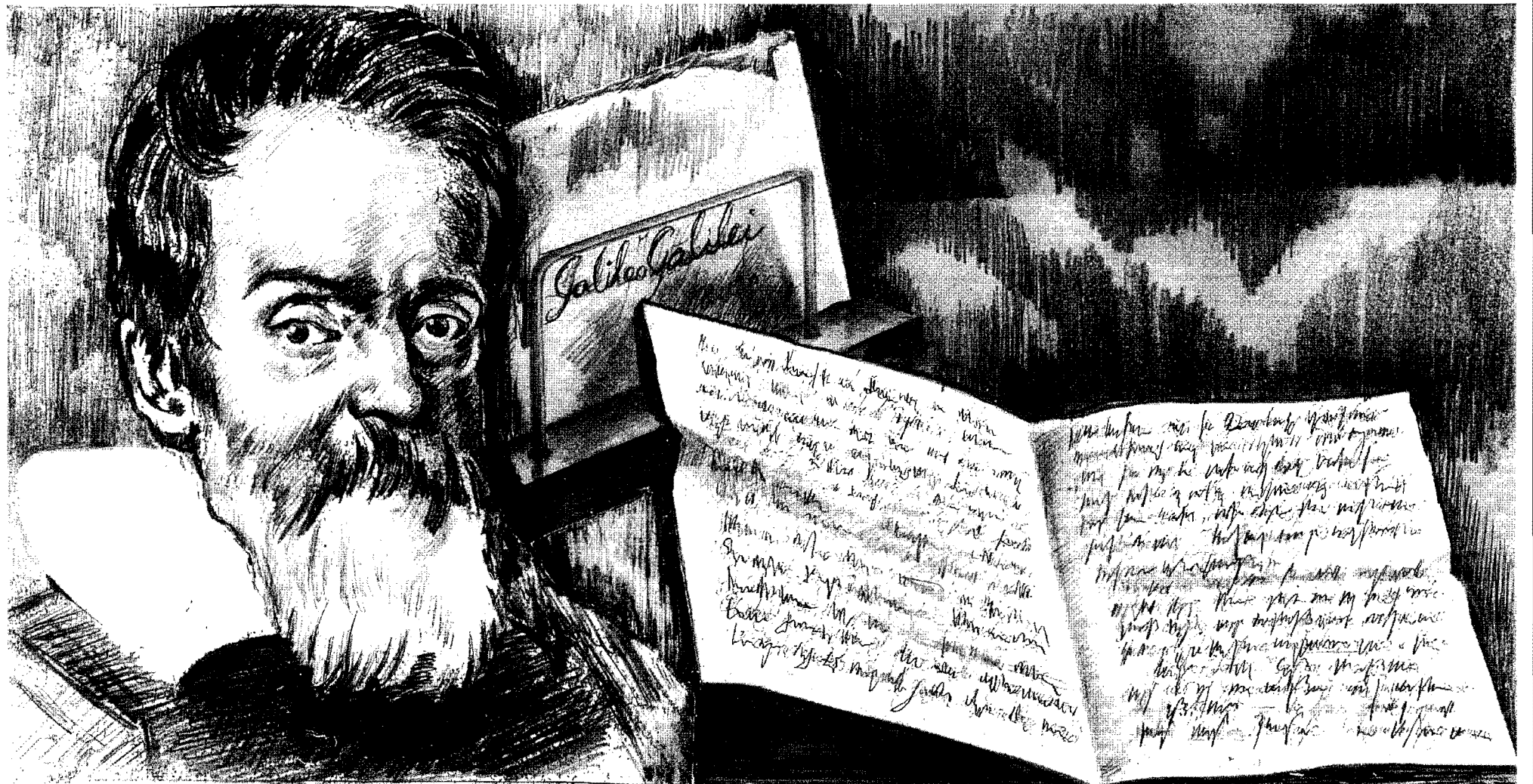
Los contenidos de las cartas no se limitan al interés por los trabajos de su padre («...otra cosa más que os pido por favor es que me enviéis vuestro libro, el que acaba de publicarse...»), las satisfacciones por sus éxitos («...reflejan claramente el afecto que este gran hombre —escribe tras leer las cartas que el nuevo Papa Urbano VIII había enviado a Galileo, siendo cardenal— siente por vos y muestran también en cuánto estima vuestra capacidad.») y las preocupaciones por los conflictos paternos con los partidarios del sistema geocéntrico y de las teorías aristotélicas. También alcanzan los aspectos más diarios de la relación familiar: los cuidados de las ropas del padre y el hermano («...os devuelvo las camisas que faltaban por coser...»), incluidos los remiendos («...Vincenzio necesita muchísimo unos cuellos nuevos...»), los suminis-

tros de medicinas (sor Maria Celeste era la boticaria del convento, al tiempo que directora del coro) para la precaria salud de Galileo. Por Navidad de 1625 le manda «...dos peras asadas para esas fiestas...» al tiempo que le reclama una funda de almohada.

La administración de la finca paterna es objeto constante de las cartas cuando Galileo debía trasladarse a Roma para promocionar su obra o para acudir a las demandas de la Inquisición, preocupándose por la venta de las cosechas («...se obtuvieron 4 liras de la venta de 70 naranjas amargas...») y los problemas relacionados con la elaboración del vino («Todas las tardes el signor Rondinelli toma un poco de vino de ese barril que dejasteis...»), explica al padre en 1633, mientras Galileo se dirige hacia su juicio. Y también vela por la economía paterna («Sigo dando un 'giulio' todos los sábados a La Brigida... una obra de caridad verdaderamente bien empleada...») a pesar de los frecuentes salazos, ya en favor de su hermano o de la maltrecha economía del convento que a duras penas permitía la subsistencia de las monjas.

Es de destacar la reverencia de la hija con respecto al padre. Cuando Barberini es elegido Papa, «como soy algo más que curiosa» le pide ver la carta de felicitación que Galileo debía haber enviado a Su Santidad al tiempo que le agradece «muchísimo las que ya me habéis enviado —como cardenal—, así como los melones que tan bien nos han venido». Y cuando Galileo le comunica que no le ha escrito directamente, se excusa por «...mi imprudencia al suponer, como lo hice, que vos, señor, escribiríais directamente a tal personalidad... Por eso os agradezco que señaléis mi error... y disculpéis mi enorme ignorancia y tantos otros defectos que se manifiestan en mi carácter».

Al hilo de las cartas, tenemos ocasión de repasar la gran obra científica de Galileo, no sólo las contribuciones relacionadas con las observaciones y descubrimientos celestes



STELLA WITTENBERG

Arte y ciencia de tomar buenas decisiones

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

«Ayer viernes terminé las conferencias que había explicado durante una semana en Maracaibo y Mérida y mañana debo salir para Caracas y reanudar mi actividad normal en la nueva Escuela de Estadística de la Universidad Central».

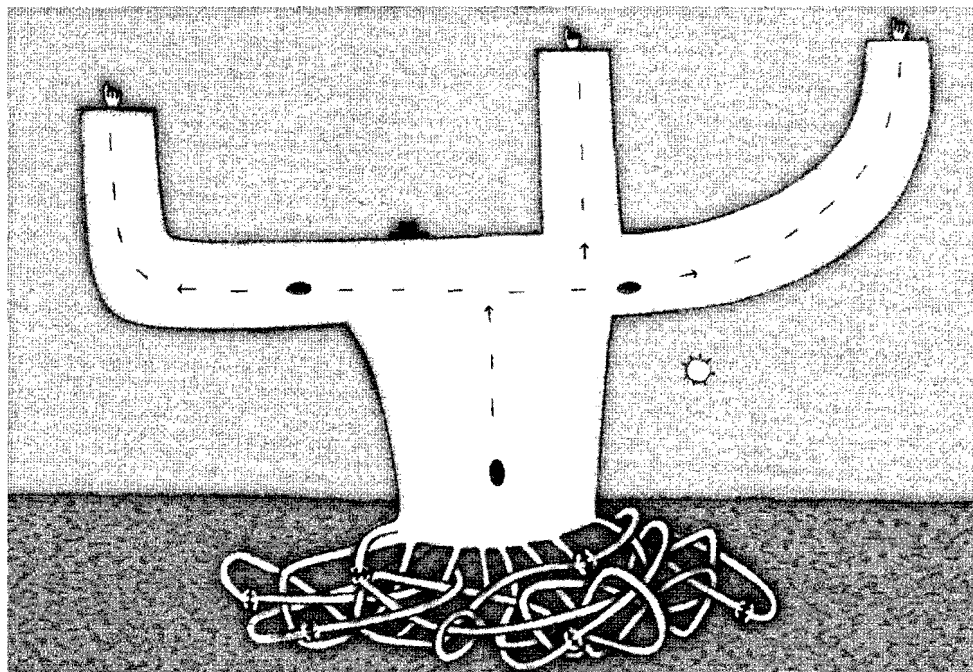
«Pero hoy sábado a las siete de la mañana subí al viejo bimotor que "calentó motores" mientras rodaba por la pista descendente del aeropuerto de Mérida y se lanzó al espacio. Unos minutos después caímos en un pantano de lodo sin heridos graves en el interior del avión (sólo algunas fracturas de costillas), pero muerte de una niña que pasaba tranquilamente por el campo».

Tal fue el suceso (anotado en mi diario) que hace casi cuarenta años me obligó a la toma de la decisión de elegir la mejor manera de viajar al día siguiente para regresar a Caracas.

Lo que llamamos una buena decisión es lo mejor que podemos hacer en una ocasión con la información que logremos conseguir respecto de las varias alternativas posibles y de nuestras preferencias personales por sus consecuencias y riesgos implícitos en los cursos de desarrollo posibles sujetos a la inevitable incertidumbre.

No parece factible escapar de tomar una decisión y ponerla en práctica en un caso como éste, si se quiere reanudar la vida normal en un plazo razonable. Parece que no había en aquel momento más que dos alternativas realmente posibles para la economía de un experto de la UNESCO: a) tomar otro avión de la misma u otra compañía, en que probablemente los aviadores vigilarían más el vuelo en bien propio, de la compañía y de los viajeros; b) atravesar los Andes en un taxi durante diez horas por puertos y vericuetos con conductores y coches menos controlados aun que los aviadores y aviones.

Éste es el tipo de problemas que se llaman en incertidumbre total. Desde el principio consideramos como objetivo básico realizar el nuevo viaje sin tener un accidente grave. Por ello dedicamos el mayor tiempo posible a buscar información concreta y precisa que permitiera hacer algunas comparaciones de las dos alternativas mediante razonamientos plausibles (en sentido probabilístico) basados en las mismas. Llegamos a saber, tras preguntas e indagaciones pertinentes, que la falta de disciplina y sobriedad en el comportamiento de los pilotos se había comprobado en el vuelo fracasado, pero nada se pudo atribuir a fallo de motores, en general, en esta y otras ocasiones. Esto nos apartó de la idea fija de mayor inseguridad del avión, pero lógicamente difícil de rechazar por el sufrimiento del accidente



SOFÍA BALZOLA

tan reciente y nos llevó, tras algunos razonamientos probabilísticos plausibles, a decidirnos por tomar al día siguiente nuevamente el avión, que nos llevó a Caracas perfectamente sanos y salvos.

Sirva este ejemplo de mi actividad decisoria personal como punto de partida para reflejar algunos de los tipos de cuestiones que son objeto de análisis y estudio para ponerlos al alcance, comprensión e interés de un público general que no necesariamente ha de tener una especial preparación matemática, probabilista y estadística, sino que partiendo de unas ideas sencillas y unos conocimientos simples, pueda llegar a obtener una cierta comprensión de estos problemas en casos reales, que soporten las ideas generales, punto de partida de tales conocimientos básicos de la metodología de la decisión.

Tal es, en resumen, el objetivo general del libro del profesor Lewis (físico, experto en toma de decisiones), que no es único en la literatura, pero sí excelente estímulo para despertar el interés por la Matemática de las decisiones, Teoría de la Decisión, Decisiones elegantes, nombres diferentes para este conjunto de conocimientos básicos, con los que se establecen lenguajes básicos que permiten razonamientos plausibles bajo incertidumbre.

En definitiva, es el mismo camino metodológico que, cuarenta años después, este libro de Lewis, y otros libros de autores estadísticamente más significativos como Raiffa, Keeney, Hammond, Saaty, Goodwin, Wright, han bautizado con los nombres de PROAC (acrónimo), SMART, SMARTER, EXPERT CHOICE..., y han trabajado para reducirlo a sus más estrictos rasgos, casi triviales, y dedicarle libros, que están teniendo un gran éxito, para lograr que estas importantes aplicaciones de la Ciencia de la Decisión sean mucho más utilizadas por los humanos del siglo XXI en bien de la racio-

nalidad. Aquí, como en otras muchas facetas de la Ciencia, los llamados «matemáticos puros» son responsables de olvidar los primeros y ciertamente importantes y geniales pasos de sus escapadas a las alturas y quedar prisioneros y aislados en sus «nieves del Kilimanjaro» y pretender que todos los comprendan. Aunque es sabido que el gran matemático Hilbert decía que un teorema no está demostrado hasta que lo entiende el primer ciudadano que al azar encontramos por la calle.

En definitiva se trata de estimular el interés de personas cultas en general y sobre todo profesionales como empresarios, administradores, políticos, economistas, abogados, médicos..., en aprender a tomar mejores decisiones en situaciones más o menos complejas (decisiones individuales, negociaciones, decisiones políticas...) que se presentan continuamente a lo largo de sus vidas y trabajos profesionales. Tales tomas de decisiones implican descubrir alternativas posibles y preferencias por sus objetivos finales como consecuencia de un porvenir incierto, irreducible tal incertidumbre por su misma esencia, que habrá que intentar medir o, al menos, comparar y saber qué riesgos futuros conllevan.

Así ha ido surgiendo el actual Análisis de Decisiones, conjunto de metodologías que, a través de representaciones formales, como árboles de decisión, diagramas de influencia, sistemas expertos..., en las que se integran las percepciones probabilísticas del decisor en relación con los sucesos inciertos que se le presentan, sus valoraciones de las consecuencias de las posibles decisiones para llegar a la aplicación de criterios normativos fundamentales (utilidad esperada, riesgo fijado, minimax, etc.), que permitan ofrecer a los decisores «soluciones racionales coherentes» y en consonancia con su pensamiento crítico y comportamiento natural, tratando de hacer compatible la racionalidad científica con la inevitable y aun deseable presencia de lo subjetivo en la solución de cada problema.

Pero, como dice el autor, muchas cosas suceden por azar y poco puede hacerse para cambiar su influencia. Las leyes de probabilidad son muy poderosas y nunca duermen. Si esto fuera más generalmente comprendido habría menos gente presumiendo de buena suerte por su tarot y menos temerían la mala suerte que traen las brujas..., lo cual se asociaría a un gran progreso de nuestra «cultura popular».

El objetivo de la adopción de decisiones racionales es ayudar a tomar las mejo-

res decisiones posibles en promedio, a lo largo de nuestras vidas. Usted avanzará hacia delante si es racional, aunque a veces haya parecido terriblemente erróneo o sorprendentemente correcto. Se trata en definitiva de ayudar a las personas a descubrir que aun en problemas en que parece que no podemos hacer nada, siempre es posible descubrir algo que nos ayude a tomar una decisión mejor, es decir, racional.

Pero las decisiones en nuestra sociedad actual de desarrollo científico y tecnológico cuyo objetivo final es la mejora de la calidad de nuestras vidas y de la sociedad en conjunto, encuentran cada día enormes incertidumbres sobre el futuro lleno de nuevos riesgos que hay que afrontar. Esto constituye un manantial inagotable de nuevos problemas de T.D., que permitan efectivamente mejorar nuestras situaciones en vez de empeorarlas (p.e. al construir una nueva presa, o un depósito de residuos nucleares o un basurero, etc.), lo que ha conducido a la importante consideración del concepto de «desarrollo sostenible».

Está claro que si no queremos que el público pierda la confianza en el proceso asociado al control del riesgo por los científicos, tecnólogos y administradores, se debe aprender a tratar el riesgo e incertidumbre en las decisiones individuales y colectivas con las metodologías actuales del Análisis de Decisiones. Hay ejemplos como el de la famosa votación del jurado que decidió la muerte de Sócrates (339 a. de C.) que ponen de manifiesto la gravedad de un mal estudio de estos problemas: el jurado estableció dos etapas: 1.ª votación (culpable / no culpable); 2.ª votación (si culpable, qué pena se le impone). Los resultados fueron: 1.ª) culpable por 280 votos contra 221; 2.ª) 360 votos a favor de la pena de muerte y 141 en contra. Este resultado, en que muchos hombres que, en la primera votación afirmaron que Sócrates era inocente, votaron en la segunda por que tomara la cicuta, pone de manifiesto alguna de las facetas de las dificultades de coherencia y otros problemas de las decisiones y votaciones colectivas.

A pesar de los esfuerzos de matemáticos como Von Neumann, creador de la teoría de la utilidad y la teoría de juegos, y un buen número de Premios Nobel como Arrow, creador de un famoso teorema fundamental sobre las votaciones democráticas, Nash, Selten, Sen, Harsanyi..., que han introducido año tras año nuevos conceptos y teorías en las decisiones humanas, siempre más abarcativas, pero siempre abiertas a nuevos progresos que constituyen un gran atractivo de este campo de estudios claramente multidisciplinar.

Para terminar quisiera expresar mi deseo de que en este Año 2000, considerado por la UNESCO como año de la Matemática, nos convenzamos todos de la urgente conveniencia de introducir, incluso en la enseñanza de la matemática elemental, estas aplicaciones y metodologías que son ciertamente sencillas, atractivas para el «hombre social» del siglo XXI, como se confirma con la lectura del libro de Lewis y otros muchos actuales, de los que hemos tomado algunas ideas aquí expuestas. En algunos países ya se ha hecho y sería muy conveniente para nuestro progreso cultural y social que también se hiciera en España. □

En el próximo número

Artículos de Miguel Beato, Agustín García Calvo, Antonio García Berrio, Miquel Siguan, Gabriel Tortella y Román Gubern.

RESUMEN

Sixto Ríos comenta un libro que es un excelente estímulo para despertar el interés por la Matemática de las Decisiones, por la Teoría de la Decisión, que por estos nombres, y otros más, se conoce el conjunto de conocimientos básicos con los que se establecen len-

guajes que permiten razonamientos plausibles bajo incertidumbres. En definitiva, pretende este ensayo que personas cultas en general y profesionales aprendan a tomar decisiones en situaciones más o menos complejas que se les presenten en su vida laboral.

H. W. Lewis

Why Flip a Coin? The Art and Science of Good Decisions

John Wiley & Sons, Nueva York, 1999. XII+206 páginas. 22,95 \$. ISBN: 0-471-16597-2.

Una neurobiología de la estética

Por Miguel Beato

Miguel Beato (Salamanca, 1939) es profesor de Biología Molecular en la Facultad de Medicina de la Universidad de Marburgo (Alemania) y en la Universidad Pompeu Fabra, en Barcelona.

«Qu'a-t-il donc dans la tête,
cet Homo qui s'attribue sans vergogne
l'épithète sapiens?»
(J. P. Changeux, *L'homme neuronal*,
Fayard 1983).

Desde la antigüedad hasta bien entrado el siglo XX la investigación sobre el cerebro ha estado en gran parte dominada por el debate entre los que asignaban funciones específicas a las distintas áreas de la corteza cerebral y los que consideraban las varias funciones del cerebro como resultado integrado de toda o de una gran parte de la corteza cerebral. Los sorprendentes y a menudo fantásticos mapas topográficos del cerebro tuvieron un fuerte impacto y alcanzaron gran popularidad con la frenología del médico vienés Gall, que llegó a asignar 27 facultades mentales a áreas específicas del cerebro. El libro (*Inner Vision. An Exploration of Art and the Brain*) de Semir Zeki que me dispongo a comentar representa una original contribución a este debate puesto que se pregunta algo verdaderamente nuevo y hasta insólito, a saber, cuál es el substrato cerebral de nuestra apreciación del arte y en particular del arte plástico. Partiendo de una amplia experiencia como neurobiólogo dedicado al estudio de la visión, Semir Zeki se arriesga a formular una pregunta que muchos de sus colegas considerarán con sospecha o al menos con reservas: ¿Es posible establecer las bases científicas de nuestra percepción estética? Hasta ahora, las cuestiones estéticas han sido tratadas por filósofos, psicólogos y teóricos o críticos de arte sin ninguna preocupación por su base objetiva o anatómica. Los neurofisiólogos y los neurobiólogos, por otra parte, se ocupan del funcionamiento de las neuronas y de los aspectos bioquímicos y moleculares de la transmisión de las señales nerviosas, pero no le dedican ninguna atención al problema de la consciencia estética. También los científicos del conocimiento, aun cuando a menudo se ocupan del problema de la percepción del arte, lo hacen desde la perspectiva de la informática o la microelectrónica, sin preocuparse de la base anatómica, neurofisiológica y celular subyacente.



JUAN RAMÓN ALONSO

El libro de Semir Zeki está dividido en tres partes, cuyos títulos son ya reveladores. La primera parte del libro se ocupa de la posible función del cerebro desde un punto de vista evolutivo y trata de relacionarla con la función del arte. El autor parte de la premisa de que el cerebro sirve para extraer información biológicamente relevante relativa al mundo circundante. En especial el cerebro visual sirve para extraer información visual, quizás la más importante para la interpretación que el hombre hace del mundo. Pero ¿qué tipo de información visual es relevante? Zeki sugiere que la función crucial del cerebro visual consiste en extraer del flujo constante de fotones que alcanza la retina los aspectos constantes, no cambiantes, de un objeto o de una escena. Es éste un proceso activo

que requiere una selección de los aspectos relevantes, una eliminación o sacrificio de la información irrelevante y una comparación de la información así filtrada con el material almacenado en la memoria proveniente de anteriores experiencias visuales. Esta comparación permite la identificación o categorización de un objeto o de una escena. Se obtiene así una información que ha sido seleccionada evolutivamente por ser esencial para tomar decisiones de vital importancia para nuestra sobrevivencia: huir de un peligro o esconderse, perseguir una posible presa o abandonar el esfuerzo por la poca probabilidad de éxito, interpretar expresiones faciales como indicadores de actitudes de cooperación o competición, etc. Así, pues, el acto simple de la visión es un proceso activo que supone un esfuerzo creativo.

Una idea crucial de Zeki es que la función del arte plástico es semejante a la del cerebro visual y en cierto modo su extensión. Consiste en extraer los datos esenciales o constantes del caótico y cambiante mundo que nos rodea tal y como es registrado por la retina. Los artistas emplean a menudo expresiones como «ver las cosas tal y como son realmente, no las apariencias», que de algún modo representan una reformulación de lo que los neurobiólogos reconsideran la función de la corteza visual. Todo el libro está de-

dicado a exponer la evidencia neurológica de esta correlación entre la especialización funcional del cerebro visual y los distintos aspectos de la estética plástica.

Como un primer ejemplo de apreciación neurobiológica de obras de arte concretas, Zeki se refiere a la constancia situacional como una parte esencial de la fuerza estética de las ambiguas escenas que pueblan los asombrosos cuadros de Jan Vermeer y a la constancia implícita en las obras inconclusas de Miguel Ángel Buonarroti. La maestría técnica de Vermeer al pintar con gran realismo una situación muy concreta pero que se presta a múltiples interpretaciones confiere una enorme fuerza psicológica a sus obras. Una fuerza no menor la logra Miguel Ángel dejando sus esculturas, por ejemplo la *Pietà Rondanini*, inconclusas y ofreciendo así al observador una paleta de posibilidades imaginativas para completarlas. En ambos casos Zeki ve un intento del artista de acercarse a la imposible tarea de incluir en una sola obra la enorme riqueza interpretativa contenida en la imagen mental construida por el cerebro del artista. Esta imagen equivaldría al correlativo neurológico del ideal platónico: la memoria visual almacenada en el cerebro de los múltiples aspectos esenciales de un objeto. En este mismo sentido Zeki interpreta el intento del cubismo analítico de incluir en una sola obra varias visiones y perspectivas de un objeto. El cubismo imita lo que hace el cerebro, es decir integrar la visión de un objeto desde distintos ángulos, con distinta luz y a varias distancias, e intentar realizar una síntesis que extraiga los aspectos esenciales y constantes del objeto.

Teorías de la visión

En la descripción del proceso de la visión se puede partir de un realismo naif, al aceptar la existencia de un mundo exterior independiente del sujeto que lo percibe. Pero puesto que los objetos del mundo exterior no nos son dados como tales, sino que el ojo recibe sólo fotones, ver es construir y la afirmación «sólo creo lo que veo» no es una tautología. Habría más bien que interpretarla cambiando el verbo creer por crear e invirtiendo el orden de los verbos: «sólo veo lo que creo». Las sensaciones recibidas por la retina contienen implícita la información necesaria para identificar los objetos del mundo exterior, pero esa información debe hacerse explícita en el cerebro mediante un proceso activo. Así pues, ver es una interpretación simbólica explícita de los varios niveles de información recibidos por el cerebro. No somos conscientes del proceso primario de la percepción, sino sólo de sus resultados, de la interpretación. Para llegar a ello el cerebro utiliza un gran número de informaciones relativas a la posición, el color, la forma, la profundidad, el movimiento del objeto en cuestión, y las aísla del fondo creando la in-



En este número

Artículos de

Miguel Beato	1-2-3	Miquel Siguan	8-9
Agustín García Calvo	4-5	Gabriel Tortella	10-11
Antonio García Berrio	6-7	Román Gubern	12

SUMARIO en página 2



Una neurobiología de la estética

interpretación más plausible en el contexto de la experiencia acumulada.

Zeki dedica una parte sustancial de su libro a describir cómo se lleva a cabo el proceso activo de la construcción de la imagen visual, un campo en el que viene trabajando experimentalmente desde hace décadas. Ésta es la parte más interesante del libro para los aficionados a la neurobiología y está basada en el uso de modernos métodos de análisis de la actividad cerebral mediante procedimientos no invasivos, como PET (Positron Emission Tomography) y MRI (Magnetic Resonance Imaging). La elaboración de la imagen visual tiene lugar simultánea y coordinadamente en distintas áreas de la corteza visual que incluyen entre otras las áreas V1 y V2 donde se proyectan las señales de la retina a través de las fibras del nervio óptico que se cruzan parcialmente en el quiasma óptico y hacen escala en el núcleo geniculado lateral. Además de estas áreas esenciales, cuya destrucción produce una ceguera total, existen en el cerebro visual otras áreas especializadas

en atributos específicos de la visión. Por ejemplo, el área V4 responsable de la visión del color, el área V5 especializada en registrar el movimiento y un área en el giro fusiforme implicada en interpretar la expresión facial y en reconocer caras familiares (ver dibujo página 3). Todas estas y otras áreas vecinas trabajan en paralelo sin que exista un área dominante y el conjunto de sus actividades lleva a una interpretación global de la imagen visual. Se trata de un proceso activo que requiere no sólo la selección de una parte de las señales recibidas por la retina sino una activa y laboriosa (aunque en gran parte inconsciente) elaboración e integración de actividad de un gran número de áreas neuronales. Dentro de cada una de estas áreas visuales deben ser coordinadas también en paralelo las actividades de un enorme número de neuronas especializadas. Así, pues, «ver es interpretar»; es extraer los aspectos esenciales o constantes de la enorme cantidad de estímulos que alcanzan la retina para construir una imagen interpretable.

dibujos o cuadros monocromáticos, así como móviles de Calder o de Tinguely. Por el contrario, el síndrome de acinetopsia cerebral, producido por una destrucción del área visual V5, produce una pérdida de la visión de los objetos en movimiento, sin afectar la visión de las formas estáticas o del color. Pacientes afectados por este síndrome muestran grandes limitaciones prácticas al no poder ver ni interpretar el movimiento, pero sus defectos en términos de estética plástica se limitan a los objetos en movimiento, como los citados móviles. Estos pacientes son perfectamente capaces de disfrutar de la mayoría de las obras de arte clásico, dado su carácter estático. Un caso particular de especialización es el relacionado con la interpretación de rostros familiares. Lesiones de la zona visual relevante en el surco fusiforme, producen el síndrome de prosopagnosia cerebral, caracterizado por la incapacidad de reconocer rostros familiares, aunque estos pacientes pueden ver y describir con precisión la forma y el color de las distintas facciones del rostro. Pacientes afectados por este síndrome sufren una incapacidad de disfrutar estéticamente de retratos, aunque puedan valorar sus calidades pictóricas en términos de colorido o de trasfondo.

estos aspectos parciales y en cierto modo autónomos de la visión en una interpretación unitaria y global del mundo visual.

Los artistas, neurobiólogos sin saberlo

Cuando los artistas experimentan con sus obras de arte hasta alcanzar las formas que les placen, que placen a su cerebro y también al cerebro de los que contemplamos sus obras, están explorando sin saberlo las leyes de organización cerebral que subyacen a la obtención del placer estético. Algo que ya había intuido J. Constable cuando propuso que «painting is a science and should be pursued as an inquire into the laws of nature» (*Discourses on Art*, 1771). Por ejemplo, cuando Leonardo da Vinci en el *Tratado sobre la pintura* dice que «de todos los colores los más agradables son los que están en oposición», está enunciando el principio de complementariedad que, como sabemos hoy, se basa en el hecho de que las neuronas de la corteza visual que son excitadas por el rojo son inhibidas por el verde, las que son excitadas por el amarillo son inhibidas por el azul y las que son excitadas por el blanco son inhibidas por el negro.

La segunda parte del libro trata del arte del campo receptivo, un importante concepto neurobiológico que en el caso de la visión define la región del espacio visual que si es estimulada adecuadamente produce una reacción de una célula particular. Tres criterios precisan el campo receptivo de una célula de la corteza visual, su posición dentro del campo visual, su forma (en general cuadrada o rectangular) y su especificidad. Mientras ciertas células sólo responden a un cuadrado de un determinado color, otras sólo responden a una combinación de un cuadrado de un cierto color y un trasfondo de otro color, mientras que otras células sólo responden óptimamente a líneas de una cierta orientación y aun otras células responden únicamente a objetos en movimiento. Zeki se pregunta si existe alguna correlación entre los productos de los artistas modernos que tratan de reducir la multitud de formas del mundo circundante a sus componentes esenciales y los descubrimientos de los científicos que es-

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

Patología de la visión

Otra idea dominante en la obra de Semir Zeki es la de la especialización funcional de las distintas áreas de la corteza visual que a su vez actúan de modo relativamente autónomo elaborando los distintos atributos de la imagen visual. Este carácter modular y paralelo del procesamiento de la visión, de los distintos atributos de la imagen visual (forma, color, movimiento, etc.) le lleva a formular un correspondiente carácter modular de la estética visual. Una parte importante de la evidencia en favor de esta modularidad tanto de la corteza visual como de la estética se deriva de la neuropatología de las lesiones circunscritas debidas a heridas o derrámenes circunscritos. Así por ejemplo el síndrome de acromatopsia cerebral, producido por una lesión localizada en el área visual V4, que deja intactas las áreas V1/V2, conlleva una ceguera para el color y su estética sin que esto elimine la percepción de la forma o del movimiento y los sentimientos estéticos con ellas asociado. Un paciente con este tipo de síndrome es incapaz de ver el color y no puede disfrutar los cuadros de los fauvistas, ni las obras de Rothko, pero es perfectamente capaz de reconocer y disfrazar

De la patología de la visión y de sus estudios neurofisiológicos Zeki deduce que aquellos atributos de la imagen visual a los que, en el curso de la evolución, el cerebro ha asignado sistemas de procesamiento especializados son también los que tienen primacía en el arte. Entre ellos destacan el color, la forma, el movimiento, los rostros y su expresión y el lenguaje corporal. A cada uno de estos sistemas el cerebro ha dedicado áreas especializadas porque la información que suministran es de especial importancia para su interpretación del mundo exterior. Son estas mismas áreas visuales las que sirven de base a las distintas microconsciencias visuales y a las correspondientes estéticas. Así, pues, no hay un sólo sentido estético visual sino muchos, cada uno ligado a la actividad de una zona especializada del sistema de procesamiento visual. Las áreas responsables del procesamiento de cada aspecto de la imagen visual no sólo ven y comprenden ese atributo, sino que contribuyen directamente a sus efectos estéticos. Queda aún por estudiar cuál es la base neurobiológica de la síntesis de todos

SUMARIO

	Págs.
«Una neurobiología de la estética», por Miguel Beato, sobre <i>Inner Vision. An Exploration of Art and the Brain</i> , de Semir Zeki	1-2-3
«¿Una Física sin tiempo?», por Agustín García Calvo, sobre <i>The End of Time. The next Revolution in Physics</i> , de Julian Barbour	4-5
«El olvido síntoma», por Antonio García Berrio, sobre <i>Leteo: Arte y crítica del olvido</i> , de Harald Weinrich	6-7
«Sobre el lenguaje y las lenguas», por Miquel Siguan, sobre <i>Qué son las lenguas</i> , de Enrique Bernárdez	8-9
«Del maravedí al euro», por Gabriel Tortella, sobre <i>El Servicio de Estudios del Banco de España. 1930/2000</i> , de Pablo Martín Aceña, y <i>El Banco de San Fernando (1829-1856)</i> , de Pedro Tedde de Lorca	10-11
«Imágenes azules de la guerra civil», por Román Gubern, sobre <i>El cine en la zona nacional. 1936-1939</i> , de Rosa Álvarez Berciano y Ramón Sala Noguera	12



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Viene de la página anterior



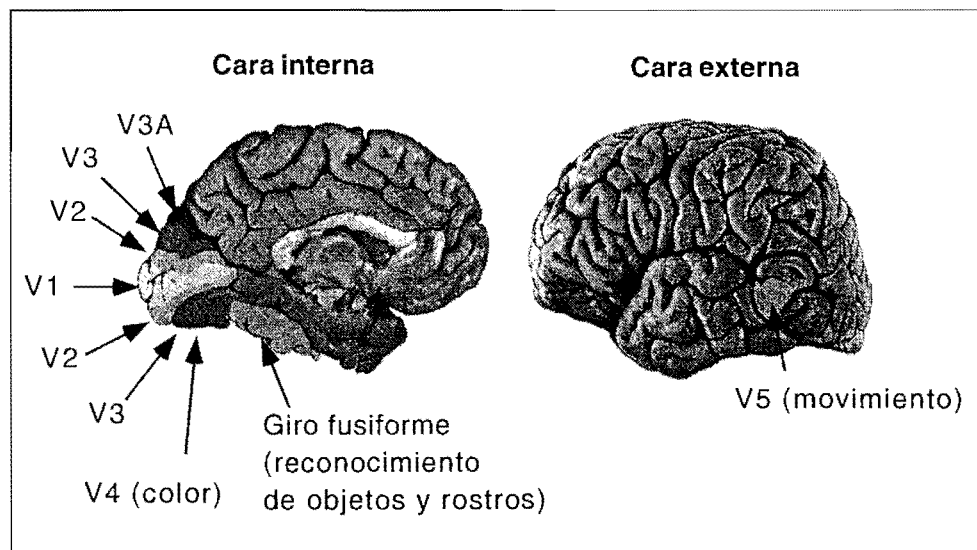
tudian las propiedades del campo receptivo de las neuronas visuales.

Arte moderno como fisiología de la visión

Sigue una serie de capítulos dedicados a diversos pintores modernos que han enfatizado ciertos aspectos de la percepción de la forma, del color o del movimiento que se correlacionan de modo sorprendente con las propiedades fisiológicas del campo perceptivo de diversas neuronas de la corteza visual. El primer ejemplo se refiere a la neurofisiología de las líneas orientadas y se basa en el análisis de las obras de Cézanne, Mondrian y Malevich. Es curioso cómo el arte moderno en su intento de simplificar la representación artística reduciéndola a sus elementos esenciales ha llevado a muchos artistas a conceder un papel dominante a la línea. Como ejemplo basta mencionar el valor de la línea, el cuadrado y el ángulo en la obra de Cézanne, o el intento de Mondrian de reducir la representación a líneas verticales y horizontales hasta crear una «belleza universal» independiente de los objetos exteriores. Curiosamente esta valoración de la línea recta parece reflejar la importancia en la corteza visual de las neuronas sensibles a líneas de una orientación determinada. Estas neuronas son predominantes en las áreas visuales V1, V2 y V3 y están organizadas en columnas perpendiculares a la superficie de la corteza cerebral. Las columnas vecinas responden a líneas de orientación ligeramente distinta, que van rotando a medida que nos alejamos de la columna de partida. No es improbable que cuando contemplamos un cuadro de Mondrian algunas columnas de estas células, sensibles a la particular orientación de las líneas que lo componen, respondan de un modo enérgico. En este sentido, es curioso que experimentalmente se haya comprobado que las líneas horizontales y verticales son las más fáciles de ver. Y hasta puede que la intensa respuesta de las columnas neuronales correspondientes sea la base de la experiencia estética, aunque esta pregunta no puede aún ser contestada por la neurobiología.

Mondrian pensaba que toda la complejidad de las formas existentes puede reducirse a la pluralidad de líneas rectas en oposición rectangular, dando lugar a cuadrados y rectángulos, una forma dominante del arte moderno y contemporáneo. Como ya mencioné, el campo receptivo de las neuronas del área visual es cuadrado o rectangular y algunas células están especializadas en responder a contraposiciones de color entre un cuadrado y su trasfondo. Por ejemplo sólo responden a un cuadrado azul sobre un fondo blanco. Es curioso que muchos de los cuadros de Malevich se corresponden con las propiedades de los campos receptivos de neuronas de la zona V4. Mondrian escribió que en cada cuadro sólo hay una configuración que es serena, libre de tensión. Pero, ¿quién es el juez de esa serenidad? Obviamente el cerebro de Mondrian o el de los que contemplan sus cuadros. Tanto Mondrian, como Malevich y los cubistas sintéticos creían que estaban creando nuevas formas en sus cuadros abstractos. Sin embargo lo que realmente hacían era expresar las formas ideales o esenciales preexistentes en su corteza visual.

La mayoría de las neuronas del área visual, especialmente de las áreas V3, V3A y V5, responden mejor a objetos en movimiento. En el área V3 y V3A hay un gran número de neuronas que responden a líneas que se mueven en una cierta dirección y no en otra, un fenómeno que se conoce como selectividad direccional. Estas neuronas son insensibles al color. Las neuronas con selectividad direccional del área V5 son también insensibles



Las áreas visuales del hemisferio izquierdo, vistas desde la cara interna (izquierda) y desde la cara externa (derecha).

a la forma y registran solamente el movimiento de objetos puntuales. Es interesante comprobar que también este aspecto de la fisiología visual encuentra su paralelo en la evolución del arte moderno hacia una mayor simplicidad. En este caso se trata del arte cinético que partiendo de Duchamp, Gabo, su hermano Antoine Pevsner y los futuristas, llega a su culminación con Alexander Calder y, sobre todo, con Jean Tinguely. Ya el famoso *Desnudo bajando una escalera* de Duchamp era prácticamente monocromático, pero el movimiento en este cuadro no es aún real sino que es simulado por una sucesión de imágenes que al forzar a la retina a desplazarse crea en ella la ilusión del movimiento. Es Calder el primero que sistemáticamente utiliza objetos en movimiento, también en blanco y negro para sus móviles, haciendo así del movimiento el protagonista de la obra de arte. Al principio sus móviles eran movidos por motores, pero más adelante Calder eliminó los motores, lo que introdujo un elemento caótico de imprevisibilidad en el movimiento de las simples estructuras del móvil según la dirección y la intensidad del viento. Pues bien, también este aspecto se relaciona con propiedades fisiológicas de las neuronas visuales. Se ha visto que existen neuronas en el área V1 que responden intensamente a objetos en el campo visual cuyos movimientos son caóticos y responden peor a aquellos objetos que se mueven de modo coherente y previsible. La adecuación total a las propiedades de las neuronas visuales del área V5 la consigue Tinguely con la virtual eliminación de la forma, mediante el exceso caótico de objetos erráticos y, sobre todo, en su frustrado *Hommage à New York*, un móvil cuyas formas debían destruirse el día de su inauguración, de modo que sólo el movimiento sobreviviese.

La tercera parte del libro examina la neurobiología de algunas formas de arte, en particular el retrato, el fauvismo y el impresionismo de Monet. Obviamente el reconocimiento de la expresión facial y de la familiaridad de ciertas caras es importante para el cerebro puesto que le ha dedicado toda un área cerebral localizada en el giro fusiforme (ver dibujo en esta página). De hecho esta región está dividida en subáreas. La parte más posterior, en colaboración con el lóbulo frontal, es responsable del reconocimiento de caras conocidas. La zona algo más anterior es capaz de reconocer caras no familiares y de interpretar la expresión de caras desconocidas o de facciones aisladas. Curiosamente la interpretación del miedo requiere la actividad de un núcleo llamado la amígdala, situado en la parte más anterior del lóbulo frontal. Una parte de esta información se deriva del análisis de los varios tipos de prosopagnosia, mientras que otra proviene del registro de la actividad cerebral en mo-

nos y humanos expuestos a imágenes faciales. Basado en estos conocimientos fisiológicos, Zeki pasa revistas al arte de retratistas como Fantin-Latour, Rembrandt, Ticiano, Velázquez y Picasso, y concluye volviendo a uno de sus temas preferidos: la ambigüedad en los retratos de Vermeer.

La visión del color o, mejor dicho, la creación del color en el cerebro ocupa una posición central en la obra de Zeki. Profundizando en este aspecto, ya esbozado en la primera parte del libro, Zeki nos muestra cómo la visión del color es la obra conjunta de dos áreas visuales. El área V1 registra la longitud de onda reflejada por los distintos puntos del campo visual sin que en condiciones normales seamos conscientes de esta actividad. Es el complejo de áreas llamado V4 el que interpreta las diferencias de longitud de onda entre el objeto de nuestra atención y su entorno y asigna al objeto un color definido y permanente, relativamente independiente de las variaciones de iluminación. Sólo en condiciones que eliminan la función del área visual V4, por ejemplo después de una intoxicación por CO o tras un paro cardíaco prolongado, se manifiesta la función del área V1, y el color asignado a los objetos varía con la calidad de la iluminación. Tras esta introducción Zeki pasa a explicar la técnica por la que los fauvistas logran dar autonomía al color liberándolo de la forma. Esta separación entre color y forma es fisiológicamente imposible porque para asignar un color a un objeto el cerebro necesita una línea de demarcación entre el objeto y su entorno que refleja una longitud de onda diferente, y esta línea de demarcación necesariamente tiene una forma. Los fauvistas resolvieron este problema asignando a los objetos colores no naturales con los que generalmente no están asociados. Curiosamente resulta que en estas condiciones se estimulan áreas del cerebro, en particular localizadas en la región media de la circunvolución frontal, probablemente responsables de la interpretación de formas en con-

flicto con la experiencia previa. Estas zonas —que probablemente se estimulan también al contemplar algunos cuadros impresionistas, como las series de Monet, o cuadros surrealistas, como los de Magritte, De Chirico o Max Ernst— son distintas de las que se activan cuando vemos objetos familiares con sus colores naturales o habituales. En este último caso se estimula un área más anterior de la circunvolución frontal, una zona de la corteza temporal inferior y sobre todo el hipocampo, un núcleo relacionado con la memoria. Así, pues, en la fisiología de la visión del color pueden distinguirse tres niveles, la visión de líneas o cuadrados de colores, como los cuadros abstractos de Mondrian, que sólo requiere las áreas visuales primarias V1 y V2 y el área V4; la visión de los objetos con colores no habituales, como en los cuadros de los fauvistas, que requiere además la activación de una zona llamada de «monitoring» en el área media frontal; y por fin el reconocimiento de los objetos con sus colores habituales en el arte representacional o narrativo que requiere un aprendizaje y por consiguiente una participación de la memoria para implementar la semántica del color. Argumentos semejantes se aplican a la visión del movimiento o de la forma según se trate de formas abstractas o de objetos familiares. En general podemos decir que las obras de arte abstracto activan zonas más restringidas del cerebro visual que las obras de arte narrativo o representacional, lo cual refleja los diversos niveles del sistema paralelo de procesamiento de la imagen visual.

Basado en estos ejemplos Zeki sugiere que los artistas ensayan, experimentan y buscan en sus obras una adecuación a las propiedades fisiológicas de su cerebro visual. No parece probable que esta correlación entre las propiedades fisiológicas de ciertas neuronas visuales y los productos de los artistas sea pura coincidencia casual y no reflejo del hecho de que los artistas plásticos intentan encontrar los aspectos esenciales de la realidad visible utilizando los mecanismos preexistentes en el cerebro para extraer información del mundo circundante. Si las neuronas no tuviesen las propiedades receptoras que describe la neurobiología, no existiría el tipo de arte moderno que hemos discutido. Por ejemplo, las células del cerebro humano no responden a la luz ultravioleta y, por tanto, no se ha desarrollado un arte ultravioleta.

Aun cuando el autor no se aventura a proponer una base neurobiológica del placer estético, cree que nos estamos acercando al grado de conocimiento necesario para proponerla, y que ello será posible en un futuro próximo. En cualquier caso, Zeki, mostrando la correlación entre la fisiología de las áreas visuales y la evolución de algunas tendencias importantes del arte moderno ha abierto un camino que será proseguido por otros científicos para analizar otras manifestaciones del arte y podría llevar en un futuro a una mejor comprensión de la experiencia estética. □

RESUMEN

Miguel Beato se interesa por un ensayo del neurobiólogo dedicado al estudio de la visión Semir Zeki, quien se plantea algo que el comentarista considera nuevo e insólito, esto es: cuál es el substrato cerebral de nuestra apreciación del arte, del arte plástico en general, y lo hace a partir de una pregunta que muchos de sus colegas la acogerían con reservas: ¿es posible establecer las bases cien-

tíficas de nuestra percepción estética? En la primera parte del ensayo Zeki se ocupa de la posible función del cerebro desde un punto de vista evolutivo y la relación con la función del arte. La segunda parte trata del arte del campo receptivo y la tercera examina la neurobiología de algunas formas de arte, en particular el retrato, el fauvismo y el impresionismo de Monet.

Semir Zeki

Inner Vision. An Exploration of Art and the Brain

Oxford University Press, Oxford, 2000. 240 páginas. 28 dólares. ISBN: 0-19-850519-1.

¿Una Física sin tiempo?

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, *Del lenguaje*, *Canciones y Soliloquios*, *Contra el Tiempo* y *Razón común*.

Se trata de un libro útil (vamos, que hace algo que no sea lo previsto) y, por lo tanto, inusual. Está, sí, dirigido de cabo a rabo a demostrar una tesis (hacerla entender por múltiples métodos de ataque y hasta ilustraciones, y salir al paso de objeciones o incongruencias con que pueda tropezar en los modelos vigentes de la Ciencia): la de que «el tiempo no existe», esto es, que cabe razonablemente, y aun sin grave contradicción con las que a lo largo del siglo (más bien a principios) se han desarrollado, una teoría física en que el elemento 'tiempo' sea redundante y, por ende, se elimine de la formulación (no leamos el subtítulo, que, como comercial, tra-

págs. 312, -19, -24, -28) se siente Barbour obligado a recaer en referencias a las imagerías de *Big Bang*, *Big Crunch*, viajes por el tiempo, agujeros negros o materia oscura y demás banalidades con que suelen hasta ilustres científicos entretenerse y entretener al «vulgo necio»; y es que el autor, para tesis tan atrevida, peca, más que de atrevido, de modesto y respetuoso para con la Ciencia establecida (es Barbour un físico que ha estado largos años maquinando en situación más bien marginal o marginada de la academia científica, si bien una y otra vez teniendo encuentros y temporadas de discusión con varios estudiosos por Europa y en Norteamérica, que él mismo a lo largo del libro refiere, dando cuenta generosa y agradecida de esas cooperaciones, sin que sean tampoco esas referencias mero divertimento, sino traídas a cuento del desarrollo de puntos de la teoría), pero en general y a lo largo de la obra se centra en las cuestiones y formas de las grandes teorías pertinentes a su debate con la noción de 'tiempo'.

La formulación que Barbour elige como preferible para dar cuenta de la distribución de probabilidades en un ámbito, pero con ello a la vez de la apariencia de movimiento así de 'partículas' elementales como de cuerpos 'macrofísicos', es la de la ecuación de

plicada la de un trato (y cálculo) diferente para los hechos invisibles (en la 'cámara de las probabilidades') o microfísicos y los "directamente" perceptibles, diferencia que Barbour trata de superar con algunas tal vez de las más claras y sensatas de sus aportaciones, así como también en lo tocante a la consiguiente idea o imaginación de la conciencia-de-sí-mismo o *consciousness*, ya en el mundo atómico o ya en la realidad en general.

Pero, ante todo, el modelo en que Barbour más directa y costantemente se apoya para la fundación de su ámbito y teoría no-temporal es el 'campo de configuraciones' de Mach, donde los movimientos espacio-temporales de la imaginación habitual quedan remplazados por 'cambios' de las situaciones relativas de los elementos (sin que 'cambio' haya de implicar temporalidad ninguna), y ese cuadro insiste Barbour en que ha de ser 'el universo', ya que sólo con referencia a una 'configuración total' (con una 'cosmología cuántica') pueden eliminarse las apariciones de 'tiempo' en las regiones micro- y macrofísicas. He leído, por intercesión del Prof. Caramés (que es también quien puso el libro de Barbour entre mis manos) un par de artículos del matemático H. Kitada en *gr-qc/9910081* y *9911060* (ya en *Il Nuovo*

a la que Barbour propiamente no se asoma), cada uno de ellos teniendo en sí una «visión» o costancia de la configuración total, a los cuales luego llega a describir como 'cápsulas de tiempo' (en cada uno costan los *records* o registros que darán lugar a la ilusión de un 'pasado'), de manera que no es que (pág. 53) "los instantes estén en el tiempo", sino "el tiempo en los instantes", en tanto que por sobre el ámbito todo de Platonía vagan las que él, con una metáfora sostenida, presenta como neblinas de tres colores, que corresponden a los *Q* de probabilidades, 2 de ellas cruzándose en dimensión «horizontal» y la otra (la «azul») contrapuesta a ellas, que va a ser la que, por medio del aumento en grado extremo de su «luminosidad», esto es, *Q* de probabilidades, determine (sustituyendo, como mera dimensión «vertical», al tiempo absoluto de la teoría «clásica») la aparición real de cada instante o 'cápsula de tiempo', sin olvidar recordarnos que los otros 'mundos posibles' son los que serían aburridamente probables y que el que de hecho se presenta (en sus «innúmeros» instantes) era de una suma improbable. Y es claro que el espacio absoluto cac juntamente con el tiempo: pues, dado que no se quiere que las relaciones entre los instantes del universo sean 'distancias' que deban recorrerse y 'cambio' no implica movimiento alguno, de lo que se trata (y ya seguramente en la «visión» de Mach) es de reducir 'dimensión' o 'distancia', de por sí cuantitativas, a 'diferencia' (y 'variación' a 'variedad'), de modo que la entidad de los elementos mismos ('partículas' o más bien 'ahoras', cápsulas de tiempo) y con ella su dinámica queden reducidas a sus diferencias de configuración (dentro de la total) y la imperante noción o «sensación» de tiempo explicada por las innumerables (y por ello tal vez inconcebibles) diferencias. Claro que tal empresa tiene el inconveniente (de que el propio Barbour muestra conciencia hacia el final del libro, pág. 307) de que las diferencias puramente «cualitativas» o definitivas de la esencia son intratables para una Física (podrían ser tratables para una pura Geometría, en que no hubieran entrado para nada los cuantificadores, numéricos o funcionales, y no hubiera más 'espacio' que el determinado por las figuras mismas, que es en verdad a lo que se parece la Platonía de Barbour y hasta el mundo de las Ideas de Platón en su momento, o tal vez también para una «Topología pura», si ese título mismo no fuera subversivo), ya que la Ciencia de la Realidad no puede tratar más que de cosas (o 'eventos' u otras renovaciones de 'cosa', incluso las 'cápsulas de tiempo') ligadas o separadas y distinguidas por intervención de *Q*, sean cuánticos o cuantificadores en general; y así no es de extrañar que la formulación de la idea de Barbour en ecuaciones atenuadas a los vigentes convenios de lenguaje (la Física no puede hablar más que en lenguaje matemático, más precisamente, algebraico en un sentido general) resulte muy dificultosa y a ratos evidentemente contradictoria.

¿Hago mal favor al libro de Barbour al someter su tesis a tan bárbaro resumen? En todo caso, mi deseo es que lo insatisfactorio del resumen incite a los lectores de *SABER/Leer* a leer directamente un libro que pienso que lo merece. Y me limito aquí a añadir (con el número de página) algunas de las formulaciones espigadas a lo largo de mi lectura que puedan más animar a entenderlas en su libro. «Puede que sea más fácil explicar la flecha del tiempo si no hay tiempo alguno» (pág. 25); «nuestra sensación del flujo del tiempo hacia adelante (*forward*), su flecha, está fundada tan sólo en el acrecentamiento de desorden que virtualmente todas las trayectorias clásicas tienen que mostrar» (pág. 318); «pero es una flecha que no se mueve: /.../



RODRIGO

ciona el espíritu del libro). Pero, piénsese lo que se piense o sienta de esa tesis, con motivo de ella, recorre a fondo, con detenimiento y vueltas sobre lo mismo, todas las principales teorías físicas o visiones de la realidad que ha venido ofreciéndonos la Ciencia, y se arregla para dar al profano, traduciendo a lengua corriente las formulaciones matemáticas, o al menos sus interpretaciones más probables, un entendimiento bastante preciso, y no mayormente engañoso, de esas varias teorías y las ecuaciones que las formulan o que más bien, mediante la interpretación pertinente, hacen 'función de teoría'. Y lo hace Barbour de una manera que por fortuna se parece muy poco a los procesos de vulgarización que los profanos curiosos suelen recibir como exposiciones⁽¹⁾ de la Física para gran público o mayorías cultas; puede que su versión de teorías o ecuaciones esté a veces un tanto sesgada por el empeño de hacerlas servir al intento de su tesis, pero más vale eso que la venta de imaginaciones novelescas del mundo a que la vulgarización científica sirve de ordinario. Cierto que en breves ocasiones (p.ej. hacia el final,

Wheeler-DeWitt, que él considera no sólo compatible con la ecuación estática (sin inclusión de un factor 'tiempo') de Schrödinger, sino como una modificación o desarrollo de la misma, sin que la ecuación «con tiempo», de Schrödinger le parezca una adición necesaria, sino acaso redundante. Y, desde luego, a las condiciones establecidas en la teoría de la relatividad, especialmente en la Rel. Gen., trata de atenerse escrupulosamente, salvo en cuanto a la admisión de un tiempo (y un espacio) absoluto, no sin hacer notar los resquemores que el propio Einstein manifestara, particularmente en puntos como la noción de 'simultaneidad', y empeñosamente dedica su ingenio y esfuerzo a hacer compatible la «visión» relativista con la entrada de la constante de Planck en sus varias apariciones y el desarrollo de los *quanta* (llega a echar una mirada, aunque al paso, a los últimos avatares cuánticos hasta en el ámbito de la 'gravedad', con el nacimiento, a imitación del 'fotón' de Einstein, de un 'gravitón'), y, en ese sentido, no rehuye la cuestión de la intervención del 'observador' en la realidad, con la que va im-

Cimento 109B, N.3, marzo del '94, había él propuesto un modelo de universo estacionario), en los cuales, contestando a la tesis de Barbour, trata a su modo de resolver la contradicción de la mecánica cuántica con el 'principio de incertidumbre' (que no puedan observarse a la vez la posición y el 'ímpetu' o $m \times v$ del elemento, sino o lo uno o lo otro, y así la elección se vuelva causal o determinante), y sostiene, acudiendo nada menos que al teorema de incompletitud de Gödel, que la eliminación de *t* vale para lo universal, pero no para lo que él tiene por '*t* local', sin que, en la medida que puedo seguir sus demostraciones, parezcan afectar seriamente a la eliminación por Barbour de todo *t* (y movimiento), siempre con referencia al 'ámbito universal'.

En suma, la idea de Barbour (diría, sin ofensa por el juego de palabras, su 'idea fija') consiste en un campo de configuración, instantáneo y eterno juntamente y por lo mismo, al que llama Platonía, con una alusión querida y evidente, en el que las solas cosas que de veras hay son 'ahoras' o instantes «*numberless*» (que sean de verdad sin fin es otra cuestión,



Viene de la página anterior



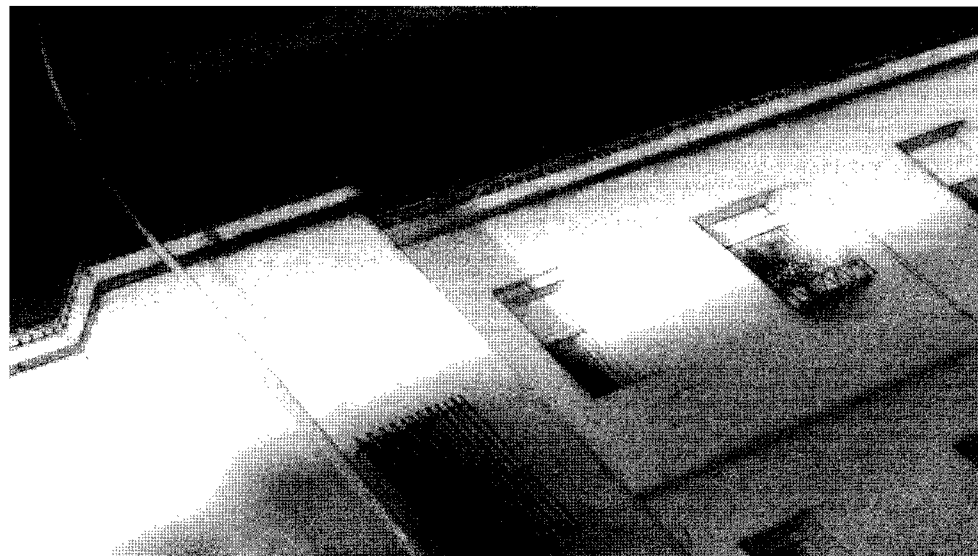
apunta de lo simple a lo complejo, de menos a más y, lo más fundamental, de nada a algo» (págs. 320-21).

«No conozco estudio alguno que se plante la cuestión de lo que es un reloj» (pág. 135); que Einstein «mostró que la marcha de los relojes debe depender de su posición en un campo gravitatorio» (pág. 154); «el universo es su propio reloj» (pág. 108). Como entre dos 'partículas' separadas la información y efecto de una en otra debe transmitirse a velocidad mayor que la de la luz, y eso no puede ser, cita Barbour la respuesta de Bohr, «el sistema total, que comprende el sistema cuántico y el sistema de medición, es diferente en uno y otro caso» (el propio Barbour en otro sitio, pág. 49, resuelve la aporía de Zenón por la que «la flecha en el arco no es la flecha en el blanco») y «la mecánica cuántica no es más que un conjunto de reglas que aporta orden a nuestras observaciones», con la insatisfacción de Einstein: «De ninguna definición razonable de 'realidad' puede esperarse que permita eso» (págs. 217-20). «Hay muchos misterios en la mecánica cuántica, y el primero es las probabilidades» (pág. 198). «Hay una dualidad en el corazón de la matemática [de la mecánica cuántica], que «refleja perfectamente una dualidad semejante que se halla en la naturaleza» (pág. 202). «'Tiempo' es en realidad una abreviatura por 'la posición de cada cosa en el universo'» (pág. 228); «en cada instante experimentamos directamente creación» (pág. 229); «no hay dos instantes que sean idénticos» (pág. 251); «el hecho de que muchas cosas diferentes se conozcan de una vez» es «la más notable –y definitiva– propiedad de los instantes de tiempo» (pág. 255); «cada instante experimentado es así de la naturaleza de una observación, un descubrimiento incluso –establecemos dónde estamos–» (pág. 265); «toda observación, que es simultáneamente la experiencia de un instante de tiempo, es en último término una (parcial) localización de nosotros mismos en Platonia» (pág. 298). «La verdad es que los más de los científicos tienden a trabajar en problemas concretos con programas bien establecidos: pocos pueden permitirse el lujo de intentar crear una nueva manera de mirar al universo» (pág. 257); «la primera tarea de la Ciencia es salvar las apariencias», y para ello «no tenemos que crear una historia única [de los procesos físicos]: sólo necesitamos explicar por qué parece haber una historia única» (pág. 298); «el universo se describe por una ecuación del tipo Wheeler-DeWitt, /.../ y cada una de sus soluciones bieneducadas (*well-behaved*) concentra su densidad de probabilidad en las cápsulas de tiempo» (pág. 302). «El más desnudo escenario (*barest arena*) en que podemos esperar representar las apariencias es el conjunto de las cosas posibles» (pág. 308). «El aquí y ahora surge no de un pasado, sino de la totalidad de las cosas» (pág. 313); «somos la respuesta a la cuestión de qué puede ser máximamente sensitivo a la totalidad de lo que es posible», y antes «existimos (*we are*) a causa de lo que somos (*we are*)» (pág. 325).

Sin embargo, no llega Barbour (no podía, dada la configuración, al fin espacial, aunque sea *more geometrico*, de su Platonia) a una decidida eliminación de lo futuro, a pesar de que Platonia «se abre en un sólo sentido (*direction*) a partir de nada» (pág. 55) (pero un sólo sentido quiere decir ninguno); así, en su fig. 53 (pág. 313) se implica que, en el recorrido de Platonia, hemos llegado al punto que el trazo indica y que queda más «espacio» por recorrer; y así, a partir del enigmático signo menos de la «distancia» espacio-temporal en los esquemas de Minkowsky, se admite que «es posible, en un sentido real, viajar al futuro, o al menos al futuro de algún otro» (págs. 150-51), si bien al final (pág. 329) encuentra aburridos (*boring*) los viajes por el tiempo, y

«¿para qué necesitamos máquinas de tiempo, si nuestra existencia misma es un a modo de estar presente dondequiera en lo que puede ser?». Pero tales admisiones o deslices son por cierto mera consecuencia de algo más fundamental en el planteamiento de la tesis.

La teoría de Barbour es, naturalmente, imposible; aquí es donde el gramático (honrado, si los hay) ha de venir a encontrarse con el físico. Por cierto que, cuando fabricaba yo el libro *Contra el Tiempo*, estaba tan cierto de que lo que importaba, contra las ideaciones de la Ciencia, era atacar al lenguaje mismo de la Física (el matemático a su servicio, números, funciones, vectores, cálculos de la infini-



RODRIGO

tud o continuidad) que apenas presté atención (quitando algún estudio de las visiones antiguas, de Aristóteles o Epicuro) a lo más vistoso, las teorías mismas de los físicos, y agradezco al libro de Barbour que me haya hecho volver un poco sobre ellas. Su tesis de la no existencia del Tiempo es imposible por la sencilla razón de que se establece dentro de la Realidad (y, por ende, como visión, al fin, de un espacio, con sus puntos y trazados, por más que se pretenda puramente ideal o platónico, y que sea de algún modo total, un universo), siendo así que la Realidad está fundada justamente en el Tiempo, esto es, una ideación del tiempo (el desconocido) en alguna manera de extensión o espacio; de modo que lógicamente denunciar la ilusión del Tiempo implica descubrir la ilusión de la Realidad. Más aún: una Ciencia, cuya misión es, como Barbour dice, salvar las apariencias, esto es, dar razón del movimiento, sin el cual no hay ser («ir a buscar sustancia es como ir a buscar tiempo», dice Barbour en la pág. 49), no puede contar más que con «elementos» (sean átomos, fotones o cosas, si bien el estudio de Barbour desnuda bien la necesidad de definición de «cosa») y relaciones cuantitativas entre ellos; pero ya en los Q (sean cuánticos o cuantías evanescentes o cuantificadores cualesquiera) está el Tiempo mismo introducido: «cuantificación» es «tiempo», o viceversa; en suma, realidad. En cambio, el lenguaje de la Física (que, lo primero, como la poesía, tiene que desconocerse a sí misma como un caso de lenguaje) no puede manejar ningún elemento o índice de los de la lengua corriente que llamamos deícticos o mostrativos, como 'aquí', 'me', 'eso', 'ahora' (vamos, si que aparecen a menudo en un libro como el de Barbour que presenta al público sus descubrimientos, pero no en las ecuaciones ni los ratos que habla en lenguaje científico propiamente; y es curioso que Kitada, en uno de los artículos citados, incitado por la tesis de Barbour y la proposición de Gödel, introduzca a modo de ecuación la de «Estoy diciendo una mentira»: la propia extravagancia del caso prueba la ajenez de los deícticos, 'ahora',

'yo', al álgebra normal), pero son esos índices los que hacen intervenir en la operación de la lengua el «mundo» en que se habla frente al mundo de que se habla o Realidad. La oposición del 'en que' con el 'de que' no puede salvarse, y es ciertamente con ella con la que, queriéndolo o sin querer, se debate Barbour en su tesis. Así cuando se asoma a las orillas de su Platonia: «el fin de Platonia no es un verdadero punto, sino de hecho un enorme espacio de posibilidades diferentes, todas de volúmenes evanescentemente pequeños» (pág. 318): la Realidad se pierde en las posibilidades sin fin; y, como ha de venir a imaginarse, al estilo ya de Epicuro, que las 'posibili-

dades realizadas' están todas en algún sitio, y por tanto a la hipótesis de los múltiples mundos (*many worlds*, en págs. 53 y 221), conviene recordar que, cuando Montague trataba de dar razón de la gramática corriente en una lógica matemática, era a esa misma hipótesis a la que había de acudir para intentar meter a los deícticos en el aparato. Pero ello es que en una Física, ni por tanto en la Realidad, no puede haber ahora ni yo ni aquí ni eso, sino tan sólo 'un ahora', 'ahoras', 'el yo', 'los yoes' y demás, que ya no son aquello (son su idea) y ya no hacen lo que hacían. A reconocerlo se acerca Barbour en varios puntos: «nada en la relatividad corresponde al ahora experimentado (*Now experienced*): hay tan sólo eventos cual-puntos (*point-like*) en espacio-tiempo y ningún ahora estenso (*extended now*)», trayendo a cuento la discusión de Carnap con Einstein, donde Einstein declara bastante que 'ahora' «no puede darse (*occur*) dentro de una Física», que «está precisamente fuera del reino de la ciencia» (pág. 143), y que lo innumerable de los caminos diferentes que pueden (sin cortar el 'cono de la luz') trazarse en el campo de la teoría, tal «completa ausencia de singularidad (*uniqueness*)», es lo que llevaba a Einstein a decir que «el concepto de 'ahora' no existe en la Física moderna» (pág. 174). La lengua (incluido el lenguaje matemático) o razón razonando está fuera de y

frente a la Realidad, y es en ese juego como la Realidad flota o naufraga en un sin fin verdadero (que en vano se quiere meter dentro llamándose 'infinito'), en un tiempo de un sólo sentido y, por tanto, de ninguno y, por tanto, inconcebible; y el pensamiento, de cuya velocidad la de la luz no es más que una mera realización, niega la Realidad, al mismo tiempo que la fabrica: pues los ardidés de la Física están aprendidos del mecanismo elemental de la «astracción» de la gramática corriente: así Barbour, físico, recuerda la cuestión lógica y dice que, de los dos grandes principios de Leibniz, «el primero es la identidad de indiscernibles: si dos cosas son idénticas en todos sus atributos, entonces son de hecho una. Son la misma cosa» (págs. 85-86), y en ese paso de '2 iguales' a 'la misma', que recorre todo a lo largo el libro de Barbour, al intentar reducir a 'diferencia' (cualitativa) las distancias, dimensiones y cuantificadores (temporales), está latiendo el mecanismo de la razón, astractivo en su raíz misma. Y es también gracioso, al roce con la gramática, lo que dice, siguiendo lo que toma por tradición desde Hamilton (cuyos descubrimientos en 'óptica geométrica' aprovecha en el desarrollo de las razones de *quanta* discontinuos, pero que no se debe olvidar que era «el mismo» que trató de entender el álgebra como una 'ciencia del tiempo' justamente), «que intenta hacer de los procesos la cosa más básica en el mundo», de modo que «la Física debía construirse usando verbos, no nombres» (pág. 329), si bien Barbour, que ha vivido un tiempo de traducir mucho ruso, añade: «Yo podría haber escrito este libro usando el solo verbo 'ser', que a duras penas cuenta como verbo» (pág. 330). En todo caso, olvida que este implemento idiomático del verbo (personal) de nuestras lenguas está justamente cargado de deícticos que apuntan hacia ahora, antes de ahora, ahora de antes, a la vez que a mí y a tí, es decir a «el mundo' en que», afuera de la Realidad. YO no estoy en la Realidad ni tampoco ahora, ni puede haber una Ciencia de mí ni de aquí ni de esto: tan sólo de 'el Yo', de 'un ahora' y 'los ahora', o, en todo caso, en formulación menos científica, como a lo largo del libro de Barbour aparece constantemente, un 'nosotros (*we*)', que ME sustituye, como que está dejando de ser un deíctico verdadero y ya casi significando 'el Hombre', 'nosotros los humanos', que éstos sí que son reales. Tanto más conmovedor es que le haya dado por rematar el libro (pág. 335) diciendo así: «Yo soy el universo visto desde el punto, imprevisible porque es único, que es yo ahora». «La inmortalidad está aquí».

Así es como la tesis de Barbour es un imposible; pero no por ello es el intento menos inusualmente valiente y empeñoso, y, trayendo consigo para los lectores tan honesto recorrido de teorías del Tiempo y de lo más importante de la Física o Ciencia de la Realidad hasta nuestros días, bien merece que lo agradezcamos de todo corazón. □

(1) Como en otras ocasiones, se respeta la particular grafía del autor.

RESUMEN

Como gramático, Agustín García Calvo sale al encuentro de la tesis de un físico, Julian Barbour, el autor de este libro, que el comentarista califica de útil, inusual, valiente y empeñoso, y en el que se trata de demostrar un imposible: que el tiempo no existe. Y para ello recorre todas las principales teorías físicas o visiones de la realidad,

ofreciendo, por traducción al lenguaje corriente de las formulaciones matemáticas, un entendimiento bastante preciso de lo que pretende probar. García Calvo sostiene que esa tesis de la no existencia del tiempo es imposible porque se establece dentro de la realidad y ésta está fundada justamente en la ideación del tiempo.

Julian Barbour

The End of Time. The next Revolution in Physics

Oxford University Press, Nueva York, 2000. XII + 371 páginas. 30 dólares. ISBN: 0-19-511729-8.

El olvido síntoma

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeña sucesivamente la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista, Teoría de la literatura y Forma interior.

La necesidad de un arte negativo como sería el arte del olvido («ars oblivionalis»), ideado entre las ciencias inexistentes por el traveso Umberto Eco para su catálogo lúdico de artes irreales pero en absoluto estafalarias, se correspondería hasta ahora con el viejo anhelo minoritario de liberación psicológica a la medida únicamente de los «memoriosos» excepcionales, como Simónides y Temístocles inventariados por Cicerón, Dante, Mezzofanti, y entre nosotros el caso extremo de la memoria total de Harold Bloom. Lo llamativo del síntoma es que, actualmente, se están invirtiendo los términos de rareza de aquella suerte de arte insólito, a causa del cúmulo tecnológico de información y, sobre todo, por una imposición ética masiva de concordia, superviviente y progresista. Al hombre de buena voluntad de nuestros días le incordian por igual el estrés inducido por millones de imágenes y datos a reconocer y retener, y los resentimientos pactados con memorias de raza (ultranacionalismos) y de revancha (genocidio).

En la Grecia de Platón, el «farmakos» nemotécnico de la escritura se consideraba una insuficiencia justificadamente útil, igual que los «progimnasmata» de la memoria se instituyeron como ejercicios fundamentales en la ciencia retórica, que llegaron a desarrollarse autónomamente en cientos de manuales de educación muy divulgados. Muy al contrario, en la conciencia global de nuestro tiempo empiezan a proliferar, desconectada pero insistentemente, las propuestas esporádicas del «farmakos» opuesto: el olvido, capaz de relajar la memoria inhumanamente sobrecargada y tensa del hombre contemporáneo. De ahí que pudiera ser, efectivamente, el arte del olvido uno de los síntomas mayores, cuando no el máximo, en el espíritu de la edad inmediatamente venidera con el milenio que acabamos de estrenar; todo lo cual avala la trascendencia sintomática de una de las codificaciones más tempranas de esa propuesta, por ahora, y de las más densamente articuladas: el libro de Harald Weinrich, *Leteo: Arte y crítica del olvido*.

Weinrich y la evidencia del negativo temporal

Hay mucho de mérito avizorador, efectivamente, y no menos de enciclopédica cultura literaria que la aproxima a revisiones trascendentales de nuestra cultura como *Mimesis* de Auerbach, en esta revisión antológica del olvido que es *Leteo*. Un libro en el que podemos descubrir sin embargo mucho de predecible, si partimos de las coordenadas temáticas más idiosincrásicas en su autor; lo que no significa, en ningún caso, demérito para esta madura revisión de *Leteo*, gestada en la serena y exigente atmósfera de los cursos magistrales de Weinrich en el Collège de France. No se olvide que el tratamiento gramatical y filosófico del tiempo consagró internacionalmente el magisterio de Weinrich en 1964 con su libro *Tempus: mundo hablado y mundo narrado*; lo mismo que en otro título de su importante bibliografía, *Lingüística de la mentira* (1966), sorprende el inhabitual sesgo del



FRANCISCO SOLÉ

negativo lingüístico como elisión de la referencia simbólica. Aspectos ambos sobre el peculiar perfil intelectual de Weinrich destinados a cruzarse, consolidando la perspectiva original de *Leteo*.

El olvido representa la anulación de experiencias en el tiempo: lo perseguido por la enamorada Nausicaa de Ulises, los lotófagos y la perversa Circe, para accidentar el retorno doméstico del héroe vagabundo de *La Odisea*. De un modo general, es la navegación sin vuelta de los muertos sobre las aguas disgregantes de la memoria. Como también la desintegración del recuerdo amoroso en el «amor olvidadizo» de los «remedios» ovidianos de amor (pág. 41 y ss.); dispositivo penitencial contra un tiempo execrable de frívola descreencia en las *Confesiones* de San Agustín e instancia para excitar actividades redentoras (oraciones y sobre todo limosnas) a favor de los difuntos retenidos en el Purgatorio del Dante —«un agente, un hombre de memoria», según Weinrich (págs. 54-77)—, conmemorando la conocida tesis de Le Goff.

Si la traza personal de *Tempus* y de *Lingüística de la mentira* hacía pronosticable el tratamiento por Weinrich de este conjunto de glosas sobre el reverso olvidado del tiempo y la memoria verdadera, es otra de sus vertientes básicas de erudito, la del historiador de la lectura en *Literatura para lectores* (1971), la que preconizaba para este *Leteo* el enfoque que adquiere la temática sobre memoria y olvido en la Edad Renacentista, a partir de la invención de la imprenta y de la divulgación del libro. En el capítulo titulado «La astucia de la razón olvidadiza» (págs. 79 y ss.), sólo la fidelidad hispánica de Weinrich le impele a recordar el Vives de los mecanismos de la memoria, a contrapelo de la modificación problemática del tratamiento de la misma, tal como discurría, entre bromas y veras, en las bufona-

das irónicas de los dos mayores humanistas de Francia: el doctor François Rabelais y el síndico señor de Montaigne.

El olvido programado de los mamotretos inútilmente aprendidos y memorizados por el joven Gargantúa conlleva una renovación de la memoria pero no su anulación, lograda sólo cuando se alcanza la liberadora ataraxia de la abadía de Thélème: «Fais ce que tu voudras...». Pero aun así, y pese al puntual esfuerzo revisionista de Weinrich, el conjunto de saberes del Humanismo no se deja tratar, ni mucho menos, como un bloque de anulación por el olvido, sino a lo sumo como reacondicionamiento intelectual de la sabia prudencia que oscila entre la acumulación memorística como depósito —«la tête bien pleine»— y el dispositivo racional potencialmente dispuesto —«la tête bien faite»— privilegiado en los *Essais* (pág. 88).

Sobre veta distinta y principal de la experiencia científica de Weinrich cabe emplazar las consideraciones de este *Leteo* en torno a los perfiles de memoria y olvido que concurren en la inmortal pareja cervantina. Evocamos la tesis doctoral de Weinrich, el último gran maestro de la Romanística alemana, sobre *El ingenio de don Quijote* (1956), con tan entrañables arraigos en la Universidad Complutense de Madrid. El «humor melancólico» de Alonso Quijano apagando recuerdos y la flemma memoriosa de Sancho, componen el haz y el envés de la reminiscencia clásica; de modo que, según recuerda Weinrich: «...con ellos cabalga la memoria en el asno y el olvido a caballo» (pág. 90). Por lo demás, la cultura hispánica de Weinrich ilustra el vínculo cervantino con *El examen de ingenios* de Huarte de San Juan, celebrísimo en toda Europa, como lo atestigua la temprana traducción, en 1752, nada menos que del joven Lessing.

De Descartes a Kant fluye en el caudal de la cultura europea una veta de retracción desconfiada contra la empiria, ilusoriamente objetiva, de la experiencia. El propósito fundamental del «cogito» es «eliminar la conciencia de todos los contenidos engañosos» reaccionando de ese modo, tan drásticamente como después lo haría el propio Kant, contra la figuración empirista de Locke, quien concebía la experiencia como almacén («storehouse» o «repository») de la memoria. Desde tal tensión, se impuso sobre las tierras y los hombres del viejo continente el innegociable hiato entre mentalidades, que acabaría precipitando la sangría de dolorosas guerras generales, con sus correspondientes paces vejatorias y procesos reconstructivos de revancha y desconfianzas.

Ni la ironía mediadora de Voltaire, ni la tesitura autobiográfica de las *Confesiones* laicas y las *Ensoñaciones* de Rousseau terciaron decisivamente en la dialéctica; por más que no faltaran para ello campo y motivos en las coyunturas del pensamiento del filósofo suizo. Respecto al idealismo trascendental kantiano, la radicalidad esquemático-subjetiva asumida en las tres Críticas sobre la índole de la experiencia hubiera podido merecer capítulos muy extensos en el libro de Weinrich en torno al alcance de la memoria y el olvido sobre lo real inasequible. Pero ante una perspectiva tan adentradamente filosófica, Weinrich opta garbosamente en *Leteo* por el recurso de perfilar el carácter personal del «reloj de Königsberg»; a tenor de la anécdota de haberse impuesto por escrito olvidar el nombre de su viejo criado Lampe, despedido por Kant sólo dos años antes de su muerte.

Y es que *Leteo* dista mucho de ser un seco tratado doctrinal sobre el olvido. Así, los interludios entre las crisis filosóficas mayores, paradigmáticas, se acondicionan narrativamente en la animada panorámica de Weinrich bajo perfumadas densidades de jugoso aliento vital. Tales los «amores olvidados fielmente narrados» de un Casanova (págs. 139-148), tan actual como (problemático) maestro de la escritura francesa, si hubiéramos de ceder a la persuasiva pasión exagerada de Philippe Sollers; o el sobrecogedor fondo de olvido implicado en una desmesurada fidelidad hasta el cadalso, de la joven teniente von Katte, amigo y confidente de aventura del príncipe Federico, el futuro emperador Federico el Grande de Prusia. Un fondo conflictivo el de esta conmovedora historia, que recubre el ejercicio poético del joven príncipe en su tosca «Oda al olvido», analizada por Weinrich extensamente en su condición sintomática (págs. 149-161). Intensos perfiles de la creciente palpación sentimental romántica, que pondrán a prueba la conflictiva decisión de patria en el joven oficial prusiano, nacido aristócrata francés, Adelbert von Chamisso, ante el imposible retorno de su memoria poetizando el castillo familiar de Boncourt (págs. 191 y ss.).

¿Entre Goethe y Nietzsche, dónde decidimos a emplazar el fundamento de la humanidad moderna, también sobre el olvido? En esto, la ayuda de un observador alemán privilegiado como Weinrich, firmemente asentado en la ambientación europea de su cultura, aporta iluminaciones decisivas en *Leteo*. No es nada fácil resolverse ante la equidistante instrumentación de memoria y olvido dentro del *Fausto*. Aquella su «primera estación del arte del olvido» en la taberna de Auerbach, o la «orgia de olvido» que escenifica la noche de Walpurgis; o también, en la segunda parte, la peculiar «cura de olvido» administrada como sueño por los elfos, instigados por Ariel, al agotado Fausto. Así resulta particularmente oportuno, como todo de la parte de Weinrich, la recuperación del juicio de Germaine de Staël sobre Fausto (¿y sobre Goethe, al paso?) como



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

«carácter inconstante». Lo que contribuiría a prefigurar al olímpico y decisivo Goethe anciano bajo el mismo bifrontismo de edades —comprendiéndolas y separándolas al tiempo— en el que Burckhardt contemplara al Jano-Dante.

Si del inmenso Kant seleccionaba Weinrich aquella papeleta resentida, con el sencillo recordatorio de su olvido al infeliz de Lampe; sobre la abrumadora fatiga de Nietzsche se nos recuerda el poema «El sol se pone», uno de sus ditirambos dionisiacos en que se puede leer: «Se ahogaron el deseo y la esperanza/calmos están el alma y la mar». El espíritu intensamente inquisitivo y emprendedor de Nietzsche se había visto impedido en el camino de las enunciaciones originales en filosofía por la tajante inmensidad arquitectónica del sistema kantiano; sobre la ladera de la filología, el pedante sabio joven Wilamowitz negaba razón de ser también a la «filología de futuro» de un Nietzsche sin vocación de monumentalismo retrospectivo en *El nacimiento de la tragedia*. La tupida red de destino que ocluyera la razón existencial de aquel turista Nietzsche, fulminado ante el Duomo milanés en la desigual defensa de su voluntad afirmativa —«Bienaventurados los desmemoriados» («Selig sind die Vergesslichen»)—, pudiera haber sido el epitafio legado por el fatigado mártir de la duda y la fragmentación modernas en el ideal de la experiencia.

Lo que el trágico pensador de *La genealogía de la moral* se cuestionaba en 1887 sobre el anhelo reparador de la desmemoria, lo habría de recoger Freud años más tarde, al representarse el trayecto entre subconsciente y conciencia como «olvido aplacado y no aplacado» (págs. 221-228). Con esa «pérdida de la inocencia del olvido», Freud descubriría a la conciencia de nuestra sociedad su cara oculta más incumbente, significándose como el «ángel más fieramente humano» de los copernicanos, de los que tambalean las acotaciones paradigmáticas entre edades, en este caso la de la «condición moderna». Bajo ella se irán gestando sistemas poéticos como los de Mallarmé de «El nenúfar blanco» y del Valéry de «Las danzarinas vanidosas» y «El remero», en el reverso de la reminiscencia sensitiva que

constituye *A la búsqueda del tiempo perdido* (págs. 245 y ss.); o bien los alegatos del derecho a la paz por el olvido, como resulta ser, bajo el análisis de Weinrich, *El difunto Matías Pascal* de Pirandello y *El teatro de la memoria* de Leonardo Sciascia.

Los españoles conciben con dificultad el alcance moderno de la fatiga histórica europea y, en consecuencia, la necesidad conciliadora del olvido; porque durante el siglo XX hemos desconocido en la constitución de nuestra sociedad las dos terribles sangrías de las guerras mundiales. Junto a ellas, la tragedia española del 36 resulta ser tan sólo, pese a la monstruosidad de nuestro despropósito civil, un ensayo con pocos figurantes. A quienes pueda escandalizar o irritar mi comparación, no se percatarán nunca seguramente del insuperable cortocircuito bélico en la tradición literaria, científica y universitaria de la Europa central —Francia, Inglaterra y Alemania singularmente, y en parte menor Italia—, que ha marcado de manera indeleble el progreso moderno.

La fatiga de las dos hecatombes continentales de la primera mitad del XX deja su huella en los conjuros amnésicos de *Siegfried* y *el Limusin* de Giraudoux, en el Gastón de *El viajero sin equipaje* de Anouilh, o en el pensamiento sartreano de *El ser y la nada*: «Existo, yo, a pesar de todas vuestras historias» (pág. 275). Una necesidad imperativa de olvido de las legalidades en conflicto sangriento que, con el reflejo de la sentencia absolutoria de Jesús sobre la adúltera no lapidada, alcanza la historia particular burguesa de la *Effi Briest* de Fontane; actualizando la amplia trayectoria romántica de reconciliación por la disculpa, en la que Weinrich destaca sólo ejemplos señeros como *El príncipe de Hamburg* de Kleist, *La doncella de Orleans* y *La novia de Mesina* del sensitivo Schiller, junto al detalle de aquellos otros versos suyos premonitores del *Himno a la alegría*, sobre el presente coral de una Europa finalmente reconciliada a base de generosos olvidos exhaustos: «Olvidemos rencor y venganza./al mortal enemigo perdón».

El pueblo judío ha alimentado su cohesión nacional por siglos de tribulaciones y de diáspora nutriendo mecanismos de memoria (ritualizada), como pueblo elegido que habría

pactado con Dios la alianza de su supremacía. La historia reciente confirma el riesgo definitivo de desafiar la supervivencia de un pacto divinizado: nadie maldice hoy a Hindenburg o al Kaiser Guillermo de la Gran Guerra, pero las maldiciones institucionalizadas contra Hitler y los jefes grotescos del Tercer Reich durarán cuanto dure la memoria del Holocausto. Para un alemán que escribe sobre la memoria y el perdón por el olvido, el tema se pronostica imprescindible; y cuando es, además, tan civilizadamente representativo de la inocencia como Weinrich (movilizado, aún niño, en la defensa antiaérea de su ciudad natal y prisionero de guerra, niño, en un campo francés de internamiento, donde se iniciara su aprendizaje de romanista), el síndrome patético de culpa acaba arrojando conmovedores perfiles.

Cuestión, pues, inevitable en *Leteo* —¿o habremos de decir fatal, incluso, pensando hasta en la inducción del tiempo del olvido en la conciencia de Weinrich?—, la del conflicto actual introducido por la exigencia eterna de memoria sobre el Holocausto de los holocaustos (demasiados sin duda desde Asiria), el Holocausto judío de los nazis. Alentada por denuncias como la de Ezer Weizmann en su discurso ante un contrito Bundestag, el 16 de marzo de 1966; o por los escritos del premio Nobel Elie Wiesel («To be a Jew is to remember», pág. 305), de Primo Levi, o de un Jorge Semprún (de Buchenwald), mucho más con-

sistente en la novela francesa que para las agencias españolas de gestión literaria; y sobre todo —para mí— por la silenciosa práctica, vida y suicidio de Paul Celan. El discurso alemán, políticamente correcto, de Harald Weinrich sobre Auschwitz asume honestamente la intocable excepción enhiesta de la memoria dentro de un tiempo necesario de olvidos, como éste del final del siglo XX y los comienzos del tercer milenio; es decir, el tiempo de todos nosotros, los inocentes del Holocausto, gente joven tan aherrojada de genocidios raciales y tan incordiada por los terrorismos nacionalistas estúpidos y, sobre todo, tan abrumadoramente colmada por excesos sobrehumanos de información.

Existencia caótica, ceguera quasi-digestiva, la de cualquier sociedad fundada en la memoria, antaño corporal y teocrática y ahora cibernética y ateleológica. Existencia insufrible sin los remedios más dulces del olvido: la concordia tolerante en las disculpas mutuas sobre las historias duras del pasado, y la posibilidad final de que se pueda fundar una comodidad de la memoria humana delegada sobre la potencialidad infinita de los auxiliares inertes de la información cibernética. Por fin, *La paz perpetua* y *La biblioteca de Babel* (Kant insustituible y Borges inevitable) en los alcances del siglo XXI. ¿Las nuevas utopías tal vez? ¿Y por qué no? La condición pudiera ser que la Modernidad aprenda a «progresar en el olvido». □

RESUMEN

Antonio García Berrio se ocupa de un ensayo del romanista alemán Harald Weinrich sobre el olvido, esa anulación de experiencias en el tiempo. El libro en cuestión es una revisión antológica del arte del olvido, pero dista mucho de ser, según el comentarista, un seco tratado doctrinal. El discurso alemán de

Weinrich, un hombre que vivió el horror nazi y que escribe sobre la memoria y el perdón por el olvido, asume la memoria dentro de un tiempo necesario de olvidos como éste del final del siglo XX y comienzos del tercer milenio, un tiempo de modernidad en el que se debe aprender a progresar en el olvido.

Harald Weinrich

Leteo: Arte y crítica del olvido

Traducción de Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 1999. 408 páginas. 3.500 pesetas. ISBN: 84-7844-468-8.

Sobre el lenguaje y las lenguas

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918) es catedrático jubilado de psicología de la Universidad de Barcelona, miembro del Colegio Libre de Eméritos y de la Academia Europæa. Se ha dedicado principalmente a la psicolingüística y a la sociolingüística. Entre sus obras pueden citarse: Educación y bilingüismo, España plurilingüe, La Europa de las lenguas, La escuela y los inmigrantes y Conocimiento y uso de la lengua.

El extraordinario desarrollo de la lingüística en nuestro tiempo tiene un inconveniente y es que tiende a convertirse en una ciencia para iniciados en la que el ajeno a la especialidad difícilmente tiene entrada. El libro que comento, *Qué son las lenguas*, de Enrique Bernárdez, se sitúa en la perspectiva inversa, no es un libro para lingüistas sino dirigido a un público culto e interesado por el lenguaje, un libro de alta divulgación si se quiere, pero sobre un tema que despierta un interés universal. Con un estilo fácil, desenfadado a veces, pasa revista a los grandes problemas desde una postura personal y atenta a las últimas novedades. A primera vista se trata de un resumen casi enciclopédico, pues trata de la naturaleza de las lenguas, de su variedad y diversidad, de las razones del cambio lingüístico y de la manera como surgen nuevas lenguas, de la historia lingüística de la humanidad y por supuesto del origen del lenguaje en la humanidad. Y trata también del papel del cerebro y de las relaciones entre lenguaje, pensamiento y sociedad. Pero por debajo de esta diversidad late una profunda unidad de enfoque, que puede resumirse en la afirmación de que una lengua es un hecho social e histórico, e incluso una toma de posición decidida a la hora de explicarlo.

Por supuesto una lengua es un sistema de significados y de normas gramaticales compartidos por muchos individuos que gracias a esta regularidad pueden entenderse. Pero una lengua presenta modalidades distintas según el lugar y según el nivel social de los hablantes, y está además en continua transformación, de manera que la norma lingüística sólo puede ser la plasmación de lo que en un momento y en un lugar dado subtiende el habla de los hablantes. Al pretender convertirla en norma legal rectora, o correctora, del uso de la desvirtúa. Un intento, por otra parte, con-

denado al fracaso, ya que en definitiva el uso es omnipotente y el autor cree llanamente que sin Academia iríamos mejor.

Si la crítica a los intentos de convertir las regularidades internas en norma resulta relativamente fácil, el pretender explicar qué es lo que tienen en común todas las lenguas existentes en el mundo para que merezcan este nombre exige mayores esfuerzos. Todas son un sistema de signos pero la manera de organizar estos signos, las gramáticas, son notablemente distintas; unas declinan y otras usan preposiciones, y así sucesivamente. A pesar de tantas diferencias Bernárdez insiste en recordar que no hay lenguas inferiores y superiores, lenguas primitivas o degeneradas, pues todas son extraordinariamente complejas y todas permiten satisfacer todas las necesidades cognitivas y comunicativas de los pueblos que las hablan y de las culturas que a través de ellas se expresan.

Una realidad cambiante

¿Cuántas lenguas existen en el mundo? Las estimaciones más difundidas hablan de alrededor de unas 6000. Bernárdez, sensatamente, considera exageradas estas cifras teniendo en cuenta que la mayor parte de ellas son lenguas exclusivamente orales para las que la distinción entre lenguas distintas y variantes de una misma lengua es siempre discutible. Pero, pocas o muchas, su número varía con el paso del tiempo. El crecimiento de la población, su expansión geográfica y el progresivo aislamiento, bastan para aumentar su número y parece claro que, en las áreas ocupadas por la especie humana desde los más remotos tiempos, es donde se encuentra una mayor variedad de lenguas, así ocurre en ciertas regiones de África y de Asia y en Nueva Guinea. En sentido inverso la constitución de los grandes imperios, la difusión de la imprenta y los procesos de globalización han hecho que ciertas lenguas tiendan a expandirse a costa de otras que se abandonan, lo que permite predecir que, en un futuro próximo, muchas lenguas actuales, exclusivamente orales, desaparecerán. Así la insistencia en la variedad de las lenguas lleva naturalmente a ocuparse por el cambio lingüístico que no sólo modifica el contenido o la estructura de todas las lenguas, sino que puede llevar a la desaparición de unas y a la aparición de otras. Las páginas del libro dedicadas

a este tema son particularmente atractivas pues Bernárdez, lingüista y familiarizado con muchas lenguas, aporta gran cantidad de ejemplos. De los muchos puntos que toca me limitaré a uno, la aparición de los pidgins y de los creoles.

Esclavos capturados en distintos puntos de África, hablando lenguas en muchos casos incomprensibles entre sí y al servicio de unos dueños que apenas se relacionaban con ellos, para comunicarse debían elaborar un lenguaje común a partir de escasos elementos verbales tomados de sus lenguas originarias y de la que oían a sus amos. Algo parecido puede decirse de situaciones en las que personas con lenguas distintas entre sí, han de encontrar la forma de comunicarse. Se llaman pidgins a los sistemas de comunicación verbal así formados, pero parece exagerado llamar lenguas a unos sistemas tan limitados. Resulta en cambio curioso constatar que los distintos pidgins conocidos y estudiados tienen estructuras gramaticales similares y muy simples, como si constituyesen un nivel mínimo de lengua. En otros casos, frecuentes en situaciones coloniales, una población que habla una o varias lenguas, está de tal modo sometida, económica y culturalmente a una población dominante que habla otra lengua, que necesita utilizar la lengua predominante pero no tiene oportunidades regulares para adquirirla; la mezcla de elementos de la lengua autóctona y de la lengua dominante acaba por producir lo que se conoce como un creole, que propiamente en español sería criollo, que sí tiene todas las características de una lengua. No es imposible que un pidgin acabe por convertirse en creole y en la actualidad hay creoles que reclaman un puesto en la enseñanza y en la cultura escrita. Pero lo que aquí quiero destacar es la luz que estos procesos arrojan sobre la aparición de nuevas lenguas y así es posible pensar que la aparición de las lenguas neorrománicas más que por la simple descomposición del latín se explique por la influencia de creoles locales.

En busca de los orígenes

En algún momento el autor recuerda que a mediados del siglo XIX, cuando se constituyó la Sociedad Lingüística de París, sus fundadores inscribieron en los estatutos de la recién creada Sociedad la prohibición de discutir sobre los orígenes del lenguaje.

Preocupados por mantener su prestigio científico se negaban a entrar en unas discusiones que no podían apoyarse en datos empíricos. El tabú se ha mantenido a lo largo de un siglo y medio y todavía hoy los lingüistas puros se niegan a pisar este terreno. Pero la pura verdad es que las discusiones sobre la aparición del lenguaje en el hombre son hoy más vivas que nunca. El problema se puede abordar desde dos caminos distintos. El primero partiendo de las lenguas actuales identifica familias y rastrea su historia pasada hasta llegar a deducir unos rasgos originarios. El otro, a partir de datos de muy diversos tipos: la comunicación en los monos antropoides, la fisiología de los primeros hombres, los datos de la arqueología e incluso datos sobre los comportamientos lingüísticos de ciertos pueblos primitivos o el desarrollo lingüístico de los niños, llega a proponer una teoría sobre el origen y desarrollo del lenguaje. El autor recorre los dos caminos.

Cuando en el siglo pasado se cayó en la cuenta de que lenguas tan distintas como el latín, el griego, el alemán y el sánscrito, tenían similitudes, y que estas similitudes demostraban un origen común, se abrió el camino para que la gramática histórica intentase explorar el pasado lingüístico de la humanidad. Para ello había que agrupar todas las lenguas que se hablan en el mundo en familias y a partir de sus similitudes retroceder en el tiempo hasta sus orígenes comunes. La familia indoeuropea fue la primera identificada y durante mucho tiempo se ha aceptado la idea de que estas lenguas se originaron en el sur de Ucrania y que desde allí, tres mil años antes de nuestra era se extendieron por Europa llevadas por sucesivas invasiones, similares a las que acabaron con el imperio romano. Hace unos años unos lingüistas soviéticos, y recientemente el inglés Renfrew apoyado en datos lingüísticos y también en las ideas de Cavalli Sforza sobre genética de las poblaciones, han propuesto una nueva teoría según la cual la expansión de las lenguas indoeuropeas por Europa sería mucho más antigua, empezada hace siete u ocho mil años, y mucho más lenta, y no habría estado protagonizada por hordas guerreras a caballo sino que habría acompañado a la gradual expansión de la agricultura a partir de Anatolia en el Próximo Oriente. Rehacer la historia de las restantes familias lingüísticas es todavía más azaroso y en ningún caso nos lleva antes del sexto milenio antes de Cristo. Para avanzar más, para retroceder más en el tiempo, hay que especular a partir de similitudes entre las grandes familias de lenguas hoy aceptadas. Por ejemplo admitir, como hace la escuela de Greenberg, una megafamilia en la que estarían el sumerio, algunas lenguas caucásicas y el vasco, y que serían las lenguas habladas en Europa antes de la llegada de los indoeuropeos. Hipótesis similares pondrían de relieve las migraciones más antiguas de África a Asia o las primeras lenguas habladas en América. Y para retroceder todavía más en el tiempo habría que aceptar que las similitudes que algunos encuentran entre todas las familias de lenguas reflejan el vocabulario primitivo de la humanidad.

El segundo camino, inverso al anterior, consiste en llegar a la primera lengua a partir de sus antecedentes e intentando explicar por qué apareció. Es propiamente la cuestión del origen del lenguaje.

En esta perspectiva el primer hecho a tener en cuenta es que los monos antropoides se comunican por medio de gestos. Sin embargo la pobreza de estos gestos si algo deja claro es el abismo que les separa del lenguaje humano. Concretándonos en la especie humana, los datos disponibles se reducen a datos sobre la fisiología de nuestros antepasados.



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior



dos, tamaño y desarrollo del cerebro y de los órganos de la fonación deducidos a partir de restos óseos fósiles que arranca de los primeros homínidos hace dos millones de años. Es posible creer que el origen del lenguaje implique una mutación genética en la estructura cerebral pero parece más lógico pensar en una evolución gradual. En la que las referencias temporales principales serían la aparición de los primeros homínidos hace dos millones de años, la aparición de «homo sapiens sapiens», hace 200.000 años y la explosión cultural de la última fase del paleolítico hace más o menos 30.000 años.

Podemos suponer que los primeros homínidos disponían como los primates de gestos sonoros y la evolución habrá consistido en pasar de estos gestos a palabras significativas y paralelamente a la estructuración de las palabras en un sistema gramatical. Esta evolución tiene una motivación pragmática, el uso de una lengua progresivamente más desarrollada facilitaba las tareas cotidianas y con ello la eficacia del grupo. En el marco general de esta explicación el autor, como es lógico, tratándose de un lingüista, insiste en los procesos que llevan a la palabra significativa, empeño relativamente fácil, y a la gramática, empeño mucho más arduo. Insiste especialmente en dos puntos. Los hombres primitivos tendrían un vocabulario muy limitado y relacionado con realidades concretas, pero la realidad concreta significada por una palabra podría ser muy compleja, y así disponer de una palabra para significar el fuego en el hogar, otra para el fuego en el bosque, otra para el fuego en plena actividad, otra para el fuego que se está apagando, otra para el fuego intencionalmente apagado... o sea que disponían de palabras distintas para nombrar lo que nosotros expresamos por combinaciones léxicas a partir de una misma palabra. E incluso podemos imaginar, como ocurre todavía hoy en muchas lenguas, que disponían de palabras distintas para designar el hermano y la hermana y también distintas para designar los hermanos o las hermanas, lo que nosotros designamos modificando de acuerdo con ciertas reglas una misma palabra. Y paralelamente podemos suponer que los primitivos para describir situaciones, o para narrar acontecimientos, enumeraban sucesivamente los diferentes objetos que constituyen la situación o los hechos que ocurrían uno tras otro. A medida que se hacían capaces de percibir relaciones más sutiles entre los objetos y entre los acontecimientos, la mera enumeración ya no era suficiente y había que idear formas de relacionar las palabras que las pusiesen verbalmente de manifiesto. Pero, y éste es el dato principal, este progreso en la organización gramatical estuvo directamente relacionado con el progreso en la capacidad de sistematizar las experiencias y de planificar las actuaciones. Y ambos desarrollos, el verbal y el cognitivo, estaban a su vez condicionados por el desarrollo de la estructura cerebral en una relación circular que hacía que el cerebro se desarrollase al mismo tiempo que progresaba el lenguaje.

Combinando estas distintas sugerencias el autor llega a la conclusión de que el primer lenguaje humano, la lengua originaria, era una lengua en la que el acompañamiento gestual era más fuerte que entre nosotros, con un vocabulario reducido pero que designa realidades concretas y complejas y con una estructura gramatical incipiente. Cualquiera que sea el juicio sobre la verosimilitud de esta descripción, que a primera vista parece alta, invita, al menos, a dos observaciones. La primera es el contraste entre una capacidad lingüística evolucionando sucesivamente a través de estados intermedios y la complejidad similar de todas las lenguas que conocemos, lo que parece implicar un momento singular en esta evolución. Y mi



ANTONIO LANCHO

segunda observación es la evidente semejanza entre esta descripción y la manera como el niño aprende a hablar. Con dos diferencias capitales sin embargo: a diferencia del primitivo, el niño aprende a hablar en contacto con una lengua plenamente constituida y, también, el niño aprende a hablar al mismo tiempo que su cerebro va madurando, maduración que está predeterminada por sus genes, lo que no ocurre en el desarrollo, a lo largo de centenares de siglos, del cerebro de los homínidos.

Universalidad del lenguaje y particularidad de las lenguas

Así llega el libro a lo que desde el comienzo se dibuja como problema central, ¿cómo compaginar la universalidad del lenguaje con la particularidad de cada lengua? Un tema que se hace evidente al abordar la relación entre lenguaje, pensamiento y cultura. Nada más fácil que constatar que las lenguas no sólo son extremadamente diversas entre sí sino que estas diferencias se relacionan con las características de la cultura propia de los pueblos que las hablan. Y no sólo del vocabulario sino de las propias estructuras gramaticales.

Mientras nos referimos a los aspectos pragmáticos del lenguaje este particularismo no parece plantear problemas especiales, pero cuando pensamos en las funciones cognitivas del lenguaje, el lenguaje como instrumento del pensamiento, la cuestión se hace grave; si cada lengua es un mundo propio de significaciones, ¿dónde queda la objetividad y la universalidad del conocimiento verbalmente expresado?

El autor se cuida de advertir que, por grande que sea la dependencia cultural de una lengua, la dependencia nunca es total. Pero entonces ha de asumir la tarea de explicar cómo una lengua, producto social, permite alcanzar conocimientos generalizables. No creo traicionar su pensamiento diciendo que su argumentación principal va en el sentido de hacer notar que todos los hombres del mundo, cualquiera que sea la lengua que utilizan, hacen, al menos en parte, experiencias comunes y que todos descubren relaciones en la realidad que son descubribles también por otros hombres pensando desde otras lenguas.

Y para que no queden dudas de la radicalidad de sus planteamientos, para que no se

pueda sugerir que la universalidad que no ofrece la lengua la garantiza la inteligencia, pone en relación su explicación del conocimiento con lo que algunos neurólogos han dicho sobre el funcionamiento cerebral que propiamente no consiste en un sistema de conexiones predeterminadas sino que, al compás de las experiencias del sujeto, se establecen y consolidan unas conexiones y se desechan otras posibles. Dicho más claro, no sólo el cerebro es capaz de aprender sino que su propia estructura es, en alguna medida, aprendida.

Decía al comienzo de este comentario que no se trata sólo de alta divulgación sino de una toma de posición teórica. Desde los comienzos de la reflexión sobre el lenguaje en nuestra cultura, en Atenas en el siglo IV, el lenguaje se ha contemplado desde dos posturas opuestas. En primer lugar, y así lo hicieron Platón y Aristóteles, se puede destacar la función cognitiva del lenguaje, y destacar su estrecha relación con el conocimiento y por tanto con la lógica, las palabras significativas se corresponden con los conceptos, las proposiciones con los juicios y los discursos con los razonamientos. El conocimiento científico no es más que un conjunto de proposiciones lógicamente enlazadas. La lingüística clásica, hasta el siglo XIX, se inspiró en este modelo, incluso si se dedicaba a estudiar una lengua concreta, y apoyada en esta concepción destacaba sus aspectos formales y normativos. El estudio de las funciones comunicativas quedaba relegado a la retórica, que ya no era una ciencia sino un arte. El siglo XIX, con la afición a la gramática histórica y la dialectología, popularizó una visión más historicista y sociológica de las lenguas y más tarde ciertas corrientes de la filosofía del lenguaje han

abierto el camino a la recuperación de la pragmática. Pero la mayoría de los lingüistas se han mantenido fieles a una perspectiva formal y cognitiva, especialmente desde la irrupción de las ideas de Chomsky. Así se produce una confrontación clara entre los dos campos, confrontación que repercute en numerosos aspectos del estudio del lenguaje, por ejemplo en el estudio del lenguaje infantil, donde los que defienden una continuidad desde los primeros gestos comunicativos hasta el lenguaje verbal plenamente elaborado se oponen a los que consideran que la aparición de las primeras estructuras verbales representa una innovación que hay que atribuir a factores genéticos y que sólo se manifiesta a partir de determinado momento de la maduración cerebral.

A estas alturas del comentario no hace falta descubrir que Bernárdez se sitúa claramente en uno de los dos campos. Sus argumentos son indudablemente sólidos pero no es difícil predecir que las dos posturas seguirán enfrentadas. Por mi parte puedo añadir que mi afición por la psicología y la sociología me ha llevado a reivindicar aspectos de la postura funcional especialmente en el estudio del lenguaje infantil. Pero ello no me impide desconocer las razones de la postura opuesta. Creo, como ya pensaban los griegos, que el ser humano es por naturaleza un animal racional pero también, y al mismo tiempo, un animal social y que sería necesario alcanzar una concepción de la naturaleza humana que componga ambas evidencias y desde la cual fundamentar la naturaleza del lenguaje y sus aspectos aparentemente opuestos. Pero estamos lejos de ello y hay que suponer que las espadas seguirán en alto durante mucho tiempo. □

RESUMEN

Aunque el libro comentado por Miquel Siguan no sea una obra para lingüistas, sino más bien para un público culto e interesado por el lenguaje, y aunque pareciera que fue un resumen casi enciclopédico, que trata sobre la naturaleza de las lenguas, de la historia lingüística de la humanidad y del origen

del lenguaje, además de otras muy diferentes cuestiones relacionadas, bajo esa diversidad late una profunda unidad de enfoque, que puede resumirse en que, para el autor del libro, Enrique Bernárdez, una lengua es un hecho social e histórico, e incluso una toma de posición decidida a la hora de explicarlo.

Enrique Bernárdez

Qué son las lenguas

Alianza Editorial, Madrid, 1999. 384 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-206-2934-0.

Del maravedí al euro

Por Gabriel Tortella

Gabriel Tortella (Barcelona, 1936), catedrático de la Universidad de Alcalá, es premio Rey Juan Carlos de Economía 1994, presidente de la Asociación de Historia Económica y del Consejo Académico de la Asociación Europea de Historia Bancaria. Es miembro de la Academia Europæa, Sección Humanidades. Fue también presidente de la Asociación Internacional de Historia Económica. Sus últimos libros son *El desarrollo de la España contemporánea*. Historia económica de los siglos XIX y XX y *La revolución del siglo XX*. Capitalismo, comunismo y democracia.

El reciente relevo en la cúpula del Banco de España y la creación hace un par de años del Banco Central Europeo acrecientan la atención del público hacia nuestro banco central y hacia las cuestiones de gobernación monetaria y bancaria en el ámbito europeo. Parece un momento adecuado para volver la vista hacia la historia del Banco de España, instituto que ha tenido una importancia capital y poco comprendida en nuestra historia contemporánea, aunque esa importancia probablemente decline en el siglo XXI al aumentar el poder decisorio del Banco Central Europeo, y convertirse los bancos nacionales en poco más que sucursales de aquél. Tenemos la fortuna de que se hayan publicado recientemente dos libros que iluminan, parcial pero detalladamente, la historia del Banco de España: el de Pedro Tedde sobre el Banco de San Fernando y el de Pablo Martín Aceña sobre el Servicio de Estudios. Ambos son historiadores muy cualificados y han producido dos excelentes trabajos, que completan y perfilan lo que ya sabíamos sobre la historia de nuestro instituto emisor. Las publicaciones sobre la historia del Banco de España van siendo ya numerosas. Las memorias personales de Ramón Santillán, publicadas en segunda edición por el Banco de España en 1996, y su *Memoria histórica sobre los bancos*, publicada originalmente en 1865 y republicada también por el Banco en 1982 con prólogo de Tedde, son, como veremos, fuentes esenciales para la historia de las primeras etapas de nuestro banco central. Entre los muchos aspectos interesantes que tiene la historia del Banco de España no es el menor el reflejar a su manera la historia política y económica del país.

Los primeros bancos centrales

Con la excepción de los Estados y las iglesias, los bancos centrales quizá sean las instituciones más longevas de Europa. Éste es especialmente el caso de la Europa septentrional, donde hay varios de estos bancos que datan del siglo XVII (Holanda, Suecia, Inglaterra, Escocia). De la Europa meridional España es sin duda el país con banco central más antiguo. Cataluña, Italia, Francia, Alemania, tuvieron un gran florecimiento de banca privada y municipal en la Edad Media. Pero Castilla posiblemente sea el reino medieval que tenga un más antiguo testimonio de actividad bancaria, ya que el *Poema del Cid* se inicia con el préstamo que dos banqueros judíos, Raquel y Vidas, hacen al Cid, sobre unas garantías falsas que éste les entrega. De modo que, además del primer fraude bancario que registra la historia de España, cometido por uno de los más famosos paladines de la cristiandad, el *Poema* evidencia la existencia de un gueto en la ciudad de Burgos donde los judíos profesaban la banca, y además, curiosamente, documenta también la práctica de las comisiones bancarias (al 5 por 100), todo ello en el siglo XI.

Los bancos centrales no nacieron como tales, sino frecuentemente como prestamistas del



PÉREZ D'ELÍAS

Estado. Han seguido, por tanto, una larga evolución, porque la misión de los bancos centrales de hoy no es sacar de apuros a la Hacienda, sino lograr la estabilidad de precios manteniendo el sistema monetario en orden. Para ello han adquirido esta peculiar naturaleza de entes públicos independientes. El Banco de España recibió su estatuto de independencia en 1994, y la mayor parte de los otros bancos centrales han ido adquiriendo este estatus también recientemente. Además, hasta después de la II Guerra Mundial la mayor parte de los bancos centrales eran empresas privadas, aunque bastante sujetas al poder público. Hoy, en cambio, son empresas públicas independientes del gobierno. La explicación de esta curiosa evolución radica en el hecho de que el siglo XX

haya sido el más inflacionario de la historia. Tras las crisis del petróleo en los años setenta, en los países occidentales se plasmó la firme decisión de liberar a los bancos centrales de sus nexos con el gobierno y encomendarles la tarea de luchar contra la inflación. Para esto tenían que poder dejar de prestar al Estado y, al contrario, presionarle y persuadirle para que pusiera sus finanzas en orden. Un reciente artículo en *The Economist* compara a los gobiernos que así han entregado la política monetaria a los bancos centrales con Ulises, que se hizo atar al palo de su barco para no ceder a los cantos de las sirenas. Las sirenas de fines del siglo XX entonan sus cánticos de alabanza a la política de dinero fácil y subvención generosa. Es deber de los bancos centrales el ser fir-

mes como mástiles para que no naufrague el navío del Estado ni el capitán sea devorado por las engañosas cantoras.

El Banco de Inglaterra fue fundado en 1694 para apoyar financieramente al gobierno nacido de la Gloriosa Revolución de 1688. El Banco de Francia se creó en 1800 para prestar al reciente gobierno de Bonaparte. El Banco de San Carlos, antecesor directo del de España, fue erigido en 1782 para ayudar a administrar la cuantiosa deuda pública puesta en circulación por Carlos III, emitida en gran parte para financiar la ayuda española a la Guerra de Independencia norteamericana. La historia de este primer avatar del Banco de España es poco edificante. Sus directivos no fueron ni muy expertos ni muy honrados; pero su verdadero problema radicó en que las emisiones de deuda —los famosos «vales reales»— fueron tan enormes que el banco se arruinó tratando de apoyarlas. Estaba obligado a entregar oro o plata a cambio de los títulos que se le presentaran, y así pronto se agotaron sus reservas metálicas. Como el Estado (que, a causa de las guerras contra Francia, estaba en quiebra técnica desde finales del siglo XVIII) no le pagaba a él por los títulos de deuda, y éstos estaban muy depreciados, el San Carlos entró en el siglo XIX como un gran almacén de papel, con muy escasa capacidad para actuar. Por eso en 1829 se convirtió en el Banco de San Fernando, de dimensiones más modestas, y con la lección bien aprendida. Había que prestar al Estado, pero con mucha cautela; aunque los estatutos eran vagos al respecto, los directivos del San Fernando fueron mucho más precavidos en sus relaciones con el Estado que sus antecesores. Pese a ello, en 1848 estuvo a punto de quebrar el banco al obligarle el gobierno a absorber el recientemente fundado Banco de Isabel II, criatura del que luego sería marqués de Salamanca, político y financiero poco afligido por escrúpulos morales. Durante la Guerra Carlista el San Fernando fue un eficaz apoyo a la causa liberal, pero la prosperidad que siguió a la Paz de Vergara le trajo grandes dificultades en la figura de competidores e imposiciones del Estado.

Renace el Banco de España

Afortunadamente para el Banco y para España, en tal situación se encontró un gobernador ejemplar: Ramón Santillán, uno de los hombres más notables que ha producido nuestro siglo XIX. Militar, funcionario, hacendista, banquero, memorialista e historiador, Santillán fue el principal autor de la gran reforma fiscal del siglo pasado, a la que se da comúnmente el nombre de Mon-Santillán en memoria de nuestra figura y del que fue a la sazón ministro de Hacienda, Alejandro Mon. Santillán fue también, aunque brevemente, ministro de Hacienda y en 1849 asumió la gobernación del Banco de San Fernando, cargo que ocuparía (con una cortísima interrupción) hasta su muerte en 1863, a los 72 años de edad. La ejecutoria de Santillán al frente del Banco fue ejemplar, no sólo porque su firmeza e inteligencia sacaron al instituto del atolladero en que la absorción del Isabel II (que estaba prácticamente quebrado en el momento de la fusión) le había metido, sino también porque, con clara visión, redactó un proyecto para convertir al San Fernando en entidad nacional, dándole el nombre de Banco de España y una serie de prerrogativas propias de los bancos centrales de la época. En 1856 recibió el Banco su nombre definitivo, pero el proyecto de Santillán no se realizaría hasta 1874, en que el Banco de España recibió el monopolio de emisión de billetes en todo el país (hasta entonces había habido una veintena de bancos emisores, y la circulación del de España había esta-



Viene de la página anterior

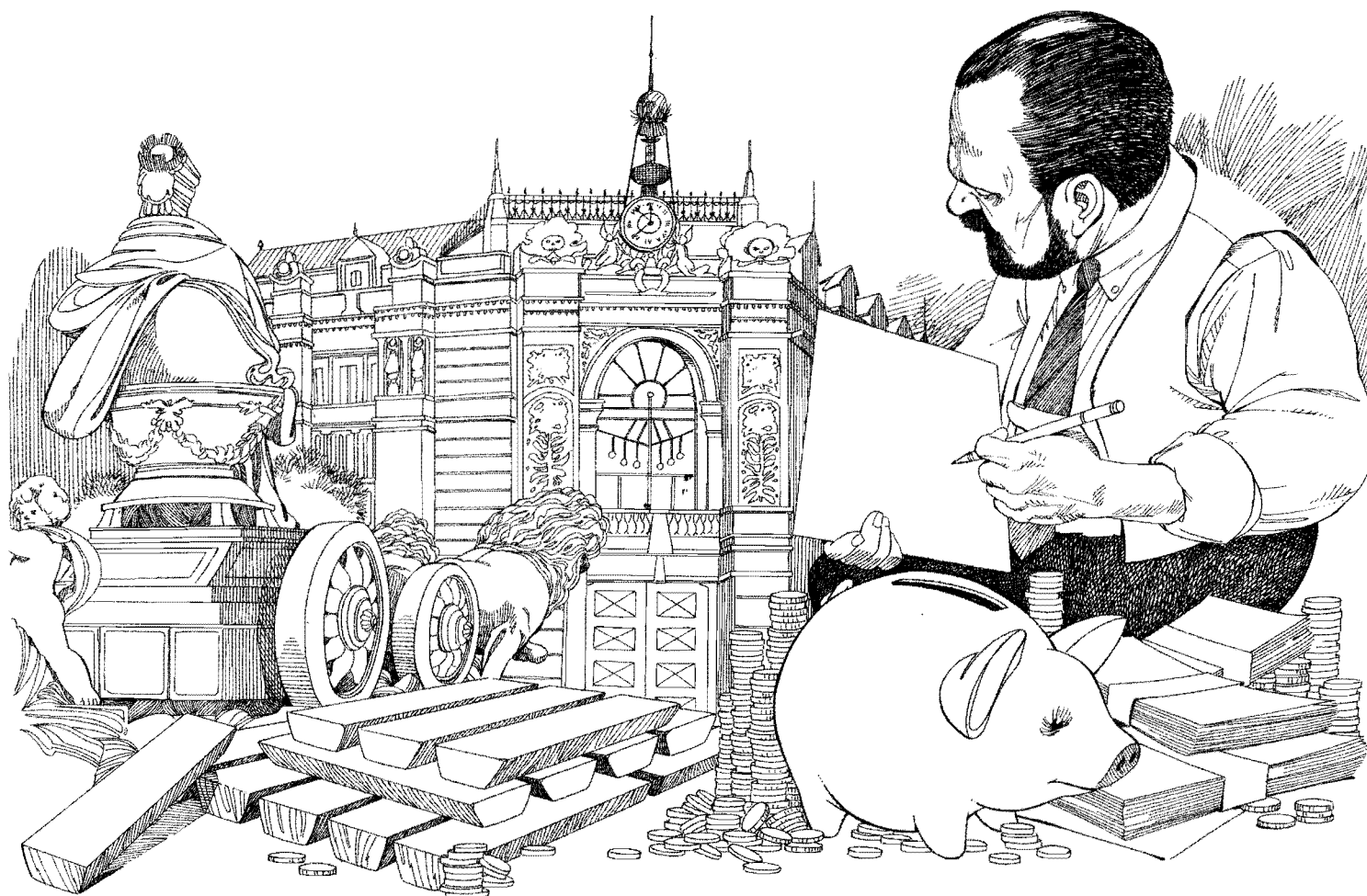


do circunscrita a Madrid), convirtiéndose realmente en lo que su nombre daba a entender: el banco único oficial.

Como la historia política del siglo XIX, la del Banco de España en esa época está llena de altibajos y turbulencias. Si Echegaray le concedió el monopolio de emisión en 1874 no fue de acuerdo con un plan bien meditado, sino para resolver una situación de emergencia. Tras la crisis de 1864, la Revolución de 1868, la abdicación de Amadeo I y el advenimiento de la I República, a lo que hay que añadir tres guerras civiles simultáneas (Cuba, carlista y cantonalista), muchos bancos, emisores o no, habían quebrado o desaparecido, y el Estado estaba de nuevo en bancarota. El monopolio se le dio al Banco para que pusiera orden en la confusa situación monetaria y para que a cambio hiciera un fuerte préstamo al gobierno. La situación monetaria registraba un largo caos. Del antiguo régimen se heredó un sistema dinerario no decimal, cuya unidad oficial era el «maravedí», aunque tal moneda no existiera físicamente. La unidad efectiva era el real, pero de éste, para mayor confusión, había dos: el «real de plata» (también llamado peso, dólar, o real de a ocho) y el «real de vellón», que era una moneda de cobre de mucho menor valor. Se intentó introducir el sistema decimal, primero entronizando el «real», y luego el «escudo» o medio duro (es decir, diez reales), pero ninguna de estas reformas funcionó. Por fin, en 1868 se introdujo la que sería la unidad monetaria de la España contemporánea, la «peseta». Una de las misiones que el Banco de España cumplió a partir de 1874 fue popularizar la peseta y retirar las otras monedas, y la llevó a cabo muy satisfactoriamente.

A partir de entonces, como la historia política, la del Banco fue también más tranquila durante la Restauración. El Banco contribuyó a difundir no sólo la peseta, sino también el billete de banco, medio de pago muy minoritario hasta bien entrado el siglo XX, y otros instrumentos financieros, como las cuentas corrientes y de ahorro. A finales de siglo, con una imponente red de sucursales recién creada, el Banco de España representaba las tres cuartas partes del sistema bancario español y estaba en el cénit de su importancia relativa. En el siglo XX, el desarrollo de la gran banca privada hizo que el peso cuantitativo del Banco disminuyera, aunque no su influencia, al contrario: fue adquiriendo una de las características de los modernos institutos centrales, el ser un «banco de bancos». Pero también se elevaron voces críticas. El Banco era visto como monopolista conservador y atento principalmente a sus pingües dividendos; en concreto, se le atribuía, no sin razón, la responsabilidad de que España no tuviera el régimen monetario de patrón oro, que era el que predominaba en la Europa de entonces. Ello se veía como detrimento a nuestro prestigio e integración económicos. El Banco se oponía a la convertibilidad oro de sus billetes porque creía que ello pondría en peligro sus reservas áureas. El caso es que España nunca adoptó el patrón oro, que la peseta, como consecuencia, sufrió depreciaciones periódicas, y que ello tuvo efectos políticos: por ejemplo, la baja de la peseta a finales de los veinte desprestigió a la dictadura de Primo de Rivera y contribuyó a su caída. En contrapartida, la flotación de la peseta aminoró los efectos de la crisis mundial en 1931 y, como consecuencia de estos problemas, en 1930 se creó el Servicio de Estudios del Banco de España (SEBE), que andando el tiempo tendría un destacado papel científico y político.

Un episodio que dañó al prestigio del Banco fue la exportación del oro, tan celosamente guardado, a Moscú tras el estallido de la Guerra Civil. Ello se hizo durante el primer asedio de Madrid para evitar que el tesoro cayera en manos de los franquistas y para afianzar la ayuda que la España republicana esta-



PÉREZ DELÍAS

ba ya recibiendo de la URSS. Ahora bien, la Rusia estalinista no daba puntada sin hilo: se cobró puntual e íntegramente la «ayuda fraternal» a costa del oro recibido en depósito y en 1938, cuando decidió aproximarse a las potencias del Eje, retiró las Brigadas Internacionales y gran parte de la ayuda a la República, dejando que ésta se las arreglara como pudiera ante las tropas franquistas ayudadas por Hitler y Mussolini. Gracias a la «ayuda fraternal» de Stalin, la República perdió el oro y la guerra. Franco utilizó machaconamente este triste episodio para anatematizar a la República. Y cuando Joan Sardà, en una historia del Banco de España publicada en 1970, afirmó que el oro no lo habían «robado los rojos», sino que se había empleado en comprar la ayuda rusa, el libro fue sequestrado por las autoridades.

Tras la Guerra Civil el Banco tuvo un largo eclipse: las políticas monetaria y cambiaria pasaron más que nunca a manos de los ministerios de Hacienda y Comercio, mientras la inflación se adueñaba de la economía. Hasta 1962, en que se promulgó una importante Ley de Ordenación Bancaria, no comenzó el Banco a adquirir su papel de rector de la política monetaria. El proceso fue largo: tardaría unos treinta años en completarse. La década de los setenta fue decisiva. Los últimos ministros del franquismo iniciaron un proceso de reforma bancaria que se intensificó con la transición democrática. Fue simbólica la clausura del IEME (Instituto Español de Moneda Extranjera, sobre el que Elena Martínez acaba de escribir una importante tesis) en 1973. Creado nada más acabar la Guerra Civil, el IEME era un enclave del Ministerio de Comercio en el seno del Banco de España, con la prerrogativa de controlar las transacciones en divisas. Cercenaba así los poderes del Banco en materia de política cambiaria. Su cierre fue un paso importante hacia la modernización de la política monetaria. Hay que recalcar que la creciente fuerza de los bancos centrales, reacción ante la inflación de esos años, era un fenómeno general en el mundo desarrollado.

Quizá fuera su decidida actitud y su eficacia ante la crisis de esos años lo que dio al Banco la fuerza y el prestigio necesarios para

afirmarse en su papel de agente independiente, aunque en los ochenta se viera de nuevo obligado por unos años a financiar los crecientes déficits de la segunda etapa socialista. Su fuerza e influencia quedó de manifiesto en la ola de fusiones bancarias de los últimos quince años y en su papel en el saneamiento y racionalización del sistema. A ello contribuyó también el haber estado gobernado por dos hombres enérgicos y competentes como Mariano Rubio y Ángel Rojo; pero quizá lo más decisivo hubiera sido, como subraya Martín Aceña, el paso de Sardà por la dirección del Servicio de Estudios en la etapa del Plan de Estabilización y el desarrollismo (1957-1965). Fue Sardà quien relanzó la investigación y la competencia en ese departamento, que progresivamente fueron irradiando al resto del Banco. Los economistas del SEBE no sólo realizaron un trabajo modélico de investigación sobre economía monetaria, que ha servido de base para un más eficaz diseño de la política económica, sino que han constituido un plantel del que han surgido gran parte de los directivos del banco y de la política nacional (pensemos en los ya citados más Miguel

Boyer, Carlos Solchaga, Pedro Schwartz, Raimundo Ortega, Blas Calzada, Gonzalo Gil, Pedro Martínez Méndez, y un largo etcétera). Debo añadir con agradecimiento que el mismo SEBE ha prestado un apoyo inapreciable a la Historia económica, como atestiguan los libros reseñados y tantos otros.

Es una de las muchas ironías de la historia que cuando el Banco de España alcanza quizá su momento más brillante de influencia y prestigio, cuando su arsenal de medidas de política monetaria está más afilado y efectivo, cuando la peseta ha logrado una estabilidad envidiable y sin precedentes en el Sistema Monetario Europeo, el Banco vaya camino de perder su papel de rector independiente para someterse a la disciplina del Banco Central Europeo y la peseta vaya a desaparecer sumiéndose en el «euro». Pero puede darse un giro a estas consideraciones: la entrada en el Sistema Monetario Europeo ha sido un objetivo largamente perseguido, por el que se han hecho muchos sacrificios, y la voz del Banco de España es una de las más atentamente escuchadas en los cenáculos de Francfort. También se puede morir de éxito. □

RESUMEN

En un momento en el que el euro va a sustituir a la peseta y el Banco Central Europeo va a convertir a los bancos nacionales en poco más que sucursales de aquél, resulta oportuno, al hilo de dos libros recién publicados, recordar la historia del Banco de España, la elección de la peseta como única moneda y la popularización del billete de banco, y hacerlo, comenta Gabriel Tortella, es tener presente la

historia política y económica de España, pues el Banco nacional surgió en el siglo XIX y vivió sus altibajos y turbulencias. Para el comentarista, que repasa su trayectoria muy ligada a los avatares históricos, no deja de ser una ironía que haya alcanzado su momento más brillante de influencia y prestigio cuando va a perder su independencia en aras de un proyecto europeísta.

Pablo Martín Aceña

El Servicio de Estudios del Banco de España, 1930/2000.

Banco de España, Madrid, 2000. 327 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 84-7793-710-9.

Pedro Tedde de Lorca

El Banco de San Fernando (1829-1856)

Banco de España/Alianza Editorial, Madrid, 1999. XX + 316 páginas, con ilustraciones. 10.000 pesetas. ISBN: 84-206-4499-4.

Imágenes azules de la guerra civil

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Ángeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya Facultad de Ciencias de la Comunicación ha sido decano. Ha sido presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

El cine producido en España durante la Guerra Civil ha sido tradicionalmente un agujero negro en la historiografía de nuestro país. El tema empezó a ser desbrozado por Carlos Fernández Cuenca en los dos tomos de su *La guerra de España y el cine* (1972), pero el sesgo político franquista del autor, tanto como su falta de consulta de archivos oficiales de la época, revelaron pronto los graves límites de su trabajo. Tal investigación conoció un hito fundamental cuando la Filmoteca Española publicó en 1996 su copioso *Catálogo general del cine de la guerra civil*, coordinado por Alfonso del Amo, y en el que colaboraron precisamente los dos autores del libro que ahora comentamos. Texto que completa a su vez un libro anterior, titulado *El cine en la España republicana durante la guerra civil*, publicado por Ramón Sala en la misma editorial en 1993. Ambos textos se han beneficiado de las meticulosas pesquisas de sus autores en los archivos oficiales del Estado (principalmente en los de la Administración General del Estado), desenterrando numerosos documentos que iluminan decisivamente su campo de estudio.

La primera y la más amplia sección del libro está dedicada a la censura, porque, en efecto, la represión y la censura fueron características inherentes al aparato político-informativo del bando sublevado en julio de 1936. Como en una fase inicial no existía producción cinematográfica propia, la censura atendió a las películas que ya circulaban por el territorio nacional –tanto las españolas como las extranjeras–, aunque la duplicidad de centros censores (en La Coruña y Sevilla) produjo no pocas discrepancias y dictámenes conflictivos. Pero pronto hubo de ocuparse la censura de las nuevas importaciones, sobre todo de las procedentes del Hollywood «judeo-masónico». El cine de la Alemania nazi y de la Italia fascista intentaron desbancar en aquella coyuntura política favorable al cine de Hollywood en el mercado español, pero el rigor de los censores hizo surgir también conflictos con las autoridades aliadas alemanas e italianas, cuando éstas consideraban que el rigor con que eran tratadas sus películas era excesivo e inamistoso. Y a esta remesa foránea se añadió la incipiente y exigua producción documental del propio bando sublevado –pues los grandes centros de producción estaban en el Madrid y la



La divisa de Cifesa: «La antorcha de los éxitos».

Barcelona frentepopulistas– y que, pese a emanar de empresas, centros y profesionales de toda confianza política, no siempre obtuvo el placet de la censura.

Y, por último, el largo brazo censor se interesó vivamente por las películas que se producían en otros países y que tenían por fondo argumental, o por tema central, la guerra civil, aunque no aspirasen a estrenarse en territorio español. Los servicios diplomáticos de Franco informaban puntualmente a Burgos o a Salamanca de cualquier iniciativa cinematográfica que tuviese que ver con la contienda, para ejercer a continuación presiones a través de las delegaciones distribuidoras de aquellas empresas extranjeras en el territorio nacional. El caso más famoso lo protagonizó la película norteamericana *Bloqueo* (*Blockade*), realizada en 1938 por William Dieterle, interpretada por Henry Fonda (en el papel de un oficial republicano) y Madeleine Carroll (como hija de un traficante de armas franquista) y distribuida por United Artists. Los sectores derechistas y católicos norteamericanos consiguieron retrasar su estreno y desplazarlo a un cine de rango inferior y las autoridades franquistas siguieron atentamente el caso. Otras películas que sortearon los escollos de las autoridades franquistas fueron las norteamericanas *Love under fire* y *El último tren de Madrid*, así como la mexicana *Refugiados en Madrid*, de Alejandro Galindo.

Antes dijimos que la producción franquista durante la guerra fue exigua, debido a que los grandes centros industriales se hallaban en el Madrid y la Barcelona republicanos. Pero la sucursal de Cifesa en Sevilla y el apoyo de los laboratorios de la Lisboa salazarista y de los estudios de Berlín y de Roma, después, permitieron desarrollar una modesta producción. La creación del Departamento Na-



«Blockade» («Bloqueo»), con Madeleine Carroll y Henry Fonda.

cional de Cinematografía en abril de 1938, a cuyo frente colocó Dionisio Ridruejo al falangista murciano Manuel Augusto García Viñolas, señaló un hito en la voluntad vertebradora de una política cinematográfica por parte del nuevo Estado.

Uno de los frutos más estables y duraderos del nuevo Departamento fue la creación en abril de 1938 del *Noticiero Español*, que llegó a alumbrar dieciocho números, sin contar los flecos que se prolongaron durante los primeros años de postguerra. Aunque fue un noticiero discontinuo, pretendió cumplir las funciones que en otros países desarrollaban noticieros de actualidades nacionales como el de la UFA en Alemania, el Fox Movietone en Estados Unidos y los de Pathé o Gaumont en Francia. No pocas veces reutilizaron imágenes del bando enemigo, pero cambiando con intención política el comentario que las acompañaba.

Rosa Álvarez y Ramón Sala revelan que la colaboración de la Cifesa sevillana, pilotada por Vicente Casanova, con las autoridades franquistas estuvo plagada de recelos y contratiempos. Al fin y al cabo Cifesa era una empresa comercial que aspiraba a ganar dinero y las autoridades franquistas intentaban prioritariamente fabricar propaganda política eficaz y a bajo costo. El mercantilismo del productor levantaba desconfianza en los militares y la falta de sentido comercial de los militares contrariaba a Casanova. Las fricciones resultaron inevitables y fueron numerosas, en algunos casos verdaderamente pintorescas, como aquí se desvela.

En Berlín se produjo cine comercial de consumo, adscrito a la «españolada», tradicional –como *Carmen la de Triana*, de Florián Rey, y *Suspiros de España*, de Benito Perojo–, pero los autores del libro que comentamos se plantean con pertinencia si existió una estética cinematográfica franquista. La pregunta es oportuna, pues en el sistema cinematográfico franquista trabajaron intelectuales joseantonianos del valor de Dionisio Ridruejo, José María Alfaro, Antonio de Obregón y Edgar Neville, todos ellos adscritos a Falange Española. Los autores identifican una de las fuentes teóricas inspiradoras de su modelo estético en un artículo publicado en la revista *Vértice*, en julio de 1937, titulado «Estética de las muchedumbres», en el que puede leerse: «Contra la desarticulación de los pueblos minados por la propaganda bolchevique, contra la suicida atomización de los infinitos partidos nacionales surgen inmediatamente después de la gran guerra conceptos y hombres clarividentes que conducen sus pueblos (...). Y nace entonces este nuevo estilo, de concepción del valor plástico de las masas que es el grafismo de los países fuertes, organizados con confianza en un caudillo». Son frases que

parecen escritas para glosar las películas de masas de Leni Riefenstahl, pero que no pueden extrapolarse en rigor al cine franquista de la época.

No obstante, es de justicia añadir que esta propuesta estética encaja con la escena final de *España heroica* (*Helden in Spanien*), el documental de propaganda que Joaquín Reig montó en Berlín en 1937 y que fue la obra maestra del cine bélico franquista –los autores reconocen su «excelente factura»–, utilizado como propaganda eficaz en el extranjero, hasta el punto de exhibirse ante el comité de No-Intervención. En realidad, la estructura de *España heroica* parece diseñada como réplica a *España leal en armas*, la cinta que Luis Buñuel produjo en la embajada republicana en París y montó Jean-Paul Dreyfus, con destino también a la difusión extranjera.

Una de las lecciones que se desprenden de la copiosa información aportada por este libro reside en la constatación de la dificultad de edificar u organizar un sistema cinematográfico nuevo y políticamente funcional en plena guerra civil, careciendo de infraestructuras industriales propias (estudios y laboratorios), con un censo de profesionales cinematográficos menguadísimo y con los vaivenes propiciados por una indefinición doctrinal inicial, o por las tensiones generadas por las diferentes tendencias doctrinales (católicos, falangistas, militares) y sus respectivas necesidades ideológicas. Es cierto que se buscó el modelo inspirador en el cine que se producía en Alemania y en Italia (más en el segundo que en el primero), pero no todas sus fórmulas y recetas podían adoptarse sin más, sin contar con los inconvenientes organizativos y laborales derivados del estado de guerra.

El libro de Rosa Álvarez y Ramón Sala constituye así una aportación fundamental al estudio del primerizo cine sonoro español en una situación de emergencia bélica y al servicio de un sistema político totalitario, que buscaba su inspiración en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Su buceo en los archivos estatales y su amplia exploración hemerográfica permiten desvelar pormenores y explicaciones inéditas a los esfuerzos fundacionales del cine franquista y a sus intentos de erigir un sistema de propaganda audiovisual eficaz. □

En el próximo número

Artículos de Valeriano Bozal, Francisco Márquez Villanueva, Pedro Cerezo Galán, Elías Díaz y José Luis Fernández Pérez. Índice 2000.

RESUMEN

Tras meticulosas pesquisas en Archivos oficiales del Estado, dos historiadores del cine, Rosa Álvarez y Ramón Sala, han escrito, con numerosas aportaciones inéditas o poco conocidas, una monografía sobre el cine surgido durante la guerra civil en el bando de Franco; un cine que nació con muchas dificultades, al servicio de un sistema político to-

talitario, inspirado en el cine alemán y, sobre todo, italiano y que, en algunos casos, sirvió de muy eficaz propaganda en el extranjero. El ensayo, que comenta Román Gubern, relata los pormenores de una raquíca industria cinematográfica del bando nacional, que acabaría sentando las bases de un posterior cine franquista.

Rosa Álvarez Berciano y Ramón Sala Noguera

El cine en la zona nacional. 1936-1939

Editorial Mensajero, Bilbao, 2000. 268 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-271-2301-9.

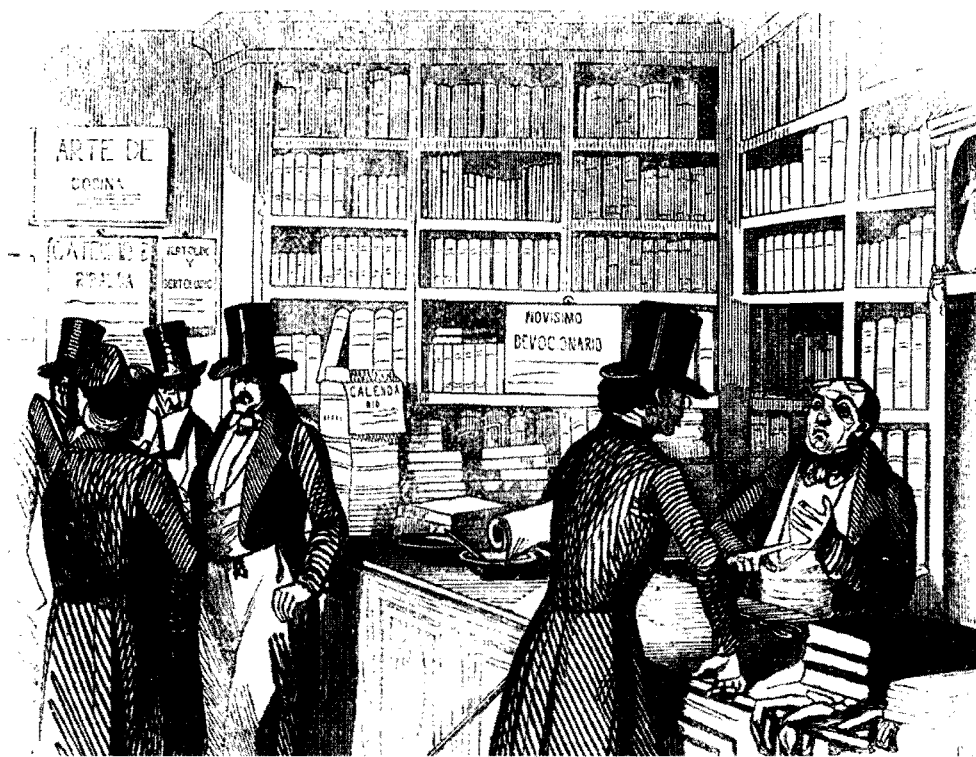
Gallardo, polemista satírico y erudito

Por Valeriano Bozal

Valeriano Bozal (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado diversos libros de historia y teoría del arte, entre los que destacan: Los primeros diez años, 1900-1910. Los orígenes del arte contemporáneo. El gusto y Pinturas negras de Goya.

Bartolomé José Gallardo (1776-1852) es una de las figuras más interesantes y polémicas del liberalismo español. Autor de una obra satírica clásica, el *Diccionario crítico-burlesco* (1811), es un polemista reconocido y un erudito notable. Suscitó pasiones y odios desmesurados, su actividad fue, y sigue siéndolo, llamativa. Bibliotecario de las Cortes desde que las Cortes de Cádiz se reunieran, evolucionó hacia un liberalismo radical, exaltado, desde posiciones inicialmente más moderadas. Se exiló a Londres perseguido por el primer absolutismo fernandino, fue preso y desterrado en el segundo, pese a lo cual no cesó en sus investigaciones y escritos. Fruto de aquéllas fue una obra magna, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (edic. facsímil: Gredos, Madrid, 1968), de publicación póstuma. Los escritos publicados fueron muchos, casi siempre, aunque no en su totalidad, de carácter satírico, políticos, pero también motivados por cuestiones literarias e incluso eruditas. Escritos que no por ocuparse de asuntos concretos ignoran las cuestiones generales.

Su obra suscitó la atención de Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*. Don Marcelino no simpatiza con Gallardo y suele creer a pies juntillas a sus detractores, que fueron muchos, aunque reconoce el nivel de su erudición y, con menos entusiasmo, la agilidad de su pluma. Pedro Sainz Rodríguez publicó diferentes textos de Gallardo: sus *Obras escogidas* en dos volúmenes, y un estudio, *Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo* (1921; vuelto a publicar en 1986). Sainz Rodríguez defiende a Gallardo, y ello a pesar de la muy diferente ideología de ambos. Pero de todos los estudios son los de Rodríguez Moñino —*Don Bartolomé José Gallardo (1776-1852). Estudio bibliográfico* (1955) e *Historia de una infamia bibliográfica. La de San Antonio de 1823. Realidad y leyenda de lo sucedido con los libros y papeles de Don Bartolomé José Gallardo. Estudio bibliográfico* (1965)— los



Carnicero, *La librería*, «Escenas matritenses», Madrid, 1851.

que aportan una investigación más rigurosa y ofrecen una imagen más precisa de Gallardo. A ello hay que añadir que Rodríguez Moñino dejó entre sus papeles abundante documentación inédita sobre Gallardo.

Alejandro Pérez Vidal publica ahora una extensa y completa monografía sobre don Bartolomé: *Bartolomé J. Gallardo (Sátira, pensamiento y política)*. Pérez Vidal había editado el *Diccionario crítico-burlesco* (Visor, Madrid, 1994), precedido de un amplio estudio que puede considerarse adelanto del que ahora ofrece: ésta se perfila como la obra definitiva sobre el autor extremeño.

Entre Jovellanos y Larra

¿Cuál es el interés de Gallardo? Su pluma no tiene la calidad de Larra, tampoco sus concepciones ofrecen la complejidad de Jovellanos, ¿cuál es su interés, su valor? No he mencionado casualmente ni a Jovellanos ni a Larra, creo que Gallardo se sitúa histórica, y no sólo cronológicamente, entre ambos, y el libro de Pérez Vidal me reafirma en esta hipótesis. Cuando pensamos en la ilustra-

ción española, un nombre surge arrollador, Jovellanos, un autor que adquiere cada día una presencia mayor, no sólo por su papel activo durante el período, también por la calidad de sus escritos y el rigor de sus ideas. Algo similar sucede con Mariano José de Larra respecto al Romanticismo, pero entre ambos existe un largo período de tiempo —y no sólo de años—, un período en el que las situaciones políticas española y europea han cambiado, ha entrado en crisis el antiguo régimen sin que haya llegado a consolidarse uno nuevo, tiempo en el que se desarrolla el nacionalismo, en el que se agota el Neoclasicismo sin que el Romanticismo esté asentado...

¿Cuáles son los nombres que corresponden a ese tiempo? Ciertamente, Goya es un nombre fundamental, pero pienso ahora en hombres de letras. ¿Moratín quizá? Es muy relevante, pero no me parece comparable a los dos mencionados; ¿lo es Quintana?, de verdad que no. Puede serlo Gallardo si no establecemos la de Goya —o la de Jovellanos y Larra— como la altura exigida. Gallardo cultiva géneros muy adecuados a este período de transición: el ensayo, la sátira, la parodia, el folleto polémico, el periodismo... pero también la erudición gramatical y literaria, preocupado por la poesía popular no menos que por la gran literatura del Siglo de Oro. Aborda géneros y tiene puntos de vista que ya se habían cultivado en el siglo XVIII, pero lo hace de una forma distinta, original y más moderna.

Configura también un tipo de intelectual que el libro de Pérez Vidal pone de relieve con notable claridad. No se trata sólo, y eso sería mucho, del intelectual independiente que se acerca al entorno social, político y cultu-

ral con mirada crítica. La trayectoria de Gallardo evidencia la compleja situación en la que se fragua una tradición intelectual no convencional, aquella que precisamente don Marcelino se ocupó de criticar. La que podía ser posición ilustrada más o menos nítida, similar a la de un ilustrado europeo, sufre en nuestro país de circunstancias que alteran sustancialmente ese perfil. Los avatares del reinado de Carlos IV, la política de Godoy y las contradictorias relaciones entre la aristocracia ilustrada y la Iglesia, son algunos de los hechos a tener en cuenta. Los acontecimientos revolucionarios en Francia, la posterior invasión francesa y el fenómeno de los afrancesados, no les van a la zaga. El liberalismo de las Cortes gaditanas, en las que Gallardo fue bibliotecario, y, en el otro extremo, el exaltado conservadurismo, cuando no la estricta reacción, ponen las bases de un problema que, tras la represión del absolutismo fernandino, estalla en el Trienio Liberal y, con sentido inverso, en los primeros años de la Ominosa década.

El Diccionario crítico-burlesco

Éste es el marco en el que trabaja Gallardo, marcado por el «estigma» de su obra polémica más famosa: *Diccionario crítico-burlesco*, que se puso a la venta en Cádiz en abril de 1812. Suscitó reacciones hostiles incluso antes de su publicación, que se incrementaron tras ella. Alejandro Pérez Vidal hace un estudio detallado de los problemas bibliográficos suscitados por la aparición del *Diccionario*, problemas que son directamente políticos, que, como señala el autor, indican los procedimientos de los «serviles» en la polémica, su mendacidad, su victimismo, su instrumentalización de la justicia...

A este respecto, conviene recordar que el de Gallardo surge como respuesta a otro anterior, servil, titulado *Diccionario razonado, Manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España. Obra útil y necesaria en nuestros días* (1811), del que es autor Justo Pastor Pérez —aunque no se descarta la intervención de otros—, empleado en la administración eclesiástica y colaborador entre 1812 y 1814 del periódico absolutista *Procurador General de la Nación y del Rey*. Este *Diccionario razonado* no era sino resumen de los tópicos reaccionarios y antiliberales, un ataque a los principios fundamentales de la nueva concepción política, no menos que a las ciencias naturales y al conocimiento intelectual. Señala Pérez Vidal que el *Diccionario razonado* continúa la tradición clerical en el seno de la cultura española, radicalizada ahora por los acontecimientos de Cádiz.

Frente a este planteamiento, destaca Gallardo en su defensa de la razón y de las ciencias naturales, en su pretensión de buscar, y enlazar con ella, una tradición cultural que no sea la clerical y convencionalmente re-



En este número

Artículos de		
Valeriano Bozal	1-2-3	Elías Díaz 8-9
F. Márquez Villanueva	4-5	J. L. Fernández Pérez 10-11
Pedro Cerezo Galán	6-7	ÍNDICE 2000 12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Gallardo, polemista satírico y erudito

ligiosa, en su defensa de la filosofía, pero también y de forma muy determinante, en su apoyo a las nuevas concepciones democráticas: el carácter igualitario de la representación no menos que la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley que ellos mismos se dan. Todo eso en una lograda pretensión de desbordar los límites de una mera respuesta, pues Gallardo redacta una obra singular, profundamente original en su crítica (originalidad que no se contrapone al hecho de utilizar un género muy del momento, el «diccionario»).

En este marco, el anticlericalismo gallardiano se percibe como el elemento polémico más fuerte. Pérez Vidal destaca los siguientes puntos: reivindicación de la libertad de crítica en materia religiosa, censura burlesca de las corruptelas clericales y de sus protagonistas, de su riqueza y de su frustrada sexualidad, crítica de los jesuitas, en especial en todo lo relativo a «la relación entre la orden y los poderes monárquicos, que en la reflexión de Gallardo representan cla-

ramente el concepto más general de poderes civiles» (pág. 168). Crítica también de la inquisición y problematización de la autoridad papal sobre los obispos y el conjunto de la Iglesia.

La alternativa que ofrece Gallardo gira en torno a un cristianismo que pretende recuperar la tradición de la austeridad y de la igualdad, en una mentalidad propia de la del jansenismo, si bien, en opinión del autor, no cabe calificar a Gallardo como jansenista. No es Gallardo figura de una pieza: en ocasiones su ambigüedad y, casi siempre, la complejidad de su posición permiten diferentes acercamientos, rasgo que, en mi opinión, corresponde a la situación del intelectual ilustrado en esta época. «Considerando la obra de Gallardo en tal contexto, su evidente voluntad de no manifestar creencias positivas más que remitiéndose a la fórmula confesional de la Constitución, así como de expresarse en fragmentos de calculada ambigüedad, no puede dar pie más que a especulaciones. Entre las direcciones que éstas pueden tomar cabe quizá definir las siguientes. Por un lado puede considerarse la idea de un Gallardo «católico, apostólico, romano», pero que se atribuye libertad de crítica respecto a la doctrina de la Iglesia, en la línea de doctrinas como la erasmiana y la «jansenista» de los ilustrados españoles. Por otro puede pensarse en un Gallardo deísta, aconfesional, que considera que para la salvación bastaba obrar rectamente, de acuerdo con principios morales independientes de la religión (por ejemplo, artículo «Muerte», pero sin atribuir significación negativa a la broma sobre la posible existencia de mil mundos posibles después de éste). Finalmente, puede también imaginarse un Gallardo materialista, hedonista y ateo, que pondría de manifiesto su escepticismo radical mediante las ambigüedades con las que se expresa sobre creencias propiamente religiosas. En esas dos últimas hipótesis habría que considerar los motivos de su ya citada declaración de confesionalidad. Junto a su voluntad de adhesión estrictamente política a la Constitución habría que mencionar su evidente conciencia de las raíces de ese aspecto del texto constitucional en la España de entonces; la aceptación por parte de Gallardo de esa realidad social y cultural queda de manifiesto en el *Diccionario crítico-burlesco* por las diversas referencias de la obra a representantes de las mejores tradiciones literarias y de pensamiento próximas a la Iglesia» (págs. 174-175).

Algún lector aventurará que la posición de Gallardo no va más allá de la que será

Qué es

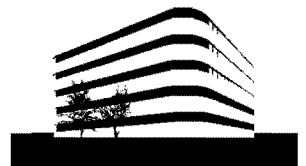
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

CARTA BLANCA

SOBRE EL NEGRO FOLLETO

TITULADO

Condiciones i semblanzas de los Diputados a Cortes,

DIRIGIDA

por el autor de la "Apología de los paños" al redactor de cualquier periódico, como sea tan liberal, que la estampe de su cuenta i riesgo.

MADRID 1821,
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

Portada de uno de los libros de Gallardo.

tradicional en el anticlericalismo del siglo XIX. Ya he dicho que no lo creo así, pero, en cualquier caso, la reacción clerical que su *Diccionario* suscita, la índole de las argumentaciones serviles, lo romo de sus afirmaciones y lo malintencionado de sus planteamientos, la violencia con la que se persigue al enemigo hasta conducirlo a prisión o causarle la muerte, son todos elementos que sí darán lugar al desarrollo de un anticlericalismo crispado, en ocasiones brutal —no más que el clericalismo—, propio de buena parte de los siglos XIX y XX. Quizá sea política y culturalmente ineficaz —incapaz de alumbrar una sociedad laica—, pero desde luego no es inexplicable: obliga a comprender el papel jugado por la Iglesia en la historia española y descubre la tradición de un nacionalcatolicismo que continúa teniendo amplia vigencia.

A la vez, el *Diccionario* de Gallardo indica la necesidad de recorrer un camino que en él sólo pudo estar lleno de ambigüedad: el que reconstruye una tradición distinta, no

clerical, que permita poner los fundamentos de una cultura laica. Éste me parece el punto central de la opción gallardiana, que surge en un ámbito histórico complejo y difícil: aquel en el que se perfilan, aunque sólo sean, retazos de la modernidad.

Los años posteriores a las Cortes de Cádiz vieron cómo se intensificaban las tensiones ideológicas y políticas, en las que Gallardo participó como polemista destacado. Interviene primero en el periódico *Abeja española*, después en el que suele considerarse como su continuación, *Abeja madrileña*. En opinión de Pérez Vidal, adelanta aquí Gallardo algunas de las pautas que dominarán en la literatura satírica posterior, en especial en Larra. En concreto se refiere, por ejemplo, a la conocida correspondencia «desde las Batuecas» mantenida por el bachiller Juan Pérez de Munguía y Andrés Niporesas, que tiene precedentes directos en artículos de la *Abeja española*, donde aparecen ya tres cartas desde las Batuecas (que a su vez se apoyaban en el *Teatro crítico* de Feijoo, una figura que Gallardo admira).

Incipiente liberalismo

Los artículos de Gallardo tras 1812 siguen la estela marcada por el *Diccionario*, recurren en su sátira a la farsa e incluso al esperpento a fin de ridiculizar el absolutismo y defender el incipiente liberalismo. Cabe decir que estas actividades se saldan con un fracaso cuando, tras el traslado de las Cortes a Madrid, el liberalismo sufre su mayor derrota política, se instaura el absolutismo y la represión se hace contundente. Gallardo, no es el único, se exilia en Londres.

El 22 de mayo de 1814 Gallardo pasó a Portugal, desde donde se dirigió a Inglaterra. Un proceso abierto en España le condenaba a muerte y a la confiscación de todos sus bienes. En Londres pudo disfrutar, al parecer, de una pensión de 10.000 reales, lo que le permitió dedicarse a sus trabajos literarios, no exentos de polémica y sólo tardamente reconocidos. También continuó escribiendo a favor del liberalismo y en contra del absolutismo fernandino, tal como se indica en las sucesivas denuncias del embajador de España, Conde de Fernán Núñez, que quizá exagera la importancia de los escritos de Gallardo, aunque es indudable que contribuyen a acrecentar su fama.



SUMARIO

	Págs.
«Gallardo, polemista satírico y erudito», por Valeriano Bozal, sobre <i>Bartolomé J. Gallardo (Sátira, pensamiento y política)</i> , de Alejandro Pérez Vidal	1-2-3
«En el reino del crítico», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>Shakespeare. The Invention of the Human</i> , de Harold Bloom	4-5
«El perfil público de Ortega y Gasset», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>Los intelectuales y la política. El perfil público de Ortega y Gasset</i> , de Vicente Cacho Viu	6-7
«De la Institución a la Constitución», por Elías Díaz, sobre <i>Un siglo de España: la cultura</i> , de Juan Pablo Fusi	8-9
«Matemáticas en transición», por José Luis Fernández Pérez, sobre <i>Mathematics: Frontiers and Perspectives</i> , de V. Arnold, M. Atiyah, P. Lax y B. Mazur (eds.)	10-11

ÍNDICE 2000

12

Viene de la página anterior



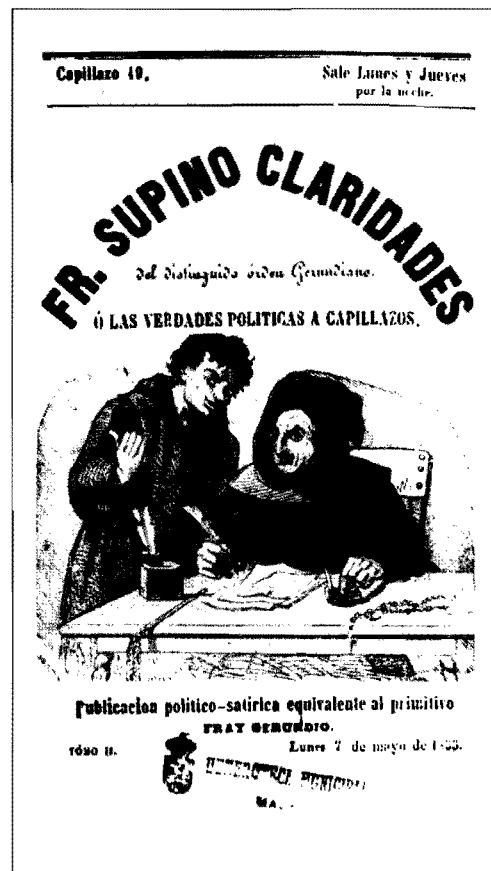
Sólo tras la caída del absolutismo vuelve Gallardo a España. Su perfil biográfico se hace más rico y, a la vez, más complejo. Durante mucho tiempo se ha venido afirmando que participó activamente en las sociedades secretas radicales, fue acusado de francmasón y de organizar la de los Comuneros. Existen pocas pruebas al respecto, casi siempre testimonios polémicos interesados, y Pérez Vidal piensa que las *Memorias* de Alcalá Galiano —la fuente principal— no son suficientemente terminantes a este respecto. En general, cabe decir que, a pesar de su fama, los escritos de Gallardo en estos años son bastante moderados pues no llega a adoptar una posición antimonárquica decidida, tal como cabría esperar de un radical. La pretensión fundamental de los absolutistas, seguida en este punto por buena parte de los liberales moderados, es la de desestabilizar el régimen a fin de volver a la situación anterior. La posición de Gallardo, tal como se expresa en sus escritos, se empeña en contrarrestar semejante pretensión, para lo que debe huir del radicalismo exaltado, que la favorecería. El ejemplo más conocido es la publicación del folleto *Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes para la legislación de 1820 y 1821* (1821), que el rumor atribuyó a Gallardo, por lo que éste contestó en su *Carta blanca sobre el negro folleto titulado Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes* (1821). Con este motivo se desató una fuerte polémica, primero sobre la autoría de *Condiciones y semblanzas*, que algunos atribuyeron al diputado Gregorio González Azaola, otros al propio Gallardo, como se ha dicho, algunos al afrancesado Sebastián Miñano —autor de un folleto satírico de notable calidad: *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*—, mientras que Gallardo considera que han sido varios los autores, lo que le presta un notable tono conspirativo.

En su *Carta blanca*, Gallardo, aparte de rechazar la autoría del libelo, evita la sátira personal y se mantiene en un ámbito general, a fin de evitar la confusión y las querellas internas. La crítica antigallardiana, la de Miñano, pero no sólo esa, se atuvo, por el contrario, a criterios personales, tratando de hacer de Gallardo un personaje grotesco, pretencioso, imbuido de su habilidad literaria y satírica y, por tanto, ridículo. Esta personalización no debe ocultar, sin embargo, la entidad política de la polémica, que hoy puede parecer trasnochada, pero que en aquellos años revelaba la existencia de muy diferentes grupos dentro del liberalismo, así como la dificultad para encontrar una opción común capaz de superar la fuerza del absolutismo.

Polemista en literatura y en política

El fracaso del liberalismo se puso de manifiesto con la caída del sistema parlamentario, la invasión de las tropas francesas y la restauración del absolutismo fernandino. En marzo de 1823 las Cortes se trasladaron a Sevilla, y Gallardo, bibliotecario de las Cortes, fue con ellas. Las siguió a Cádiz, donde permaneció al menos hasta 1824, fecha en la que ingresó en la cárcel de Sevilla. En septiembre de 1826 estaba desterrado en Chiclana, de donde pasó a Sanlúcar, Sevilla y Córdoba, para recaer finalmente en Castro del Río, donde, además de desterrado, fue procesado por haber «dicho» algo así como «Yo he sido constitucional, lo soy, y lo tendré que ser», por lo que estuvo en prisión cinco meses (se da la circunstancia de que el denunciante era sordo).

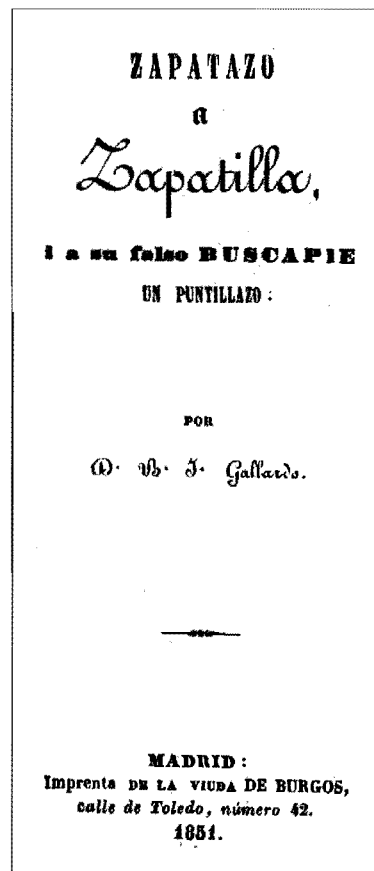
Su destierro por causas políticas le animó a dedicarse más a sus trabajos literarios. Cabe recordar a este respecto que cuando las



Portada del periódico «Fray Supino Claridades» (1855).

Cortes se trasladaron a Sevilla se produjo un saqueo indiscriminado de las propiedades de los liberales, saqueo en el que Gallardo perdió libros, manuscritos y notas de trabajo, tal como ha mostrado Rodríguez Moñino. Reconstruir lo perdido era de todo punto imposible, pero ello no le impidió a Gallardo seguir investigando y polemizando. Se centró en el estudio crítico del pasado literario español y entabló diversas polémicas, entre las que destaca la mantenida contra los autores de la *Gaceta de Bayona* con motivo de la publicación de la *Historia de la Literatura Española* de Friedrich Bouterwek, en la que, como es habitual en Gallardo, desborda los límites del motivo para entrar en consideraciones sobre la lengua y la literatura españolas. *Cuatro palmetazos bien plantados por el Dómine Lucas a los gazeteros de Bayona, por otros tantos puntos garrafales que se les han soltado contra el buen uso y reglas de la Lengua y Gramática Castellana* es el título del folleto que centra la polémica: Gallardo critica el afrancesamiento de la lengua castellana, su empobrecimiento, tendencia que relaciona con los artículos de la *Gaceta de Bayona*. Es la primera vez que se centra en un debate lingüístico, no será la última.

La muerte de Fernando VII (1833) dio paso al liberalismo moderado. Gallardo había vuelto a Madrid y publicaba en las revistas *Cartas españolas* (1831), cuyos principales redactores eran José María Carnerero y Serafín Estébanez Calderón, con el que mantenía correspondencia, y *La Revista Española* (1832), que sucede a la anterior. En sus artículos no pierde Gallardo el estilo crítico que le caracteriza, un estilo que acentúa en otra polémica célebre: aquella en la que ataca a Javier de Burgos, ministro del gabinete de Cea Bermúdez. De Burgos, que tenía en su poder muchos de los papeles robados a Gallardo en 1823 —algo que el propio Gallardo desconocía—, formaba parte del grupo de afrancesados que se había «instalado» en el régimen y la sociedad fernandinas: Lista, Reinoso, Miñano, Gómez Hermerosilla son algunos de los personajes que forman parte de este sector del liberalismo. Contra este grupo, y no sólo contra De Burgos, publica Gallardo *Las letras de cambio o los mercachifles literarios: Estrenas y Aguinaldos del Br. Tomé Lobar* (1834), folleto dedicado bur-



Portada de una obra satírica de Gallardo.

lescamente al ministro de Fomento en el que Gallardo hace gala de su sentido carnalesco. Lista, Hermerosilla y Miñano son, con De Burgos, objeto de la sátira gallardiana, motivada en todos los casos por sus trabajos literarios: la traducción de Horacio de Javier de Burgos, la *Historia universal* de Lista, el *Arte de hablar* de Hermerosilla y el *Diccionario geográfico* de Miñano. El folleto fue secuestrado y Gallardo, una vez más, perseguido; los progresistas apoyaron a su autor y finalmente De Burgos —desacreditado por razones políticas y económicas que poco tienen que ver con Gallardo— fue cesado como ministro y marchó a Francia.

Personaje molesto

Gallardo continuó trabajando y escribiendo. Editó una revista, *El Crítico. Papel volante de Literatura y Bellas-arts* (1835): cinco números aparecieron, aunque había proyectado doce; los trabajos literarios y la sátira protagonizan sus páginas. Cuando en agosto de 1836 se proclamó la Constitución de 1812, Gallardo recuperó sus funciones de bibliotecario de las Cortes y se hizo un personaje doblemente molesto: por una parte, no sólo mantuvo sino que incrementó su actividad política, llegando a ser presidente de una denominada «Junta Central Directiva del Partido Progresista»; por otra, continuó con sus escritos polémicos y se enemistó con los propios progresistas. En 1841 pidió la jubilación.

RESUMEN

Un estudio de Pérez Vidal sobre el extremeño Bartolomé J. Gallardo le da ocasión a Valeriano Bozal para recordar a una de las figuras más interesantes y polémicas del liberalismo español. Fue un polemista reconocido y un erudito notable, como se muestra en el repaso a su azarosa vida política (conoció el exilio y la cárcel) y fecunda actividad

Alejandro Pérez Vidal

Bartolomé J. Gallardo (*Sátira, pensamiento y política*)

Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1999. 400 páginas. 1.900 pesetas. ISBN: 84-7671-515-3.



Gallardo persigue a su más implacable enemigo, Adolfo de Castro.

No por ello dejó de escribir y publicar. Además de diversos textos sobre problemas de lenguaje y gramática, se enfrentó a Adolfo de Castro cuando éste editó como de Cervantes *El Buscapié* (Cádiz, 1848). Se da la circunstancia de que Adolfo de Castro se había ocupado de obtener una Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública en la que se reconocía tanto la propiedad de la obra como su atribución a Cervantes. Gallardo consideraba que el texto era una superchería, y así lo escribió en su *Zapatazo a Zapatilla, o a su falso Buscapié un puntillazo* (1851): «anda de nones por ahí suelto un loco de Cádiz», afirma Gallardo con su singular ortografía, con locura derivada de la lectura de «nuestros libros de entretenimiento; de los cuáles tiene, a párrafos saltados, atiborrados los sesos, i cargada la memoria de espezies sueltas, i de retales de erudizion, arañados de aquí i de allí».

El entonces joven Antonio Cánovas del Castillo salió apoyando al falsario Adolfo de Castro y a otros autores indirectamente mencionados por Gallardo en su opúsculo —Quintana, Estébanez Calderón, Lista—, empleando un tono amenazador que, como indica Pérez Vidal proporciona «una elocuente imagen de los inicios de su trayectoria pública» (pág. 398). En junio de 1851, Estébanez Calderón, magistrado del Tribunal Supremo de Guerra y Marina denunciaba a Gallardo por injurias, pero éste no les dio tiempo a aplicarle la sentencia condenatoria, ni siquiera llegó a conocerla: murió tres semanas antes de que se dictara, en 1852. □

literaria, que configura un tipo de intelectual independiente que se enfrenta con aguda mirada crítica a su entorno; vida y actividad que Pérez Vidal reconstruye con rigor y precisión. Gallardo polemizó en defensa de la razón y de las ciencias naturales, en la búsqueda de una tradición cultural no clerical y en apoyo de las nuevas concepciones democráticas.

En el reino del crítico

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) estudió e inició su docencia en su ciudad natal. A partir de 1959 ha enseñado en diversas universidades americanas y del Canadá. Actualmente regenta una cátedra especial en la Universidad de Harvard. Elegido miembro de honor de la Hispanic Society of America. Su último libro se titula *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (Valladolid, 1539) y el tema áulico de la obra de fray Antonio de Guevara.

Libro valiente de uno de los grandes críticos del siglo. El enfrentamiento cara a cara con la figura y arte de Shakespeare, bajo un plan tan sencillo como el de dedicar un capítulo a cada obra tiene tanto de anacrónico como de anticipo. Lejos de ocultarlo bajo ningún aparato teórico ni metodológico, Bloom sitúa en el centro de su tarea la independencia de su enjuiciamiento personal sin tapujo, pero a la vez sin arrogancia. No hay tampoco sujeción a ninguna metodología específica y hasta se renuncia a todo aparato crítico. El extenso volumen no ofrece una sola nota al calce y hasta carece de ningún índice, lo cual no es desde luego ninguna ayuda para su lector. *Shakespeare. The Invention of the Human* no elabora un armazón de coherencias de orden interno ni externo: el estudioso puede tomarlo o dejarlo tal como está y eso es todo. Bloom no va a la busca de «pruebas» ni trata de persuadir ni de polemizar con nadie, lo cual no quiere decir que tenga el menor reparo en fustigar los encuadres de orden socioideológico (estudios «culturales», etc.) con que en el momento actual reniega de su misión gran parte del «establishment» académico norteamericano.

Lo que este *Shakespeare* nos ofrece podría, pues, considerarse un producto, extremo del ya viejo «New criticism», si bien el prescindir de diacronías estéticas y filológicas sea aquí más aparente que real. Bloom las tiene en general muy presentes sólo que, apresurado por llegar al grano, se halla poco dispuesto a concederles tiempo ni páginas y si ello es comprensible desde su punto de vista, no queda tal vez igual de claro para unos lectores en apariencia invitados a la encerrona con un gurú de la crítica. Supone dicha actitud una especie de «ricorso» de tiempos en que la autoridad inspiraba más respeto y los «dicta», garantizados por el saber oficial de gramáticos y académicos, regían el mundo de las Letras. Qué duda cabe de que la tarea del crítico deberá enfocarse sobre la obra misma y que su sensibilidad privilegiada tiene derecho a pronunciar ciertas últimas palabras. Lo mismo también que las técnicas filológicas, en lugar de coartar a éstas para nada, les evitan tropiezos al señalarles firmes hitos y fronteras. Recordemos para el caso del hispanismo el ejemplo luminoso de Stephen Gilman.

El invento de Shakespeare

Cortando también por lo sano, Bloom se rinde a la simple noción de espanto como único punto de partida viable para la crítica shakespeariana y ello pone en no pequeña parte a su libro sobre el carril de un «encomium» retórico. Como primer paso de su tarea, procede allí a una inversión polar de planteamiento. El problema no es el de comprender, explicándolo, a Shakespeare, sino el de recorrer en sentido inverso el camino para entendernos a nosotros mismos, es decir, lo que el hombre moderno ha llegado a ser por efecto de aquél. Aunque nunca formulada de un modo explícito, Bloom está con la vieja ver-



TINO GATAGÁN

dad de que la literatura mueve al mundo, y ello es gallardo y reconfortante al lado del actual despótico imperio de toda suerte de teorías deshumanizadoras. Shakespeare llega hasta nosotros cabalgando su corcel poético en una época que a partir de él se ha vuelto esencialmente «literaria». Son sus obras las que nos «leen» a nosotros, y no al contrario. Con anterioridad a Hamlet los seres humanos eran más sencillos y mucho menos interesantes. El hombre moderno es criatura «reinventada» bajo una conciencia shakesperiana, cuyo sello profundo sólo es comparable con el marcado en otros tiempos por la Biblia o el Corán. La gran novedad y contraste reside en su renuncia, no polémica aunque absoluta y sin escapatoria, a toda trascendencia. Por su integral repudio o más bien escurrirse de cualquier postura ideológica, Shakespeare ni siquiera puede ser llamado tampoco un escéptico.

Creador de un nuevo lenguaje para la representación de la individualidad, el poeta traía al mundo inéditas posibilidades para ésta, a modo de espacios blancos que el hombre moderno ha ido después rellenando. La personalidad (algo más que el «carácter») no ha tenido previo reconocimiento y es lo que, en cuanto principio, impregna desde entonces la literatura, igual que nuestras vidas. Nada importa que semejante axioma sea en sí abismal, porque Shakespeare se anticipa a dar forma a un universo poético sin dioses ni héroes, lo mismo que sin ejemplaridad ni dogmas específicos que, sin afirmarla ni negarla, anulan a la divinidad judeo-cristiana como en prefiguración de la del judeoespañol Spinoza. Hamlet, Falstaff, Lear, Cleopatra ofrecen una dimensión extra-literaria como integrantes de una nueva mitología a medida de los tiempos, imaginada para salvar a un mundo de aquella clase (el nuestro) de lo que Bloom llama «reductiveness» y en castellano diríamos, tal vez, «trivialización». Un recurrente y matizado ir y venir de tales convicciones permite al crítico proponer que Shakespeare «al inventar lo que ha llegado a ser el modo más aceptado de representar el carácter y la personalidad en el lenguaje, inventó lo humano tal como nosotros lo conocemos».

La impostación abiertamente estética y psicologista de *Shakespeare. The Invention*

of the Human no le exime de abordar cuestiones y problemas de orden externo, pues para su autor no han «muerto» los autores, los temas ni los estilos. El libro comienza por postular una cronología general de la obra del poeta. Bloom manifiesta una y otra vez su fe o convicción acerca de un *Ur-Hamlet*, enteramente ajeno a toda intromisión de Thomas Kyd y previo en unos diez años a la versión definitiva de 1601-2 que hoy poseemos. Dicho *Gran teatro del mundo* a la inglesa debería mucho, empezando por su nombre, a la muerte de Hamlet, hijo del poeta muerto a sus once años en 1596, según sugiriera James Joyce. Y Bloom, que legitima la preferencia del lector como garantía de legitimidad para toda crítica, no oculta naturalmente las suyas propias: «As you like it» por el papel de Rosalind, el mejor personaje femenino de Shakespeare, Falstaff, proyectado a la misma altura de Hamlet, lo mismo que se ve no le gusta tanto *The Tempest*, por su cuasi renuncia o deserción de un concepto escénico.

Representación dramática

Shakespeare no se define por sus antecesores literarios ni por sus coetáneos, sino por sus continuadores a largo plazo en arte y espíritu, como serían los grandes novelistas del siglo XIX o pensadores como Nietzsche, pero no ningún dramaturgo específico, porque en esto el bardo no ha tenido hijos ni nietos a su altura. Ajeno por completo al aristotelismo de la época (nunca mencionado por Bloom) no mira a la mimesis, sino a hacer presente la realidad y no participa en lo que sería el debate sin sentido de Arte y Naturaleza, ya que el primero no se le diferencia para nada de la segunda. Su mundo de representación dramática ignora toda referencialidad lo mismo en el orden histórico que en el estético. Hace Shakespeare lo que nadie había hecho, abocándose al aparente contrasentido de un «irrealismo naturalista», sobre un terreno oximorónico que es el único en que cabe comenzar a hacerle alguna justicia.

Shakespeare es como persona un puro enigma, acerca del cual ignoramos prácticamente todo. No es posible saber en qué

creía, o si creía o no en algo, o si era en su fondo católico (como su padre) o protestante. Ni Chesterton, que estaba por la tesis católica, podía verlo inserto en una tradición intelectual cristiana. Lo mismo en cuanto a convicciones políticas, si es que tenía algunas. Shakespeare era sin duda cautelosísimo y, aleccionado por catástrofes como las ocurridas a Marlowe, Thomas Kyd y Ben Jonson, prefirió los ambientes fantásticos y sólo *The Merry Wives of Windsor*, una obra inocua escrita para entretenimiento de la corte, se sitúa en época actual. Poeta asimismo de un maravilloso vitalismo invasor, su obra a la vez se halla bajo la continua sombra de la muerte irradiada para nosotros por su *Hamlet*. Sus textos rebosan de una multivocidad que juega sobre el lector de modo parecido al de una partitura musical. Desesperada a la busca de un asidero, la crítica y aun a veces el mismo Bloom recurren, como última instancia, al testimonio de los *Sonetos*, aunque nada garantiza que la voz que allí se escucha no se encuentre tan literariamente mediatizada como todo el buque de su obra.

Falstaff

Aunque de siempre la figura de Falstaff (*Henry IV*, I y II) cuente entre los grandes personajes de Shakespeare, Bloom es probablemente el primero en considerarlo parigual a Hamlet. Si éste es ápice del pensamiento de Shakespeare, Falstaff lo es de su ingenio, a la vez que ambos se integran en la categoría especial de personalidades extraliterarias, que alientan por cuenta propia, rompen todos los esquemas y se muestran ajenas a toda posibilidad de encasillamiento. El viejo caballero es un gran ironista, que arranca las hojas de parra encubridoras de la vana realidad del honor caballeresco y demás fetiches inventados por los poderes del mundo para privar a los individuos de la libertad connatural a la condición humana. Lo mismo que Hamlet se hurta a una simple tragedia de justa venganza, Falstaff reina sobre una tragicomedia (una «Falstaffiada») en que, contra hermenéuticas baratas, no hace de bufón, político, ni cortesano, así como tampoco de libertino ni de «miles gloriosus». Proclama, en cambio, frente a las rigideces artificiales del poder y sus estructuras sociales el abrazo integral de las cosas buenas de la vida, anti-ascético pero a mucha distancia de ningún fácil hedonismo.

Falstaff no es ninguna criatura flotante como el Próspero de *The Tempest*, sino el trágico protagonista de una historia de amor no objetivada en ninguna Dulcinea ni en ninguna moza de taberna, sino en Hal, el brillante joven llamado a heredar la corona bajo el nombre de Enrique V. Lo que en él deslumbra a Falstaff es la oportunidad de moldear entre sus manos no santas un ideal de realeza a escala natural y humana conforme a sus propios alternativos valores. Comoquiera que toda docencia es amor o no es nada, predicará para Hal la doctrina irregular de su nuevo «catecismo», alegremente impartida entre carcajadas y libaciones. El antiheroísmo sapiencial de Falstaff se basa en un fuerte sentido ético. El personaje ha superado las incertidumbres de una previa etapa hamléutica y se halla cargado de razón cuando se declara virtuoso ante el que cree su amigo. Como con don Quijote (esto no lo dice Bloom), el desenlace de su historia es desolador y mortal, porque el ya rey lo apartará de sí declarándolo un mal ejemplo y Enrique V va a encarnar, como todo el mundo sabía, el opuesto ideal de rey soldadote y am-



Viene de la página anterior



bicioso sin escrúpulos. Muerto como criatura poética, Falstaff tiene todavía vida para una supervivencia fantasmal en *The Merry Wives of Windsor*. Mentor fracasado de un príncipe, ha tenido Falstaff pleno éxito con la posteridad, enseñando a reírnos de nosotros mismos y a no consumir nuestras vidas bajo el manto de plomo de una constante moralización autorrepresora de cara a las galerías.

El crítico se halla esta vez dispuesto a mirar alrededor y hacia atrás, por lo cual ha prestado atención al tema del Falstaff histórico y algunas de las más destacadas hermenéuticas. Sin llegar a admitir la cristológica (W. H. Auden), se muestra benévolo con la socrática (asesinato legal de un disidente) ligada con resonancias de Montaigne. Bloom encuentra, sobre todo, un rayo de luz en el acercamiento de Falstaff a Sancho Panza y Panurgo postulado por Algernon Charles Swinburne. Son casos especiales, unidos por una elevación moral más allá de didactismos al uso, desde los cuales cabe hallar además una continuidad significativa y difícil de rechazar con la sombra de Chaucer y su Comadre de Bath.

Y Hamlet

Frente a Falstaff y a Cleopatra, la gran diferencia a favor de Hamlet es la que aquí se llama su «capacidad de reverberación» por no decir algo de preternatural. El anciano Lear es más profundo en cuanto a psicología, pero ésta es arcaica, mientras que la del joven príncipe ha incorporado ya a Maquiavelo y a Montaigne. Hamlet es un gran ironista y un gran escéptico más allá de ese último. En goce de una libertad absoluta jamás se compromete a nada, ni con nada ni nadie. Proyecta, sí, un aura de trascendencia, pero de signo intelectual profano y nunca teístico. Su entidad profunda asienta sobre una dialéctica de la pregunta (H. Levin), retórica o no, con que en todo momento se debate sin hallarles salida y por eso el soliloquio *To be or not to be* es el centro natural de la obra. El personaje más inteligente jamás creado por la literatura se halla negativamente inclinado, no tiene fe en Dios ni en sí mismo y carece de un centro que en vano él ni nosotros buscamos, por haber sido concebido como un espejo vacío, que el lector colmará con su propia imagen. No hay por tanto un Hamlet «real», sino un ser en simultáneo desempeño de heterogéneos papeles (cortesano, estudiante, filósofo, predicador, enamorado, poeta, guerrero, político), pero sobre todo el de actor en su propia tragedia, que se esconde tras las palabras y proteicamente cambia o se transforma con cada una de ellas. Como ser imposible de categorizar, está abierto a casi cualquier interpretación y a inevitables «misreadings» de catastróficas consecuencias a la hora de llevarlo a las tablas.

La obra en sí responde en perfecto ajuste a esas mismas evanescentes cualidades. *Hamlet* es vehículo supremamente idóneo para la clase de incesante mutabilidad e interiorización del «yo» que son los máximos logros instrumentales de Shakespeare en su camino hacia la invención de lo humano. «Inwardness» es allí el concepto clave y si la pieza pudiera ser clasificada de cristiana o anticristiana, o adscrita a alguna tesis final y concreta, simplemente dejaría de ser lo que es. *Hamlet* constituye a todas luces y por derecho propio una tragedia en lo que toca a abordaje y presentación. Más aún, documenta la conquista por su autor, tras una serie de ensayos y tanteos (*Ur-Hamlet*, etc., y en especial Falstaff), del imperio sobre el género, con la inmediata y rápida sucesión cronológica de sus otras grandes tragedias (*Otello*, *King Lear*, *Macbeth*). Sólo que, bajo



TINO GATAGÁN

impulso de una nueva pleamar creadora, el modo trágico queda allí también superado en otro de inédita naturaleza y por lo mismo irreconocido y hasta carente de nombre: lo que Bloom llama «el poema ilimitado» o ámbito sin fronteras del drama cosmológico del destino humano, que *Hamlet* ve teñido de duda e indecisión irremisibles. Shakespeare ha voleado con ello la simiente del Romanticismo y por eso su más cercano epígono no sería otro que el *Fausto* de Goethe.

La modernidad literaria

Dado su carácter confesadamente personal y su renuncia apriorística a ningún desarrollo orgánico, *Shakespeare. The Invention of the Human* es un libro imposible de resumir. Sus páginas rebosan de lúcidos atisbos e incitantes formulaciones críticas, por lo común expuestas con exactitud e ingenio, pero no siempre conexas ni fáciles de seguir. El vasto ensayo hiperdestila toda una vida de reflexión y estudio, con ribetes de confesión pública y de testamento para la posteridad, pero no sin dejar de ser al fin y al cabo un producto depuradamente académico y que como tal ha de ser enjuiciado.

¿Qué decir entonces de la tesis central de Shakespeare y su invención de lo humano? Que aquel máximo poeta haya contribuido decisivamente a la configuración estética, intelectual y afectiva del hombre moderno, infiltrándole unas inseguridades a la vez liberadoras de dogmatismos y barreras artificiales, no será para nadie manzana de discordia. Que del siglo XVI para acá se haya producido una gran ruptura, definida por el paso de un universo religioso a otro racional y que las esferas de la filosofía, la literatura y la política no hayan hecho sino subdividirse complejamente tampoco podrá ser puesto en tela de juicio. Menos aún el que Shakespeare se muestre un factor decisivo en dicho corte de amarras con el pasado, no sólo literario, de la Antigüedad y del Medioevo para hablarnos ya en nuestro idioma para enseñarnos el suyo.

Bloom trabaja, sin embargo, impostado en la idea del talento sobrehumano de Shakespeare, muralla más allá de la cual es vano buscar explicaciones y con la cual continúa de hecho acogido a la tesis romántica del genio. La dificultad de su libro surge por eso con su persuasión de un Shakespeare en aislamiento casi solipsista y

único responsable o partero de esa modernidad en que aún nos hallamos insertos. Ahora bien, ¿qué decir entonces de Cervantes, ese otro maestro de enseñarnos a pensar con preguntas y no con respuestas? No hay en Bloom mención del magno reajuste con que la cultura occidental pasa por primera vez a ser un patrimonio de masas y la literatura, sustraída de girar en un círculo de profesionales de las Letras, vive de incontables hombres y mujeres que buscan en ella un deleite a su propia medida y la sostienen con la compra del libro o la entrada al teatro. Como efecto de tan magno cambio se da en Occidente la aparición caudalística de la novela, el drama y el ensayo, géneros llamados a adueñarse del mundo, pero irregularmente nacidos al margen de toda codificación académica y hasta en pugna abierta con ella.

Apostillas hispanas

Novela, drama y ensayo es lo mismo que pasar lista a Cervantes, Shakespeare y Montaigne o respectivamente a España, Inglaterra y Francia. Bloom no ha podido eludir el mencionar con relativa frecuencia a Cervantes y a Montaigne, pero sin atender nunca a la básica cercanía en cuanto a solidarios manantiales de modernidad, ni explorar la red de profundos significados o capacidad explicativa latente en ese áureo eje Londres-Burdeos-Madrid. El crítico de Yale no puede menos de advertir la presencia de puentes como los que van de Sancho Panza a Falstaff y de don Quijote a Hamlet, separados por menos de un lustro, pero no avanza en ese frente ni se pregunta si acaso jugarán allí algo más que felices casualidades. Cervan-

tes, dice en una ocasión, se pinta casi como un rival de Shakespeare en lo que toca a don Quijote y Sancho, pero sin que el español pueda aducir logros como Iago, Macbeth, Lear, Rosalind o Cleopatra. No haría falta ser un cervantista para recordarle que ahí estarían también, entre tantos otros, el Caballero del Verde Gabán, Dulcinea, Filipo Carrizales, Sansón Carrasco, el alférez Campuzano, Altisidora y hasta el donoso fiscal a cuatro patas que es el perro Berganza.

No sólo Shakespeare y Cervantes, sino todo el fenómeno de la modernidad literaria aparece lanzado a asumir el principio de la realidad no como antes «dada» y «aceptada», sino ahora problemática e inasible. Dicho radical cambio de óptica, asumido con todas sus consecuencias desde el siglo XVI, indujo una nueva estética fundada en la ambigüedad paradójica, según demostrara Rosalie E. Colie (mencionada por Bloom para otros fines). Es preciso comprender que nada de esto surge «ex nihilo», porque detrás del fenómeno late el impacto renovador de Cusa y de Erasmo con toda la subsecuente revolución del humanismo cristiano (*Vives* para la psicología, Moro para la política), clave para Cervantes, pero también para Rabelais, Montaigne y Shakespeare. Y aquí no se trata de despuntes subjetivos, sino de la recia voz de la historia literaria.

El caso no tan señero de Shakespeare ofrece otros rebotes útiles para el día en que se acometa un gran libro en triangulación con la novelística de Cervantes y la comedia de Lope (tres inmensos coetáneos). Bloom propone, como se sabe, la plenitud significativa de un nexo con Chaucer que equivaldría a proclamar la implícita modernidad de éste. La idea acierta al centro de la diana y de inmediato obliga a recordar la de Juan Ruiz y el carácter insular o periférico de Inglaterra y España, que en paralelo tendía a anticipar el fenómeno de la modernidad. No es esto decir que Shakespeare debiera nada al *Libro de Buen Amor*, ni Cervantes a los *Canterbury Tales*, sino el arraigo de uno y otro en un humus literario menos denso que el de Francia e Italia, pero por lo mismo más aireado por la espontaneidad de la vida popular. Sería temerario suponer ningún nexo directo entre Cervantes y Juan Ruiz, pero no así su continuidad con la modernidad mucho más cercana y radical de *La Celestina* de Rojas. Aparte de un posible conocimiento en traducciones, Shakespeare podía respirarla en su lectura del *Ingenioso hidalgo* (parece que escribió o pensó escribir un *Cardenio*). Por lo demás, *Celestina* está a la altura, por un lado, de don Quijote y por otro de los más excelsos logros de Shakespeare. Todo es moverse en un mismo bosque de gigantes y se me permitirá afirmar que sólo tras asumir las ideas de Bloom sobre Falstaff, Hamlet y Rosalind cabrá entender del todo la proyección de *Celestina* como un básico mito moderno. Dado lo mucho que aún nos queda por comprender acerca de nuestra propia literatura, no debe extrañarnos que el mundo aún la desconozca casi por entero. □

RESUMEN

Libro valiente de uno de los grandes críticos del siglo: así califica Márquez Villanueva el monumental volumen que el norteamericano Harold Bloom dedica a Shakespeare, y del que se ocupa en su comentario. Sin aparato crítico alguno, sin ninguna metodología específica, apoyándose en su enjuiciamiento personal y

dedicando un capítulo a cada obra del dramaturgo inglés, Bloom se enfrenta a ese puro enigma que fue Shakespeare, del que como persona se ignora casi todo y que, sin embargo, inventó, en sus dramas y comedias, lo humano tal como hoy lo conocemos. Son sus obras las que nos «leen» a nosotros y no al contrario.

Harold Bloom

Shakespeare. The Invention of the Human

Riverhead Books, Nueva York, 1998. 745 páginas. 35 dólares. ISBN: 1-57322-120-1.

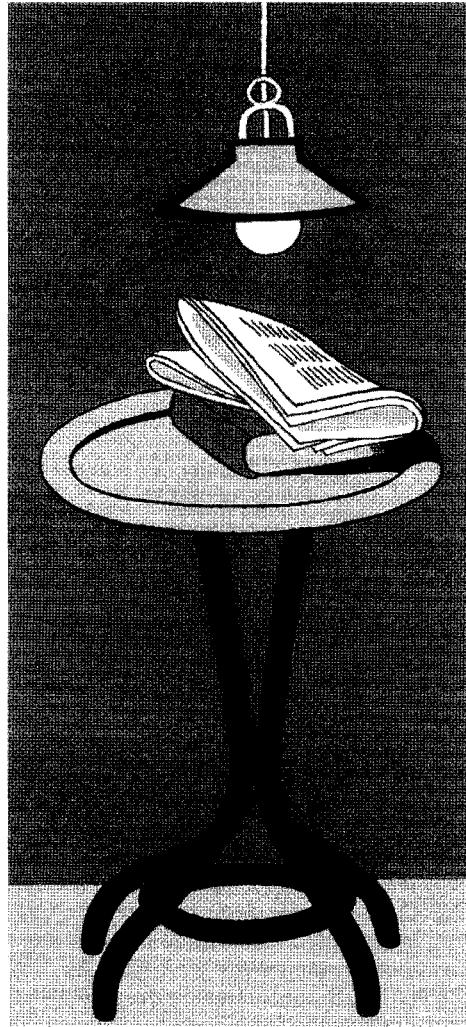
El perfil público de Ortega y Gasset

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada y ha sido profesor en la Universidad Central de Barcelona. Es académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entre otros libros ha escrito *Palabra en el tiempo* (Poesía y filosofía en Antonio Machado), *La voluntad de aventura: aproximaciones críticas al pensamiento de Ortega y Gasset, Reivindicación del diálogo y Las máscaras de lo trágico*. (Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno.)

El perfil público de Ortega y Gasset es el subtítulo de *Los intelectuales y la política*, libro póstumo de Vicente Cacho Viu, publicado recientemente por Biblioteca Nueva, a la que debemos una valiosa re-edición y en algunos casos revisión crítica de la cultura del pasado fin de siglo, y preparado por la mano diligente y amiga de Octavio Ruiz-Manjón. Aun cuando la ordenación de los ensayos fue ya dispuesta por el propio Cacho Viu en los últimos meses de su vida, el editor, que no compilador de los trabajos, se ha cuidado de lo más oneroso, los detalles del aparato crítico, y, sobre todo, de que esta obra haya podido llegar pronto a nuestras manos, cuando aún está viva la memoria del buen hacer de un gran historiador. De su estilo profesional como «artesano de taller», habla en el prólogo, con mucha justeza que es también justicia, José Varela Ortega, y no me resisto a transcribir sus palabras: «Cacho fue un académico de producción media, cuidada, gustoso de la pulcritud, afanoso de precisión, virtuoso en su delicadeza; en definitiva, un historiador fino de pensamiento profundo, razonamiento elaborado; un escritor de calidad, en suma». Si, es ésta la impresión que producen sus textos, —pulcritud, precisión, minuciosidad—, la misma que irradiaba su trato personal, abierto y respetuoso, elegante, consecuentemente humanista y liberal. Tuve la suerte de hacer con Cacho Viu, después de haberlo leído, un viaje a Argentina, formando parte de la delegación de la Fundación Ortega y Gasset con motivo de la apertura de su Centro en Buenos Aires, y de aquel breve pero intenso paréntesis de convivencia, saqué nuevas ganas de seguir leyendo a un hombre de tan secretas y acordadas pulsaciones. Más allá, pues, de una «empatía intelectual», que no es el caso, sí puedo dar fe de que el intercambio con sus ensayos ha sido para mí fecundo y sugestivo, como creo que lo han sido para él, según advino aquí y allí por sus escritos, algunos de los míos.

Esta edición póstuma no es, como suele ocurrir en estos casos, un conglomerado heteróclito de ensayos, sino un verdadero libro, unitario y hasta enterizo, parte de un vasto proyecto de investigación sobre «Los intelectuales y la política», del que ya nos hizo una primera entrega en su *Repensar el 98* (1997), y, en cierto modo, en continuidad con su gran obra de 1962 sobre *La Institución Libre de Enseñanza*, en la convicción de que en el fondo se trataba de lo mismo, o casi de lo mismo, preservar la tradición del liberalismo cultural en la vida pública española. Sin duda, el título *Los intelectuales y la política* es a todas luces excesivo con la magnitud del libro, dedicado a la formación del liderazgo público de Ortega y Gasset desde comienzos de siglo hasta su consolidación al filo de la Gran Guerra, y de ahí la necesidad de contraerlo, tal como hace el subtítulo, al «perfil público de Ortega y Gasset». No todo Ortega y no, desde luego, el Ortega más imponente y olímpico, en plena administración de su «imperio cultural», en la década de los años veinte hasta la llegada de la II República, sino fundamentalmente el Ortega de las primeras luchas y empresas cul-



MARISOL CALÉS

turales y políticas, emergiendo como una estrella nueva, en la turbia constelación de comienzos de siglo, para acabar imponiéndose como el paladín intelectual de la idea de la modernización de España. Con respecto a su *Repensar el 98*, el tiempo se desplaza ahora desde el período de la crisis intersecular, analizado en aquella obra, al período auroral de la cultura racional y clasicista en la España del siglo XX, pero el objeto temático sigue siendo el espacio intergeneracional, esto es, las primeras y decisivas relaciones entre la generación del 98 y la del 14, tal como las anudó Ortega, e incluso su proyección sobre la generación del 27. Creo que la originalidad historiográfica de Cacho Viu reside precisamente en el enfoque de los entresijos, de este tiempo y espacio intermedio, el entresiglo y el entregeneración, el tejido conjuntivo de la historia, mostrando indirectamente con ello que la categoría de «generación» y el método histórico de generaciones, que él no practica, sólo pueden rendir frutos si se los contextualiza en un más vasto horizonte.

Un liderazgo intergeneracional

En su *Repensar el 98*, cuyo excelente tercer capítulo, «Ortega y el espíritu del 98», marca el climax de la obra, dibujaba Cacho Viu con trazo claro y firme el camino por el que conquistó Ortega su liderazgo intelectual. Primero inventa la divisa del 98 —Ortega que no Azorín—, según prueba fehacientemente Cacho Viu, como banderín de enganche de los jóvenes intelectuales, que habían vivido dramáticamente aquella onerosa fecha en su adolescencia, y que ahora, cargados con un nuevo bagaje científico y una actitud europeísta, comenzaban a llegar a la vida pública española. El espíritu del 98 no era otro, para el joven Ortega, que responder con una nueva «moral colectiva de signo racional», la moral de la ciencia, o, en otros términos, ilustración y modernización, al gran déficit cien-

tífico de la cultura hispana. Con «técnica preesperpéntica», en «recurso modernista», dice con finura Cacho Viu, Ortega traza un cuadro onírico de la Restauración para proyectar sobre él el mito generacional de la España del porvenir. Luego, reta a la generación precedente, la finisecular, a que asuma su programa de «moral de la ciencia», esto es, de reforma intelectual y moral, como la receta salvadora. Cuando encuentra resistencias de talante, sensibilidad, o actitud, busca la conversión e integración de los discrepantes con un método, a la vez, de seducción y persuasión. Logra convencer primero a Maeztu, compañero de afanes y lecturas juveniles; luego, a medias, a Baroja, siempre díscolo y errabundo; se le resiste Azorín que al fin acaba rindiéndose a las presiones y solicitudes de Ortega; no puede, sin embargo, con el hirsuto y áspero Unamuno (el del yo ornitorrinco), abanderado de sí mismo. Por último, emprende Ortega una hábil y flexible política de mantenimiento de alianzas, no publicando su ensayo «Baroja: Anatomía de un alma dispersa» —en el fondo un diagnóstico, piensa Cacho Viu con acierto, de la generación finisecular—, y transigiendo con «el hurto con disimulo» que le hizo Azorín de su propia divisa generacional, el 98, con tal de no dañar un pacto tácito y su ascendiente intergeneracional. Hacia 1910, Ortega había conseguido atraer a su órbita de la regeneración por la ciencia a la vanguardia intelectual de su tiempo, no sólo de su generación, excepto a Unamuno, que no aceptó el papel que se le había asignado de portaestandarte del «partido de la cultura». «El propósito orteguiano de salvar la continuidad de la tradición liberal española en torno a la moral de la ciencia —escribe Cacho Viu— empezaba a hacerse realidad después del despego inicial mostrado hacia esa propuesta.»

La historia del liderazgo intelectual de Ortega no fue, sin embargo, tan fácil como pudiera creerse por este relato, ni tan consistente y duradera. A mi juicio, el proyecto integrador de Ortega se salda pronto con un fracaso. Maeztu, que procedía del costismo y del socialismo fabiano, no se entregó del todo, pese a sus fervores momentáneos, y, a la vuelta de la primera guerra mundial, ya andaba con sus crisis de conciencia, que no era otra cosa que «la crisis del humanismo», preconizado en esa moral de la ciencia. Baroja siempre anduvo por libre, más libertario que liberal, y nunca dejó de ser el alma dispersa, que diagnosticó Ortega. Azorín volvió por sus fueros de pequeño filósofo escéptico y diletante. En cuanto a Unamuno no se rindió nunca al programa orteguiano, e incluso lo hostigó abiertamente, aunque al final dio por perdida la partida. Sobre el contencioso entre Unamuno y Ortega se ocupa brillantemente Cacho Viu en el capítulo más elaborado y preciso de *Los intelectuales y la política*. Cacho estudia con pormenor estas relaciones con sus oscilaciones y alterancias, afectos y desafectos, que las marcaron desde un principio; analiza el intento mutuo de captación para su programa respectivo; sugiere la hipótesis, atrevida pero probable, de que el delirante prólogo unamuniano a *Vida de don Quijote y Sancho*, titulado «El sepulcro de don Quijote», no fuera más que una carta abierta proselitista dirigida al propio Ortega, quien, en todo caso, no debió de darse por enterado, al solicitar poco más tarde de Unamuno, aunque en vano, que se atreva a prohijar el partido de la cultura en España. En suma, «el intento mutuo de captación entre Unamuno y Ortega había fracasado en ambas direcciones». Luego vinieron diversos episodios de enfrentamientos —en 1909 y 1911—, que Cacho reconstruye primorosamente, a partir de cartas y artículos dispersos, con su habitual precisión y rigor. No falta en su análisis una sobria indicación sobre las diferencias de actitud y planteamientos

entre Ortega y Unamuno, sobre todo en el tema de la moral de la ciencia y la visión del cristianismo, que hacían irreductibles sus posturas, aunque eso no fuera óbice para alianzas ocasionales, siempre generosas de parte de Ortega, como cuando tras el cese de Unamuno del rectorado de Salamanca, se hizo preciso defender al unísono la causa de la libertad de la cultura. «Sea de ello lo que fuere —concluye Cacho Viu— Unamuno fue en otros muchos casos —éstos, sí, comprobados— un estímulo no deseado, pero inevitable, para la actuación de Ortega, al haberse constituido en máximo contradictor de sus empresas modernizadoras». Estímulo y fecundo, desde luego, pues sin la espina contradictoria de Unamuno, muy posiblemente hubieran quedado abortadas algunas de las posibilidades de Ortega, harto de reinar en un calmo liderazgo sin réplica ni competencia. Como he probado en otro lugar, las *Meditaciones del Quijote* son deudas en grado sumo a la controversia con Unamuno, pues Ortega, por lo demás, solía pensar reactivamente, a la contra, más que de un modo fontanal. Pero incluso la causa del liberalismo cultural, que ambos compartían, se enriqueció, a mi juicio, con esta «discordia concors», pues podía incorporar registros teóricos y actitudes dispares en su defensa. Sin Unamuno, si no los planteamientos radicales de Ortega, sí, al menos, su liderazgo intelectual hubiera sido otro, posiblemente más olímpico y narcisista y menos combativo, lo que no vale «a contrario» de Unamuno, pues su autismo y egotismo lo condenaban a un discurso solitario y compulsivo contra sí mismo, contra su propio adversario interior.

La moral de la ciencia

¿De dónde provenía la propuesta orteguiana sobre la moral de la ciencia? En el capítulo «Ortega adolescente», al filo de su correspondencia entre 1891-1907, muestra Cacho con gran finura las claves psicológicas, no sólo la del talante orteguiano sino la de su actitud en la vida pública. Señala allí que el origen de esta consigna estaba en Renan, a quien leía asiduamente el joven Ortega, como atestiguan algunos de sus primeros ensayos. «El joven Ortega se adhiere al regeneracionismo científico a través de la cultura francesa, cultura de contraposiciones, y no de confluencias a la manera anglosajona. De ahí también su rechazo, por retardataria, de la Iglesia establecida, del catolicismo sociológico español». En Renan, tan de moda en aquella época, encontró, en efecto, el joven Ortega tanto la crítica al dogmatismo católico como la incitación a una cultura de sólidas bases científicas, cuya Meca era por entonces Alemania. Esto es indudable. Creo, sin embargo, que la influencia de Renan, pese a ser de primera hora, no fue tan decisiva como pudiera creerse. Son varias las razones que avalan esta afirmación: primero, porque en Ortega nunca se dio la exaltación del positivismo que se encuentra en Renan, y en segundo lugar, porque tampoco heredó su inquina contra el socialismo. Fue, pues, el suyo un Renan pasado por y superado desde la experiencia alemana. Con esto quiero decir que en la actitud primera de Ortega había que tener más en cuenta el kantismo —de su lectura de Kant, dice Cacho, que le llevó a superar el influjo de Nietzsche—, su formación escolar neokantiana, abierta al socialismo, y, por supuesto, Fichte, el verdadero neutralizador, a mi juicio, del influjo nietzscheano, muy presente en el idealismo ético del primer Ortega. La moral orteguiana de la ciencia se fragua en el crisol de todas estas lecturas, y de ahí precisamente que el programa orteguiano de Ilustración sea más amplio e integrador, y, sobre todo, de más sen-



Viene de la página anterior



MARISOL CALÉS

sibilidad sociopolítica, de lo que podía esperarse vía exclusiva Renan.

En cuanto a la actitud orteguiana con respecto a la política, cree Cacho que fue siempre, ya desde primera hora, una mezcla de atracción y repulsión. Por vocación era Ortega, sin lugar a dudas, un intelectual de pura raza con una fuerte propensión especulativa. Es a lo que llama Cacho con acierto expresivo su «astenia política», esto es, su falta de ganas por no encontrarse en ella a gusto. Sin embargo, por las circunstancias y por destino histórico se veía abocado a la política en virtud de la misma necesidad que de buena política tenía el país. De ahí sus irrupciones en y sus fugas de la política, sus desplantes castizos, su oscilación permanente entre la aversión y la atracción. Me parece acertado sustancialmente este apunte, si se tiene en cuenta, además, un sumando decisivo: la índole ético/política de la razón vital, en tanto que razón práctica, en la que podía fundar Ortega su programa humanista de salvaciones. Sin esta clave interna de la propia metafísica orteguiana no se explica la imperiosa necesidad que le llevaba a la política, más allá incluso de las coyunturas críticas, como una verificación de su propio programa racio-vitalista de esclarecer y orientar la vida, que siendo siempre la de un yo, marcha, al decir de Ortega, como la gota en la nube viajera de su propia colectividad.

Salvar la continuidad de la tradición liberal

La tesis fundamental implícita en toda la obra de Cacho, aunque sólo aflore ocasional y tímidamente, es que Ortega «salvó la continuidad de la tradición liberal española, gravemente comprometida por el vitalismo contracultural». Fue, pues, la suya una obra humanista de salvaciones, no sólo de su circunstancia más inmediata, sino, en este caso, de la misma tradición histórica liberal, de ascendencia últimamente institucionista, frente al estallido romántico del 98. La moral de la ciencia, entendida como la gran fuerza transformadora y modernizadora de la sociedad española mediante la ciencia y la pedagogía, en suma, por una Ilustración puesta al día, y liberada de las rigideces del positivismo, fue, piensa Cacho Viu con razón, el «punto teórico medular del compromiso público orteguiano», y en esto no sólo venía a confluir con el proyecto histórico

de la Institución, sino a preservarlo y continuarlo. «Les unía, por tanto, una misma propuesta de signo inequívocamente racional, aun cuando variase, entre uno y otro (Giner y Ortega), el énfasis puesto en la primacía de la ciencia, e incluso el modo de entender ésta», desde el idealismo krausista de Giner, todavía muy siglo XIX, a los modos de un nuevo racionalismo vitalista, que inaugura la metafísica orteguiana. Esto, y no sólo la autoridad intelectual de Ortega, explicaría su ascendiente en la Junta para Ampliación de Estudios, el producto más sobresaliente de la mentalidad institucionista, aun cuando de origen oficial, así como en la Residencia de estudiantes o en la Residencia de señoritas, en los que Ortega tuvo una discreta presencia de trasfondo, pero inmensamente eficaz y estimulante. Sin contradecir este dato —la revisión que hace Cacho Viu en el último capítulo sobre la influencia intelectual de Ortega en estas instituciones es tan precisa como meticulosa—, conviene, no obstante, precaverse de magnificarla en una macrotesis cultural de fondo. Sin llegar a declararlo abiertamente, el libro de Cacho da a veces la impresión de que Ortega fuese el heredero espiritual de la Institución, o al menos su albacea cultural testamentario. Bien es cierto que Ortega supo enlazar, por encima de la confusión y desorientación teórica de los hombres del 98, con el proyecto regeneracionista de Giner de los Ríos y de Costa, a la vez que recuperaba en nuevas claves la moral de la ciencia, por llamarla con Cacho Viu, en una empresa integral de ilustración y modernización. Nadie, por otra parte (nadie solvente, claro está), se atreverá a cuestionar hoy el «liberalismo inquebrantable» de Ortega, como lo llama Cacho, ni tan siquiera a minimizar su papel en la desvenación y reforma del liberalismo español. Todo esto es bien cierto y probado, pero no se puede concluir de ello que Ortega, en singular, salvara la continuidad de la tradición liberal. En esta empresa, aun desde supuestos teóricos y talantes distintos, le acompañó también el irreductible Unamuno, aparte de una valiosa vanguardia institucionista. El liberalismo «sui generis» de Giner de los Ríos, por proceder de una teoría organicista de la sociedad y del Estado, que era también la de la propia Institución, derivó hacia fines de siglo, vía Gumersindo de Azcárate, hacia un liberalismo radical de fuerte sentido social, anticipo de la social-democracia moderna. En este liberalismo de nueva planta van a

confluir en la primera década del siglo los intelectuales más relevantes y prestigiosos, tanto los institucionistas (Adolfo Posada o Rafael Altamira), como Joaquín Costa, tan próximo a la Institución, nuevos políticos como Canalejas, y, sobre todo, los grandes maestros del pensamiento Ortega y Unamuno, cada uno a su manera y por distintos caminos, viniendo Unamuno de un socialismo superado y yendo Ortega todavía en su búsqueda. Es cierto también que el joven Ortega estuvo muy cerca de esta línea social-democrática por la que se decantaba la Institución Libre de Enseñanza. Buena prueba es su primera conjunción, no sólo táctica sino intelectual y hasta cordial entre liberalismo y socialismo; un liberalismo inquebrantable, como lo califica con acierto Cacho Viu, y un socialismo más que «instrumental y propedéutico» —ético y humanista, lo llamaría yo, de estirpe neokantiana y fichteana—. Pero la posterior evolución de Ortega, en la década de los años veinte, hacia un liberalismo más sobrio, riguroso y de cariz doctrinario, le impedía convertirse en el albacea del legado liberal institucionista, mucho más radical y comprometido. La continuidad de la tradición liberal, en lo que respecta a su «ethos» cultural, fue salvada de diversas maneras y estilos de pensamiento, y sólo entrará en crisis en el fuego cruzado de los totalitarismos de distinto signo, en los años treinta, para morir, o mejor ser asesinada o exiliada en la guerra civil. A Ortega le cupo, sin duda, en esta tarea de preservación del liberalismo un papel sobresaliente, como correspondía a un pensador de su estirpe, tratando de desvenar el ideal liberal de excrecencias socializantes, pero ya

a la contra de los acontecimientos históricos y de la nueva sociedad de masas.

¿Qué decir, por último, del silencio de Ortega, de su saber callar y hasta querer callar, al que se refiere en diversas ocasiones Cacho Viu, como una clave decisiva de su biografía? Silencio, al comienzo de su vida pública, frente a Azorín, para salvar la alianza intelectual de progreso, y silencio, sobre todo, en la raya de 1932, ya en plena República, «con tal de no contribuir un ápice a la radicalización imparable» de la vida política española, y silencio, finalmente, años más tarde, cuando reinando la dictadura en España, desde su exilio en Lisboa se pone al margen de la vida española. ¿Silencio olímpico de desdén? ¿Silencio vergonzoso de complicidad? No lo creo en absoluto. «Todo estaba ya dicho por su parte —escribe Cacho— cualquier palabra suya de alcance político hubiera resultado necesariamente destemplada y desprovista de efecto inmediato, salvo descomponer su figura y enturbiar muy probablemente el efecto profundo que seguían ejerciendo sus escritos de mejores tiempos». Es, sin duda, una buena razón. Silencio tal vez de naufragio superviviente de una convivencia imposible por la discordia civil, que piensa que la palabra nueva tiene que venir de otro tiempo, de otras circunstancias. A tiempo, a destiempo y contratiempo, en su lugar y su hora, él había dado su palabra. Ahora, tras la hecatombe de la guerra civil, sólo quedaba saber callar. Subrayar este silencio orteguiano es otro de los méritos de este bello y sugestivo libro, concluido cuando Cacho Viu tocaba los límites del otro silencio sin retorno. Ha sido un ¡adiós! lleno de inteligencia, de finura y discreción. □

RESUMEN

Aunque el libro que comenta Pedro Cezezo sobre el perfil público de Ortega y Gasset haya aparecido tras haber fallecido su autor, Vicente Cacho Viu, no estamos ante una obra inconclusa, que manos amigas y discípulas han acabado como han podido. Aunque éstas han existido, las de Octavio Ruiz-Manjón, para el comentarista este libro es una brillante despedida, un inteligente colofón a la obra ensayística de Cacho Viu, tan interesa-

do por las relaciones de los intelectuales y la política en la España del siglo XX. En esta obra póstuma se analiza la formación del liderazgo público de Ortega a comienzos de siglo hasta su culminación en los años de la primera guerra mundial; se repasan las relaciones con los miembros de la Generación del 98 y, en especial, su desencuentro intelectual con Unamuno; y se explica su rechazo a la política y, no obstante, su compromiso público.

Vicente Cacho Viu

Los intelectuales y la política. El perfil público de Ortega y Gasset

Biblioteca Nueva, Madrid, 1999. 224 páginas. 1.850 pesetas. ISBN: 84-7030-743-6.

De la Institución a la Constitución

Por Elías Díaz

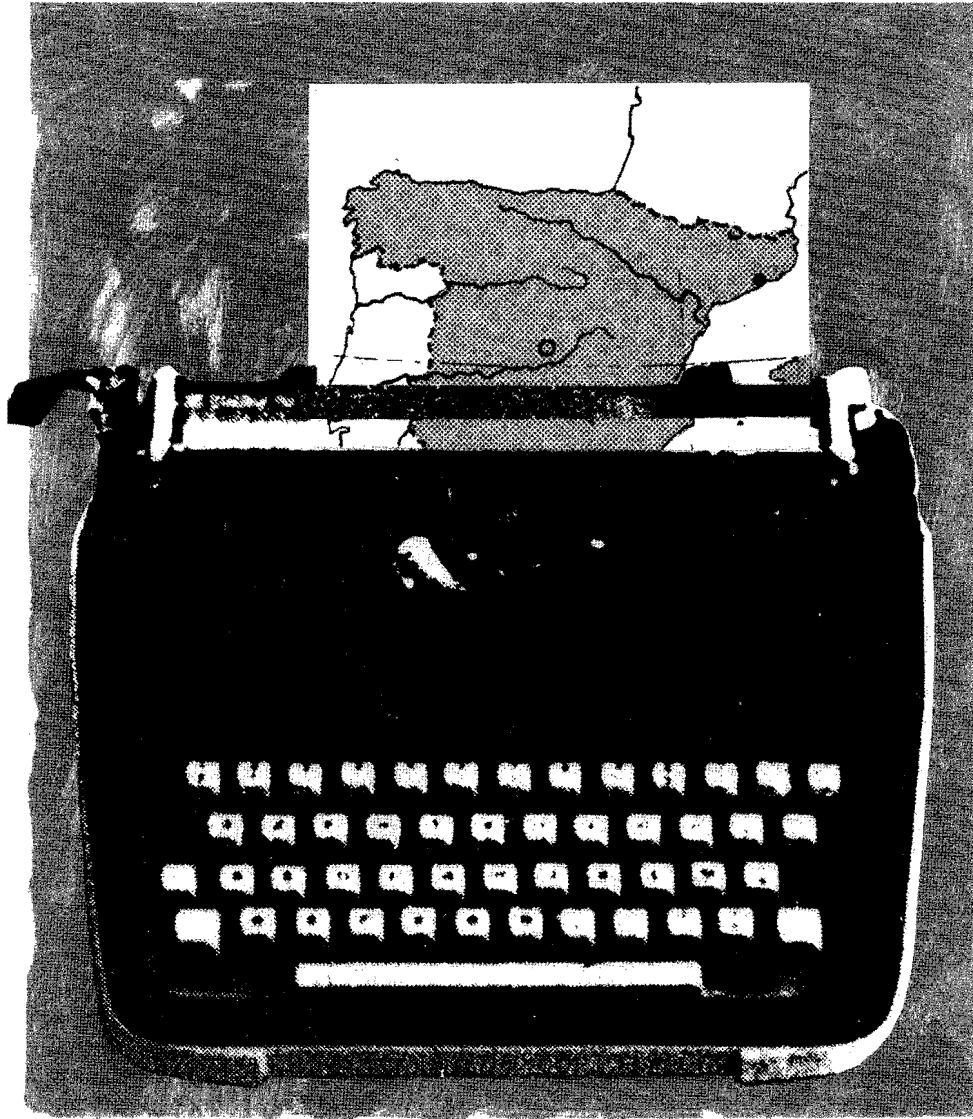
Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político, La filosofía social del krausismo español, Pensamiento español en la era de Franco, Ética contra política: los intelectuales y el poder y Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón.

España, un siglo de pensamiento: de la Institución a la Constitución fue ya el rótulo de un intenso y extenso curso, compuesto por catorce sesiones de trabajo, que impartí en agosto de 1999 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander. Desde la segunda mitad de los años setenta en que conmemorábamos en los albores de la democracia el centenario de la Institución Libre de Enseñanza (fundada por Francisco Giner de los Ríos en 1876) y andábamos, a la vez, metidos en la preparación y redacción de la nueva Constitución, finalmente promulgada el 29 de diciembre de 1978, me he venido sirviendo con alguna frecuencia de este cacofónico, pero creo que significativo, parangón en intervenciones orales o referencias escritas sobre estos temas de historia del pensamiento español en el siglo XX: así aparece de modo expreso (uniendo a los hechos anteriores la conmemoración de otro centenario, el del PSOE en 1979) en la nota preliminar a mi libro *Socialismo en España: el partido y el Estado* (Editorial Mezquita, Madrid, 1981).

Si lo retomo ahora como titular de estos comentarios a la útil y muy atendible obra de Juan Pablo Fusi sobre nuestra cultura en estos últimos cien años no es (tanto) por acotar esa cronología, por lo demás no del todo coincidente ya con el siglo exacto y completo que él estudia, sino fundamentalmente para resaltar la, asimismo, profunda vinculación suya y de su libro con las premisas intelectuales y los valores éticos, sociales y políticos presentes, no sin diferencias por supuesto, en ambas decisivas instancias y sus implicaciones –que son, en definitiva, las de la mejor Ilustración– en la historia contemporánea española. A pesar de todo, Unamuno y el 98, más claramente Ortega y, después, las plurales derivaciones de la generación de 1914 (las mejores esperanzas republicanas incluidas), para mí de modo especial la obra de un Besteiro o un Fernando de los Ríos, habrían sido una excelente, no uniforme, correa de transmisión entre aquellas, entre todos estos tan difíciles pero esperanzadores tiempos.

¿Qué cultura?

En el tan dilatado y fructífero debate sobre el sentido y significado del término «cultura» en el mundo actual (multiculturalismo, universalismo, cultura crítica...) se están volviendo a remover –creo que para bien– todos los materiales que desde la modernidad se han ido allegando, de modo conflictivo y/o armónico, para la construcción y reconstrucción de una correlativa teoría o filosofía de la cultura. ¿Qué es cultura y que debe ser (considerado) cultura? Y a su vez ¿qué cultura puede aportar hoy los mejores fundamentos racionales y las más valiosas consecuencias empíricas? ¿Es igual una cultura que otra? Antropología, sociología, ética. Concepto descriptivo y/o valorativo de ella. ¿Alta cultura, subcultura, «mid-cult», cultura de masas?, ¿cultura popular, diferente o no de la cultura vulgar? ¿Cultura oficial, más o menos impuesta, cultura real, más o menos



ARTURO REQUEJO

libre? Sin olvidar el tema de las «dos culturas», en mala escisión entre el mundo humanístico y el científico, ¿contrapuestas las ciencias del espíritu y las ciencias de la naturaleza? O el mismo «mito de la cultura», o también la cultura como alienación y/o evasión. Como se ve, todo menos que simplicidad, al contrario gran complejidad (pero no en irremediable amalgama y confusión), en cuanto empezamos a hablar de cultura, de sus caracteres definitorios y de sus exigencias en unos y otros contextos históricos, sociales y políticos.

En esta situación y ante la difícil tarea propuesta en su libro para la España del siglo XX, Juan Pablo Fusi explicita enseguida, desde las primeras líneas de su Introducción, la muy amplia y plural perspectiva por él allí asumida. Tomando como base a Ortega y Gasset, para quien «cultura –dice– es el sistema vital de las ideas de cada tiempo», señala aquél la topografía, la extensión de los componentes de tal sistema: «Cultura es vida intelectual pero también cultura de masas. La historia de la cultura integra, por tanto, muy distintas perspectivas: ensayo, arte, literatura, política cultural, religión, medios de comunicación, intelectuales, vanguardias, diversiones, modas, el propio consumo cultural».

Todo eso, y algo más, está con cuidadoso detalle y pulcritud académica en este libro, apretado resumen de poco más de doscientas páginas para cien años de cultura española, con presencia nominal, por lo general bien ubicada y en cifra superior al millar, de gentes pertenecientes a las diversas mencionadas ramificaciones de ese mundo. A pesar de ello, a pesar de la muy justificable y provechosa profusión de personas, obras, datos y fechas –sería fácil de imaginar y temer la aridez y falta de aliciente para el lector–, sus páginas, mérito del autor, se siguen, no obstante, con alto interés y hasta grata amenidad: los ár-

boles dejan ver el bosque –gracias a criterios serios de orientación y organización– y, a la vez, se ve allí que en tal bosque hay (más en unas épocas que en otras) un muy considerable número de fuertes y productivos árboles, de diferentes especies y procedencias geográficas además. Faltan, sin duda, otros (nombres individuales, revistas, etc.) y también podrá criticarse alguna desigual atención o valoración en función de los méritos reales de cada cual, pero esto es normal y casi inevitable en una obra de estas características.

La cultura en la oposición, la cultura en la transición

Desde una reflexión actual sobre ese tiempo coincido, pues, en amplia medida con Juan Pablo Fusi al señalar que, a pesar de todo, hay buenas razones y buenos hechos para no inmovilizarnos más en una visión pesimista (masoquista) de nuestra común y plural historia y de nuestra cultura: repásese aquí como prueba esos cinco capítulos de su libro. De todos modos, el no-pesimismo de Fusi dista mucho de ser ingenua ilusión o acrítica conformidad sobre las distorsionantes condiciones que hoy acechan a la cultura y a sus relaciones con la democracia. En una de las conclusiones finales de su epílogo –y vuelvo a coincidir– deja constancia de ello: «la vida cultural –dice– iba a experimentar así a finales del siglo (por otra parte, como en casi todo el mundo occidental) un giro decisivo. Dicho de forma muy simplificada, en 1900, cultura era igual a modernismo y generación del 98; en 1999, a mercado y medios de comunicación. Cuando empezaba el siglo, cultura era un acto sustantivo de creación intelectual; cuando terminaba, era en buena medida –señala aquél– pura publicidad, esto, es la venta de un producto» (pág. 193).

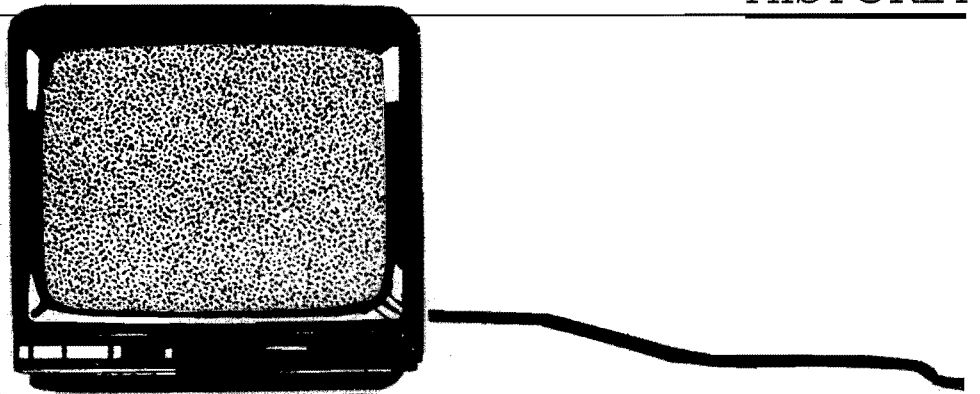
Ante esta poderosa reducción venal, publicista y mercadista, hay, entre otras, una dimensión que yo quería destacar aquí como muy positiva en la configuración y/o comprensión interna de esta obra. Se trata, por decirlo así, de una concepción ética de la cultura y del trabajo intelectual como factor activo de cambio social e, incluso, político: «la visión crítica que muchos intelectuales tuvieron de España a lo largo del siglo fue –señala Fusi– una de las claves para el desarrollo de las ideas de libertad y democracia en el país» (pág. 192). Y en ello, junto al valor intrínseco de la cultura, se insiste de manera muy especial en relación con dos concretos y decisivos «momentos» de esta nuestra historia: en la preparación de la República de 1931 y en los trabajos por la recuperación de la democracia bajo el franquismo. «La República –escribió por entonces Azorín– la han hecho posible los intelectuales». Era –decía– el triunfo del «espíritu de Giner de los Ríos, con todas las ramificaciones de la antigua Institución Libre de Enseñanza». Y ratifica Juan Pablo Fusi, tras rememorar buena parte de los nombres ilustres de nuestra cultura en ese primer tercio del siglo: «Desde luego, el revisionismo y la crítica de los intelectuales (...) habían mantenido vivo el espíritu del liberalismo en España. Concretamente a la Institución se vinculó, o en ella se educó, parte importante, tal vez la mejor, de la intelectualidad española de 1876 a 1936» (págs. 69-70).

Eso, y otras muchas más cosas (vidas, libertades...), se rompió con la guerra civil y hubo, enseguida, que intentar rehacerlo. Desde tal perspectiva, este libro –anota su autor– «estudia, luego, el impacto que la dictadura de Franco (1939-1975) tuvo sobre la vida cultural e intelectual española; y con ello la cultura como forma de contestación de ese régimen y –vuelve a subrayar– como instrumento esencial de la futura democratización del país». Consta así aquél: «Desde finales de la década de 1950, la cultura de la oposición desempeñaría –al menos en los ámbitos universitarios– el papel de conciencia crítica de la sociedad y, como tal, su mera existencia, cualquiera que fuese su calidad, contribuyó sustancialmente a erosionar los fundamentos ideológicos del franquismo y a crear las ideas y valores sobre los que se fundamentaría la futura democracia del país». Esa cultura en la oposición producirá, no sin cambios de uno y otro signo, la cultura en la transición: «La cultura española –concluye Fusi– había recobrado desde los años cincuenta y sesenta, como hemos visto, un más que discreto nivel de calidad y modernidad. Parte de ella –también ha quedado dicho– había sido, además esencial en la recuperación de la conciencia democrática del país» (págs. 12, 126 y 149).

Es explicable que sea en esas partes del libro (caps. IV y V, sobre franquismo y transición) donde el comentarista arriba firmante alegraría con mayor frecuencia, dentro del acuerdo básico, alguna de las aludidas ausencias y/o de discrepancias interpretativas. Los de la generación anterior (sin que eso implique ninguna posesión de la verdad) vivimos, y a veces sufrimos, como presente los hechos sobre los que la generación posterior (bien representada por Fusi) hace historia ya como pasado. Ahí es donde –son sólo algunos ejemplos– yo protestaría por la no inclusión de Enrique Tierno Galván en la lista del «lado de los vencidos» en la guerra civil (pág. 94), por las escasas cuatro líneas dedicadas a *Cuadernos para el Diálogo* (pág. 132), o por la total ausencia de otras revistas de esos años y, en particular –permítaseme–, de *Sistema* aparecida en 1973 y con más de ciento cincuenta números publicados



Viene de la página anterior



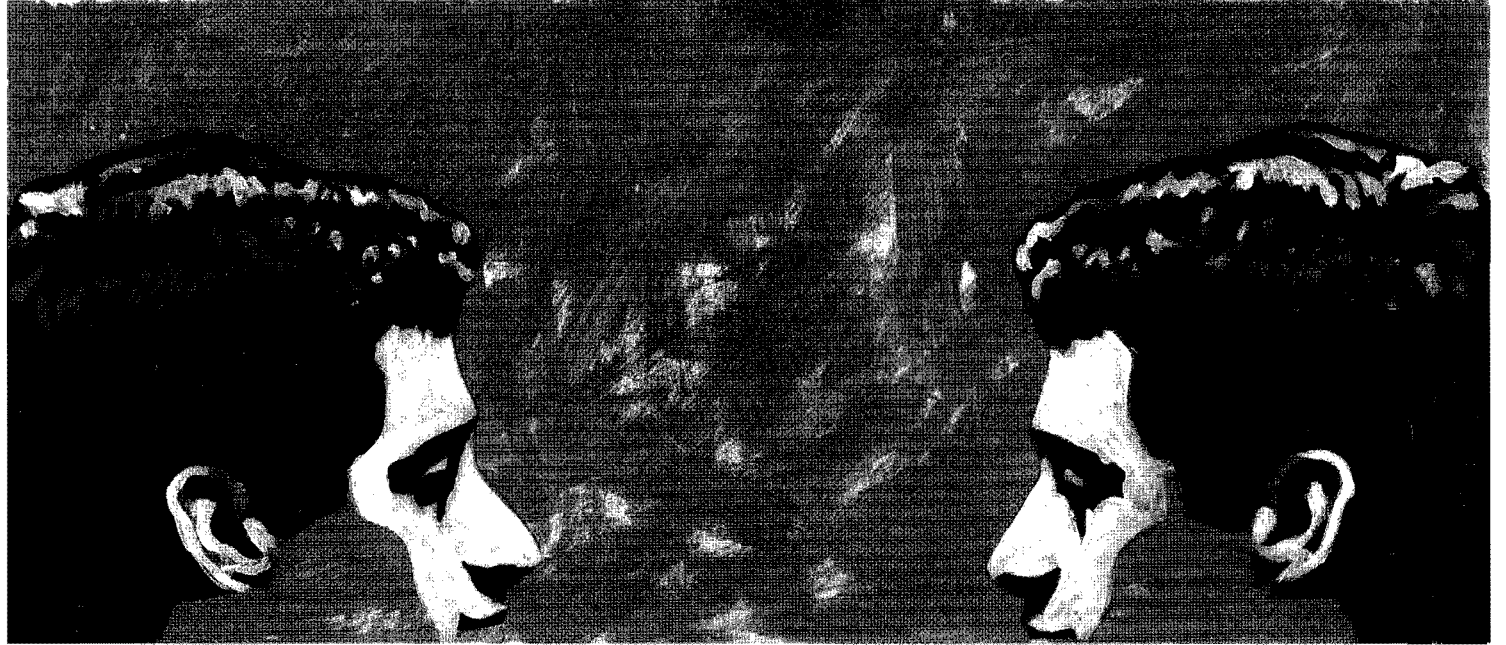
hasta la fecha (dirigida, claro está, por Elías Díaz). Sin embargo, más allá de esas u otras posibles concretas objeciones –volvamos a la cuestión principal–, frente a la casi absoluta imposición actual de las exclusivas determinaciones economicistas y/o personalistas en la interpretación de la transición a la democracia, lo que –al menos como decisivo correctivo y complemento de ellas– me parece de todo punto justo y necesario es reivindicar, con el pudor y la humildad que se quiera, el muy importante papel que las «fuerzas de la cultura» –y las «fuerzas del trabajo»–, por decirlo con el lenguaje de la época, asumieron y cumplieron en la lucha contra la dictadura y la construcción de la actual democracia. Y en esta tarea entroncaban y recuperaban lo mejor de ese pasado cultural y político al que venimos refiriéndonos aquí.

Identidades nacionales

Pero «de (desde) la Institución a la Constitución», en ese largo y conflictivo proceso de un siglo de España, en la superación también de sus fracasos, claro está que habrían de ir produciéndose e incorporándose en la agenda nuevos (y otros no tan nuevos) problemas, planteamientos, propuestas diversas de solución, enfoques culturales, perspectivas filosóficas, avances científicos y tecnológicos, consecuentes políticas institucionales y sociales. No todo estaba ya en la Institución (o en sus más directas e inmediatas derivaciones), si bien en el espíritu de aquella hubiera siempre una buena base; como tampoco lo estaría (todo) hoy de manera inmutable en una muy valiosa Constitución que, aún tomándola en serio, no hubiera previsto sus propias vías democráticas de reforma y de revisión total o parcial. En una y otra el fundamento más radical es siempre la autonomía ética, poder (todos) decidir y actuar en/con (real) libertad.

En ese proceso y entre esas coordenadas, una histórica cuestión que ha ido incrementando cada vez más su vigencia y presencia, con perfiles unos muy positivos (diversidad) y otros muy negativos (violencia), es la que reenvía a la denominada «cuestión nacional», en nuestros días reglada al máximo nivel del ordenamiento jurídico-político como Estado de las Autonomías. En esta obra de Juan Pablo Fusi sobre la cultura en un siglo de España se dedica, desde una concepción plural y constitucional, una merecida atención, muy preferente y detallada –y el lector se lo agradece–, a esas otras culturas nacionales, especialmente de Cataluña, País Vasco y Galicia. En el contexto de 1898, arranque de su libro, «primera crisis profunda de la misma idea de España como Estado nacional», sitúa aquí tal cuestión. Y escribe allí: «Dicho rápidamente: en 1900 la cultura catalana era una cultura “independizada”; la cultura vasca, una cultura escindida; la cultura gallega, una cultura marginalizada» (pág. 32). En estas páginas suyas se encontrarán observaciones y anotaciones válidas para dilucidar cómo y hasta qué punto esas situaciones se mantendrían hoy en el 2000, cien años después.

Era y es un hecho, en cualquier caso, que –como apunta Fusi (págs.158-159)– «el problema de la identidad de la nueva España democrática y autonómica como nación» estaba probablemente –junto al de la propia democracia– entre «los problemas más urgentes que tenía ante sí la sociedad española desde 1975». Y, por unas u otras razones (y sinrazones), sigue estándolo. En el actual debate, científico y político, descriptivo y valorativo, él mismo ha contribuido a una ampliación de fondo de estas observaciones con su pos-



ARTURO REQUEJO

terior ensayo *España. La evolución de la identidad nacional* (Temas de Hoy, Madrid, 2000). A mi juicio, las mitologías, dogmas e irracionalidades completamente acientíficas, presentes en unos u otros tradicionalismos y/o nacionalismos, especialmente en los que derivan del peor romanticismo historicista, por supuesto, con muy concretos intereses económicos y sociales detrás (hacer que lo real sea irracional para que lo irracional no pueda hacerse real), habrán de ser siempre sometidas al contraste crítico con esa otra concepción de la historia y de la razón, incluso de la nación, que va progresivamente enraizándose de manera plural en el pensamiento moderno, ilustrado, liberal y democrático.

La Ilustración –recordemos– es ciencia empírica y razón crítica, es ciencia y es ética (ciencia y conciencia), no aisladas ni escindidas entre sí sino profundamente interrelacionadas en complejos procesos de conocimiento y transformación de la realidad. La crisis de la modernidad –dentro pero en el margen de ella– lo ha sido, lo está siendo, tanto por deslegitimación, es decir, por pérdida de reconocimiento, por prescindir de uno de esos dos referentes, como también por ruptura insalvable entre ambos. A pesar de las patologías de la modernidad, es en aquel modelo ilustrado y modernizador donde, a mi juicio, se sitúa, con variantes y graduaciones, por supuesto, lo mejor de ese siglo de cultura en España, lo mejor de lo que hemos producido de la Institución a la Constitución.

Dialéctica de la Ilustración

Bien sé que Juan Pablo Fusi, concordaría en términos generales con tal afirmativa adscripción –así se muestra de manera explícita en su libro– aunque tal vez dando de aquella, de la Ilustración, una, me parece, algo restrictiva interpretación de carácter más lineal y reductivamente (social) liberal. Y es ahí, en esa lineal perspectiva, donde creo que abusa con frecuencia del recurso, con sentido (des)calificador, a la «metafísica» y al «esencialismo», así como al pesimismo diferenciador españolista, referido en ese tiempo a unos u otros momentos o gentes que forman también parte de esa nuestra plural cultura ilustrada, modernizadora y europeísta; por cierto que, sin embargo, liberando por completo de todo ello a otros (al propio Ortega, gran mentor e inspirador de Fusi) que, según sus mismas exigencias, pienso que no lo merecerían menos. Serían así, Unamuno y el 98, quienes

muy especialmente, habrían sufrido de aquellos males (págs. 22, 32, 51, 92), de la «reflexión esencialista sobre España», del «esencialismo, metafísica del ser de España», del «pesimismo nacional e individual» que precisamente –y es todo un símbolo– tanto incomodaba al nada ilustrado general Franco (pág.100). También, después, Menéndez Pidal, Américo Castro, Sánchez Albornoz o Laín Entralgo heredarían –dice– «el ensimismamiento noventayochista con España y su historia, la idea de España como problema» (pág. 96). Éstos se contraponen ahí por aquél, en mi opinión de manera un tanto simplificadora, con Jaume Vicens Vives o con José Antonio Maravall y también con unos u otros de los historiadores liberales de las últimas promociones y su nueva visión de España (pág. 185), de la que es posible participar no acriticamente, sin ocultar por ello las concepciones teóricas o ideológicas así como las convicciones éticas que sin duda operan siempre tras ellas.

La cuestión radica en que no toda reflexión crítica sobre hechos empíricos, ni tampoco la comprensión con re-construcción (¿kantiana?) de los mismos, es ya despreciable metafísica o ignorante esencialismo: salvo que se quiera uno situar –no es el caso de Fusi– en el más neutro y avalorativo positivismo, casi en el mero cuantitativismo o en la «hechología» que el aludido Unamuno juzgaba siempre como tan simplista y engañosa. No es paradoja que otra de las objeciones que yo haría a este libro sea precisamente la falta en él de una mayor atención y reflexión sobre las aportaciones de las ciencias sociales, políticas, jurídicas que, junto sin duda con la labor de la historia (bien resaltada por aquél), tanto contribuyeron, por ejemplo, en la época de la dictadura, a la clarificación sobre

los caracteres del sistema democrático y sus aparatos institucionales y constitucionales. Así, pues, ciencia empírica y razón crítica como componentes imprescindibles e inescindibles de la mejor Ilustración. Pero ello sin olvidar, por volver a lo anterior, que la autocrítica y la oposición a las evasiones idealistas o a las reducciones positivistas de aquella, incluso ciertos modos (no todos, ni cualquiera) de radical «negación» de esa modernidad, constituyen «momentos» o actitudes que se inscriben y deben entenderse dentro y como formando parte de ese mismo complejo proceso racional e histórico que es la «dialéctica de la Ilustración». Ahí, a mi juicio, en esa perspectiva que, por lo tanto, es asimismo europeísta, modernizadora e ilustrada, habría que interpretar (¿se me permitirá decir que también a través «de la negación de la negación»?) lo más valioso del 98 español y, desde luego, el «pesimismo» y la negatividad crítica de Unamuno.

Creo que con este planteamiento, más dialéctico, menos lineal, se amplía justamente el ámbito plural de la España ilustrada y europeísta, de su cultura y pensamiento; a la vez que se reduce y aleja el de las filosofías y teologías reaccionarias e integristas, absolutistas y totalitarias. Y, al propio tiempo, se contribuiría desde ahí a una idea de Europa más abierta y compleja, no sólo tecnocrática y eficientista. Una Europa que también tuvo sus «noventayochos», sus internas crisis de modernidad, de identidad, y en la cual su correlativo proyecto político y social no es, ni ha sido, ni puede ser sólo restrictivamente liberal (hoy neoliberal): bien que en ella la libertad ética, política, intelectual constituya siempre, a mi juicio, la buena base para los ulteriores avances de la razón crítica, la democracia, la igualdad y el socialismo democrático. □

RESUMEN

El comentario de Elías Díaz a esta obra de Juan Pablo Fusi destaca la operatividad de la cultura como factor activo de cambio social y político en momentos muy decisivos de nuestra historia contemporánea. La comprensión crítica de ésta y, en ella, de las identidades nacionales habrá de hacerse –se subraya– desde las construcciones ilustradas de la razón, de la

historia y de la nación, concepciones de carácter liberal, democrático y modernizador. Pero sin olvidar, a su vez, que «la dialéctica de la Ilustración» es también autocrítica y «negación» de las reducciones de ella: desde esa dialéctica se hace también más complejo y plural el significado de la cultura española en ese conflictivo siglo XX y en sus perspectivas de futuro.

Juan Pablo Fusi

Un siglo de España: la cultura

Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid, 1999. 228 páginas. 1.900 pesetas. ISBN: 84-95379-01-05.

Matemáticas en transición

Por José Luis Fernández Pérez

José Luis Fernández Pérez (Santa Cruz de Tenerife, 1956) es catedrático de Análisis matemático en la Universidad Autónoma de Madrid desde 1988; codirector de la Revista Matemática Iberoamericana y de La Gaceta de la Real Sociedad Matemática Española; editor general de la Real Sociedad Matemática Española y representante español ante la Unión Matemática Internacional.

En 1900 tuvo lugar en París la Exposición Universal del cambio de siglo en la que se ofrecía un orgulloso y optimista muestrario de las aportaciones de la Ciencia al progreso de la humanidad. Dentro de ese marco general, se celebraba por segunda vez un Congreso Internacional de Matemáticos. El primero de éstos había tenido lugar tres años antes en Zúrich, aunque un oficioso primer congreso (un congreso cero) se había celebrado en Chicago en 1893, también dentro de una Exposición Universal.

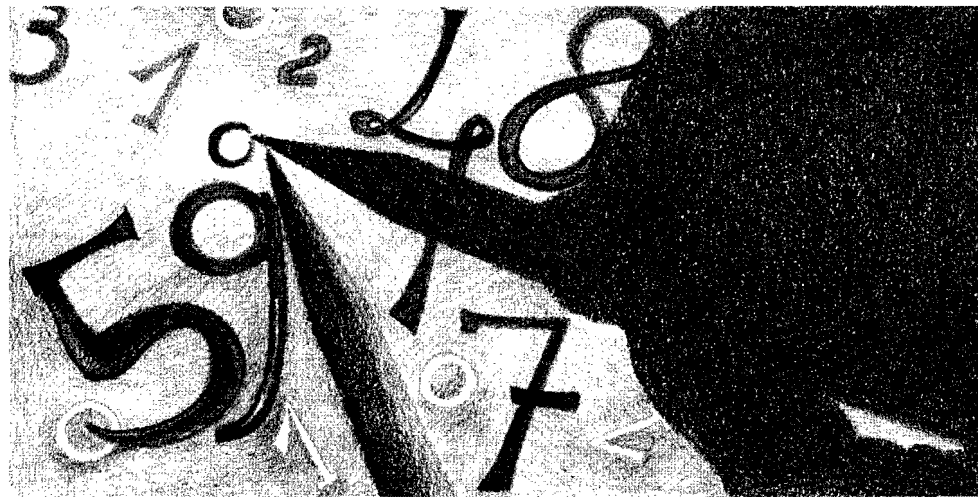
Las dos grandes figuras de la matemática de entonces eran el francés Henri Poincaré y el alemán David Hilbert. El primero presidió el Congreso, pero fue el segundo quien, con su conferencia titulada *Mathematische Probleme*, le proporcionó al congreso de París su lugar en la historia.

Parece ser que cuando recibió la invitación para participar, Hilbert pensó en utilizar la oportunidad para responder al papel que Poincaré, en sus conferencias en el anterior congreso mundial, le había otorgado a la Física como guía de las Matemáticas. Pero, aunque no abandonó del todo esa idea, decidió seguir la sugerencia de su amigo Hermann Minkowski y dedicar su conferencia a plantear los que, a su juicio, deberían ser los principales problemas a resolver por los matemáticos durante el siglo XX. Hilbert comenzó su discurso preguntándose sin tapujos «quién de nosotros no se sentiría feliz de poder levantar el velo tras el que se esconde el futuro y echar un vistazo a los próximos avances de nuestra ciencia y a los secretos que nos ha de deparar en los próximos siglos». La lista de 23 problemas que Hilbert expuso a continuación ha deslumbrado durante todo un siglo a los matemáticos, quienes se han esforzado, con notable éxito, por resolverlos.

Asombra la osadía de Hilbert, el atrevimiento con que logró un magnífico golpe de efecto, de enorme prestigio e influencia. A lo largo del siglo XX se ha podido comprobar cómo las nuevas teorías y técnicas permitían dar respuesta, uno tras otro, a la mayoría de los retos de Hilbert. Sin duda, la lista de Hilbert ha servido para marcar el avance de las matemáticas.

No debemos sobreestimar la importancia de la lista de Hilbert como programa de trabajo. Mucha más relevancia ha tenido el planteamiento axiomático que Hilbert propugnaba y que ha dominado el desarrollo de la Matemática durante toda la primera mitad de siglo, al menos.

Simplificando en gran medida, Hilbert, heredero del idealismo alemán, podría representar el estudio de las Matemáticas por sí mismas, en la línea que había hecho afirmar a Jacobi que el estudio de las Matemáticas se justificaba por el honor que aportaba al espíritu humano, y que comenzando con la tradición griega culmina en el método axiomático. Poincaré, por el contrario, representaría a aquellos que buscan la existencia de las matemáticas en el mundo físico, y que, en la tradición de Galileo, consideran a las matemáticas, fundamentalmente, como el lenguaje de la ciencia. ¡Qué distinto aprecio tiene cada uno por las ideas de Cantor!, una aberración para el francés, un paraíso para el alemán. Se trata, sin duda, de una reducción, pues



OURALELE

Hilbert no se priva de proponer problemas de la Física en su lista, mientras que Poincaré no supo apreciar la relevancia de los trabajos de Bachelier en la aplicación de la matemática a las finanzas.

El éxito de prospectiva de Hilbert se debe en parte a la fama que muy pronto adquirió su lista. Resolver uno de esos problemas ha significado notoriedad inmediata, lo que, sin duda, ha propiciado que algunos de ellos se hayan resuelto. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que no fueran buenos problemas, sino que una parte del atractivo de alguno de ellos se ha debido a aparecer en la lista y no, exclusivamente, a su interés intrínseco.

En Matemáticas, los problemas no son algo negativo; muy al contrario, los matemáticos ansían buenos problemas, cuestiones claras en las que se haya sabido sintetizar la dificultad esencial de un obstáculo conceptual. Una buena colección de problemas como la de Hilbert es una verdadera bendición para la comunidad matemática.

No todos los problemas han sido resueltos. El octavo, por ejemplo, permanece abierto: *Problemas de los números primos (incluyendo la hipótesis de Riemann)*. Su enunciado data de mediados del siglo XIX y fue planteado por el insigne matemático alemán Bernhard Riemann. Euclides en sus *Elementos* ya incluye una demostración de que los números primos (los números enteros que no se pueden dividir en partes iguales enteras salvo en partes de tamaño 1 o en una sola parte) son infinitos, pero ¿cómo se distribuyen estos números primos entre los demás números? Riemann propone una estructura muy exacta de esa distribución. Aún está por dilucidar si Riemann tenía razón o no. Una vez que el último teorema de Fermat es, finalmente, el teorema de Wiles, la hipótesis de Riemann se ha quedado sola como el reto más profundo y significativo de la Matemática.

Conviene recordar aquí un ciclo de conferencias que en 1976 organizó Felix E. Browder, por encargo de la American Mathematical Society, y que se tituló *Mathematical developments arising from Hilbert problems*. Se trata de una exhaustiva y cuidadosa revisión de los avances matemáticos que en esos tres cuartos de siglo se habían obtenido en relación con los problemas propuestos. Asombra la riqueza de conexiones entre distintas áreas de Matemáticas, de nuevas técnicas, y, también, de nuevas cuestiones a las que el trabajo sobre los problemas de Hilbert había dado lugar.

La Unión Matemática Internacional

La IMU (International Mathematical Union) es la sociedad de sociedades mate-

máticas nacionales. Aunque nace en los años veinte, no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando se asienta definitivamente.

Dos son las actividades más visibles de la IMU. La IMU organiza los Congresos Internacionales de Matemáticos (ICM). Los detalles de la organización recaen sobre un comité local, pero es la IMU la que selecciona la composición de las sesiones científicas, distinguiendo así los mejores trabajos recientes. Los ICM's siguieron celebrándose, tras el ya mencionado de París, cada cuatro años, salvo los paréntesis motivados por las guerras mundiales. Desde 1950 se celebran ya regularmente, excepto el de 1982 que se celebró en 1983 en Varsovia, eran los años turbulentos de la caída del régimen comunista y del sindicato Solidaridad.

Además, cada cuatro años un comité nombrado por la IMU decide los galardonados con la Medalla Fields.

La Primera Guerra Mundial supuso una disputa muy agria dentro de la comunidad matemática internacional que, impotente, asistió al enfrentamiento entre los matemáticos de Francia y de Alemania, a la sazón las dos primeras potencias matemáticas. Baste apuntar que el primer congreso que se celebró tras la guerra tuvo a Estrasburgo como sede y en él no se permitió la participación de matemáticos alemanes.

Fields fue un matemático canadiense que tuvo a su cargo la organización del congreso de Toronto de 1924. Su ingente labor diplomática hizo que aquel congreso fuera posible, pero no logró restañar las heridas abiertas, y el ambiente siguió enrarecido. Esa experiencia le movió a donar, en 1932, justo antes de morir, parte de su fortuna personal a un patronato que debía otorgar con ocasión de los ICM's «premios lo más internacionales e impersonales como fuera posible» para distinguir aportaciones creativas a las Matemáticas. Los primeros se concedieron en 1936 y luego, desde 1950 en adelante.

Con el tiempo, estos premios se han convertido en la máxima distinción en Matemáticas, una suerte de premios Nobel, pero con marcadas peculiaridades. Desde el primer momento, se ha seguido escrupulosamente la regla no escrita de no conceder el premio a nadie que sobrepasase los cuarenta años de edad. Andrew Wiles no ha sido distinguido con la Medalla Fields. Cuando anunció su demostración del último teorema de Fermat tenía menos de cuarenta años, pero, durante el proceso de comprobación de su argumento, surgieron ciertas dudas sobre algunos detalles que obligaron al comité Fields a actuar con prudencia, excluyéndolo de entre los candidatos; para la celebración del congreso de Berlín, la verificación ya se había completado, pero ya era demasiado tarde. Wiles ya había cumplido cuarenta y un años.

En 1992, el comité ejecutivo de la IMU se reunía en Río de Janeiro. La fascinante sombra del programa de Hilbert de 1900 se cernía sobre el horizonte.

La IMU, consciente de la presión de emular a Hilbert, decidió, en esa reunión de Río, proponerle a la comunidad matemática internacional un esfuerzo colectivo de reflexión que tuviera como resultado una propuesta análoga a la de Hilbert.

La situación no es la misma que en 1900, por dos motivos, principalmente.

No hay ahora nadie capaz de abarcar, ni de lejos, la amplitud ingente de la Matemática para, por sí solo, ser capaz de ofrecer un panorama completo de su estado actual y para postular un programa a largo plazo sobre los principales retos con los que ésta se enfrenta o con los que debiera enfrentarse. La Matemática, fundamentalmente durante la primera mitad de siglo y como consecuencia del método axiomático, se diversificó en una enorme cantidad de campos distintos.

Al comparar la situación actual con aquella de 1900 salta a la vista otra diferencia fundamental. En aquellos tiempos, la comunidad de investigadores en Matemáticas estaba compuesta por un reducido círculo de gentes interesadas en una ciencia más bien encerrada en sí misma, conectada, eso sí, con la Física. Pero a lo largo del siglo hemos asistido a un vertiginoso proceso de matematización de multitud de saberes. El éxito de las Matemáticas como lenguaje es indudable. Hace poco, en conferencias en la Fundación March, recordaba el profesor Sánchez Ron aquella afirmación de Kant de que «solamente se encuentra genuina ciencia en una teoría natural especial en la medida en que se encuentre matemática en ella».

Pero no nos referimos sólo a saberes de corte académico. Las Matemáticas aparecen en todo tipo de actividades de la vida diaria, en procesos de decisión empresarial, en organización de tareas industriales, en la investigación de operaciones, en los mercados financieros, en desarrollos tecnológicos e informáticos, etc., casi siempre de manera oculta para el gran público.

Este proceso, como ampliaremos más adelante, se ha acelerado y expandido sobremedura durante el último cuarto de siglo con el advenimiento de la asombrosa y accesible potencia de los ordenadores.

Así que examinar la situación de las Matemáticas ante el cambio de siglo es una tarea de una envergadura extraordinariamente más compleja y ambiciosa que en 1900.

Pero, además, en cuanto se comienza a reflexionar sobre ese papel de las Matemáticas en el mundo actual, se constata con desesperanza que la sociedad no es consciente de la importancia que éstas tienen en la empresa y en la industria, en la investigación científica y en el desarrollo tecnológico. La sociedad percibe las Matemáticas exclusivamente como ese cúmulo de técnicas rutinarias esencialmente inútiles que se vio obligado a aprender en sus años de bachillerato.

El Año Mundial de las Matemáticas

La IMU, ante este desolador problema de imagen, decide proclamar el año 2000 como Año Mundial de las Matemáticas, no sólo ya para reflexionar sobre los retos de investigación sino con el objetivo declarado de cambiar esa triste imagen y sensibilizar a la sociedad de la importancia de su papel. La IMU recaba y consigue el apoyo de la UNESCO a esta iniciativa. La UNESCO proclama por su parte el papel de la educación mate-



Viene de la página anterior



mática como valor cultural universal y como vehículo de desarrollo de los pueblos.

Un colega, con simpatía, nos hacía observar recientemente que hay días mundiales para conseguir que la sociedad reflexione y tome partido sobre distintas causas dignas de apoyo, y que, sin embargo, para lograr ese mismo objetivo las Matemáticas parecían necesitar todo un año.

Pero la IMU no pierde de vista la motivación original y organiza, a través de distintas sociedades nacionales, congresos y simposios para estudiar hacia dónde se ha de orientar la investigación matemática del futuro. El libro *Mathematics: Frontiers and Perspectives* se enmarca dentro de estas actividades. La IMU encargó a cuatro destacados matemáticos, Arnold, Atiyah, Lax y Mazur, que organizaran una publicación colectiva en la que figuras de la matemática actual dieran su opinión en este sentido.

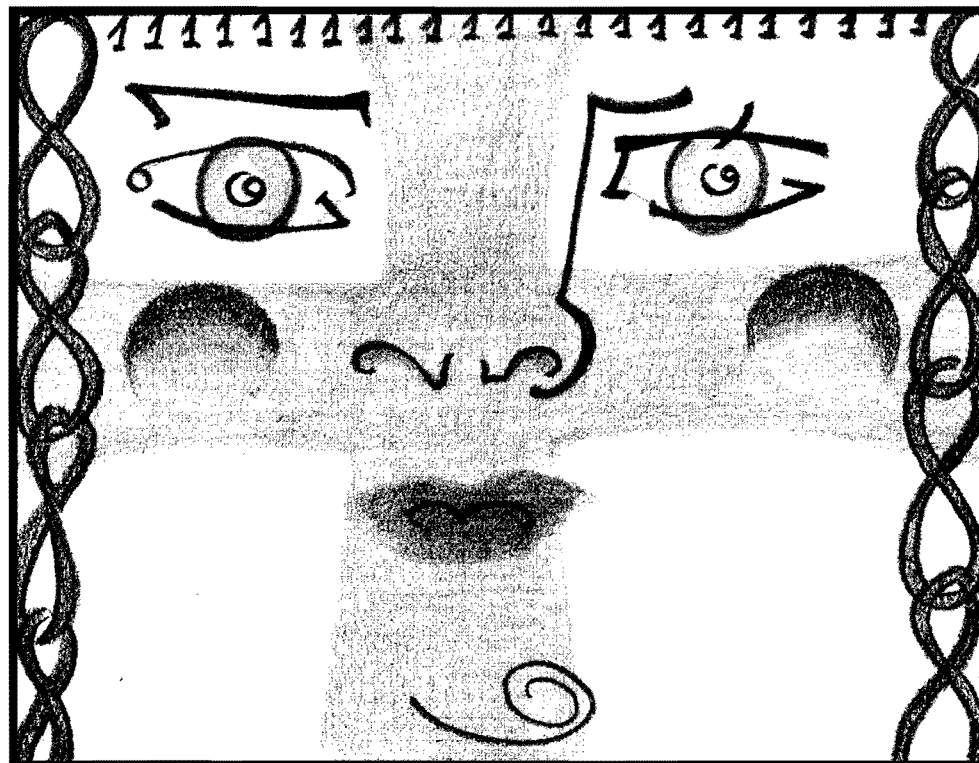
Matemáticas en transición

Las matemáticas se encuentran en un momento de transición. Se dirá que siempre están cambiando, pues multitud de investigadores se afanan en añadir constantemente nuevos resultados, teorías, problemas y conjeturas, y soluciones al imponente edificio que constituye el conocimiento matemático. Pero nos estamos refiriendo a cambios de mayor envergadura, cambios en los que los objetivos, los fundamentos, los puntos de vista de la ciencia matemática están en revisión.

Uno de los motores de esta transición lo constituyen los ordenadores, con su portentosa capacidad computacional y de simulación. Una visión ingenua diría que el advenimiento de los ordenadores haría innecesarias a las Matemáticas en muchos contextos donde ahora se aplican; nada más lejos de la realidad. Obtener el máximo rendimiento de esa potencia está requiriendo matemáticas cada vez más finas. La fuerza bruta del ordenador es útil, pero potencia sin control no sirve de casi nada.

Las Matemáticas son el lenguaje de la ciencia, pero, además son el lenguaje de los ordenadores. Y esto en un doble sentido. Por una parte, la estructura interna de los ordenadores es profundamente matemática. Pero además nos comunicamos con ellos a través de modelos matemáticos.

Todos los informes que se han elaborado recientemente sobre el futuro de la investigación matemática apuntan al estudio de los sistemas complejos como el reto más importante de las Matemáticas. Entendemos por sistema complejo aquellos con un número grande de variables determinantes y con un gran número de ecuaciones (determinísticas, estocásticas, dinámicas, ...) que rigen el comportamiento y la relación de esas variables. Un «sistema económico o financiero», un «sistema biológico», a distintos niveles de dimensión, desde el genoma humano a un sistema ecológico pasando por un ser vivo o par-



OUKA LELE

te de él, como el cerebro humano, la «física de la turbulencia o del clima», hasta la propia estructura interna de «sistemas computacionales» son ejemplos, quizás de los más importantes, de sistemas complejos. La complejidad parece ser una de las palabras clave de la matemática del futuro.

¿Cómo es que desde hace algún tiempo la ciencia se enfrenta con estos niveles de complejidad? La respuesta, como ya hemos señalado, yace en la creciente capacidad computacional y de simulación de los ordenadores.

Los ordenadores constituyen un magnífico laboratorio en el que se pueden simular realidades muy complejas. Y esto a través de modelos matemáticos. Recogemos el análisis de la realidad, nuestra interpretación, en modelos con ecuaciones que expresan las relaciones entre las variables que intervienen, es decir, mediante modelos matemáticos.

Las realidades que se pretende modelizar y entender son cada vez más complejas en una espiral de ambición sin límites. Y esto fuerza a un desarrollo de lenguaje y de técnica matemática nueva, de características que quizás no podamos prever, que ha de permitir, no sólo la creación de modelos, sino su análisis y procesado previo a la simulación y a su tratamiento algorítmico, y distinguir los resultados espurios de los legítimos. Los sistemas a estudio son cada vez más complejos.

El análisis, la computación y la simulación mediante ordenadores y técnicas informáticas están generando enormes cantidades de datos en bruto que requieren de esquemas matemáticos para su filtrado y análisis, y para que, de esa forma, se transformen en conocimiento. Todo esto requiere más y mejores matemáticas, quizás incluso exija otras matemáticas. El desafío está ahí y el tiempo dirá.

Pero no sólo eso. El ordenador nos está forzando a, y a la vez, está haciendo posible, comenzar a entender los aspectos algorítmicos de muchos procesos mentales: la visión, el reconocimiento de patrones, pautas y formas (la esencia de las Matemáticas) y hasta el proceso de aprendizaje y de comprensión.

Smale en el volumen al que nos estamos refiriendo sitúa como uno de los retos, como uno de los problemas matemáticos más importantes del inmediato futuro, el de averiguar cuáles son los límites de la inteligencia, del conocimiento humano. ¿Descabellado? Quizás se diga que eso no es matemáticas. Pero si los procesos de aprendizaje y de conocimiento son matematizables (con nueva matemática) sus límites lo serán también. Pensemos, en cualquier caso, que el teorema de Gödel justamente determina las limitaciones de la lógica aristotélica (que no es sino un modelo ingenuo del proceso de pensamiento) y, en suma, del método axiomático de inferir conclusiones inevitables derivadas de axiomas o verdades incontestables.

Mumford, en su provocativo artículo en este volumen, «The dawning of the age of stochasticity», aboga por todo un programa en esa dirección. No sólo insiste en el papel, cada vez más importante, de la modelización probabilística, digamos, clásica; va mucho más allá. Las Matemáticas se fundamentan en una estructura silogística, que podríamos llamar determinística, de conclusiones inevitables, de ceros y unos, de verdadero y falso. Ese modelo de conocimiento, de pensamiento es insuficiente. Mumford, con otros antes, propone esquemas de «plausibilidades» iterativamente revisables, un modelo epistemológico estocástico y bayesiano y, por tanto, una forma radicalmente nueva de hacer y estructurar matemáticas.

Por supuesto, la Matemática sigue teniendo numerosos retos internos, como ciencia que es, que siguen atrayendo el interés de los matemáticos. Pero también aquí se observan nuevos esquemas. La palabra clave aquí es la cooperación entre las distintas áreas de las Matemáticas. Esas áreas que tanto se desarrollaron, como decíamos, como consecuencia del programa implícito en el planteamiento axiomático de Hilbert, crearon técnicas que desde hace tiempo se usan combinadamente en todo tipo de problemas matemáticos. Por fortuna, nos encontramos ante una conjunción de saberes de las Matemáticas que han de darle nueva potencia.

Varias de las contribuciones a este volumen están dedicadas a describir los problemas técnicos de mayor interés dentro de áreas específicas de las matemáticas por algunos de sus más destacados exponentes.

Connes y Arnold, cada uno, exhiben la portentosa unidad de las matemáticas analizando problemas concretos (como la hipótesis de Riemann) desde distintas teorías o áreas de las Matemáticas. Las conexiones con otras ciencias y saberes, sobre todo con Física y con Computación, no dejan, como no podía ser de otro modo, de estar presentes.

Sólo Smale se atreve con una lista global de retos matemáticos. Su lista comienza, como mandan los cánones, con la Hipótesis de Riemann, y continúa con la conjetura de Poincaré. Destacan además los problemas sobre la Teoría de Complejidad Computacional y los de modelización de equilibrio económico, para concluir con el ya mencionado en el que se pregunta cuáles son los límites de la inteligencia.

En el cultivo de las Matemáticas conviven dos culturas: aquella que pone a los problemas, los retos concretos, como el objeto de la investigación matemática y aquella otra de los que sitúan la creación de teorías, la ampliación del propio lenguaje matemático, como el objetivo central. Gowers en un delicioso artículo explica la necesidad de las dos posturas. El buen lenguaje matemático, la buena teoría, permite resolver los problemas que se van presentando y, a su vez, los problemas bien escogidos exigen de más y mejor lenguaje matemático, propiciando su desarrollo.

Mumford recuerda en su texto la definición de Davis y Hersch de las Matemáticas como: «El estudio de objetos mentales con propiedades reproducibles». Los objetos de las Matemáticas son abstractos, son construcciones mentales. Requieren de rigor de argumentación exclusivo y, por ende, de una disciplina mental férrea. Dedicarse a las matemáticas precisa, por tanto, de una vocación especial. La afamada escuela húngara de este siglo consideraba a las Matemáticas como una suerte de sacerdocio. No debemos sorprendernos, pues, de que en un volumen en que se ofrece a los autores la oportunidad de mirar al futuro de esta ciencia haya artículos, por otra parte de espléndida sinceridad, como el de Frances Kirwan, catedrática de la Universidad de Oxford, dedicados a describir la experiencia, las renunciaciones, las exigencias de ser matemático, o como el de Yuri Manin, que, en línea parecida, nos habla de las Matemáticas como profesión y como vocación, casi como una forma de mirar el mundo.

Atiyah en la introducción de este volumen se pregunta si debe ser optimista ante el futuro que se le avecina a las Matemáticas. Concluye que sí, y por dos razones fundamentales:

«La primera es su larga historia y continuidad. Yo creo que si Newton, Gauss, o incluso Arquímedes, regresaran a la vida, se pondrían al día tras un breve curso, y entenderían y aprobarían el progreso alcanzado (aunque Gauss habría manifestado que varios de los resultados se podrían encontrar en papeles que él había dejado guardados en algún cajón). La segunda razón para el optimismo es que las Matemáticas han mostrado una consistente capacidad para renovarse a sí mismas mediante la síntesis del trabajo precedente y la infusión de nuevas ideas, algunas de las cuales provienen del mundo real. Sólo de esta manera pueden las nuevas generaciones continuar la tarea.»

RESUMEN

Hace cien años, en un congreso de matemáticos, el alemán Hilbert presentó una lista con los principales problemas que tendrían que resolver los matemáticos a lo largo del siglo XX. Ahora, cuando concluye el Año Mundial de las Matemáticas, Fernández Pérez comenta un libro colectivo que pretende analizar hacia dónde se ha de orientar la investigación matemática del futuro. En cierto

modo, de ese esfuerzo conjunto de reflexión se puede obtener una propuesta análoga a la de Hilbert. Para el comentarista, las matemáticas se encuentran en un momento de transición, y uno de los motores de este período son los ordenadores, que no sólo no hacen innecesarias a las matemáticas, como ingenuamente cabría pensar, sino que está obligando a los matemáticos a hilar más fino.

V. Arnold, M. Atiyah, P. Lax y B. Mazur (eds.)

Mathematics: Frontiers and Perspectives

American Mathematical Society, 1999. 459 páginas. 49 dólares. ISBN: 0-8218-2070-2.

En el próximo número

Artículos de José Manuel Sánchez Ron, Antonio López Pina, Gonzalo Anes, Francisco García Olmedo, Mario Camus y Francisco Rodríguez Adrados.

ARTE

ARGULLOL, Rafael
 "La imaginación del mundo", sobre *El arte y sus lugares*, de Antoni Tàpies. Nº 138. Octubre. Pág. 3.
 BOZAL, Valeriano
 "Antonio Saura, el perro de Goya", sobre *Fijeza*, de Antonio Saura. Nº 133. Marzo. Págs. 4-5.
 JIMÉNEZ, José
 "El arte en la maleta", sobre *Joseph Cornell / Marcel Duchamp... in resonance*, de autores varios. Nº 131. Enero. Págs. 10-11-12.
 MENA MARQUÉS, Manuela B.
 "Una obra maestra de la pintura universal", sobre *El Jardín de las Delicias*, de Joaquín Yarza. Nº 132. Febrero. Págs. 1-2-3.
 NIETO ALCAIDE, Víctor
 "La naturaleza muerta y el fin de la historia", sobre *El Guernica de Picasso*, de Francisco Calvo Serraller. Nº 137. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

BIOLOGÍA

GANCEDO, Carlos
 "El árbol y las ramas", sobre *Consilience. The Unity of Knowledge*, de Edward O. Wilson. Nº 136. Junio-julio. Págs. 10-11.

CIENCIA

BEATO, Miguel
 "Una neurobiología de la estética", sobre *Inner Vision. An Exploration of Art and the Brain*, de Semir Zeki. Nº 139. Noviembre. Págs. 1-2-3.
 GARCÍA DONCEL, Manuel
 "Darwin, azar, dolor, cultura y Creador", sobre *Evolutionary and Molecular Biology: Scientific Perspectives on Divine Action*, de R. J. Russell, W. R. Stoeger y F. J. Ayala (eds.). Nº 131. Enero. Págs. 8-9.
 GARCÍA OLMEDO, Francisco
 "Grandes y miserias de la ciencia", sobre *En busca de Klingsor*, de Jorge Volpi. Nº 132. Febrero. Págs. 6-7.
 LÓPEZ PIÑERO, José María
 "Ciencia española: su investigación histórica", sobre *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, de José Manuel Sánchez Ron. Nº 133. Marzo. Págs. 10-11.
 MATO, José María
 "Pasión por la historia", sobre *The Seekers. The History of Man's Continuing Quest to Understand His World*, de Daniel J. Boorstin. Nº 137. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.
 PASCUAL, Ramón
 "Cartas celestes", sobre *La hija de Galileo*, de Dava Sobel. Nº 138. Octubre. Págs. 10-11.

CINE

BARDEM, Juan Antonio
 "Contexto político del neorealismo italiano", sobre *El neorealismo cinematográfico italiano*, de Lino Micciché (ed.). Nº 137. Agosto-septiembre. Pág. 12.
 GUBERN, Román
 "Horizontes del cine latinoamericano", sobre *Tierra en trance. El cine latinoamericano en 100 películas*, de Alberto Elena y Marina Díaz López. Nº 131. Enero. Pág. 3.
 "Imágenes azules de la guerra civil", sobre *El cine en la zona nacional. 1936-1939*, de Rosa Álvarez Berciano y Ramón Sala Noguera. Nº 139. Noviembre. Pág. 12.

DERECHO

ALONSO OLEA, Manuel
 "El trabajo y su derecho", sobre *Trabajo y empleo. Transformaciones del trabajo y futuro del Derecho del Trabajo en Europa*, de autores varios. Nº 135. Mayo. Págs. 8-9.
 TOHARIA, José Juan
 "Jueces y política", sobre *Estado de Derecho. Problemas actuales*, de Liborio Hierro. Nº 134. Abril. Págs. 8-9.

ECONOMÍA

SERRANO SANZ, José María
 "Claroscuros de la economía española", sobre *España, Economía: ante el siglo XXI*, de José Luis García Delgado (dir.). Nº 138. Octubre. Págs. 8-9.
 TORTELLA, Gabriel
 "Del maravedí al euro", sobre *El Servicio de Estudios del Banco de España, 1930/2000*, de Pablo Martín Aceña, y *El Banco de San Fernando (1829-1856)*, de Pedro Tedde de Lorca. Nº 139. Noviembre. Págs. 10-11.
 VELARDE FUERTES, Juan
 "Keynes, siempre Keynes", sobre *La obra de John Maynard Keynes y su visión del mundo financiero*, de Antonio Torrero Mañas. Nº 132. Febrero. Págs. 8-9.

FILOLOGÍA

ALVAR, Manuel
 "Realidad y abstracción en una gramática de uso", sobre *Grammaire Espagnole*, de Jacques de Bruyne. Nº 136. Junio-julio. Págs. 8-9.

BADIA I MARGARIT, Antoni M.
 "Joan Coromines, entre el mito y la crítica", sobre *L'obra de Joan Coromines. Cicle d'estudi i homenatge*, de Joan Solà (ed.). Nº 133. Marzo. Págs. 6-7.
 LORENZO, Emilio
 "Diccionario esperado, oportuna ortografía", sobre *Ortografía de la Lengua española*, de autores varios, y *Diccionario del español actual*, de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos. Nº 134. Abril. Págs. 1-2-3.
 RICO, Francisco
 "Los puntos y las tes", sobre *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*, de Pedro Sánchez-Prieto Borja. Nº 133. Marzo. Págs. 8-9.
 SECO, Manuel
 "Los pilares de un diccionario moderno", sobre *Diccionari del Català Contemporani. Corpus Textual Informatitzat de la Llengua Catalana: Diccionari de freqüències*, de Joaquim Rafel i Fontanals (dir.). Nº 138. Octubre. Págs. 4-5.
 SIGUAN, Miquel
 "Sobre el lenguaje y las lenguas", sobre *Qué son las lenguas*, de Enrique Bernárdez. Nº 139. Noviembre. Págs. 8-9.

FILOSOFÍA

CEREZO GALÁN, Pedro
 "El perfil público de Ortega y Gasset", sobre *Los intelectuales y la política*, de Vicente Cacho Viu. Nº 140. Diciembre. Págs. 6-7.
 PEÑALVER GÓMEZ, Patricio
 "El resto judío y la crisis de Europa", sobre *La estrella de la redención*, de Franz Rosenzweig. Nº 132. Febrero. Págs. 10-11.
 SOTELO, Ignacio
 "Diálogo entre dos culturas incomunicadas", sobre *Ce qui nous fait penser. La nature et la règle*, de Jean-Pierre Changeux y Paul Ricœur. Nº 131. Enero. Págs. 4-5.

FÍSICA

GARCÍA VELARDE, Manuel
 "Crear, criticar e historiar", sobre *Seeking Ultimates. An intuitive Guide to Physics*, de Peter T. Landsberg. Nº 135. Mayo. Págs. 10-11.

HISTORIA

ARTOLA, Miguel
 "El contrato social", sobre *The Origins of Human Society*, de Peter Bogucki. Nº 136. Junio-julio. Págs. 4-5.
 BONET CORREA, Antonio
 "Madrid en su historiografía", sobre *Madrid en sus libros*, de Antonio Pau Pedrón. Nº 134. Abril. Págs. 4-5.
 DÍAZ, Elías
 "De la Institución a la Constitución", sobre *Un siglo de España: la cultura*, de Juan Pablo Fusi. Nº 140. Diciembre. Págs. 8-9.
 DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
 "La tragedia de África", sobre *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*, de Henri L. Wesseling. Nº 133. Marzo. Págs. 1-2.
 FRAILE, Medardo
 "Semillas que cambiaron el mundo", sobre *Seeds of Change. Six Plants that Transformed Mankind*, de Henry Hobhouse. Nº 132. Febrero. Pág. 12.
 PALACIO ATARD, Vicente
 "Los validos como fenómeno europeo", sobre *El mundo de los validos*, de John Elliot y Laurence Brockliss (dirs.). Nº 138. Octubre. Págs. 1-2.
 SERNA, Alfonso de la
 "Al norte del Río Grande", sobre *The Hispanic Presence in North America. From 1492 to Today*, de Carlos Manuel Fernández-Shaw. Nº 133. Marzo. Pág. 3.

LITERATURA

BOZAL, Valeriano
 "Gallardo, polemista satírico y erudito", sobre *Bartolomé J. Gallardo (Sátira, pensamiento y política)*, de Alejandro Pérez Vidal. Nº 140. Diciembre. Págs. 1-2-3.
 CARNERO, Guillermo
 "Con el humo de aquella gran hoguera", sobre *Viajero de soledades. Estudios sobre José María Hinojosa*, de Julio Neira. Nº 134. Abril. Págs. 6-7.
 FRAILE, Medardo
 "Machado siempre todavía", sobre *The Eyes*, de Don Paterson. Nº 137. Agosto-septiembre. Pág. 3.
 MAINER, José-Carlos
 "Conciencia plena: el último Juan Ramón", sobre *Lírica de una Atlántida*, de Juan Ramón Jiménez. Nº 131. Enero. Págs. 1-2.
 "Clarín, de nuevo: visperas de centenario", sobre *Siglo pasado*, de Leopoldo Alas "Clarín". Nº 136. Junio-julio. Págs. 1-2-3.
 MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
 "En el reino del crítico", sobre *Shakespeare. The Invention of the Human*, de Harold Bloom. Nº 140. Diciembre. Págs. 4-5.
 MARTÍNEZ CACHERO, José María
 "Día a día con Juan Ramón Jiménez", sobre *Juan Ramón de viva voz*, de Juan Guerrero Ruiz. Nº 135. Mayo. Págs. 4-5.
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "Pasión por la mitología", sobre *Mythes Grecs I. Origines*, de Alain Moreau. Nº 135. Mayo. Págs. 6-7.

VILLANUEVA, Darío
 "El fenómeno de la literatura", sobre *La obra de arte literaria*, de Roman Ingarden. Nº 137. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

MATEMÁTICAS

CÓRDOBA, Antonio
 "Por todas las razones prácticas", sobre *Las matemáticas en la vida cotidiana*, de Solomon Garfunkel (dir.) y Lynn A. Steen (ed.). Nº 137. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.
 FERNÁNDEZ PÉREZ, José Luis
 "Matemáticas en transición", sobre *Mathematics: Frontiers and Perspectives*, de V. Arnold, M. Atiyah, P. Lax y B. Mazur (eds.). Nº 140. Diciembre. Págs. 10-11.
 GUZMÁN, Miguel de
 "La matemática entra en la novela", sobre *El tío Petros y la conjetura de Goldbach*, de Apostolos Doxiadis, y *El teorema del loro. Una novela para comprender matemáticas*, de Denis Guedj. Nº 137. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
 RÍOS, Sixto
 "Arte y ciencia de tomar buenas decisiones", sobre *Why Flip a Coin? The Art and Science of Good Decisions*, de H.W. Lewis. Nº 138. Octubre. Pág. 12.

MÚSICA

FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael
 "Música árabe-andaluza", sobre *Instruments de musique du Maroc et d'Al-Andalus*, de Catherine Homo-Lechner y Christian Rault. Nº 134. Abril. Pág. 12.

NUTRICIÓN

VILARDELL, Francisco
 "La enciclopedia de la alimentación", sobre *The Oxford Companion to Food*, de Alan Davidson (ed.). Nº 138. Octubre. Págs. 6-7.

PENSAMIENTO

GARCÍA BERRIO, Antonio
 "El olvido sintoma", sobre *Leteo: Arte y crítica del olvido*, de Harald Weinrich. Nº 139. Noviembre. Págs. 6-7.
 GARCÍA CALVO, Agustín
 "¿Una Física sin tiempo?", sobre *The End of Time. The next Revolution in Physics*, de Julian Barbour. Nº 139. Noviembre. Págs. 4-5.

POLÍTICA

LÓPEZ PINTOR, Rafael
 "Auditoría de la democracia", sobre *Political Power and Democratic Control in Britain. The Democratic Audit of the United Kingdom*, de Stuart Weir y David Beetham. Nº 135. Mayo. Págs. 1-2-3.
 TUSELL, Javier
 "Comprender la política", sobre *La Politique est-elle intelligible?*, de René Rémond. Nº 131. Enero. Págs. 6-7.

PSICOLOGÍA

COLINAS, Antonio
 "Jung, un psicólogo del siglo XXI", sobre *Introducción a Jung*, de Polly Young-Eisendath y Terence Dawson (eds.). Nº 132. Febrero. Págs. 4-5.

QUÍMICA

ALARIO, Miguel Ángel
 "La edad de la molécula", sobre *The Age of the Molecule*, de Nina Hall (ed.). Nº 134. Abril. Págs. 10-11.
 SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos
 "La química de la vida", sobre *Los elementos y moléculas de la vida*, de Manuel Losada, M. Á. Vargas, M. de la Rosa y F. Florencio. Nº 135. Mayo. Pág. 12.

SOCIEDAD

VERDÚ, Vicente
 "La desaparición de lo real", sobre *L'échange impossible*, de Jean Baudrillard. Nº 133. Marzo. Pág. 12.

TEATRO

AMO, Álvaro del
 "El autor, la obra, el actor", sobre *True and False*, de David Mamet. Nº 136. Junio-julio. Pág. 12.

URBANISMO

FERNÁNDEZ ALBA, Antonio
 "Madrid, metrópoli emergente del siglo XXI", sobre *Madrid, 1979/1999. La transformación de la ciudad en veinte años de ayuntamientos democráticos*, de autores varios. Nº 136. Junio-julio. Págs. 6-7.

Ciencia, tecnología y humanidad

Por José Manuel Sánchez Ron

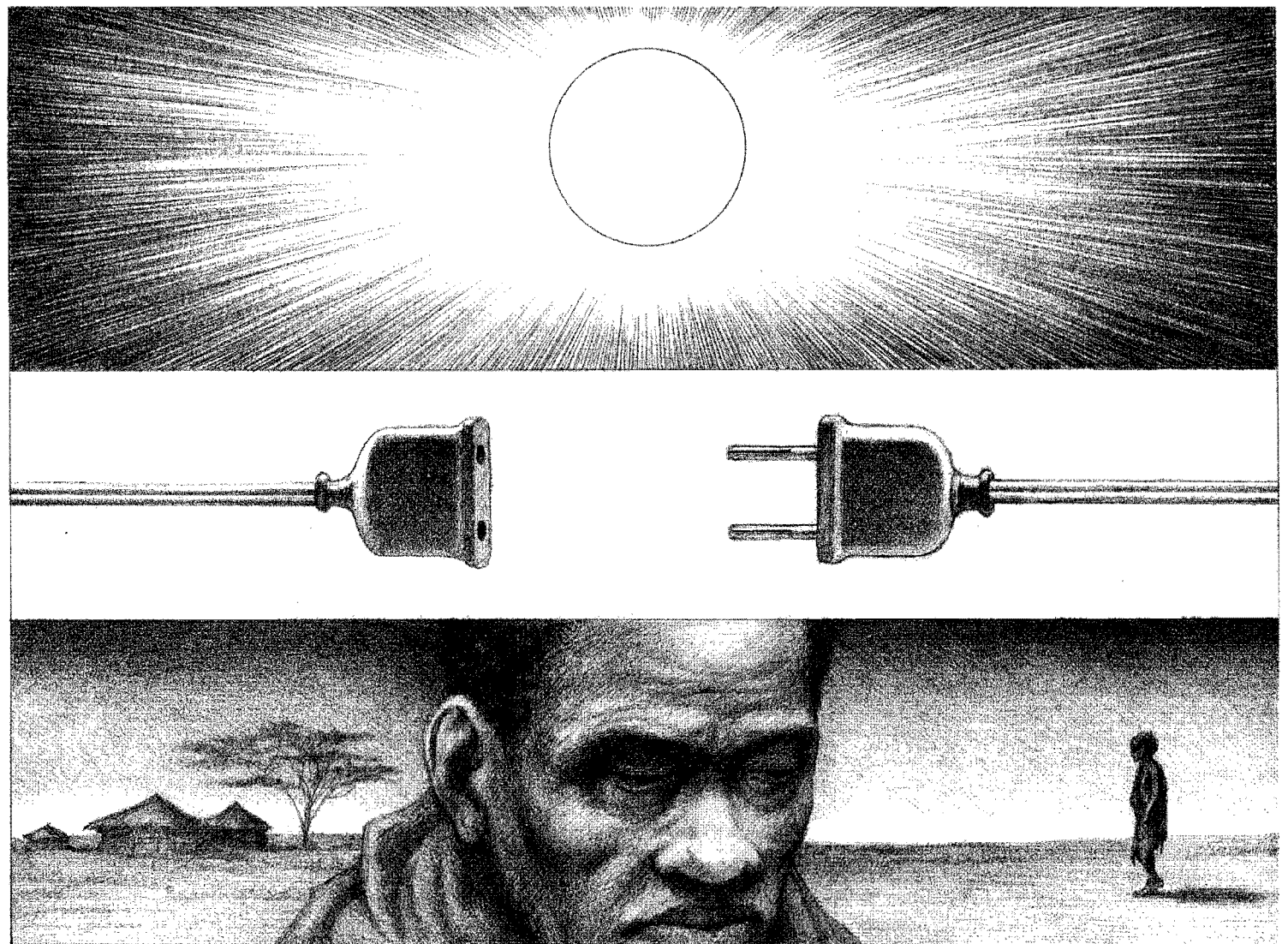
José Manuel Sánchez Ron (Madrid, 1949) es doctor en Física por la Universidad de Londres y catedrático de Historia de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid, donde antes fue profesor titular de Física Teórica. Ha publicado más de una docena de libros, entre los que se encuentran: El origen y desarrollo de la relatividad, El poder de la ciencia, Diccionario de la ciencia, Cincel, martillo y piedra, Marie Curie y su tiempo y El Siglo de la Ciencia.

Los fines de siglo, más aún los de milenio, son momentos apropiados tanto para recapitular lo acontecido como para intentar adivinar las pautas principales por las que presumiblemente transcurrirá el futuro. Ahora bien, hay muchos «futuros» o, mejor, el futuro es como un árbol con muchas ramas, así que ¿sobre cuál centrarse?

Pues bien, en este fin del siglo y milenio nuestro, y frente a lo que sucedió en momentos comparables del pasado en los que los visionarios religiosos fueron los más conspicuos, ahora acaso sean los científicos los más visibles y los que con mayor frecuencia toman la palabra o son objeto de atención, una situación ésta que refleja perfectamente el espíritu del tiempo en el que vivimos. Un tiempo en el que la ciencia es considerada como un elemento fundamental a la hora de entender lo que ha sido el siglo XX, al igual que como el factor que condicionará el XXI más que ningún otro.

En lo que a entender lo que ha sido el siglo que nos ha dejado, basta con recordar que éste ha contemplado varias –y muy radicales– transformaciones científicas. De hecho, no sería imposible que en el futuro se le recuerde más por ser la centuria en la que se desarrollaron las teorías especial y general de la relatividad, la física cuántica o la teoría molecular de la herencia que por haber albergado acontecimientos del tipo de dos guerras mundiales o la extensión de la democracia y los derechos individuales. Otra cosa es que sea conocido como el «Siglo de la Ciencia».

Si fuese hoy cuando tuviésemos que elegir un nombre, deberíamos considerar muy seriamente llamarlo, efectivamente, el «Siglo de la Ciencia», pero si fuera dentro de medio siglo o más, seguramente no. Y ello porque, en mi opinión, el siglo XXI asistirá a una auténtica explosión de la ciencia y de la tecnología. Una explosión de tal calibre que modificará sustancialmente nuestras vidas, ideas y expec-



FUENCISLA DEL AMO

tativas. Es precisamente por este hecho por lo que tiene sentido e importancia preguntarnos cómo influirá el desarrollo científico en el futuro que nos aguarda. Si realmente nos va a influir tanto, deberíamos ser plenamente conscientes de ello con el fin de que nos planteemos si es preciso o conveniente tomar alguna medida que mitigue la intensidad de los cambios previstos, o que dirija en las direcciones que deseamos favorecer esas investigaciones que configurarán el futuro.

Las semillas de la explosión a la que me refiero ya se encuentran sembradas en varios campos, en algunos con mayor intensidad que en otros. Como en la biología molecular, en donde se ha producido la última gran revo-

lución de nuestro siglo. También en las ciencias biomédicas, relacionadas con la biología molecular, evidentemente, pero no reducibles exclusivamente a ella. Y, por supuesto, en el mundo de la ciencia y tecnología de la transmisión y manipulación de información. Son tan evidentes esas semillas, y, consecuentemente, se va haciendo tan importante la tarea de identificar cuáles son los principales problemas que la ciencia habrá de resolver en los próximos tiempos que no es sorprendente que florezcan textos en los que científicos tratan de imaginar el futuro de la ciencia. Científicos como John Maddox, el durante mucho tiempo editor de la influyente revista *Nature*, que ha publicado un libro significativamente titulado *Lo que queda por descubrir* (1999). Los planteamientos de Maddox son sólidos, pero poco imaginativos. Acostumbrado a no transgredir los límites de lo firmemente establecido no ha dejado volar su imaginación, centrándose en resaltar cuáles son los principales problemas que en la actualidad tiene planteada la ciencia, como pueden ser el origen de la vida, explicar el funcionamiento del cerebro, o cómo empezó a existir el universo. Es decir, problemas fundamentales, sin duda, pero cuya enunciación sorprendería a pocos –si es que alguno– científicos. Mucha más imaginación

y atrevimiento se encuentran en el libro del físico teórico Michio Kaku: *Visiones* (1998). «Cómo la ciencia revolucionará la materia, la vida y la mente en el siglo XXI» es el subtítulo de su texto, centrado en las revoluciones informática, biomolecular y cuántica. Unas revoluciones que acaso, señala este autor recordando la opinión de ciertos científicos, converjan en el futuro produciendo nuevos «seres», los denominados «cyborgs»: «La teoría cuántica», escribe, «nos proporcionaría transistores cuánticos microscópicos más pequeños que una neurona. La revolución informática nos daría redes neuronales tan potentes como las que se encuentran en el cerebro. Y la revolución biomolecular nos daría la capacidad de sustituir las redes neuronales de nuestro cerebro por redes sintéticas, ofreciéndonos de este modo una forma de inmortalidad». Nuevas formas de vida que no es imposible que sean necesarias para cumplir lo que podría ser el destino último de la humanidad: abandonar la Tierra en busca de otros hogares: nuestro planeta, recordemos, morirá, incendiado, casi engullido, por el sol, cuando éste, en su camino a convertirse en un gigante rojo, haya agotado, en un plazo máximo de unos 5.000 mi-



En este número

Artículos de

J. M. Sánchez Ron	1-2-3	Francisco García Olmedo	8-9
Antonio López Pina	4-5	Mario Camus	10-11
Gonzalo Anes	6-7	F. Rodríguez Adrados	12

SUMARIO en página 2



Ciencia, tecnología y humanidad

liones de años, su combustible de hidrógeno y su radio haya alcanzado la órbita de Marte.

Claro que plazos como éstos se encuentran tan alejados que es más que aventurado establecer algún tipo de relación con los seres biológicos que somos los humanos en la actualidad. Quién sabe qué clase de vida, qué clase de «humanos-cyborgs» poblarán la Tierra dentro no ya de cinco mil millones de años, sino de un millón, en el supuesto, claro está, de que la vida, y en concreto la vida «humana», haya podido sobrevivir, algo que, visto lo sucedido en los últimos dos siglos, puede resultar dudoso.

Ciencia y humanidad

Y aunque así no fuera, aunque la especie humana, evolucionada pero manteniendo aún vínculos reconocibles con los humanos actuales, sobreviviera uno o cinco mil millones de años, ¿para qué, salvo como entretenimiento literario, intentar imaginar futuros a tan largo pla-

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

zo? Semejante futuro no sólo es en última instancia inimaginable, sino que, además, poco tiene que ver, por mucho que nos esforcemos, con nosotros; recordemos en este punto, para situar mejor nuestras escalas temporales, que los primeros restos de nuestra especie parecen remontarse a hace únicamente entre 500.000 y 300.000 años; y que la última manifestación de ese pasado, el «homo sapiens sapiens» —es decir, nosotros—, apareció hace unos 100.000 años.

Y si en 100.000 años hemos cambiado tanto, en cuanto a conocimientos y modos de vivir al menos, ¿no es posible que cambiemos mucho, biológicamente incluso, en unos pocos siglos?

Precisamente por cuán imprevisible puede ser el futuro para los humanos, adquiere especial importancia otra forma de preverlo, una forma a través de la cual tal vez sea posible sentar bases para que lo imaginado pueda convertirse en realidad en no demasiado tiempo: la de centrarse en innovaciones que al mismo tiempo que revolucionen, acaso, el futuro, puedan mejorar sustancialmente la situación de penuria en la que se encuentran tantos millones y millones de humanos en nuestro, en otros aspectos, tan desarrollado y capaz mundo.

Para esa tarea de previsión e imaginación se necesitan los conocimientos y experiencia del científico, pero no los de cualquier científico, sino los del profesional humanista y compasivo, que busca en el inmenso océano de posibilidades que puede abrir en el futuro el conocimiento tecnocientífico aquellas que mejoren la condición humana. Uno de esos científicos, experimentados, innovadores, imaginativos, con experiencia en el asesoramiento en proyectos prácticos, humanistas y compasivos es Freeman Dyson, el físico matemático de origen inglés (Winchester, 1923) que tras estudiar (1941-1943) matemáticas puras en la Universidad de Cambridge, el Cambridge de Hardy y Littlewood, terminó abandonando su patria en 1947, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, instalándose en Estados Unidos, primero en la Universidad de Cornell, en donde nada menos que Hans Bethe le introdujo en los misterios de la física cuántica y nuclear, y más tarde (1948) en Princeton, en cuyo Institute for Advanced Study ha pasado la mayor parte del resto de su vida. Con semejante bagaje, matemático y físico, no pasó mucho tiempo para que Dyson entrase a formar parte del grupo de físicos que

construyeron la electrodinámica cuántica; de hecho, no faltan quienes sostienen que Dyson debió haber sido galardonado por sus aportaciones al desarrollo de esa teoría, que para la Academia Sueca se limitó a Feynman, Schwinger y Tomonaga.

Hace ya bastantes años que Dyson dedica una buena parte de su tiempo a escribir libros de ensayo (me gusta más —y es más apropiada para él— esta palabra que la de «divulgación») científico. Unos ensayos en los que el tema del futuro, y muy especialmente la exploración espacial en el futuro, ha ocupado un lugar preferente. Continuando en semejante línea, pero dejando de lado la cuestión de los viajes espaciales, ahora acaba de publicar una nueva obra: *El sol, el genoma e Internet*.

Alerta ante la dirección por la que se mueve la investigación científica en la actualidad, bien informado y perspicaz en lo relativo a las posibilidades prácticas que esa investigación abre, y sensible frente a las necesidades de los colectivos humanos más marginados del planeta, Dyson ha sabido relacionar tres campos científicos cuyo desarrollo puede afectar, o, mejor, ser aplicado a la mejora de las condiciones de vida de esos colectivos: «Busco», escribe, «maneras en que la tecnología pueda contribuir a la justicia social, a la atenuación de las diferencias entre ricos y pobres, a la conservación de la Tierra. Me interesan sobre todo las tecnologías que puedan desarrollarse durante el próximo medio siglo, durante las vidas de nuestros hijos y nietos. En esta perspectiva a corto plazo, la comunicación espacial puede tener importancia, pero el viaje espacial es irrelevante».

El primero de esos tres campos es el sol, un dominio hasta cierto punto sorprendente, en tanto que no es uno en el que se hayan producido desarrollos tecnocientíficos particularmente significados, no desde luego revolucionarios, en los últimos tiempos. Aun así, es un ámbito de enorme potencialidad en cuanto a su explotación para adaptar nuevas tecnologías a las necesidades humanas. Otra particularidad relevante es que, como leemos en este libro, «es más abundante precisamente donde más se le necesita: en el campo más que en las ciudades; en los países tropicales, donde vive la mayor parte de la población, más que en los países templados.» No es, en consecuencia, sorprendente que Dyson se centre en los esfuerzos de una empresa llamada SELF (de «Solar Electric Light Funding»), cu-

yo objetivo es llevar electricidad generada por la luz solar a lugares remotos que no tienen otra manera de obtenerla. Y es que la electricidad, la vieja, decimonónica electricidad continúa siendo el pivote sobre el que giran nuestras vidas (y continuará siéndolo). Disponer de un sistema operativo de energía solar que lleve la electricidad a por ejemplo, una aldea tropical puede significar un enorme cambio en la calidad de vida de sus habitantes. Más aún si tal disponibilidad se complementa con otras posibilidades que abre la tecnociencia actual. Posibilidades que el compasivo visionario que es Dyson explora: «Algún día dispondremos de una red de comunicación de alcance mundial, sostenida por una red de satélites de baja altura, conectados por radio y por láser. Cualquier punto de la Tierra estará en todo momento dentro de la cobertura de uno o más satélites. Pero no todos los puntos de la Tierra podrán comunicarse con la red mundial. En los lugares sin electricidad para hacer funcionar los transmisores y receptores, los satélites en órbita no servirán de nada. Las aldeas en las que SELF ha instalado sistemas de energía podrán conectarse a la red».

La red, Internet, es, como vemos, otro de los pivotes del trípode en el que se mueve Dyson. Dificilmente podría haber sido de otra forma, en un mundo en el que la «World Wide Web» crece y crece sin parar. Pero, al contrario que tantos, que no parecen preocuparse en analizar las maneras en que Internet puede afectar a los más desfavorecidos, y sí en cómo cambiará las sociedades más desarrolladas y los intercambios comerciales y económicos, Dyson ve a la red como instrumento profundamente igualitario: «Ofrecer igualdad de acceso a Internet», escribe, «es técnicamente más fácil que ofrecer igualdad de acceso a la vivienda y la asistencia médica. El acceso universal a Internet no resolverá todos nuestros problemas sociales, pero será un gran paso en la dirección correcta. A partir de ahí, Internet podría convertirse en un importante instrumento para atenuar otros tipos de desigualdad».

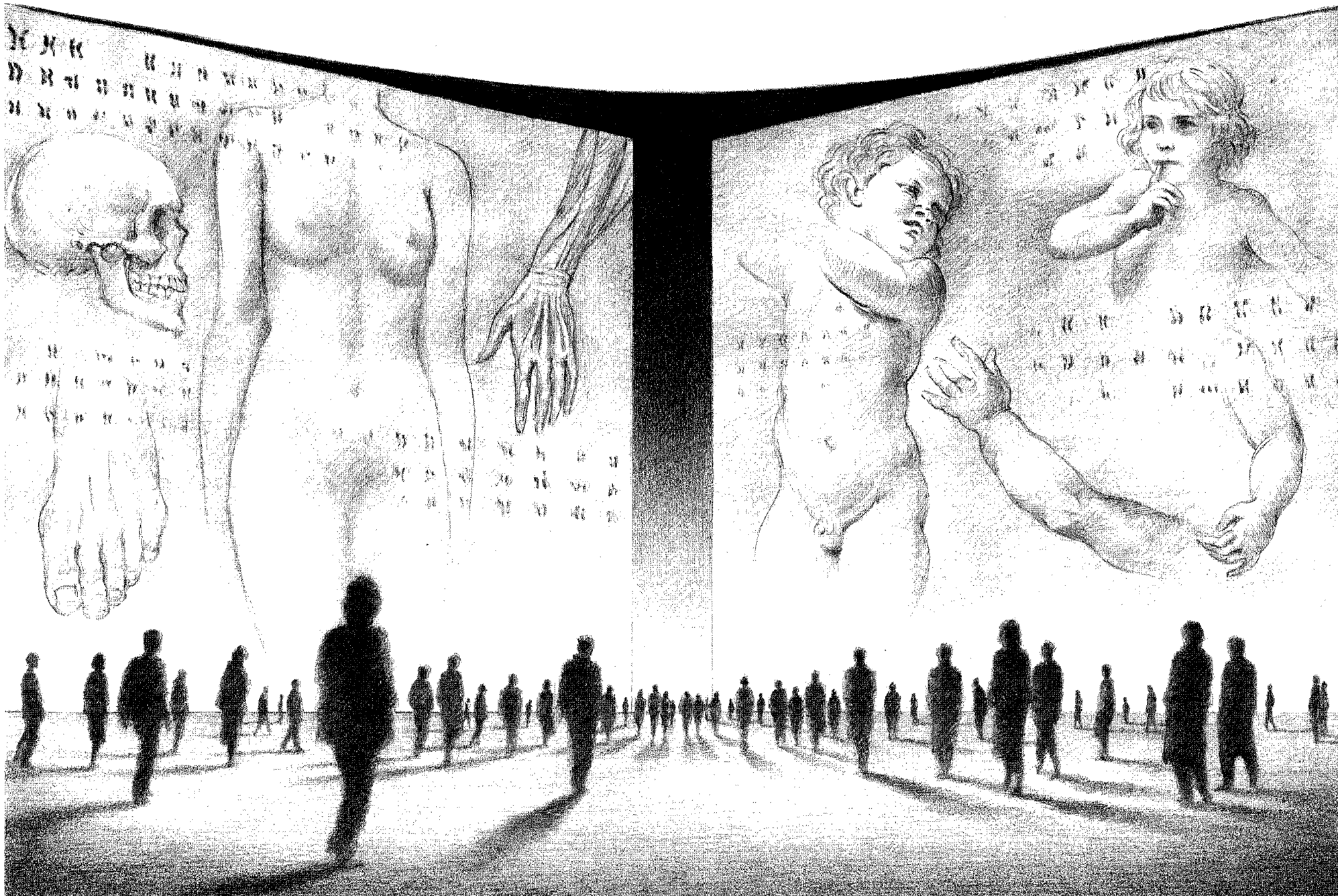
Es posible, de hecho, ser más radical de lo que es Dyson en este punto. Son cada vez más los que argumentan que al igual que en el pasado la alfabetización se consideró como uno de los derechos humanos básicos, impres-



SUMARIO

	Págs.
«Ciencia, tecnología y humanidad», por José Manuel Sánchez Ron, sobre <i>El sol, el genoma e Internet</i> , de Freeman J. Dyson	1-2-3
«La filosofía alemana vuelve por sus fueros», por Antonio López Pina, sobre <i>Einführung in die Rechts- und Staatsphilosophie</i> , de Hasso Hofmann, y <i>Verfassungslehre als Kulturwissenschaft</i> , de Peter Häberle	4-5
«Símbolos de España», por Gonzalo Anes, sobre <i>Símbolos de España</i> , de Carmen Iglesias (coord.)	6-7
«Un ecólogo en la Patagonia», por Francisco García Olmedo, sobre <i>Andanzas de un ecólogo en la Patagonia</i> , de Alberto Soriano	8-9
«Cuando la fotografía llegó a España», por Mario Camus, sobre <i>La introducción de la fotografía en España. Un reto científico y cultural</i> , de Bernardo Riego	10-11
«Los cínicos, un mundo no tan lejano», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Les diatribes de Télès</i> , de Pedro Pablo Fuentes González	12

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

cindible para evitar discriminaciones de todo tipo, ahora los que desconocen el lenguaje de los ordenadores y no tienen acceso a ellos difícilmente pueden «entrar en el sistema». «Nuestro reto», ha manifestado la profesora y escritora australiana Dale Spender (*Predicciones*, 2000), «es asegurarnos de que todos los miembros de la sociedad no sólo sepan manejar un ordenador, sino que también tengan sus conexiones de ordenador como un día tuvieron libros.» El acceso a la información almacenada en la red debe, en definitiva, convertirse en un derecho humano más y no podemos olvidar incluir en esta reclamación a los habitantes de los países menos desarrollados. Como nos recuerda Dyson, ellos suelen tener sol, pueden, por tanto, disponer de electricidad, y así nada les impide –salvo sus propias limitaciones– acceder a Internet.

¿Y dónde entra el genoma en esa ecuación dysoniana con tres variables? La respuesta no es difícil: las puertas que presumiblemente abrirá el desarrollo de la biología molecular son prácticamente infinitas. Habitualmente se mencionan algunas como: nuevos medicamentos (de los que se beneficiarán muy especialmente –por eso financian tantas investigaciones– las grandes multinacionales de la industria farmacéutica); tratamientos genéticos para combatir enfermedades, o para mejorar la descendencia; y plantas transgénicas que, por ejemplo, sean inmunes a las plagas más frecuentes, o más nutritivas. Pero hay muchas otras, acaso de escalas más pequeñas –y en consecuencia más «manejables», menos susceptibles de ser controladas por grandes grupos–, y por ello posiblemente accesibles también a comunidades subdesarrolladas: árboles que transformen la energía solar en combustibles, que podrían hacer bajar el precio de la gasolina e introducir nuevos proveedores energéticos (que además disfrutarán de bosques); tal vez también árboles que utilicen la luz del sol para fabricar productos como chips de silicio para co-

lectores fotovoltaicos.

Ciencia y tecnología

Es evidente de todo lo dicho hasta el momento que las previsiones que hace Dyson para el futuro involucran tanto ciencia como tecnología. Y en este punto surge, inevitablemente, la cuestión de la relación entre ambas, una cuestión que, de hecho, posee implicaciones de todo tipo, entre las cuales no son las menos importantes aquellas que tienen que ver con el diseño de políticas científicas o sistemas y currícula educativos. Dyson es perfectamente consciente del terreno en el que se mueve, y sus frecuentes comentarios en este dominio justificarían ellos solos la lectura de su libro. Y es que su idea de esa relación, más aún, su idea de lo que es realmente la ciencia, es mucho más ajustada a la realidad que la que han transmitido y, ¡ay!, popularizado legiones de filósofos de la ciencia (y científicos también, evidentemente). La diferencia esencial entre Dyson y esos filósofos se encuentra en el diferente papel que unos y otros dan a los instrumentos. Parece casi una perogrullada señalar la importancia que los instrumentos tienen en el desarrollo científico, pero resulta que cuando revisamos planteamientos filosófico-metodológicos tan conocidos como el que Thomas S. Kuhn sostuvo en su famoso libro *The Structure of Scientific Revolutions* (1961) encontramos que sus análisis se refieren prácticamente de forma exclusiva a conceptos, a confrontación entre teorías, entre ideas, que, aunque por supuesto no se diga así, a más de un lector le podrán parecer surgidas de los profundos, insondables e incompromisables mundos platónicos (también de los popperianos). Para Kuhn, en definitiva, el avance científico está impulsado por conceptos, brillando por su ausencia los instrumentos. Ausencia que se convierte en presencia continua en el libro de Dyson, que junto a su propia experiencia se apoya en un extraordina-

riamente interesante texto reciente de Peter Galison, *Image & Logic* (1997). Y cuando se adjudica a los instrumentos un papel central en la imagen de la ciencia que se sostiene, es difícil no tomar en consideración la relación –que resulta ser estrecha, constante y en ambos sentidos– entre ciencia y tecnología.

«Estrecha, constante y en ambos sentidos» he dicho, y es que, efectivamente, la tecnología es mucho más que ciencia aplicada, definición que, claramente, establece una relación de dependencia, una relación jerárquica, entre ambas: primero está la ciencia, y luego su aplicación, es decir, la tecnología. Relación de dependencia con claras implicaciones en lo que se refiere a apoyo institucional y financiación. No niego, por supuesto, que de teorías científicas han surgido con frecuencia «aplicaciones tecnológicas» antes imprevistas, pero no debemos olvidar dos hechos: el primero, que no son inexistentes los casos recíprocos (la termodinámica, la rama de la física que se ocupa de las relaciones caloríficas y energéticas entre diferentes sistemas, fue posterior a la tecnología –o industria– que explotaba tales relaciones: la que dio origen a la Revolución In-

dustrial); el segundo, que desde hace tiempo las fronteras que separan ciencia y tecnología cada vez son más ténues (el telescopio espacial «Hubble» produce nueva ciencia, pero porque es un prodigio tecnológico; la ingeniería genética o la biotecnología son, como sus propios nombres indican, disciplinas tecnológicas, pero ¿negará alguien que de ellas surgen constantemente nuevos conocimientos científicos?). Como recuerda Dyson, «casi todas las revoluciones científicas recientes han sido impulsadas por instrumentos, como la revolución de la doble hélice en biología y la revolución del Big Bang en astronomía.» Los mismos virus, añade, «son instrumentos, no teorías», y lo más probable es que una de las revoluciones científicas del futuro se base en la tecnología de los virus artificiales.

Y así, cuando unimos las muy diversas piezas del libro de Dyson, la estatura y relevancia de éste se agiganta: breve, claro, innovador, absolutamente actual al ocuparse como lo hace de campos cuya importancia en la ciencia contemporánea es evidente (la energía, el genoma e Internet), humanitario y maravillosamente lúcido en la idea de ciencia que sostiene. □

RESUMEN

Para Sánchez Ron, en el siglo XXI se va a asistir a una auténtica explosión de la ciencia y la tecnología, y tiene, por tanto, sentido preguntarse cómo influirá el desarrollo científico en el futuro que nos aguarda. Pero para esa tarea de previsión se necesitan los conocimientos de un científico humanista que encuentre en ese mar de posibilidades que abre el futuro tec-

nocientífico aquellas que mejoren la condición humana. Freeman Dyson, físico y matemático, es uno de estos científicos humanistas, de uno de cuyos ensayos se ocupa el comentarista, y en el que se relacionan tres campos cuyo desarrollo puede aplicarse a la mejora de las condiciones de vida. Estos tres campos son los que dan título al ensayo en cuestión: sol, genoma e Internet.

Freeman J. Dyson

El sol, el genoma e Internet

Traducción de Juan Manuel Ibeas, Debate, Madrid, 2000. 167 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-8306-271-2.

La filosofía alemana vuelve por sus fueros

Por Antonio López Pina

Antonio López Pina (Murcia, 1937) cátedra Jean Momet de Cultura Jurídica Europea y catedrático de Derecho Constitucional, de la Universidad Complutense; fue consejero de Estado y miembro de la Comisión Constitucional del Senado durante las Cortes Constituyentes. Es autor y editor de Manual de Derecho Constitucional, Democracia representativa y parlamentarismo, Spanisches Verfassungsrecht, La garantía constitucional de los Derechos Fundamentales y División de poderes e interpretación.

La Ley Fundamental acaba de cumplir el medio siglo, habiendo dotado a Alemania de una estabilidad constitucional y un aura universal de garantía de los derechos fundamentales que hacen difícil el parangón. La recuperación del pensamiento germano de los traumas del inmediato pasado no ha sido inmediata. Pero comienza a dar sus frutos; con dos obras recientes, sin ir más lejos.

«Filosofía del Derecho como teoría constitucional»

Para jurista beligerante, Hasso Hofmann. «Cuanto más históricamente cerca nos caen los casos y más fuertemente afectan a nuestra existencia, tanto más cuestionable resulta para el jurista», a su juicio, «mantener en puridad la distinción entre Derecho y no-Derecho» (Kelsen, 1960) «sin recurrir al sentido del Derecho». Desde el legado de la Filosofía del Derecho, examina críticamente en sus páginas los presupuestos existenciales de nuestra conciencia y nuestro pensamiento jurídico. Y si hay que apostar, entonces la «justicia social» es la respuesta del Derecho —nunca separable «de la moral»— a los retos de nuestros días.

El autor trata de contestar a las preguntas fundamentales del Derecho y del Estado: conceptos formal y material del Derecho; las relaciones entre el Derecho positivo estatal y el Derecho Natural; la Filosofía «liberal» del Derecho; el problema de «la justicia».

Según Hofmann, el Derecho nos plantea la cuestión de cuál sea, comparada con otros fenómenos culturales, la peculiar naturaleza de sus instituciones, sus reglas, sus ideas y sus procedimientos; cuál es la estructura y cómo funciona el Derecho en cuanto sistema social; qué idea tenemos de «qué sea Derecho». Desde la perspectiva misma del sistema jurídico la pregunta reza: «¿qué es ajustado a Derecho (Recht) y qué no lo es (Unrecht)?» Y tal cuestión se plantea no solamente en caso de un conflicto concreto, en un litigio entre partes, digamos, sobre daños y perjuicios, sino también, en términos más generales, en la controversia en torno a «qué sea ajustado a Derecho (Recht) o qué no lo sea (Unrecht)» a la hora de pagar impuestos, en la procura de atención sanitaria, en las relaciones laborales.

Los juristas buscan respuesta a tales incertidumbres en las leyes, en la jurisprudencia de los tribunales superiores, en comentarios y manuales doctrinales de prestigio así como en la Constitución y la jurisprudencia constitucional. Kant consideraba insuficientes tales planteamientos. «Qué sea conforme a Derecho (quid sit iuris)», dice Kant, «esto es, qué digan o hayan dicho las leyes en unos determinados lugar y tiempo, podrá [el jurista profesional] declararlo; pero se le oculta, si es de Derecho (recht sei) lo que querían [las leyes], y cuál es el criterio general para reconocer qué sea Derecho (Recht) y qué no se ajusta a Derecho (Unrecht) (iustum et iniustum)...» Por ello, concluyó Kant que es una necesidad filosófica, buscar los fundamentos últimos de la diferencia entre «lo que es acorde a Derecho



STELLA WITTENBERG

(Recht) y lo que no lo es (Unrecht) —diferencia nomológica— en la razón pura, en la conciencia del sujeto pensante. A partir de la misma, Kant creía poder elaborar «puros principios de razón» para el Derecho Civil, el Derecho Constitucional, el Derecho Penal, el Derecho Internacional, hasta incluso un Derecho de «vocación cívica universal».

Y ¿qué criterio de lo que es «conforme a Derecho (des Rechten)» encontramos en la filosofía crítica a partir de la razón pura? Hofmann se siente tentado a pensar que «es el principio de la justicia». Enseñaba ya Ulpiano, el jurista romano, que el Derecho («ius») toma su nombre de la justicia («iustitia»). Y los glosadores medievales hablaban de la justicia como de «la madre del Derecho». ¿Debemos pues «al principio de la justicia» que el Derecho («Recht») «se ajuste a Derecho (recht sei)? ¿Es la «justicia» el criterio que convierte el Derecho («Recht») en «ajustado a Derecho (zum Recht macht)? ¿Es «la justicia» lo que singulariza al Derecho («Recht») de lo que no es ajustado a Derecho («Unrecht»), lo que diferencia a los Estados de una mera banda de ladrones, como escribiera Agustín, el padre de la Iglesia?

Por más que Tomasio, Marsilio de Padua, Hobbes y Grocio hayan postulado la seguridad y la paz («Filosofía de la seguridad»), y Locke, Montesquieu, Kant, Rousseau, Hegel y Marx hayan colocado a la libertad en primer plano («Filosofía de la libertad»), con recurso a Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, la *Declaración de Derechos*, de 1789, y John Rawls, 1971, define Hofmann la «justicia social» como respuesta a tales preguntas.

Algunas obras teóricas de alto bordo del último tercio del siglo —M. Walzer, *Spheres of Justice*, 1983; F. A. von Hayek, *The Illusion of Social Justice*, 1981; J. M. Buchanan, *The Limits of Liberty*, 1975; J. Rawls, *A Theory of Justice*, 1971— merecen a Hofmann la pena de entrar a debate con sus autores: el ataque frontal de Hayek contra la idea de justicia social no logra excluir que nos planteemos la justicia de una norma o de un marco reglado para el mercado. El último Rawls —*Political Liberalism*, 1993— «viene, a la postre, a asimilar la distinción rousseauiana entre el plano constitucional de la organización de los poderes y el nivel operativo de la legislación. Con el reconocimiento del pluralismo, el ámbito de aplicación de la teoría consensual de la justicia, Rawls acaba ciñéndose a las instituciones del Estado constitucional y al Estado social de cu-

ño europeo y alemán».

Pero la reflexión de Hofmann no se reduce a la función filosófica de debatir, ilustrar y persuadir, de conducir al lector de las ideas a las creencias: una distribución justa de bienes se plantea hoy globalmente y registra en las diferencias norte-sur su perfil más acerado y agreste. No bastaría a las mismas con una teoría universal de la justicia distributiva. El fomento de democracia y Estado de Derecho en el mundo por los Estados desarrollados y organizaciones supranacionales, como la Unión Europea, y más igualdad de oportunidades («fairness») en los flujos de capital e intercambios comerciales son los mejores postulados. La ola privatizadora y desreguladora del último cuarto de siglo —la divisa predominante de las últimas décadas ha sido así «más mercado, menos Estado»— y las orgías del capital apelan, según Hofmann, «al renacimiento de la idea del Estado social en nombre de la justicia social. Las altas tasas de paro provocadas por los planteamientos neoliberales han tenido la virtud de provocar un cierto renacimiento de la idea del Estado social en nombre de la justicia social» (Amartya Sen, 1992, 1987, 1973).

Ni Hofmann entra a debate desarmado sino bien cubierto con la historia del pensamiento —de la fraternidad revolucionaria y la solidaridad obrera a la justicia social— y del Derecho progresista, ni se queda en el mero nivel de debate, por altura intelectual que pueda tener. El filósofo de Berlín concreta su apuesta por la justicia social haciendo suya la jurisprudencia constitucional alemana.

Por un lado, la seguridad social pertenece a las tareas propias del Estado social (BVerfGE 21, 362 / 375). Hay unanimidad en la doctrina y la jurisprudencia en que entre los objetivos del Estado social se cuentan:

- la ayuda contra la necesidad y la pobreza;
- mínimos existenciales dignos para todo el mundo;
- la ayuda para los socialmente débiles, es decir, fomento de la igualdad social mediante combate de las diferencias económicas y control de las relaciones de dependencia;
- el aumento y la extensión del bienestar mediante el fomento del crecimiento económico.

Qué signifique en concreto todo ello es materia de la controversia política y científica, como componente del progreso democrático,

co, un proceso abierto. El «Bundesverfassungsgericht» ha definido como fin del Estado social en un primer momento «la justicia social»; posteriormente, «un orden social justo» (E 22, 180/204; 59, 231/263; 69, 272/314). «Y al respecto, considera oportuno recordar la jurisprudencia del 'Bundesverfassungsgericht' sobre la autonomía colectiva de sindicatos y organizaciones de empresarios»; si bien mantiene reservas respecto de «la neutralidad de la Constitución económica»: —con los arts. 1, 2 y 3 sobre inviolabilidad de la dignidad humana, libertad e igualdad, los principios del art. 20 sobre soberanía popular, división de poderes y Estado social, la Ley Fundamental ha incorporado al Derecho positivo no sólo los principios filosóficos del Derecho racional de la Ilustración sino también el postulado de la «justicia social».

«Teoría de la Constitución como Ciencia de la Cultura»

Para jurista de altos vuelos, siempre original y abierto, nunca convencional, Pedro Häberle.

El «tipo-ideal» Estado constitucional-democrático es después de todo una conquista cultural: la dignidad humana es la «premisa cultural» del Estado constitucional; la democracia no es sino «la consecuencia organizativa» de la dignidad humana.

La Constitución es «algo más que mero ordenamiento jurídico para los juristas; como expresión de un estadio cultural de desarrollo, medio de la expresión cultural del pueblo, espejo de su legado cultural y fundamento de sus expectativas es referencia fundamental para los ciudadanos». La «Constitución viva», obra de todos los «intérpretes constitucionales de la Sociedad abierta», es expresión y mediación de Cultura, marco para la producción y recepción cultural y memoria de «informaciones», experiencias, vivencias, conocimientos culturales. La realidad jurídica del Estado constitucional es sólo un aspecto de la realidad de una «Constitución viva», que tiene naturaleza cultural. Los pasajes de la Carta Magna deben ser «culturizados» como «Constitución viva». La Cultura es el contexto de todo el Derecho positivo y de todos los actos jurídicos en el Estado constitucional.

La «Cultura constitucional» es resultado del procesamiento, la vivencia y la asimilación como patrimonio cultural propio por generaciones. La «Cultura constitucional» es suma de actitudes, experiencias, valores, expectativas, pensamiento y acción de los ciudadanos y grupos, de los órganos estatales en relación con la «Constitución como proceso público».

La interpretación constitucional puede abordarse con mayor riqueza a partir del contexto cultural de la Constitución. Interpretada la Constitución desde la perspectiva de la «Ciencia de la Cultura» incorpora el rango y la función de los textos de pensadores clásicos; la reforma constitucional y el ejercicio del poder constituyente viven con mayor intensidad «cristalizaciones culturales». El pensar posibilista como «tercera vía» —que suma al pensar en función de la realidad y al pensamiento a tenor de la necesidad— abre nuestra visión para política constitucional y para utopías (concretas).

Una «teoría de la Constitución como Ciencia de la Cultura» puede contribuir a la reducción necesaria de la actual fijación occidental con el bienestar material, así como ayudar a un distanciamiento de la «economización» de nuestro pensamiento y nuestra acción actuales: «nuestras repúblicas no son mercados». El Estado constitucional no es «un



Viene de la página anterior



juego de ganancia económica; tome buena nota nuestra Europa». Tal «teoría de la Constitución» contiene también bases para la crítica a una idea del Estado social meramente cuantitativa y desproporcionada. En tal sentido, se ofrece como posibilidad para mayor fundamentación del Estado constitucional, en Alemania –tiempos de crisis incluidos–. El pensamiento clásico de la República de Weimar y del Idealismo alemán remiten a la «vocación cívica universal del Derecho»⁽¹⁾.

La perspectiva analítica y de interpretación, caracterizada aquí, en conexión con W. Dilthey, A. Weber, G. Holstein, R. Smend y Hermann Heller⁽²⁾, de «Ciencia de la Cultura», quiere asimilar las raíces culturales del Derecho y hacerlas fructíferas para la «teoría y el Derecho Constitucional». Tal perspectiva no va a hacer más fácil la labor al jurista; más bien va a acrecer su responsabilidad. Ello contribuirá al desarrollo de «una Constitución del pluralismo». Esta apertura a las bases culturales no debe ser interpretada como una abdicación de «lo jurídico propiamente dicho»; no es un cuestionamiento de la autonomía de «lo normativo» y de la identidad del jurista. Sus reglas artesanales mantienen su sentido, el jurista preserva su valor propio. Lo que Häberle trata es de traer a colación el contexto cultural –siempre existente pero nunca suficientemente consciente– de las normas constitucionales y de sus intérpretes.

Al subrayar Häberle su «teoría de la Constitución como Ciencia de la Cultura», quiere distanciarse, tanto de planteamientos de la Sociología como perspectiva determinante de la «Ciencia del Derecho», como de las «Ciencias del Espíritu (Geisteswissenschaften)». Ciertamente, lo social es un aspecto importante de lo cultural –de forma semejante a lo económico y lo político–. Sin embargo, la «Cultura y la perspectiva cultural de análisis e interpretación» no se agotan en tales «datos de la realidad». Por otra parte, el concepto de «Ciencias del Espíritu» podría excluir «lo que hay de realidad en la Ciencia de la Cultura» y en la perspectiva cultural de análisis e interpretación; resultaría, en tal sentido, demasiado angosto. Las «Ciencias de la Cultura» comprenden pues aspectos y dimensiones a tener en cuenta como influyentes en la Constitución e influidos por ésta. La «teoría del Derecho y de la Constitución como Ciencia de la Cultura» orienta la mirada a las dimensiones culturales en la Constitución y en la irradiación de la misma a fenómenos y procesos culturales. Como premisa, la «Cultura» y su desarrollo influyen en el curso del Derecho Constitucional democrático. A diferencia de Parsons y Habermas, Häberle trata de ver, de un lado, la inserción en conexiones culturales de la Constitución y su teoría; de otro, el papel autónomo de la «Cultura» respecto de los procesos socioeconómicos.

«De la utilidad de la Filosofía del Derecho para el Derecho Constitucional y el Derecho Comunitario Europeo»

El alto grado de indeterminación o de apertura normativa de las normas contenidas en la parte dogmática de las Constituciones y de los Tratados europeos da lugar, a que el juez o el funcionario público no puedan, «con los métodos canónicos de interpretación», ir muy lejos en la decisión de contenciosos. Los derechos fundamentales remiten a valores, y los mismos son una puerta abierta a la argumentación moral. En tal sentido, resulta inevitable una «moral reading of the Constitution» (Dworkin, 1996), a la hora de concretar normas constitucionales y de «Derecho Comunitario originario», por lo general de considerable indeterminación.

Ahora bien, si no basta en el Derecho Pú-



STELLA WITTENBERG

blico el riguroso método jurídico, y pende de ser completado mediante cierta argumentación moral, ello supone tanto como que necesariamente el Derecho Constitucional y el Derecho Comunitario se vean permeados por elementos de una Filosofía del Derecho. Y a la inversa: es decir, Constituciones como la alemana o la española y los Tratados, que incorporan el patrimonio de valores occidentales, hacen que la Constitución y el Derecho Comunitario sean referencia central de numerosos debates filosóficos, cuyas conclusiones son relevantes para el Derecho; digamos, el debate sobre el aborto, la eutanasia o la biogenética, los procesos contra los guardias del «muro de Berlín» que dispararon contra fugitivos o las dudas que cada vez más plantean los bombardeos de la OTAN en la Guerra de los Balcanes, los límites a la libertad de empresa y el Derecho de la competencia o la interpretación de determinadas libertades, del derecho a la no discriminación o del principio de igualdad como proyecciones de la dignidad humana. En tal sentido, cabría hablar de una influencia recíproca entre «las abstracciones de la Filosofía del Derecho y las concreciones del Derecho Constitucional y del Derecho Comunitario».

El que «casos de derechos fundamentales» sólo puedan ser resueltos satisfactoriamente a partir de una reflexión moral y que, en tal sentido, argumentos morales puedan jugar un papel de peso en el Derecho Constitucional y el Derecho Comunitario es un dato de la realidad cotidiana. Sin embargo, no tenemos conciencia clara de su alcance, dado que tal irrupción de la moral en la argumentación jurídica colisiona con la idea convencional de la función judicial y de la «Ciencia del Derecho». Ahora bien, una vez asumida la conexión entre Derecho y moral por causa de la indeterminación de las normas dotadas de primacía –constitucionales y de Derecho Comunitario–, el discurso de la «Filosofía del Derecho como Teoría de la Constitución», de Hofmann, o de la «Teoría de la Constitución como Ciencia de la Cultura», de Häberle, se hace evidente.

Estamos ante dos reconstrucciones doctrinales de la Constitución y de los valores constitucionales, a efectos de la solución de conflictos de valores. Ambas proveen de un arsenal de argumentos para determinadas alternativas y decisiones en la interpretación de una norma, para los límites de la acción de los poderes públicos, en fin, para la exclusión por razones morales de ciertas respuestas en el marco del Derecho. Cuestión distinta es que ambos planteamientos queden solícitos de una continuamente renovada acuñación dogmática. De ahí que el menor de los envites de estas dos grandes obras no sea el de emplazar a la «nueva generación» de los Miguel Ángel García Herrera, Francisco Balaguer, Juan Luis Requejo e Ignacio Gutiérrez, Federico Schoch, Ingolf Pernice, Joachim Wieland y Armin von Bogdandy, Vlad Constantinesco, Paolo Ridola y tantos otros a no «quedarse en los laureles del 'Bundesverfassungsgericht', la 'Corte Costituzionale', el Tribunal Constitucional, el 'Conseil Constitutionnel', el Tri-

bunal de Justicia de las Comunidades o el Tribunal Europeo de Derechos Humanos», y a poner manos a la obra.

Sin ambages. Una Sociedad española que en su fuero interno siente no poder perder un día en desembarazarse del complejo de inferioridad que desde la derrota de Westfalia (1648) arrastra respecto de Europa; cuyas recientes mayorías parlamentarias confunden con «la altura de los tiempos» la privatización de lo público y la extensión del mercado a todas las áreas de existencia, el enriquecimiento rápido sin mayores escrúpulos, el cuestionamiento de «la solidaridad» y de la moral. Una Sociedad que «como sucedáneo» de los proyectos colectivos de una España y una Europa de ciudadanos igualmente libres, se define por el consumo alienante y aníador –«who is afraid of global culture?»–, la combustión del instante y la mentalidad de campariño. Una Sociedad que, si acaso, únicamente siente nublado su horizonte por el proyecto de «secesionistas vascos y catalanes», de liquidar la idea de España (puesta al día en la Constitución de 1978), de las generaciones de 1898, 1914 y 1927. Una Sociedad para la que la frase «España va bien», no es solamente una consigna publicitaria sino un supuesto plenamente asumido por la mayoría que acaba de llegar a la abundancia en libertad (*The affluent Society*, Galbraith, 1958). Esa Sociedad que es la nuestra, puede pensar que Hasso Hofmann y Pedro Häberle son solo unos aguafiestas, anticuados por lo demás.

Ahora bien, los descreídos de la España de las Autonomías que pretenden estar de vuelta antes de haber ido a parte alguna, no tienen fácil descalificar como trasnochado el discurso de Hofmann y Häberle. Se puede discrepar de Hofmann, obviamente. Pero no antes de registrar que entiende por justicia social; de tomar en cuenta su debate con Habermas (1992)⁽³⁾, Hayek (1982), Rawls (1971), Hart (1961) o el Kelsen póstumo (1985) o clásico (1960); de asimilar su superación de la Filosofía histórica, de Kant y Hegel a Rousseau y Locke; de advertir su «europeo extra-

ñamiento» tanto de la más reciente filosofía política norteamericana –Walzer (1983), Buchanan (1975), Nozick (1974), Rawls (1971)– como del «utilitarismo anglosajón» (Mill, 1864) y del «mercado manchesteriano» (Smith); de tomar nota de que el gurú conservador Anthony Giddens acaba de verse obligado intelectualmente por Will Hutton a suscribir en inglés la premisa de «social justice» (Will Hutton; Anthony Giddens, *On the Edge. Living with global capitalism*, Londres, 2000).

Se puede discrepar de Häberle, pero no antes de haberse planteado junto a él como lectura y reflexión todo el pensamiento occidental. Por supuesto, en las obras clásicas a que hace referencia Hasso Hofmann. Pero tal lectura y reflexión iba a resultar demasiado simple. Para debatir con Häberle no basta; tal empeño nos exige volver, por ejemplo, sobre la mejor literatura: de Homero, Hesíodo, Eurípides, Sófocles, Séneca, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Shakespeare a Goethe, Voltaire, D'Alembert, D. Diderot, G. Büchner, H. Heine, H. von Kleist, E. Zola y F. M. Dos- toiewsky.

La filosofía analítica anglosajona –de Hart a Raz– ha realizado una valiosa contribución, al subrayar la necesidad de la claridad y de la coherencia del discurso. Sin embargo, en la medida en que rehuye la Historia y la dialéctica del conflicto social –precisamente por no ser reducibles a categorías lógicas simples–, nos deja sin capacidad de respuesta, prácticamente inermes, ante la realidad, ante la «subversión liberal» del último cuarto de siglo. Justo la gran baza de la Filosofía alemana.

Los argumentos de Hofmann y Häberle están tan intelectual-históricamente fundados y bien trabados, son tan persuasivos y conectan con tan rancias tradiciones de pensamiento greco-romano, cristiano, europeo y español que no pueden, sin serio riesgo, ser ignorados. No ya es que ni una sola de sus palabras haya sido escrita en vano; es que a lo mejor nos brindan un pretexto para, en momentos de alguna desorientación respecto del sentido del Derecho, en medio de los embates del capital y en búsqueda de una inspiración negadora, volver sobre la olvidada y mejor Filosofía del Derecho española, de Manuel García Pelayo, Felipe González Vicén, Fernando de los Ríos y Francisco Giner de los Ríos a Vitoria y Suárez. □

⁽¹⁾ Vid. «Europa, vocación cívica universal de Häberle», *SABER/Leer* n° 97, agosto-septiembre 1996

⁽²⁾ Vid. «La insobornable vigencia de un clásico», *SABER/Leer* n° 84, abril 1995

⁽³⁾ Vid. «Del procedimiento como fundamento moral», *SABER/Leer* n° 73, marzo 1994

RESUMEN

Antonio López Pina comenta dos libros, recientemente aparecidos en Alemania, coincidiendo con los cincuenta años de la Ley Fundamental que, tras los traumas del pasado más inmediato, le ha dado a ese país una estabilidad constitucional y una garantía de los derechos fundamentales que no tienen pa-

rangón. Se trata de los ensayos de Hasso Hofmann, sobre la Filosofía del Derecho como teoría constitucional, y el de Peter Häberle, sobre la Teoría de la Constitución como Ciencia de la Cultura. Para el comentarista, son dos reconstrucciones doctrinales de la Constitución y de los valores constitucionales.

Hasso Hofmann

Einführung in die Rechts- und Staatsphilosophie

Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 2000. 224 páginas. 49,90 marcos. ISBN: 3-534-05975-1.

Peter Häberle

Verfassungslehre als Kulturwissenschaft

Duncker&Humblot, Berlín, 1999. 1.118 páginas. 128 marcos. ISBN: 3-428-09202-3.

Viene de la página anterior



tas armas es el de los sellos de Ramón Berenguer IV, cuya primera matriz ingular puede fecharse entre 1137 y 1150. Como emblema ajustado al nuevo modelo heráldico, es de los más antiguos de Europa.

En Aragón, el uso de armas con sentido territorial, diferentes a las personales del rey, parece haber coincidido con el momento de máxima exaltación de la idea de la existencia unitaria del reino, después de los intentos desmembradores de Jaime I en 1243 y 1262. Faustino Menéndez Pidal presenta los diferentes distintivos utilizados desde entonces hasta que Pedro IV precisó, en sus ordenaciones, el uso de los emblemas que poseía, en sellos, atalajes y demás soportes: la señal de los palos, como propia suya, el escudo de la cruz de Alcoraz, como armas de Aragón y la señal de la cruz de Ainsa, signo de los antiguos reyes, a los que añadía la cruz de San Jorge. La compleja evolución posterior culminó con las concreciones a partir de Fernando el Católico. En las armas reales, los palos siguieron representando a la Corona de Aragón en las armerías de los monarcas, formadas con cuarteles ya con claro sentido de representación territorial. En la actualidad, las armas de los reyes de Aragón siguen identificando las tierras del Rosellón y de la Provenza. La cruz de Alcoraz se utiliza en Cerdeña. En la España de hoy, cuatro autonomías fundan sus emblemas en la herencia aragonesa: el escudo de palos de oro y gules, con diferente presentación, en Cataluña y en Valencia. En Baleares y Aragón, se han formado escudos con armas de distintas procedencias, categorías y significados, muy poco acordes —señala Faustino Menéndez Pidal— con los usos tradicionales y con los sentidos de los emblemas y fórmulas que se utilizaron para representarlos en las épocas de su formación.

En Navarra, como en otros reinos de Europa, la moda de las armerías, desarrollada durante el siglo XIII, atribuyó a los antiguos reyes emblemas que no habían usado nunca, lo cual ha complicado, hasta hoy, el estudio de sus orígenes y evolución. Faustino Menéndez Pidal estudia cómo variaron los símbolos utilizados por los reyes de Navarra, en sellos y en otros soportes, desde Sancho IV —año 1157—, hasta generalizarse, entre los guerreros, el escudo «de señal», diferenciador e identificativo, con los correspondientes emblemas de carácter heráldico. Será con Teobaldo I cuando puedan fecharse las primeras improntas de los sellos reales. Los monarcas posteriores utilizaron diversos emblemas: los reyes de las distintas dinastías —Francia, Evreux, Aragón, Foí, Labrit— añadieron sus armas a las de Navarra mediante la acumulación de cuarteles que pueden tener carácter territorial y ser señas de dignidad o de linaje, para acabar diferenciando las armas del rey de las del reino, en las que se utilizaron las legendarias cadenas como símbolo. Las armas del reino de Navarra, después de la incorporación a Castilla, figuraron en el escudo de Fernando el Católico. Fueron suprimidas en tiempos de Felipe II.

Faustino Menéndez Pidal dedica interesantes páginas al emblema de la granada. De los cuarteles que forman las armas de España, el que representa la granada es el más reciente, aunque el símbolo ya lo usó Enrique IV. Lo incluyen los Reyes Católicos en sus armas, sin que tenga soporte personal como los demás. La granada, como símbolo heráldico, aparece por primera vez en un sello de placa de Fernando el Católico sobre un documento fechado el 30 de agosto de 1492. No se utilizó, en las monedas, hasta que lo establecieron las ordenanzas de Medina del Campo de 1497. En la granada ha de verse —como ya se señaló en sus orígenes— el símbolo del reino que se incorpora a la Corona de Castilla. Granada, águila, yugo y flecha, la incorporación de las armas de Navarra y de Nápoles y otras



Escudo de armas de los reyes godos.

novedades heráldicas de tiempos de los reyes católicos y de los monarcas sucesivos, debidas a inclusiones territoriales o a su pérdida, son expuestas con claridad y precisión en este libro y con espléndidas representaciones gráficas. Entre ellas destacan la del mausoleo de Felipe II en el monasterio del Escorial, la de Felipe V en el Palacio Real de Madrid y las de Carlos III en la Puerta de Alcalá.

No se descuidó, en este libro, tratar de las armas de José Bonaparte, de los cambios impuestos por el gobierno provisional, después de la revolución de 1868, de las de Amadeo I, en las que se incluyen las de Saboya, de las de la primera república y de la recuperación de los antiguos modelos de las armerías reales con la Restauración.

Como final de este magnífico tratado sobre las armas de España, se analizan los resultados de la Real Orden de 3 de julio de 1922, en la que se encargó a la Real Academia de la Historia que informase sobre «el blasón nacional». Informaron también otras instituciones. De algunos dictámenes resultaron pareceres no fundados en el conocimiento científico de la heráldica, sin que llegaran a aplicarse oficialmente las recomendaciones de los informantes, por causa de la proclamación de la segunda república (en la que se utilizó el escudo de la primera). También se trata, con este estudio, de las armas que establece el Decreto de 2 de febrero de 1938, inspiradas en las de los Reyes Católicos (con la sustitución del cuartel de Aragón-Sicilia por el de Navarra) y con la inclusión, tomada del modelo de 1868, de las columnas de Hércules. Se cierra esta exposición con el análisis de las armas de su Majestad don Juan Carlos I, con el precedente de las establecidas por el Decreto de abril de 1971, a las que se añadió la corona real en 1975, para culminar en el escudo que se estableció por el Real Decreto de 18 de diciembre de 1981, y los colores por el de 3 de septiembre del año siguiente, no sin contradicciones con lo que enseña la «ciencia del blasón». Recuerda Faustino Menéndez Pidal que el escudo de la nación, como signo del Estado, influye menos que las banderas en los sentimientos populares. Lo muestra muy bien la eficacia con que se utilizan las banderas de las comunidades autónomas.

Se debe a Hugo O'Donnell y Duque de Estrada el estudio de la bandera, de sus orígenes, de los cambios que supuso la proclamación de Felipe V como rey y de las insignias de Fernando VI y de Carlos III. El análisis se enriquece con la exposición de los problemas



Abanderado de tiempos de Felipe V, según el conde de Clonard.

que originaba identificar los barcos en el mar, por lejanía, por nieblas, y por otras perturbaciones atmosféricas, además de que no hiciese viento para que ondeasen las insignias. Con ello, se presenta el origen inmediato de la insignia española actual. Buscar una bandera que permitiera que los navíos españoles se identificasen entre sí parece haber sido el origen de las soluciones propuestas por el baillío de la orden de San Juan Frey don Antonio Valdés Bazán, parece que en la primavera de 1785, con el escudo correspondiente. La bandera habría de ser, a la vez, enseña de la nación

y del soberano. De entre todos los modelos, se eligió la bandera dividida, a lo largo, en tres listas: la alta y la baja encarnadas, y de un ancho que correspondiese a la cuarta parte del total, y amarilla la de en medio y, en ella, el escudo con las armas reales, aunque reducido a los cuarteles de Castilla y de León, con la corona real encima. Esta bandera se utilizará, con Carlos IV, fuera de la armada, en instalaciones y puertos costeros.

Una única bandera. El himno

Las distintas banderas y estandartes utilizados por los ejércitos; las modificaciones que experimentaron desde finales del siglo XVIII hasta finales del reinado de Isabel II son objeto de estudio detenido en este libro. Hugo O'Donnell une erudición, inteligencia y claridad expositiva. Puede, pues, sintetizar el tratamiento de una evolución compleja: en las Ordenanzas generales de la Armada, promulgadas en marzo de 1867, se mantuvo

la bandera establecida en 1785, para buques, arsenales y plazas marítimas. De las modificaciones introducidas a partir de la revolución de 1868, son de destacar las hechas en la primera república: por orden circular de 2 de octubre de 1873, se suprimieron «los símbolos exteriores» pues representaban la monarquía —las coronas que se usaban en banderas y estandartes— sin que se sustituyesen por otros signos o atributos. Enseguida se quiso sustituir el color rojo de la franja inferior por el morado. Con la restauración, se restablecieron corona y escudo en todas las banderas del Ejército y de la Armada, según se usaban antes de la revolución de septiembre. A pesar de las medidas tendentes a la unificación, continuó la costumbre de conceder el uso de banderas de distintos colores y diseños a diferentes cuerpos. Será en enero de 1908 cuando se establezca que la bandera española ondee en todos los edificios públicos según era costumbre.

A la regulación del uso de la bandera tricolor por Decreto de 27 de abril de 1931, y a los motivos de adoptarla, dedica Hugo O'Donnell interesantes páginas. Concluye su exposición con el estudio del restablecimiento de «la bandera bicolor, roja y gualda, como bandera de España» desde agosto de 1936. Hace las consiguientes precisiones posteriores sobre como habrían de ser los escudos que la adornasen y las necesarias adaptaciones establecidas por el Real decreto de 24 de noviembre de 1978 y modificadas por las leyes de octubre de 1981 sobre el escudo y bandera.

Concluye este excelente libro con el estudio de Begoña Lolo sobre el Himno Nacional, procedente del simple toque militar de la marcha del cuerpo de granaderos. En 1761, aparece recogido el himno en un libro de toques de guerra, con el nombre de *Marcha Granadera*, quizá de comienzos del siglo XVIII, con música «al estilo prusiano». Begoña Lolo ve en el hecho de que se utilizara esta marcha para rendir honores a las personas reales, el carácter simbólico del himno y su aceptación popular, sin que pudieran imponerse soluciones de mayor mérito musical. La autora publica un arreglo inédito hecho por Tomás Bretón. Como los demás símbolos, el himno —la Marcha Real— persistió en el tiempo por la voluntad del pueblo.

Estamos, pues, ante un gran libro, en el que se unen rigor científico en el análisis y riqueza y variedad de los testimonios en que se basa la investigación. Los cambios en el tiempo son presentados con la capacidad de síntesis precisa para no complicar la exposición de cómo se enriqueció en forma integradora el conjunto de símbolos formados en la historia para acabar representando la nación española, según la define el texto constitucional. Esta obra, como tratado de símbolos, nos muestra cómo la España de hoy es el resultado de una complejísima evolución que podemos ver en sus orígenes y en sus cambios con la luminosidad propia de las formas y colores que la sintetizan. □

RESUMEN

En la introducción al libro que comenta Gonzalo Anes, y que recibió el Premio Nacional de Historia 2000, Carmen Iglesias, se refiere a la filosofía de los símbolos, cómo el hombre desde tiempos primitivos vio la necesidad de individualizarse y cómo recurrió a fórmulas para marcar esa diferenciación. Tres historiadores se ocupan de los orígenes y evo-

lución hasta nuestros días de tres símbolos de España: su escudo, su bandera y su himno. Son símbolos entendidos como representación sensorialmente perceptible de una realidad, mediante rasgos asociados a ella según una convención aceptada socialmente, en un contexto histórico-cultural que los hace imprescindibles para la cohesión y la convivencia.

Carmen Iglesias (coord.)

Símbolos de España

Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999. 463 páginas y un Cd-Rom. 20.000 pesetas. ISBN: 84-559-1110-9

Un ecólogo en la Patagonia

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica de Madrid y autor de los libros *La tercera revolución verde* y *Entre el placer y la necesidad. Claves para una dieta inteligente*.

La Patagonia, más que un espacio físico, es un ente de ficción que sólo existe en la imaginación enajenada de los que la buscaron y de los que creen vivir en ella. Ya hizo desvariar al adelantado Arias Pardo Maldonado, quien, enviado a conquistarla bajo el nombre de reino de Tralalanda, volvió describiendo sus habitantes como seres altos y monstruosos, de pies enormes, cuyas orejas les servían de mantas. En 1832-34 recibió las visitas de Darwin, que encuentra en su entorno dos de los tres principales hitos de su aventura en el *Beagle* (*Viaje de un naturalista alrededor del mundo*): el hallazgo de fósiles y el aspecto de los fueguinos, a los que incluye entre las 'criaturas atrofiadas, miserables y desgraciadas' de la Humanidad. Sobre este territorio han escrito multitud de autores contemporáneos, desde el «nativo» Luis Sepúlveda (*Patagonia Express*) hasta Bruce Chatwin, a quien dicho territorio inspiró el que, según Sepúlveda, es uno de los mejores libros de viajes jamás escrito (*En la Patagonia*). Todos hemos querido ir, alguna vez, a ese fantástico Sur.

Alberto Soriano había sugerido que le acompañara en uno de los viajes que, año tras año, durante más de medio siglo, venía realizando al amplio territorio del Chubut para hacer sus observaciones de campo. Por coincidir los períodos favorables para la visita con los de mis obligaciones lectivas, no había podido aceptar todavía su invitación cuando le sobrevino la muerte en 1998. Hace muy poco me entregaron en mano, de parte de sus herederos, dos copias de su libro póstumo *Andanzas de un ecólogo en la Patagonia*, que acaba de ser editado por la Sociedad

Argentina de Botánica. La lectura del libro me ha causado tan viva impresión que, semanas después, mi imaginación sigue todavía en esa mítica tierra. Por fin he podido conocerla, y lo he hecho de la mejor forma posible, de la mano de Alberto Soriano.

El revés de la trama

Éste fue el título de la versión castellana de *The man within*, conocida novela de Graham Greene, y así titula Soriano la introducción a su libro, dando a entender que lo que se propone es mostrar la urdimbre que tejen las circunstancias —más que la voluntad— para encauzar el destino de las personas; los elementos de nuestra vida que «quedan misteriosamente encubiertos por los dibujos que el lápiz despliega ante los ojos de quienes sólo miran el haz». Como explicaremos más adelante, en el caso de Soriano, el haz muestra todos los elementos de una carrera científica de primer orden, centrada en la Patagonia.

Por varias razones, no es este el libro de memorias al uso. En primer lugar porque —aunque escrito al final de su vida— el autor no hace uso de la memoria para escribirlo sino de las anotaciones marginales que fue acumulando en sus cuadernos de campo a lo largo de los años: todo lo narrado tiene la precisión y la vivacidad de lo que está ocurriendo en ese momento o de lo que acaba de ocurrir. El tiempo y la distancia aparecen casi de incógnito, para dar paso a otra variable, aleatoria y caprichosa, cual es la frecuencia de paso de vehículos en la dirección deseada.

Otro aspecto que lo aleja de lo meramente autobiográfico es que casi nada y casi nadie aparecen con su nombre auténtico. Como señala su discípulo R. M. Aguiar en el prólogo, los únicos personajes a los que no cambió el nombre fueron, probablemente, él mismo y el viento. Algunos de los disfraces no son ciertamente crípticos. Así por ejemplo, el Dr. Baron Méndez corresponde al conocido fisiólogo Dr. Braun Méndez; Hultén es el

famoso Bernardo Houssay; Lemaire es el admirado Luis Leloir; y el botánico Raimundo Podestá es sin duda el maestro de Soriano, Lorenzo Parodi. A pesar de retener su identidad, Soriano aparece en el relato con una gran discreción, ya que casi siempre se limita a registrar hechos y situaciones con precisión de taxónomo. Sus opiniones apenas se traslucen en el humor refrenado y el sereno optimismo que impregnan lo narrado, humor y optimismo que ocultan el hecho de que, mientras escribía, asistía personalmente a su esposa Perla, afectada de una trágica enfermedad crónica.

El azar y las salicornias

Según cuenta el autor, nada le hacía preagiar lo que sería su vocación austral. Todo fue culpa del azar y de las salicornias. Podestá (Parodi) había convenido con él que su tesis doctoral versara sobre las quenopodiáceas, familia botánica a la que pertenecen humildes hortalizas, como la acelga y la espinaca. Una tarde, le enseñó una planta de herbario sin clasificar y le sugirió que podía tratarse de una quenopodiácea, tal vez pariente de las salicornias: «Vd. tendría que ir a la Patagonia a buscar esta planta», me dijo sin mirarme. Y agregó: «El doctor Emilio Baron Méndez podría facilitar el viaje. Los Baron Méndez tienen muchas estancias y relaciones en la Patagonia».

El primer problema que planteaba tal mandato era que la acesión del herbario, recogida hacía medio siglo e inclasificable por carecer de flores y frutos, sólo tenía en la etiqueta una escueta anotación, *Colonia 16 de Octubre, Chubut, 1893*, y tal lugar no se encontraba señalado en ninguno de los mapas disponibles. Después de muchas pesquisas, se concluyó que dicha anotación debía corresponder a un valle al sur de Esquel, que había sido explorado y bautizado por el coronel Fontana en 1885, cuando los galeses extendieron su asentamiento por esa zona.

Logra llegar a la mencionada ciudad provisto de cartas de recomendación de Baron

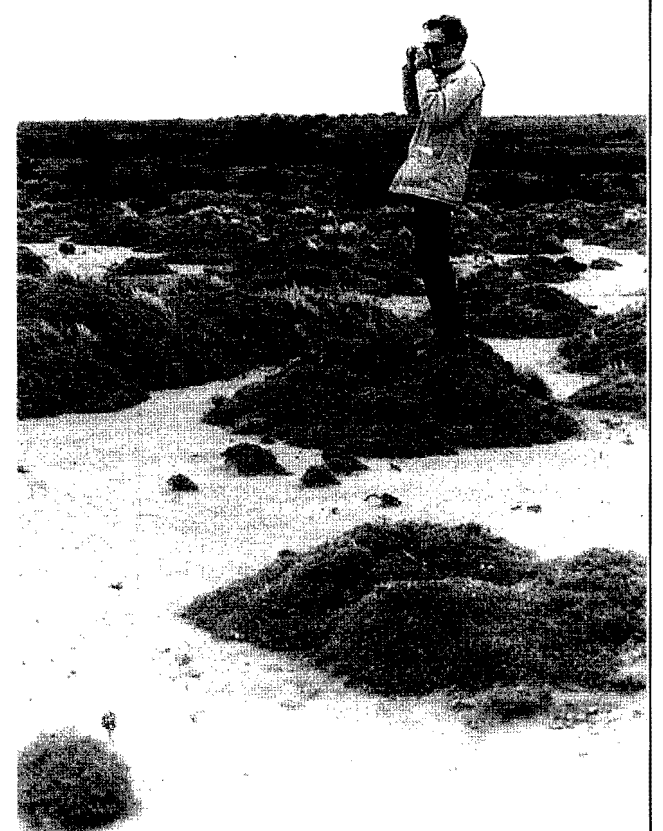
Méndez, que le facilitan, varios días después de su llegada, una plaza entre la mercancía de un enorme camión que debe atravesar el hipotético lugar de origen de la no menos hipotética salicornia. En plena subida de una cuesta, divisa unas hojas como las que va buscando y organiza un pandemónium en la caja del camión para hacerse oír por su conductor. Salta al suelo y corre en busca de su presa, que resulta ser la planta buscada, pero que no es una quenopodiácea sino una vulgar euforbiácea. El conductor enfurecido le informa que esa porquería —por la que le había hecho parar— enloquecía a los caballos que la comían. Soriano había iniciado en ese momento lo que llegaría a ser más de medio siglo de aventura patagónica.

Transporte

La narración tiene una estructura peculiar, ya que elude la exposición cronológica y agrupa las experiencias según cuatro apartados que tratan respectivamente del transporte, las explotaciones pecuarias, los hospedajes y el ambiente bosque. Sin embargo, estos encabezamientos engañan porque el texto fluye sin fisuras como una descripción continua de insólitos especímenes de la especie humana y un reflejo preciso de los variados paisajes patagónicos.

Tantas horas de viaje o de espera del transporte oportuno no podían menos que rendir un fantástico anecdotario al cual se dedica una parte del libro. Para cuando se empezaron a pavimentar las primeras carreteras patagónicas, Soriano había recorrido ya todos los caminos que figuraban en los mapas del Instituto Geográfico Militar e infinidad de otros que no figuraban en él. Al principio, los viajes eran «a lomos de camión», en los lentos —hoy extintos— trenes patagónicos, en renqueantes automóviles de estancieros, a caballo o a pie y, más tarde, en vehículos más o menos oficiales y hasta en avioneta.

La lentitud del transporte era, a veces, una



Anotaciones de sus cuadernos de campo y Alberto Soriano en 1978 sobre una planta de *Chiquiraga aurea*.

Viene de la página anterior



ventaja, pues permitía examinar la flora: desde trenes que iban a paso de hombre se podía herborizar y una serie de cinco pinchazos, camino de la lejana estancia del conductor del automóvil, un «boer», permitió el descubrimiento de un nuevo género botánico, *Benthamiella*.

Además, ante las repetidas bifurcaciones no señaladas en los mapas, era frecuente perderse. Perdidos llevaban todo un día camino de la Estancia Quemul, sin ver «ovejas, ni alambrados, ni viviendas, ni gente» cuando encontraron un hombre: «Parecía sordo, o quizás estaba agobiado por la soledad. (¿Qué hacía aquel hombre, allí, erguido de frente al viento, casi mineral, lejos, por lo menos más allá del horizonte, de su rancho o cobijo?)».

Avanzada la noche, divisan al fin, en la lejanía, una luz de queroseno, que resulta ser la de un boliche: «Al ruido del motor, salió el 'turco' a recibirnos... Cuando nuestro jeep entró en el cono iluminado de su farol, el hombre quedó perplejo un momento contemplándonos, y luego, volviéndose hacia el hueco de la puerta comenzó a gritar: Vengan, vengan todos. ¡Mira cómo los hacen ahora!». Como si hubiera aparecido lo que hoy llamamos un ovni.

Estancias y campos de pobladores

La parte más extensa del libro se refiere a las peripecias que tienen lugar en las estancias, explotaciones ganaderas bajo la supervisión de un administrador que representa a una sociedad anónima, y en las fincas de los pobladores. En torno a ellas gira su labor científica y en ellas debe encontrar un cobijo compatible con lo escueto de sus becas —unas veces en las habitaciones de invitados y otras en las del personal—.

La primera de estas experiencias tiene lugar en la Estancia La Purita (en la realidad, La Pepita). Gracias a la carta de presentación de Baron Méndez, es recibido de forma cortés y almidonada por los administradores, los Ross, un matrimonio entrado en años. A la hora de la cena, se los encuentra de punta en blanco, en particular la corpulenta señora Ross, con un traje largo de colores vivos y zapatos de lamé: «Seguramente le gustará escuchar esta balada de un poeta australiano, y comenzó a leer con su voz un tanto áspera». Soriano cree estar soñando: «Yo, Alberto, me encontraba en una estancia en medio de la Patagonia escuchando la lectura de una balada australiana, mientras bebía a pequeños sorbos un brebaje dulzón, desconocido para mí, y observaba el rítmico balanceo del pie derecho de la dama lectora, calzado en lamé».

El libro de Soriano tiene en común con los de Sepúlveda y Chatwin una tipología humana de seres alienados por la distancia, el aislamiento, la huida o la inclemencia del tiempo, pero aporta además algo que dichos libros no incluyen: los paisajes y la vegetación. Con Soriano podemos vivir los desiertos de halófilas, los eriales de «colapiche» (*Nassauvia glomerulosa*), los salitrales, los valles fluviales y las serranías, las estepas de «coirón blanco» y de «coirón amargo», o las florecidas de *Verbena*, *Calceolaria* y *Alstroemeria* y, de modo especial, los solitarios bosques patagónicos de ñires retorcidos y de nobles alerces.

Tratar de explicar la naturaleza y utilidad de sus investigaciones botánicas a aquellos estancieros y pobladores —obsesionados por la raza de sus ovejas— resulta tan difícil como ineludible. Después de muchos años de amistad, en una de las últimas visitas a los Ross, tiene todavía que escuchar la frase: «¿Alberto, qué vas a hacer cuando seas grande?» No podían concebir entonces que el pastoreo exce-



Alberto Soriano.

sivo acabaría degradando los pastizales, como puede constatarse en amplias zonas de la Patagonia actual.

Soriano fue el primero en advertir de este peligro —de que a la larga se estaban mantando de hambre a las ovejas— tanto por escrito como oralmente en exposiciones y ferias rurales. Tiene suficiente eco como para conseguir el apoyo de unos pocos a su plan de «clausuras», una red de pequeños enclaves cercados para vedarlos al ganado. Se tienen así unos testigos del proceso de degradación y, además, unos lugares donde observar la posible regeneración del ecosistema.

De la práctica a la teoría

Soriano supo ver que es necesario entender los mecanismos que rigen el ecosistema para poder proponer pautas racionales de explotación. Ante tanta doctrina ecológica actual que discurre por ámbitos donde la ciencia empieza a perder su nombre, él no se arredra en buscar los hechos feos y pequeños que hacen derrumbarse a las más bellas teorías. El programa de clausuras parte de un modelo teórico, el de la *Sucesión*, que había sido desarrollado por Clements a principios de siglo.

Según el modelo, las especies se suceden unas a otras en función de sus propias características y de las del medio ambiente hasta alcanzar un equilibrio estable, denominado «clímax». Cuando se producen interferencias ajenas, tales como el efecto del fuego o la depredación por animales domésticos, ocurre un retroceso, que sigue a la inversa las mismas etapas que se siguieron hacia el clímax. Cuando desaparece la perturbación, se restablece el proceso de sucesión.

En las clausuras se predecía precisamente este restablecimiento, de acuerdo con el marco teórico expuesto. Los resultados no fueron congruentes con el modelo, lo que vino a sumarse a observaciones hechas en distintas partes del mundo que también resultaban discrepantes del dictum clementsiano. Soriano hubo de buscar otras herramientas conceptuales para enfrentarse a los problemas del pastoreo patagónico.

La teoría es un elusivo pájaro y pocos están dispuestos a contrastar sus elaboraciones con la dura realidad. Cuando Soriano empieza a escribir este libro, en 1993, tiene lugar la cumbre de Río, y en los medios de comuni-

cación abundan opiniones sobre temas ecológicos que no soportan el más mínimo examen crítico. Con gran indignación registra la opinión de M. Engelhardt aparecida en un periódico de gran difusión: «La Patagonia, cuando comenzó la colonización con la oveja... las nevadas y las lluvias eran más regulares. Paulatinamente el clima fue cambiando: hay menos nevadas y lluvias. La desaparición de los latifundios concurrió a que hubiese sobrepastoreo en los mismos campos y desapareciese la comida». No le parecía a Soriano que diagnósticos tan frívolos pudieran contribuir a la educación de la gente.

Personalidad

El poder casi nunca ha tratado bien a la ciencia en Argentina, que lleva años penando y que ahora vive un momento de especial alarma ante la amenaza de cierre de su principal institución, el CONICET (equivalente a nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas). De hecho, Soriano sólo recuerda dos breves períodos de bonanza, tras las revoluciones de 1943 y 1955, respectivamente. Sin embargo, este clima desfavorable no ha impedido que a lo largo de varias décadas haya existido en dicho país una pléyade de científicos de gran relevancia, entre los que pueden citarse a los premios Nobel Houssay, Leloir y Milstein, al fisiólogo Braun Menéndez, al químico Deulofeu y al botánico Parodi, aunque la lista es mucho más larga. Soriano (1920-1998), discípulo de Lorenzo Parodi, pertenece claramente a esa bri-

llante elite, como ecólogo de proyección internacional: en los grandes tratados que describen la ecología del planeta, los ecosistemas del Cono Sur han quedado a menudo bajo la tutela de Soriano y de sus numerosos y excelentes discípulos.

Se inició como botánico y nunca dejaría de serlo, aunque pronto evolucionó hacia aproximaciones más integrales al conocimiento de la naturaleza, especialmente después de su estancia en CALTECH (1950-52), en el grupo de Frits Went. La descripción de una nueva familia botánica, las Halophytaceas, y de un nuevo género, *Benthamiella*, pariente del tabaco y de la patata, constituyen sus principales contribuciones a la ciencia de Linneo. A Soriano también se debe la primera descripción fitogeográfica completa de la Patagonia, que logra terminar en 1956 y que incluye un estudio pionero sobre el efecto del uso pecuario sobre la heterogeneidad de la región.

En 1954, estableció una red de clausuras al pastoreo que le habrían de permitir estudiar los efectos de la explotación ovina sobre los ecosistemas patagónicos y llamar la atención con datos fehacientes sobre las consecuencias negativas de la explotación excesiva. Fue un adelantado en relacionar la estructura con el funcionamiento de la estepa patagónica y en propugnar el conocimiento funcional de los ecosistemas como base de una explotación agraria racional.

A principios de los años 80 creó el Instituto de Investigaciones Fisiológicas y Ecológicas Vinculadas a la Agricultura (IFEVA), que goza de una excelente salud intelectual en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, y fundó en dicha facultad la Escuela de Graduados, de la que fue director hasta 1997. Esta última actividad suya me deparó la inmensa suerte de conocerle. Como consultor para diseñar un plan de implantación del grado de Doctor de forma coordinada en diversas Facultades de Agronomía del sur del Brasil, Uruguay y Argentina, idea de Soriano, le tuve de anfitrión en dos estancias de varias semanas. Me acompañó en innumerables visitas a instituciones académicas y políticas y en los repetidos viajes a diversas Facultades de Agronomía.

Nunca olvidaré su interpretación del paisaje, camino de la excelente Facultad de Valcarlos, unos barracones prefabricados en medio de miles de hectáreas de pampa. Posteriores invitaciones a Argentina, incluida una para pronunciar una conferencia con motivo del centenario de Lorenzo Parodi, también respondieron, según tengo entendido, a sugerencias suyas. Con esta reseña quiero recordarle como argentino insigne, nacido en Buenos Aires, hijo de andaluces de Jaén. Estoy seguro de que me lo volveré a encontrar algún día en la Patagonia. □

RESUMEN

Sugiere Francisco García Olmedo que la Patagonia, esa tierra del confin del mundo, más que un espacio físico, que lo es, es un ente de ficción que sólo existe en la imaginación de los que la buscaron o creyeron vivir en ella. Han sido muchos los escritores y viajeros que de ella han escrito y García Olmedo, él mismo, nunca renunció a visitarla, acompañando a un ecólogo argentino amigo suyo, Alberto Soriano,

que desde hace medio siglo iba cada año a esas tierras a realizar sus observaciones de campo. Pero Soriano murió en 1998 y García Olmedo recibió de sus allegados el libro póstumo, que contaba las andanzas de este ecólogo por la Patagonia y es éste el libro que comenta: por fin conoce esa tierra mítica, a través de los cuadernos de campo de quien centró allí su actividad científica.

Alberto Soriano

Andanzas de un ecólogo en la Patagonia

Sociedad Argentina de Botánica, Buenos Aires, 2000. 83 páginas. ISBN: 987-97012-5-9.

Cuando la fotografía llegó a España

Por Mario Camus

Mario Camus (Santander, 1935) empezó en el cine como guionista de Carlos Saura (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como La colmena, Los santos inocentes, Fortunata y Jacinta y La forja de un rebelde.

Intentando recopilar los textos que sobre la invención de la fotografía se habían publicado dentro del Estado español, el profesor Bernardo Riego ordena un curioso material, se hace preguntas, bucea en revistas, periódicos y comunicaciones de la época y completa un libro que cuenta el histórico comienzo del daguerrotipo y el trato que obtuvo en su lugar de nacimiento así como su significado. Ampliando este enfoque, lo extiende a nuestro país atribuyendo esa oleada de curiosidad e interés que atrajo las miradas de la elite cultural a un compromiso de la ciencia liberal y de sus afanes de progreso frente a viejos modelos pedagógicos trasnochados e inservibles. Desde aquí se celebró una entusiasta acogida al ingenio e incluso personajes capacitados contribuyeron a mejorarlo. De esta manera los intelectuales más escogidos del momento demostraron marchar al compás del mundo exterior y estar preparados para participar en los últimos acontecimientos que en él se producían.

La historia de las invenciones y descubrimientos llevados a cabo por el hombre a través del tiempo conforma un luminoso camino jalonado de increíbles hazañas, de nombres decisivos, de creatividad, fantasía, ingenio, dedicación, talento e instinto. Todo ello unido a la fortuna en algunos casos, a la casualidad en otros y al solidario y afanoso relevo que se produce de una época a otra continuando una labor o siguiendo un simple postulado, da como resultado un mejor conocimiento del universo y el mantenimiento en definitiva del progreso entendido como el constante avance hacia la perfección y el desarrollo.

El ingenio humano se ejerció en principio con pequeños instrumentos. Explotó más tarde revelando grandes y decisivos descubrimientos. A medida que la humanidad iba abriéndose paso en la inmensa selva de lo desconocido se produce una ininterrumpida aceleración en la carrera del saber y se va formando el mundo a la medida de una inteligencia intrépida y en auge que crea sin pausa complejas y sofisticadas civilizaciones. Aparecen los primeros hallazgos personalizados. Se producen fantásticas revelaciones de nuevo instrumental para el vivir cotidiano. Por otra parte nacen ideas sin completar que a veces necesitarán siglos enteros para que otras personas desentrañen la misma verdad con idéntica materia.

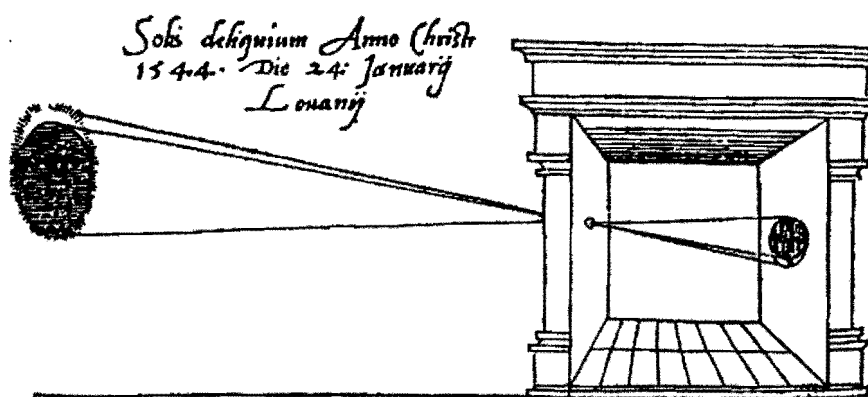
De todos los períodos en los que se producen estos hitos históricos que marcan los inventos, ninguno tan completo, tan generoso en acontecimientos como el siglo XIX. En él se producen proporcionalmente más creaciones de primera magnitud que en los seiscientos años que le preceden.

Este verdadero alud de ingenio se debe sin duda a la madurez de una sociedad que no ha dejado de marchar hacia delante por encima de sus propios errores y defectos, a un tiempo propicio y al espíritu científico que presidió la época. Cada uno de los descubrimientos ha elevado la condición moral y social del hombre, ha conseguido que viva más cómodamente y en algún caso ha multiplicado sus medios de producción.

En este siglo aparecen y se perfeccionan entre otros hallazgos, el teléfono, la navegación a vapor, el análisis espectral, los rayos X,



«Vista de la Casa Xifré», Barcelona, 1848, daguerrotipo, de autor desconocido.



Este grabado de un eclipse de sol observado en 1544 se considera el primero publicado en Occidente sobre usos de la «cámara oscura».



Retrato de Pedro Mata (1869).



Retrato del Dr. Pedro F. Monlau.

la radiactividad, el automóvil, la luz de gas, la luz eléctrica, el fonógrafo, el ferrocarril, los anestésicos y los antisépticos y una interminable lista de nuevas creaciones.

Entre estos inventos existe uno, la fotografía, con categoría de grande, debido a su vez de anteriores intentos que se pierden en el tiempo, que además de tener una gran importancia científica y cultural, da origen a una gama de luminosos parientes de gran influencia en la sociedad actual.

Un ambiente apasionado

Habla el profesor Riego del ambiente apasionado que provocó el descubrimiento y al contar su historia transmite una forma de aventura. Nos hace seguir a Louis Jacques Mandé Daguerre en 1838 recorriendo París con un pesado equipo de cincuenta kilos de peso haciendo prueba tras prueba sin conseguir el apoyo económico que le permitiera realizar una patente y la posterior comercialización de su invento. En aquel tiempo Daguerre tenía cierto prestigio como pintor pero escasa credibilidad como científico, de manera que las puertas se le cerraban una tras otra. Junto con su socio ya fallecido Joseph Nicéphore Niepce, había desarrollado un sistema mecánico de reproducción de la realidad. En principio había sido la cámara oscura, cuyo origen se atribuye al genio de Leonardo de Vinci, la principal inspiradora del hallazgo. Posteriormente la cámara lúcida y el pantógrafo fueron eslabones que preludearon la aparición de la fotografía. La explicación parecía sencilla. La cámara oscura es un espacio cerrado en una de cuyas paredes hay una pequeña abertura por la que penetran los rayos luminosos de los objetos situados en el exterior, cuya imagen se refleja en la pared opuesta. Éste es el fundamento de la fotografía, sin más que sustituir el orificio de entrada por una lente y la pared por una placa o película. El problema consistía en fijar la imagen latente y encontrar la materia de la placa. Esto fue lo que consiguió Daguerre y lo que intentaba vender.

Mientras tanto en Inglaterra, después de las experiencias realizadas por Thomas Wedgwood a principios de siglo, otro inventor llamado Henry Fox Talbot coincide con Daguerre en el tiempo y desarrolla su descubrimiento. Esta polémica sobre la paternidad de la fotografía se prolongará mucho tiempo. Existe una diferencia. En el daguerrotipo se logra una imagen positiva, lo que imposibilita la multiplicación. En el invento de Talbot se hacen imágenes sobre papel en negativo y luego se invierten a positivo de manera que se pueden copiar repetidas veces.

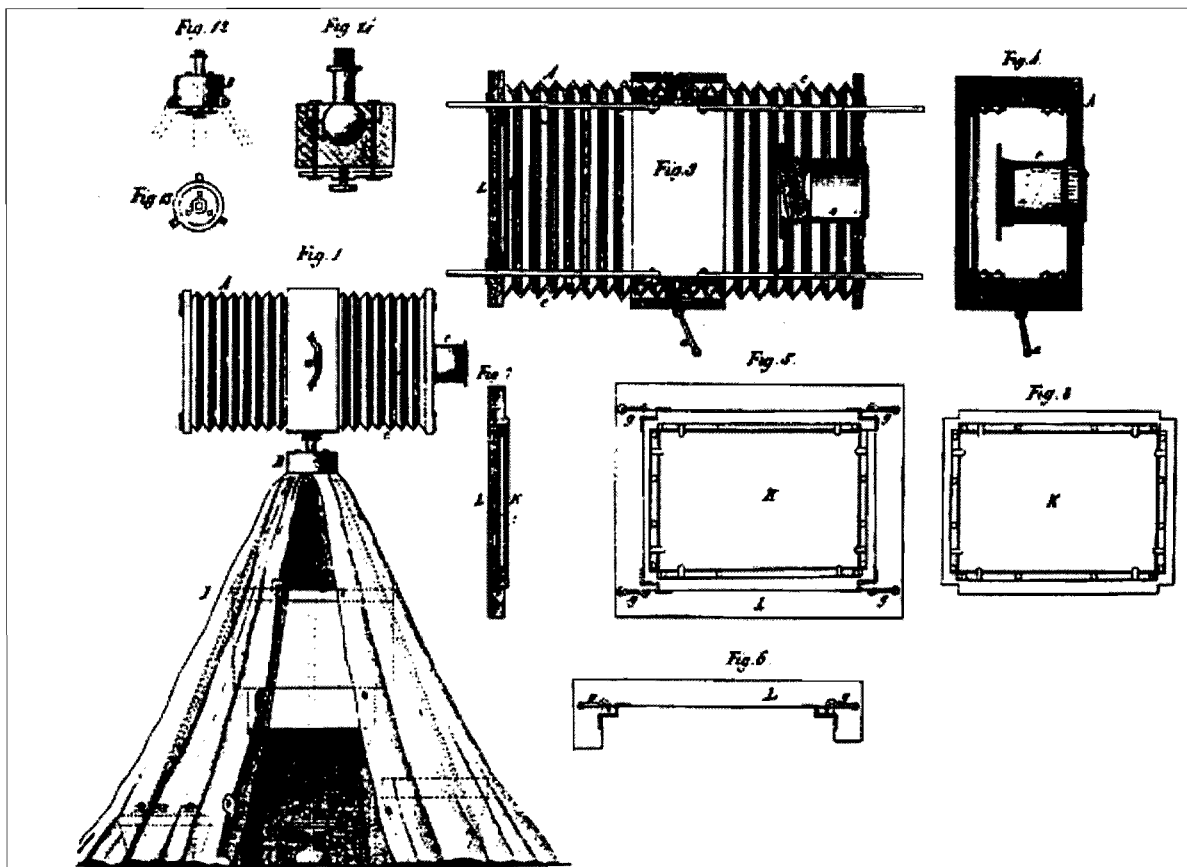
Al margen de la coincidencia y de las posteriores reclamaciones de Talbot, continuamos la historia de Daguerre que sigue sin encontrar salida para su artilugio. Un periódico, *La Gazette de France*, y un periodista, H. Gaucheraud, le proporcionan una ayuda inesperada. Lanzan la noticia del descubrimiento y se lo dan a conocer a sus lectores con una amplia y destacada información. Este comunicado no exento de pasión crea curiosidad e interés en el público que a partir de entonces quiere saberlo todo acerca de las imágenes conseguidas por el daguerrotipo. Surge en la narración de estas peripecias la figura decisiva de François Arago, director del observatorio de París, miembro permanente de la secretaría de la Academia de Ciencias y líder de la izquierda de la oposición republicana en la Cámara de Diputados. La idea de este científico y político es que Francia debía comprar el invento y ofrecérselo al mundo entero como un presente del nuevo mundo liberal.



Viene de la página anterior



Retrato litográfico de Daguerre en 1839.



Esquema del equipo del Barón de Seguier, presentado en noviembre de 1839 en París.

También entraba dentro de sus planes conceder a Daguerre y al hijo de Niepce, Isidore, una pensión anual. Este valedor del hecho fotográfico en sus orígenes organiza una sesión de la Academia de Ciencias y la de Bellas Artes en el Instituto de Francia, un día del mes de agosto de 1839. En ella se hace la difusión pública del invento. La posibilidad de que se revelaran las circunstancias técnicas del proceso atrajo a un nutrido y curioso público al salón de actos del Instituto.

Prioridad del daguerrotipo

La totalidad de la prensa francesa queda admirada en primer lugar por el anuncio de la invención y más tarde por la realidad de la misma a través de posteriores demostraciones. Se establece, eso sí, un frente de polémicas en torno a la prioridad del daguerrotipo sobre el invento de Talbot.

De este período de tiempo en el que la publicidad anterior hizo posible el desenlace promovido y consumado por Arago, cabe destacar un texto pleno de vehemencia publicado en una revista parisina y firmado por Jules Janin. Sin duda alguna, el tono de estos escritos contribuía a aumentar el interés público por el daguerrotipo. Al mes escaso de su publicación, *La Gaceta de Madrid* traducía el entusiasmo y poético manifiesto. Dice Janin: «Esta vez no es ya la mirada incierta del hombre que descubre a lo lejos la sombra y la luz; no es ya su mano trémula la que reproduce la escena cambiante de este mundo (...) porque ninguna mano podría dibujar como lo hace el sol; ninguna mirada podría introducirse así en sus ráfagas de luz, en esas tinieblas profundas. (...) Figurémonos ahora que el espejo ha conservado la impresión de todos los objetos que se reflejan en él y tendremos una idea casi completa del daguerrotipo».

El articulista, enfervorizado partidario del invento, llega a profetizar: «En adelante llevaremos con nosotros, y sin que ella lo sepa, la blanca casa que rodea a nuestra amada (...). En las más simples y dulces pasiones de la vida tendrá su utilidad el daguerrotipo, y reproducirá al instante todas las cosas amadas; el sillón del abuelo, la cuna del niño, la tumba del anciano».

Hicieron su aparición las críticas que no

llegaron a disipar el gran entusiasmo que envolvió la andadura de los primeros aparatos que, contruidos por el cuñado del inventor, Alphonse Giroux, salieron a la venta al precio de 500 francos, obteniendo de inmediato una demanda que superaba todas las previsiones.

Llegado este punto, el autor abandona el país vecino que continúa eufórico ante esta nueva muestra del ingenio humano y deseo de obtener resultados cada vez más perfectos. La mejora y los cambios avanzan inexorablemente. Mientras, se abre una perspectiva nueva en la narración que nos traslada a Cataluña, a Madrid, a Valencia y a otros lugares del Estado español buscando las resonancias que tuvo la noticia del descubrimiento y las razones que llevaron a una gran parte del espíritu científico de la época a ponerse de su lado y a prestarse incondicionalmente a su mejoramiento. Aparecen en las páginas del libro nombres ilustres que declararon su admiración por el invento de Daguerre. Estudia el profesor Riego sus textos y relata la manera que tuvo cada uno de divulgar y apoyar la gran novedad. El doctor Monlau, miembro de la Academia de Ciencias Naturales de Barcelona y activo político de orientación progresista; Pedro Mata, nacido en Reus, médico y exaltado componente de un grupo saint-simoniano; Pou y Camps, farmacéutico, académico, diputado a Cortes y catedrático de química en la Universidad de Madrid; Joaquín Hysern, catedrático de medicina y cirugía en el Real Colegio de San Carlos en Madrid; Nicolás Arias, Mariano de la Paz Graells, el también catedrático de química Camps y Camps y tantos más. Nombres claves en este proceso de entusiasmo y aceptación. Existen traducciones inmediatas del libro de Daguerre que por una parte relata la historia de su descubrimiento y por otra las instrucciones técnicas para el manejo del daguerrotipo, numerosos artículos en la prensa y comunicados de las Academias de Ciencias de Madrid y de Barcelona.

Todo este revuelo es objeto de minucioso estudio y en un capítulo previo, el autor se pregunta las razones por las que este grupo elitista otorga sin vacilar una respuesta positiva a este ingenio procedente del vecino país que podía haber pasado por ser uno más de los que aparecieron en este siglo. La investi-

gación le lleva a descubrir posturas, matices y coincidencias ideológicas que hicieron posible este acercamiento. Sus razones para interesarse por el daguerrotipo abarcan diferentes esferas y son objeto de estudio y de reflexión en una parte extensa de este interesante relato.

Primeros experimentos

Los primeros experimentos para la obtención de imágenes daguerrotípicas requerían una atención y cuidado especiales. Empezaban con el pulido de la plancha de cobre plateado lavada con una disolución de ácido nítrico. Se continuaba exponiendo la lámina, dentro de una caja cerrada, al vapor del yodo que se colocaba en el fondo del recipiente. Tras este paso, la placa de cobre que se había metido dentro de la cámara oscura, se expone a la luz introduciéndola a continuación en otra caja que contenía mercurio y que se calentaba desde el exterior con un mechero de alcohol. Los vapores del mercurio hacían visible la imagen y el que operaba, tras comprobar que ésta había llegado al punto deseado, daba a la placa un baño de agua con sal marina, un lavado y con él el proceso concluía.

A pesar de la dificultad del procedimiento y de los conocimientos que se precisaban, rápidamente se difundió y se empezaron a hacer fotografías.

A las tres y tres minutos y medio de una tarde sombría, el 18 de noviembre de 1839, el doctor Pou y Camps lleva a cabo su primer ensayo en Madrid. La imagen obtenida corresponde a «la vista del real Palacio tomada desde la parte derecha del Manzanares». Su obtención se difunde en casi toda la prensa de la capital. Dos días antes, Ramón Alabern, desde el balcón del edificio donde se encontraba la Academia de Ciencias, en Barcelona, intenta fotografiar una vista de las Ramblas. A partir de este momento, José Arrau y Barba, Roura, José Monserrat en Valencia y un puñado de pioneros dedican su atención al sistema y mejoran a cada paso los resultados.

Hay un escrito del citado Arrau que sirve para establecer el espíritu que a todos animaba: «El daguerrotipo», dice el escrito, «está en su infancia, ofrece un vasto campo para descubrir los arcanos de la naturaleza en la ciencia de la luz. (...) Trabajemos con ahínco y aun cuando los esfuerzos de los talentos privilegiados que lo estudian no pudieran adelantar un paso, siempre nos quedará la satisfacción de verlo elevado a uno de los eventos más grandiosos de la capacidad humana...».

Así es. No hay duda de que la fotografía influyó, cambió y amplió la forma de vivir. Es curioso que la recepción tan señalada que tuvo en nuestro país, señala el autor de este libro, no se corresponda con el olvido y abandono que sufrió en épocas posteriores. Pero eso, sin duda, será materia para otro estudio. □

RESUMEN

Dentro de ese período del siglo XIX en el cual la humanidad avanza gracias a la perfección y hallazgo de un sinnúmero de creaciones, desde el teléfono a los anestésicos, sitúa Mario Camus en lugar privilegiado el descubrimiento de la fotografía y lo hace al comentar un libro de Bernardo Riego sobre la introducción de la fotografía en España.

Un libro, señala, que está escrito como si esa historia inicial tuviera forma de aventura, la que inicia el francés Daguerre en París, con esas imágenes conseguidas por el daguerrotipo, y tiene su continuación en un grupo de pioneros españoles como el que consigue el 18 de noviembre de 1839 una imagen del Palacio Real de Madrid.

Bernardo Riego

La introducción de la fotografía en España. Un reto científico y cultural

C. C. G. Ediciones/Centre de la Recerca i Difusió de la Imatge (C. R. D. I.), Gerona, 2000. 254 páginas. 2.600 pesetas. ISBN: 84-95483-01-7.

Los cínicos, un mundo no tan lejano

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

El presente libro contiene un estudio, seguido de una edición del texto griego, de su traducción francesa (al final hay también una española) y de un amplio comentario, de un autor de la escuela cínica, del siglo III a. C., que es poco conocido. Teles es su nombre.

Fragmentos importantes de su obra, pero fragmentos, nos han sido transmitidos por la *Antología* de Juan Estobeo, del siglo V d. C., que a su vez extracta un epitome de un tal Teodoro. Grandes filólogos alemanes —Niebuhr, Wilamowitz y Hense, sobre todo— pusieron sus ojos en este texto fragmentario y reconocieron su interés: no tanto por sí mismo como porque es uno de los pocos textos cínicos «continuos», no meras citas, de edad helenística. De otros autores cínicos más importantes, tales Diógenes, Crates, Bión, Metrocles y Cércidas, sólo citas sueltas nos quedan. Lo que más nos ha llegado es el cinismo tardío, reflejado en Epicteto, Luciano y otros.

Para el público en general el término «cínico» sólo despierta imágenes de descarado, mala fe, desvergüenza e impudor. Esto es injusto. Se convencerá de ello cualquiera que lea las palabras de Mme Goulet-Cazé, autora del prefacio del libro, sobre los temas que Teles desarrolló.

El moralismo antiguo, crítico de la avaricia y el orgullo de poder y siempre a la busca de una vida más humana, es el que habla aquí. Un moralismo de cuño socrático y que viene, en realidad, de mucho más atrás: de Homero, Hesíodo, Solón, Esquilo y los demás. Y que ocupará luego, dividido en corrientes múltiples, la Antigüedad tardía para acabar fundiéndose con el Cristianismo.

Conviene, antes de seguir, presentar a Teles y su obra —los fragmentos de su obra— en el panorama del cinismo, que representa un momento, pero importante, en la evolución de ese moralismo. Es un autor del que sabemos tan sólo la fecha aproximada (el centro del siglo III a. C.), no la patria, sí su ambiente en la época del poder macedonio bajo Antígono Gónatas, amigo de filósofos, poderoso envuelto en guerras con otros monarcas contemporáneos.

Y tampoco sabemos muy bien en qué medida las doctrinas de Teles son suyas propias o calco de sus predecesores en la escuela cínica: Bión sobre todo, según la crítica alemana más tradicional. Nuestro autor no cree que esto esté demostrado, estudia a Teles por sí mismo: creo que tiene razón en ello. Pero tampoco creo que su originalidad sea grande: todo el moralismo anterior recalca en él, precisamente en la forma en que los cínicos lo asimilaban. Se piensa que, a su vez, pudo haber inspirado a autores como

Plutarco, Musonio o Séneca.

Pertenece a las dos o tres generaciones de filósofos que, dejando las elegantes escuelas que enseñaban una sabiduría teórica, se lanzaron a las calles y a los caminos, con una alforja y un sayal, a predicar la sabiduría de la simplicidad de vida, la renuncia, lo intrascendente de los éxitos humanos, la bondad, el cosmopolitismo, lo artificial de las instituciones.

Eran predicadores o conferenciantes populares, predecesores de los cristianos. Propagaban su doctrina ayudándose de anécdotas más bien ficticias, de la ironía, el sarcasmo, la parodia, de símiles tomados del mito o de la vida diaria y citas de toda clase de filósofos y personajes.

Escribían también: o colecciones de sus máximas y anécdotas («khreíai» en griego) o las que los modernos llamaron diatribas, dando a la palabra antigua (que era «enseñanza», «escuela») un sentido nuevo. Fuentes González explica bien esto, en polémica con varia bibliografía.

Se trata de una prosa viva, que finge diálogo o polémica con un alumno que objeta y recibe respuesta. Todo enterado con esos símiles, anécdotas y citas de que hablo. Siempre con inmediatez e ironía, en un estilo casi periodístico.

Los temas son los ya apuntados. Señalo aquí los de los fragmentos de Teles:

I. Acerca de la apariencia y la verdad. II. Sobre la autosuficiencia («autárkeia»). III. Sobre el destierro. IV. Comparación de la pobreza y la riqueza. V. Sobre que el placer no es el fin de la vida. VI. Sobre las circunstancias. VII. Sobre la imposibilidad.

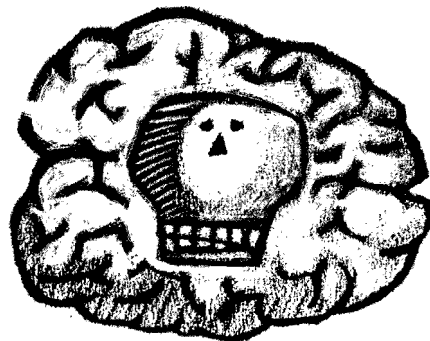
En suma: es la verdad y no la apariencia o fama lo que hay que buscar, hay que aprender a no depender de otros, el destierro no es el mal más grave (peor es quedarse entre malvados), la riqueza presenta problemas que no tiene la pobreza, no es el placer el fin de la vida, hay que despreciar aquello que depende de las circunstancias y no de nosotros, hay que saber soportar las desgracias. Esto, muy someramente. Añadiré luego temas más específicos.

Pero permítame el lector, ahora, entrar en aspectos más filológicos y académicos, que son necesarios para dar una idea más exacta del libro. Quiero poner de relieve que éste es, en el inicio al menos, una tesis doctoral de Granada dirigida por mi antiguo discípulo Jesús Lens, desgraciadamente fallecido.

Se abre el libro con una introducción de 78 páginas que habla sucesivamente de la transmisión de los fragmentos, de la importancia de Teles, del problema de las fuentes, de la patria y cronología de Teles, de su moral y del género de la diatriba. Desplegando enorme erudición el autor declara insoluble y poco relevante la cuestión de las fuentes (frente a la crítica alemana) y describe el género de la diatriba en sentido moderno y su papel en nuestro filósofo. Tiene razón: «diatribé» en la traducción griega de los Edictos de Asoka, por ejemplo, tiene un sentido mucho más general.

En lo que yo puedo discrepar es en la definición del cinismo de Teles. Fuentes no cree en la existencia de un cinismo antiguo, más rí-

servan de la escuela cínica en la edad helenística. Esta edición y la introducción del profesor Fuentes González no resuelve todas las dudas que de este filósofo cínico se tienen, pues hay quien mantiene que sus doctrinas no fueron propias, sino calco de sus predecesores en la escuela cínica.



VICTORIA MARTOS

gido, y de uno «moderado», el de Teles, que preconiza, entre otras cosas, adaptarse a las circunstancias, actuar como un actor. Yo sí creo en la diferencia. El impudor, el rigorismo, los temas misóginos y escatológicos de un Diógenes o un Bión no se encuentran aquí. Y hay coincidencias con los estoicos, por ejemplo, en el tema de los «adiaphora», las cosas «indiferentes», todo aquello que no roza con el deber moral irrenunciable del hombre. Ha habido una evolución en el cinismo, pienso.

Volviendo al tema de la fuentes, en lo que yo sí insistiría más es en que en el centro de toda esta filosofía están las «gnomologías», colecciones de máximas y «khreíai»: unas recogidas por los mismos autores (así las de Bión); otras, por otros (la obra de Metrocles sobre Diógenes, por ejemplo). Otras reúnen material de varios autores o bien anónimo. Estoy convencido de que ésta es la fuente principal de Teles cuando cita a los poetas y filósofos arcaicos e incluso a Platón y Jenofonte. Y, desde luego, a un Sócrates cinizado y a cínicos y estoicos.

Filosofía cínica

Fuentes cita dos gnomologías (el Parisino y el Vaticano), son bizantinos, pero vienen de fecha antigua. No veo qué papel les atribuye. Y hay muchos más, algunos conservados (al menos parcialmente) en papiro, como uno sobre Sócrates (PHibeh 182, del mismo siglo IV).

A continuación, nuestro autor ofrece la edición de Hense de los siete fragmentos, y esta edición va acompañada de una traducción francesa (la española está al final del libro, ya dije) y seguida de un muy erudito comentario, a su vez seguido de unas muy amplias «Notas complementarias». Todo ello denota un profundo conocimiento del tema y da grandes luces a cualquiera que se interese por la filosofía cínica, por la filosofía antigua en general y por la filosofía moral a secas.

El comentario ofrece visiones generales sobre pasajes amplios, estudios de crítica textual y otros lingüísticos (sintácticos, lexicográficos y estilísticos). Todo ello muy útil. Me pregunto, sin embargo, cómo el estudio del autor sobre la crítica del texto, que corrige acertadamente supresiones, adiciones y conjeturas hoy inaceptables, no ha sido utilizado por él para dar su propia edición crítica de la obra, en vez de repetir la ya superada de Hense. Añado que el comentario lingüístico, especialmente útil, es fácilmente accesible desde los índices finales.

En cuanto al comentario interpretativo, muy exhaustivo y útil, repito, acumula una gran erudición. Me llaman especialmente la atención algunos pasajes en que se reúnen referencias antiguas a tópicos especialmente cínicos, pero no sólo cínicos. A modo de ejemplo, señalo algunos de esos lugares comunes, ilustrados con múltiples citas de autores antiguos. Doy primero la página o páginas en que se encuentran y añado posibles referencias, a veces importantes, que echo de menos (cito por páginas):

94, también 149 y 246: la vida como teatro, el hombre como actor (vasta colección de referencias antiguas a este tema, que tanto influjo habría de tener en el mundo cristiano).

104: ¿qué es lo mejor? (habría que añadir

citas de los líricos desde Tirteo y citas infinitas de las gnomologías).

191: acusamos a todos menos a nosotros mismos (cf. también *Odisea* I 32 ss.).

201: no dejarse llevar por las cosas (añádase Horacio, *Epístolas* I 1.19).

204: la filosofía como una preparación para la vida (y la muerte, cf. Platón, *Fedón* 64 a ss.)

208: el tiempo plácido en nuestra vida (cf. Eurípides, *Orestes* 279).

223: no temer a la muerte (ya Sócrates en Platón, *Apología* 39 a, 40 c y motivo frecuentísimo en las gnomologías, atribuido a Diógenes y otros).

227: vejez y pobreza (cf. Sócrates 16, en *Philosophical Quartet*, ed. Gutas, New Haven 1975).

242: la vida como un banquete (cf. Hipócrates en *Bocados de Oro* 13, Aristóteles en *Máximo Confesor* 957).

265: tema de Jantipa, la mujer afilósfica (yo sí creo que fue exagerado por los cínicos).

330: el médico y el filósofo (habría que comenzar las citas por Platón, *Gorgias* 463 s ss.)

350: es igual en todas partes el camino al Hades (cf. también Heráclito B 60 y las gnomologías).

391: el uso de las riquezas (la fábula H. 253 es un ejemplo mínimo, hay mil más).

397: el que busca el placer es como el hidrópico (el tema viene de Platón, *Gorgias* 493 c-d).

413: la vida invivible (señalar que de aquí viene Platón, *Apología* 38 a).

459: la vida está llena de desgracias (ya des- de Hesíodo, *Trabajos y Días* 100 ss.)

520: sabía que era mortal (también en gnomologías de tradición antigua: por ej., *Bocados de Oro* 5).

En suma, se nos ofrece un rico repertorio, que puede, ciertamente, ampliarse. Como podría ampliarse y profundizarse el estudio de la relación entre los cínicos y las diversas filosofías griegas. Se nos dan materiales para ello.

Hay un punto, sin embargo, en el que el libro me resulta menos satisfactorio: la no mención o apenas mención de una gran masa de literatura cínica o cinizante, relacionada íntimamente con la aquí estudiada. Por ejemplo, *Vidas* como las de Esopo y Secundo y otro material próximo que personalmente he estudiado en libros y artículos y que es hoy objeto de abundante bibliografía, no puedo dar aquí las referencias (cita tan sólo al pseudo-Carlístenes).

Y, sobre todo, las fábulas de las colecciones, un género muy cinizado que he estudiado muy ampliamente en mi *Historia de la Fábula Greco-Latina* (Madrid 1979-87, traducción inglesa, Leiden 1999 sigs.), libro que ni siquiera conoce el autor. Cosa extraña esta desatención a la fábula: hallo tan sólo tres mínimas referencias a fábulas esópicas (páginas 379, 391, 415) y una a un breve trabajo mío sobre el tema publicado en Buenos Aires (pág. 434, n. 3). También está mínimamente utilizado, ya dije, el material gnomológico de papiros y manuscritos.

Si esto es una disculpa, puedo señalar que este complejo de materiales (y otros más) es también ignorado en sus publicaciones por los estudiosos franceses, excelentes por lo demás, en cuya escuela se inserta el trabajo.

Prescindiendo de estas lagunas, el libro abre vastos horizontes que pueden ampliarse con el estudio de los magníficos índices citados al comienzo. □

RESUMEN

Francisco Rodríguez Adrados se ocupa de la edición de un texto griego de un autor de la escuela cínica, del siglo III, Teles, que hasta ahora no era muy conocido. La importancia de este hecho radica en que, aunque fragmentario, es uno de los pocos textos «continuos», y no meras citas, que se con-

Pedro Pablo Fuentes González

Les diatribes de Télés

Librairie J. Vrin, París, 1999. 520 páginas. 240 francos. ISBN: 2-7116-1350-x.

En el próximo número

Artículos de José-Carlos Mainer, José María Mato, José María López Piñero, Jesús Villa Rojo, Manuel Alvar, Antonio Domínguez Ortiz y Eloy Benito Ruano